

IV.

Quando María se encontró fuera de la abadía, dió á correr hácia el molino.

El sol se habia puesto.

Los mozos y las criadas debian haber ya vuelto de la fiesta.

La madre y el hermano de Ferran, á quien se habia avisado, debian estar ya en el molino.

La sultana, provista de ropas convenientes por Ferran, debia estar ya disfrazada, teñida, convertida en la apariencia en hombre.

A María la tardaba el llegar.

Iba á casarse con el hombre á quien amaba.

Iba á ver tierras con una noble señora muy hermosa y muy rica, cuyas aventuras eran extraordinarias.

Con la hija de un rey, infiel es verdad, pero en fin, rey.

Todo esto escitaba á María, todo esto la hacia correr.

V.

Llegó jadeante al molino.

Ferran, Melchor y su anciana madre, que la habian visto venir desde lejos, la salieron al encuentro.

La madre de los jóvenes era una anciana muy pobremente vestida, acabada por el trabajo y la miseria, pero de aspecto dulce y cándido.

Abrazó á María, y la besó en la boca como á su hijo.

—Al fin, madre Catalina, al fin, dijo alentando aun con fatiga María, y entre alegre y conmovida: al fin vamos á ser todos unos: y mira Melchor qué ojazos abre: es menester que busques novia, Melchor, y que te cases tambien. Pero vamos: pronto: nos están aguardando en la abadía.

—Y tenemos que ponernos en camino antes de que avance la noche, dijo Ferran.

—Muchachos, dijo María yendo á la puerta del molino, todos conmigo, mozas y mozos: me voy á casar: ea, afuera, que voy á cerrar la puerta: el molino se queda solo.

Los mozos y las criadas salieron, dejando oír cada cual su observacion; su chiste ó su epígrama acerca de aquel casamiento que se habia venido encima tan de improviso.

María entró en el molino, y luego abrió una habitacion cerrada.

VI.

En ella estaba Sayda-Llemal, admirablemente disfrazada de hombre.

María se detuvo y lanzó un suspiro.

—¡Oh señora, y qué hermosa estais! dijo...

—Lo que deseo es que no se conozca si soy mujer.

—¡Si yo misma dudo, señora... si esto es admirable!

—Gracias á Ferran.

—¡Oh! Ferran es muy listo, señora, muy buen muchacho.

—Ya sabeis que me llamo Gaston de Ulloa.

—Lo sé, señora.

—Que soy un berberisco convertido, á quien ha dado su apellido el noble señor don Hugo de Ulloa, rico hombre de Aragon.

Esta mentira se habia convenido entre la sultana y Ferran, para que la sultana tuviese un nombre de hombre, y un nombre cristiano.

Lo de berberisco se habia hecho para que nadie extrañase el oscuro color que daba á la tez de la sultana, la esencia de la alheña extendida sobre ella.

VII.

Por lo demás, Sayda-Llemal parecia un hermosísimo jóven de diez y ocho años.

Uno de esos jóvenes á quienes todos respetan, porque en su fisonomía hay una bravura infinita.

Vestia la sultana un precioso traje de montero.

Birrete de piel de toro curtida, de color de avellano oscuro, con forro interior de terciopelo carmesí, que se veía por fuera

ciñendo el birrete de una orla del ancho de una pulgada, y en el birrete, sujetas á un joyel sencillo de oro, tres plumas de águila negra: una camisa fina y blanquísima, plegada alrededor del cuello: un colete sin mangas, de la misma piel que el birrete, más bien que colete una coraza, que solo pasaba medio palmo más abajo de la cintura, forrado, como el birrete, de terciopelo carmesí, que redoblaba, dejando ver en todo el corte del colete, un rivete de media pulgada de anchura: este colete tenia el descote cuadrado, y estaba ceñido en el talle por un cinturón del mismo terciopelo carmesí, con hebillas y rosetas anchas de oro: del cinturón pendian un puñal fuerte, y una espada ancha y corta, una especie de machete con vaina de acero y empuñadura y contera de hierro bruñido y cincelado: debajo del colete se veían las anchas mangas de un sayo de terciopelo verde, y una falda airosa y sencilla orlada como las mangas de una bordadura de oro, no pasaba de la mitad del muslo: por último, unas calzas riquísimas de grana, y unas sencillas y bellas abarcas de cuero adobado, completaban el traje de la sultana.

Llevaba además pendiente del hombro izquierdo, un tahalí de terciopelo con rosetas y hebillas de oro como el cinturón, y pendiente de este tahalí, una venablera de baqueta labrada que contenía diez venablos: sobre todo esto caía un capotillo de paño pardo con capuz.

La sultana tenía en la mano derecha un guante de los que se usaban para llevar las aves de cetrería, y en la izquierda una ballesta con el mástil de haya, y el arco de acebo curado.

Aquel traje de montería era tan rico por lo menos, como el que hubiera podido llevar un infante.

Ferran lo había obtenido pagándolo á peso de oro, de un escudero de uno de los magnates que acompañaban en la corte al rey, excepto las abarcas, que es un calzado que cada cual se corta á su medida, y que salvaba el inconveniente de encontrar en el momento calzado hecho á propósito para los pequeños pies de la sultana.

VIII.

—Vamos, mi buen padrino, dijo María á la sultana: nos están esperando en la iglesia.

—¡Cómo! dijo Sayda-Llemal: ¿no ha habido dificultad ninguna? ¿consientes en casaros al momento?

—Mi confesor que es monge de la Abadía inmediata, de la que depende mi molino, nos conoce mucho á Ferran y á mí; es un santo varon.

—Vamos, pues, dijo Sayda-Llemal.

Cuando salieron los mozos y las mozas, que no sabian que hubiera en el molino persona alguna, dejaron conocer su extrañeza.

—¡Calla! dijo una de las mozas, este es aquel hombre de armas que venia con Ferran esta mañana: ¡y ahora es montero rico! ¡un señor!

—Este caballero, dijo María, es nuestro padrino: vamos, venid detrás de nosotros: vamos á la iglesia.

Y todos se pusieron en marcha.

Delante iban María entre la madre y el hermano de Ferran: Ferran á la derecha de Sayda-Llemal.

Sayda-Llemal, llevaba en el puño derecho sobre el guante, un magnífico azor enredado, que lanzaba de cuando en cuando sobre algun pajarillo que volvia á su nido.

El halcon desplegaba sus largas y ligeras alas, se elevaba y se oia el chillido de espanto del pajarillo: pero antes de que llegase á él el azor, Sayda-Llemal silbaba, y el azor dejaba ir al pajarillo, se cernia un momento en el aire y volvia á posarse en el guante que le presentaba Sayda-Llemal.

—¿Por qué no le dejais que haga presa? decia Ferran: es un magnífico vicho; me ha costado cuatro doblas, y le ha criado el mejor cetrero de Tordesillas.

—No debemos señalar este dia con sangre, dijo Sayda-Llemal.

—Es verdad, hoy os poneis vos á la ventura de Dios y yo me caso.

—¿Está dispuesto todo?

—Todo: allí tras aquella loma, y Ferran señaló á una colina sobre cuya parda silueta se recortaban las torres bizantinas de la Abadía, nos esperan una litera con dos mulos y dos criados, cuatro acémilas cargadas de víveres, y diez buenos hombres de armas completamente armados sobre buenos caballos de batalla: esos hombres de armas son tan bravos, como que todos han sido como yo escuderos del Cid. Allí además hay dos caballos y un arnés completo: uno de los caballos es para que vos cabalgueis cuando no queráis ir en la litera, y el otro caballo y las armas para mí.

—¿Y no tenemos más que diez hombres de armas?

—Antes del amanecer llegaremos á Dueñas, y en un valle, cerca de la villa, encontraremos acampados ya bajo sus tiendas cien hombres de armas y cien caballos andaluces.

—¿Quién os ha procurado todo eso?

—Ahora estamos en paz con todo el mundo y los hombres de guerra andan bebiendo los vientos por un sueldo: como se encuentran hombres, se encuentran armas: en cuanto á los caballos, me los ha procurado un judío y también las tiendas.

—Tanto habeis hecho que temo no hayamos dejado señal de nuestro paso: tened en cuenta que se me buscará con mucho empeño.

—Aunque vuestro padre os viera, señora, tal como estais ahora mismo, no os conoceria.

—¿Pero tanto me desfigura mi disfraz?

—De una manera increíble.

—Desde que huí no he tenido un espejo para mirarme: solo un momento, antes de salir del palacio, y estaba tan turbada que no recuerdo.

—Allí hay una fuente, señora, un espejo que nada cuesta y que Dios ha hecho para que se miren los pobres: acercaos como para beber agua y ya vereis.

Habia todavía bastante luz.

Esa luz dulce y fresca de la tarde.

La fuente salia por una espesura, y formaba á su pié un pequeño remanso: el fondo oscuro de la tupida arboleda que se re-

VIII.

—Vamos, mi buen padrino, dijo María á la sultana: nos están esperando en la iglesia.

—¡Cómo! dijo Sayda-Llemal: ¿no ha habido dificultad ninguna? ¿consientes en casaros al momento?

—Mi confesor que es monge de la Abadía inmediata, de la que depende mi molino, nos conoce mucho á Ferran y á mí; es un santo varon.

—Vamos, pues, dijo Sayda-Llemal.

Cuando salieron los mozos y las mozas, que no sabían que hubiera en el molino persona alguna, dejaron conocer su extrañeza.

—¡Calla! dijo una de las mozas, este es aquel hombre de armas que venia con Ferran esta mañana: ¡y ahora es montero rico! ¡un señor!

—Este caballero, dijo María, es nuestro padrino: vamos, venid detrás de nosotros: vamos á la iglesia.

Y todos se pusieron en marcha.

Delante iban María entre la madre y el hermano de Ferran: Ferran á la derecha de Sayda-Llemal.

Sayda-Llemal, llevaba en el puño derecho sobre el guante, un magnifico azor enredado, que lanzaba de cuando en cuando sobre algun pajarillo que volvia á su nido.

El halcon desplegab sus largas y ligeras alas, se elevaba y se oía el chillido de espanto del pajarillo: pero antes de que llegase á él el azor, Sayda-Llemal silbaba, y el azor dejaba ir al pajarillo, se cernia un momento en el aire y volvia á posarse en el guante que le presentaba Sayda-Llemal.

—¿Por qué no le dejais que haga presa? decia Ferran: es un magnifico vicho; me ha costado cuatro doblas, y le ha criado el mejor cetrero de Tordesillas.

—No debemos señalar este dia con sangre, dijo Sayda-Llemal.

—Es verdad, hoy os poneis vos á la ventura de Dios y yo me caso.

—¿Está dispuesto todo?

—Todo: allí tras aquella loma, y Ferran señaló á una colina sobre cuya parda silueta se recortaban las torres bizantinas de la Abadía, nos esperan una litera con dos mulos y dos criados, cuatro acémilas cargadas de víveres, y diez buenos hombres de armas completamente armados sobre buenos caballos de batalla: esos hombres de armas son tan bravos, como que todos han sido como yo escuderos del Cid. Allí además hay dos caballos y un arnés completo: uno de los caballos es para que vos cabalguéis cuando no queráis ir en la litera, y el otro caballo y las armas para mí.

—¿Y no tenemos más que diez hombres de armas?

—Antes del amanecer llegaremos á Dueñas, y en un valle, cerca de la villa, encontraremos acampados ya bajo sus tiendas cien hombres de armas y cien caballos andaluces.

—¿Quién os ha procurado todo eso?

—Ahora estamos en paz con todo el mundo y los hombres de guerra andan bebiendo los vientos por un sueldo: como se encuentran hombres, se encuentran armas: en cuanto á los caballos, me los ha procurado un judío y también las tiendas.

—Tanto habeis hecho que temo no hayamos dejado señal de nuestro paso: tened en cuenta que se me buscará con mucho empeño.

—Aunque vuestro padre os viera, señora, tal como estais ahora mismo, no os conoceria.

—¿Pero tanto me desfigura mi disfraz?

—De una manera increíble.

—Desde que huí no he tenido un espejo para mirarme: solo un momento, antes de salir del palacio, y estaba tan turbada que no recuerdo.

—Allí hay una fuente, señora, un espejo que nada cuesta y que Dios ha hecho para que se miren los pobres: acercaos como para beber agua y ya vereis.

Habia todavía bastante luz.

Esa luz dulce y fresca de la tarde.

La fuente salia por una espesura, y formaba á su pié un pequeño remanso: el fondo oscuro de la tupida arboleda que se re-

producia en la fuente, daba más fuerza de refraccion á su tersa y brillante superficie.

Sayda-Llemal y Ferran se acercaron á la fuente.

La sultana hincó una rodilla sobre las peñas que formaban aquel recipiente natural y se inclinó como para beber agua.

Se acercó cuanto quiso á aquel admirable espejo líquido.

Se desconoció.

Su semblante tenia otra expresion, ó parecia tenerla, contrastada por el cabello cortado, por el atezado color de la piel, por el birrete que sobre él se ceñia.

Su poderosa mirada parecia brillar más, y tenia algo de duro, que desaparecia cuando la piel de la sultana dejaba ver su blancura, cuando su garganta descubierta ostentaba hermosos collares bajo los cuales se entrevia el seno: cuando, en fin, recobraba todos sus atractivos femeniles.

Pero entonces aquel semblante mostraba un conjunto excesivamente viril, excesivamente bravo.

La sultana era otra en la apariencia.

Sayda-Llemal se encontró satisfecha de su transformacion.

—Dices bien, Ferran, exclamó: yo misma no me conozco: solo la voz... pero enronqueciéndola... eso es... sí, mi padre no me conocería, no: el rey no me conocerá: ¡oh! y eso hemos de verlo pronto.

—¡Cómo! ¿pensais ir á la córte?

—A todas partes donde vaya el rey.

—¿Y no temeis?

—Nada.

—Hemos llegado, dijo la alegre voz de María, asiéndose á una cadena que pendia de uno de los costados del pórtico de la Abadía.

Dentro sonó una campana.

Se abrió un postigo de la fuerte puerta de roble, y dijo un monaguillo:

—Adelante, Ferran; adelante, María: ¿es este jóven caballero vuestro padrino?

—Sí, hermano Grajea, dijo Ferran: ¿y cómo andan las lechuzas de la torre grande?

—Malditas sean ellas, amen, que no dejan lámpara que no chupen.

—En lo que vos las ayudais sin duda.

—Siempre has sido malicioso y atrevido, Ferran, dijo el monaguillo; pero entrad, entrad, que don Fray Dionisio os está ya esperando.

Don Fray Dionisio era el confesor de María: el que debía casarla con Ferran.

Entraron todos, y Sayda-Llemal contempló con asombro aquel magnífico claustro bizantino, con sus columnas y sus capiteles, y sus molduras, y sus estatuas, y sus flores y sus entrelazos, labrado todo en mármol, todo rico, todo maravilloso, todo sombrío, envuelto en la dudosa luz de la tarde.

—¡Oh! dijo Sayda-Llemal: ¡ellos también tienen ricos alcázares.

IX.

Los guiaba el monaguillo, y por una puerta maravillosamente labrada los introdujo en una ancha cámara, rodeada de armarios ricamente tallados, y en cuyo fondo habia un altar:

Aquella que pareció cámara á Sayda-Llemal, y admirable por su artesonado dorado, por sus pinturas, su talla, por su pavimento de mosaico, por sus mesas de jaspe, por sus cuatro gigantescas lámparas de plata en las cuales ardía una sola y débil luz, era la sacristía de la iglesia.

Don Fray Dionisio, revestido ya, se paseaba á lo largo de la sacristía, y el monje sacristan junto á una de las mesas, en que habia un tintero y una caja de sándalo, un libro abierto y dos candeleros de plata con velas de cera amarillas, se ocupaba en escribir sobre un pergamino el encabezamiento de fórmula de la partida de desposorios de los que habian de desposarse.

Bueno era tener esto adelantado.

X.

Al entrar en la sacristía, Sayda-Llemal, que era en esto aun nueva, más cristiana por creencia que por práctica, no se descubrió.

en que fué librado, en lo que no vió nada de extraño el monje, y al hacerlo, procuró á Sayda-Llemal, para cuando fuese necesario, una prueba de que Gaston de Ulloa estaba en Castilla dos meses antes que Sayda-Llemal.

-XI-

Era ya de noche y cerrada cuando salieron de la Abadía dos mozos de labranza de ella, por órden de don Fray Dionisio, acompañando con antorchas hasta el molino á los desposados, al padrino, á los parientes y los testigos.

Aquellos mozos se volvieron contentos porque María les dió una buena propina.

—A vuestro casamiento debo, dijo Sayda-Llemal, que venia tambien contenta, cuanto en su situacion podia estarlo, á Ferran, el poder probar que me llamo Gaston de Ulloa, y eso lo probaré mejor más adelante, y que hace dos meses por lo menos que estoy en Castilla.

—Habeis parecido muy bien á don Fray Dionisio, que es muy buen varon, y hombre tan de verdad que no cree que hay engaños en el mundo.

—Amigos míos, decia en aquel momento María con voz conmovida á sus sirvientes: ya veis que me he casado cuando menos lo pensábais: como que yo misma no lo sabia esta mañana: pero Ferran tiene que irse á Aragon á sueldo de este caballero, (y señalaba á Sayda-Llemal) y no ha querido separarse de mí: para que yo me fuese con él, era preciso que nos casáramos: este caballero tiene prisa de volver á su tierra, y por eso el casamiento se ha hecho tan pronto: en el molino dejo por amos á mi madre y á mi hermano (y señalaba á la madre de Ferran y á Melchor): cuento con que cuando yo venga no se tengan que quejar de vosotros.

Se cruzaron las protestas.

Hubo dos horas de boda.

Se charló y se bebió.

Se dieron regalos por María y por Sayda-Llemal á todos, y antes de la media noche, los dos esposos y Sayda-Llemal salian.

María iba en un asno.
 Sayda-Llemal montó en un caballejo y Ferran en una mula, todas bestias existentes en el molino.

En otras dos mulas iban el tesoro de Sayda-Llemal, y las ropas y el dinero de los esposos.

XII.

Una hora despues doblaron la punta de la loma que por la tarde habia señalado Ferran á Sayda Llemal, cuando iban á la Abadía.

—¡Guillen! gritó Ferran desde la embocadura de un barranco.

—¿Quién vá? contestó una voz robusta desde el fondo.

—¡El señor! dijo Ferran.

Oyóse allá abajo movimiento y chocar de armas, como si algunos hombres montaran á caballo.

Luego el ruido del paso de los caballos sobre las piedras.

Poco despues á la vaga y dudosa transparencia de la noche, se vieron llegar algunos ginetes.

—¿Viene la litera, Guillen? dijo Ferran.

—Sí.

—La litera adelante, dijo Ferran.

Adelantó una litera llevada por dos mulas, y Sayda-Llemal entró en ella.

—Mis armas y mi caballo, dijo Ferran.

En un momento los dos palafreneros de las mulas de la litera, que iban tambien armados, armaron de todas armas á Ferran, que embrazó la adarga, tomó la lanza y montó en un caballo que le presentaron.

—Tú, junto á la litera, María: el asno es fuerte y seguirá á los caballos: envuélvete bien en el ropon y échate el capuz, que hace frio: vosotros en las mulas de la litera, dijo á los palafreneros, que saltaron sobre sus cabalgaduras; coged vosotros en medio á la litera del amo y á las acémilas: tomad los ronzales de estas para que no se quede atrás alguna y se pierda con la oscuridad, y en marcha. Antes del amanecer tenemos que estar cerca de Dueñas.

Y Ferran como si hubiera llevado muchos años de unido con María, la dejó junto á la litera, y se puso delante guiando á la cabalgata que emprendió á buen paso el camino.

Si hubieran picado un poco más, pudieran haber alcanzado á otra caravana, pero infinitamente mayor, que llevaba el mismo camino.

XIII.

Veamos de qué se componia aquella caravana.

Primeramente caballero en un asno iba un hombre encorvado y tan envuelto en un ropon negro que no podia saberse quién era, ni por un conocido suyo que le hubiera visto.

Nosotros, sin embargo, conocimos á aquel hombre.

Era el judío Joseph, el amigo y aun el sócio de Dathan.

Detras de aquel jumento iba otro jumento mucho más chico y pobre.

Otro bulto tambien muy arropado.

Aquel era un muchacho judío que se llama Jacob.

Luego iban como diez mulas cargadas con grandes bultos, y enreatadas, esto es, atadas sucesivamente los roncales de la una á la parte posterior del aparejo de la otra.

Sobre la primera iba otro bulto arrebujaado.

Aquel era un mozo.

Luego seguian revueltos, y cuanto cabian en el camino, como unos cien caballos de batalla armados, y algunos hombres robustos que marchaban á pié, llevaban encadenados uno á otro los caballos.

Todos iban con paramentos de batalla, esto es, con silla chapeada y caparazones de hierro ó de malla, porque los arneses de los caballos no eran iguales: en aquellos tiempos no se atendia á la uniformidad, sino á la utilidad.

Sobre cada uno de aquellos caballos iba una armadura completa de hombre de guerra, y una larga y fuerte lanza.

Por último y detras de los caballos, sobre otro asno iba otro hombre tambien completamente rebujaado.

Aquel hombre era el judío Dathan, que iba dando vueltas en su imaginación de usurero, para encontrar el medio de apoderarse, según el hilo que la casualidad le dejara coger, de aquella sultana, por la cual se interesaba de una manera tal el señor rey don Alfonso VI.

Las ajorcas de la sultana, con las cuales se había quedado en prenda el rey, no se separaban de la imaginación de Dathan.

Y aquella dehesa que había creído obtener en pago de aquellas dos ricas alhajas.

Y lo que el rey sería capaz de hacer con él, si en el término de un mes no le daba noticia de la sultana Sayda-Llemaal.

Todo esto era bastante para poner en confusión, no digamos á un judío de alma mezquina y estrecha, sino á otro cualquier hombre de alma enérgica y alentada.

Dathan en aquellos momentos era digno de lástima.

XIV.

Todo aquello, los judíos en sus asnos, las acémilas, los palafrancos y los caballos, adelantaba á buen paso por el mal camino de Tordesillas á Dueñas, deslizándose entre la sombra de la noche, produciendo un ruido monótono, sostenido, chirriante, al chocarse los arneses de los caballos entre sí.

Nadie sin embargo podía apercibirse de aquello.

En aquellos tiempos nadie caminaba de noche, porque los caminos, á más de ser malos y llenos de tropiezos, estaban infestados de bandidos.

Todavía no se había creado la Santa Hermandad.

Cada cual cuando caminaba y tenía algo que guardar, procuraba ir acompañado de otros, formando una especie de caravana.

Todo entonces lo decidía la fuerza.

Por eso Ferran había cuidado de que diez hombres de armas mandados por él, resguardasen á la sultana Sayda-Llemaal y á su tesoro.

Diez hombres de armas de los buenos eran suficiente, á pesar de lo mal seguro de los caminos.

XV.

No habia por aquellos tiempos encrucijada donde no hubiese una cruz de piedra, y no distante de la cruz una hermita.

El hermitaño cuidaba de encender una estopa empapada en aceite, y puesta en un platillo de hierro pendiente de un pescante de la cruz, y á la turbia luz de esta estopa inflamada, se dejaban ver los ricos detalles de aquellas cruces cinceladas en piedra, monumentos de una edad en que todo era fe y sentimiento, y que perpetuaban la memoria, ya de una batalla, ya de un asesinato, levantados ya á la gloria nacional, ya al eterno reposo de un desdichado muerto á hierro, pero rico y poderoso lo bastante para que sus herederos levantasen aquella magnífica cruz á su memoria.

Muchas veces la estopa encendida no dejaba ver solo las bellas cinceladuras de la cruz y las estatuitas de santos que la adornaban: con suma frecuencia se veia pendiente de uno de sus brazos un objeto horrible: esto es, un hombre ahorcado.

Aquel hombre era siempre un malhechor terrible.

Un bandido, terror de la comarca, á quien habian dado caza en una batida todos los hombres de la comarca.

Una vez preso, muerto ó vivo el malhechor, se le colgaba en la primera cruz que se encontraba en la primera encrucijada, y allí se le dejaba, ó hasta que uno de sus compañeros le descolgaba y le daba sepultura, ó hasta que las aves carnívoras le devoraban.

En algunas cruces solian verse esqueletos.

Lo que representaba que el bandido ahorcado no habia tenido un solo amigo que le arrancase de allí, para darle los honores de la sepultura.

Sucedia tambien que mucho tiempo antes de llegar á una de estas cruces, diese en las narices de los caminantes un hedor insoportable: los caminantes comprendian lo que aquello era, y apresuraban el paso para librarse pronto de aquella incomodidad.

Cuando habian llegado á cierta distancia, una bandada de

cuervos se levantaba de sobre el cadáver pendiente de la cruz.

A veces eran los peregrinos los que, cumpliendo con un piadoso deber, convirtiéndose en hermanos de la caridad, descolgaban el cadáver del ajusticiado, rezaban por él algunas preces, entonaban unos cuantos salmos y un responso, y despues de este funeral á campo abierto, le daban sepultura.

En fin, no habia una sola de estas cruces, de la cual no pendiera á lo menos un fragmento de dogal, podrido por la lluvia, el sol y los vientos.

XVI.

En el comedio del camino de Tordesillas á Dueñas, en una sombría encrucijada perdida en una selva espesa, habia una de estas cruces.

Un hombre enorme con trage de montero pobre, pendia de uno de los brazos de la cruz, que era alta, robusta, magnífica.

Estaba levantada sobre cuatro gradas en un montecillo cubierto de musgo verdinegro.

Esto no podia entonces verse porque era de noche, y porque la luz de la lámpara colgada delante de la cruz, apenas bastaba para iluminar á esta y al hombre que de ella pendia.

La cruz era de mármol pardo, minuciosa y bellamente concluida.

A lo largo de ella y en sus cuatro fases entre junquillos y hojas entrelazadas, se veian bajo preciosos doseletes estatuas de santos, y en el centro de la cruz un precioso Ecce-Homo.

Todo era rico y bello en aquella alhaja de piedra, abandonada en la sombría encrucijada de un camino, entre altos, espesos y verdes pinos.

El viento que hacia zumbiar las altas copas de los pinos, balanceaba al ajusticiado, y agitaba la llama de la estopa.

Todo aquello era fuertemente impresionable.

Poco antes de que llegasen á aquel punto del camino los judios, los palafreneros, las acémilas y los caballos, apareció un hombre saliendo de entre la oscura sombra del pinar, y se acercó á la cruz.

Aquel hombre tenia exactamente el mismo traje que el ajusticiado.

Le estuvo contemplando algun tiempo con suma insistencia y con algo de pavor, y luego se quitó su capote y su venablera, los dejó al pié de la cruz, soltó su ballesta, y empezó á trepar á lo alto, apoyándose en las pronunciadas salientes de los adornos y de las estátuas de la cruz.

Pero aun no habia llegado á los brazos de ella, cuando aquel hombre se detuvo en su ascenso y escuchó con atencion.

Habia percibido el ruido particular que producian los caballos de batalla de los judíos al chocar de sus arneses.

El escalador de la cruz se engañó: creyó que se acercaba un escuadron de hombres de armas, y se dejó caer de la cruz abajo, recogió su capote, su venablera y su ballesta, y dió á correr internándose en el monte.

Poco despues pararon los judíos con sus caballos y acémilas.

Dathan Simuel se estremeció al ver el hombre ahorcado, porque no sabia si á él tambien le ahorcaria el rey don Alfonso si no encontraba á la sultana Sayda-Llemal, y aguijó á su asno.

La caravana pasó.

El ruido se perdió á lo lejos entre el silencio de la noche.

XVII.

Pasaron dos horas largas, y volvió á aparecer el montero que habia huido.

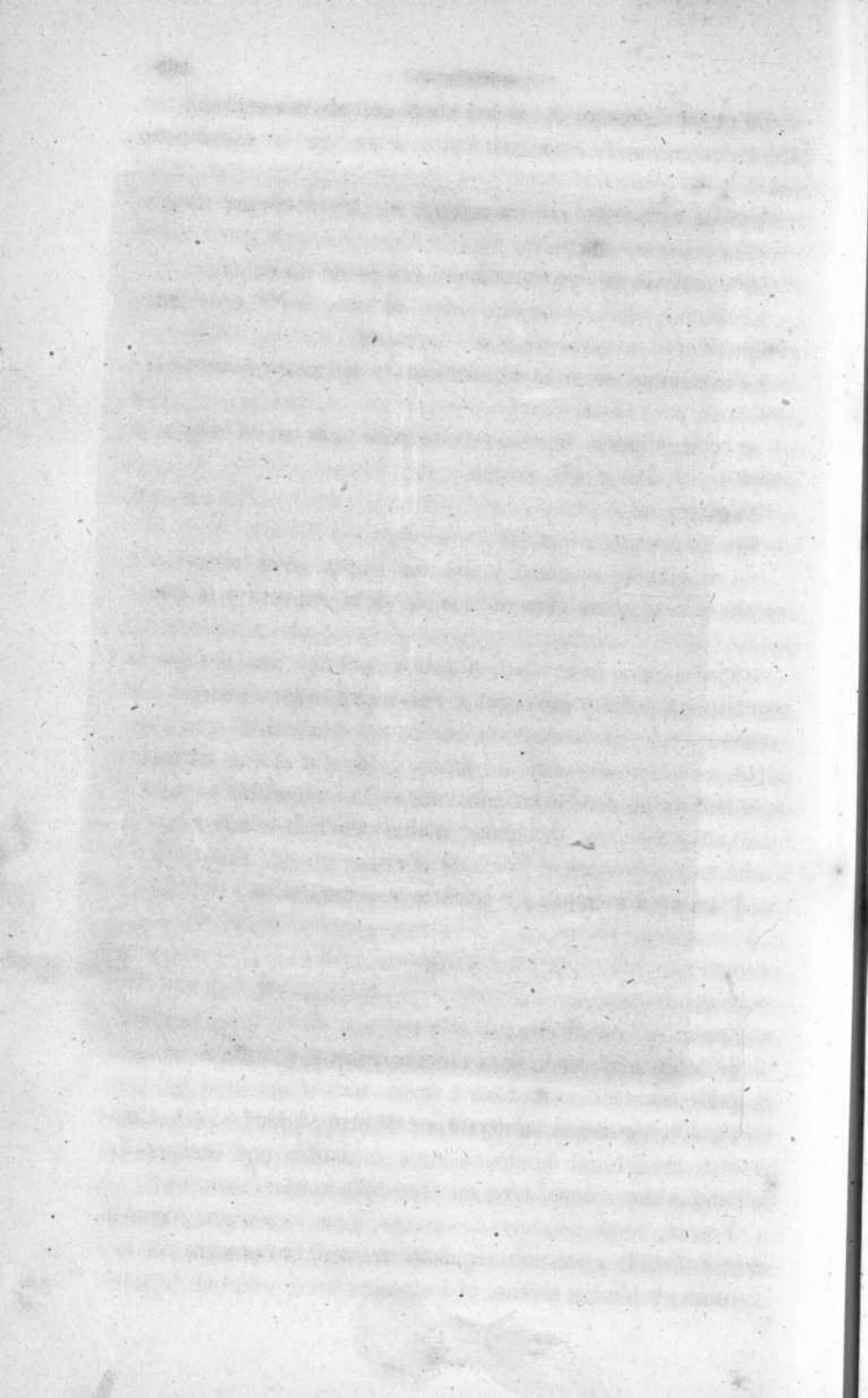
Adelantó con recelo, exploró el terreno y cuando se cercioró de que nadie habia en las inmediaciones, de que estaba completamente rodeado de soledad y silencio, dejó otra vez sobre las gradas su capote, su venablera y su ballesta, y emprendió de nuevo el acceso de la cruz, llegó á sus brazos, adelantó sobre el izquierdo, se inclinó, y cortó con su puñal la cuerda que sostenia al ajusticiado.

El cadáver cayó produciendo un ruido sordo, mate, por decirlo así.

Un ruido que hubiera crispado los nervios y erizado los cabellos al que poco acostumbrado á lo terrible lo hubiera oido.



EMPEZÓ Á TREPAR Á LO ALTO.



En aquel momento el hombre habia cortado la cuerda, y se encontraba aun en la extremidad del brazo de la gigantesca cruz.

Aquella cruz debia ser un monumento levantado por un rey ó por un poderoso magnate.

De improviso se oyó el ruido del galope de un caballo. —

El hombre que estaba aun sobre el brazo de la cruz, hizo un movimiento de sorpresa y de sobresalto.

El caballo se acercaba rápidamente y el encaramado no tenia tiempo para bajar.

Se replegó, pues, se unió cuanto pudo al brazo de la cruz, y esperó á ver si el jinete pasaba.

El jinete llegó.

Era un hombre de armas.

Su caballo se asombró y dió una vuelta sobre su costado derecho; cesó en su carrera, resistió á la espuela y se encabritó.

—¡Qué diablos le ha dado á este vicho! dijo una voz por la cual hubiera podido reconocer á Ferran un conocido suyo: ¡ah! exclamó: ya, han cortado la cuerda del ajusticiado, y el ajusticiado es lo que asombró al caballo: ¡diablo! y el que ha cortado la cuerda no debe estar lejos: ahí veo su tabardina y sus armas: ¡ah! ¡ya te veo, mochuelo! añadió viendo al hombre que se tendia encogido sobre el brazo de la cruz.

Y apretó duramente los acicates y el freno á su caballo.

XVIII.

Ferran se encontraba allí solo por una razon muy sencilla.

Se habia adelantado para reconocer aquel paso, que siempre era peligroso.

Para evitar el que sus hombres de armas que no podian valerse en aquel lugar de sus caballos, diesen en una emboscada de bandidos.

Ferran, como hombre de armas viejo, escudero algunos años del Cid, y despues soldado del rey, se parecia por las aventuras y por las presas.

Fijó una mirada iluminada por la alegría en el que estaba en el brazo de la cruz, y le dijo poniéndole á un palmo de él la moharra de su larga lanza de batalla:

—Y vamos á ver, ¿y qué harás tú, si se me pone matarte como á una lagartija?

—¿Qué he de hacer más que tener paciencia? dijo el de la cruz.

—¿Eres ladron?

—Poco á poco: no hay que insultar á nadie, aunque se le tenga cogido y muerto. Eso no es de valientes.

—¿Pues por qué diablos descuelgas de su cruz á un ladron?

—Peor que ofender á los vivos, es ofender á los muertos.

—¿Pues por qué le han ahorcado?

—Por montero libre.

—¡Ah! ¿eso es distinto! ¿quién le ha cogido?

—Los ballesteros del rico-hombre de Dueñas.

—¡Ya lo creo! le tendreis talados los sotos!

—Dios ha hecho la caza para el montero.

—Para su dueño.

—Pues ya ves lo que os sucede.

—Cristóbal ha sido un mentecato: se ha echado al pié de la cruz y le han cogido durmiendo.

—Al que se busca se le halla.

—No: el que se descuida, cae: si él se hubiera esperado para descansar á volverse á nuestra casa...

—¿Teneis la casa oculta?

—Más que oculta, fuerte.

—¿Dónde?

—En la tierra lo saben: pero no se atreven á ir á ella.

—¡Oh! pues mira, á mí me hace falta una casa como esa: ¿es casa fuerte?

—Es castillo roquero.

—Pues mejor: me parece que vamos á hacer algo.

—¿Y tú, quién eres?

—Yo soy capitan de aventuras.

—Que dá tanto como montero libre.

—No es lo mismo, porque cuando yo cazo, cazo sobre la tierra de los árabes.

—Y si los árabes te cojen, te empalan, como el rico-hombre de Dueñas ha ahorcado á mi hermano.

—¿Tu hermano era?

—Por desdicha mia, que le lloro.

—¿Tienes hecha la sepultura de tu hermano?

—Sí, entre los pinos, á un tiro de ballesta.

Ferran llevó á su boca una bocina y tocó por tres veces.

—¿A quién llamas? dijo el montero, que no se habia movido del brazo de la cruz.

—A los míos, que me contestan, dijo Ferran.

En efecto, otros tres toques de bocina se habian escuchado cerca.

—¿Qué piensas hacer? dijo el montero.

—Yo puedo matarte si te mueves, dijo Ferran: no, no llegarás al suelo vivo: pero no quiero matarte: si te dejo bajar, cuando estuvieras en tierra te me escaparías, porque aquí de nada me sirve el caballo: cuando yo te deje bajar ya habrá algunos de mis hombres al pié de la cruz.

Oíase ya cercano el ruido de algunos ginetes que se acercaban.

Al fin se dejaron ver cuatro hombres de armas á caballo.

—Echad pié á tierra, les dijo Ferran, poneos al pié de la cruz y agarradme á ese que está en ella cuando baje.

Los ginetes descabalaron y se pusieron al pié de la cruz.

—Oye: antes de bajar desata la cuerda que está pendiente de cruz.

—Si la quieres sube por ella, dijo el montero.

—Me obligarás á que te ate las manos con el dogal que ha matado á tu hermano, que ha oprimido su garganta: ¿no seria más doloroso para tí?

—¿Cómo ha de ser! dijo el montero: ¡paciencia!

Y desató la cuerda que estaba asegurada en el brazo de la cruz y la echó abajo.

Uno de los hombres de armas la recogió.

—Baja cuanto antes, dijo Ferran; que tenemos que sepultar á tu hermano y seguir nuestro camino.

El montero se deslizó como una ardilla á lo largo de la cruz, y antes de que pusiese los piés en tierra, los hombres de Ferran le aseguraron.

—Atadle bien las muñecas con la cuerda á las espaldas y quitadle las armas que tenga.

El montero no tenia más que un puñal.

Se lo quitaron y despues le ataron.

—Cargad dos con el muerto, y llevadle donde ese os diga: dadle sepultura y volved con el vivo.

—Dios te pague el no haber dejado abandonado á mi hermano á los lobos y á los cuervos, dijo el montero.

—Soy cristiano y no se me ha entrado en mi coto, dijo Ferran. Pero al asunto y concluyamos.

Dos de los hombres cargaron con el muerto, otro se fué con ellos asegurando al montero, y el cuarto se quedó teniendo los caballos.

Los del entierro, guiándoles el montero, se entraron por entre los pinos.

Poco despues llegaron los otros seis hombres de armas, María en su asno, y la litera en que se conducía á Sayda-Llemal.

XIX.

La sultana abrió una de las puertas de la litera y dijo con algun cuidado:

—¿Qué es eso, Ferran? ¿por qué nos detenemos?

—He encontrado en esa cruz, señor, dijo Ferran, un montero libre vivo y un montero libre muerto: eran hermanos: el muerto ha sido ahorcado per el rico-hombre de Dueñas, que es un tremendo señor y no quiere que nadie más que él caze en sus sotos, y el vivo ha venido á enterrar á su hermano.

—¡Infelices! dijo Sayda-Llemal.

Y aprovechando aquella deteneion, salió de la litera y adelantó hácia la cruz.

Llegó á sus gradas, se arrodilló y oró con la cabeza descubierta.

Oró por el muerto.

Luego se acercó á Ferran que habia echado pié á tierra y le dijo:

—¿Por qué has detenido al vivo?

—Ese hombre conoce un lugar fuerte, seguro y oculto, dijo Ferran.

—¡Ah! exclamó la sultana.

Y dobló la cabeza pensativa.

XX.

Poco tiempo despues volvieron los tres hombres de armas con el montero.

Este venia triste, cabizbajo, lloroso.

La prueba por que acaba de pasar habia sido terrible.

—Ahora, dijo llegando maniatado aun al lugar donde estaban Sayda-Llemal y Ferran, podeis matarme en buena hora: solo os pido que me deis buena muerte y que me enterreis con mi hermano.

—Tú no morirás, dijo Sayda-Llemal: ningun daño nos has hecho.

—He enterrado como á este á seis, dijo el montero.

—¡Seis hermanos! dijo Sayda-Llemal.

—¿Y qué quereis, señor? uno á uno han ido cayendo: á mí tambien debe llegarme mi dia, sólo que yo no tendré quien me descuelgue de la cruz.

—Desatadle, dijo Sayda-Llemal.

Los hombres de armas soltaron al montero.

—Eres libre, dijo la sultana.

—¿Quién sois vos, señor, para que bendiga vuestro nombre?

—Gaston de Ulloa.

—¿Sois señor de vasallos? ¿Teneis jurisdiccion?

—La tendré, porque la compraré.

—¿Quereis tomarme á vuestro servicio?

—Bien lo merece: es franco, dijo Ferran.

—Sigue con nosotros, dijo la sultana.

—¡A caballo! dijo Ferran cabalgando: tú recoge tu tabardina, tu venablero y tu ballesta, y á mi grupa.

El montero recogió aquellos objetos y saltó á la grupa del caballo de Ferran.

Sayda-Llemal entró en la litera y se prosiguió el camino.

XXI.

—¿Tú tendrás necesidad de vivir oculto? dijo Ferran al montero.

—Sí, por Dios: estoy pregonado.

—Nosotros tenemos tambien necesidad de ocultarnos... por algun tiempo.

—¿Muy lejos de aquí?

—No: si ese castillo roquero, que tú dices os servia de albergue, es verdaderamente fuerte, nos convendria. ¿De quién es?

—De nadie: el último señor murió hace mucho tiempo sin herederos, y el rey se apoderó de sus tierras: pero son tan áridas, escondidas entre quebraduras, y el castillo tan sin provecho, que fué abandonado. Mis seis hermanos y yo nos apoderamos de él, y desde él hemos sido el terror de la comarca. Como que se nos llamaba los siete hermanos del diablo.

—¡Ah! ¿conque habeis sido algo más que monteros?

—Sí, algo más. Como el castillo está fuera del camino, y nosotros nos defendiamos fuera de él en las quebraduras, nadie nos ha buscado en el castillo.

—Y dime, ¿podriamos llegar á él al amanecer?

—Ahora amanece tarde.

—Tenemos que pasar antes junto á la villa de Dueñas.

—Por ahí vá el camino del castillo.

—¿Cuánto nos queda para Dueñas?

—Dos leguas: pero yo conozco un atajo por donde solo hay una.

—Sí, pues guía.

—Voy á echar pié á tierra.

Y saltó de la grupa poniéndose en marcha, asido al portamancebo del caballo de Ferran.

XXII.

Era aun de noche.

Sobre una pequeña colina á media legua de la villa de Dueñas estaba detenida una cabalgata.

Eran los judíos con los caballos, las acémilas y demás gente.

Habian llegado á un punto de parada y esperaban.

Poco despues, naciendo del fondo de un pequeño barranco, se oyó el rumor de voces y pasos de hombres, y ruido de cabalgaduras sobre las peñas.

Los judíos se pusieron en movimiento hácia donde sonaba el ruido.

Antes de que pudieran ver á los que llegaban, se oyó el toque de una bocina.

Dathan Simuel contestó con un agudo toque de silbato.

Al fin desembocaron los que venian por el barranco y llegaron á trepar por el ancho repecho de la loma, donde con su carabana se habian detenido los judíos.

Los que llegaban eran Ferran y el montero libre delante, detrás la litera y el asno en que venian Sayda-Llemal y María, y las acémilas entre los diez hombres de armas que marchaban en dos hileras.

Venia luego un tropel de hombres.

Aquellos hombres habian esperado á Ferran y encontrádole, media legua antes.

Eran los hombres de guerra, tomados á sueldo por un amigo de Ferran, pagados bien, y muchos de ellos pertenecientes al rey, al Cid y á otros señores.

Veteranos tremendos, acostumbrados á la guerra de frontera y con los cuales podia emprenderse cualquier empeño de monta.

Se les habia pagado espléndidamente, y como el oro hace milagros, se habia logrado reunir en pocas horas los cien hombres que Ferran necesitaba, para cada uno de los cuales llevaban los judíos un caballo y un equipo.

Aquellos cien hombres, los otros que resguardaban armados ya á Sayda-Llemal y Ferran y el monteró libre, formaban el pequeño ejército de la sultana.

Ferran al encontrarlos, habia hablado á aquellos hombres, á la mayor parte de los cuales conocia, y estos le habian reconocido por su capitan, y al noble don Gaston de Ulloa, esto es, á Sayda-Llemal, por su señor.

Antes de que se acercaran, Dathan Simuel dijo á Joseph:

—Paréceme, hermano, que debemos prevenirnos: ahora me parece que hemos hecho mal en venir.

—¿Y quién habia de cobrar el precio de lo que traemos? dijo Joseph. ¿De quién se puede fiar cuando se trata de mil doscientas doblas de oro?

—Tienes razon: pero se me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Que Jacob que es sagaz y astuto, y á más de eso fuerte, se salga de entre nosotros y vea á dónde nos llevan.

—¡Cómo! dijo Joseph, ¡pues qué!...

—No perdamos tiempo: llama á Jacob.

El muchacho vino y Dathan Simuel le dió rápidas pero precisas instrucciones.

El muchacho se alejó, se deslizó por la ladera opuesta de la loma y se acurrucó entre una maleza.

XXIII.

A poco, los ginetes que acompañaban á Ferran, se abrieron, adelantaron, tomaron distancia entre sí y rodearon á los judíos, á los palafreneros, y á los cien caballos y á las acémilas que estaban en lo alto de la loma.

Los hombres que iban á pié todavía, se estendieron y cubrieron en línea los claros que habian quedado de ginete á ginete.

Los judíos habian sido cercados.

Solo quedaba fuera de aquel cordon el muchacho Jacob.

—¿Por qué nos poneis hombres á la redonda? dijo Dathan Simuel acercándose á Ferran.

—Porque te llevo conmigo, dijo Ferran: yo sé que has estado en el alcázar del rey y necesito saber todo lo que ha pasado allí.

—Yo te lo diré: el rey me ha pedido dinero.

—No: necesito yo esplicaciones más largas y no puedo detenerme ahora: se os van á vendar los ojos, y os llevo conmigo.

—Eso no puede ser.... eso es una injusticia.... un hurto, un robo.

—Te advierto que si pronuncias una palabra más, te estrangulo.

Dijo Ferran con un acento tan decidido y tan bravo estas palabras, que Dathan Simuel, único que habia hablado, calló, y Joseph no se atrevió á hablar.

—Véndales los ojos, Tristan, dijo Ferran al montero libre.

—¿Y con qué los ato?

—Con sus mismas tocas: corta de cada una de ellas una tira y átales atrás las manos para que no puedan desvendarse.

—Descuidad, que quedará bien, dijo Tristan.

Y en un momento ató las manos y vendó los ojos á los dos judíos.

—No temais nada, dijo Ferran: no os sucederá mal alguno, por el contrario, si sois como debéis ser, mucho bien: además, se os pagará religiosamente el precio convenido, y algo más por el susto: ¡á ver! las cabalgaduras de estos judíos, gritó Ferran.

Dos de los acemileros que habian venido con las mulas cargadas de tiendas, adelantaron; pero en vez de dos asnos, como era de presumir, traian tres.

—Aquí sobra un asno ó falta un judío, dijo Ferran.

—No, no falta, dijo Dathan procurando evitar que se supiese la ausencia de Jacob: ven acá, Abacub, ven acá. ¿Dónde estas, hijo?

—Aquí estoy, maestro, contestó Abacub acercándose.

—Ata á ese y véndale los ojos, dijo Ferran al montero.

—Pero todavía falta un judío, dijo uno de los acemileros, que para librar mejor de aquel lance, y creyendo que habian dado en manos de una banda de aventureros ladrones, queria ponerse bien con ellos para escapar mejor.

—No, no falta, dijo Dathan.

—Sí que falta, dijo el acemilero: yo he visto que el muchacho aquel zanquilargo que venia montado en uno de estos asnos se ha escurrido cuando se acercaban estos señores: ese otro ha venido caballero en una acémila.

—No, no, no, gritó con voz chillona Dathan.

—Echadle una cuerda al cuello y ahorcádmele de un pino, dijo Ferran.

—Tú no harás eso, tú no puedes hacer eso: tú temerás á Dios, gritó Dathan todo sobresaltado, lloroso.

—O haces que vuelva ese chico, dijo Ferran..... ó vas tú al pino.

—No hemos venido más que tres.

—Han venido cuatro, dijeron algunos acemileros.

—Los dos judíos y dos criados, dijo otro.

—El muchacho se ha ido hace poco, y debe estar cerca, añadió un tercero.

—Ya lo oyes Dathan, dijo Ferran.

—Estos mienten: son unos bellacos: dicen lo que tú quieres que digan para que no les hagas mal.

—El dia viene, dijo Ferran: no puedo detenerme: ó llamas á ese muchacho pronto, ó te ahorco.

—No... no ha venido nadie más.

—La cuerda al cuello, Tristan.

Tristan que estaba dolorido por la muerte de su hermano, y que se encontraba en las mejores disposiciones del mundo para exterminar al género humano, asió al judío y le atrajo á sí.

Dathan lanzó un verdadero chillido de rata, cuando se sintió cogido, y su firmeza se desvaneció.

—Yo le llamaré, yo le llamaré, dijo; no debe estar lejos.

Y en seguida se puso á gritar con su voz chillona.

—Jacob, hijo, Jacob, ven acá... ven acá pronto, por Dios.

El muchacho que se habia escondido á una distancia de dos tiros de ballesta cuando más, oyó perfectamente el llamamiento del judío.

Pero habia tal miedo, tal terror en aquella voz, que el chiquillo dijo:

—¡Para que vaya yo y hagan conmigo lo que están haciendo con él!

Y en vez de contestar al judío, en vez de ir hacia él, se escurrió entre la maleza en dirección opuesta.

Volvió á oír el llamamiento del judío más estenso, más desesperado, y el muchacho, creyendo que mataban á su amo, temiendo que hicieran con él lo mismo si le encontraban, dió á correr á campo atravesado, con esa ligereza increíble que dá el terror á los que huyen.

Los sucesivos llamamientos de Dathan, no los oyó Jacob á pesar del silencio de la noche.

El miedo le había puesto á una respetable distancia del lugar en donde se encontraba el judío.

XXIV.

—¡Todo se vuelve contra mí! dijo llorando Dathan Simuel aterrado, sin poder dar un grito más: Jacob si me oye, no quiere venir: y ya veis que yo le llamo de veras: pero por el Dios santo, que no me maten.

—Eso ya lo veremos, dijo Ferran, y dá gracias á que no podemos detenernos: para cuando estemos despacio, veremos lo que hay que hacer: montad á esos tres en los asnos, y no los dejéis hablar con nadie, dijo Ferran á algunos de sus hombres.

Los judíos fueron apartados.

—¡Hola! gritó Ferran: aquí los caballos.

Adelantaron los palafreneros trayendo los caballos de ocho en ocho encadenados.

—¡Valientes! dijo á los hombres que había tomado á sueldo: para cada uno hay un caballo y arnés: á armarse al momento, y á caballo.

Los soldados adelantaron y se apoderaron cada uno de un caballo.

Oyóse en seguida el ruido particular que producian aquellos hombres tomando las armaduras y armándose.

—¡Aquí los palafreneros que han traído los caballos! dijo Ferran.

Adelantaron algunos hombres.

—¿Cuántos sois? dijo Ferran.

—Doce: contestaron.

—¡Doce hombres para cien caballos! exclamó el jóven; han venido muy mal.

—No, señor, porque han venido encadenados unos á otros, dijo uno de ellos.

—¿Cuántas acémilas han venido?

—Veinticinco, con cuatro tiendas cada una, dijo otro.

—¿Y cuántos hombres han venido con las acémilas?

—Cuatro.

—Acá esos cuatro acemileros, dijo Ferran.

Adelantaron otros cuatro hombres, y formaron corro con los doce palafreneros.

—¿Sois, pues, diez y seis hombres? dijo Ferran.

—Sí, señor, contestaron.

—¿De dónde sois?

—De Tordesillas.

—¿Quereis servirme á sueldo?

—¿Y qué nos darás?

—Un sueldo de dos maravedís de plata: ya sabéis que los mismos hombres de armas del rey no tienen más que un maravedí al dia.

—Yo por mi parte, quiero, dijo el que hasta entonces habia hablado.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo! dijeron todos.

—¿Hay alguno que no quiera?

—Sepamos quién nos toma á sueldo, dijo una voz robusta.

—El noble señor don Gaston de Ulloa.

—Buen apellido.

—Ya lo creo.

—¿Hay alguno que no quiera servirle? dijo Ferran.

—Todos queremos.

—Pues á las acémilas, montad en ellas.

Aquellos hombres fueron á las acémilas y saltaron sobre ellas.

—¡Ah de los hombres de armas! gritó Ferran: ¿estais dispuestos ya?

—Sí, señor.

—Sí.

—Sí, contestaron.

—¡A caballo! gritó Ferran con robusta y enérgica voz.

Oyóse el chocar de los arneses, de los escudos y de las lanzas.

Aquel ruido duró un momento y pasó.

—Adelante la litera y el bagaje, dijo Ferran: á los costados, los ginetes: ¡en marcha!

Y tomando á la grupa á Tristan, picó á su caballo y se puso al frente de su bravo escuadron.

—No hay que ir muy de prisa, dijo Tristan: aun falta mucho tiempo para el dia, y antes de que amanezca habremos entrado en el Desierto: ¿y por qué te dejas perdido á ese muchacho judío que puede seguir nuestras huellas y saber á dónde vamos?

—Gritaba de tal modo y con tanto miedo el judío, dijo Ferran, que el muchacho habrá huido espantado.

—Puede ser.

—Estoy seguro de ello.

—Dime, preguntó Ferran: el castillo á dónde vamos, ¿está habitable?

—Hay algunas habitaciones, que tienen todas sus puertas, pero son pocas: las demás las hemos quemado para calentarnos mis pobres hermanos y yo.

—¿Y está en buen estado el castillo?

—No le falta una piedra.

—¿Y está escondido... es decir, no pasa por los alrededores nadie?

—Está en medio del Desierto, en una garganta, rodeado de solitarios bosques de pinos salvajes.

—Pues adelante, adelante.

Y Ferran picó á su caballo y continuó en una conversacion que nada nos importa con Tristan.

XXV.

Cuando amaneció estaba fuera del camino.

El terreno era bravío.

A la derecha, á la izquierda, por detrás y por delante, solo se veían colinas arenosas y pinos sombríos.

Ni una senda cruzaba aquel terreno.

Los aluviones habían marcado en él anchas arroyadas, por una de las cuales marchaban el escuadrón, la litera y los bagajes.

Estaba densamente nublado, llovía pesadamente, y el viento frío y persistente, dejaba escuchar largos y tristes gemidos, rompiéndose entre los pinos, y agitando con un rumor siniestro sus copas.

—Todo nos favorece, dijo Ferran, si la lluvia crece, que crecerá, la arroyada por donde marchamos, y que llega hasta los mismos muros del castillo, se llenará de agua que correrá rápidamente borrando las huellas de las cabalgaduras.

—¿Y falta mucho para llegar al castillo?

—Habremos llegado antes de medio día.

XXVI.

El lugar por donde marchaban, era el que aun hoy se conoce en la provincia de Valladolid con el nombre de *El Desierto*.

En aquellos tiempos era muy frecuente encontrar estos terrenos solitarios y deshabitados.

El estado de guerra y de invasiones parciales en que se encontraba Castilla, fronteriza entonces de los árabes, hacia que la población se aislase en villas muradas, defendidas por un castillo: las pequeñas poblaciones no existían, no podían existir.

Los caseríos no pasaban más allá del radio de las villas fortificadas.

Quedaban, pues, anchos claros desiertos é incultos.

Nadie se exponía á vivir lejos de un refugio seguro.

Solo las casas fuertes, esto es, los castillos y las torres de atalaya, saltaban acá ó allá sobre las colinas, sobre los cerros, defendidos por un ancho foso, y por macizos y altos muros.

Esta concentracion de la poblacion en grupos distantes los unos de los otros, favorecia á los bandidos, á los aventureros y á toda clase de mala gente, que tenian un refugio seguro en los lugares despoblados que ningun camino cruzaba, en los cuales ninguna habitacion se veia.

La fortuna, pues, favorecia en su empresa á Sayda-Llemal.

XXVI.

Como habia dicho Ferran, la lluvia arreció.

Empezaron á desprenderse pequeños raudales de las laderas, y todos aquellos pequeños raudales formaron un arroyo considerable que se deslizaba sobre el lecho por donde marchaban los caballos.

Muy pronto, los animales empezaron á encontrar dificil el marchar contra la corriente y Tristan dijo:

—A las colinas y á acampar: se nos echa encima una verdadera tempestad: muy pronto vendrá por aquí un torrente.

Ferran sacó á su escuadron del lecho y torciendo á la izquierda empezó á trepar entre gigantescos pinos por el declive de una colina.

Cuando estuvieron en lo más alto, Ferran mandó armar las tiendas.

Eran estas magníficas, de pelo de camello: tiendas cónicas, verdaderamente árabes, debajo de cada una de las cuales cabia un hombre y un caballo.

Muy pronto todo estaba debajo de las tiendas.

Todos estaban cansados de la mala noche, y Ferran mandó desenjaezar los caballos y dar pienso.

Las acémilas que conducian los víveres fueron descargadas: aquellos víveres consistian en garbanzos, aluvas, abadejo, carne curada, sal, tocino y ajos.

Excepto pan, del que solo habia cuatro raciones para cada hombre, los demás víveres bastaban para quince dias y para otros tantos los piensos de las cabalgaduras.

Empezó una actividad de campamento.

Tristan indicó donde había una fuente, y algunos hombres fueron á llenar las ollas.

Otros á cortar leña.

La ancha caldera del rancho empezó á hervir sobre una hoguera, pendiente por una cadena de una horca, y abierta por su parte inferior.

Aquella caldera era de la misma especie que las que tenían las mesnadas de los grandes señores de pendon y caldera.

El judío no había olvidado nada de lo que se necesitaba para un escuadron de cien lanzas.

Es cierto que le había puesto un precio excesivo.

Pero á veces por mucho que cuesten las cosas, son baratas.

XXVII.

Ferran veía con gusto que no faltaba nada de aquello á que estaban acostumbrados los hombres de armas en la vida de campaña.

Recorrió su pequeño campamento y le encontró perfectamente ordenado.

Las tiendas armadas sobre las lanzas que las servían de apoyo.

Bien clavadas las estacas.

La cobertura de los caballos puesta á la cabeza del lecho del jinete, formado por el saco del pienso y por la manta del caballo.

El arnés del hombre pendiente de la lanza.

El caballo travado y sujeto por una estaca, con pienso contenido en una bolsa de lienzo pendiente del cabezon.

Los hombres reposando cada cual en su tienda cubiertos con sus tabardinas, esperando la hora de la comida á que debía llamarles el son de la trompeta.

La guardia establecida en medio y los atalayas puestos en los extremos del campamento.

Los palafreneros y los mozos ocupados en el rancho, en la provision.

Toda gente dura y aleccionada por la costumbre.

Todos haciendo lo que debian hacer, y ocupando el lugar que debian ocupar.

XXVIII.

La lluvia y el viento habian arreciado.

Allá por la parte inferior de la colina se veia despeñarse por el lecho de la rambla un verdadero rio, encenagado, rápido, turbio.

Retumbaba el trueno y lucian lívidos relámpagos.

Nada habia que temer sin embargo por las tiendas.

Eran muy fuertes, estaban abrigadas por los pinos contra el viento, y defendidas del encharcamiento interior por el declive de un terreno arenisco.

El aspecto del campamento desde alguna distancia era muy pintoresco.

La forma cónica de las tiendas y su pardo color, armonizaba perfectamente con lo árido del paisaje y con la luz opaca de aquel nublado dia de tormenta.

Del centro del campamento se levantaba una densa columna de humo negro procedente de la tienda cocina.

Cuando Ferran hubo inspeccionado todo esto, se metió por el campamento, perfectamente satisfecho de su obra, y entró en una gran tienda, colocada en el centro.

XXIX.

Sayda-Llemal estaba sentada en aquella tienda sobre su tesoro y el equipaje de María.

María, por evitar murmuraciones, puesto que Sayda-Llemal parecia hombre, estaba en otra tienda inmediata.

Más allá en una tienda á cuya puerta habia puesto un guarda de vista, estaban los tres judíos, con los ojos vendados aun y las manos atadas.

Ferran les desató las manos y les quitó las vendas.

—¿Ha llegado la hora de que cumplais como debeis conmigo? dijo Dathan Simuel.

—Sí, pardiez, pero antes es necesario que hables tú con mi señor.

—¿Y quién es tu señor?

—Don Gaston de Ulloa.

—Llévame á donde está.

—Necesito antes hablar con él.

—Vé porque muero de impaciencia.

—No pases temor alguno.

—No es lo que has hecho conmigo para que yo esté tranquilo.

—Toda precaucion es poca. Espera un momento.

Y Ferran salió.

XXX.

Saida-Llemal estaba sentada sobre unos almohadones que se habian sacado de la litera, en el fondo de su tienda.

Meditaba.

Su alma estaba llena del recuerdo de Alfonso VI.

Le amaba y estaba celosa.

Y no solo celosa, sino irritada.

Alfonso VI, que no la habia querido para esposa, puesto que se habia casado con Inés de Poitiers, la habia querido para manceba.

La habia tendido asechanzas.

Sayda-Llemal no podia olvidarse de aquella agua que se habia dejado en el aposento destinado para ella.

Aquella agua, segun su sabor lo habia revelado á Sayda-Llemal, estaba cargada de beleño.

Si ella hubiera bebido sin recelo, la hubiera sobrevenido un letargo que la hubiera puesto á merced del rey.

Del rey que podia llegar hasta ella sin que nadie le sintiese, sin que nadie pudiera impedirlo, por medio de una puerta secreta.

La necesidad de librarse de un peligro en que hubieran sucumbido su honra y su pureza, y el ánsia de vengarse, habian causado la resolucion de Sayda-Llemal, de huir, de encubrirse, de buscar por sí propia su venganza.

La casualidad la habia protegido.

Estaba libre, trasformada completamente en su aspecto exterior, y de tal modo, que estaba segura de no ser conocida por el rey, aunque se presentase á él, provista de un nombre cristiano, y armada de una certificacion del abad de los Benitos de Tordesillas, por la que constaba su presencia en Castilla dos meses antes de la fecha en que habia venido á Castilla con sus padres.

Pero la faltaba una partida de bautismo que probase que ella era Gaston de Ulloa, el berberisco apadrinado por el noble y poderoso señor don Gutierre de Ulloa, que le habia dado su nombre.

Sayda-Llemal necesitaba de todo punto aquella partida de bautismo.

¿Y cómo obtenerla?

XXXI.

Existia en Sevilla cautivo un anciano sacerdote cristiano.

Aquel sacerdote, el venerable padre Bernardo, que así se llamaba, era quien, á peticion de Aben-Abed, habia enseñado á Sayda-Llemal el habla castellana y los misterios de la religion cristiana.

Hemos dicho ya por qué Aben-Abed habia querido que su hermosa hija fuese cristiana y hablase la lengua castellana.

Los astrólogos, consultados algunos años antes, á causa de la extraña enfermedad que consumia á la jóven cristiana, habian dicho, refiriéndose á una revelacion de las estrellas, que Sayda-Llemal no recobraría su salud sino cuando fuese amada por un rey poderoso, por un leon bravo, y que su casamiento con aquel noble rey, haria perder á Al-Mamun su reino de Toledo.

Si á alguien aborrecia con toda su alma Aben-Abed, era á su enemigo Al-Mamun, que más prudente y más bravo que él, talaba continuamente sus fronteras, y ponía en peligro la corona de Andalucía, que Aben-Abed ceñía á su cabeza.

Habian dicho las estrellas, ó creído ó mentido los astrólogos, que las estrellas lo habian dicho, que el rey poderoso, el leon bravo, seria cristiano, y que Sayda-Llemal le conocería en Toledo.

Por eso Aben-Abed habia querido que su hija fuese cristiana, y que hablase el idioma castellano.

Para esto habia sido sacado de su mazmorra el padre Bernardo, y llevado al alcázar de Aben-Abed.

El celo, la caridad y la dulzura del buen sacerdote por una parte, y por otro el claro entendimiento de Sayda-Llemal, habian hecho maravillas.

A los dos años de enseñanza, Sayda-Llemal era, no solo cristiana de corazon, sino que hablaba admirablemente el castellano.

Entonces fué cuando su padre, sin que fuese bautizada, la envió á Toledo.

La casualidad hizo que por aquel tiempo fuese tambien enviado á Toledo y puesto bajo la proteccion de Al-Mamun por su hermana la infanta doña Urraca, el jóven Alfonso VI.

La casualidad habia hecho que los astrólogos, al mentir por cuenta de las estrellas, hubiesen acertado.

Alfonso VI y Sayda-Llemal se habian conocido y se habian amado.

XXXII.

La sultana pensó en el padre Bernardo, para hacerse de aquella partida de bautismo que necesitaba.

¿Pero estaria el padre Bernardo en Sevilla?

¿No podian habérselo llevado los almoravides al apoderarse de la ciudad?

Ella no podia volver á Sevilla.

No era prudente.

Necesitaba que fuese alguien que hablase el árabe.

Esta era una grande dificultad.

Sayda-Llemal se acordó entonces de Dathan Simuel, á quien llevaba consigo.

Todos los judfos ricos que existian entonces en Castilla, hablaban el árabe y el castellano, porque mantenian un tráfico activo con ambos pueblos.

La industria de los árabes españoles los proveia de las se-

das, de los brocados y de las aliajas, que vendian á los reyes y á los magnates cristianos.

He aquí por qué era para ellos comun el lenguaje árabe y el lenguaje castellano.

Hé aquí por qué Sayda-Llemal mandó que llevasen delante de ella al judío Dathan Simuel.

XXXIII.

Cuando el judío se presentó, miró con asombro á Sayda-Llemal.

—Hé aqui un hermosísimo mancebo, dijo á Ferran.

El judío se engañaba como debian engañarse todos.

Porque el disfraz de Sayda-Llemal era perfecto.

—Espero, dijo el judío, que me pagues las armas y los caballos que te he vendido y que me dejes volver á mi casa.

—Aun no hemos acabado nuestros tratos, Dathan, dijo Sayda-Llemal en árabe, para probar si hablaba bien el árabe el judío.

—¡Oh Dios de Jacob! exclamó en correcto árabe el hebreo: yo he oido la voz de las tribus del desierto.

—Yo soy berebere, dijo la sultana.

—Hablas, sin embargo, muy bien el castellano.

—Lo he aprendido en Africa.

—¿De algun cautivo?

—Sí: del poderoso señor don Gutierre de Ulloa, que habia sido cautivado en la mar, y que estuvo dos años en casa de mi padre en las montañas de Daren: él me enseñó su habla y su religion.

—¿Eres cristiano?

—Sí.

—¿Y te has venido á España?

—Sí: cuando pagó su rescate don Gutierre de Ulloa me trajo conmigo las grandes riquezas de mi familia, y en Sevilla por donde pasamos, me bautizó un sacerdote cristiano que estaba cautivo.

—¡Oh poderoso Señor! ¡y qué historias tan extrañas suceden en este mundo! dijo Dathan.

Yo prometí al anciano sacerdote que me bautizó, rescatarle cuando estuviera en tierra de cristianos, y ha llegado la hora de que yo cumpla mi promesa.

—Haces muy bien en cumplir lo que prometes, dijo Dathan, y por lo mismo espero que me pagues lo que me has prometido: me debes mil doscientas doblas marroquíes de oro.

—En mi poder las tengo para tí.

—Pero es necesario que me las entregues.

—Dobladas te las daré dentro de quince días.

—¿Y por qué no, ahora? dijo con recelo el judío: ¿no he cumplido yo lo que he prometido? ¿á qué tomarte plazos que no has tratado?

—Porque es necesario que vayas á Sevilla.

—Yo no tengo necesidad alguna de ir á Sevilla.

—La tengo yo, que puedo hacer contigo todo lo que quiera: te advierto que soy terrible en mis determinaciones, que quiero que me obedezcas, y que si te niegas á obedecerme, te ahorco.

—¡Pero no, no puede ser! ¡Dios te castigará!

—¡Dathan! necesito partir de aquí y solo me he detenido para decirte lo que deseo: si te niegas, te ahorco y sigo mi camino.

Pronunció con voz tan firme y con semblante tan fiero estas palabras Sayda-Llemal, que á Dathan le entró el frío de la muerte.

—¿Y me prometes, dijo, que cuando vuelva de Sevilla, me entregarás las mil doscientas doblas marroquíes dobladas?

—Sí: te daré dentro de quince días dos mil cuatrocientas doblas de oro marroquíes.

—¿Y dónde tienes tú tanto dinero?

—Mira, dijo Sayda-Llemal.

Y sacó de su bolsillo una larga cadena de diamantes.

—¡Oh Dios mío! dijo para sí Dathan, á quien la codicia puso pálido: esta alhaja vale más que las ajorcas de la sultana Sayda-Llemal.

—¿Crees que puedo pagarte? dijo Sayda.

—Sí, sí, lo creo, noble señor.

—¿Crees que puedo matarte?

Dathan tembló.

- Elige entre la muerte y el oro, dijo Sayda-Llemal.
- ¡Oh Dios poderoso, terrible Dios! exclamó el judío: el rey Alfonso se me queda con las ajorcas de la sultana, y este manco se niega á darme lo que me debe.
- ¿Qué es eso de ajorcas y de sultana? dijo Sayda-Llemal.
- Este debe saberlo, dijo el judío señalando á Ferran.
- ¿Este?
- Sí: él me dió ayer dos ajorcas que eran de la hija del rey Aben-Abed.
- Aquellas ajorcas las cogí yo en Valencia, cuando entré en ella con el Cid, dijo Ferran.
- El rey no lo cree: el rey cree que quien me ha dado esas ajorcas sabe donde está la hija del rey de Sevilla: el rey quiere que la hija del rey de Sevilla parezca, y me ha dicho: «Si no buscas á la sultana Sayda-Llemal, pierdes estas ajorcas, y te ahorco: si pasado un mes no me das noticias de la sultana, si no parecieres, te confiscaré todos tus bienes:» y héme aquí que estoy arruinado.
- ¿El rey te ha puesto el plazo de un mes?
- Sí.
- Yo solo te quiero quince días.
- Y bien.
- Aprovecha esos quince días, vuelve y puede ser que cuando vuelvas pueda yo contarte dónde está la sultana Sayda-Llemal.
- ¿La conoces?
- Sí: la he visto hace cuatro meses en Sevilla.
- ¿Pero sabes tú dónde está?
- Yo sé leer en las estrellas.
- Las estrellas mienten mucho.
- Te aseguro que antes de quince días sabrás dónde está la sultana: entonces lo recobrarás todo, y habrás hecho una buena ganancia.
- ¿Y qué he de hacer?
- Toma: dijo Sayda Llemal.
- Y rompiendo parte de la cadena, la dió al judío.
- ¿Y para qué es esto?

—¿Crees que habrá bastante con lo que vale ese pedazo de cadena para que te den por ella al sacerdote cristiano á quien vas á buscar á Sevilla?

—Sí, sí, aunque su amo le aprecie en mucho.

—Pues bien, voy á darte una carta para el padre Bernardo.

XXXIV.

Sayda-Llemal abrió el cofre donde llevaba su tesoro, sacó de él su escritorio, y escribió sobre sus rodillas una larga carta en caracteres cúficos.

El carácter cúfico, es una escritura árabe, que solo poseían los sábios; más que un carácter una cifra: Sayda-Llemal estaba segura de que era muy difícil que, aunque el judío entregase aquella carta á personas versadas en el árabe, fuese interpretada su escritura.

En efecto, cuando concluyó y dió el pergamino al judío, este le miró y dijo para sus adentros:

—Por Salomon el sábio, este mancebo sabe más de lo que yo creía: no digo yo en España, en Africa costaría trabajo encontrar á un sábio que leyese esta carta: ¿y qué he de hacer con esto? dijo en voz alta, dirigiéndose á la sultana.

—Busca en Sevilla al padre Bernardo, que fué esclavo del rey Aben-Abed: el obispo mozárabe te informará: cuando contrares al padre Bernardo, rescátale y dale esa carta: cuando él te lo mande, vienes á Castilla y me buscas.

—¿Y dónde te encontraré?

—En Búrgos: dentro de quince dias, á la media noche, espera cerca del alcázar.

—¿Es decir que parto ahora mismo?

—No: partirás esta noche, con las tinieblas.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque yo no quiero, dijo Sayda-Llemal.

Y dirigiéndose á Ferran, dijo:

—Haz levantar el campo, y en marcha: vuelve á vendar los ojos á esos judíos para que no sepan por dónde vamos: llévatelo.

Ferran asió á Dathan y le sacó de la tienda.

Sayda-Llemal se quedó de nuevo sola, y otra vez profundamente triste y pensativa.

XXXV.

Se levantó el campo, y todo se puso en movimiento.

La lluvia había cesado, y el escuadrón pudo marchar desembarazadamente, por un terreno completamente suave.

Antes del oscurecer dieron vista á un pequeño valle, y empezaron á descender á él desde las colinas.

En el centro del valle, sobre una roca escarpada, había un fuerte castillo.

Sus negras torres y sus robustos muros tenían mucho de fantástico, visto á la media luz del crepúsculo, entre las neblinas de la noche que ya se levantaba del fondo del valle.

El bandido, el último de los siete hermanos del diablo, se conmovió á la vista de aquellas torres.

—Hé aquí que yo vine con todos la primera vez, dijo: despues he ido volviendo con un hermano menos... y ahora, ¡oh Dios mio! todos han muerto... los que me acompañan son gentes extrañas.

Y espoleó su caballo.

Sayda-Llemal llamó en aquel momento á Ferran.

—Dentro de poco habrá oscurecido: que Beltran se aparte con un judío: dad al judío una acémila: que Beltran se eche fuera de camino, hasta ponerse en un camino conocido al amanecer; que continúe con los ojos vendados: que cuando amanezca, Beltran le deje en libertad.

—¿Y estais segura, señora, de que el judío cumplirá vuestras órdenes?

—No tiene otro remedio: el rey le ha mandado buscarme, so pena de que dentro de un mes, si no le lleva noticias mias, se apodera de sus riquezas, y le ahorca si le coge: yo he ofrecido darle dentro de quince dias noticias mias, y Dathan irá á Sevilla y volverá.

—¿Y si no lo hiciere?

—No habremos perdido nada: aquello para lo que yo le envío

á Sevilla es importante, pero puedo pasar sin ello: así le aparto de Castilla, y al mismo tiempo me sirve.

—¿Y qué hacemos con el otro judío?

—Encerrarle, tenerle sin que hable con nadie hasta que vuelva Dathan.

—Mucho me temo un contratiempo, dijo Ferran.

—¡A la ventura de Dios! contestó la sultana: vete, y haz lo que te he encargado.

Ferran se separó de la sultana, y la cabalgata siguió marchando hácia el castillo.

CAPITULO VII.

De cómo la sultana Sayda-Llemal se convirtió en duende para el rey don Alfonso VI.

I.

El rey se había trasladado á Búrgos.

Habian pasado ocho dias desde los últimos acontecimientos.

Era una hermosa noche.

La luna penetraba en la cámara del rey, á través de la ogiva de una ventana de su cámara, cuyas vidrieras de colores estaban abiertas.

Tenia el rey grandes cosas en que pensar.

Su hermana doña Urraca, señora de Zamora, en vez de estarse gobernando en paz su infantazgo, se le había venido á la córte, vivia en su alcázar, y pretendia, á fuer de hermana mayor, y prevaliéndose de lo mucho que la debia don Alfonso, gobernarlo todo.

Doña Urraca habia andado enamorada del Cid, y habia visto con rabia, con despecho, el casamiento del Cid con doña Gimená de Gormaz.

Digno por todo cuanto puede ser digno de ser amado un hombre, Rodrigo de Vivar habia inspirado una pasión terrible á la infanta que á nadie habia amado, defendida por su altivez y por la rudeza de su carácter.

Así es, que enemiga por amor del Cid, no sufría bien su presencia en la córte.

Era esto un continuo semillero de disgustos para Alfonso VI.

Ni doña Urraca cedía, ni el Cid dejaba de mirar con una ruda altivez á la infanta, que no le disimulaba su ódio de amor.

Respetos tenía el rey que guardar á doña Urraca, y tambien tenía que guardar respetos al héroe.

Al hombre que, si le habia exigido un duro juramento, le servia en cambio con la misma lealtad y el mismo amor que habia servido al rey don Sancho.

Las murmuraciones cundian pues entre los cortesanos, que se habian dividido en tantos bandos, como eran las personas influyentes en la córte.

El rey tenía su bando particular; su bando tenía la reina, su bando la infanta doña Urraca.

Solo el Cid y sus parientes, entre ellos Alvar Fañez, no pertenecian á otro bando que al de la razon y la justicia.

Tenia además el rey un remordimiento.

Su hermano don García estaba preso por él, y despojado de su reino de Galicia, como él lo habia estado de Astúrias y de Leon por su hermano don Sancho.

Alfonso VI, que habia podido reconocer como un derecho la usurpacion y la tiranía que sobre él habia ejercido su hermano don Sancho II, no podia reconocer su propio derecho, ni la tiranía y el despojo de que era víctima su hermano don García.

La infanta doña Elvira, la menor de los hermanos, habia dejado tambien su ciudad de Toro para venir á la córte, donde se comia mejor, se vivia mejor, y donde sobre todo habia nobles y jóvenes señores que rendian homenaje á su hermosura, y á su juventud, y á su gracia, y la rodeaban con un sarao continuo.

Doña Elvira era demasiado impresionable, y esto ponía en cuidado al rey por su dignidad, temeroso de que doña Elvira diese en algunos amores poco convenientes.

Sobre todos estos pensamientos, sobre todos estos cuidados de rey y de gefe de familia, Alfonso VI tenía otro cuidado oculto dentro de su corazon: el recuerdo de Sayda-Llemal.

II.

Sayda-Llemal, el amor, el deseo, la ambicion de Alfonso VI, se habia perdido definitivamente.

Dathan Simuel, único cabo que el rey habia podido coger, se habia perdido tambien.

En vano Alfonso VI queria calmar la ansiedad de su corazon, ni responder á las curiosas preguntas que acerca de su hija le hacia el desventurado Aben-Abed, que esperando la resolucion de Al-Mamun, le habia seguido de incógnito á la córte de Burgos.

En todo esto pensaba el rey, y volvía á pensar paseándose por su cámara, cuando sintió el ruido de unas leves pisadas.

III.

Se volvió, y vió una jóven como de diez y ocho años, que adelantaba hácia él, con un pergamino enrollado en la mano.

Era la infanta doña Elvira.

IV.

Doña Elvira era un hermoso y puro recuerdo de la raza goda.

Sus cabellos de un rubio pálido, coronaban en anchas trenzas su frente serena y blanca, como el jazmin silvestre.

Sus ojos azules tenian el color del cielo de la mañana.

Su semblante, su cuello, sus hombros, su pecho, su cabeza, tenian la pureza de la niña hermosa, esa morvidez delicada que es tan encantadora.

Y realzaban su hermosura, la altivez de su aspecto, y el rico traje que vestía.

Alfonso VI sonrió al verla, pero instantáneamente su rostro se nubló.

Amaba á doña Elvira, pero no estaba contento de ella.

—Me tienes muy enojado, hermana, dijo el rey antes de que la niña pudiese hablar una sola palabra.

- Más enojada debo estar yo de tí, señor, contestó ella.
- ¿Y por qué?
- Quieres matarme.
- ¡Yo!
- Sí: quieres hacerme esposa del conde de Bigorre.
- Es un príncipe valiente y fuerte.
- Feo como un mico, feroz como un lobo, y viejo... no en mis días... yo soy reina de Toro.
- Tú eres mi hermana menor, y puedo quitarte el infantazgo que te dejó nuestro padre.
- En buen hora: me meteré en un monasterio.
- Buena monja harías tú.
- Pues qué, yo doy ocasion á que se crea...
- ¡Que eres liviana!
- ¡Señor rey! considera que soy una dama de tu sangre.
- Siempre estás rodeada de juglares.
- Me gustan la música y los hermosos cuentos.
- Te vas de caza con los caballeros más jóvenes de mi córte, con los más casquivanos, con los que aprecian más danzar con una mujer que entrar á lanzadas contra los moros.
- Como yo no soy rey conquistador como tú, no necesito que mis caballeros sean tan bravos como el Cid: me basta con que sepan volar bien un neblí, y disparar con certeza una jara: yo gozo en la caza.
- ¡Cazas demasiado!
- Mis dueñas no se separan jamás de mí.
- Media docena de viejas que tienen en el alma el diablo.
- ¡Desconfias de tu hermana, Alfonso!
- No, no desconfío, pero á pesar de mi poder, se murmura de tí en la córte.
- Si yo no cazara, hermano, no podria traerte esta carta.
- ¡Ah esa carta es para mí!
- Sí, para tí.
- ¿Y quién te la ha dado?
- Una fantasma.
- ¡Una fantasma!
- Sí: ¿no has oido hablar de la *mora encantada*?

—Siempre se ha hablado de encantamientos en nuestros bosques y en nuestras montañas.

—Dame esa carta.

—Tómala: solo he venido á verte para dártela: sabia que me habias de reñir.

Alfonso VI dió un grito, escapado de su pecho á impulsos de la sorpresa y de la alegría.

Aquella carta, que no habia podido leer la infanta porque estaba escrita en árabe, era de Sayda-Llemal.

El rey se reprimió.

Enrolló de nuevo la carta, y la guardó en su escarcela.

Luego dijo á doña Elvira:

—¿Quién te ha dado esta carta?

—La misma *mora encantada*.

—¿Dónde?

—En el bosque de Arlanza.

—Cuéntame, hermana, cuéntame.

—Era la tarde, dijo la infanta.

Mi caballo habia mordido el freno, y se habia lanzado á través de una avenida del bosque.

Mis caballeros no habian podido seguirme.

Mi caballo habia adelantado á los suyos.

Se habia perdido.

Yo temblaba.

El bosque se iba haciendo más espeso.

Si no se detenía el caballo, estaba espuesta á ser hecha pedazos contra las ramas de los árboles.

De repente salió de través otro caballo por un crucero del bosque, y cortó la carrera al mio, que se asombró y se detuvo.

El caballo blanco que habia saltado de través, y que llevaba sobre sí á una dama completamente vestida de blanco, se revolvió y vino á detenerse delante de mí.

Yo ví entonces á la *mora encantada*.

¡Y qué hermosa!

¡Y qué rica!

Su hermosura es un tesoro, cubierto de otro tesoro de perlas, esmeraldas y rubíes.

—¿Quién eres, niña? me dijo.

Y me hablaba en castellano.

Y me miraba dulcemente con sus grandes ojos negros.

—Soy, la respondí, la infanta doña Elvira, señora de la ciudad de Toro: hermana....

—Del poderoso rey Alfonso VI, me interrumpió la mora.

—¿Y tú quién eres, hermosa dama? la pregunté.

—Yo soy, me respondió, la *mora encantada*.

—¿Encantada estás? la dije.

—Sí, encantada por amor, me respondió.

—¿Y á quién amas?

—Al poderoso rey don Alfonso VI.

—¡Mi hermano!

—¡Sí, tu hermano!

—¿Y te conoce mi hermano?

—¡Sí: sabe quién es Isabel!

—¡Isabel! murmuró roncamente el rey.

—¿No es verdad, hermano, que es muy extraño que esa fantasma que viste como las sultanas moras, hable tan bien nuestra lengua, y que se llame Isabel, como si fuera cristiana?

—Sí, sí, muy extraño.

—Y que ella te ame, y que tú la conozcas.

—No la conozco, dijo el rey: la fantasma te ha engañado.

—¿Pues sabes qué me ha dicho?

—¡Qué!

—Que buscas ansioso á tu Isabel y no la encuentras.

—¡Eso te ha dicho!

—Sí, y además me dijo: sé desde esta mañana que andas cazando en mi selva: yo esperaba tener una ocasion para aparecerme á tí, y tu caballo desbocándose me la ha procurado.

—¿Y para qué querías aparecerte á mí? la pregunté.

—Para darte esta carta para tu hermano.

Entonces me dió la carta que te he dado, señor.

Y como sonaban ya cerca los pasos de los caballos de mis caballeros que me buscaban, la hermosa fantasma desapareció.

—¿Desvaneciéndose como el humo? dijo el rey.

—No, saliendo de través con su caballo por una senda

del bosque, y perdiéndose á la carrera en sus revueltas.

—¿Has contado á alguien, Elvira, lo que te ha sucedido?

—No.

—Pues bien, guárdalo como un secreto, y si lo callas bien, yo te prometo no casarte con el conde de Bigorre.

—¡Ay hermano! pues á ese precio me estaré callando mi encuentro con la *mora encantada* toda mi vida.

Y adios que tengo en mi cámara dos trovadores que tañen el arpa y el laud como ángeles.

Y abalanzándose locamente al rey, le abrazó, le besó en la megilla derecha y escapó.

V.

Apenas hubo salido de la cámara doña Elvira, el rey sacó ansioso el pergamino que doña Elvira le habia traído.

Estaba escrito con tinta azul y con un precioso carácter árabe africano.

El rey le leyó profundamente conmovido.

El pergamino decia así:

«Doña Isabel Aben-Abed, al amado de su alma, Alfonso rey de Castilla.

Me buscas y no me hallas.

Yo te amo y huyo de tí.

Me oculto de tí.

Soy para tí un misterio.

Deseo verte.

Anhelo hablarte.

Mis padres me lloran y yo lloro la desdicha de mis padres.

Por tí, por miedo á encontrarte, los he abandonado.

Por ellos te llamo.

Ven á verme.

En el centro de la selva de Arlanza hay una cruz de piedra.

Cerca de la cruz las ruinas de una ermita.

En esas ruinas me encontrarás.

A la distancia de diez tiros de ballesta de la cruz, adelanta solo.

Si no lo haces así, cuando llegues no me encontrarás.

Ven al momento que recibas esta carta.

No pretendas cercar el lugar á dónde te llamo porque será inútil.

No podrás apoderarte de mí.

Me he convertido en un fantasma que te se escapará de entre las manos cuando quieras asirle contra su voluntad.

Pero sabe que estoy esperando con ansia y cuanto más tardes más durará mi tormento.

Ven, te espero.»

VI.

—¡Juan Galindo! gritó el rey apenas leyó esta carta que besó con delirio y guardó cuidadosamente en su escarcela.

Apareció inmediatamente el conde á quien el rey habia llamado.

—Dame mi loriga, mi tabardo, mi capacete y mi espada, dijo el rey.

Juan Galindo vistió inmediatamente á don Alfonso.

—Armame tú tambien, continuó el rey, y á caballo: que cabalguen diez ginetes de la guardia.

Diez minutos despues, el rey, Juan Galindo y diez hombres de armas, salian de Búrgos, y tomaban el camino del lugar en que habia citado Sayda-Llemal al rey.

VII.

A pesar de que los caballos andaban muy de prisa, no tardaron menos de una hora en llegar á diez tiros de ballesta de la cruz que habia señalado como lugar de cita al rey la sultana Sayda-Llemal.

El rey preocupado con sus pensamientos, se olvidó de mandar hacer alto á su gente en el lugar que se le habia prevenido.

Solo cuando llegó á la vista de la cruz lo recordó.

Las ruinas de la ermita iluminadas por la luz de la luna, dejaban ver sus arcos ojivos, recortándose sobre las oscuras penumbras.

Allá en el fondo de un arco se veía una antorcha.

El rey mandó hacer alto al conde Juan Galindo y á los hombres de armas.

Echó pié á tierra, y entró solo en las ruinas.

VIII.

Eran aquellas lóbregas y tristes.

La luz de la luna las daba un aspecto siniestro.

Sobre los escombros amontonados brotaba un musgo fofó, y en las grietas de los muros denegridos se colgaban los brezos, los espinos y las higueras locas.

El rey llegó hasta el fondo del arco donde se veía la antorcha.

La antorcha estaba clavada entre las grietas de dos piedras. Sobre otra piedra había un pergamino escrito.

El rey le tomó.

«Has contrariado mi voluntad, decía el pergamino, has llegado hasta aquí acompañado.

Si quieres verme, aleja á tu gente.»

IX.

El rey llamó á Juan Galindo y le mandó que se alejase con los diez hombres á la entrada del bosque y que dejase su caballo atado á un árbol.

Juan Galindo obedeció, y el rey se quedó completamente solo.

Se sentó sobre una de las piedras de la ruina y esperó.

Paso mucho tiempo y no apareció nadie.

El rey vió en las estrellas, que había llegado la media noche, y aun nadie había venido.

Esperó aun, y solo oyó el zumbir del viento entre los árboles, el canto del cuco y el silbido del mochuelo.

—¡Oh! exclamó: esto es ya demasiado: no debo humillarme tanto.

Y se levantó y se dirigió al lugar donde el conde Juan Galindo había dejado atado su caballo.

Pero el caballo habia desaparecido.

En su lugar, entre la penumbra de los árboles de un fuerte oscuro, el rey vió una figura blanca é inmóvil.

Aquella figura era una dama cabalgando sobre un caballo.

La dama vestida de blanco, y el caballo blanco tambien, parecian de piedra por lo inmóviles.

A pesar de que aquella dama estaba rodeada de sombra, el rey la reconoció.

La reconoció en su apostura.

Le dijo que era ella su corazon.

Alfonso VI adelantó rápidamente hácia Sayda-Llemal.

Pero cuando el rey llegaba á ella, el caballo se puso en marcha internándose en el bosque.

—Espera, espera, alma mia, luz de mis ojos, dijo el rey.

Sayda-Llemal no contestó, ni hizo señal alguna de haber oido las palabras del rey.

Su caballo siguió marchando.

El rey seguia casi á la carrera al caballo.

—¡Detente! dijo irritado, detente, ó yo no te seguiré.

El caballo continuó su marcha.

—¡Oh! ¿qué es esto? dijo el rey: ¿eres tú Sayda-Llemal ó su sombra?

X.

En aquel momento la luna penetrando por un rompimiento de los árboles, iluminó de lleno á Sayda-Llemal.

El caballo se detuvo, contenido por la jóven.

Era ella.

Ella más hermosa que nunca.

Ella engalanada de una manera deslumbrante.

Ella que fijaba grave y triste sus grandes ojos negros en el rey.

—¡Oh! ¡mi vida! dijo Alfonso VI.

Y se acercó más.

Pero Sayda-Llemal en silencio y sin dejar de mirar al rey, cambió el caballo.

Y siempre que el rey pretendía asir el freno, Sayda-Llemal hacia encabritar y saltar á su magnífico corcel.

—¡Me obligarás á que mate ese hermoso animal! dijo el rey tirando de la espada.

Sayda-Llemal hizo trotar á su caballo en círculo alrededor del rey.

Alfonso VI creyó volverse loco.

—Te estás vengando duramente de mí, dijo deteniéndose fatigado.

—Hasta ahora han podido escucharnos, dijo Sayda-Llemal deteniéndose á larga distancia del rey.

—¿Escucharnos? ¿Y quién? dijo Alfonso VI.

—Mis soldados, contestó Sayda-Llemal.

—¡Tus soldados! dijo el rey acercándose.

—No te acerques, dijo Sayda-Llemal, porque será inútil; me has tenido una vez en tus manos, y me ha salvado de tí la misericordia de Dios. Basta con la traicion que has hecho á mi amor uniéndote á Inés de Poitiers, robándome lo que era mio.

—¡Mis reinos!... ¡yo soy rey!...

—Bien... pues que el rey sienta la venganza de la mujer.

—¡La venganza!

—Sí: tú me amas.

—Con toda mi alma.

—Y yo te amo con toda mi locura.

—¡Oh! Sayda mia!

Y el rey adelantó.

Sayda-Llemal hizo dar un bote á su caballo y quedó á la misma distancia que estaba antes del rey.

XI.

Sayda-Llemal habia salido á un gran ensanchamiento de la selva.

Era una especie de pequeña pradera cubierta de césped, surcada en su parte media por un arroyo, y rodeada de árboles.

La luna brillaba sobre los diamantes, sobre el oro, sobre el brocado que cubria á la sultana.

El rey ansiaba ver de cerca la hermosura de Sayda-Llemal. Pero la sultana no se lo permitía.

En el momento en que el rey daba un paso hacia ella, ella sacaba en círculo al galope su caballo, alrededor de la pequeña pradera.

El rey sufría una contrariedad que le irritaba, y una sed de amor que le abrasaba el alma.

La venganza de Sayda-Llemal, consistía por el momento en hacer sufrir al rey aquella especie de tormento de Tántalo.

Se fatigaba el rey, y suplicaba. Sayda-Llemal contestaba con palabras frías á las súplicas del rey.

Era la mujer celosa, que no niega su amor, que le confiesa; pero que usa de él para atormentar.

—¿Qué quieres? dijo al fin Alfonso VI.

—Quiero ver á mi padre rey.

—Y cuando lo sea, ¿qué puedo esperar?

—Que yo sea tu hermana.

—¡Mi hermana! ¡no más que mi hermana!

—Los cristianos no pueden tener más que una esposa, y yo valgo demasiado para manceba.

—Me obligarás á que aborrezca á la reina.

—Ya la aborrezco yo.

—Eres muy cruel.

—Lo soy conmigo misma.

—Pero estás en mis reinos.

—¿Y qué importa?

—Me apoderaré de tí.

—Prueba si puedes.

—Yo te encontraré.

—Yo soy un fantasma.

—¡Oh! exclamó el rey con terror.

—Fantasma para tí: sér viviente para amar, aborrecer y vengarme.

—Si eres sér viviente, por mucho que te ocultes, te encontraré.

—Me tendrás á tu lado y no me conocerás.

- Repudiaré á la reina.
- No: no quiero las lágrimas de nadie: soy cristiana.
- Y entonces, ¿de quién quieres vengarte?
- ¿Qué culpa tiene Inés de Poitiers de que tú la hayas hecho tu esposa? el culpado lo eres tú: de tí me vengaré: me estoy vengando ya.
- Me verás morir.
- ¡Pues qué! ¿no estoy muriendo yo?
- ¡Por mi amor!
- Por tu amor imposible.
- ¡Si Inés muriera!....
- No lo quiera Dios.
- ¡Isabel, Isabel! ¡tú serás mi reina, exclamó Alfonso VI!
- Si Dios lo quiere.
- Dios lo querrá, porque Dios tendrá compasion de mí.
- Si me amas tanto, ¿por qué te has unido á otra mujer?
- ¡Oh! yo no sabia cuánto te amaba!
- Tu amor es muy extraño.
- ¡Extraño! ¿y por qué?
- Tu amor es deseo, impureza, vergüenza.
- ¡Ah, no!
- Y dime: ¿no pusiste beleño en el agua, en aquella casa maldita?
- ¡Lo sabias!
- Sí: lo supe por un milagro de Dios: comprendí que el hombre que á tanto se atrevía contra mí, no me amaba como yo quiero ser amada, pero no pude dejar de amarte: me he defendido de tí, y me defiende y me defenderé.
- ¡Ay si el corazon te vence!
- Siempre mi corazon verá la infamia delante de su amor, y retrocederá, porque no es infame.
- ¡Isabel! ¡Isabel! sé mi hermana.
- Cuando mi padre sea rey.
- Lo será.
- ¿Pronto?
- Pronto: aunque para ello tenga que amenazar con todo mi poder al rey de Toledo.

—¿Me ha maldecido mi padre? dijo con la voz trémula Sayda-Llemal.

—Tu padre como yo, te adora: tu padre gime, como yo gimo por tí.

—Pues bien, dí á mi padre que yo le amo: sabe tú que te amo tambien.

Y apenas dichas estas palabras, Sayda-Llemal revolvió su caballo, y le lanzó á la carrera por entre los árboles.

La sultana desapareció.

El rey se quedó solo, dudando de si aquello habia sido un sueño.

XII.

Pero despues de haber desaparecido Sayda-Llemal, apareció en el claro un hombre á caballo, llevando de la rienda el caballo del rey.

A la luz de la luna, el rey vió que el hombre que traía su caballo, era un ginete completa y magníficamente armado, como podian estarlo los mejores hombres de armas de su propia casa.

El caballo que aquel hombre montaba era inmejorable.

Un caballo árabe andaluz de sangre pura.

El rey esperó á que aquel hombre llegase á él.

Pero no sucedió así.

Ató el caballo del rey á un árbol, y luego tomó carrera, atravesó el claro, pasó á alguna distancia del rey, se detuvo, saludó al rey con la lanza, y luego revolvió su caballo, partió al galope, y desapareció por donde habia venido.

En vano el rey le habia gritado que se detuviese.

Alfonso VI despechado, fué á donde habia quedado su caballo, le desató y montó en él.

Pero se encontraba solo, y no conocia bien el terreno.

Adelantaba la noche.

El rey, precisado á tomar un partido, lanzó su caballo á la ventura por la misma avenida del bosque por donde habian desaparecido sucesivamente Sayda-Llemal y el hombre de armas.

XIII.

El rey se entregó al instinto de su caballo.

Este, despues de revolverse algun espacio por entre el bosque, tomó al fin por un sendero, adelantó rápidamente, y algun tiempo despues dió con el conde Juan Galindo, y con sus diez hombres de armas.

—¡A caballo! les gritó el rey al avistarlos.

Todos montaron á caballo.

El rey en silencio se puso á la cabeza de su escolta, y se volvió á Burgos.

Entró en la ciudad por un postigo de la muralla, que era al mismo tiempo un postigo de su alcázar, y se perdió por un oscuro patio y por unas oscuras escaleras, á cuyo fin habia una galería que conducía á su cámara.

XIV.

El rey se vió contrariado.

Entraba de tapadillo, por decirlo así, en su palacio, del cual habia salido tambien de tapadillo, y al acercarse á la puerta de las habitaciones, notó que en la galería habia gente.

Se oian alternativamente las voces de tres damas que sostenian una alegre conversacion.

El rey reconoció por la voz en aquellas damas á la reina su esposa, y á sus dos hermanas las infantas doña Urraca y doña Elvira.

El rey estaba cogido.

Las tres habian sentido sus pasos, se habian venido á él, y le habian reconocido á la luz de la luna, que penetraba por los arcos bizantinos de la galería.

—¡Eh! ¡qué es esto! ¿qué haceis aquí? dijo el rey.

—Te contestaremos, dijo doña Urraca, cuando sepamos de dónde vienes.

—¡Yo!

—Sí, tú: desde la galería te hemos visto adelantar por el

campo con algunos ginetes, llegar y entrar solo por el postigo.

—Pues bien, dijo el rey con el acento particular que usaba cuando quería que no se le preguntase más sobre un asunto: vengo de cazar mochuelos.

—¿Mochuelos pardos ó mochuelos blancos? dijo con intencion doña Elvira, que sospechaba que el rey hubiese ido en busca de la *mora encantada*.

—Os advierto que vengó de muy mal humor, dijo el rey.

—¿Cómo! ¡no habeis podido cazar nada, señor! dijo con un acento singular la reina.

—Nada, señora, respondió don Alfonso: hay cazas difíciles.

—¿Pero has visto algun mochuelo, hermano? dijo doña Elvira.

—Estoy viendo tres, dijo el rey, sentándose y echando á broma la conversacion.

—Gracias por lo que á mí toca, dijo la reina.

—A esta hora, dijo el rey, solo están dispiertos, ó por lo menos fuera del nido los mochuelos.

—Y los que van á cazarlos, dijo doña Elvira.

—Y los que cazan ruisseñores, añadió doña Urraca.

—¿Cómo! dijo el rey, ¿estais vosotras en acecho de algun ruisseñor?

—Sí por cierto, y de un ruisseñor magnífico que tú nos has espantado, dijo doña Elvira.

—¿Que os he espantado yo!

—Sí, por cierto: nos dejaba oír su hermosa música, cuando se oyeron las pisadas de tus caballos, y el ruisseñor calló, y no se le ha vuelto á oír.

—Muy buen músico debe ser, cuando os ha obligado á dejar los lechos.

—¡Ay hermano! dijo doña Urraca, toca el laud de una manera maravillosa.

—¡Ah! ¡conque vuestro ruisseñor es un ruisseñor de dos pies!

—Y de no sé cuántas manos dijo doña Urraca, porque parece imposible que con dos manos solas se toque tanto y tan bien.

—¿Y qué ha cantado?

—Hasta ahora nada: no ha hecho más que tocar, dijo la reina: pero si canta como toca, será una maravilla.

—Siento haberos espantado al músico que os divertía, dijo el rey.

—Espera, espera, que ya suena otra vez el laud.

En efecto, de la otra parte del foso del alcázar, en el campo, partía la magnífica vibración de un laud.

El rey se estremeció.

Sin que pudiera darse la razón de ello, la vibración de aquel laud se hacía sentir en su alma.

Luego una voz magnífica cantó un romance de amor dirigido á la infanta doña Elvira.

XV.

—¡Ira de Dios! exclamó el rey: ¿quién es el miserable que se atreve á requebrar de amores á una hermana mía, junto á los muros de mi alcázar?

—Algun loco, dijo la reina.

—Ó algun desesperado, dijo doña Urraca.

—Ó algun conde que no sea tan feo, ni tan viejo, ni tan feroz como el conde de Bigorre.

—Sea lo que quiera, este es un desacato que no puedo dejar impune: se han venido á cantar esa trova de amores á los piés mismos de mi cámara.

La voz del rey temblaba colérica.

Las tres damas guardaron silencio.

—Idos, idos á reposar, dijo el rey, mientras yo doy caza á ese ruseñor.

Y se metió en su cámara.

La reina y las dos infantas se alejaron, abandonando la galería y hablando acerca del suceso.

El músico seguía tañendo el laud.

XVI.

El rey llamó á don Peranzules y le dijo llevándole á un agi-
mez de su cámara:

—¿Oyes?

—Sí que oigo, señor, y quisiera estar oyendo casi toda mi vida, porque la verdad es que toca como un ángel.

—Pues vas á salir, Peranzules, me vas á coger ese angelito y me lo vas á traer.

—Esta clase de pájaros, señor, es asustadiza, y levanta el vuelo antes de que el cazador pueda ponerse á tiro.

—Pues tú mira lo que haces, dijo el rey, porque necesito tener aquí y pronto á ese músico.

—En euanto oiga el rastrillo del postigo, levanta el vuelo.

—Pues que no le oiga.

—¿Y cómo salgo?

—Por el aire.

—Pues por el aire saldré, señor, dijo Peranzules.

Y salió de la cámara.

El rey se quedó abalanzado á la balaustrada del agimez, oyendo al músico que seguía tañendo aun.

CAPITULO VIII.

De cómo se valió don Peranzules para coger al ruiñeñor, de cómo le cogió y le llevó al rey, y de lo que le pasó al rey con el ruiñeñor.

I.

—Salir por el aire y sin alas, decía el conde Peranzules encaminándose á los muros, ya es trabajo: y ello es preciso que yo salga sin que el músico me sienta, y le eche mano antes de que me vea. ¿Pero cómo salgo?

Ocurriósele al conde descolgarse por el muro.

Pero al pié del muro habia un ancho y profundo foso, y Peranzules no tenia ganas de tomar un baño.

Echar el puente que sonaba de una manera endiablada, era avisar al músico y decirle: lárgate.

Cuando el rey queria prenderle era por algo, y por aquel algo, debia estar con mucho cuidado el músico.

Pero como suele decirse, la necesidad aguza el ingenio, y Peranzules encontró un medio excelente.

Llamó al alcaide del alcázar y le dijo:

—¿Vos tendreis ó podreis tener una larga cuerda?

—Sí, señor, cuanto larga la queráis.

—¿Y tendreis tambien un largo palo?

—¿Serviria aquel en que se pone la bandera real en los dias grandes en lo alto del alcázar?

—Vaya si sirve: ¿tendreis tambien una fuerte garrucha?

—Sí, señor.

—Pues vengan acá, por la parte del muro del postigo donde no da la luz de la luna, el palo, la garrucha y la cuerda.

Los tres objetos fueron traídos.

Veinte robustos hombres de armas y el alcaide estaban con el conde.

Esta operacion fué hecha en un momento.

—¿Podrá sostenerme esta garrucha? dijo el conde: los muros son altos y sentiria estrellarme.

—Esta garrucha puede asegurar treinta arrobas.

—Yo solo peso ocho.

—Pasad la cuerda por la garrucha, dijo el conde.

Cuando la cuerda estuvo pasada, Peranzules se ató con ella por debajo de los brazos.

—¿Qué vais á hacer, señor? dijo el alcaide.

—Quiero llegar al campo salvando el ancho del foso.

—Ya... bien, sí, señor: entiendo: á ver, doce hombres que hagan salir el palo por entre las almenas, y ocho que tiren de la cuerda para sostener al señor conde en la punta del palo.

—Eso es, dijo Peranzules: cuando el palo se haya botado fuera del muro lo bastante, yo daré una ligera palmada: entonces soltais cuerda despacio hasta que yo toque al suelo.

Tiróse de la cuerda hasta que el conde estuvo unido á la punta del palo por medio de la garrucha, y ya en aquella disposicion el palo, llevando en la punta al conde fué levantado y botado fuera del muro.

El palo, con el conde en un extremo, fué avanzando fuera del muro salvando el ancho del foso.

A pesar de estar sujeto por la cuerda y la garrucha, el conde se asia con los dos brazos al palo.

—Hé aquí, decia el conde, que si esos galopos que tienen el palo y tiran de la cuerda, me tuviesen mala voluntad, se les presentaba esta hermosa ocasion para estrellarme. Y bien, ¿qué más da morir de un batacazo que de una lanzada?

Llegó un momento en que el palo que era muy largo salvó la anchura del foso.

Entonces Peranzules dió una palmada.

Inmediatamente soltaron cuerda.

El conde se asió á ella y descendió.

Pero toda aquella operacion para salir al campo sin ruido, habia sido inútil.

La garrucha que sostenia ocho arrobas de conde, chillaba al girar como una desesperada.

Al conde se lo llevaba el diablo.

Al fin dió con los piés en la misma barbacana del foso, y la garrucha dejó de chillar, por la razon de que habia dejado de sufrir el peso de Peranzules.

Este se desató, y de muy mal humor porque creyó que el agudo chillido de la garrucha habria ahuyentado al músico.

Confirmábale en su idea el que el laud habia cesado de sonar.

Contrariaba esto de tal manera al conde, que adelantó hácia el lugar donde suponía habia estado el músico, casi ciego de cólera.

—¡Eh! ¿á dónde vais, don Peranzules? os pasais de largo, dijo una voz juvenil y burlona casi junto á él.

Volvióse el conde, y vió junto á sí á dos pasos de distancia, un mancebo.

Tenia en las manos un laud, en la cabeza un birrete dorado con tres plumas blancas de buitre, y vestido con un sayo de brocado blanco de plata que relucía á la luz de la luna, unas calzas de grana y unos borcegués tambien de brocado blanco.

Al cinto llevaba un pequeño puñal.

—¡Ah! ¡eh! ¡oh! dijo el conde: ¡sois vos! pero vos estábais hace poco tiempo mucho más allá.

—Me he venido para ver cómo descolgaban á todo un gran señor, ni más ni menos que como si fuera un gergil de paja. Siempre andais en trabajos, buen don Peranzules.

—¿Me conoceis?

—¡Vaya si os conozco!

—Pues debéis entonces saber que tengo mal genio.

—¿Y qué se me dá á mí?

—¡Vive Dios, que os cuelgue de la punta de la cuerda!

—El rey... apostaría cualquier cosa... quiere verme vivo.

—Teneis razon, y os prendo.

—No hay necesidad: si soy yo quien se ha valido de esta trata para ver secretamente al rey.

—Pues lo habeis conseguido, mozo: el rey quiere á todo trance hacer algo con vos: yo no sé lo que hará... ni qué diablos habeis hecho vos.

—He cantado una trova de amores á su hermana la infanta doña Elvira, y el rey ha oido la trova.

El conde se metió dos dedos en la boca y silbó de una manera particular, como diciendo:

—¡Pues la habeis hecho buena!

Y luego dijo:

—Os aconsejo que si podeis escurriros de mí, que no me parece fácil, os escurrais, porque el rey, cuando menos, os descójunta.

—¿Pues no os he dicho ya, que tengo yo más deseo de ver al rey que el rey de verme á mí, y eso que el rey por verme daría la mitad de su corona?

—Mucho decir es eso: ¿sois algun emperador disfrazado?

—Por ahí, por ahí: y os aconsejo que me trateis con mucho respeto, porque si me tratais mal y el rey sabe quien soy, y me quejo de vos, el rey os mandará azotar y para que descanséis de los azotes os manda descabezar.

—¡Diablo! ¿pues quién sois vos?

—Miradme bien, don Peranzules, y ved si me conoceis.

El jóven se quitó el birrete y levantó su semblante para que le bañase de lleno la luz de la luna.

El conde le miró con suma atencion.

—No os conozco, dijo; en mi vida os he visto.

—Reparad bien.

—Me afirmo en ello: no os he visto jamás: pero juraría que no sois de estas tierras.

—Soy allá, del otro lado del mar.

—¿Africano?

—Berberisco.

—¿Principe de la India?

—Puede ser.

—Mal está un sarraceno en tierra de cristianos.

—Es que yo soy cristiano también.

—¿Sí?

—Y me llamo don Gaston de Ulloa.

—Yo he conocido un Ulloa.

—¿Aragonés?

—Aragonés.

—Ese es mi padrino.

—Cayó cautivo en poder del rey de Sevilla.

—Y le compraron al rey y fué á Africa: allí le he conocido yo: allí me he bautizado, y me he venido á tierra de cristianos con él... y con un gran tesoro: yo soy muy principal y muy rico, y como me he enamorado de la infanta doña Elvira.....

—¡Hum! dijo Peranzules.

—Esas son cuentas de la infanta y del rey.

—¿Pero dónde habeis conocido á la infanta? Yo no sé que vos hayais estado en la córte.

—¿Qué os importa, dónde ó cómo nos hemos conocido la infanta y yo?

—¡Hum! volvió á gruñir Peranzules.

—Pero el rey debe estar impaciente, conde, dijo Sayda-Llemal, que ya habrán conocido nuestros lectores que era ella bajo el disfraz de don Gaston de Ulloa.

—Teneis razon: el rey gasta poca paciencia y será bueno que os lleve á él.

—Supongo que no me metereis á mi en el alcázar como vos habeis salido de él.

—No hay necesidad.

Y á seguida, el conde se puso las dos manos en la boca á manera de embudo y gritó:

—¡Ah del muro! calad el puente y alzad el rastrillo de órden del rey al conde don Peranzules.

Se oyó el doble rechinamiento de las cadenas del puente y del rastrillo, y Sayda-Llemal y el conde entraron en el alcázar.

El puente volvió á alzarse y el rastrillo á caer.

Todo quedó en el más profundo silencio.

Solo se oia á lo lejos el canto de los gallos que anunciaban la llegada del dia.

II.

Vamos á decir al que nos lea, porque lo creemos necesario, cómo podia ser, que habiéndose presentado Sayda-Llemal al rey en la selva de Arlanza sin disfraz, se encontrase poco despues disfrazada junto al alcázar y tocando el laud desde mucho tiempo antes que el rey llegase.

En el mismo punto en que Sayda-Llemal desapareció de la vista del rey, se lanzó por un camino al galope de su blanco caballo.

Ferran la esperaba.

Los dos siguieron galopando un buen espacio, y llegaron al fin á un lugar enmarañado en que habia armada una tienda.

Dentro de aquella tienda habia luz.

Sayda-Llemal entró en la tienda, se encerró en ella, se quitó su traje de sultana, se tiñó el rostro y las manos, y se vistió el traje en que la encontró despues el conde don Peranzules.

Cuando esto estuvo hecho, Ferran entró en la tienda, guardó en una maleta las ropas y las joyas de la sultana, plegó la tienda, y la puso con la maleta sobre el caballo blanco en que se habia aparecido al rey Sayda-Llemal.

Sobre este mismo caballo y sobre su carga ayudó á subir á la sultana ya transformada en la apariencia, y ambos tomaron un sendero de la selva de Arlanza en direccion á Búrgos.

Cuando hubieron llegado cerca de los muros y por la parte del alcázar real, Sayda-Llemal saltó del caballo al suelo.

—Vuélvete, dijo á Ferran, y que mi escuadron se acerque á la ciudad, pero cuidando de ocultarse entre las quebraduras del terreno.

—Por última vez, señora, dijo Ferran, os aconsejo que desistais de vuestro propósito, que es imprudente: el rey don Alfonso es muy soberbio y puede prenderos. Si os prende, todo se descubre: presa, no podríais ocultar que sois mujer: el color con que os teñís desaparecería: os conocería el rey.

—El rey no me prenderá.

—El rey os ha visto tal como sois hace muy poco tiempo y puede reconoceros.

—Tristan ha estado tañendo el laud al pié del alcázar desde que el rey salió de él, y yo cuando llegué seguiré tañendo y cantando de modo que el rey querrá apoderarse de mí. Los que hayan oído el laud creerán que ha sido una sola persona quien le ha estado tocando, y no puede ni creer que yo haya estado al mismo tiempo, como sultana, en la selva de Arlanza, y como trovador al pié de su alcázar. El rey no me conocerá, ni me prenderá: yo te lo aseguro.

—Sé que es inútil aconsejaros, pero os suplico que penseis, porque solo el amor que os tengo es el que me mueve á daros consejos.

—Lo sé, Ferran, lo sé: pero estoy ya cansada de aquel triste castillo del desierto: quiero estar cerca del rey, verle todos los días: ¡le amo tanto, Ferran!

Ferran suspiró.

—Acabareis por olvidarlo todo, señora.

—¡Ah! ¡no! estoy ofendida: yo no puedo ser su manceba cuando de derecho soy su esposa: ¡oh! ¡Al-Mamun! ¡Al-Mamun! ¡el viejo zorro de Toledo! si un traidor no nos hubiera vendido, avisando á Al-Mamun, yo sería esposa de Alfonso VI: pero adios, es ya tarde y quiero ponerme en espera antes de que el rey vuelva á su alcázar. No te olvides: tráete al escuadron á un lugar en que sonando una bocina desde el alcázar pueda aparecer.

—¿Y qué toque será, para no confundirle con otro, señora?

—El toque de arremetida: cuando le oigais, adelantais al galope, y pasais un hombre tras otro, con las adargas abrazadas y las lanzas terciadas por debajo del mirador donde yo esté con el rey.

—Muy bien, señora.

—Adios, Ferran.

La sultana adelantó hácia una quebradura del terreno donde sonaba de tiempo en tiempo la vibracion de un laud, y Ferran se volvió y se metió en la selva llevándose el caballo blanco de la sultana.

III.

En la edad media, los tañedores de laud eran tan comunes en España, como hoy lo son los tocadores de guitarra.

El laud era un instrumento completamente popular.

Los había desde cuatro cuerdas hasta doce, y de todos tamaños.

Las cuerdas eran de alambre.

El sonido del laud era por lo tanto vibrante, fuerte, poderoso.

El laud que sonaba debía ser de los mejores, de los de más potencia, por decirlo así, porque se le oía perfectamente á una gran distancia.

El que le tocaba lo hacía bastante bien.

Pero al sonido del laud no acompañaba canto alguno.

Guiada por el sonido del laud, Sayda-Llemal adelantó, y llegó á una pequeña hondonada, donde, tendido sobre el césped, estaba el tañedor de laud.

Al sentir los pasos de la sultana, al acercarse esta, aquel hombre se puso de pié.

—¡Ah! ¿sois vos, señora? dijo.

Aquel hombre era Tristan el bandido, el mayor de los siete hermanos del diablo.

Tenia un hermoso traje de montero, pero de montero de gran señor.

Él no conocía á Sayda-Llemal, ni sabía que tal señora existía en el mundo, por más que hablase con ella todos los días.

Él creía hombre aunque mancebo á la sultana, y esto demostraba lo maravilloso de la ficción de Sayda-Llemal, puesto que sus servidores más allegados no la conocían.

Solo estaban en el secreto, Ferran y su mujer.

La abnegación de Ferran por la sultana, llegaba hasta el punto de sufrir que los escuderos y los hombres de armas creyesen, engañados por las apariencias, que María, su mujer, era manceba del noble y poderoso señor don Gaston de Ulloa.

Esto consistía en que todos tenían á Sayda-Llemal por hom-

bre, y María habitaba en el castillo del desierto, en una cámara inmediata á la de la sultana.

Como que María era entonces la única dama de honor, por decirlo así, de la que andando el tiempo, habia de ser reina de Castilla y Leon, de Astúrias y de Galicia.

Sayda-Llemal nunca se presentaba, sino despues de haber sido vestida y servida por María.

Es verdad que aquella noche la sultana habia cambiado, sola, de traje.

Para esto, Ferran habia buscado un lugar oculto y solitario donde armar la tienda; en ella habia entrado, sin que nadie le viera, don Gaston de Ulloa, y se habia trocado en Sayda-Llemal.

De la misma manera Sayda-Llemal habia vuelto á entrar en la tienda, y habia salido convertida en don Gaston de Ulloa.

La ficcion estaba prudentemente sostenida.

Por eso Tristan creia de buena fe hombre á la sultana, bajo el nombre de don Gaston de Ulloa.

IV.

—¿Ha acontecido alguna novedad? dijo la sultana á Tristan.

—Sí señora, dijo el montero.

—¿Han salido del alcázar? ¿te han visto? ¿te han hablado?

—No señora: la única novedad que ha habido, es que las damas han aparecido en una galeria del alcázar: yo he visto relucir sus diademas á la luz de la luna, y he oido sus voces.

—¿Y están todavía allí?

—Allí están: asomándoos entre aquel espino podeis verlas.

Sayda-Llemal, ocultándose con el espino, vió en una galeria de los cercanos muros, aunque de una manera vaga, tres bultos blancos.

—Deben ser la reina y las dos infantas, dijo Sayda-Llemal.

—Así me parece, dijo Tristan, porque si no fueran princesas, no tendrian diademas.

—Toca, y toca con fuerza, dijo Sayda-Llemal: quiero oirte para seguir tocando como toques tú.

—¡Ah señor! vos tañeis el laud que es un prodigio.

—¡Toca, toca!

Tristan tocó un melancólico y triste aire de balada, ó de trova, como entonces se decia, pero magnífico.

Cuando hubo concluido, Sayda-Llemal le tomó el laud y le dijo:

—Ve á reunirte con el escuadron, pero aléjate de modo que no te vean.

Tristan se deslizó como una culebra y sin hacer ruido, por entre las malezas y las quebraduras, y se perdió.

V.

Sayda-Llemal recorrió el laud y le afinó.

Luego repitió el mismo aire de trova que habia tocado Tristan, imitando perfectamente la ejecucion del montero.

Despues, ejecutando algo más, tocó un himno de guerra.

Por último, tocando cada vez con más efecto, y más belleza y más arte el laud, tocó algunas danzas.

En el intermedio de una de estas tocatas á otra, durante un entreacto, por decirlo así, Sayda-Llemal oyó por su izquierda y pasando cerca de ella, algunas cabalgaduras.

Eran los caballos del rey, de Juan Galindo y de los diez señores de armas de la escolta del rey.

Poco despues Sayda-Llemal oyó crujir las dobles cadenas del puente y del rastrillo del postigo del alcázar.

Despues volvió el silencio.

VI.

Entre aquel profundo silencio, Sayda-Llemal oyó el rumor de la conversacion que el rey habia tenido en la galería con la reina y las infantas sus hermanas.

Luego aquel rumor cesó, y poco despues se vió brillar el reflejo de una luz en las vidrieras esmaltadas de las ventanas de la cámara del rey.

Una de aquellas vidrieras se abrió, y Sayda-Llemal vió en la ventana una sombra oscura:

Aquella era indudablemente la persona del rey.

Entonces Sayda-Llemal cantó con una voz magnífica su trova de amores á la infanta doña Elvira.

Ya hemos dicho lo que despues sucedió.

Cómo el rey mandó á Peranzules que cogiese al músico.

Cómo Peranzules se hizo descolgar de los muros al campo á manera de fardo.

Cómo Sayda-Llemal le salió al encuentro.

Cómo, en fin, la sultana y el conde entraron en el alcázar por el postigo.

VII.

Un momento despues Peranzules asomaba su greñuda y característica cabeza á la puerta de la cámara, y decia:

—Las órdenes de vuestra señoria están cumplidas: he cogido al ruiseñor, y ya le tengo enjaulado.

—Pues bien, dijo el rey con mal talante: echadme adentro ese pájaro y dejadnos solos.

—Pasad, dijo Peranzules volviendo hácia atrás la cabeza.

Instantáneamente apareció en la puerta la sultana, y adelantó lentamente hácia el sillón donde estaba sentado Alfonso VI.

VIII.

Al movimiento de sorpresa, y aun podemos decir de asombro, que hizo el rey al ver á Sayda-Llemal, la sultana se estremeció á un tiempo de miedo y de alegría.

De miedo, porque creyó que el rey la habia reconocido, y que se encontraba sin defensa en su poder.

De alegría, porque Sayda-Llemal estaba tan segura de lo perfecto de su disfraz, que, solo por medio de ese sentimiento misterioso del alma, que nos hace sentir la proximidad del ser amado, podia el rey haberla reconocido.

En efecto, el rey habia visto algo de terriblemente poderoso para él en la persona que acababa de presentársele.

Pero ni aun por sospecha habia creído que aquella jóven era Sayda-Llemal.

Se había sentido dominado, y su natural energía se sublevó. Sayda-Llemal estaba delante de él con la cabeza cubierta, el laud en la mano derecha, puesta la izquierda en el pomo de oro de su puñal, é inmóvil, fijando una mirada serena y poderosa en el rey.

IX.

Los ojos de Sayda-Llemal, cuando no los dulcificaba el amor, eran de expresion dura, altiva, incontrastable.

Nunca, ni cuando la vió en Toledo, ni cuando la vió en Tordesillas, la mirada de la sultana había tenido aquella dureza.

Entonces había sido la mujer enamorada.

Y cuando los ojos de Sayda-Llemal expresaban el amor, eran dulcísimos, lánguidos, pudorosos, embriagadores.

Sayda-Llemal adoraba á Alfonso VI, y sin embargo, como entonces no la convenia que sus ojos expresaran el amor, tuvo bastante fuerza de voluntad para que sus ojos no la vendiesen.

Además, el atezado color que tenían su semblante y sus manos, color puramente africano de las razas que moran en los linderos del desierto, daban mayor fuerza á los negrísimos ojos de la sultana.

Sus cabellos naturalmente rizados, y cortados á la altura de los hombros, sus magníficos cabellos, semejantes á ébano hilado, si se nos permite la frase, formaban el marco enérgico á aquel semblante oscuro, acabando de darle fuerza, y completaban el contraste la riqueza, la delicadeza, la sencillez de su traje, blanco y brillante desde el birrete á los borceguíes, esceptuando las riquísimas calzas de grana de un color puro, fresco y vivo.

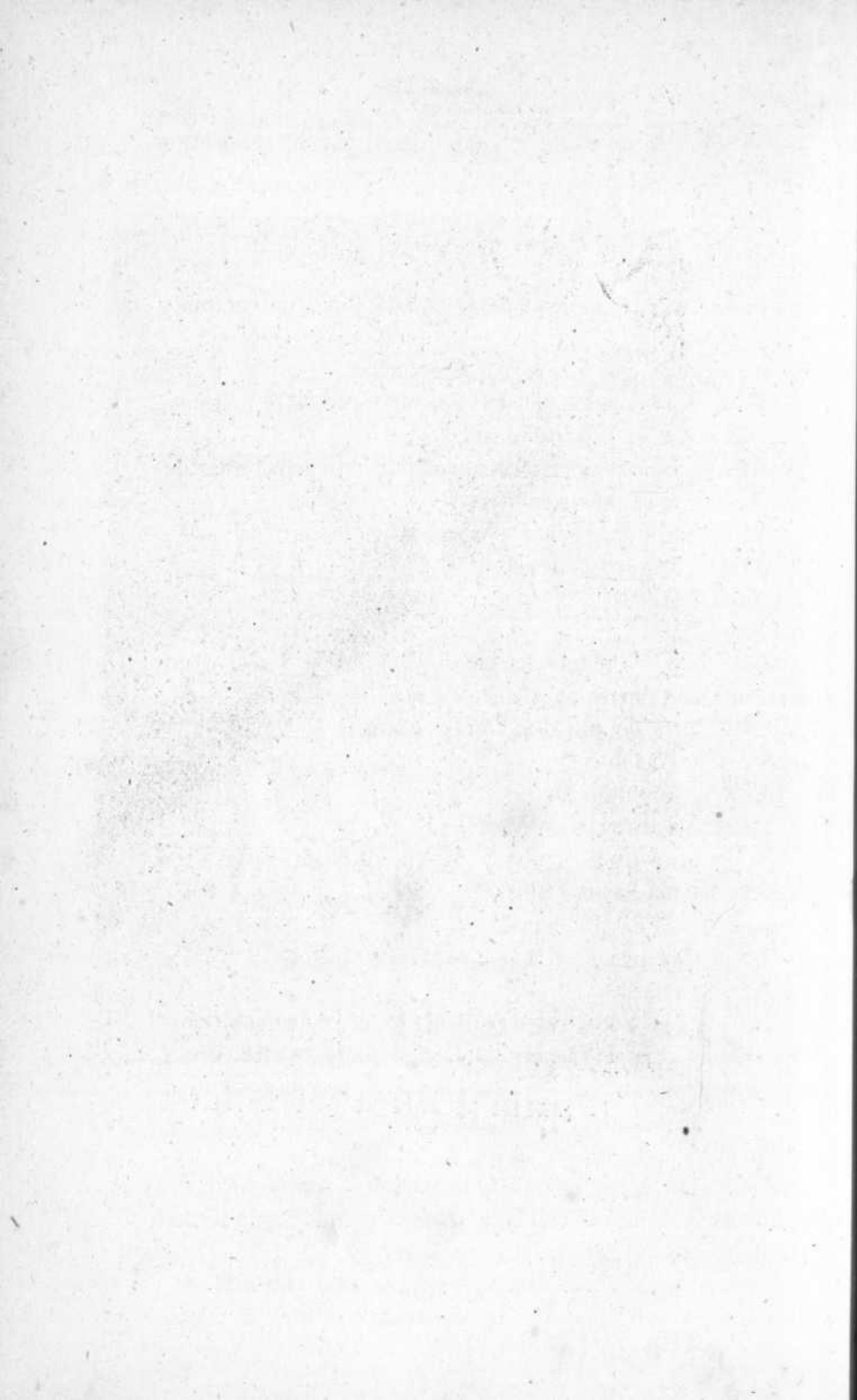
Era Sayda-Llemal bajo aquel aspecto una magnífica y gallarda figura, en que lo hermoso aparecía á nivel de lo terrible.

X.

—¿Sabeis delante de quién estais? dijo el rey con su altivez indómita, con la doble altivez de su posicion y de su carácter.



¿SABEIS DELANTE DE QUIÉN ESTAIS?



—Sí, dijo con voz ronca y opaca, desfigurando completa y admirablemente su voz la sultana: sois un rey.

—¿Y... vos qué sois?

—Lo que veis y lo que no veis.

—No os entiendo.

—Lo que veis, es un hombre: lo que no veis, un corazón y un pensamiento.

—Os pregunto quién sois: vuestro nombre.

—Tengo dos nombres: uno de lo pasado, otro de lo presente, y es posible que en el porvenir tenga otro.

—Muy alto debéis nombraros, cuando os atreveis á estar delante de mí con la cabeza cubierta.

—Yo no me descubro más que ante Dios.

—¡Pronto, vuestro nombre!

—¿Cuál de ellos?

—Todos.

—Pues bien: yo me he llamado Yezid, Aben-Juzef, Aben-Abed: he sido príncipe en Africa, y seré príncipe aquí.

—¿Sois nieto de un Abed, ó perteneceis á la familia de los Aben-Abed de Andalucía?

—Eso es: pariente lejano.

—¿Conoceis al rey Aben-Abed?

—Sí por cierto, y á la sultana Sayda-Cubra su esposa, y á su hija la sultana Sayda-Llemal.

—¿Conoceis á Sayda-Llemal!

—Como á mí mismo: y la amo como á mí mismo.

—¡Que la amais!

—No tengais celos, rey de Castilla y no sé cuántos reinos más: yo amo á Sayda-Llemal.... como si fuera yo ella, y ella yo.... y nada más.... yo y Sayda-Llemal no podemos ser esposos, somos una sombra el uno para el otro.

—No os comprendo.

—Preguntad quién soy á Sayda-Llemal.... ó más bien, rey don Alfonso.... á doña Isabel Aben-Abed.... porque Sayda-Llemal es cristiana como lo sois vos y como lo soy yo.

—¿Sabeis, pues, dónde está Sayda.... es decir, Isabel?

—Sí, como que huye de vos, amparada por mí, de aquel

maldito palacio donde os propusisteis cometer con ella una infamia.

El rey se levantó de una manera violenta.

—¡Una infamia más! dijo Sayda-Llemal sin retroceder un solo paso, ni dejar de agoviar al rey con su terrible mirada.

—¿Sabe Isabel que vos estáis aquí? dijo el rey reponiéndose.

—Sí: por ella vengo.

—¿Sabeis, pues, dónde está Isabel?

—Sí: habeis hablado con ella esta noche.

—¿Dónde?

—Debe haber sido en una hermita arruinada en el centro de la selva de Arlanza.

—¿No lo sabeis de cierto?

—No, porque si habeis cometido alguna imprudencia, Isabel no os habrá esperado en las ruinas de la hermita, y se os habrá aparecido en alguna otra parte.

—¿Y.... cómo es que no estás seguro....

—Porque aprovechando yo vuestra ausencia en busca de una dama á quien amais, me he venido á dar música á otra dama á quien adoro.

—¡Qué decís!

—Que amo á vuestra hermana la hermosísima infanta doña Elvira.

El rey volvió á ponerse irritado de pié y adelantó más que la vez anterior hácia Sayda-Llemal.

Pero de nuevo le contuvo el poderoso prestigio que emanaba para él de la jóven.

—Sultana por sultana, rey, dijo Sayda-Llemal.

—Vos estais loco: vos no sabeis lo que decís.

—Sé, que si no me concedéis lo que quiero, lo que exijo, no volveis á ver más á la reina doña Isabel.

—¡La reina!

—Sí, la reina: decid, ¿qué faltó en Toledo, delante del altar de Santa Leocadia, para que doña Isabel fuese vuestra esposa? un instante.

—Dios lo impidió.

—No creí yo que el viejo Al-Mamun fuese para vos un Dios:

en vuestra conciencia, don Alfonso, doña Isabel Aben-Abed es vuestra reina.

—¿Os ha encargado ella que me digais eso?

—Sí, y es más: me ha dado esta carta para vos.

Y Sayda-Llemal sacó de su escarcela un pergamino enrollado que entregó al rey.

El rey se acercó á la lámpara que ardía sobre la mesa, y leyó el pergamino.

Entretanto Sayda-Llemal se habia reclinado sobre el borde y los almohadones del lecho real de Alfonso VI.

Al reclinarse vió que una sombra se ocultaba rápidamente tras las colgaduras al otro lado del lecho.

—¡La reina Inés de Poitiers! dijo Sayda-Llemal para sí: esperaba que nos acechase y no me he engañado: ¡oh! bien: pronto estaremos frente á frente: yo probaré tu virtud, y si vacilas, yo te arrojaré de este tálamo que es mio.

Y Sayda-Llemal indolentemente reclinada en el borde del tálamo real, continuó infiltrando el fluido de su intensa mirada en el rey que leía.

XI.

«Alfonso, decia la carta: quien te entrega estas letras mias tiene derecho á tu amistad y á tu aprecio: es un príncipe de mi familia, de los que se quedaron en la otra banda.

Él te ama, porque te amo yo á quien considera como una hermana.

Es muy jóven, pero muy bravo: es además muy rico.

Sus tesoros son inmensos.

Puede vivir en tu córte, sin ceder en esplendor á tus más activos magnates.

Sangre de sultanes corre por sus penas.

Es cristiano, y como yo te amo á tí, ama á tu hermana Elvira.

No le trates mal, Alfonso.

Él me protege, él me guarda.

Teniéndole á tu lado, me tienes á tu lado.

— Si le tratas mal, lo tomaré á desprecio de mi y no consentirá en volverte á ver tu hermana, Isabel Aben-Abed. »

XII.

— ¿Es decir, dijo el rey mirando todavía la carta, y cortando la palabra á Sayda-Llemal, que vos teneis en vuestro poder á doña Isabel?

— En mi poder no, dijo la sultana, pues doña Isabel es dueña de sí misma, y de hacer aquello que quiera: la tengo bajo mi amparo.

Al sentir de dónde salía la voz de la sultana, el rey volvió la cabeza, y la vió indolentemente reclinada en el borde de su lecho.

— Poder de Dios, exclamó el rey: ¿qué haceis?

— En esta cámara no hay más que un sillón y yo estoy muy cansado, contestó tranquilamente Sayda-Llemal.

El rey, en quien su propension al amor hablaba más alto que su altivez, y que además sentía la influencia de Sayda-Llemal sin reconocerla, se echó á reir.

— Sois un loco, dijo, y no es posible enojarse con vos.

— No sois vos mucho más cuerdo que yo.

— Quitaos de ahí en mal hora, dijo el rey: ¿no veis que ese es mi tálamo?

— Tomo posesion de él, en nombre de mi prima doña Isabel.

— Basta de locuras: acercaos y entendámonos.

— Dejadme un lugar en el escabel de vuestro sillón.

— Sea en buen hora.

La sultana se acercó y se sentó á los piés del rey en el escabel de su silla.

Nunca la sultana habia estado tan cerca de Alfonso VI.

Le sintió estremecerse.

— ¿Por qué temblais, don Alfonso, dijo Sayda-Llemal cruzando su brazo sobre una rodilla del rey.

— Es ya cerca del amanecer y entra frio por aquella ventana.

— ¡Bahl! no! temblais de remordimiento.

— ¿De remordimiento?

—Sí: por muchas razones.

—Creo que os atreveis á mucho conmigo.

—No me atrevo: digo la verdad, y sé que puedo decirla.

—No me conocéis bien.

—Demasiado: ya veis, estais hablando conmigo mano á mano, ¿y quién soy yo? un príncipe, es verdad: príncipe allá en las montañas de Daren, que he abandonado, á las que no puedo volver porque me he hecho cristiano y me he traído conmigo el tesoro de mi familia.

—Habeis hecho mal.

—Esos son asuntos míos.

—Indudablemente.

—Yo, pues, no soy ya un príncipe: soy un cristiano muy rico, pero que ni es noble ni caballero; y vos hablais conmigo de vos á vos, poderoso rey, y yo me siento en el escabel de vuestra silla, como si fuera un infante de vuestra familia, y cuando yo me atrevo á tanto y cuando vos me lo permitís, ¿decís que no os conozco? Os conozco tanto como me conozco á mí mismo: es más, sé vuestra historia.

—Es posible: todo el mundo la sabe.

—Vuestra historia secreta.

—¡Ah! ¡sí! ¿y cómo la sabeis?

—Me la han contado las estrellas.

—¿Habeis hecho que me levanten figura?

—Os la he levantado yo mismo.

—¡Ah! ¡sois sábio!

—Los sábios de mi pátria me han enseñado la ciencia de leer en los astros.

En aquellos tiempos todo el mundo creía en la astrología; cristianos y moros; y hablaba con tal seriedad y tal aplomo Sayda-Llemal, que el rey lo tomó por lo sério, y acabó por dar en su ánimo una gran importancia á aquel árabe convertido que se le presentaba bajo el nombre de Gaston de Ulloa.

Por su parte, Sayda-Llemal veía con placer que el rey no la reconocía.

Ni podía reconocerla.

Sayda-Llemal estaba completamente transformada.

Su voz argentina y sonora cuando hablaba naturalmente, era entonces grave y un tanto ronca.

Alfonso VI admiraba la hermosura de aquel mancebo, su desenfado, su bravura, un no se qué de misterioso que se desprendía de él para el rey, pero no sospechaba: oía de buena fé.

Esperaba sacar partido de aquella conversacion, puesto que Gaston de Ulloa era pariente de Sayda-Llemal, la conocia y sabia donde estaba.

—¿Y qué os han dicho de mí las estrellas? preguntó el rey despues de algunos momentos de silencio.

—Mucho bueno y mucho malo.

—Veamos lo bueno.

—Sois un gran rey, y sereis un héroe.

—¡Ah!

—Sereis un rey conquistador, justo y generoso.

—¿Y qué más?

—¿Qué más quereis de bueno?

—Quisiera que no me amenazase nada malo.

—Lo malo que puede sobreveniros, será causado por lo malo que hay en vos.

—¿Y qué tengo yo de malo?

—Vuestra generosidad se convierte en delito, cuando para ser generoso teneis que violentaros: por eso os dije al sentarme á vuestros piés que temblábais de remordimiento.

—Os habeis engañado.

—Volveis á temblar.

—Al acercaros á mí me he estremecido: debeis ser mago: os escucho como un niño pendiente de vuestra palabra, y no sé por qué mi corazon se extremece: me parece que vos me traeis una esperanza...

—¿Sabeis que yo puedo deciros dónde está la sultana Sayda-Llemal?

—¡Y me lo direis!

—No.

—Yo la amo.

—Amais á muchas.

—A ella sola.

—Mirad no os oiga la reina.

—¡La reina! dijo con desden Alfonso VI: yo no puedo amarla.

—Dicen que es muy hermosa.

—El amor que inspira la hermosura, no es amor.

—Es verdad, es deseo, dijo Sayda-Llemal fijando una mirada intensa en el lecho real, tras el que oculta por las colgaduras sabia que estaba Inés de Poitiers.

—¡Deseo! ¡no! es admiracion, dijo Alfonso VI, es una especie de opresion que se confunde con el amor, pero que pasa... que pasa y solo deja tras sí hastío.

—¡Estais recien casado y ya os hastía la reina!

—Estamos sosteniendo una conversacion muy extraña, dijo volviendo sobre sí y como quien despierta de un sueño, el rey.

—Continuad, continuad, dijo con un acento singular por lo incisivo y lo grave Sayda-Llemal: yo no soy un cualquiera, sino un embajador de una dama que tiene derecho á que oigais á quien habla con vos en su nombre.

La imagen de Sayda-Llemal que jamás olvidaba el rey se dejó ver con más fuerza y más encanto en su pensamiento.

—Pero y bien, dijo el rey cediendo de nuevo dominado por una misteriosa influencia: hasta ahora, nuestra conversacion es vaga, va á la ventura, ya es de dia claro, me rinde el sueño y quiero descansar.

—¡Quereis veros libre de mí!

—No por cierto: pero quiero saber qué quereis que yo os dé, y qué me podeis dar vos.

—Quiero que me hagais noble.

—En buen hora.

—Que me hagais caballero.

—Lo sereis.

—Que me deis un oficio en vuestra córte.

—¿Qué quereis ser?

—Vuestro montero mayor.

—¿Y qué he de hacer con el conde don Peranzules?

—Dadle vuestras caballerizas.

—Entrareis en mi casa, pero no sé en qué oficio.

—En el que yo quisiere.

- Veremos: ¿y qué más deseais?
 —Quiero vivir en vuestro palacio.
 —Vivireis.
 —Quiero que vivan en él tambien mis soldados.
 —¡Vuestros soldados!
 —Sí por cierto: cien bravas lanzas gruesas que vais á ver al momento.

Y Sayda-Llemal se levantó y fué á un lugar de la cámara, en el cual colgada del muro entre algunas armas habia una magnífica bocina de marfil.

Sayda-Llemal se dirigió á la ventana de la cámara que estaba abierta y que caia sobre el campo.

—Venid y ved, dijo al rey.

El rey se acercó.

—Tomad, dijo Sayda-Llemal dándole la bocina.

—¿Para qué me dais eso? dijo con extrañeza el rey.

—Vos como buen caballero, debeis saber tocar la bocina de caza y la corneta de guerra.

—Bien, ¿y qué?

—Como yo no soy todavia ni caballero, ni montero mayor del rey, no he tenido necesidad de aprender: no sé, y es necesario que vos hagais salir á mi gente de donde se encuentra, haciéndola oír desde aquí el toque de arremetida.

El rey cedió á esto como habia cedido á otras exigencias.

Tocó.

La bocina resonó poderosamente tañida por el rey.

Los caballeros en aquel tiempo, entre las muchas cosas que necesitaban saber, contaban la de saber ejecutar los toques de caza y de guerra.

Lo que no queria decir que fuesen trompeteros.

Y como Alfonso VI era un cumplido caballero, tocaba la bocina y la trompa que no habia más que pedir.

XIII.

Apenas rasgó el viento el sonido de la bocina del rey, cuando allá en un distante altozano se vieron reflejos de armas á los primeros rayos del sol.

Aquellos reflejos se acercaron y dejaron ver distintamente muchos ginetes armados que adelantaban á la carrera velocísima de sus caballos.

Cuando llegaron cerca de los muros, se pusieron en hilera y pasaron uno á uno con las lanzas terciadas y las adargas abrazadas por delante del mirador en donde estaban Sayda-Llernal y el rey.

Luego se formaron en escuadron cerrado y permanecieron inmóviles.

El rey miraba con insistencia aquel escuadron que estaba tan bien equipado y montado, como podía estarlo el mejor escuadron suyo.

XIV.

—¿Sabeis lo que creo? dijo el rey.

—¿Qué creéis, señor?

—Primero, que sois muy rico.

—Riquísimo.

—Despues, que sois un gran caballero.

—Pues no se nada de lo que necesitan saber los caballeros.

—Esos caballos, esos hombres, esas armas...

—El diaero y siempre el dinero.

—Están completamente amaestrados: no parece sino que los manda un buen capitán y que es gente vieja y acostumbrada á la guerra.

—Cuando se paga buen sueldo se tiene todo eso, y más.

—¿De dónde habeis sacado esos hombres?

—Los he encontrado en vuestro reino.

—¡Ah! son vasallos míos.

—Y aunque no lo fueran, teniéndolos yo á sueldo, vasallos vuestros serian, señor.

—¿Y aquel caballo blanco sin ginete que lleva de la brida uno de vuestros hombres de armas?

—¿No le reconocéis, señor?

—No hace mucho tiempo he visto un caballo blanco tan hermoso como ese.

—Como que ese caballo es de la sultana Sayda-Llemal, y la habeis visto sobre él esta noche en la selva de Arlanza.

—¡Ah! ¡lo sabeis!

—¿Pues no he de saberlo si estaba yo con ella?

—¡Vos!

—Sí, yo.

—¿Vos veis con frecuencia á Sayda-Llemal?

—Vivo con ella.

—¿Pero dónde está ella?

—Donde yo estoy.

—Es decir, que ella está aquí.

—Sí, aquí está, aunque invisible para vos.

—¡Aquí!

—Sí, aquí, escuchandoos, viéndoos.

—Vos os burlais de mí.

—No por cierto: si yo quisiera, Sayda-Llemal se haria en un momento visible á vos.

—¿Oculta acaso en mi misma cámara?

—Puede ser.

—Decis...

—Digo que puede ser que esté oculta; por lo menos está invisible: pero por mucho que la busqueis no la encontrareis.

—¡Oh! debe serme traidor alguno de los míos.

—No, por cierto: todos vuestros vasallos os son muy leales.

—¿Decis que está aquí?

—Os lo juro por la salvacion de mi alma.

—¿Junto á mí?

—Junto á vos, muy cerca de vos.

—¡Oh! ahí tal vez, dijo el rey: tras de mi lecho: allí hay una puerta.

Y el rey se dirigió á su lecho.

Al acercarse vió que se movian las cortinas.

Se acercó más y escuchó el leve erugir, el rozar de una túnica de seda.

Algunos pasos furtivos.

Luego, el leve ruido de una puerta que se cerraba.

XV.

En efecto, tras el lecho habia antes de que llegase el rey, una mujer.

Aquella mujer estaba allí, puesta en acecho, escuchando con toda su alma, desde poco despues de haber entrado en la cámara real la sultana.

Aquella mujer era la reina.

La habia llevado la curiosidad y la habian detenido los celos.

Solo la habia hecho huir la proximidad del rey.

XVI.

Al escuchar el roce de aquella túnica, al sentir cerrarse aquella puerta, el rey creyó que allí, en efecto, oculta tras de su lecho, escuchando su conversacion, habia estado la sultana.

Alfonso VI rodeó el lecho, y se abalanzó á aquella puerta.

La encontró cerrada.

Entonces oyó la dulce voz de Sayda-Llemal que le dijo:

—No me busques, Alfonso, amor mio, porque no me encontrarás.

Sayda-Llemal habia hablado con su voz natural.

Con su dulce y argentina voz de mujer.

Con una voz en cuyo acento suspiraba el amor.

Sayda-Llemal representaba entonces como una cómica consumada, un doble papel.

El rey se volvió ansioso hácia donde habia sonado la voz de Sayda-Llemal.

Solo vió delante de sí á Gaston de Ulloa, que se sonreia.

XVII.

—Ella está aquí, dijo el rey, yo he oido su voz.

—¿Pues no os dije ya, respondió la sultana volviendo á alterar su voz, que la teniais á vuestro lado?

—Yo la he sentido.

—Así será siempre: la sentireis: la vereis á lo lejos, ya en

el campo, ya en el fondo de una de las galerías de vuestro palacio, ya junto á vuestro lecho cuando despertéis alguna vez en medio de la noche: pero Sayda-Llemal será para vos una sombra, un fantasma, un duende que no podreis tocar, sino cuando sea vuestra esposa.

—¡Oh! ¡eso no será! ¡ella me ama!

—Y porque os ama, está á vuestro lado.

—Me apoderaré alguna vez de ella.

—No, hablareis con ella, y no la conoceréis cuando ella no quiera que la conozcais: la vereis, ireis á tocarla y desaparecerá.

—Pedirme lo que queráis, y entregádmela.

—¡Y para qué!

—Yo la amo.

—Y os habeis casado con Inés de Poitiers....

—Mi reino... las Córtes... un rey no puede hacer lo que su corazón desea: antes que él, son sus reinos.

—¿Y os llamais señores? dijo con desprecio Sayda-Llemal: entre nosotros los árabes, la voluntad del señor es omnipotente: el que se atreve á contradecirla, á desobedecerla, muere.

—Esto no es Africa, dijo Alfonso VI; aquí no se sufren los reyes tiranos.

—¿Es decir, que aunque muriese Inés de Poitiers, Sayda-Llemal no podía ser tu esposa?

—¡Oh! ¡quién sabe!

—Tus reinos, que no lo han consentido ahora, no lo consentirian despues.

—Sí, cuando me admiren.

—Te admirarán.

—Y cuando me amen, porque vean en mí su justicia y su gloria.

—¡Oh! te amarán.... lleva tu bandera contra los moros.

—Hoy no puedo: he gastado demasiado: no tengo dinero.

—Le tengo yo.

—Vos...

—Y Sayda-Llemal.

—¡Cómo! ¿Sayda-Llemal me prestaria dinero para que hiciese la guerra á los musulmanes?

—Ella es cristiana: ella es también inmensamente rica.

—¡Rica!

—Sí: al separarse de su padre ha llevado consigo un tesoro en alhajas.

—¡Ah! yo tengo dos alhajas de Sayda-Llemal.

—¡Vos!

—Sí, venid.

Y el rey se dirigió á un armario que habia en su cámara.

Abrió su puerta de hierro cincelada, y Sayda-Llemal vió el tesoro, el pobre tesoro de la corona de Castilla.

—¿Y hay aquí alhajas que han pertenecido á la sultana Sayda-Llemal? dijo la jóven.

—Sí.

—No las veo, dijo la sultana.

—Están debajo de mi corona.

Y el rey alzó la gran corona que servia para las consagraciones de los reyes de Castilla, y quedó descubierta la caja donde estaban las dos ajorcas ó brazaletes de Sayda-Llemal.

Sayda-Llemal reconoció el estuche de marroquí bordado.

—¡Oh! dijo: ¿habeis puesto vuestra corona en los brazos de la sultana?

—¡Sobre sus brazos!

—Sí, allí dentro hay dos riquísimas ajorcas: dos ajorcas que han estado en los brazos de Sayda-Llemal, como en vuestra cabeza ha estado la corona con que habeis cubierto las ajorcas. Oh este es un buen agüero.

—Esplicádmelo, dijo con ansiedad el rey.

—Un día, dijo Sayda-Llemal con la voz trémula, esa corona estará en vuestra cabeza, esas ajorcas en los brazos de Sayda-Llemal, de Isabel, y esa corona estará entonces cerca de esas ajorcas, porque vuestra Isabel, vuestra esposa, os tendrá rodeados los brazos al cuello.

Alfonso VI se puso pálido de emoción, y puso de nuevo con una mano trémula la caja con las ajorcas bajo su corona de rey.

Bajo la gran corona de oro macizo de las consagraciones.

Bajo la corona gótica, que habia servido para la consagración de uno y otro de sus abuelos.

—Guardad, guardad esas ajorcas, señor, dijo Sayda-Llemal, dejadlas ahí bajo vuestra corona, y no las mudéis de su lugar, sino cuando, si Dios lo permite, sea reina vuestra pobre y desventurada Isabel.

—Esas ajorcas no son mías: no soy yo bastante rico para comprarlas. Pertenecen á un judío.

—¿Y por qué las teneis ahí, señor?

—Para obligar á su dueño á que las rescate.

—¿Y de qué manera las ha de rescatar?

—Encontrando á Sayda-Llemal, diciéndome dónde está.

—No os lo dirá nunca, porque no lo sabrá.

—Será, pues, necesario, devolverle sus ajorcas.

—No: comprádselas.

—¿Y cómo?

—Con el oro que Sayda-Llemal os dará.

—Me estais volviendo loco.

—¿Loco? ¿y por qué?

—Sois para mí un misterio.

—Que será para vos tanto mayor, cuanto más me tengais á vuestro lado.

—¿Y si yo usase para aclarar ese misterio, de todo mi poder?

—Acaso no conseguiríais otra cosa que añadir un remordimiento más á vuestros remordimientos.

—¿Qué quereis por último?

—Ya os lo he dicho: amo á vuestra hermana, la infanta doña Elvira.

—Mirad bien lo que decís.

—Sultana por sultana, rey: si yo renuncio á la infanta doña Elvira, vos habeis de renunciar á Sayda-Llemal.

—Pero ¿quién sois vos, que así me imponeis leyes?... creéis que estando en mis recintos Sayda-Llemal no puedo yo encontrarla?

—Probadlo, y vereis que vuestro poder es inútil: hace un momento la habeis oido hablar: vuestra cámara está cerrada: buscadla.

—Pero mi hermana es completamente libre, dijo el rey: es señora de la ciudad de Toro: es completamente dueña de su vo-

luntad.... allá vosotros.... yo no tengo nada que ver en esto.

—Pues bien, con eso me basta: juradme que no os opondreis á nuestros amores.

—¡A vuestros amores! ¿os conoce ya la infanta?

—No, pero me conocerá, y me amará.

—Jamás ha amado.

—Por eso la amo más, y por eso ella podrá amarme mejor.

—Si revelais á persona viviente lo que acaba de suceder entre nosotros, os juro que tomaré de ello un terrible desagravio.

—¿Y qué importa á nadie lo que ha sucedido entre un rey cristiano y un príncipe africano? Nadie sabrá más sino que el noble rey don Alfonso VI ha hecho su montero mayor y de su cámara, ennobleciéndole y dándole feudo y señorío, al príncipe africano convertido, Yezid-Aben-Jucef-Aben-Abed, que hoy se llama don Gaston de Ulhoa. Todos verán en mí á un príncipe.

—Pues bien, dijo el rey acercándose á la sultana y asiéndola una mano, y en voz tan baja como si no hubiera querido que se oyesen sus palabras: será todo lo que vos querais; pero es necesario que yo tenga el amor de Sayda-Llemal.

—Ese es asunto vuestro: yo solo puedo deciros que la vereis.

—Id con Dios, y venid luego por la puerta principal de mi alcázar.

—Un momento, señor: quiero de vos una gracia más.

—¿Cuál? dijo el rey frunciendo impaciente el entrecejo.

—El rey Aben-Abed, dijo Sayda-Llemal con voz conmovida, su esposa Sayda-Cubra y los dos infantes sus hijos menores, estaban en Tordesillas. ¿Dónde están ahora?

—Los he traído secretamente á Búrgos.

—La sultana Sayda-Llemal, que no se atreve á presentarse á ellos, puesto que por vos los ha abandonado, quiere que yo los vea en su nombre, que los tranquilice.

El rey no contestó por el momento.

—¿Negais esa petición á la sultana? dijo Sayda-Llemal.

—Yo no sé, yo no sé: pero confio en vos y desconfio al mismo tiempo.

—Será, pues, necesario, que la sultana renuncie á su deseo.

—No: ireis: los vereis.

—Quiero ir desde aquí.

—Llamaré á quien ha de acompañaros.

—Esperad aun: yo he traído mis hombres de armas desde muy lejos, y no es fácil aposentar á cien hombres y cien caballos: en el alcázar hay sobradas caballerizas y sobradas cuadras.

—¿Quereis, pues, que yo aposente en mi castillo á vuestro escuadron?

—Será un escuadron más á vuestro servicio.

El rey fué á una puerta, la abrió, salió á una cámara, abrió otra puerta, y dijo:

—Conde don Peranzules, entrad.

Adios señores, dijo don Peranzules á unos caballeros con buienes conversaba: el rey me llama sin duda para poner á buen recaudo á cierto pájaro cantor á quien he dado caza esta noche.

Y entró.

XIX.

Pero cuando entró en la cámara, no pudo menos de asombrarse: el pájaro cantor estaba ante el rey con el birrete puesto.

Peranzules, dijo el rey: he aquí que te quito tu oficio de montero mayor.

—¿Os he servido mal en él?

—No, y por lo mismo te hago mi copero.

—¡Ah! cambio de oficio y me alegro: es más fácil escanciar que ojear: por lo mismo, permitidme que os aconseje, señor, que veais á quien dais el oficio de montero mayor.

—Le tiene ya este caballero, dijo el rey señalando á Sayda-Llemal.

—¿Cómo!

—Sí: es un príncipe de Africa: por ello le he otorgado privilegio de estar cubierto ante mí.

—Yo os doy mis plácemes, dijo Peranzules á Sayda-Llemal.

—Advertid, conde, dijo la sultana, que aun cuando yo haya sido príncipe en Africa, aquí soy tan cristiano como vos, y me llamo Gaston de Ulloa.

—Don Gaston: al ser montero mayor del rey, el rey os autoriza á que pongais un don delante de vuestro nombre.

—Las dos torres y las galerías y las habitaciones del norte del alcázar estan deshabitadas, ¿no es verdad, Peranzules?

—¿Habr  bastante caballeriza en esa parte para cien caballos?

—Sobrada, señor.

—¿Y habitaciones para cien hombres de armas?

—Y aun para doscientos.

—¿Y cámaras convenientes para mi montero mayor.

—S , señor, s , pero con pocos muebles.

—Que se habiliten al momento esas habitaciones: ve con don Gaston y que sus hombres de armas y sus servidores sean aposentados en la parte del norte del Alcázar: despues llevarás á don Gaston   la casa donde vive oculto el rey de Sevilla, y le dejarás solo con él. Ahora, idos los dos: necesito descansar.

El rey dejó la cámara y se perdió por una puerta.

Peranzules y Sayda-Llemal salieron.

—¿No os decia yo, que podia costaros muy caro si me maltrat bais? dijo Sayda-Llemal   Peranzules saliendo de la cámara.

—Pero os dejais ahí el laud, don Gaston, dijo Peranzules.

—Dejadle: el rey es muy buen músico, y el laud es digno del rey.

—¿Y sabeis tanto de montería como de trovas, don Gaston?

—No entiendo una palabra, conde.

—No os importe eso, que en palacio lo que importa es tener un oficio: saberle servir no es necesario, y sobre todo, ya aprender is.

Y tomando por las galerías, bajaron las escaleras, atravesaron una largo pasadizo y salieron por un postigo al campo.

Poco despues, el escuadron de Sayda-Llemal y toda su servidumbre estaban aposentados en el alcázar, en unas extensas habitaciones entre dos torreones gigantescos.

CAPITULO IX.

Lo que pasó entre Sayda-L'emal y sus padres.

I.

Se paseaba el rey Aben-Abed harto triste y desesperado por una extensa cámara lujosamente alhajada de la manera más oriental que se había podido, en un viejo casarron de Búrgos, donde el rey le tenia escondido y casi prisionero, cuando se levantó un tapiz y el walí que le servia dijo:

—Poderoso señor, noble señor.

Volvióse con mal talante el rey, y le dijo:

—¿Qué me quieres?

—Ahí está el conde don Peranzules, que quiere veros de órden del rey.

—¡Ah! pues si nos lo mandan, que entre el conde.

—Con él viene tambien un caballero jóven que parece árabe.

—¡Un caballero que parece árabe! dijo el rey.

—Y que lo es sin duda alguna, porque me ha dicho en muy buena habla árabe que desea veros.

—¡Que entre! dijo el rey, en quien habia despertado no sabemos si temor ó esperanza, aquel caballero árabe que acompañaba á don Peranzules.

Y se quedó paseando más pensativo que antes, mientras que el walí iba á avisar á los visitantes, que el rey Aben-Abed consentía en recibirles.

II.

Un momento despues entraban Sayda-Llemal y Peranzules. La sultana temblaba, y en vano queria encubrir su turbacion.

Habia permanecido cubierta delante de Alfonso VI, y se descubrió delante de Aben-Abed, lo que no dejó de reparar Peranzules que se habia descubierto tambien.

—El rey mi señor, dijo Peranzules, me ha mandado traer aquí y que le deje á solas contigo á su montero mayor el conde don Gaston de Ulloa, que es este mancebo que me acompaña.

—Sí, sí, y puesto que habeis cumplido vuestro encargo, dijo Sayda-Llemal, os ruego que me permitais hablar á solas con el noble sultan de Andalucía.

—Os espero abajo, para acompañaros cuando salgais, dijo Peranzules.

Y salió.

III.

Durante algunos momentos, Aben-Abed y Sayda-Llemal se estuvieron contemplando profundamente.

Sayda-Llemal se convenció de que su padre no la habia reconocido.

Sin embargo, le preguntó en árabe y desfigurando la voz:

—¿No me conoces, señor?

—Nunca te he visto: contestó en árabe Aben-Abed.

—¡Oh! ¡sí! me has visto demasiado, dijo la sultana, solo que no me reconoces: eso quiere decir que mi disfraz, que mi apariencia, son muy buenos.

—¿Quién eres?

—Haz venir á la sultana Sayda-Cubra que me conoce tambien.

—¿Y cómo te ha conocido mi esposa? dijo duramente Aben-Abed: la faz de mi esposa no la ven más que sus parientes y sus servidores,

—Yo soy pariente suyo.

—Es verdad: tus ojos son como sus ojos: pero de su familia no queda nadie.

—Quedo yo.

—Ven conmigo.

Y el rey asió por la mano á la sultana, y la llevó á una cámara inmediata.

IV.

Echada sobre un divan de seda, melancólica y pensativa, habia una mujer muy hermosa, aunque ya pasada de su primera juventud.

Era la sultana Sayda-Cubra.

Cerca de ella, y sobre la alfombra que tenia á los piés, jugaban dos hermosos niños.

Eran los infantes hermanos de Sayda-Llemal.

La jóven no pudo contenerse, corrió á su madre y se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, madre de mi alma! exclamó.

V.

Sayda-Llemal habia pronunciado estas palabras con su acento natural, y sus padres la reconocieron.

Sayda-Cubra saltó del divan con su hija en los brazos, y la miró ansiosa.

Aben-Abed corrió á su hija, y los tres se confundían en un solo abrazo.

—¿Oh qué es esto? dijo pálida de emoción Sayda-Cubra.

—Hijo de mi amor, exclamó el rey.

—Creíamos que debíamos maldecirte, dijo Sayda-Cubra.

—¡Ah, no! dijo Sayda-Llemal: ha sido forzoso que yo desapareciera: si hubiera permanecido á vuestro lado, hubiera sido deshonrada, seria tal vez la manceba de don Alfonso.

—Maldígale Dios, dijo Aben-Aben.

—No: no le maldigais: él os dará vuestro reino, y él... será mi esposo.

—Los cristianos no tienen más que una esposa, y el rey es casado.

—El rey repudiará á Inés de Poitiers, dijo Sayda-Llemal, porque Inés de Poitiers me conocerá á mí.

—¡Ah!

—Decidme, dijo Sayda-Llemal, separándose de los brazos de sus padres: ¿no es verdad que soy un hermoso mancebo?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Que no se me puede creer mujer?

—¡Oh! ¡no!

—El rey ha hablado conmigo mucho tiempo, y no me ha reconocido.

—No sé lo que intentas.

—Ser reina ó vengarme.

—¿Pero de qué modo?

—Cuando haya sucedido lo sabreis.

—¿Y ama el rey á su esposa?

—No: no ama á ninguna mujer más que á mí; por mí el rey ha consentido en todo lo que le he pedido oculta bajo mi disfraz.

—Me extremezco al pensar en que has estado sola en medio de cristianos.

—¡Ah! ¡no! tengo leales servidores que se dejarían matar por mí; soy desde hoy montero mayor del rey, conde de su palacio, noble, señor: tengo á sueldo un escuadrón de cien bravas lanzas.

—¡Ah!

—Por eso me llevé mis alhajas: necesitaba dinero, mucho dinero.

—¿Y continuarás así?

—Hasta que tú vuelvas á ser rey y yo sea reina.

—¡Ay! nuestros hados son infaustos, dijo Aben-Abed, y no podremos vencer su inclemencia.

—Yo la venceré.

—¿Qué piensa hacer de nosotros el rey?

—Si le ayudamos, contestó con energía Sayda-Llemal, contra el rey Al-Mamun.....

—El rey Al-mamun es muy venturoso.

—Pero es muy viejo, y ha fatigado demasiado á la fortuna.

—Yo en cambio estoy fatigando continuamente á la desgracia.

—Espera en mi fortuna, padre: ¿no crees que he hecho demasiado?

—¡Oh! ¿cómo reconocerte bajo esta apariencia?

—Yo misma si no oigo tu voz, no te hubiese reconocido, dijo Sayda-Cubra.

—¿Y vosotros ángeles míos? dijo Sayda-Llemal asiendo á sus dos hermanos y besándolos con ánsia.

—Tú tienes la voz de mi hermana, decia el mayor, pero tú no eres mi hermana.

Y el más pequeño miraba con asombro á Sayda-Llemal.

—¡Oh! es imposible, imposible reconocerte: cuando no oigo tu voz dudo, dijo Sayda-Cubra.

—Mira, madre mia, y no dudes.

Y volviendo las espaldas á su padre, Sayda-Llemal se abrió el sayo de brocado, y mostró á su madre su seno de alabastro.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! yo no dudaba, pero temia un sortilegio; un encanto.

—Este color atezado es alheña... es que me tiño con alheña.

—¡Ah! dijo la sultana Sayda-Cubra... ¡y no te se ocurrió ese medio cuando huimos de Sevilla!

—Ese medio me lo ha inspirado mi amor.

—Cuéntanos, cuéntanos tus pasos desde que desapareciste de nuestro lado, dijo Aben-Abed.

Y Sayda-Llemal, sentándose en el divan junto á su madre, les relató punto por punto lo que la habia acontecido, abusando de la paciencia del conde don Peranzules, que esperaba en otra habitacion á don Gaston de Ulloa.

VI.

A medida que Sayda-Llemal adelantaba en su relacion, Aben-Abed la miraba con más asombro.

No podia comprender tanta audácia en una mujer, y en una mujer tan jóven.

Cuando hubo acabado Sayda-Llemal, su padre la dijo:

—Con grandes tesoros, puedes tú levantar un ejército.

—Se levantará con el que tengo.

—Un ejército de cuarenta mil caballos.

—¡Oh! tanto...

—No toques: no toques á las alhajas, Sayda, hija mia: guárdalas, para engalanarte con ellas cuando tú quieras dejarte ver como una fantasma, como una sombra al rey cristiano. Tú creias que tus alhajas eran toda nuestra riqueza... ¡Ah! ¡no! bajo la silla de mi caballo, en los aparejos de los asnos, he traído yo todas las perlas, todos los diamantes, todos los rubíes, todas las piedras preciosas de nuestro tesoro. Si no encuentras aquí judíos bastante ricos, en Africa los hay: allí tambien hay bereveres que desean encontrar quien les pague por sus servicios. Sayda, hija mia, conquistame mi reino, ya que puedes valerte del amor que te tiene don Alfonso, y toma mi tesoro.

Y Aben-Abed salió y volvió con una bolsa de cuero.

VII.

Aquella bolsa se podia ocultar con facilidad por su tamaño, y sin embargo, contenia una riqueza inmensa.

Aben-Abed, como todos los reyes árabes, habia acumulado grandes riquezas en piedras preciosas.

Este afan de los reyes ó sultanes por atesorar grandes riquezas en un pequeño volúmen, tenia su origen en una disposicion del Koram.

Segun ella, y por la voluntad de Mahoma, se establecia que el califato, esto es, el mando supremo pertenecia al vencedor.

De modo, que el que se rebelaba á mano airada contra un rey, arrostraba esta alternativa: ó ser muerto de una manera cruel si era vencido como rebelde, ó subir al trono del rey vencido por un derecho que nacia de la victoria.

Se comprende la mente del profeta de Medina al establecer esta ley.

Él había constituido un pueblo para el combate, para la conquista.

Un pueblo cuyos jefes debían ser necesariamente grandes capitanes y grandes pensadores.

Porque solamente un gran capitán, un hombre de genio, ó político ó astuto, podía vencer á un rey que solo se sostenía en el trono por el derecho de la fuerza, ó con la ayuda de la política.

Así es, que las dinastías musulmanas no han sido ni serán dinastías de derecho, sino sucesión, digámoslo así, del valor y del talento.

Mahoma quiso que su pueblo fuese fuerte, é hizo sus leyes de tal manera, que necesariamente el rey débil, cobarde é inepto, debía caer del trono, combatido por otro hombre más digno que él de la corona, según las prescripciones del Koram.

De esta inseguridad en el trono, nacía la codicia de los reyes mahometanos.

Quien es rico, tiene ya en la riqueza un grande elemento de fuerza.

Lo primero que salvaba un rey musulmán vencido cuando se veía obligado á huir, era su tesoro.

La parte de sus riquezas que no podía salvar, era enterrada en un lugar desconocido, á fin de no dejar con aquellas riquezas un aumento de fuerza al vencedor.

Luego, el rey vencido volvía ayudado de su tesoro á reunir gentes, á levantar ejércitos, con los cuales volvía á disputar la corona, y muchas veces reyes musulmanes debieron su restauración al tesoro que salvaron al ser vencidos.

Aben-Abed, como todos aquellos reyes, había sacado consigo de Sevilla al ser lanzado de ella por Juzef-Abu-Taxfin el almoravid, un valor inmenso en algunos centenares de piedras preciosas.

El resto que no había podido salvar por su volúmen, había quedado enterrado en su alcázar de Sevilla.

VIII.

El desdichado Aben-Abed, vió una esperanza en su hija.

Él no la habia creído nunca tan valiente.

La tenia delante de sí transformada, embravecida, dispuesta á todo, ocupando una alta é influyente posicion en la córte de Alfonso VI.

Aben-Abed veia marchar á Sayda-Llemal de una manera segura hácia un grande objeto.

Sayda-Llemal obedeciendo á su corazon, seguia siendo la martir de su familia.

IX.

—Toma, la dijo su padre dándole el bolsón de cuero que tenia en la mano: conserva tus alhajas de sultana: pero vende estos valajes, estos diamantes, estos rubíes, estas esmeraldas, estos carbunclos; reune oro, y arma gente: embriaga al rey cristiano que te ama, y obligale á que nos preste su poder: vuelve tu astucia contra el viejo zorro Al-Mamun, y obligale á que no se apodere de nuestro reino. Sacrificate si es necesario por nuestro honor y nuestra venganza.

—¡Cuán triste está el corazon de tu hija! exclamó Sayda-Llemal: yo amo, yo sufro, yo ansío: yo doblego mi altivez y me revuelvo fuerte y tenaz contra mi destino: la casualidad ha venido en ayuda de mi valor, y puedo ya obrar, y obrar de una manera terrible: antes de una luna, padre, tú irás sobre tu reino con un ejército, y yo estaré cerca del trono de Alfonso VI, con un pié puesto sobre sus gradas.

—¿Y le amas, hija? preguntó tristemente la sultana Sayda Cubra.

—Es mi vida y mi sueño: no sabes madre qué fuego tan devorador corre por mis venas: no sabes cuán violenta es la pasion que mi Alfonso me inspira.

—¡Tu Alfonso!

—¡Oh! sí, él me ama!... yo no sé... pero creo que me ama más que yo le amo á él, á pesar de que mi amor es un amor del infierno, un amor infinito: él cuando oye mi nombre palidece; cuando escucha mi voz tiembla: yo soy su único pensamiento, y sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—Alfonso es terrible: ha nacido para devorarlo todo: él es como el leon del desierto que jamás calma su sed de sangre: él no calmará jamás su sed de amor y de conquista: él ama todo lo que es grande, ó fuerte, ó bello, ó terrible, loco de amor por mí, no deja sin embargo de enloquecer por otra mujer, pero con una locura que pasa cuando el deseo se ha convertido en una realidad: él está fascinado por la hermosura altiva y fria de la reina Inés de Poitiers, que le comprende, que sabe que no domina su corazon, y le trata de una manera altiva: él tiene en el fondo de su alma un sentimiento triste y dulce por una mujer á quien aborrezco, porque ella es acaso la única que puede disputarme el amor de Alfonso.

—¿Y quién es esa mujer? dijo Aben-Abed.

—Un arcangel del sétimo cielo: una criatura dulce y casta: un alma enamorada que suspira en silencio, que devora un recuerdo de amor, que espera sin esperanza, que vive muriendo.

—¿Quién?

—Una sultana.

—¿De qué tribu?

—De la de Dzin-Nunc.

—¿Parienta de Al-Mamun!

—Sí: su sobrina, la hermosísima sultana Zayda-Sobeydah.

—Al-Mamun es muy amigo de Alfonso.... si Al-Mamun se propone hacer esposo de su sobrina al rey cristiano....

—Ni Al-Mamun se atreve á un crimen, dijo profundamente Sayda-Llemal, ni Zayda-Sobeydah tiene valor mas que para sufrir y llorar: la reina Inés de Poitiers es muy jóven.

—¿Y tú?... ¿Qué piensas hacer tú?...

—¡Yo!... ¡Alfonso matará por mí á Inés de Poitiers!

Aben-Abed vió con expanto la expresion terrible que habia aparecido en el semblante de su hija.

—Yo amo, yo amo con toda mi alma, dijo Sayda-Llemal, y conquistaré mi amor á costa de todo.

—Ya has hecho bastante, dijo severamente Aben-Abed, abandonando por un hombre la creencia del Dios Altísimo y único.

—No hablemos de eso, padre: yo creo en Dios trino y uno, en la Santa Virgen María, en Jesucristo... yo soy sinceramente cristiana.

—¡Calla, calla! exclamó Aben-Abed volviendo la cabeza para no ver á Sayda-Llemal y estendiendo el brazo como para imponerla silencio: ese es un crimen de que yo tambien soy cómplice, puesto que te lo he permitido..... por ambicion..... Dios me perdone.

—Perdóneme Dios, dijo Sayda-Llemal, porque siendo cristiana no tengo valor para sufrir el martirio.

—¡Nuestra vida acabará de una manera terrible! dijo con acento profundo Sayda-Cubra.

—Pero el tiempo corre, dijo Sayda-Llemal: hace algunas horas que me espera el conde don Peranzules, y es necesario evitar el que sospeche; la primera sospecha es el primer paso que se dá hácia la verdad: es necesario que no se descubra hasta que sea tiempo. Adios, padres míos, adios, y no dudeis de vuestra hija.

—¡Un ejército Sayda, un ejército cuanto antes! exclamó Aben-Abed.

—Tú serás rey de Andalucía, señor, como yo seré reina de Castilla, y de Leon, y de Astúrias, y de Galicia, y de Toledo tambien si mi horóscopo no miente.

—¡Oh! quién sabe la corona que nos tiene reservada el Altísimo, dijo la sultana Sayda-Cubra.

—Pues bien, si es una corona de mártires, la sufriremos, madre mia: pero debemos tener valor para luchar, para evitar esa corona de martirio: adios, padres míos, adios; adios, hermanos de mi alma: yo vendré á veros con frecuencia.

—¡Oh! ¡sí! dijo Aben-Abed, nosotros te amamos sobre todo.

Y Sayda-Llemal, despues de abrazar á sus padres y á sus hermanos, salió, encontró fuera á Peranzules que se impacientaba, y se volvió con él á palacio.

CAPITULO X.

De cómo Sayda-Llemal se aseguró en su fingida posición, y de lo que hizo en provecho suyo.

I.

Algunos días después, Ferran dijo una mañana á Sayda-Llemal:

—Señora: anoche ha llegado de Sevilla el judío Dathan Simuel, y está esperando fuera para hablaros.

Sayda, siempre con el aspecto de don Gasfón de Ulloa, salió á la cámara donde esperaba el judío.

—Aun no se han cumplido los quince días desde que partí á Sevilla, dijo el rabino, y he cumplido honradamente mi encargo.

—¿Has rescatado al religioso Bernardo como te lo encargué?

—Sí, señor, pero muy caro.

—No importa: ¿y dónde está ese religioso?

—Descansando en la posada: yo he querido venir solo y no lo he despertado.

—¿Has visto al obispo mozárabe de Sevilla?

—Sí, señor.

—¿Y le has dejado una cuantiosísima limosna para los pobres?

—Demasiado cuantiosa, señor: me debéis mucho dinero.

—¿Traes contigo un pergamino para mí?

—Sí, señor, dijo el judío.

Y sacó un tubo de lata, y de dentro del tubo un pergamino enrollado.

Sayda-Llemal le desenrolló y vió que era una copia de una partida de bautismo testimoniada, de Gaston de Ulloa.

Sayda-Llemal podía probar ya que era un príncipe africano convertido.

Tenia cuanto habia menester.

Un nombre supuesto, una apariencia falsa, una alta posicion en la córte de Alfonso VI, é inmensas riquezas.

—¿Creeis, dijo el judío, que ya debeis pagarme, señor?

—Voy á pagarte.

—Son por un lado: de armas y caballos, mil doscientas doblas de oro marroquí.

—Bien.

—Quinientas doblas por el rescate del padre Bernardo.

—Caro ha sido.

—Vieron que habia empeño: y cuando el que vende ve que lo que vende es muy deseado, aprovecha la ocasion.

—Adelante.

—He dejado otras quinientas doblas al buen obispo: de modo que lo que me debeis es en todo dos mil doscientas doblas marroques.

—Te debo aun más.

—¡Más!

—Sí: ¿en cuanto dejarás las ajorcas de la sultana Sayda-Llemal, que tiene en su pader el rey?

—¡Oh! señor, quiero por ellas mil marcos de oro.

—Tú no has dado más que quinientos.

—Quien me las vendió no sabia lo que vendia.

—Tenia mucha necesidad de dinero.

—Sea como quiera, yo te pago el precio que me has pedido por esas ajorcas.

—¿Y cómo se las saco al rey? el rey me ha dicho que no me devolverá las ajorcas, hasta que yo le diga en donde está la sultana Sayda-Llemal.

—El rey no te preguntará ya nada, porque ha encontrado á la sultana.

—¡Ah! exclamó el judío.

—Sí: el rey nada te preguntará: mejor que eso: no tienes necesidad de presentarte al rey.

—¿Pero, y las ajorcas, señor?

—Te las pago yo.

—¿Y la amenaza del rey, de ahorcarme si pasa un mes desde el dia en que me lo dijo, y no le doy noticia de la sultana?

—El rey no se acuerda ya de tí.

—¿Pero de dónde vais á sacar, señor, sobre lo que me debeis, los mil marcos de oro de las ajorcas?

—Espera, dijo Sayda-Llemal.

II.

Poco despues Sayda-Llemal salió de nuevo.

Traia en la mano un paño de seda en que venia envuelto un objeto de poco volúmen.

—Aquí traigo, dijo al judío presentándole su pequeña mano derecha, lo que sobra para pagarte.

—¡Rubíes! no pueden ser más que rubíes.

—¡Siete rubíes! dijo Sayda-Llemal.

Y abrió el paño.

Los rubíes eran de un grueso extraordinario y de una limpieza perfecta.

La codicia nubló los ojos del judío.

—¡Poderoso Dios de Abraham y de Jacob! dijo el judío: ¿de dónde habeis sacado esta riqueza, señor?

—De las montañas de Africa.

—¿Y me los dais en pago de lo que me debeis?

—Esto vale tres veces más de lo que te debo.

—No tanto, no tanto, señor.

—Necesito que me sirvas, señor.

—¿Y qué he de hacer?

—Ir á Africa con un wali, y pagar lo que sea necesario.

—¿Y qué será necesario?

—Tomar á sueldo taifas berberiscas, hasta completar el número de cuarenta mil ginetes.

—¡Oh! señor, ¿y para qué quereis ese ejército?

—¿Y qué te importa á tí?

—Es verdad: ¿pero por cuánto tiempo he de pagar el sueldo á esos cuarenta mil berberiscos?

—Por dos meses.

Meditó un momento el judío.

Vió que le hacian un buen trato y dijo:

—Me convengo: ¿y cuándo he de partir?

—Mañana.

—¿Sin descansar?

—La ganancia dá fuerzas: ahora, dime en qué posada paras con el padre Bernardo.

—En la posada del Sol.

—Vete.

El judío se inclinó, y salió llevándose los magníficos rubies de Sayda-Llemal.

Aquellos rubies pertenecian al tesoro sacado de Sevilla por Aben-Abed.

En aquel momento se abrió la puerta de la cámara y un paje del rey dijo:

—Su señoría espera á su montero mayor.

III.

Sayda-Llemal entró en su cámara, se vistió ayudada por María, un magnífico traje de montero mayor del rey, y llamó á Ferran y le dijo:

—El rey caza hoy y es necesario que se le deje ver con la sultana Sayda-Llemal.

—¿Y por dónde caza el rey, sultana? dijo Ferran.

—Por la selva de Arlanza.

—Bien, muy bien, señora.

Y Ferran desapareció.

Sayda-Llemal, haciendo resonar sus espuelas, atravesó las gas galerías y se entró en la cámara del rey.

VI.

Nadie de la servidumbre la puso impedimento.

Por una parte, don Gaston de Ulloa era un alto conde en palacio, y por otra, todos sabian que aquel jóven africano era favorito del rey.

Que la infanta doña Elvira le sonreia.

Que la reina le miraba con extrañeza.

Que la infanta doña Urraca le miraba con atencion.

Sayda-Llemal era uno de esos astros de la córte, que vierten la luz del favor del rey y á los cuales adulan y miran con un tremendo respeto los demás cortesanos.

El rey estaba solo.

Era muy temprano, y aun no habia salido el sol.

—¿Conque la veré hoy? dijo el rey.

—Así lo creo, si no sois imprudente: además, la sultana exige algunas condiciones.

—¿Cuáles?

—Que vayais completamente solo.

—Iré.

—Que os perdais de tal modo, que buscándoos no puedan sorprenderos con ella.

—Bien.

—Que la resguarden contra una locura vuestra algunos de mis hombres de armas.

—Es decir, que mientras yo esté á su lado, el rey estará preso: ¿y qué dirán vuestros soldados, si me ven y saben que van contra mí esos soldados que viven en mi alcázar?

—Esos soldados no os verán.

—Si yo intentara algo, al acudir esos soldados se rendirian á mí.

—Os engañais: esos soldados son aventureros y no conocen otro señor que aquel que les paga.

—Mucho amo á Sayda-Llemal, cuando á tales condiciones succumbo.

—Si no la amárais de tal modo, ella no os amaria.

—Ahora que hablamos de amor, el empeño que por vos tiene mi hermana, me obliga á ser exigente con vos: necesito haceros cuanto antes rico-hombre, y falta vuestra partida de bautismo.

—La tengo aquí, señor, dijo Sayda-Llemal sacándola enrollada de uno de sus bolsillos.

V.

El rey examinó aquella partida de bautismo.

No se podia dudar de ella.

Estaba firmada por el padre Bernardo, y autorizada por el obispo mozárabe de Sevilla.

—¿Y está cautivo aun el buen sacerdote que os ha abierto las puertas del cielo bautizándoos? dijo el rey.

—No, señor: le he rescatado yo: está en Búrgos: acaba de llegar.

—Quiero verle, dijo el rey.

—Le vereis, señor: contestó Sayda-Llemal.

—Ahora, dijo el rey, ¿sobre cual de mis tierras quereis fundar mayorazgo á fin de que yo pueda haceros rico-hombre, y señor de pendon y caldera?

—Sobre la villa de Dueñas.

—Mirad, que necesitareis un tesoro para comprar las tierras de la jurisdiccion de la villa.

—No importa, señor: además, incluye en mi mayorazgo las tierras que cerca de Valladolid se llaman el Desierto, con su castillo roquero.

—En buen hora, don Gaston.

—Al llamarme don Gaston me dais ya el título de señorío.

—Contaros podeis desde ahora por señor.

—¡Cuánto amais á la reina Isabell!

—¡A la reina Isabel! dijo con extrañeza el rey.

—¿No se llama la sultana Sayda-Llemal, Isabel?

—Sí... ¡pero reina!...

—Reina será, don Alfonso, porque vos la hareis vuestra esposa.

—¡Inés de Poitiers!

—¡Y qué importa Inés de Poitiers!... ¡no os digo que amais como un loco á doña Isabel Aben-Abed!

—¿Y en qué os fundais?

—Por ella soy yo vuestro favorito, la persona á quien más se respeta en la córte, porque todos saben que vos haceis todo lo lo que yo quiero.

—No confiéis mucho.

—Tengo en prenda á la sultana Sayda-Llemal.

—Pues reveladme ese misterio.

—Si os lo revelo, pierdo mi poder, y no quiero perderlo.

—Cuidad de que no os sorprenda yo vuestro secreto.

—Estoy seguro de que no: ¿qué diríais si supiéseis que Sayda-Llemal está á vuestro lado?

—¡Aquí! dijo el rey mirando en torno suyo.

—Aquí.

—No la veo.

—¡Ah! eso consiste en que yo no quiero que la veais.

—Pedidme más.

—¿Acaso os parece mucho lo que os pido?

—Mi hermana...

—Vuestra hermana me amaría sin que vos me ayudárais.

—Os doy grandeza.

—La verdadera grandeza es el oro.

—Estais en mis reinos, sois mi vasallo y puedo...

—No podeis nada.

—¿Por qué?

—Porque soy más poderoso que vos.

El rey bajó su indomable mirada ante la más indomable de Sayda-Llemal.

—¿Y por qué, si podeis más que yo, me servís?

—Yo no os sirvo á vos; sirvo á Sayda-Llemal.

En aquel momento se oyó gran estruendo de vocinas en el patio del alcázar.

—¡A caballo, montero mayor! dijo el rey: ordenad mi gente de caza, y... haced de modo que yo vea... á mi Isabel.

—Hasta luego, señor, dijo Sayda-Llemal, y salió.

VI.

En el patio, que era extenso, habia una gran multitud de hombres: los unos teniendo los caballos del diestro, los otros á pié.

Eran monteros, ojeadores y hombres de armas.

Otros llevaban las trahillas de perros que latian ya impacientes.

En un corro al que se acercó Sayda-Llemal, habia algunos condes y caballeros de la servidumbre del rey.

Entre ellos estaba el conde don Peranzules.

—Buenos dias, señores, dijo Sayda-Llemal: me alegro mucho de veros: segun parece, vamos á pasar todo el dia juntos.

—Sí, por Dios, dijo Peranzules, y con nosotros lo pasarán tambien otras personas.

—Por ejemplo: la hermosa infanta doña Elvira, dijo Juan Galindo: y á propósito, don Gaston, se habla de cierto casamiento: vos que sois el más nuevo en palacio, pero tambien el que está más cerca de su señoría, ¿podeis decirnos con quién se casa la infanta doña Elvira?

—Yo creo que conmigo, dijo Sayda-Llemal, mirando con una gran fijeza á Juan Galindo.

—¿De modo que, dijo el bravío Diego Ordoñez de Lara, que por allí andaba, vamos á teneros infante?

—Ya soy yo príncipe, dijo Sayda-Llemal.

—Príncipe árabe, repuso Diego Ordoñez.

—¿Y qué más dá?

—La infanta doña Elvira viene de los godos.

—Yo vengo del profeta.

—Mahoma era un falso profeta, un impostor.

—En buen hora: yo soy cristiano y cristiano de corazon; y por eso he abjurado de la religion de Mahoma: pero al mismo tiempo que Mahoma era un sectario enemigo de Dios, era un gran caudillo, un gran legislador, un gran califa, el imperante y el fundador de un pueblo cuyo valor conoceis, y combatiendo contra el cual, bravos tambien, os lanzais: ¿quién de vosotros

puede decir que el pueblo árabe no es pueblo valiente y generoso?

—Es verdad, dijo Diego Ordoñez: pero nosotros le vencemos.

—Lentamente: arrancándole palmo á palmo la tierra que ellos quitaron á vuestros abuelos en un dia.

—¿Y no nos ayudareis vos contra ese valiente pueblo, príncipe? dijo con sarcasmo Diego Ordoñez de Lara.

—¡Oh! sí por Dios, dijo Sayda-Llemal, y puedo ya deciros la primer conquista que yo haré para los cristianos.

—¿Cuál?

—¡Toledo!

—¡Toledo! exclamaron todos.

—Sí, Toledo: yo la haré la primera ciudad de los reinos de España: yo pondré en ella la córte de los reinos de España, la córte de los reinos cristianos: yo levantaré en ella un templo al Dios de los ejércitos, digno de su gloria.

—¿Y sereis vos el caudillo? dijo con sarcasmo Diego Ordoñez de Lara.

—Yo seré la cabeza, el pensamiento; porque yo sé muy bien cómo se puede tomar á Toledo, pero no el caudillo: donde están el bravo rey don Alfonso VI y el invencible campeador Rodrigo de Vivar, sobran todos los caudillos por bravos que sean, y aunque como vos se llamen Diego Ordoñez de Lara.

—Quisiera que repitiérais esas palabras, porque no las entiendo bien, dijo amostazado Diego Ordoñez.

—Digo que os aprecio en mucho como bravura, pero que aprecio en más que á vos al rey y al Cid.

Diego Ordoñez se mordió los lábios, porque no encontraba pretexto para contestar, pero se habia irritado, y dijo ocultando mal su irritacion:

—Vos me pareceis tambien bravo como un leon, pero muy jóven todavía.

—Diez y ocho años, Diego Ordoñez, contestó Sayda-Llemal: pero en Africa, empezamos muy pronto á ser hombres.

—Sin embargo, sin embargo, aun necesitamos que pasen algunos años, para poderos poner las espuelas de caballero.

—Pues mirad, conde Ordoñez de Lara, dijo don Peranzules: hago con vos una apuesta.

—¿Cuál?

—Que don Gaston monte antes que vos en un potro sin domar.

—¡Bah! no puede ser: yo los domo con la vista, dijo Diego Ordoñez.

—Y yo creo que don Gaston los doma con el pensamiento: yo lo sé bien: como que me paso todos los dias dos horas en el corral del alcázar, dándole leccion de cabalgar y de justar.

—¡Cómo! dijo Diego Ordoñez de Lara: ¿en Africa no se enseña á los príncipes á manejar las armas.

—Mi padre favorecia á mis hermanos, dijo con grande aplomo Sayda-Llemal, y para que un dia no pudiese serles temible, me ha tenido hasta hace dos años, encerrado en el harem y rodeado de mujeres: por eso huí de Africa y me vine á España: por eso me he hecho cristiano: por eso estoy entre vosotros y procuro ser un buen caballero.

Apenas habia dicho Sayda-Llemal estas palabras, cuando se oyó en el interior del alcázar el estruendo de las trompas que anunciaban la llegada del rey.

—¡A cabalgar! gritó Sayda-Llemal, cumpliendo con su obligacion de montero mayor en un dia de caza.

Las trompas repitieron la órden de Sayda-Llemal, y un montero la acercó un magnífico caballo árabe.

Sayda-Llemal sin valerse de los estribos, montó de un salto á caballo, tomó los estribos, é hizo botar admirablemente al animal.

—Pues me parece un gran ginete, don Gaston, dijo Diego Ordoñez de Lara.

—Como que soy yo su maestro, dijo don Peranzules.

Todos entre tanto habian cobrado sus caballos y se habian preparado para montar.

Otro montero dió á Sayda-Llemal una javalina.

—¿Qué me das aquí? dijo la jóven: esto no vale nada.

Y blandiendo la javalina en el aire, la rompió.

—Pues para lo delicado que es, es hombre de puños, dijo Diego Ordoñez.

—Dad acá esa lanza, dijo Peranzules á un hombre de armas.

El hombre de armas dió al conde una fuerte, pesada y larga lanza de batalla.

—Don Gaston, dijo Peranzules: acercaos.

La jóven acercó el caballo.

—Hacedme la merced de romper esta lanza, como habeis roto ha un momento la javalina, á fin de que lo vea el conde don Diego Ordoñez.

Sayda-Llemal miró al conde, le sonrió con la mirada, con su hermosa mirada de mujer, y Diego Ordoñez tembló.

No podia comprender el misterio de la influencia que ejercia sobre él aquel jóven, que tal le creia.

Don Gaston empezaba á hacérsele el respetable.

Le aturdia.

Le dominaba.

Sayda-Llemal tomó la lanza, la probó blandiéndola levemente, y luego la levantó y la blandió de una manera tal, que los pedazos de la lanza rota, partieron silbando á larga distancia.

Sayda-Llemal arrojó el pedazo de lanza que la habia quedado, revolvió á su caballo con extraordinaria rapidez, y gritó:

—Condés, caballeros, pajes, soldados y ojeadores: ¡á caballo!

Las trompas repitieron la órden, y se oyó el ruido de toda aquella gente que cabalgaba.

—Pues os digo, don Peranzules, dijo Diego Ordoñez de Lara, que me arrepiento de lo que he dicho, y que tengo por un buen caballero á don Gaston, decidsele de mi parte.

—Ya sé yo que él os estima, como estima á todos los hombres bravos.

—Y ya no extraño que la infanta esté enamorada de él.

—¡Si viérais cómo tañe el laud y cómo canta!... ¡si hubiérais estado conmigo la noche en que yo le cogí!....

—¡Ah!

—Sí.... se habia puesto á cantar trovas de amor debajo de las galerías del alcázar á la infanta doña Elvira, y el rey me mandó cogerle.

—¿Y le cogísteis?

—Porque él quiso ser cogido.

—¿Y para qué queria ser cogido?

—Yo no os lo sabré decir: pero ello es, que estuvo hablando dos horas con el rey, que desde entonces está en palacio, y que en palacio están con él su servidumbre y su escuadron de lanzas, que es el mejor escuadron que sigue al rey.

—Como que la mayor parte de esos hombres de armas, dijo el conde Juan Galindo terciando en la conversacion, han sido hombres de armas del rey y del Cid; aguerridos ya y probados.

—¿Y cómo han dejado al rey y al Cid, para servir á ese caballero?

—Por la sencilla razon de que ese caballero les tiene mejores caballos, mejores armas, mejores vestidos, y les da dos veces más sueldo.

—¡Pues ese don Gaston debe ser riquísimo!

—¡Oh! ha traído de Africa inmensos tesoros.

—¿Y cuál es su nombre árabe?

—No lo recuerdo bien, pero esperad.

—¿Qué vais á hacer?

—Que nos lo diga él mismo: ¡eh! ¡don Gaston!

—¿En qué puedo daros placer? dijo Sayda-Llemal acercándose.

—Perdonad, conde, dijo Diego Ordoñez, que sintió de nuevo sobre sí la mirada de mujer de Sayda-Llemal: ha sido una indiscrecion mia.

—Pues bien, sepamos.

—El conde don Diego Ordoñez desea saber vuestro nombre árabe, dijo Peranzules.

—¿Y es esa toda la indiscrecion? dijo Sayda-Llemal sonriendo á Diego Ordoñez: yo me llamo para serviros, allí donde mi padre es rey, en las montañas de Daren, el príncipe Yezid-Aben-Juzef-Aben-Abed: pues bien: el príncipe Yezid y el conde don Gaston, os afirman su amistad, conde don Diego Ordoñez.

Y Sayda-Llemal estrechó con su pequeña mano, la membruda mano del de Lara.

VII.

En aquel punto el rey, la reina y las dos infantas doña Urraca y doña Elvira, asomaban por el pórtico del alcázar.

Todas las trompas, las de guerra y las de caza, hacian salva.

Todos los perros ladraban excitados por el sonido de las trompas.

Todos los caballos piafaban impacientes.

Sayda-Llemal y todos los condes y todos los caballeros, adelantaron hácia el rey, y se inclinaron sobre los arzones, con los birretes ó las caperuzas en las manos.

—Buenos dias, mis buenos amigos, dijo el rey, se nos presenta una hermosa jornada: ahora bien, conde don Peranzules, por hoy vais á desempeñar vuestro antiguo cargo de montero mayor: yo me voy adelante con vos, conde don Gaston: vos os quedareis al lado de la reina y de las infantas: y vos tambien, don Diego Ordoñez, con los caballeros de vuestra casa: pero ¿dónde está el Cid, que no le veo?

—Ha tenido aviso, señor, de que los árabes habian hecho una algarada por la parte del Ebro, y ha partido para allá esta noche con su sobrino Alvar Fañez, y con sus caballeros, dijo Diego Ordoñez: yo me he quedado para dar parte á vuestra señoría de la partida del Cid.

—Dios dé salud á mi buen Cid, castellano, dijo el rey.

—Adelante conmigo, conde don Peranzules: adios, señora, añadió el rey dirigiéndose á la reina de una manera seca: adios, hermanas.

Y arrancó su caballo.

Tras él, arrancaron Peranzules y sus caballeros, y otros diez condes con los suyos.

Sayda-Llemal con algunos escuderos, y Diego Ordoñez de Lara con las gentes de su casa, permanecieron detrás de las hacaneas en que montaban la reina, las dos infantas y sus damas.

VIII.

Todos los que formaban la montería salieron del alcázar, y poco despues de la ciudad, tomando el camino de la selva de Arlanza.

El dia era un hermoso y resplandeciente dia de invierno.

Brillaba el sol sobre las bruñidas armas y sobre los tocados de las princesas y de las damas.

Cuando la partida de montería estuvo en el campo, se estendió alegremente.

Oíanse por todas partes las cornetas y los ladridos de los perros.

Todo era alegre.

Solo habia un semblante triste.

El semblante de la reina Inés de Poitiers.

IX.

Diego Ordoñez de Lara observaba y callaba.

Poco despues de haber salido al campo, la hermosa infanta doña Elvira dijo, volviendo su bello semblante á Sayda-Llemal, y posando en él sus ojos enamorados:

—Príncipe, acercaos.

—¡Ah! le llama príncipe, dijo Diego Ordoñez.

Y vió que Sayda-Llemal adelantaba su caballo, y se metió entre las hacaneas de la infanta doña Elvira.

Nadie se hubiera atrevido á otro tanto.

A nadie tampoco se lo hubiera permitido la infanta, que era excesivamente altiva.

Diego Ordoñez vió que la reina miraba á don Gaston de una manera singular, y que don Gaston no miraba absolutamente á la reina.

En cambio devoraba con una ardiente mirada de amor, se-

gun creia Diego Ordoñez, á la infanta, que demostraba estar enamorada, que se olvidaba de todo.

—¿Qué os ha dicho mi hermano? dijo la niña sonriendo lánguidamente á Sayda-Llemal.

—Me ha dicho, señora, que consiente.

—¡Que consiente! ¡oh! ¡con que puedo considerarme ya vuestra esposa!

—Sí, amor mio, dijo Sayda-Llemal.

Y de sus ojos partió un relámpago ardiente que fué á quemar el alma de la pobre niña.

—Pero antes es necesario que yo funde mayorazgo.

—¿Y para qué quereis mayorazgo, teniendo yo mi infantazgo de Toro?

—Yo quiero hacerme una hacienda que valga tanto como vuestro señorío.

—¡Oh! eso es soberbia: ¿no os basta con haberme probado que como yo sois hijo de un rey poderoso, sin que querais probarme tambien que sois más rico que yo? el traje que llevais vale un mundo, Gaston: y es muy bello: ¿de dónde os han traído ese brocado?

—Lo he comprado á un judío que acaba de venir de Damasco, y me ha quedado tela bastante para un traje, señor.

—¡Ah! ¡no! dijo la infanta: nunca hemos sido bastante ricos para romper tales galas.

—Los cristianos son menos ostentosos: los reyes cristianos son más sencillos.

—No hablemos más de esto, y dejadme que os diga una palabra que no os he dicho hoy todavía: yo os amo.

—Y yo... os adoro.

—Ahora podemos hablar de otra cosa. ¿Sabeis que la reina quiere hablar largamente con vos?

—¿Sí?

—La reina cree que sois un gran favorito del rey; que poseeis todos sus secretos.

—¿De veras?

—Y la reina está celosa.

—¡Celosa!

—Sí: celosa de una princesa árabe á quien sin duda conoció el rey en Sevilla; la reina cree que vos conoceis á esa princesa; es más, que sois algo pariente suyo.

—¡Ah! ¡sí, Sayda-Llemal! la hermosa hija de Aben-Abed.

—¿Y es hermosa esa dama?

—¡Sí, vos la conoceis, doña Elvira!

—¿Cómo?

—¡Sí, es la dama que se os apareció en la selva de Arlanza, y os dió una carta para el rey!

—¡Oh! pues hace bien la reina en tener celos: no he visto más que una persona tan hermosa como aquella dama.

—¿Y quién es esa persona? dijo sonriendo Sayda-Llemal.

—¡Vos! dijo la infanta bajando los ojos y ruborizándose vivamente.

—Yo soy atezado y ella es blanquísima.

—Vos sois africano, y ella es de Andalucía.

—Las andaluzas por lo general son morenas.

—He oído decir á caballeros que han estado en Andalucía, que las hay blanquísimas.

—Sin embargo, en el blanco de las andaluzas hay algo de ardiente: no he visto ninguna tan blanca, tan puramente blanca como vos.

—Pero tienen los ojos y el pelo negro.

—Ojos de infierno.

—Pero de un infierno de amor.

—Los ojos azules como los vuestros, son ojos de ángel glorioso, y vuestros hermosos cabellos rubios....

—¡Ah! ¡os parecen bien mis cabellos!

—¡Oh! señora, son una corona digna de vuestra hermosura.

Doña Elvira no pudo contener un relámpago de amor que salió de su alma á través de sus ojos azules; que en efecto eran hermosísimos, castos, puros.

—Hé aquí que yo podría ser bastante feliz, si no fuese mujer, dijo para sí Sayda-Llemal: para mí, don Alfonso tiene los ojos más hermosos que doña Elvira, y sus cabellos son más dorados.

Y Sayda-Llemal suspiró.

Doña Elvira creyó que aquel suspiro era para ella.

Iba contentísima.

Por el contrario, la reina se mostraba cada vez más ceñuda, y sin poderse contener, su mirada sombría, y atenta, y grave al mismo tiempo, se fijaba con suma frecuencia en Sayda-Llemal.

X.

Inés de Poitiers no podía olvidarse de que aquel que creía hombre y africano, aquel á quien el rey favorecía y honraba hasta el punto de dejarle aspirar públicamente á la mano de su hermana doña Elvira, habia sostenido una conversacion de amores con el rey en nombre de otra mujer.

De una sultana á quien el rey habia conocido en Toledo, y á quien habia amado antes que á ella.

Nuestros lectores recordarán que la reina habia presenciado oculta la primera entrevista del rey y de Sayda-Llemal, disfrazada de hombre.

La reina habia llegado á la cámara por un corredor que se comunicaba con sus habitaciones, y habia abierto una puerta que estaba cubierta por las colgaduras del lecho.

Habia llegado en el momento más grave de la conversacion, esto es, cuando Alfonso VI confesaba su amor por Sayda-Llemal á la misma sultana á quien creía don Gaston.

Inútil es decir que la reina no tuvo la menor sospecha de que aquel que parecia un hermoso mancebo, fuese una mujer.

La reina apuró todo lo que tenia de amargo, de terrible para ella aquella conversacion, y se retiró irritada; pero llevando consigo un deseo de venganza, que una vez traducido en un hecho podia irritar y de una manera gravísima á Alfonso VI.

Inés de Poitiers, sin saberlo ni sospecharlo, se habia enamorado de Sayda-Llemal.

Esto es, el recuerdo de don Gaston habia quedado fijo de una manera tenaz en su memoria.

La reina no creía que aquello fuese amor.

Lo creía odio.

Odio hacía aquel extranjero miserable que habia venido á celebrar un contrato vergonzoso con Alfonso VI.

A ofrecer los amores de una sultana árabe, por los amores de una infanta cristiana.

XI.

La reina no podía conocer los amores que la había inspirado la fuerte, la magnífica hermosura de Sayda-Llemal, á pesar del atezado color que tenía su semblante, á pesar de la expresión bravía que Sayda-Llemal dejaba ver en sus ojos y su boca, siempre que hablaba con el rey ó con Peranzules, expresión que la servía para disfrazarse mejor.

La reina había creído amor por Alfonso VI, lo que solo era una impresión causada por la hermosura del rey, por su altivez, por su bravura.

Pero aquella impresión había desaparecido desde el momento en que había sido puesta á prueba por los celos, ó por mejor decir, por el dolor, por la vergüenza de su dignidad herida.

El alma de la reina había quedado vacía de amor desde el momento en que al presentar al rey las ajorcas que la había llevado el judío Dathan Simuel, había descubierto que el rey amaba á otra mujer.

En esta disposición de ánimo, había conocido á Sayda-Llemal, la había creído hombre, y se había enamorado de él.

Es verdad que la reina no creía aquello que sentía por don Gaston amor, sino odio.

Pero muchas veces confundimos el odio con el amor.

Sentía despecho porque don Gaston decía y cantaba amores por doña Elvira, y aborrecía á doña Elvira, creyendo que aquel aborrecimiento era efecto de su desprecio hácia una dama real que así amaba á un aventurero, á un miserable que tan bajo oficio desempeñaba al lado del rey.

Pero como los novelistas sabemos todo lo que hay en el alma de sus personajes, podemos asegurar á nuestros lectores, que lo que la reina creía odio hácia don Gaston, era amor: lo que creía indignación por la conducta de doña Elvira, celos.

XII.

Doña Elvira estaba demasiado preocupada por sus asuntos propios, para poder ocuparse de los de la reina.

No veía, pues, nada de lo que en el alma de la reina pasaba.

En cambio Sayda-Llemal veía perfectamente lo que pasaba en el alma de aquellas dos señoras.

Sabía que ambas le amaban, y ambas con su primer amor.

No había pretendido otra cosa Sayda-Llemal, al entrar descubierta y desconocida en la corte de Alfonso VI.

Esto es, enamorar á la reina y arrojar sobre ella unas terribles apariencias.

Esto era sin duda un crimen, pero ya sabemos que Sayda-Llemal se había decidido á todo por su amor.

Ella amaba á Alfonso VI y había sido injuriada.

Alfonso VI, al ser rey de hecho, la había pospuesto á otra mujer.

Alfonso VI la había tendido lazos.

Pero la Providencia la había salvado de caer por una traición en los brazos del rey.

De ser su manceba.

Sayda-Llemal se había visto obligada á huir ó disfrazarse, y en su disfraz, en su admirable disfraz y en su gran ingenio había encontrado medios para vengarse de Alfonso VI, conquistando al mismo tiempo su tálamo y su corona.

XIII.

¿Cómo podía llegar Sayda-Llemal al tálamo y á la corona del rey siendo la reina una mujer joven y robusta sino por medio de un crimen?

Sayda-Llemal confiaba en los sucesos.

Sayda-Llemal no creía un crimen enamorar á la reina, enlo-

quecerla, y hacerla caer en un lazo, que tuviese por resultado un repudio.

Porque Sayda-Llemal se decía:

—Si esa mujer, con quien en mal hora se ha unido don Alfonso, me ama creyéndome hombre, el crimen será suyo, no mio, porque habrá faltado á la lealtad que debe á quien la ha confiado su honor: si Alfonso la repudia, suya únicamente, de ella sola será la culpa: la que ha nacido impura, lo será: aunque yo no la arrastrase, un hombre la arrastraría al mal. ¿Por qué he de tener yo remordimientos de lo que esa mujer haga?

Esta era una lógica demasiado elástica, y sin embargo, Sayda-Llemal se dejaba convencer por ella, porque aquella lógica la convenía.

XIV.

La cabalgata real de caza adelantaba entre tanto con gran estruendo y rapidez hácia la cercana selva de Arlanza.

Al entrar por una de las avenidas la gente tuvo que estrecharse y hubo un momento de confusion.

Entonces la reina y Sayda-Llemal se encontraron juntas, y apartadas de la infanta y de la servidumbre.

—Caballero, dijo la reina á Sayda-Llemal aprovechando aquel momento: hace tiempo que deseo haceros, donde de nadie podamos ser escuchados, algunas preguntas.

—¿Y desde cuándo, señora, teneis ese deseo?

—Desde el dia en que entrásteis en palacio.

—Yo hubiera tenido á grande honor contestar á vuestra señoría.

—En palacio estoy siempre rodeada de gentes.

—¿Tan grave es lo que teneis que decirme?

—Gravísimo.

—Estoy dispuesto á responderos, señora.

—Ahora no, ahora no: ya van pasando los monteros y ojeadores, y dentro de poco se me habrán reunido las hermanas del rey, la servidumbre.

—Cuando querais, señora.

—Escuchad: yo á la primera ocasion apartaré mi caballo: seguidme cuando esto suceda.

—Os seguiré, señora.

—Silencio: se acercan.

XV.

En efecto, los caballos que se habian arremolinado, al entrar en la avenida, y mal contenidos por sus ginetes, habian separado á la reina y Sayda-Llemal de las gentes que las acompañaban, habian desfilado y se habia restablecido el orden.

Cada cual marchaba en su lugar.

La infanta habia vuelto á colocarse al lado de la reina.

En cuanto al rey, iba muy delante al frente de la batida.

Oíase allá en las profundidades de la selva el son múltiple de las trompas de caza, los ladridos de los perros y los gritos de los monteros.

Diego Ordoñez de Lara iba delante, guiando, para llevar á la reina al lugar desde donde debia de ver la montería, por donde debian pasar las reses lanzadas por el ojeo.

De improviso, la reina que tenia grandes deseos de hablar con Sayda-Llemal, al pasar por una ancha avenida que cruzaba aquella por donde iban, lanzó su caballo sobre un costado y partió á la carrera.

Sayda-Llemal que iba prevenida, lanzó su caballo tras el de la reina, pero el resto de la cabalgata que iba á todo correr siguiendo su direccion, impidió á las infantas y á la servidumbre de la reina que la siguieran.

Los delanteros se habian parado, pero pasada ya la avenida por donde la reina se habia lanzado, los de atrás se iban parando sucesiva y violentamente obstruyendo el paso.

—¡La reina! gritaba la infanta doña Elvira: ¡el caballo de la reina se ha desbocado! ¡sigamos á la reina, conde don Diego Ordoñez!

—¿Pero por dónde ha salido el caballo de su señoría? decía Diego Ordoñez.

—¡Por la izquierda! contestaba doña Elvira.

—¡Paso! ¡paso! gritaba Diego Ordoñez á los ginetes que se arremolinaban para dejarle pasar.

El espacio era estrecho, y esto causaba confusion.

Pasó á lo menos media hora antes de que Diego Ordoñez, las infantas, la servidumbre, los caballeros y los soldados entrasen por la avenida por donde habia desaparecido la reina seguida de Sayda-Llemal.

—Si vá con su señoría don Gaston de Ulloã, decía el conde Diego Ordoñez, no hay que temer nada.

—Pues yo creo que hay que temerlo todo, decía para sí la infanta doña Elvira.

XVI.

Llegaron á un lugar en que se cruzaban una multitud de senderos, de los cuales dos únicamente parecia podian ser recorridos á caballo.

Diego Ordoñez de Lara, despues de haber deliberado un momento con las infantas, tomó por uno de aquellos senderos, con la mitad de la gente, y las infantas con la otra mitad tomaron por el otro.

Entre tanto, un caballero de los de Diego Ordoñez, partió para llevar al rey la noticia de que el caballo de la reina se habia desbocado y se habia perdido.

XVII.

La reina, para evitar ser seguida, habia tomado por uno de los senderos más estrechos, y tan estrecho, que no se concebía pudiese entrar por él un caballo.

El ancho y magnífico traje de la reina se desgarraba en los jarales.

Sayda Llemal la seguía.

Por allí los caballos no podían correr.

—Echad pié á tierra, caballero, dijo la reina, y ayudadme á bajar: de aquí en adelante, no se puede ir á caballo.

Sayda-Llemal desmontó, y llevando su caballo del diestro se acercó á la reina.

La reina se inclinó hácia ella para que la ayudase á bajar.

Sayda-Llemal la presentó su brazo, pero cuando la reina se hubo apoyado decididamente sobre él, Sayda-Llemal abrió los brazos, recibió en ellos á la reina, y la estrechó contra su pecho.

La reina dió un grito.

—¿Os habeis lastimado, señora? dijo Sayda-Llemal poniéndola en el suelo.

—No, dijo la reina con voz opaca: he creído que...

—Me he visto obligado á sujetaros con toda mi fuerza para que no cayérais.

La reina estaba vivamente encendida, y no se atrevía á mirar á Sayda-Llemal.

Un momento la habia mirado, y habia encontrado los negros ojos de la jóven, fijos en sus ojos.

—Habeis querido que os siga, señora, y os he seguido, dijo Sayda-Llemal, tomando tambien de la brida el caballo de la reina.

—Confieso, que el estado en que mi alma se encuentra, dijo la reina, me ha hecho cometer una imprudencia.

—¿Cuál, señora?

—Encontrarme á solas con vos, á quien no conozco más que como á un enemigo.

—¡Ah, señora, y cuánto os engañais! pero andais mal, el terreno es áspero, teneis los piés delicados: ¿por qué, señora, no me honrais apoyándoos en mi brazo?

La reina vaciló.

Luego, con un movimiento altivo, se asió al brazo de Sayda-Llemal, como una reina en una situacion dada se ase al brazo de un vasallo.

Pero Sayda-Llemal notó, que á pesar de esto, el brazo de la reina temblaba.

XVIII.

Por algun tiempo, un silencio meditado por parte de Sayda-Llemal, é involuntario por parte de la reina, vino á agravar la situacion de esta.

Anduvieron así un gran espacio.

El brazo de la reina seguia temblando.

—¿A dónde vamos? dijo deteniéndose de repente Inés de Poitiers.

—Si quereis, señora, dijo Sayda-Llemal, volveremos para encontrar á vuestros servidores.

—No, no: ya os he dicho que deseaba hablar libremente con vos, y ahora añado, que lo deseaba para pedir os graves explicaciones, acerca del favor que debeis al rey, ó más bien acerca de la causa de ese favor.

—Pues entonces, señora, será necesario que continuemos para llegar á un sitio más seguro: yo suplico á vuestra señoría, que se apoye bien en mi brazo, á fin de que pueda llegar con menos trabajo al lugar donde vuestra señoría pueda estar segura de que nadie la sorprenda hablando á solas conmigo, y ese lugar está algo lejos.

Y siguieron andando á buen paso y en silencio.

XIX.

Durante la hora que duró la marcha, la reina solo habló algunas palabras.

Al fin, Sayda-Llemal se detuvo delante de una roca tajada, que se levantaba entre una sombría espesura en lo más enmarañado de la selva.

Un tupido velo de yedra y enredaderas cubria una estrecha abertura de la roca.

Sayda-Llemal rompió con su espada aquella verde cortina, y dijo á la reina.

—Entrad ahí, señora, y esperadme un momento.

La reina entró.

Sayda-Llemal se alejó con los caballos, los llevó á un lugar espesísimo del bosque, los ató allí, y volvió á la gruta.

XX.

En el centro de ella, de pié y esperando impaciente, estaba Inés de Poitiers.

La gruta era ancha y elevada.

Por sus costados se veían senderos ó accesos, abiertos naturalmente en la roca, que se perdían por oscuros boquetes y volvían á aparecer, y asemejaban á veces altas galerías, trepando hasta la parte más alta, donde había una abertura por donde penetraba la luz del día, que iluminaba de una manera blanda y fantástica el lugar donde se encontraba la reina.

Un césped tupido y fino como una alfombra de terciopelo, cubría el piso de la gruta, y un arroyo derrumbándose por una de aquellas arcadas naturales, formaba, estancándose en uno de los costados de la gruta, una pequeña laguna.

XXI.

El lugar no podía ser más poético ni más peligroso para una mujer enamorada, y ya sabemos, que aunque sin comprenderlo la reina, creyendo hombre á Sayda-Llemal, se había enamorado de ella.

Aunque era invierno, en aquella gruta no hacía frío.

Por el contrario, la llenaba un ambiente tibio.

Cuando Sayda-Llemal entró, la reina se puso pálida.

Don Gaston, á la luz lánguida y casi fantástica de la gruta, estaba hermosísimo.

La reina se sentó sobre una piedra.

—Sentaos á mi lado, dijo Inés de Poitiers.

—¡Sentarme delante de la reina! dijo Sayda-Llemal.

—Sentado habeis estado á los piés del rey, dijo doña Inés, y lo que es más, reclinado en su tálamo.

—El rey, no sois vos, señora.

—Gozando vos el favor del rey, debéis gozar el de la reina.

—Ved, señora, que estamos solos, y que el vasallo puede olvidarse de que sois su señora, si le honrais demasiado.

—Sentaos, dijo la reina con altivez.

Y señaló un lugar á sus piés á Sayda-Llemal.

La jóven se sentó á alguna distancia de la reina.

—Decidme, caballero, ¿vais á responderme en verdad á lo que os pregunte?

—Os lo juro, señora.

—¿Podeis hacerme conocer á la mujer á quien ama mi esposo?

—Sí, sí señora: si vos os dejais conocer enamorada del hombre á quien amais.

—Yo amo al rey.

—Le amábais, ó más bien creábais amarle.

—¡Que creia amarle!

—En esto no miento, no amais al rey.

—Considerad que soy su esposa, que soy vuestra reina: mirad lo que decís.

—Oigo lo que dicen vuestros lábios, pero creo tambien lo que dicen vuestros ojos.

—¡Mis ojos!

—Dicen que amais.

—Amo al rey.

—No, porque vuestros ojos al decir que amais, dicen tambien que vuestra alma lucha con el amor.

—Tengo celos.

—¿De quién?

—Celos de dignidad.

—Y esos celos....

—Me han traído hasta el punto de que me encuentre aquí á solas con vos, arrostrando todas las consecuencias.

—Una pregunta, señora.

—¿Cuál?

—Decidme: ¿cuál es el sentimiento que yo os inspiro?

—Ódio.

—¿Ódio?

—Sí: un ódio á muerte.

—¿Y por qué?

—Porque sois el intermediario del rey y de esa mujer: de esa sultana Sayda-Llemal.

—No me comprendéis, vos, señora, cuando me odiais.

—Os comprendo demasiado: vos habeis querido engrandeceros, uniéndoos á la hermana de un rey.

—Vos no me conocéis, señora, dijo Sayda-Llemal con altivez.

—Vos ansiáis el infantazgo de doña Elvira.

—¿Y qué es un infantazgo para mí, que tengo alrededor de mi frente una corona?

—¡Una corona! dijo con asombro la reina.

—Sí, una corona que hoy nadie ve, pero que todos verán mañana... dentro de poco.

—No os comprendo.

—Pues es necesario que me comprendais.

—Para ello es necesario que os expliqueis vos.

—Voy á explicarme, señora.

Y Sayda-Llemal miró de una manera tan fija, tan poderosa á la reina, que Inés de Poitiers bajó los ojos y tembló.

XXII.

Pasaron algunos momentos, durante los cuales ninguna de las dos rompía el silencio.

Sayda-Llemal continuaba mirando con una apasionada fijeza á la reina.

La reina, con los ojos fijos en el suelo, se encontraba á cada momento más encendida, más turbada.

Su alto seno se agitaba violentamente.

La reina habia comprendido al fin que amaba.

Comprendia tambien que don Gaston sabia que era amado por ella.

Lo que no podia comprender, era que aquel don Gaston encubria á la mujer á quien aborrecia con toda su alma.

A la mujer á quien don Alfonso amaba.

A la sultana Sayda-Llemal.

A la celosa hermosura que se encubria, que aparecia revestida de una apariencia de hombre, y que apuraba todos los recursos de amor de que dispone una mujer hermosa y enamorada.

Aquella era una traicion que sorprendia el alma descuidada y sencilla de Inés de Poitiers.

Sayda-Llemal habia dicho ya bastante á la reina para que esta no temblase.

Para que no comprendiese que habia cometido una imprudencia.

Para que no ansiase volverse á ver entre sus damas rodeada de sus servidores.

Y sin embargo, sentia un placer doloroso, al encontrarse allí sola con el sér á quien amaba, engañada por las apariencias.

Al fin la reina alzó los ojos.

Al alzarlos, al posarlos en el hermoso semblante de Sayda-Llemal, dió un grito.

Sayda-Llemal la miraba de una manera ansiosa.

La miraba con toda la fuerza de sus celos, y la reina se equivocó.

Vió en aquella mirada, no celos, sino amor.

Y un amor como ella habia ambicionado en el rey.

Un amor de los cielos ó del infierno.

Pero siempre un amor sobrenatural.

Aquella mirada de Sayda-Llemal detuvo á la reina.

La dijo claro lo que podia esperar de don Gaston.

Tuvo miedo, y se levantó y pretendió huir.

Pero Sayda-Llemal la asió, la retuvo, infiltró más y más su candente mirada en la pobre jóven, que volvió á sentarse dominada y temblando.

La incomparable hermosura de Sayda, la energía y la fuerza de su alma, el volcan de su pensamiento, todo esto fluia de sus ojos, á través del color que la teñia, de su aliento abrasador de su palabra ardiente.

—Vos me amais, dijo Sayda-Llemal: me amais como jamás habreis amado: vuestro amor hácia mí, la embriaguez y la locura de ese amor, solo esperan que yo sea generoso con vos: no espereis que yo os arranque de vuestro destino: vuestro amor á don Gaston de Ulloa es mi vida, y yo no quiero morir.

Inés de Poitiers no podia comprender el terrible sentido de estas palabras.

Sayda-Llemal las habia pronunciado de una manera infernal.

Sin embargo, Inés de Poitiers era pura; su conciencia dominaba aun á su amor, y dijo, sin comprender la terrible significacion, el doble sentido que tenian las siguientes palabras:

—Estais cometiendo una traicion, que solo Dios os puede perdonar.

Sayda-Llemal se estremeció.

Pero decidida á todo continuó:

—Suceda lo que quiera, yo he de llegar á donde ansío; yo he de ser lo que espero ser.

XXIII.

Y sucedió un nuevo espacio de embarazoso silencio.

La reina con los ojos fijos en el suelo.

Sayda-Llemal con los ojos fijos en la reina.

—Yo vine á buscar al rey á su corte, dijo al fin Sayda-Llemal, y os ví junto al rey.

No sabeis lo que yo sentí al veros.

Necesité vuestra vida y vuestra alma.

Vos no sabeis lo que es una pasion, en quien tiene en sus venas sangre africana.

Lo que son para él los celos ó el amor.

Vos habeis sido mi sueño, mi tristeza, mi ánsia.

Al veros junto al rey, moria de rábia.

Porque mi lugar, el lugar que me correspondia, estaba ocupado por otra persona.

Era necesario que vos me amárais.

Era necesario que por vuestro amor hácia mí, yo fuera lo que debía ser: yo estuviera en el lugar en que debía estar.

Para enamoraros, para haceros mia, para apartaros del rey, necesitaba yo estar á vuestro lado, veros continuamente, escitar vuestros celos, demostraros que amábais á quien no debíais, á quien no podíais amar, y por eso canté trovas á doña Elvira á los piés del alcázar, bajo la cámara del rey.

Yo tenia para con el rey un arma poderosa.

Su amor á mi parienta la sultana Sayda-Llemal.

—¡Esa mujer! ¡quiero ver á esa mujer! dijo la reina.

—¡Y qué os importa esa mujer! ¿qué os importa que el rey la ame ó no, si vos no amais al rey?

—¡Soy la reina!

—Dejad de serlo.

—¡Que deje de ser reina!

—Sí.

—¡Dejar yo la corona que ha ceñido á mi frente Alfonso VI!

—Para ceñir otra corona de amor.

—No, no, y cien veces no.

—Doña Inés, sois mia.

—No: os engañais: interpretais mal mi turbacion.

—Me amais.

—No.

—Me amais: insistió Sayda-Llemal.

La reina tembló.

—Aunque yo os amara, moriría antes de confesároslo.

—Esa es ya una confesion.

—No: es una suposicion que me sirve para afirmaros que jamás, aunque muriese de amor, no me degradaria hasta el punto de manchar mi nombre, de hacer tal traicion al rey, mi esposo y mi señor.

—¡El rey no os ama!

—Os engañais.

—¡Que me engaño! dijo palideciendo Sayda-Llemal.

—Sí, os engañais: el rey está enamorado de mí.

—No, no puede ser, porque está enamorado locamente, con toda su alma, de mi parienta la sultana Sayda-Llemal.

—No importa: los amores de Alfonso VI son terribles: ama todo lo que es hermoso, ó todo lo que es difícil.

—¿Será verdad? dijo Sayda-Llemal hablando consigo misma.

—Sí, sí, es verdad: yo le he visto temblar delante de mí: temblar de deseo, palidecer cuando mi mirada se fija en su mirada, y le he visto tambien temblar cuando vos le hablais de Sayda-Llemal, de esa sultana á quien conoció en Toledo y que sin duda es un imposible para él: y dicen... dicen que el rey tiene otros amores.

—¡Otros amores! dijo con voz ronca Sayda-Llemal.

—Sí, otros amores en Toledo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—He visto una carta en la cámara del rey, cuando el rey estaba ausente.

—¿Y la habeis leído?

—No he podido leerla porque estaba en árabe; pero me la leyó el conde don Peranzules.

—¿Y qué os dijo el conde?

—Que eran unos amores que el rey habia tenido en Toledo con una sobrina de...

—¡Del rey Al-Mamun! ¡con la sultana Sobeydah! ¡y el rey recibe y contesta cartas de Zayda-Sobeydah!

—¿Por qué os irritais, don Gaston? ¿jamais acaso tambien á esa sultana de Toledo?

—¡No! ¡no! es porque os amo á vos: es porque me irrita que sea vuestro esposo, y que os ame á vos, á la sultana Sayda-Llemal y á la sultana Zayda-Sobeydah. Es porque yo no tengo más que un solo amor ardiente, terrible, devorador, capaz de todo: primero y último amor de mi vida, y don Alfonso, con esos amores á tres mujeres, tal vez á trescientas, es un miserable: ¡ya se ve! ¡ha estado tanto tiempo entre los árabes! Los musulmanes pueden amar á cuantas mujeres quieran: á esta, por la altivez; á la otra, por la hermosura; á la otra, por lo dulce y triste de sus miradas. ¡Oh! yo no amo así, no: el corazon y el alma para un solo amor, para un amor eterno por el que se pierde todo, hasta la vida.

—Es que vos sois árabe.

—¡Yo soy cristiano! ¡un solo hombre! ¡una sola mujer!

—¿Y por qué, entonces, favoreceis los amores del rey y de la sultana Sayda-Llemal?

—Porque quiero que tengais celos: porque quiero que os sintais despreciada: porque anhelo que os separeis del rey.

—¡Oh! pues entonces sois mi enemigo.

—Yo no sé lo que soy para con vos, señora, pero hácia vos me arrastra mi destino: sois mi sueño, mi ánsia, mi rábia, mis celos: me he propuesto separaros del rey, y os separaré.

—¿Que me separareis?

—Sí.

—¿Y en qué os fundais, para esperar esa separacion? dijo con altivez doña Inés.

—En que me amais, en que habeis dejado de amar al rey.

—¡Dios mio!

—Más aun: vos nunca habeis amado á Alfonso VI.—Os dijo vuestro padre:—Vas á unirte con un rey.—Y vos obedecisteis.—Vinisteis y encontrásteis hermoso al rey, y creisteis amarle: era vuestro esposo.—Pero despues, al ver otro hombre, al sentir el amor, habeis comprendido que teneis el alma virgen, que no habíais amado: vos sois una de esas mujeres que pueden engañarse, pero que han nacido para amar una sola vez y á un solo hombre.

—Salgamos de aquí, don Gaston, salgamos, dijo la reina: yo no he debido procuraros esta ocasion: yo no creia que vos me amábais como decís..... yo os creia enamorado de doña Elvira.... yo solo queria saber de vos dónde podria encontrar á esa mujer misteriosa, á esa sultana invisible á quien el rey ama.

—Es que el destino os ha traído á mis brazos.

—¡A vuestros brazos! exclamó la reina dando un grito y pretendiendo huir.

Pero Sayda-Llemal la sujetó.

La atrajo á sí.

Inés de Poitiers vió los hermosísimos ojos de Sayda-Llemal, que la atraian, que se acercaban á ella, que la enlanguidecian, que la dominaban.

Sintió un vértigo frio, sus ojos se dilataron aceptando la mi-

rada terrible de Sayda-Llemal, y luego dió un grito, extendió los brazos, y cayó por tierra sin sentido.

—¡Oh! exclamó Sayda-Llemal contemplando con una alegría infinita á la reina desmayada: amas á don Gaston más que lo que yo creía: te has desmayado: cuando despiertes, tu cabeza perturbada te hará creer en un crimen imposible: te hará creer que eres indigna del amor del rey: lucharás, sufrirás, tu vida será un infierno: ¿y qué me importa? yo amo y sufro: yo necesito tu corona, Inés: yo necesito que quede vacío el lugar que ocupas en el tálamo real de Alfonso.

Sayda-Llemal dobló una rodilla, se inclinó, levantó la cabeza de la reina que continuaba desmayada, y la desajustó para impedir que el desmayo pudiera traerle funestas consecuencias.

Luego la contempló con fijeza.

—¡Y es verdaderamente hermosa esta pobre niña! dijo Sayda-Llemal: ¡dicen que los ojos de las andaluzas matan! ¡y los de las godas también! ¡Los amores de Alfonso VI! ¡oh! el destino ha puesto á su paso tres mujeres que han abrasado su corazón, y á las tres las ha hecho desdichadas. Es el leon que devora: el leon hambriento: ¡y yo le amo, Dios mio, le amo! ¡no he amado á nadie más que á él!...

Sayda-Llemal, creyéndose sola, hablaba en voz alta.

Durante el momento en que se afirmaba á sí misma que solo habia amado á Alfonso VI, resonó una voz ronca que dijo en árabe á la entrada de la gruta:

—¿Y no has amado tambien, antes que al rey cristiano, al alto y poderoso emir Juzef-Abu-Taxfin?

CAPITULO XI.

En que se vé que Sayda-Llemal tenia la serenidad, la fuerza y el valor de un hombre, y de cómo influyó esto sobre Inés de Poitiers.

I.

Al escuchar aquella voz africana, Sayda-Llemal se volvió, y vió á un hombre que adelantaba.

Aquel hombre vestia el traje de montero del rey.

Era moreno, jóven, hermoso, robusto, bravo al parecer, y al parecer dotado de una altivez indomable.

Sayda-Llemal dejó de sostener la cabeza de la reina, y se puso violentamente de pié.

—¿Quién eres? dijo.

—Soy como tú, sultana, lo que no parezco: soy aquí entre los cristianos Bertran el montero, como tú eres el conde don Gaston de Ulloa.

Nadie sabe que tú eres la sultana Sayda-Llemal, como nadie sabe que yo soy el walí Abul-Azis, el más querido de los capitanes del poderoso sultan de Marruecos, Mahhomet-ben-Juzef-ben-Taxfin.

—¿Y estás seguro de que yo soy la sultana Sayda-Llemal, y no un pariente suyo?

—Tan pariente eres de la sultana Sayda-Llemal, que no te se

puede herir sin herirla á ella. ¿Crees tú que yo soy tan necio como esa pobre mujer que yace tendida sin sentido? Se engaña á los cristianos, pero á los árabes del desierto no se les puede engañar.

—El sultan me ha dicho:

Abul-Azis: el rey Aben-Abed ha salido de Sevilla con su familia, y no hemos podido encontrarle.

¿Dónde crees tú que puede estar el rey Aben-Abed?

Yo respondí:

—Señor: el rey Aben-Abed era aborrecido de los andaluces y si no hubiera salido de Andalucía, sus mismos vasallos te lo hubieran entregado.

No puede haber pasado á Africa, porque eso hubiera sido ponerse en tus manos.

No ha podido ir á ampararse del rey de Toledo, porque el rey Al-Mamun es su enemigo.

Pero hay un rey que es amigo de Aben-Abed, porque está enamorado de la sultana Sayda-Llemal.

¿No te acuerdas de aquella noche en Toledo, en que Sayda-Llemal, la hermosísima sultana, estuvo á punto de ser esposa del rey don Alfonso?

Y cuando dijo estas palabras, la sultana replicó:

—Tienes razon, Abul-Azis: la sultana Sayda-Llemal y su familia deben estar en tierra de cristianos, amparados por el rey Alfonso VI.

Vete á la córte de ese rey, Abul-Azis, y si encuentras á la sultana Sayda-Llemal, has una de estas dos cosas, si es que la sultana se encuentra de una de estas dos maneras.

Si la sultana es amante ó manceba del rey cristiano, má-tala.

Si no lo fuese, préndela y traémela.

Esto me dijo el sultan, y yo vine.

Como he estado mucho tiempo cautivo entre cristianos, sé hablar como ellos, y me entré de montero en la casa del rey.

Esperé y te vi un dia.

En vano te has teñido el semblante.

En vano has alterado tu voz.

En vano usas nombre y trage de hombre.

Un africano no se engaña.

He esperado una ocasion, y me la has procurado hoy.

Tú te has perdido con la reina, y yo he seguido tus huellas.

—Estás aquí sola sin defensa, y te ruego que me escuches, tú la noble sultana, luz de los ojos del noble, y poderoso, y temido, y vencedor sultan, mi amo.

Y el walí se inclinó profundamente.

—Habla, dijo Sayda-Llemal con su voz de mujer, pero terrible y acentuada: habla, pero habla de rodillas, esclavo.

El walí se prosternó.

—El invencible sultan mi amo, dijo Abul-Azis, te quiere por esposa.

—El sultan tu amo tiene ya esposa.

—La repudiará.

—Yo no le amo.

—¿Te niegas, luz del cielo? dijo con acento de amenaza, aunque siempre prosternado, Abul-Azis.

—Sí.

—Entonces, sultana, dijo el walí, me apodero de tí, y antes de dejarte, cumpliendo la voluntad de mi señor, te mato.

Y se puso de pié.

Pero antes de que lo estuviese, ya habia brillado fuera de la vaina la espada de Sayda-Llemal.

—¡Ah! ¿qué es esto? dijo Abul-Azis.

—Es que la sultana Sayda-Llemal es una pantera de Africa, y te has encerrado con ella, gritó la jóven, cortando al walí la entrada de la puerta.

Los ojos de Sayda-Llemal brillaban como los de la fiera con quien se habia comparado, y el walí, á pesar de su valor, se sintió dominado.

—Yo cumplo la voluntad de mi señor, dijo; yo digo lo que se me ha mandado hacer.

—Tú me conoces, y el haberme conocido te mata.

Y Sayda-Llemal acometió al absorto walí, al tigre del desierto que, dominado por la situacion, retrocedió.

Sayda-Llemal le acosó.

Abul-Azis echó mano á su puñal, pero le repugnaba luchar con una mujer, y vaciló aún, retrocedió aún, y tropezó con la reina desmayada.

Cayó por un doble motivo.

Por el tropiezo, y por una estocada de la sultana que le habia atravesado el pecho.

El walí vaciló, retrocedió y cayó de espaldas sobre la pequeña laguna que hacia el arroyo en la parte más baja del suelo de la gruta.

Ni una sola gota de sangre cayó fuera del agua.

La parte superior del cuerpo del walí, habia quedado sumergida en ella.

El agua se tiñó de rojo con la sangre que salió á borbotones del pecho del almoravid.

Sus piernas habian quedado fuera del agua, y se movian débilmente en una última convulsion.

Al fin quedó inmóvil.

II.

Sayda-Llemal se acercó á él, y nada pudo ver por el momento.

El agua roja, enturbiada por la sangre, habia perdido su transparencia.

Parecia aquella una pequeña laguna horrible.

El agua tenia el aspecto de la sangre.

Poco á poco, aquel color fué perdiendo su intensidad, y fué apareciendo en el fondo el pálido semblante del africano.

Luego, renovándose incesantemente el agua, por el arroyo que provenia de lo alto, fué apareciendo otra vez más clara, hasta que al fin quedó limpia.

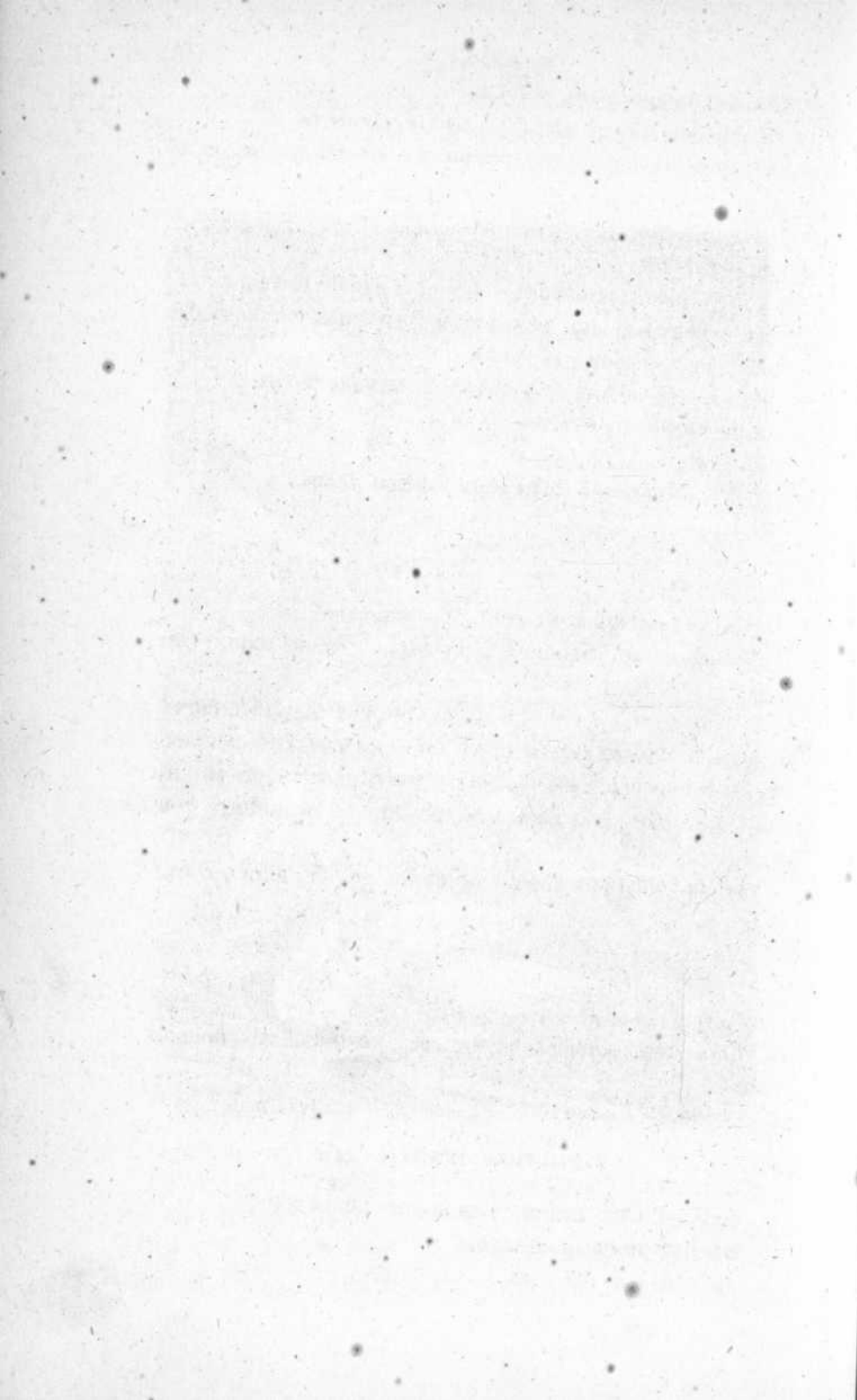
El cadáver habia arrojado toda su sangre, y la corriente se la habia llevado.

Los ojos de Sayda-Llemal, contemplando á aquel hombre, tenian una espresion de espanto.

A no ser por el color que teñia su semblante, hubiera dejado ver una palidez de cadáver.



EL WALI VACILO , RETROCEDIO Y CAYO.



Sayda-Llemal no era malvada.

No cometía el mal por el placer de cometerle.

Ya para apartar del cadáver los ojos fascinados, se acercó á la reina.

—Es necesario que vuelva en sí, dijo: es necesario que esta mujer se recobre.

Y fué á tomar agua para rociar el rostro de la reina.

En aquel momento, Sayda-Llemal se irguió como el ciervo cuando siente el lejano ladrido de los perros.

Había escuchado á lo lejos son de bocinas de caza.

Aquel son se acercaba.

La reina no volvía en sí.

Y las bocinas resonaban cada vez más cerca.

III.

Pero era enérgica y terrible, y escuchaba.

Se había visto descubierta, lo había temido todo, y había matado.

—Y bien, dijo Sayda-Llemal; los tronos cuestan sangre: no se llega á ellos sin exterminar á los que cierran su camino: por eso los tronos son rojos: yo no he hecho más que lo que hacen todos: pero la sangre pesa sobre el alma.... yo hubiera querido no verterla.

Sayda-Llemal no podía apartar los ojos de aquel cadáver.

IV.

La reina continuaba sin sentido.

La sultana envainó su espada, haciendo un violento esfuerzo.

V.

Sayda-Llemal empezó á sentir un vano terror.

Se oían voces de hombres.

Relinchos de caballos.

Y aquel ruido se acercaba cada vez más.

Y la reina no volvía en sí.

Y el cadáver del wali seguía atrayendo la estremecida mirada de Sayda-Llemal.

Un terror frío empezaba á apoderarse de ella.

Y sin embargo, su valiente corazón luchó aún contra aquel terror.

El ruido de los que se acercaban, resonaba cada vez más próximo.

Se oían ya encima las bocinas, y los ladridos, y las voces.

Era indudable que aquellas gentes venían buscando á alguien.

Y no podían buscar á otra persona que á la reina.

VI.

Sayda-Llemal se lanzó á la entrada de la gruta.

Desde allí vió un hombre que venía por el estrecho sendero abierto entre los árboles.

Aquel hombre era el rey.

Delante de él venían algunos perros rastreando y latiendo.

Detrás de él y uno en pos de otro, venían el conde don Peranzules y algunos otros condes de palacio.

El rey adelantaba pálido y sombrío.

Desde que la vió, su mirada se fijó tenaz, terrible, en Sayda-Llemal.

La sultana se estremeció.

Se encontraba de repente en una situación que no había esperado.

Cuando el rey estuvo cerca, Sayda-Llemal le dijo:

—Haced que se detengan los que os siguen, y entrad solo, don Alfonso.

El rey se volvió á sus condes, y no solo les mandó que no siguiesen adelante, sino que les hizo retroceder.

Alfonso VI por el aspecto de don Gaston, esto es, de Sayda-Llemal, comprendió que se trataba de algún suceso grave, del que no debía hacerse á nadie testigo.

VII.

Desde el momento en que acabó de pronunciar sus palabras Sayda-Llemal, desapareció dentro de la gruta.

Poco despues entró el rey.

Sayda-Llemal con una rodilla en tierra, sostenia la cabeza de la reina que empezaba á volver en sí.

El rey abarcó en una sombría mirada la gruta.

Vió á su esposa en los brazos de un hombre, que tal creia á Sayda-Llemal.

Vió, sumergida la mitad del cuerpo en el agua y con las piernas fuera, á un montero muerto.

Por un momento, como sucede al más alentado, al más sereno en las situaciones graves é imprevistas, el rey se mostró aturdido, sin saber qué hacer, ni qué decir.

Pero rehaciéndose, adelantó ciego de cólera hasta Sayda-Llemal.

Sayda-Llemal sintió miedo, y dijo:

—Esto es, que tu esposa, tu reina, se ha desmayado de amor.

El rey estaba ciego, asombrado.

Habia oido, no la voz de don Gaston de Ulloa, sino la voz de Sayda-Llemal.

La sultana le habia hablado con su acento natural.

—¿Qué prodigio es este? dijo el rey: ¿sois vos quien ha hablado, ó hay oculta aquí una mujer?

—Sí, sí, oculta, oculta por tí, dijo Sayda-Llemal, oculta bajo un disfraz que tú no has podido conocer, que era necesario que conocieses algun dia.

—¡Imposible, dijo el rey: aquí hay un sortilegio, un encanto!

—No, Alfonso, no, dijo Sayda-Llemal dejando de sostener á la reina y poniéndose de pié, aquí no hay más encanto que tu amor, que me ha traído á la situacion en que me veo.

La reina en aquel momento volvió en sí.

Al abrir los ojos los fijó en Sayda-Llemal, se incorporó, y tendió hácia ella los brazos.

—¡Oh salvadme! ¡salvadme! dijo, ¡ya que me habeis perdido, que el rey no me vea más; si yo le viera, moriria de vergüenza!

—¿Qué es esto? dijo el rey.

Al escuchar la voz de Alfonso VI, la reina se volvió, le vió, se puso violentamente de pié, y fué á ampararse de Sayda-Llemal.

—¿Qué es esto? repitió el rey.

—Esto es, dijo Sayda-Llemal con un punzante sarcasmo, que tu reina, tu esposa, me ama; que ha soñado, que ha delirado, que está loca.

—¡Oh! ¡esa voz! exclamó la reina mientras el rey permanecía mudo de asombro: ¡esa no es vuestra voz!

—Yo no soy don Gaston de Ulloa, dijo la jóven, yo soy la sultana Sayda-Llemal; yo soy la reina doña Isabel Aben-Abed.

Inés de Poitiers lanzó en torno suyo una mirada vaga, insensata.

Luego soltó una carcajada hueca.

—¡Ah! ¡no! dijo, ¡tú mientes! ¡mientes! ¡tú eres un encantador! ¡yo le he visto aquí!.... ¡yo le he sentido en mis brazos!.... ¡era él!.... ¡él!.... eres tú!....

La reina estaba dominada por un vértigo de locura.

—Es necesario que se aclare este misterio, exclamó vivamente el rey.

—¡Oh, sí! dijo Sayda-Llemal, voy á aclarártele al momento.

Y arrojó su caperuza de montería, fué al agua, y se frotó el rostro.

El atezado color de su semblante desapareció.

Quedó su nítida y nacarada blanca.

Sayda-Llemal se abrió el sayo, y dejó descubierto su cuello y el nacimiento de su pecho.

En su cuello se veia un hilo de gruesas perlas, del que pendia un relicario de oro.

—Yo soy la sultana Sayda-Llemal, dijo.

—¡Tú!

—Sí, yo.

—¡La mujer á quien amas! exclamó la reina con acento irri-

tado: pero aquí estaba don Gaston...

Sayda-Llemal tuvo un pensamiento infernal.

Vió el cadáver del walí medio sumergido en el agua, y llevó hasta él á la reina.

—Don Gaston está ahí, la dijo.

—¡Muerto! exclamó la reina.

—Muerto.

—¡Pero mi deshonra vive! exclamó la reina: ¡yo no puedo permanecer al lado del rey! tú... ¡tú le amas!... ¡yo no le amo! ¡no le he amado nunca!...

—¡Escucha! dijo Sayda-Llemal al rey.

—¡Oh! ¡sí! la serpiente se ha enroscado á mi cabeza, y me ha mordido en el corazon, exclamó el rey.

—¡Mátame! gritó Sayda-Llemal, ¡mátame de una vez!... ¡yo te amo!... ¡te amo, como jamás ha amado mujer alguna, y voy tras tí como la sombra tras el cuerpo!..... ¡pero seré siempre para tí una sombra!... ¡menos para recibir la muerte de tu mano! ¡Esta mujer me ha robado mi esposo!... ¡porque tú eres mi esposo, Alfonso, y yo la he herido: tú me has tendido lazos, y yo los he roto: yo he necesitado estar á tu lado, romper los lazos que te unian á esa mujer, y esa mujer me ha amado... se ha dejado engañar como tú, y mi venganza es completa!

—¿Y no temes la mia?

—Mira: tu esposa está ahí, doblegada, atónita, fijando la vista en ese cadáver, á quien loca, cree don Gaston de Ulloa, el hombre á quien ama: yo desapareceré dentro de un momento... pero dejándote mi amor... llevándome tu alma.

Y la voz, y la mirada, y el acento de Sayda-Llemal, al decir estas palabras, embriagaron al rey.

—¡Oh! dijo, ¡tu amor es muy cruel!

—Mi amor es la muerte; dijo Sayda-Llemal: mira.

Y le señaló el cadáver del walí en el que tenia fija la reina una mirada atónita.

—¿Y quién ha muerto á ese hombre? dijo el rey á cada momento más fascinado.

—¡Yo! dijo Sayda-Llemal desnudando su espada y mostrándola teñida de sangre al rey.

- ¿Y quién era ese hombre?
- Un walí del sultan de Marruecos.
- ¡Oh! exclamó Alfonso VI.
- Ese hombre encubierto como yo, me habia reconocido: me habia seguido: mi corazon y mi brazo me han salvado.
- ¿Y quién te salvará de mí?
- Tu honor, tu amor y mi voluntad.
- Esa mujer no es ya mi esposa; dijo Alfonso VI señalando á la reina.
- Esa mujer es una desdichada; dijo Sayda-Llemal.
- Me ha ofendido.
- ¡Amándome!
- Ella te creia don Gaston de Ulloa.
- Tú me creias tambien hombre, y mi palabra te fascinaba, mi voluntad era para tí una ley: tu hermana doña Elvira está loca por mí.
- Yo repudiaré á esa mujer.
- ¿Y qué harás luego?
- Te haré mi esposa: quédate pues á mi lado: consuela mi desventura, sálvame de mi desesperacion.
- Cuando seas libre, envia tus embajadores al rey de Sevilla, pidiéndole su hija por esposa.
- Aun no es tu padre rey de Sevilla: aun está en mi poder.
- Rey don Alfonso: elige entre mi amor y tu voluntad.
- ¿Qué quieres decir?
- Don Gaston de Ulloa ha muerto: está ahí.
- Y Sayda-Llemal señaló el cadáver del walí.
- Rey don Alfonso, dijo Sayda-Llemal: arroja completamente ese cadáver al agua.
- ¡Sayda-Llemal!
- Obedéceme, si quieres mi amor.
- El rey dió un paso hácia el cadáver.
- Espera, espera, dijo Sayda-Llemal: bueno será antes registrar ese cadáver.
- El rey dominado por Sayda-Llemal, asió el cadáver por los piés y tiró de él.
- La reina dió un grito de horror.

En el estado de perturbacion en que estaba su alma, creia que aquel era el cadáver de don Gaston, del hombre á quien amaba.

Luego volvió á caer sobre sí misma, y se quedó mirando lo que el rey iba á hacer con el cadáver con la atonía de los insensatos.

VII.

—Este hombre estaba armado cuando tú le heriste, dijo el rey.

El cadáver tenia en la mano derecha fuertemente asido un largo puñal.

—Le has herido por delante, frente á frente, dijo el rey.

—La princesa que es digna de ser la reina del noble Alfonso VI, del grande rey, del leon bravo, se defiende y mata; pero no asesina.

—¡Oh! ¡Isabel! ¡Isabel mia! ¡tú serás mi reina! dijo Alfonso VI.

Y abrió con una escitacion febril el sayo del cadáver y le registró.

Solo encontró una bolsa llena de doblas de oro africanas con algunos maravedises de plata castellanos, y metido en un canuto de madera, un pergamino enrollado.

El rey leyó aquel pergamino.

Estaba escrito en árabe.

Era un decreto del sultan de Marruecos, en que se mandaba al wali Abul-Azis y á otros diez wadies enviados á Castilla, que se apoderasen de la sultana Sayda-Llemal, hija del rey de Andalucía Aben-Abed, muerta ó viva, donde la encontrasen.

—¡Hay otros diez! dijo Sayda-Llemal; ¡otros diez á quien no conozco; que sin duda me conocen y que pueden herirme á traicion!

—¡Oh! ¡yo los conoceré! ¡yo haré que los conozcan! dijo el rey: por lo mismo, vas á vivir á mi lado, en mi alcázar!

—No, Alfonso, no: don Gaston de Ulloa, tu montero mayor, ha muerto: arroja ese cadáver al fondo de esa agua: dentro de

pocos dias, ese cadáver estará desfigurado: cíñele mi espada, y dame su puñal.

—¿Quieres que crean que has muerto, como don Gaston?

—Sí, quiero que se pierda la memoria de lo que he padecido.

—¿Pero yo te veré?

—Sí.

—¿Dónde?

—Allí, á donde voy á partir con mi escuadron.

—¿Y qué nombre tiene ese lugar?

—El Castillo del Desierto.

—¿Junto á Valladolid?

—Sí.

—Trasladaré á Valladolid la córte.

Sayda-Llemal se desciñó la espada y la entregó al rey.

El rey quitó al cadáver el cinturón donde estaba la vaina del puñal del almoravid, y con el puñal que arrancó de su mano lo entregó á Sayda-Llemal.

Luego el cadáver fué arrojado á la pequeña laguna de la gruta.

—¿Y quién encontrará aquí ese cadáver en este sitio apartado?

—Haz que me encuentre en él doña Elvira.

—¡Oh! ¡tambien mi hermana!

—Tu hermana se consolará pronto: y adios, Alfonso, adios: dentro de tres dias, estaré en el Castillo del Desierto: yo esperaré en él á un peregrino que llevará..... este pergamino, este decreto del sultan de Marruecos contra mí, y adios.

Y Sayda-Llemal empezó á trepar por las escaleras naturales que se torcian ascendiendo por el hueco de la gruta.

—Espera, Isabel, espera, dijo el rey.

—No, dijo Sayda-Llemal: salva á esa mujer que es todavia tu esposa: salva tu honor: adios.

Y continuó subiendo.

El rey la vió desaparecer por uno de los oscuros boquetes por donde se perdian los accesos, y no la volvió á ver más.

Por un momento quedó como aturdido.

Como anonadado.

Miró á la pequeña laguna.

Nada se veía.

El cadáver del wali estaba en el fondo.

Se volvió á la reina y la encontró pálida, muda.

VIII.

—Señora, la dijo, despertad el rey está junto á vos.

Pareció como que al desaparecer Sayda-Llemal, se habia apartado de la reina una influencia magnética.

Miró con asombro al rey.

Sus hermosos ojos azules le miraban con ceño y con pena.

—¡Oh Alfonso mio! exclamó: ¿eres tú!

—Sí, yo soy, dijo el rey.

—Yo... yo he dormido, yo he soñado, dijo la reina.

Y al ver sus ropas descompuestas sobre su seno, las compuso con avidez y se enrojeció.

—Yo he tenido á mi lado un demonio, dijo la reina.

Y luego cayó de rodillas, y juntando las manos, exclamó:

—¡Matadme, señor, matadme, porque soy indigna de vos!

—Callad, callad, señora, dijo el rey: vos habeis soñado: decís bien, vos habeis dormido: recobraos, volved en vos: nos vamos á presentar de nuevo entre nuestros vasallos.

—¡Matadme! repitió doña Inés.

—No, no os mataré, dijo el rey, pero os enviaré á vuestro padre el conde de Poitiers.

Y alzó de una manera violenta á la reina.

—¡Pero yo os amo, yo os amo, don Alfonso! ¡yo no he amado á nadie más que á vos..... no, no: ha sido un sueño del infierno!

—Pues bien, si me amais, amad mi honra: levantaos y venid.

Poco despues, el rey salió de la gruta con la reina, y se presentó con ella entre los condes.

IX.

El rey no dió una sola aclaracion, pero se murmuró mucho. Todos sabian que tras la reina habia ido don Gaston. La reina habia parecido, pero don Gaston no parecia. Solo habia parecido su caballo... atado á un árbol junto al de la reina.

La reina habia salido de una gruta, en cuya entrada todos habian visto á don Gaston.

El rey habia salido con la reina.

Pero don Gaston no habia salido.

Todos se decian:

—¿Por qué se habrá quedado en la selva don Gaston?

Y luego, cuando el rey y la reina y las infantas volvieron á Búrgos, los cortesanos se preguntaban:

—¿Por qué no viene don Gaston con el rey?

—¿Qué ha sido de don Gaston?

Pero nadie sospechó la verdad.

Nadie creyó que la reina se habia perdido, sabiendo que se perdia con don Gaston.

Todos creyeron que en efecto, el caballo de la reina se habia desbocado, y que don Gaston le habia seguido para salvar á la reina.

Por lo mismo, se conjeturaba acerca de la desaparicion de don Gaston, todo, menos la verdad.

CAPITULO XIII.

En que se sabe lo que hizo Sayda-Llemal despues de separarse del rey.

I.

Sayda-Llemal continuó trepando por aquel escarpado sendero que se tórcia en el interior de la gruta, y atravesando algunos pasadizos oscuros, llegó al fin al aire libre.

Se encontró en la parte superior de la roca.

Desde allí se veia como un mar de verdura en toda su estension la selva de Arlanza.

Habia pasado el medio dia, y el sol empezaba á descender.

Oia Sayda-Llemal á sus piés, el ruido de las gentes del rey, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos.

Pasó algun tiempo, y se oyeron al fin las trompas de caza, que se fueron alejando lentamente.

El rey se ponía en marcha.

El ruido de la montería se alejó cada vez más, hasta que al fin se perdió allá á lo lejos en direccion á Búrgos.

Luego no se escuchó nada.

Era la media tarde.

La montería habia acabado á una hora mucho más temprano que de costumbre.

En vez del estruendo de la montería, habían quedado los ruidos naturales del bosque.

El revolar de los pájaros entre los árboles.

El ruido del follaje mecido por el viento.

El bramido de algun ganso que llamaba á su hembra.

El sol descendia.

El viento se hacia más y más frio, á medida que cedió la tarde.

Sayda-Llemal tenia además frio en el alma.

A los tronos se llega vertiendo sangre, habia dicho.

Pero al verter sangre por su misma mano, aquella sangre la habia dado en los ojos.

Aquella sangre habia dejado en ellos un velo rojo.

Aquella sangre la habia espantado.

II.

Llegó á ponerse el sol.

Ya hacia mucho tiempo que los últimos ecos de la montería real se habian perdido á lo lejos.

Era seguro que no quedaba en la selva un solo montero del rey.

Y á cada momento crecia el frio y menguaba la luz.

Era necesario retirarse.

En la selva, y á no muy larga distancia, debian estar las gentes de Sayda-Llemal.

Esto es, Ferran y sus hombres de armas.

Sayda-Llemal tocó por tres veces desde lo alto de la roca su bocina de caza.

De allá, de las profundidades de la selva, contestó otra bocina.

Aquella bocina siguió contestando á la bocina de Sayda-Llemal.

Y aquella bocina resonaba á cada momento más cerca.

III.

La cúspide de la roca era plana.

Como si la hubiesen cortado con una sierra.

Era de poca extension.

En su centro se veia un boquete triangular donde terminaba el acceso por donde habia subido hasta allí Sayda-Llemal.

Por aquel boquete se veia el interior de la gruta hasta su fondo.

Aquella abertura ponía espanto á la sultana.

Le parecia ver salir por ella asidos de las manos á Inés de Poitiers loca y deshonorada ante su esposo, y al walf Abul-Azis, muerto y ensangrentado.

Era necesario bajar, y Sayda-Llemal no queria bajar por donde habia subido.

Buscó otro descenso.

Pero no le encontró.

La roca era cónica y tajada por todas partes.

Era imposible descender por otra parte que por el interior.

IV.

La bocina de Ferran resonó al fin al pié de la roca.

Luego dentro de ella.

Sayda-Llemal se asomó entonces al boquete, y vió confusamente en el fondo de la gruta, porque ya habia menguado la luz, una forma humana.

—¡Ferran! dijo inclinándose sobre el boquete.

—¡Señor! contestó Ferran.

—¿Estás solo?

—Con María.

—¿Y los demás?

—Fuera de la gruta.

—Que no entre ninguno.

—Muy bien, señor.

—Enciende una antorcha.

Poco despues una antorcha esparcía su rojizo reflejo en los desiguales y negros senos de la gruta.

El reflejo de la antorcha sobre el rebalzo en cuyo fondo estaba el cadáver de Abul-Azis, daba al agua la aparienciá de sangre.

—Sube por ese sendero escarpado que encontrarás á tu derecha, dijo Sayda-Llemal.

Algunos minutos despues, Ferran aparecia vestido con el traje y las armas de soldado de la compañía de lanzas de don Gaston de Ulloa, en la plataforma de la roca.

Al ver á Sayda-Llemal con el semblante blanco, con el aspecto de mujer, Ferran retrocedió.

—¿Qué es esto, señora? dijo.

—Esto es, que mi disfraz es inútil para con el rey.

—¡Cómo!

—Don Gaston de Ulloa no existe.

—¿No volveréis á la córte?

—No, sino cuando vuelva para ser esposa del rey.

—¡Esposa del rey!

—Alfonso VI repudiará á Inés de Poitiers.

—Ved que la ama, señora.

—Inés de Poitiers se cree deshonrada, me cree muerto; es decir, cree muerto á don Gaston de Ulloa, y está loca.

—¿Y todo eso ha sucedido hoy?

—Sí, Ferran, sí: aquí, en el fondo de esa cueva maldita... tengo miedo!

—¿Miedo vos?

—Sí: un miedo horrible.

—¿Y por qué, señora? vos tan valiente, vos tan fuerte, vos que tan bien habeis aprovechado mis lecciones de armas..... ¡teneis miedo!

—Sí: he tenido valor para defenderme, para matar; pero no tengo valor para recordar tranquilamente la sangre que he vertido.

—Ya os acostumbrareis: recuerdo la primera lanzada que dí: fué á un negro formidable que montaba en un caballo blanco, y llevaba por lanza un pino: cuando le atravesé el pecho rechinó los dientes, me miró con ojos amenazadores, y de su pecho salió al sacar yo la lanza un chorro de sangre que tambien me dió en los ojos: yo me acordé de aquel maldito hasta que maté á otro, y al fin ya no me acuerdo de ninguno de los que he matado. A vos os sucederá lo mismo, si es que os empeñais en ser de veras señor y capitan de un escuadron de lanzas, porque don Alfonso es muy batallador.

—Sí, seré capitan de lanzas, pero no al lado de Alfonso VI; ya te he dicho que no volveré á la córte.

—¡Porque habeis muerto á un hombre! ¡bah! ¡bah! los grandes señores pueden matar: cuando más, el rey les saca algun dinero, y punto concluido.

—No volveré: es cosa convenida entre el rey y yo.

—¡Ah!

—Sí: nos vamos al castillo del Desierto.

—¿Y estaremos mucho tiempo allí?

—No: de allí marcharemos á la frontera de Andalucía.

—¿Pero y vuestra espada, señora? ¿qué habeis hecho de vuestra hermosa espada con empuñadura de oro? en su lugar solo teneis un talabarte de cuero curtido, y un puñal de montería.

—Un puñal árabe, dijo Sayda-Llemal sacándole y mostrándole á Ferran.

—¿Y qué significa esto?

—Este puñal estaba en la mano del hombre á quien he muerto: este puñal ha sido empuñado por la última vez por su dueño con el propósito de matarme.

—¡Cómo! ¡señora!

—Sí, el sultan de Marruecos ha enviado algunos de sus wálies para que me busquen y me prendan ó me maten.

—¿Y os han conocido?

—Sí.

—¿Y habeis muerto á uno solo de ellos?

—Sí.

—¿Y no sabeis quiénes son los otros?

—No.
 —Pues bien, señora, no vuelvo á separarme de vos, aunque me lo mandeis, ni de hoy en adelante estareis un solo momento sin que os rodeen nuestras lanzas: que vengan entonces todos los walíes de Africa.

—¡Ferran! gritó desde abajo la dulce voz de María, baja pronto, que tengo miedo, y está aquí oscuro como boca de lobo.

—Sí, sí, bajemos, dijo Sayda-Llemal.
 Y se asió del brazo de Ferran.

VI

Cuando llegaron abajo encontraron á María que estaba pálida.

—¿Por qué tienes miedo, mujer? la dijo Ferran.

—¡Allí, allí! dijo María señalando al rebalzo del arroyo.

—¡Allí! ¿qué ha sucedido allí? dijo temblando Sayda-Llemal.

—He sentido ruido en el agua.

—Alguna culebra, mujer, dijo Ferran.

—¡Ah! es verdad, dijo María sonriendo, pero como está tan oscuro y es esto tan medroso...

—Es que allí está el hombre que he muerto, dijo Sayda-Llemal rápidamente al oído de Ferran.

—Pues bien, dijo Ferran en voz baja, alguna alimaña que acude á la carne muerta.

—¡Oh qué horror! dijo la sultana.

—¿Pero qué es esto, señora? dijo María viendo á Sayda-Llemal con el semblante desteñido; esto es, con su semblante natural: ¿hoy no sois don Gaston?

—No, ni necesito volver á serlo. Vé por mi cofre, María.

María salió, llegó á una acémila que habia quedado fuera, y descargó de ella el cofre de Sayda-Llemal, que ya conocemos.

Entretanto la sultana habia guardado un profundo silencio que Ferran no se habia atrevido á interrumpir.

VII.

Sayda-Llemal abrió el cofre con una pequeña llave, y sacó de él únicamente un botecillo de oro y un espejo.

Después se tiñó en silencio el semblante, el nacimiento del cuello, y las manos.

Luego guardó de nuevo el pomo y el espejo, cerró el cofre, y mandó á María que le pusiera en su lugar.

María salió.

—Esta misma noche nos pondremos en marcha, dijo la sultana á Ferran.

—¡Esta noche!

—Sí.

—¿Para el castillo del Desierto?

—Sí.

—¿Y no volveremos más á Burgos?

—No.

—¿Y lo que tenemos allí?

—Todas mis riquezas están en ese cofre: allí solo quedan muebles, alfombras y vestidos: importa poco.

—Valen mucho dinero.

—No le hace: ¿están juntos todos nuestros hombres de armas?

—Sí señora: allí solo han quedado los pages y los camareros que tomásteis á vuestro servicio.

—Pues bien, desaparezcamos todos: don Gaston de Ulloa y su escuadron: pero salgamos de aquí, Ferran, te lo repito: aquí tengo miedo.

—Salgamos!

Al salir al bosque Sayda-Llemal, se sintió desanimada.

—¿Y la pobre infanta doña Elvira? dijo Ferran: ¡ella que os amaba tanto!

—Doña Elvira, dijo Sayda-Llemal, se convencerá ó será otra loca más.

—Ya está el cofre en la acémila, dijo María llegando. (1)

—Pues bien, dijo Sayda-Llemal: dadme un tabardo con capuz que me abrigue, y un caballo.

—¿Y el vuestro?

—Se le habrá llevado el rey: mirad sin embargo entre los árboles.

VIII.

Ferran tocó la bocina, é inmediatamente acudieron algunos hombres de armas.

—Buscad alrededor entre los árboles el caballo del señor.

Esparciéronse aquellos hombres, y á poco, volvieron con el magnífico caballo árabe andaluz de Sayda-Llemal.

—Esto es extraño, dijo la sultana: ¿por qué no se ha llevado este caballo Alfonso?

—¡Qué es esto! dijo Ferran viendo un pergamino clavado con un puñal en el caparazon del caballo.

—Dadme: dijo la sultana con voz ronca.

Ferran desclavó el puñal, y entregó el pergamino á Sayda-Llemal.

«Sultana, has muerto al walí Abul-Azis, pero aun viven diez hermanos suyos: guárdate.»

Sayda-Llemal tradujo este trozo á Ferran.

—¡Oh! pues en cuanto yo vea á vuestro lado unos ojos negros que os miran ó un semblante moreno que se vuelve hácia vos, disminuyó el número de los diez.

—Allah-Akbar (1) dijo en árabe Sayda-Llemal.

Y luego añadió en castellano:

—Nunca ha sido otra cosa sino lo que ha querido Dios que sea: que se cumpla su voluntad.

Y tomando su tabardo que la presentaba Ferran, montó á caballo.

Luego quemó el pergamino en la antorcha de Ferran.

Ferran se puso en el cinto el puñal que habia servido para asegurar al caparazon del caballo el pergamino.

(1) Dios es grande.

Luego tocó su bocina llamando á sus gentes.

—Todos gritaron acá y allá, cerca y lejos.

—¡A caballo! gritó Ferran: uno tras otro fuera de la selva.
Oyóse el ruido de las gentes al montar.

Ferran ayudó á subir en la acémila á María, arrojó la antorcha entre la maleza, montó á caballo, y el escuadron se puso en marcha.

CAPITULO XIII.

De cómo le iban saliendo caros los amores al rey don Alfonso VI.

I.

Inútil es decir que el rey se volvió de muy mal humor á Búrgos.

Se encontraba en la situación más extraña en que un marido y un hermano se han encontrado jamás.

Doña Inés y doña Elvira, estaban enamoradas de un fantasma.

Esto es, de don Gaston de Ulloa.

La reina, durante todo el camino desde la selva de Arlanza á Búrgos, habia ido descompuesta, pálida.

Doña Elvira, sobrescitada y cuidadosa porque no veia á don Gaston.

Sayda-Llemal habia metido al rey en un verdadero laberinto, del cual no sabia cómo salir.

II.

Porque Alfonso VI, uno de los reyes más bravos, más prudentes y mejores que ha tenido España, y de los más poderosos, atendidos los tiempos en que reinó, cuando se trataba de mujeres, era el hombre más débil del mundo.

El amor le dominaba de una manera decidida.

Alfonso VI tuvo siete mujeres legítimas, otras tantas ilegítimas, y un número considerable de hijos legítimos y bastardos.

Y no contamos en el número de las mujeres de Alfonso VI, las víctimas de un día, las aventuras, los amores perdidos, la cáfila de mujeres cristianas, árabes y judías, á quienes dejó un triste recuerdo suyo.

Esta lista sería interminable.

A pesar de esto, Alfonso VI vivió ochenta años.

Lo que parece increíble.

Y conquistó más tierras que las que habían conquistado diez de sus abuelos, á pesar de que los tuvo muy bravos y muy conquistadores.

El hizo muchas y sábias leyes, algunas de las que, aunque modificadas, han llegado hasta nosotros.

Y hizo trovas y escribió historias, que por desgracia para las letras ha devorado el tiempo.

Esto es: que se han perdido.

Y empezó á labrar la magnífica catedral de Toledo, y levantó la puerta del Sol de dicha ciudad, y los muros nuevos.

Y labró también alcázares, castillos é iglesias.

Quitando el pecado del amor, Alfonso VI fué un gran rey; noble, valiente y justiciero.

En una sola cosa fué duro, injusto y cruel.

En lo de tener preso á su hermano don García, toda su vida despues de haberle quitado el reino de Galicia.

Es verdad que nada faltaba en su prision á don García.

Ni lujo, ni servidumbre, ni los manjares que entonces se conocian por más exquisitos.

Ni aun amor.

Lo tenia todo menos la libertad.

Es necesario confesar que se mezclaba mucho de amor fraternal á la tiranía que Alfonso VI hacia sufrir á su hermano.

Pero la pérdida de la libertad no se compensaba con nada, y mucho menos cuando con la libertad se ha perdido una corona.

III.

Alfonso VI tenía un corazón noble, valiente, ansioso de grandeza, pero por lo mismo, demasiado propenso al amor.

En la época en que le presentamos á nuestros lectores, Alfonso VI solo había amado á tres mujeres, y había sido terriblemente desgraciado con aquellos tres amores.

La sobrina de Al-Mamun, la dulce, la hermosa, la casta, la pura, la encantadora sultana Zayda-Sobeydah, fué la primera que hizo latir, á impulsos del amor, el corazón de Alfonso VI.

Pero aquellos amores fueron dulces, tranquilos, como era dulce y pura la mujer que los inspiraba.

Alfonso VI no comprendió que la amaba sino después de aquella noche, en que por una traición, más bien por una intriga del príncipe Juzef-Abu-Taxfin, decidió haciéndola suya, la suerte de la desdichada Zayda-Sobeydah.

Después no la volvió á ver más.

Y entonces empezaron para él sus amores, amores combatidos ya por los que le había inspirado Sayda-Llemal.

Puede decirse que el amor que Alfonso VI tenía hacia Zayda-Sobeydah, era el amor puro del alma, mientras que el que sentía por Sayda-Llemal era un amor violento, un amor del infierno, un amor del alma y de los sentidos, una pasión avasalladora, terrible.

Zayda-Sobeydah hubiera sido su ángel.

Sayda-Llemal era su demonio.

Un amor no destruía al otro.

Amaba el rey á Zayda-Sobeydah, sin dejar de amar á Sayda-Llemal.

El amor de Sayda-Llemal no amenguaba en nada el amor que el rey sentía por Zayda-Sobeydah.

IV.

A pesar de estos dos amores, que existían al par en el alma del rey porque eran distintos, Alfonso VI había contraído un tercer amor,

Se había casado por razón de estado con Inés de Poitiers, y á pesar de que la fama ponderaba la hermosura de la prometida, y de que afirmaban que era maravillosa los embajadores que habían ido á pedir su mano al conde de Poitiers, Alfonso VI sabía que la fama y la adulacion son muy embusteras: estaba contrariado, porque sus reinos no le habían dejado casarse con Sayda-Llemal, y había salido de muy mal talante á recibir á su esposa.

Pero cuando vió la altiva y si se quiere fria hermosura de Inés de Poitiers, sus magníficas trenzas rubias, la blancura mate, tersa, nerviosa de su tez, lo voluptuoso de sus formas, lo sereno, purísimo y transparente de sus grandes ojos azules, Alfonso VI contrajo el amor de la forma, por decirlo así, adoró en su mujer á una hermosa estátua, y cuando aquella estátua se animó al fuego de su amor, Alfonso VI fué feliz tres dias.

Pero apareció de repente en la senda de su vida Sayda-Llemal, y fué vencida Inés de Poitiers, y hubiera sido olvidada de todo punto, si Alfonso VI no hubiera tenido celos.

Si no hubiera sentido heridos al mismo tiempo su amor propio y su dignidad.

La reina amaba á otro sér.

La reina se había olvidado de todo por aquel otro sér.

La reina se había perdido con él durante una montería, y había pasado aquello de tal manera, que todos los servidores del rey lo habían sabido.

V.

La rabia del rey era infinita.

Por más que sus altos servidores disimulasen, Alfonso VI comprendía demasiado, que el nombre de don Gaston de Ulloa estaba unido en una historia de deshonor al de la reina, y por consecuencia al suyo.

Don Gaston había desaparecido, y esto mismo daba más color á las apariencias.

Podía creerse que el rey le había dejado muerto en aquella gruta donde el rey solo había penetrado.

De donde habia salido solo con la reina descompuesta y pálida.
A donde no habia permitido que entrase nadie.

El caballo de don Gaston se habia quedado allí.

La reina marchaba silenciosa, demudada, febril.

Todo esto lo pensaba el rey, y todo esto le irritaba.

Y todo esto hacia sensacion en él.

El amor que habia tenido hácia Inés de Poitiers, porque las dificultades irritaban á Alfonso VI; y esto tambien llevaba hasta el delirio el amor que sentia hácia Sayda-Llemal.

Ella lo habia arrostrado todo por él.

Ella por separarle de la reina, por obligarle á repudiarla, habia tomado la apariencia de un hermoso mancebo, habia vivido ante el rey desconocida, se habia hecho amar de la reina y de la infanta doña Elvira, y habia dado á la primera el golpe de gracia.

Esta conducta de Sayda-Llemal hablaba fuertemente á la imaginacion ardiente y aventurera del rey, y le enamoraba más y más.

Porque se asombraba.

Aquello era terrible.

Quien habia herido su amor propio haciéndose amar de la reina, era la mujer á quien Alfonso VI adoraba, en quien veia su deseo ardiente, la vírgen pura y al par la mujer fuerte, la niña más hermosa que Andalucia habia visto nacer entre sus flores: el corazon más valiente y más arrojado del mundo.

Alfonso VI estaba con razon dado á los diablos.

La reina enamorada, loca de don Gaston, se le convertia en un imposible.

Sayda-Llemal se le escapaba.

Zayda-Sobeydah era para él un misterio.

Sus vasallos le creían un pobre marido engañado.

Así es, que el rey llegó de muy mal humor á su palacio.

VI.

Pero apenas habia arrojado su gaban de gamuza y la espada de montería, cuando se oyó dentro del alcázar gran estruendo de trompetas.

—¿Qué es eso? preguntó el rey á Peranzules que le habia seguido.

—Voy á verlo, señor, dijo Peranzules.

Pero antes de que Peranzules saliese, entró Diego Ordoñez de Lara con el semblante pálido de alegría.

—¡Señor, señor! exclamó: el reino de Toledo es nuestro.

—¡Cómo! ¡qué dices!

—Allí está Alvar-Fañez de Minaya, que trae á vuestra señoría un mensaje del Cid.

—¿Habrá hecho el Cid alguna de las tuyas? ¿habrá faltado á la fé que yo tenia jurada al rey Al-Mamun? ¡Que entre Alvar-Fañez!

Alvar-Fañez que estaba en la antecámara, entró al momento y se arrodilló á los piés del rey.

—Alzad, conde Alvar-Fañez, alzad y responded: ¿dónde está el Cid?

—Sobre el reino de Toledo, contestó con orgullo y alegría Alvar-Fañez.

—¿Y por mandado de quién?

—Por mandado de su lealtad.

—¿No sabia el Cid que yo habia jurado á mi buen amigo el rey Al-Mamun no ir contra su reino mientras viviese?

—El buen rey Al-Mamun ha muerto, señor.

—Perdónelo Dios... que mi corte se vista de luto; que aunque era infiel, mis obispos rueguen por él á Dios: le debemos todo lo que somos: ha sido nuestro padre... id, id, conde don Peranzules, que se haga al momento lo que he mandado, y vos conde Alvar-Fañez, montad al momento á caballo, corred: decid al Cid que se quite de sobre Toledo al momento.

—Es, señor, dijo Alvar-Fañez, que por la muerte del rey Al-Mamun, estais libre de vuestro juramento.

—Yo le juré que no iria sobre Toledo mientras fuera rey el príncipe Yayhe, hijo de Al-Mamun.

—El príncipe Yahye ha sido destronado y asesinado por su primo el feroz Yayhe Al-Kadir.

—¡El hijo de Al-Mamun ha sido asesinado! gritó pálido y tembloroso de cólera Alfonso VI, cuya rubia melena se herizó,

como le acontecía en las situaciones violentas: El príncipe Yayhe Al-kadir sabía que su primo Yayhe, el hijo de su tío Al-Mamun, era mi aliado, mi amigo, mi protegido, y sin embargo se ha atrevido á asesinarle....

—El príncipe Yayhe era débil y cobarde, dijo con desprecio Alvar-Fañez: Al-Kadir ha sublevado contra él al populacho de Córdoba, donde el príncipe Yahye se encontraba, al que ha comprado con oro, ha invadido el alcázar, y el rey Yayhe ha muerto como un cobarde, entre los brazos de las esclavas del haren.

—¡Santiago y San Lázaro, caballeros! gritó el rey volviéndose á los nobles que habían acudido á la cámara real, ¡á caballo, á caballo y sobre Toledo! ¡reunid todos vuestros vasallos, id á aumentar las gentes de mi valiente Cid: el rey irá al momento: vos, Alvar-Fañez, descansad esta noche, y mañana al romper el día partid: decid á don Rodrigo que ya que no tiene bastante gente para acometer á Toledo, asole los campos, incendie las aldeas, extermine cuanto encuentre! ¡id, id, id vosotros también, caballeros! ¡y vos, don Peranzules, levantad mi bandera, y enviad corredores que apelliden guerra por el rey contra los infieles! ¡id, id, el rey no tardará en segueros! ¡mañana mismo, marcharemos á Valladolid, donde reuniremos nuestro ejército!

Todos salieron frenéticos de alegría, corriendo ansiosos de vestir los arneses y de montar á caballo.

Aquella era una época de restauración y de conquista.

Los españoles no habían olvidado la deshonra de Guadalete, y toda la sangre musulmana no bastaba para hacérselo olvidar.

Al grito del rey: ¡á caballo y sobre Toledo! todos aquellos buenos caballeros se habían vuelto locos de entusiasmo.

VII.

El rey mandó que le dejaran solo.

Estaba vivamente sobrecitado.

Los grandes sucesos se habían aglomerado aquel día sobre él.

Su paz doméstica había sido turbada.

Su amor contrariado.

Y al par su ambicion se veia satisfecha, encontrándose libre de sus juramentos y en posicion de emprender lo que tanto habia ansiado: la conquista de Toledo.

El rey tenia pues, mucho en qué pensar.

Su ambicion fué sobreponiéndose á todo.

Para él era indudable la conquista de Toledo.

Pero en la seguridad que el rey tenia de apoderarse de aquel reino, de añadir su corona á las que ya ceñia, vió mezclarse de una manera fatal la cuestion de amor y la cuestion de familia.

Alfonso VI rendia tributo á las ideas de su tiempo, como le han rendido los más grandes hombres.

Era, pues, supersticioso.

No habia podido olvidar la prediccion de los astrólogos, que habia declarado que seria rey de Toledo el esposo de la hija del sultan de Andalucía Aben Abed.

Esto es, de Sayda-Llernal.

Para que se cumpliese la prediccion, era necesario que precedieran dos hechos.

Poner de nuevo sobre el trono de Andalucía á Aben-Abed, á fin de que Sayda-Llernal fuese hija del sultan de los andaluces.

Despues casarse con Sayda-Llernal.

De lo que provenia la necesidad de repudiar á Inés de Poitiers.

Esto era vivamente duro á Alfonso VI, porque no tenia razon alguna que alegar para un repudio.

Lo que habia pasado en la gruta de la selva de Arlanza, era un misterio, del que murmuraban los cortesanos, pero del que nadie sabia nada exacto.

No podia alegarse como motivo la liviandad de la reina, ni por nada del mundo hubiera querido Alfonso VI que aquella fuese la causa de su separacion de Inés de Poitiers.

Se interesaban en ello su honra y su amor propio.

Continuando unido á la reina, todas aquellas murmuraciones debian cesar porque los que trataban al rey conocian dema-

siado su altivez, para que esto no fuese un testimonio bastante fuerte de la dignidad de la reina.

No se podia alegar para llegar al divorcio la esterilidad de la reina, porque hacia poco tiempo que se habia casado.

De modo que, Alfonso VI no encontraba fácil el medio de su union con Sayda-Llemal.

Union indispensable segun sus creencias para conseguir la conquista de Toledo.

Así decian los astrólogos haberlo dicho las estrellas, y en aquellos tiempos se creia con toda la fe posible, que las estrellas se ponian á hablar mano á mano con los sábios.

VIII.

Pero un incidente que el rey no esperaba, vino á demostrarle la posibilidad de un divorcio entre él y la reina en un plazo no muy lejano.

Cuando más abismado estaba en sus reflexiones Alfonso VI, oyó que llamaban levemente á aquella puertecilla, que segun hemos dicho, existia en la cámara detrás del lecho del rey.

Por allí no podia llamar otra persona que la reina.

Aquella puerta no comunicaba con otra habitacion sino con la cámara de Inés de Poitiers.

Alfonso VI fué á aquella puerta y la abrió.

Dentro de la puerta, alumbrándose con una lámpara de mano, aparecia la reina pálida y consternada.

—Esperad, esperad, esperad aquí un momento, señora, mientras cierro las demás puertas de la cámara, dijo Alfonso VI.

Y fué y las cerró todas.

—Entrad, dijo á la reina.

Inés de Poitiers apareció por detrás del lecho, dejó la lámpara sobre una mesa, y vino junto al rey, se arrodilló á sus piés, le asió las manos y se las besó llorando.

IX.

El rey á pesar de las graves circunstancias en que se encontraba, sintió arder su corazón.

Ya hemos dicho que Inés de Poitiers era uno de los tres amores del rey.

Que adoraba en ella la forma mórvida é incitante, la altivez incontrastable y la pisada tranquila.

Inés de Poitiers, pálida, desolada, llorando, mirando con ánsia al rey á través de las lágrimas, estaba hermosísima.

—Alzad, alzad, señora, dijo el rey conmovido.

—¡Yo soy indigna de vos, señor! yo no me levanto de aquí hasta que me castigueis... ¡hasta que me mateis!.. ¡porque yo no os pido que me perdoneis!.. ¡no!.. ¡no, señor!.. yo soy indigna de perdon...

—¿Qué decís, señora, de perdon ó castigo? ¿en qué me habeis ofendido?

Inés de Poitiers miró con espanto al rey.

El rey la hablaba tranquilamente.

Más aun, dominado por su belleza, la miraba con amor.

¿Y cómo podía haberse olvidado el rey de lo que había sucedido, de lo que había visto en la gruta?

Por el momento, la reina guardó un silencio de demencia y de temor.

—Vos habeis soñado, mi amada Inés, dijo el rey: vos no me habeis ofendido.

—¡Oh! sí, sí, señor, dijo la reina: ¡yo... he estado loca!... ¡yo he faltado... á mi honra y á la vuestra!

La sangre del rey ardió y una chispa de indignacion brilló en sus ojos.

—No, no, señora, dijo haciendo un violento esfuerzo: don Gaston de Ulloa era una mujer disfrazada.

—¡Una mujer!

—¡Sí! una mujer terrible.

—¡Oh! ¡no!

—Esa... esa mujer por la que tú has tenido celos... era la sultana Sayda-Llemal.

—¡Sayda-Llemal! no... no, señor... exclamó la reina: vos me engaÑais: vos... vos no queréis matarme... vos no queréis que yo crea que habiéndome hecho indigna de vos, me dejáis vivir.

Alfonso VI tembló de cólera, palideció, y asiendo á la reina por un brazo, la dijo con acento ronco:

—¡Callad! ¡estais loca!

La cabellera del rey estaba erizada, sus ojos lanzaban fuego, se estremecía todo.

La reina creyó llegado su postrer momento, y cayó de rodillas.

El rey la alzó.

—¡Estais loca, repitió, y por lo mismo voy á enviaros á vuestro padre!

—¡No, matadme: yo no quiero vivir separada de vos, Alfonso... porque yo os amo... yo os amo... solo el despecho... los celos han podido hacer que yo me olvide de todo: yo no quiero vivir separada de vos... y como no puedo vivir á vuestro lado, será fuerza que me mateis..... si vos no me matais, me mataré yo!

—¡Callad! repitió el rey.

—¡No... no nos oye nadie, estamos solos!

—Están conmigo mi honor y mi altivez.

—Pues bien: satisfacedlas destruyéndome... matándome.

—¿Pero estais loca, Inés? ¿creeis que yo quiero mataros, que yo puedo mataros, que no os amo?

—Vos no me debéis amar.

—Habeis sido víctima de un engaño: os juro por mi honor, que el que creiais don Gaston de Ulloa, era y es la sultana Sayda-Llemal, que se entró disfrazada y engaÑándonos á todos en palacio.

—¡No, no puede ser... os lo aseguro... vos lo sabeis tambien: vos le habeis muerto... él está allí... en aquella terrible cueva!

La reina lloraba y reía, y aquel día logo que no salía de unas mismas palabras, siempre repetidas, se hacia interminable.

X.

Y para tomento del rey, en quien como habrán ya comprendido desde hace muchas páginas nuestros lectores, tenían una terrible influencia los sentidos; para tormento del rey, repetimos, Inés de Poitiers, loca, pálida, llorando ó riendo, asiéndose siempre al rey, mirándole con ánsia, con delirio, convulsa, desaliñada la rubia cabellera, estaba más hermosa, más escitante que nunca.

El rey era fuertemente desgraciado en amores.

Todos se le hacian imposibles.

Entre la reina y él se habia colocado Sayda-Llemal representando una deshonor ficticia, es cierto, pero verdadera en la conciencia de la reina, porque la reina creia que habia amado á otro hombre, creia haber sido de otro hombre, y decimos de otro hombre, porque no habia poder humano que la hiciese creer que don Gaston era Sayda-Llemal.

Al fin la reina, fatigada, rendida, cayó en un estado completo de postracion.

Una ardiente fiebre la devoraba.

El rey aprovechó aquella situacion fisica de la reina, y por la puerta que ponía en comunicacion su cámara con la de Inés, la sacó de allí.

XI.

Pero al entrar en la cámara de la reina, llevando á esta casi en sus brazos, se halló con una nueva contrariedad.

Allí, en medio de la cámara é inmóvil como una estatua, estaba la infanta doña Elvira.

El rey comprendió la causa de la presencia de su hermana en la cámara de la reina.

Doña Elvira habia ido impulsada por sus celos.

Esto contrariaba fuertemente al rey.

Le colocaba de nuevo en una situación ridícula.

Don Alfonso quiso salir de ella de la única manera que le era posible.

—Me alegro de encontrarte aquí, hermana, dijo: la reina, como ves, está enferma, y se resiente de la cabeza: mira, yo quisiera que tú no te separaras de su lado.

Y el rey, levantando en sus brazos á la reina, la colocó en su lecho.

Inés de Poitiers, al dejarla el rey, permaneció inmóvil.

La fiebre la tenia en un estado de sopor, de amodorramiento.

—Y yo me alegro mucho de encontrarte, hermano, dijo doña Elvira: he ido á tu cámara y me he encontrado con las puertas cerradas: he venido á la cámara de la reina y no la he hallado tampoco: yo necesitaba veros á los dos, miraros á la cara, preguntaros lo que habeis hecho de mi esposo.

La situación que el rey habia querido evitar se le habia venido encima.

—Tú, como la reina, estás loca, dijo el rey: te prohibo que me hables una palabra más acerca de ese asunto: no quiero ser molestado por locuras de mujeres, y si se me obliga, haré algo que sea terrible.

Pero doña Elvira estaba mal criada, era soberbia y voluntariosa, y no cedió.

—Necesito saber, dijo con acento frío y severo, lo que ha sido de don Gaston.

El rey clavó en los ojos de doña Elvira una mirada terrible, hambrienta de no sabemos qué venganza, colérica, sombría.

—Repito que quiero saber lo que ha sido de don Gaston.

—Don Gaston no ha existido jamás, exclamó roncamente el rey.

—¿Que no ha existido!...

—No.

—¿Pues quién era... tu montero mayor?

—Una mujer.

—¿Una mujer!

—Sí, una mujer á quien tú conoces.

—¡Que yo conozco!

—Sí, la dama árabe á quien viste un dia en la selva de Arlanza y de quien me tragiste una carta.

—Eso no puede ser.

—Puedo hacerte que lo creas.

—¡Cómo!

—Yo espero que la sultana Sayda-Llemal quiera que yo recobre la paz de mi familia.

—¡Hermano! ¡hermano! exclamó demudada y pálida doña Elvira: ¿no me engañas?

—Yo te lo probaré.

—Pero hermano, si esto es verdad, es horrible: yo amo á don Gaston.... y la reina le ama tambien.

Y despues de un momento de reflexion, soltó una carcajada.

Pero aquella no era una carcajada de loca.

Por el contrario, era una reaccion á la razon.

—¡Don Gaston.... era.... esa sultana á quien tú conociste en Toledo! exclamó: ¡sí!... ¡ahora recuerdo!... ¡tu revelacion me explica una duda mia... una duda que me inquietaba! yo la de-ria, cuando llamándose don Gaston me enamoraba: teneis los mismos ojos que esa princesa árabe á quien yo he visto una vez; os parecis mucho á ella.

—¿Y qué te contestaba?

—Somos parientes... y yo la creia... ¿y aquel color atezado?...

—No era suyo.... se teñía...

—¡Oh! pues debe adorarte esa mujer, hermano....

—¡Silencio.... la reina!

—¡Oh! sí, es verdad, la reina.... y ella tambien... tú debes castigar á esa sultana, Alfonso; tú debes castigarla, ella ha penetrado en tu familia para traer á ella el dolor y la deshonra.... porque.... porque.... ello es.... que sufre.... ello es.... que yo la amaba.... y mi amor se ha convertido en una sombra.

—Ni una palabra más, dijo el rey, ni una palabra más: la reina está loca.... es necesario que la asistais Urraca y tú... que este secreto vergonzoso quede entre nosotros.... que nadie lo trasluzca siquiera.

—¡Ay, hermano, hermano! si yo no hubiera conocido á esa

princesa árabe, si yo no hubiera dudado.... yo estaria loca tambien.... pero es necesario olvidar.... si es posible olvidar.... ¡qué hermosura y qué alma la de esa mujer!... ¡pero qué interior tan terrible al mismo tiempo!... ¡es necesario que nos vengamos de ella.... nos enamoraba á las dos.... nos comprendia, porque una mujer comprende siempre á otra.... buscaba la deshonra de esa desdichada.... su divorcio....

—Ese divorcio es preciso, dijo con voz ronca el rey, y no solo es preciso, sino irremediable: la reina está loca... la reina tiene remordimientos... jamás se convencerá de que don Gaston y Sayda-Llemal son una misma persona... cree muerto á don Gaston por mi cólera... cree que yo al decirla la verdad, la engañé por salvar de una manera extraña mi decoro.

—¿Y todo eso lo debes á esa mujer y no te vengarás?

—No hablemos, no hablemos más de esto: quédate con la reina... llama á Urraca... que nadie sepa jamás la situacion: ridícula en que nos encontramos, salvemos nuestra honra de la manera que podamos, y olvidemos despues.

Y el rey, á quien esta conversacion fatigaba, haciéndole apurar todo lo que tenia de ridículo y de terrible, escapó á su cámara, dejando sola á doña Elvira con la reina.

XII.

La situacion en que Alfonso VI se encontraba era lógica.

Su propension al amor le habia colocado en ella, entregándole á la locura de mujeres enamoradas.

No hay hombre, cualquiera que sea su categoría, que no pueda verse colocado en una situacion fuertemente ridícula.

Porque el ridículo es siempre hijo de las debilidades, de las inconsecuencias, de la transgresion violenta de las costumbres.

Si Alfonso VI hubiera impuesto silencio á su corazon desde el momento en que se unió á Inés de Poitiers, si hubiera sacrificado su amor por Sayda-Llemal á su dignidad de rey, de seguro la terrible intriga de la enamorada y ofendida sultana, no le hubiera llevado á aquella situacion.

Y el ridículo es tanto más terrible, cuanto más alta, cuanto más grande es la persona sobre quien cae.

Ya lo hemos dicho: Alfonso VI era un gran rey, pero la debilidad de su amor empañaba su grandeza.

Sus amores con Sayda-Llemal, le habían sido funestos.

Si él no hubiera sido rey, Sayda-Llemal, la mujer que más le enloquecía, la mujer á quien verdaderamente amaba, hubiera sido su esposa.

Pero sus nobles, sus prelados, sus caballeros, se habían opuesto á aquel casamiento.

Alfonso VI no se había atrevido á ser rey turco.

Su casamiento con Sayda-Llemal hubiera traído turbulencias; su hermano don García hubiera tenido partidarios; se hubiera visto obligado á defender su corona con el trono.

Y Alfonso VI había retrocedido delante de la sangre.

Necesitaba toda la de sus reinos contra el enemigo comun.

Burló, pues, las esperanzas de Sayda-Llemal.

Faltó como caballero á la mujer que había arrostrado por él tantos sacrificios, para cumplir con sus reinos como rey.

Pero no pudo olvidar á Sayda-Llemal.

No tuvo valor para renunciar á ella.

Aprovechó la desgracia de Aben-Ábed que la trajo con su familia á buscar su amparo, y conociendo la altivez de Sayda-Llemal, quiso hacerla suya por medio de una traicion indigna de su grandeza.

Sayda-Llemal para librarse de la traicion, se vió obligada á huir.

Favorecida por la suerte en su fuga, y dueña de grandes riquezas, valiente y audaz, había podido tejer la red en que se encontraba preso Alfonso VI.

Y Alfonso VI había acabado por asombrarse.

En vez de indignarse contra Sayda-Llemal, la energía, el valor, la astucia, la terrible intencion que le había dejado conocer la sultana, le enamoraron más y más.

¿Qué más pruebas de amor podia haberle dado Sayda-Llemal?

No era la ambicion la que le arrastraba hácia Alfonso VI.

Un rey poderoso, un sultan cuyo valor y cuya fuerza hacia temblar á Europa, Juzef-Abu-Taxfin, ponía á las plantas de Sayda-Llemal el trono de Marruecos.

Y por más que Alfonso VI fuese soberbio, no podía desconocer que el sultan de Marruecos era más rico, más fuerte, más poderoso que él.

Sayda-Llemal habia despreciado á Abu-Taxfin, estaba amenazada de una manera oscura por él, se habia visto obligada á matar á un emisario del sultan almoravid; otros emisarios desconocidos le amenazaban desde la sombra, y sin embargo, Sayda-Llemal se obstinaba por Alfonso VI.

La sultana pues, no amaba al rey, amaba al hombre.

La sultana todo lo arrostraba por él.

Y la sultana era como hermosa, el sueño de los sueños de Alfonso VI.

Era su lucha, su imposible.

Alfonso VI acabó de enloquecer por Sayda-Llemal, y debemos confesarlo aunque nos cueste trabajo: se alegró de aquella situacion terrible en que la pobre Inés de Poitiers se encontraba, puesto que aquella situacion la permitia pedir al Papa su divorcio, si como era de esperar, la locura de la reina no se curaba.

XIII.

Lo hemos dicho antes y lo repetimos: no era solo el amor por grande que fuera lo que el rey sentia por Sayda-Llemal, lo que le impulsaba á hacer posible su union con ella.

Era tambien su ambicion.

Alfonso VI creyendo á los astros, se creia más rey con Sayda-Llemal que sin ella.

Así es, que el rey se decidió.

Fuera al precio que fuera, estaba resuelto á obtener del Papa su divorcio, y á unirse á Sayda-Llemal, á hacerla reina, pesase ó no á sus vasallos.

XIV.

Dominado por estos pensamientos, y apenas estuvo en su cámara el rey, abrió sus puertas y llamó al conde Juan Galindo.

—Conde, le dijo: mañana hemos de marchar á Valladolid, donde reuniré mis huestes para ir sobre Toledo: procuradlo, pues, todo para la partida.

—Muy bien, señor.

—Apresuradlo todo.

—Muy bien, señor.

—Mañana al medio día lo más tarde, hemos de marchar: id con Dios.

Juan Galindo salió.

El rey tomó un tabardo y una espada, y acompañado de uno de sus escuderos, salió del alcázar y se fué al lugar donde de incógnito, y como preso, estaba el rey Aben-Abed.

Los dos reyes estuvieron hablando gran parte de la noche.

Quando se separaron, la alegría de la esperanza brillaba en el semblante del sultan de Andalucía.

XV.

El rey se volvió al alcázar y se recogió.

Pero el sueño huía de él, ó por mejor decir, no lo buscaba.

La cabeza del rey era un hervidero de pensamientos contradictorios, de esperanzas, de remordimientos, de aspiraciones, de sueños.

Se pasó, pues, la noche de claro en claro.

La luz del alba empezaba á transparentarse en las vidrieras de colores de la ventana de su cámara.

En aquellos tiempos, todo el mundo se recogía temprano y se levantaba al rayar el día.

El rey saltó del lecho, se vistió por sí mismo, y á pesar de que hacia frío, abrió las vidrieras de una ventana para que el día refrescase su cabeza calenturienta.

Aquella ventana daba sobre el gran patio del alcázar.

El rey vió allá, tras el grande arco por donde se entraba al patio, acercándose á él un gran tumulto.

Lo componian soldados, escuderos, y gente del pueblo.

En medio de todos estos, se veian algunos ginetes árabes, entre los cuales, llevada por dos mulos, venia una litera.

Al llegar al arco del patio del palacio, dos de los ginetes árabes tocaron sus bocinas.

Inmediatamente acudieron los de la guardia, hablaron con los árabes, y un caballero de los del rey se separó apresuradamente de los árabes, atravesó el patio y desapareció.

Poco despues, aquel caballero, guiado por uno de los de la cámara del rey, estaba delante de Alfonso VI, rodilla en tierra, y le entregaba un pergamino enrollado.

XVI.

El rey leyó el contenido del pergamino.

«El wali Al-Haor, antiguo siervo del rey Al-Mamun, con quien Dios haya sido misericordioso, te trae un mensaje de la noble sultana Zayda-Sobeydad, poderoso rey don Alfonso.»

—Que dejen pasar al wali árabe, dijo Alfonso VI.

—El wali viene espirante, señor, dentro de una litera.

—Que metan la litera en las cámaras bajas del alcázar, dijo el rey.

El caballero que habia traído el mensaje, se levantó y partió, y el rey salió de su cámara y bajó al piso inferior del alcázar.

XVII.

A poco una litera, llevada por mulas entró en la cámara donde se encontraba el rey.

Era aquella cámara un ancho salón deshabitado del piso bajo.

Alfonso VI se acercó á la litera y abrió su portezuela.

Dentro, echado sobre almohadones, venia el wali Al-Hahor.

El mismo que habia sacado en Toledo dentro de una caja al rey Alfonso VI, de las habitaciones de la sultana Zayda-Sobeydah.

—¿Me conoces, señor? dijo en árabe y con voz débil el walí.

—¿Quién eres? dijo el rey, que no podía reconocer á Al-Hahor, porque además de su intensa palidez, tenia vendada la cabeza.

—Yo soy Jacub-Al-Hahor: ¿no recuerdas, señor? un dia nos encontramos solos en un monte, y yo te llevé á Toledo: yo guardaba á la alegría del cielo, á la noble, á la hermosa sultana Sobeydah.

—¡Ah! ¿y qué es de Zayda-Sobeydah?

—Ella me envia.

—¿Y qué quiere? dijo estremeciéndose Alfonso VI.

—Que la ampare en nombre de tu hijo.

—¿De mi hijo!

—La desdichada Zayda-Sobeydah, amparada por mí en secreto, retirada en el alcázar de Guadamar, dió á luz hace cuatro meses á una criatura.

Alfonso VI se estremeció de una manera más poderosa.

—¿Y quién amenaza á la sultana?

—El rey Yayhe-Sidi-Ismaíl.

—¿El usurpador!...

—El asesino.

—¿Y mi hijo? dijo con voz casi imperceptible Alfonso VI, á pesar de que el walí y él estaban solos y de que hablaban en árabe.

—Tu hijo está en seguridad.

—¿Pero dónde?

—Marcha sobre Toledo, cércalo, combátelo, y cuando le hayas ganado, mi madre te le presentará.

—Pero tú estás herido, moribundo.

—¡Ah, señor! yo os traia la sultana Zayda-Sobeydah; sois su único amparo.

—¿Y cómo no ha llegado ella?

—Uno de los esclavos reveló al rey Sidi-Ismaíl nuestra fuga, y el mismo rey salió á perseguirnos: nos faltaba poco para llegar al Duero, para entrar en tu reino, cuando Zayda-Sobeydah me fué arrebatada, y yo, mal herido, pude huir, atravesé el Duero, y sin detenerme, á pesar de la gravedad de mis heridas,

me hice poner en esta litera: hemos caminado día y noche, y aquí estoy, señor. Loado sea Dios que me ha dejado llegar con vida.

El rey, atendido el estado de Al-Hahor, hizo llamar á un famoso médico hebreo y colocar á Al-Hahor en un lecho.

La servidumbre árabe que el walí habia llevado consigo, fué aposentada en el alcázar.

El médico dijo, que á pesar de la gravedad del estado en que el walí se encontraba, no desconfiaba de salvarle, y en vista de ello, el rey dijo al walí:

—No desesperes: ten ánimo: es necesario que vivas: yo te necesito: mi ejército vá á marchar sobre Toledo, y tú nos dirás los lugares falsos de la ciudad.

—Dios lo quiere, dijo Al-Hahor: Toledo será cristiano, pero nos habremos vengado del infame rey Sidi-Ismail.

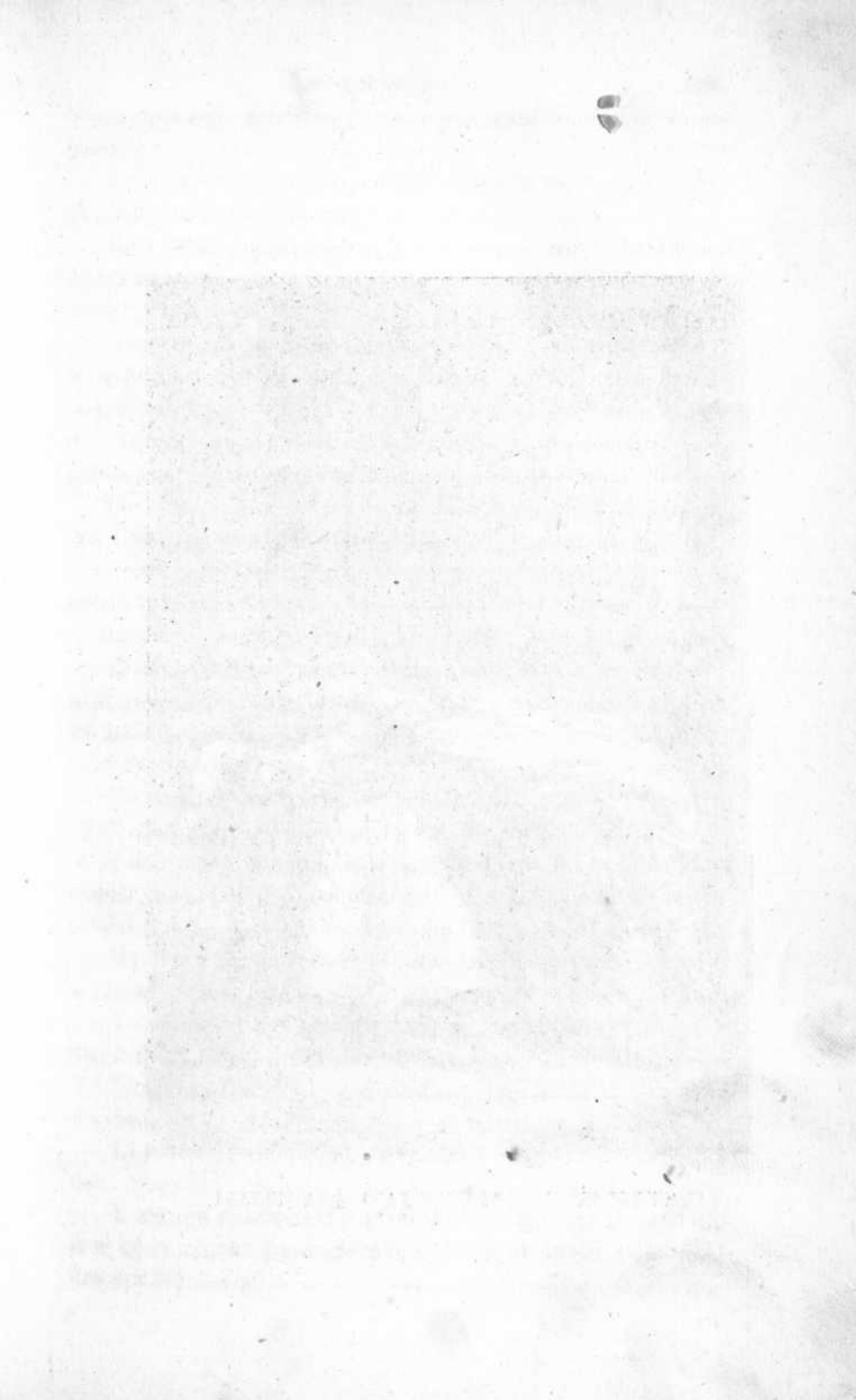
—¿Y por qué huía Zayda-Sobeydah de Sidi-Ismail? dijo Alfonso VI:

—Quería hacerla violentamente su esposa; la sultana le desdennó, y fué amenazada: aunque la sultana no te hubiera amado, señor, jamás se hubiera unido á Sidi-Ismail: ese miserable la ha horrorizado.

—¡Oh! ¡cuéntame! ¡cuéntame! ¡necesito saberlo todo!

—Cuando el noble rey Al-Mamun (á quien Dios haya abierto el paraíso) enfermó tan gravemente que se temió por su vida, la sultana Zayda Sobeydah abandonó el alcázar de Guadamar y se trasladó á Sevilla, donde estaba enfermo el rey Al-Mamun: pero cuando llegamos, el rey habia muerto, y caliente aun su cadáver, el príncipe Yayhe-Sidi-Ismail levantó la bandera de la rebelión contra su primo el rey Yayhe, á quien los principales del reino por muerte de su padre, acababan de proclamar rey. Nos vimos obligados á huir, á refugiarnos en Córdoba, donde se encontraba el desdichado hijo de Al-Mamun: pero Córdoba estaba tambien rebelada: Sidi-Ismail, el usurpador, se habia adelantado á nosotros.

Apenas habia entrado la sultana en el alcázar, cuando sus puertas de hierro se cerraron con estruendo, y los xeques, los alcaldes, los walíes, los caballeros y los esclavos de la guardia





EL INFEUZ SE ASIÓ PÁ'IDO ATERCADO, Á LA SULTANA.

negra africana, corrieron á los muros para atender á su defensa.

Yo no me separé con mis esclavos de la sultana Zayda-Sobeydah, que fué á ampararse en el haren.

Pero entre los habitantes de Córdoba, entre los pobladores de las alquerías vecinas, y aun dentro del alcázar, habia traidores.

Hacia mucho tiempo que, viendo ya viejo al noble rey Al-Mamun, y próximo al sepulero, el principe Yayhe Sidi-Ismaíl, andaba ganándose voluntades con dádivas y promesas, y además de esto, tenia tanta fama de valiente y fuerte, como de cobarde, torpe y pusilánime la tenia su desdichado primo Yayhe.

Los mismos que habian proclamado á este, estaban sometidos á Sidi-Ismaíl.

Y cuando se esperaba una defensa decisiva del alcázar, algunos traidores abrieron sus puertas, y los rebeldes entraron en turbion, llevando á su cabeza á Sidi-Ismaíl.

El alcázar se rindió, y el débil Yayhe en vez de morir sobre su trono, huyó como una mujer á refugiarse en el haren, y entró pálido y demudado en el mismo retrete donde estaba la sultana Zayda-Sobeydah.

Yo no podia defenderle ni defenderla.

Mis esclavos, aunque bravos y fieles, eran pocos.

Tomé, pues, el partido de disimular, de fingirme tambien traidor, para vengar despues al hijo de mi señor, cuyo cadáver estaba aun en el lecho de muerte.

Me uní á los rebeldes y grité con ellos: ¡salud y prosperidad al elegido de Dios, al grande y poderoso rey Sidi-Ismaíl!

Ya habia entrado en el retrete, seguido de una multitud ferroz, Sidi-Ismaíl.

Te lo repito, rey Alfonso, yo no pude defender al desdichado Yayhe.

El infeliz se asió pálido, aterrado, á la sultana Zayda-Sobeydah.

Y allí, en sus brazos, á pesar de las súplicas y de las lágrimas de la sultana Zayda-Sobeydah, Yayhe fué muerto á puñaladas por Sidi-Ismaíl.

La sangre del desventurado manchó las blancas ropas de la sultana.

Luego los rebeldes asieron el cadáver y le sacaron del alcázar, le arrastraron por las calles, y muerto ya, le arrojaron al Guadalquivir desde el puente.

XVIII.

Calló Al-Hahor fatigado, y Alfonso VI le dejó reposar algunos minutos.

El estado en que el árabe se encontraba era gravísimo.

Pero también era gravísima la necesidad que tenía Alfonso VI de conocer los sucesos de Córdoba.

Así es, que después de un ligero descanso, volvió á interrogar al wali:

—¿Y qué fué de la sultana Zayda-Sobeydah?

—La sultana, al ver arrojarse sobre ella puñal en mano á Sidi-Ismaíl, se desmayó.

Y digo al arrojarse sobre ella, porque aunque Sidi-Ismaíl no pensó ni por un momento en herir á la sultana, el rey Yayhe estaba en sus brazos.

Yo habia gritado como un desesperado en favor de Sidi-Ismaíl y como uno de sus más ardientes servidores para captarme su confianza.

Esta conducta mia produjo el resultado que yo deseaba.

Sidi-Ismaíl, al seguir su obra de exterminio por el alcázar, me habia encargado cuidase de la sultana Zayda-Sobeydah.

Cuando la sultana volvió en sí, estábamos solos.

Zayda-Sobeydah miró aterrada en torno suyo.

—Nada hay ya que temer por el momento, la dije: pues cuando Sidi-Ismaíl se haya asegurado en el trono, debemos temerle todo.

—¿Y qué tengo que temer ya? me respondió la sultana.

—Sidi-Ismaíl te ama, la respondí.

—Muerta primero que ofender á mis amores! respondió llorando Zayda-Sobeydah.

—Sus amores son los tuyos, rey Alfonso, observó con la voz conmovida Al-Hahor.

Alfonso VI se estremeció de nuevo y de una manera más violenta que las veces anteriores.

—¡Sigue! exclamó con voz ronca.

—Yo, dijo prosiguiendo Al-Hahor, aconsejé á la sultana que disimulase, que mintiese, que ocultase su alma, que procurase ganar tiempo.

Me lo prometió, pero no pudo cumplir su promesa.

Cuando Sidi-Ismaíl volvió, cuando la habló de amor, cuando la ofreció su trono, Zayda-Sobeydah no pudo disimular su horror.

Su mirada es transparente como un diáfano cristal y en el fondo de ella se vé su alma.

Sidi-Ismaíl se irritó, y engañado por mi astucia, confiando en mí, me encargó la guardase.

Yo conozco en Córdoba muchas entradas y salidas ocultas.

Muchas minas secretas, que solo conocia Al-Mamun y sus más leales servidores.

Una noche, por una de estas minas y acompañado de cuarenta de mis más valientes esclavos que tenia preparados fuera de Córdoba, caballos y armas, escapé con la sultana.

Pero un miserable vendió nuestro secreto á Sidi-Ismaíl, y fuimos perseguidos cuando ya estábamos cerca de tus reinos.

La sultana me fué arrebatada, y yo gravemente herido, pude escapar por milagro y llegar hasta tí.

Al-Hahor guardó silencio ya completamente fatigado.

Alfonso VI mandó que se le cuidase como á su propia persona, y aquel mismo dia, el rey, la reina, las infantas, la córte y los soldados que pudieron reunirse en Burgos, marcharon hácia Valladolid.

XIX.

Aben-Abed, con la sultana Sayda-Cubra y los infantiles sus hijos, marcharon también para Valladolid aquella misma noche,

encerrados en literas y resguardados por un escuadron de hombres de armas del rey.

XX.

Sayda-Llemal, que llevaba algunas horas de adelanto al rey, habia llegado á su castillo del Desierto algunas horas antes que el rey á Valladolid.

Aben-Abed con su familia habian llegado algunas horas despues.

El rey, durante el camino, habia visto con placer y con orgullo el entusiasmo de que estaban poseidos sus pueblos.

El conde don Peranzules encargado de apellidar guerra por el rey contra el reino de Toledo, habia enviado á todas partes corredores á la ligera que habian ejecutado con suma rapidez el llamamiento real.

De todas las villas, de todas las aldeas, de todas las alquerías salian hombres armados mejor ó peor, segun sus medios, montados ó á pié, al camino por donde debia pasar el rey, le victoreaban con entusiasmo y le seguian en tropel.

Castilla entera se levantaba como un solo hombre, al grito de «guerra contra el moro.»

Porque aquella era la guerra tradicional que habian venido sosteniendo sus abuelos desde don Pelayo.

Más tarde, pero muy poco más tarde, debian levantarse armados y bravíos, los reinos de Leon, Astúrias y Galicia.

Aquella era una cruzada á que todos contribuian.

Aquello era magnífico.

XXI.

Ya la córte en Valladolid, siguieron llegando gentes de las villas y ciudades del reino, y de los rico-hombres y nobles.

Cuando Alfonso VI pasó una revista, por decirlo así, á las gentes que habian acudido, encontró que por el pronto podia disponer de veinte mil caballos y sesenta mil peones.

Con esto y con los cuatro mil ginetes y los doce mil hom-

bres que el Cid tenia ya á la vista de Toledo, podia emprenderse la campaña.

XXII.

Pero habia una contrariedad que todo esto lo echaba por tierra.

El rey no tenia dinero, y una vez puesta en pié de guerra toda aquella gente y la innumerable que debia sobrevenir de los otros reinos, era necesario darle de comer.

Y esto no era posible.

Los reinos estaban tambien pobres.

Estó inquietaba gravemente al rey, porque una guerra no puede hacerse sin dinero.

Excitada su ambicion y su pasion por la guerra, Alfonso VI habia olvidado transitoriamente sus amores.

Entonces solo era rey.

La reina continuaba, agravándose su locura, separada de él.

El rey no se acordaba de ella.

Sayda-Llemal y Zayda-Sobeydah estaban puestas en olvido, y solo las recordaba Alfonso VI por incidencia y como elementos políticos.

Zayda-Sobeydah podia suceder que le ayudase desde dentro de Toledo.

Sayda-Llemal le ayudaria sin duda alguna, llamando la atencion del rey de Toledo y distrayendo sus fuerzas en una guerra contra Andalucía.

Por el momento, los rico-hombres, los nobles, los caballeros y los vasallos de Alfonso VI, le habian pagado un tributo extraordinario.

Pero los tributos de los reinos pobres son insuficientes para las grandes empresas.

Y para aquellos tiempos la conquista de Toledo, que era tenido por inexpugnable, era una grande empresa que habian respetado don Fernando I y don Sancho el Grande, padre y abuelo de Alfonso VI.

XXIII.

La necesidad de dinero hizo que el pensamiento del rey recayese con insistencia y aun con un amor tal, como el que no habia sentido nunca por ella en Sayda-Llemal.

Alfonso VI la habia oido hablar de tesoros.

Alfonso VI sabia que los reyes moros eran muy ricos, y que Aben-Abed, al escapar de Sevilla, habia salvado todo su tesoro.

Aquel tesoro debia ser de un valor inmenso y estar en manos de Sayda-Llemal.

Alfonso VI sabia demasiado que Sayda-Llemal no le negaría nada.

Pero recurrir á Sayda-Llemal para que le ayudase en la conquista de Toledo, era una cosa demasiado grave.

Era lo mismo que marchar hácia Toledo con Sayda-Llemal asida de la mano.

Era lo mismo que hacerla su esposa:

Y vivia Inés de Poitiers.

Y el estado en que la desdichada se encontraba, habia hecho que se interesase por ella vivamente Alfonso VI.

Por otra parte, el rey no se encontraba en disposicion de hacerse un nuevo enemigo en el conde de Poitiers, poderoso principe de la casa de Francia, que podia traerle una guerra con aquel reino.

Por el estado en que se hallaban los negocios de Alfonso VI, puede comprenderse la influencia que tenian sobre él como rey sus amores.

XXIV.

A disponer Alfonso VI de otros medios, por dignidad y por política, no hubiera recurrido al tesoro de Sayda-Llemal.

Pero las circunstancias urgian.

El rey no podia pagar á sus tropas con puntualidad, y las

tropas mal pagadas sirven siempre mal, y tienen un pretexto para entregarse á la licencia.

Era, pues, necesario recurrir á la buena voluntad del amor de Sayda-Llemal.

Acabó de decidirle una carta que le trajo un mensajero del Desierto.

Aquella carta era de Sayda-Llemal.

Decia así:

«Isabel Aben-Abed, á su hermano, el señor rey don Alfonso VI.

Hace quince dias que he llegado á este castillo, y catorce que tú has llegado á Valladolid.

Hace algunos que te estoy esperando inútilmente.

Tienes á mi padre contigo y necesito que me le envíes.

Cuarenta mil bereberes, pagados por mí, han venido de Africa y entrado en Andalucía por Algeciras, llevando la tierra á sangre y fuego y aclamando á mi padre.

Yo quiero entrar con él en Andalucía por las fronteras del reino de Toledo.

Es necesario que tú nos abras el camino.

¿Pero cuándo te moverás tú contra el reino de Toledo?

Todos los dias llegan á tí nuevas huestes que aumentan considerablemente tu ejército.

Pero ese aumento continuo de fuerzas aumenta tus apuros.

Sé que no tienes dinero.

Ven: le tengo yo.

Y yo y todo lo que yo tengo, Alfonso, es tuyo.

Pero cuando llegues á una legua del castillo del Desierto, adelanta solo, de noche y disfrazado.

Trae para seña aquel pergamino que encontramos en la gruta de Arlanza sobre el cadáver del walí Yezid-Abul-Azis.

Mañana á la noche podremos habernos visto.

Pasado mañana podrás marchar con tu ejército pagado y contento sobre Toledo.»

XXV.

Esta carta acabó de decidir al rey, y aquella misma noche, acompañado de su inseparable don Peranzules, que habia vuelto el dia antes á la córte, y acompañado de algunos escuderos de confianza, tomó el camino del Desierto.

El rey iba disfrazado de peregrino.

CAPITULO XIV.

De la aventura que sucedió al rey antes de llegar al castillo del Desierto, y de cómo se vió más y más envuelto en los amores de Sayda-Llemlal

I.

De Valladolid, á lo que se llamaba y se llama aun el Desierto, hay como dos leguas.

Para llegar al Desierto, hay que pasar por la selva del Abrojo.

El rey y Peranzules habian salido al cerrar la noche de Valladolid, y habian picado tanto, que los caballos habian salvado la distancia desde Valladolid al Desierto antes de la hora de la queda.

Se nos habia olvidado decir que el conde don Peranzules llevaba tambien una túnica y un sombrero de peregrino como el rey, con su correspondiente bordon en cuya punta superior pendía una pequeña calabaza.

No habia otra diferencia entre el disfraz del rey y el de Peranzules, sino la de que en la esclavina del hábito del rey, sobre el pecho, se veia la roja cruz de Santiago.

Aun no se habia constituido la órden de caballería de Santiago, pero ya desde la batalla de Clavijo se conocia la cruz del Santo Apóstol, y por devocion se usaba.

II.

A poco de haber entrado en lo que propiamente podía llamarse el Desierto, el rey dijo á Peranzules:

—Dejemos los caballos, conde.

—¿Y en qué sitio, señor? dijo Peranzules, que aquí no veo casa, ni choza, ni ermita.

—A la derecha, entre los pinos espesos.

—Es verdad.

—Por aquí nadie pasa.

—Así parece indicarlo lo montaraz del sitio.

—Los caballos quedarán bien entre esos pinos.

—¿Pero y si los siente alguien, señor? Son demasiado valientes y buenos estos corceles para exponerlos á ser perdidos.

—Por lo mismo, Peranzules, vos os quedareis con ellos.

—Pero considerad, señor, que es aun mucho peor que vuestra señoría vaya solo, y que por una desgracia se pierda el rey.

—¿Has visto tú ó has sabido que se haya perdido un león?

—¡Cuando son muchos contra él!...

—Vamos, Peranzules: ¿crees tú que los dos juntos haríamos mucho más que lo que haré yo solo si fuese necesario?

—Yo creo, señor, que por fuertes que sean un corazón, un brazo y una espada, son más fuertes si les ayuda otra espada, otro brazo y otro corazón.

—No puedes venir conmigo.

—¡Ah! eso es distinto.

—Y aquí me sirves mejor.

—Eso es otra cosa.

—Entrate, pues, entre los pinos con los caballos, y está atento para cuando yo vuelva.

—¿Y cuándo volveréis, señor? dijo Peranzules que trataba acaso con demasiada confianza al rey.

—No lo sé.

—¿Y si vuestra señoría tardara mucho?

—Sigues esperando.

—Esto me parece una locura, señor.

—Pero es una locura, dijo con gran calma el rey, que interesa demasiado á mis reinos.

—Pues señor, yo porque no me tacheis de receloso no he querido deciros nada: pero yo soy como los gatos, que cuanto más oscuro está ven mejor.

—¿Y qué has visto tú entre lo oscuro de la noche?

—He visto sombras.

—Ó has creído verlas; porque eres demasiado receloso.

—Desde que entramos en el Desierto, señor, he visto de tiempo en tiempo pasar junto á nosotros y adelantarse un bulto negro y silencioso.

—¡Algun aparecido! dijo el rey.

—Bien pudiera ser, señor.

—Pero ya sabes, conde, que yo soy un rey cristiano, católico, obediente al Papa y temeroso de Dios.

—Pero entregado en cuerpo y alma al pecado de la mujer: y cuando las mujeres son tales como las que vos amais, es menester temerle todo.

—Me estás haciendo perder tiempo, Peranzules: yo confío primero en Dios, y despues en mí: llevo bajo el hábito una buena cota y una buena espada: sobre el hábito la cruz del apóstol San Yago, y mi bordon es una lanza. Adios, pues, y atencion.

—Vais á morir un dia como vuestro hermano don Sancho, á manos de un traidor, persistió el tenaz Peranzules.

Pero el rey sin decirle una palabra más, se alejó.

El conde se entró con los caballos entre los pinos murmurando:

—¿Qué diablos irá á buscar el rey en el castillo del Desierto? Dicen que ese castillo desde que murió de mala muerte su último señor, está habitado por almas en pena.

III.

El rey siguió entre pinos y breñales á gran paso durante media hora.

Al fin llegó á la entrada del valle, en cuyo centro, sobre una pequeña eminencia se levantaba el castillo del Desierto.

Desde aquel lugar el rey empezó á recelar.

Habia notado antes de llegar allí lo que ya le habia dicho Peranzules.

Es decir, un bulto como de hombre, que de tiempo en tiempo pasaba á alguna distancia de él, y se adelantaba y se perdía entre lo oscuro.

El rey no tembló ni sintió miedo, pero se puso sobre sí y esperó á que de nuevo apareciese la sombra.

Esto no tardó en suceder.

Peró la sombra aparecia más cerca aún que otras veces del rey.

El rey se detuvo y permaneció inmóvil y silencioso.

La sombra se acercó más.

Parecia vacilar, como quien se acerca á una persona conocida y duda sin embargo.

Al fin se detuvo tambien, y dijo:

—*Aljandu 'l Allah* (1).

—*Le ille Allah* (2) contestó Alfonso VI.

Como sabemos, el rey hablaba el árabe de una manera perfecta.

Por lo mismo comprendió que el bulto que se le habia acercado era un árabe africano.

El diálogo siguió en árabe.

—¿Quién eres? preguntó al rey el bulto que se le habia acercado.

—Yo soy un servidor del fuerte, del invencible califa, del sultan exclarecido, del sol de los almoravides Juzef-Abu-Taxfin, á quien Dios prospere, contestó el rey.

—Yo tambien, dijo el otro; pero no te conozco.

—¿Y qué falta hace que tú me conozcas ó no?

—El sultan me ha enviado con diez walies á esta maldita tierra de cristianos.

—Y como en todo el tiempo que hace que estais en ella no

(1) Alabanza á Dios.

(2) No hay sino Dios.

habeis podido apoderaros de la sultana Sayda-Llemal, y ya ha muerto uno de vosotros y los demás están á punto por torpes de caer en las manos del maldito rey Alfonso, el sultan me ha enviado á mí.

—¿Y cómo, por dónde y tan pronto ha sabido el sultan que Yezid Abul-Azis ha muerto?

—El sultan lo sabe todo: se lo dicen los pájaros viajeros, los vientos que atraviesan la mar, las estrellas que miran á un mismo tiempo las tierras de los rumís y las de los creyentes: el sultan os mandará descabezar por torpes y cobardes.

—La sultana es una pantera, y está enamorada de un infiel y defendida por tigres.

—Vosotros sois leones del desierto.

—Pero somos pocos, y por lo mismo obligados á andar por montes y selvas.

—Quiero hacerte una merced.

—¿Cuál?

—La de que entres conmigo en el antro de la hermosa pantera.

—¿Qué entrarás tú en ese castillo roquero, cuyas torres parecen gigantes negros siempre armados y preparados para la defensa?

—Sí; en cuanto llegue.

—¿Has entrado en él alguna vez?

—Si lo hubiera intentado hubiera entrado: es la primera vez que vengo á ese castillo, y entraré.

—¡No entrarás por Allah!

—¿Por qué?

—Porque son astutos y terribles los servidores de la sultana.

—Vamos adelante, y no hablemos una palabra más.

—Sí, una sola palabra: ¿eras tú uno de los dos que venian á caballo hácia este sitio?

—Sí.

—¿Y quién es el otro?

—Un esclavo mio.

—¿Y le has dejado solo?

—Sí.

—¿Y es africano?

—Como yo.

—¡Ah! pues bien: aunque nuestros hermanos den sobre él pronto, él y ellos se entenderán, como nosotros nos hemos entendido.

—Por fuerza: pero vamos adelante y silencio, dijo el rey. Y el rey empujó violentamente al africano, haciéndole marchar delante de él.

El africano obedeció creyendo al rey enviado del sultan de Marruecos.

IV.

A lo lejos, en el centro del valle, se veía brillar una entre las sombras de la noche.

Aquella luz se dejaba ver á través de una ventana, en una torre del castillo del desierto.

Después de una hora de marcha violenta, delante el africano, detrás el rey, y en silencio ambos, empezaron á trepar por la roca sobre la que estaba cimentado el castillo.

A medida que ascendían, el árabe hacia más lenta su marcha.

—¡Ah! parece que tienes miedo, dijo el rey.

—Sí, tengo miedo de ser sentido: los demonios que guardan el castillo oyen como si fueran culebras.

—No importa que nos sientan: ellos mismos nos abrirán las puertas: adelante.

El árabe continuó su marcha.

A cada momento se veía más cerca la negra masa de los muros y las torres del castillo.

V.

Llegó un momento en que estuvieron á pocos pasos de la barbacana del foso.

En aquel punto sonó en las torres de la poterna una voz robusta.

—¿Quién vá? gritó aquella voz.

—Un peregrino que viene de Santiago de Compostela y se ha extraviado durante la noche, contestó el rey.

—Espere el buen peregrino, dijo el atalaya.

—¡Ah! tú hablas mejor que yo la lengua de los rumis, dijo el árabe en voz baja al rey.

—Silencio, dijo el rey.

Tardó poco en oirse otra vez la voz.

—¿Teneis alguna señal? dijo el atalaya.

—Sí, un pergamino que ha estado mojado, y que ahora está seco, respondió el rey.

—Esperad aun, dijo el atalaya.

—Tú has comprado la fidelidad de alguno de esos demonios, dijo el árabe.

—Silencio, repitió el rey.

Y pasaron algunos minutos.

VI.

Oyóse al fin el estridor de las cadenas del puente levadizo y del rastrillo.

Pero no se vió luz.

Se oyeron los pasos de algunos hombres sobre el puente que se habia tendido sobre el foso.

Luego el ruido de la poterna de la estacada.

Despues una voz que decia desde la poterna:

—Adelante.

El rey adelantó.

—Dadme ese pergamino, dijo un bulto que estaba en la poterna.

El rey dió á aquel bulto el pergamino que se habia encontrado sobre el cadáver del walf Yezid-Abul-Azis.

—Decid á vuestro señor, dijo el rey al que en la poterna estaba, que no vengo solo: que viene conmigo un compañero que importa mucho que entre tambien en el castillo.

—Así lo haré: dijo el de la poterna: esperad.
Y cerró de nuevo, y pasó el puente.
El rey y el árabe esperaron en silencio.

VIII.

No tardó mucho en volverse á abrir la poterna y en aparecer el mismo bulto, á juzgar por la voz que dijo:

—Seguidme los dos.

—Entremos, dijo el rey en árabe al africano.

Entraron, y el bulto cerró la poterna de la barbacana.

Pasaron el puente entre dos filas de bultos inmóviles que al pasar el rey produjeron un ruido como el choque de una lanza contra un escudo.

Aquel era un saludo de honor que solo se hacia á los reyes, á los infantes y á los grandes señores.

La entrada del castillo era tortuosa, en ángulo.

Antes de entrar en la plaza de armas, el rey vió cuatro pagés con antorchas.

A la luz de aquellas antorchas, vió que el patio estaba lleno de hombres de armas.

Vió tambien que el árabe tenia un traje completo de judío, como le usaban los judíos de España, y que para andar desembarazadamente, llevaba levantada á la cintura la falda de su hopalanda, dejando ver sus piernas vestidas con calzas de lana azul, sus piés calzados con borceguies fuertes, y una espada pendiente del costado.

El árabe dejó caer precipitadamente su hopalanda, que le cubrió hasta los piés, y miró con recelo al rey.

Pero nada vió más que su apostura arrogante.

Bajo el sombrero llevaba calado un capuz que le cubria completamente el semblante, dejando ver solo la extremidad de su barba rubia y rizada.

El bordon en que se apoyaba tenia en su extremo superior un fuerte hierro de lanza, agudo y reluciente.

Nada tenia esto de extraño, porque eran tales aquellos tiempos, que hasta los peregrinos iban armados.

La plaza de armas era pequeña, hundida entre cuatro altísimos muros almenados en que se abrían algunas ventanas.

Esto podía haberse visto de día, porque entonces era la noche tan oscura, que no se veía á más distancia que aquella á que llegaba la luz de las antorchas que llevaban los pages.

VIII.

A través de escaleras estrechas y de corredores lóbregos, tan estrechos que parecían abiertos en el grueso de los muros, llegaron el rey y el árabe, guiados por un capitán de gente de armas que no era otro que Ferran, á una gran estancia desamueblada en que solo había un banco de respaldo, y una lámpara pegada á la pared.

—¿Estamos muy cerca de la persona á quien vengo á buscar? dijo el rey.

—¿Veis aquellas escaleras de ojo que empiezan en aquel rincón? contestó Ferran.

—Sí.

—Pues en lo alto de esas escaleras hay una cámara donde os aguarda la persona que buscáis.

—Pues entonces quedaos aquí, y tú también, wali, espera.

Y el rey se dirigió á una puertecilla situada en un rincón, entró por ella, y subió por unas escaleras.

IX.

El rey tenía seguridad de que Sayda-Llemal estaría sola.

Por lo mismo, y porque como todo amante, deseaba parecer bien á su amada, al llegar á lo alto de las escaleras y á un estrecho pasadizo á cuyo extremo había una puerta á través de la cual se veía luz, el rey dejó en el ancho hueco de una ventana su sombrero y su hábito, y su bordón de peregrino.

Apareció entonces excesivamente elegante.

Encima de un camisote de mallas que le llegaba hasta media pierna, llevaba una túnica ó sobrevesta de brocado de oro y

plata sobre rojo, sembrada de Castillas y leones, de oro las unas, rojos los otros.

Esta túnica estaba forrada de pieles de marta cibelina blanquísimas.

Ceñía su talle un talabarte bordado, del que pendía una espada corta con empuñadura de oro, y entrelazado en ella entre bellísimos adornos gótico-bizantinos, el blason de las armas del rey.

Los brazos y las piernas y los piés, estaban ceñidos por mallas más menudas que las del camisote, y mostraba además ricas espuelas de oro.

La rubia y rizada cabellera del rey, caía ondulante sobre sus hombros formando un espléndido marco, por decirlo así, á su semblante blanco y pálido, en que lucían grandes y poderosos sus magníficos ojos azules.

X.

El rey sacudió su melena rúbia para hacerla más bella, debilidad que debemos perdonarle, y se dirigió á la puerta, levantó el tapiz y entró en la cámara.

Aquella cámara que ocupaba todo el espacio de una gran torre y que por lo mismo era estensísima, tenía mucho de extraño.

Ya sabemos que el castillo del Desierto habia estado durante mucho tiempo abandonado, sirviendo de asilo á bandidos y moneros libres, y protegido por terribles tradiciones de duendes y encantamientos, en las que creía de buena fe el sencillo vulgo de aquel tiempo.

Por lo mismo, el castillo que habia sido magnífico y que como monumento lo era aún, habia sufrido grandes deterioros.

La lluvia se habia abierto vías en las bóvedas, y el interior de las cámaras se habia manchado, se habia ennegrecido, habia adquirido un aspecto sombrío y oscuro.

Los magníficos relieves bizantinos se destacaban negros en los cornisamentos, en las pilastras, en los nervios y en los florones de las bóvedas.

Los adornos, los calados, los follages, las filigranas, habian sido embotados por el polvo y por las telas de las arañas, que nada respetan y que estienden su asqueroso velo sobre las más bellas creaciones artísticas.

La falta de manos cuidadosas durante muchos años se hacia sentir allí de una manera enérgica.

Tal era el aspecto de la cámara en que entró el rey, pero solo en su parte superior, en su bóveda, desde los frisos.

Todo aquello estaba negro, empolvado, manchado.

Pero de los frisos abajo, la cámara deslumbraba.

Los muros estaban cubiertos de tapices árabes, con extrañas y bellísimas labores de oro, plata y sedas de vivísimos matices.

De la misma manera el pavimento estaba cubierto por una gruesa y muelle alfombra de Persia.

En un ángulo de la cámara habia un magnífico divan, formado por algunos almohadones de raso azul celeste bordado de plata. Delante del divan, un brasero de plata en que habia fuego que templaba el frio, y á ambos lados jarrones-perfumeros en que humeaban ricos perfumes.

Una preciosa lámpara, pendiente del roseton de la bóveda, alumbraba todo esto con una luz ténue y lánguida.

XI.

Sayda-Llemal se habia valido para procurarse aquellos tapices, aquellas alfombras, todo cuanto en fin, embellecia en lo posible las denegridas cámaras que habitaba en el castillo del Desierto, se habia para ello valido repetimos, del judío Abacub, con el cual se habia quedado en rehenes durante la ausencia á Africa para procurarla un ejército berebere pagado á peso de oro; el judío Dathan Simuel, que dicho sea para conocimiento de nuestros lectores, habia ya vuelto de su expedicion.

El rey, al entrar en la cámara, se asombró de tanta riqueza.

Nunca el rey, ni aun en Toledo en el alcázar del rey Al-Mamun, habia visto tapicerías tan ricas y tan bellas.

Pero la cámara estaba desierta.

No lo estuvo, sin embargo, mucho tiempo después de la entrada del rey.

Oyóse en un ángulo cubierto por los tapices el ruido leve, pero característico, especial del roce del traje y de las pisadas de una mujer que descendía rápidamente por unas escaleras.

Se abrieron luego en aquel ángulo los tapices, y apareció una mujer.

Mejor dicho, una reina.

Porque mostraba corona real sobre los negros cabellos y en su traje completamente régio y magnífico, mostraba como el rey en el suyo mezclados con los adornos, castillos de oro y leones de gules, esto es, rojos.

Sobre el descote de la túnica se veían sus hombros y el nacimiento de un seno de blancura deslumbradora, como los bellísimos brazos que aparecían entre las anchas mangas.

En su cuello, pendiente de algunos hilos de gruesas perlas, se veía un relicario de oro engastado de pedrería, formando una cruz.

Los brazaletes y el ceñidor eran también de perlas, con gruesos broches de esmeraldas y diamantes.

Pero en nada de esto se veía el gusto árabe.

Todo era conforme al uso de los cristianos.

La corona que aquella divina mujer, divina por su hermosura, ceñía, era gótica, exactamente semejante á la del rey de Castilla y León, de Astúrias y de Galicia.

Se nos olvidaba decir que esta dama mostraba en el dedo del corazón de su mano izquierda una hermosa sortija con un grueso y deslumbrante carbunco.

Porque aquella dama, aquella reina, aquella hada, era la sultana Sayda-Llemal, ó mejor dicho, puesto que la vemos con el traje de reina cristiana, doña Isabel Aben-Abed.

XII.

Al verse, entrambos palidieron de emoción.

Los dos estaban hermosísimos y galanos.

Y los dos se amaban con esa tenacidad, con esa fuerza del amor que lucha con grandes, con casi invencibles contrariedades.

Durante algunos segundos, se anegaron mutuamente en una larga, lúcida, profunda, ardiente mirada.

Luego, como arrastrados por una fuerza incontrastable, entrambos adelantaron hasta unirse.

Las pequeñas manos de la jóven contuvieron un abrazo del rey.

Las manos de ambos permanecieron asidas.

Sus miradas confundiéndose, y confundiendo sus corazones en un mismo latido, sus almas, unas mismas aspiraciones, en un mismo amor.

—¡Oh! ¡bendita seas, sultana de las Indias, sol de mi cielo, aliento de mi vida! dijo el rey en árabe, devorando con su mirada la hermosura de Sayda-Llemal.

—No me hables en árabe, Alfonso mio, respondió en buen castellano la sultana: me cuesta mucha más fatiga hablar el lenguaje de mis padres que el tuyo: llegará un día en que no sabré hablar en árabe: tu lengua es ruda y áspera, pero valiente y noble, y yo la amo: ven señor mio, ven y siéntate junto á mí.

Y Sayda-Llemal llevando asido de las manos al rey, se sentó con él en el divan.

—¿Tienes al fin compasion de mí? dijo el rey oprimiendo de una manera febril las hermosas manos de la sultana: ¿quieres al fin partir toda tu vida conmigo?

—Aun no soy tu esposa; aún no puedo serlo, contestó con acento opaco y ardiente la sultana: aun es tu esposa Inés de Poitiers.

—¿Y por qué, sino por mi amor, te has ceñido esa corona semejante á la mia, y has cubierto tu hermosura con la túnica real de las reinas cristianas?

—He querido que veas si yo podia parecer una buena reina á tus vasallos.

—¡Oh Sayda mia! ¡Sayda mia! todos tendrán envidia de su rey cuando te vean sobre mi trono.

—No me llames Sayda: yo no soy Sayda-Llemal: yo no quie-

ro serlo: llámame Isabel: ¿no es hermoso ese nombre, Alfonso?

—¡Oh! ese es el nombre que yo adoro.

—Hay un nombre que yo nunca olvido, que lo oigo por todas partes; aun cuando duermo, en mis sueños; y ese nombre es el tuyo, Alfonso.

—¡Oh! bien haya el buen génio que repite siempre mi nombre en tu oído.

—Ese génio, Alfonso, es el amor: y no quiero que me repita otros dos nombres que me dan pena.

—¿Cuáles, Isabel?

—¡Zayda-Sobeydah! ¡Inés de Poitiers! dijo con una ardiente melancolía Sayda-Llemal.

—¡Oh! ¡tienes celos!

—¡Tú las amas!

—Yo no tengo más que un corazón, y es tuyo todo.

—Yo no te amaba cuando te conocí, dijo Sayda-Llemal con el candor de una niña.

—¡Y sin embargo, tú me buscabas!

—Por ambición.

—¡Por ambición!

—Sí: yo quería ser la reina del rey que había de conquistar á Toledo, el reino del aborrecido enemigo de mi padre. Ansiaba conocerte, y te conocí, y no te amé: es verdad, que entonces no era yo la que soy ahora: no era cristiana: la soberbia y la altivez dominaban mi alma: pero después que cayó sobre mi cabeza el agua del bautismo, después de que mi mano estuvo en las tuyas, de que fui tu esposa...

—¡Mi esposa!

—Sí: un momento más, y el rey Al-Mamun nos hubiera encontrado esposos á pesar de la traición de Abu-Taxfin.

—¡Abu-Taxfin! ¡el sultán de Marruecos!

—Sí.

—¿Y cómo pudo impedir el sultán un casamiento del que no se había hablado, en que no se había pensado algunas horas antes del momento en que estuvimos á punto de ser esposos?

—Abu-Taxfin vivía conmigo en Toledo, dormía á mis pies, era mi esclavo.

—¡Tu esclavo!

—Sí, era el juglar que nos acompañaba aquella noche: él fué quien valiéndose de sus servidores, avisó al rey Al-Mamun: el me adoraba, él me adora.

—¡Oh! dijo con voz rugiente Alfonso VI.

—Por aquel tiempo, continuó Sayda-Llemal, murió su padre; sus hermanos pretendieron arrebatarle la corona, y se vió obligado á partir á Africa: pero su poder, su grandeza, no fueron bastante poderosos para hacerle olvidar mi amor: cuando supo que tú habias partido á tus reinos, que Al-Mamun me habia enviado á Sevilla al alcázar de mi padre, el sultan de Marruecos envió embajadores al sultan de Andalucía pidiéndole á su hija por esposa, ofreciéndole repudiar á su esposa Howara, no tener más esposa ni más mujer que yo.

Pero las estrellas habian dicho á mi padre, que cuando su hija se uniese á un poderoso rey, á un leon bravo, el reino de Toledo seria conquistado por aquel rey.

Aquel rey eres tú.

Mi padre oyó con disgusto á los embajadores del sultan del Moghreb, del califa de los vencedores almoravides, del hijo del fundador de Marruecos.

Pero mi padre me ama y me dejó la libertad de contestar.

¿Y qué habia de contestar yo que te amaba con mi alma entera?

Porque yo te amo desde el punto en que me ví separada de tí.

Desde el punto en que tuve celos de la sultana Zayda-Sobeydah.

Tú eras á mis ojos el hombre más hermoso, más altivo y más fiero del mundo.

Yo sabia que te habia asombrado mi hermosura, lo habia visto en tus ojos, sabia, que como yo á tí, habias empezado á amarme desde el momento en que no pudiste verme.

Me lo decia el corazon.

Y el corazon, cuando el amor habla por él, nunca se engaña.

Por eso yo, que no queria ni quiero ser esposa de nadie más

que tuya, que no he sido de nadie y que de nadie seré más que tuya; que solo á tí he amado y que queria tu amor, desoí la peticion del sultan de Marruecos, la desprecié, y aseguré á sus embajadores, que jamás, ni aun á trueque de mi vida, seria de Abu-Taxfin.

Y por eso Abu-Taxfin, irritado, terrible, no escuchando más que á sus celos y á su rábida, acometió una empresa descabellada, y vino sobre Andalucía, gastó en ella sus fuerzas á trueque de destronar á mi padre, para caer vencido ante Al-Mamun, y volver destrozado á Africa.

Y sin embargo, Abu-Taxfin me persigue, me rodea de asesinos, y para no ser muerta ó esclava, me he visto obligada á matar.

—Dentro de este castillo, dijo Alfonso VI, hay uno de los enviados del sultan de Marruecos.

—¡Aquí! ¡oculto entre mis soldados! exclamó palideciendo Sayda-Llemal.

—No: dijo Alfonso VI, ha entrado conmigo.

Y contó á la sultana su encuentro con el walí.

—¿Y sabes, Isabel, lo que voy á hacer con ese hombre?

—¡Matarle no! dijo Sayda-Llemal.

—Voy á enviarle mutilado y azotado á su señor, con una carta mia.

—¡Oh! ¡y los otros!

—Los otros..... él me los entregará: pero está aguardando y puede recelar: espera.

Y el rey se levantó y volvió al pasadizo, en el hueco de cuya ventana habia dejado su disfraz de peregrino.

Se lo puso y entró de nuevo.

—¡Oh! ¿y quién te conoce con ese disfraz, Alfonso mio? dijo Sayda-Llemal.

—Llama al capitán de los tuyos, dijo Alfonso VI.

Sayda-Llemal tocó un pequeño silbato de oro.

Poco despues se oyeron los pasos de un hombre armado, y Ferran entró en la cámara.

XIII.

—¿Dónde está el judío que ha entrado conmigo? dijo el rey.

—En la cámara que está debajo de esta.

—Dile que su amigo el peregrino le llama.

Ferran no se movió y miró á su señora.

—Haz lo que te han mandado, dijo Sayda-Llemal.

Ferran salió, y poco despues entró el walí árabe, afectando toda la humildad de un judío.

—Amigo, dijo el rey que estaba de pié y á corta distancia de Sayda-Llemal en una actitud respetuosa: hemos encontrado en este castillo á la reina.

—¡A la reina! dijo el walí en árabe y con la voz gángosa: ¿pues qué esta dama es reina? ¿De qué rey?

—¡De Alfonso VII! respondió en árabe Sayda-Llemal.

—Yo he visto á la esposa de Alfonso VI y es rubia, dijo afectando suma sencillez en su respuesta el walí.

—La reina Inés de Poitiers está loca, dijo Sayda-Llemal: el rey Alfonso la ha repudiado secretamente, y se ha cásado secretamente conmigo.

—Sea por muchos años, noble señora, dijo el walí, no os volveré á preguntar más por miedo de cometer una indiscrecion.

—Me encontráis vos en un momento de buena fortuna, y este peregrino me ha pedido hospitalidad: yo se la he concedido.

—Pero, dijo el rey, hay otros nueve hermanos nuestros que andan perdidos por el campo, y queriamos que dieras orden á tu alcaide de que fuesen tambien recogidos en el castillo.

Sayda-Llemal tocó de nuevo su silbato, y apareció otra vez Ferran.

—Da hospedaje, dijo Sayda-Llemal, en las cámaras que están debajo de la mia, á este hebreo y á otros nueve compañeros suyos que vendrán: estais pues, bajo mi tutela y bajo mi amparo, añadió Sayda-Llemal.

—Dios os lo pague, noble señora, dijo el rey; y como nuestros compañeros deben estar perdidos, os pedimos licencia para salir á buscarlos.

—Id en buen hora, y tú franquéales la entrada al momento que vuelvan.

El rey saludó profundamente á Sayda-Llemal, saludóla del mismo modo el walí, y entrambos precediéndoles Ferran, salieron del castillo.

XIV.

—¡Ferran! ¡Ferran! dijo Sayda-Llemal á su alcaide y capitan de armas cuando volvió: en el momento en que esos once hombres estén dentro del castillo, desármalos y préndelos á todos, á todos menos al peregrino.

—¿Y por qué no tambien al peregrino, señora, que lo parece todo, menos romero de San Yago?

—Porque el peregrino es el rey don Alfonso VI.

—¡El rey! ¡y ha salido solo! ¡y ellos son diez! dijo Ferran pálido de cuidado por el rey.

—Mi don Alfonso es un leon, dijo con bravura Sayda-Llemal, va armado, y él solo basta contra una taifa de árabes feroces.

—Sin embargo, señora, una traicion!...

—Va prevenido: no hay que temer nada: ve, buen Ferran, tú: espera á que esa gente llegue, ábreles el castillo, y en estando dentro préndelos.

Ferran salió, y Sayda-Llemal, reclinándose en el divan, se quedó pensando en el rey con el corazon enamorado.

CAPITULO XV.

Continuacion del anterior.

I.

Apenas se encontraron en el campo el rey y el wali, don Alfonso dijo con el acento de la mayor indignacion:

—¿Para qué os ha enviado el sultan á tierra de cristianos, si al fin por vuestra cobardía y vuestra torpeza, habeis dado lugar á la union del rey con Sayda-Llemal? ¿qué responderéis al sultan? ¿cómo os atreveréis á decirle: la mujer á quien adoras es la esposa de otro, y no hemos podido impedirlo?

El rey hablaba de una manera calorosa, y con el acento de la mayor indignacion.

Hacia esto para inspirar confianza al almoravid.

Hablaba además con una gran pureza el árabe.

El wali de Abu-Taxfin se engañó, ó por mejor decir, porque se habia engañado desde el principio, creyó más y más, que aquel peregrino era un nuevo emisario del sultan de Marruecos.

Alfonso VI corria esta aventura peligrosa, por amor á Sayda-Llemal.

Estaba amenazada, y no queria que quedase uno solo de los que amenazaban su vida.

Queria cogerlos á todos, y para cogerlos inspiraba cada vez más y más confianza al wali.

Este se deshacía en escusas.

—Nunca hemos tenido ocasion de acercarnos á ella, decia: la sultana ha cambiado de disfraz.

—¿Y qué disfraz ha usado?

—No lo sabemos: solo puedo decirte que don Gaston de Ulloa ha desaparecido desde el dia en que siguiéndole de cerca, murió á sus manos el walí Yezid Abul-Azis.

—Sayda-Llemal le habrá encerrado en su castillo.

—Nosotros no cesamos de rondar de dia y de noche ese castillo, esperando una ocasion.

—¿Y por qué no habeis llamado francamente á su puerta como yo?

—Hubiéramos sido reconocidos: nosotros hablamos muy mal la lengua de los rumís. Pero tú la hablas como ellos.

—¿Son valientes los otros nueve? dijo el rey.

—Son leones del desierto, gente brava, elegida entre la más brava y la más astuta por el sultan.

—¿Sabes tú cuánta gente hay en el castillo?

—Cien escuderos bravos como fieras, la mayor parte de los cuales han sido escuderos del Cid, á quien Dios maldiga.

—Pues bien: es necesario sorprender á toda esa gente, apoderarnos del castillo, matar al rey cristiano que está en él, y llevarnos á Sayda-Llemal.

—Lo haremos ó moriremos, dijo el walí.

—Dios ayuda á los valientes y á los buenos servidores, dijo el rey.

Como se vé, Alfonso VI hablando de matar al rey cristiano y de robar á Sayda-Llemal, conspiraba contra sí mismo.

Y lo hacia con tales apariencias de verdad, que el almora-vid no podia desconfiar ni por un solo momento.

II.

Agradaba además mucho al rey aquella aventura, porque era muy aficionado á la caza de trampa.

Y aquella caza era mucho más peligrosa que la del lobo.

Se trataba de diez walies africanos elegidos por Abu-Taxfin, para penetrar solos en el corazon del castillo.

Debían pues ser excesivamente valientes y astutos.

Había necesidad de ser más valiente y más astuto que ellos.

III.

Llegados á cierta distancia del castillo, el walí se detuvo en una hondonada.

—¿Por qué nos detenemos aquí? dijo el rey cuidadoso al ver lo lóbrego y estrecho del lugar donde el walí se había detenido.

—Aquí nos reunimos tres ó cuatro veces en la noche despues de las rondas alrededor del castillo, para comunicarnos lo que hemos observado, contestó el africano.

Y á seguida remedó admirablemente el canto del cuco.

Allá á buena distancia, contestó el grito de otro cuco.

El africano volvió á gritar.

Contestó otro grito más cercano, hasta que al fin aparecieron tres hombres que se acercaron.

—¿Eres tú, Alí-Kerin? dijo uno de ellos al africano que estaba con el rey: ¿quién es ese que te acompaña?

—El emir Yuzuf-Obeidalah, contestó con energía Alfonso VI.

—Es un nuevo enviado de nuestro temido señor, el sultan de Marruecos, dijo Alí-Kerin con sumo respeto.

—¿Qué señal te ha dado de su mensaje? dijo hablando por primera vez uno de los que habían llegado.

—¿Qué señal da el señor al esclavo? contestó con voz terrible Alfonso VI, poniendo mano á su espada.

—De prudentes es desconfiar, dijo otro de los tres que habían llegado, pero Alí-Kerin es un leon viejo y experimentado, y cuando obedece á ese emir.....

—Estamos perdiendo el tiempo: buscad vuestros otros seis compañeros, dijo Alfonso VI.

—Vamos á entrar en el castillo y á sorprender su gente, dijo Alí-Kerin.

—El castillo está bien guardado, replicó uno de los recién-venidos: como que está en él el rey Alfonso.

—Ya lo sabemos, dijo Ali-Kerin, como que hemos estado dentro del castillo.

—¿Y podemos entrar todos?

—Todos.

—¿Y cómo sabéis vosotros que el rey cristiano está en el castillo? dijo Alfonso VI.

—Hemos encontrado á un escudero del rey.

—¡Oh! dijo Alfonso VI.

—Tenia el caballo del rey, y estaba vestido de peregrino.

—¡De peregrino! dijo Ali-Kerin.

—Sí, se apresuró á decir Alfonso VI, el rey venia con un disfraz semejante, y por eso yo que lo sabia, me he disfrazado de peregrino tambien... ó acaso acaso este sea el mismo disfraz del rey.

—¡El disfraz del rey! dijo Ali-Kerin.

—Pudiera ser que yo hubiera encontrado al rey cristiano y le hubiera muerto: ¿no has notado que al andar suenan mis espuelas?

—Sí.

—Y esta espada... toca... juzga á tientas...

Y presentó el puño de su espada al walí.

—Tiene una corona en el pomo, dijo Ali-Kerin.

—¿Quién sabe dónde está ó lo que es del rey Alfonso?

Hablaba con tal firmeza el rey, que engañó á los africanos.

—Entonces, dijo uno de ellos, tú solo has hecho en una hora más que nosotros en todo el tiempo que hace hemos venido.

—El sultan conoce bien á sus servidores: pero decís que habeis encontrado á un escudero del rey cristiano, ¿qué habeis hecho de él? ¿le habeis dejado en libertad? ¿se os habrá escapado?

—No puede decirse, emir.

—¡Ah! ¡le habeis muerto! dijo con la mayor naturalidad Alfonso VI.

—No puede escaparse, emir: le hemos cercado y le hemos desarmado.

—¿Y dónde está?

—Atado á un árbol.

—¿Y no ha herido á ninguno de vosotros ese perro infiel?

—Le hemos sorprendido.

—¡Ah vive Dios! y qué descuidados andan los servidores del rey Alfonso, dijo el rey afectando desprecio.

Zumbaba el viento entre los pinos, y cubria el ruido de nuestros pasos: aquel sitio además, estaba oscuro.

—¿Y cómo le encontrásteis?

—Oímos relinchar uno de los caballos.

—¿Qué habeis hecho de ese escudero?

—Le hemos metido el pinar adentro.

—¿Y os ha dicho él dónde estaba el rey?

—No, no nos ha respondido una palabra: pero Sidi-Abul-Egas habia visto salir al rey de su alcázar de Valladolid, por un postigo, y dirigirse á caballo al desierto.

—Vamos, ya veo que servís bien al sultan, dijo el rey.

—Hacemos cuanto podemos, y más que lo que seria prudente, dijo Ali-Kerim.

—El sultan os recompensará cuando yo os envíe á él: pero ahora es necesario concluir: id á buscar al momento á los otros seis, y venid con ellos: vamos á entrar en el castillo.

Los tres africanos partieron.

El rey se sentó sobre una piedra.

—¿Y cómo haremos cuando estemos dentro del castillo? dijo Ali-Kerim.

—Déjame descansar, dijo el rey: cuando hayamos salido de nuestro empeño, tendremos lugar de hablar.

Ali-Kerim se sentó un poco más allá, y guardó silencio.

IV.

Pasó una hora larga.

Oyóse al fin el ahullido de un lobo.

Un ahullido hambriento.

El rey le creyó verdadero, y sin embargo no se movió.

—¿No has oído? dijo Ali-Kerin poniéndose de pié y con la voz alterada.

—Sí, dijo el rey sin moverse: es un lobo que ahulla.

—Y viene hácia acá, cijo el walí.

—Defiéndete de él, dijo el rey: cuando venga para mí, yo me defenderé.

Sonó el ahullido mucho más cercano, y el walí desnudó su espada.

El rey permaneció inmóvil, pero con el oído atento.

Oyóse un roce en una roca entre las malezas, que orlaban los bordes de la hondonada.

Y otro roce luego, y otro, como si hubieran pasado muchos lobos.

El rey sin embargo permanecía sentado.

—¡Eres un tigre! dijo con cólera Ali-Kerin, irritado por el valor del rey que le humillaba.

Y era que Alfonso VI no conocía el miedo.

Pero dejaron de oirse aquellas leves rozaduras entre la maleza, y no se repitió ningun otro ahullido.

—¡Los lobos han pasado! dijo con alegría Ali-Kerin.

—Vayan con Dios, contestó con indiferencia el rey.

Oyóse entonces el canto simultáneo de algunos cucos.

—Ahí están los nuestros, dijo ya completamente tranquilo Ali-Kerin.

Entonces el rey se puso de pié, empuñó su espada, y se encomendó á Dios, como siempre que entraba en batalla contra los árabes.

Estaba corriendo una aventura sumamente peligrosa.

Un incidente cualquiera podía hacer desconfiar á aquellos hombres, y en tal caso, se encontraba solo contra diez.

V.

Ali-Kerin contestó á la señal de sus compañeros.

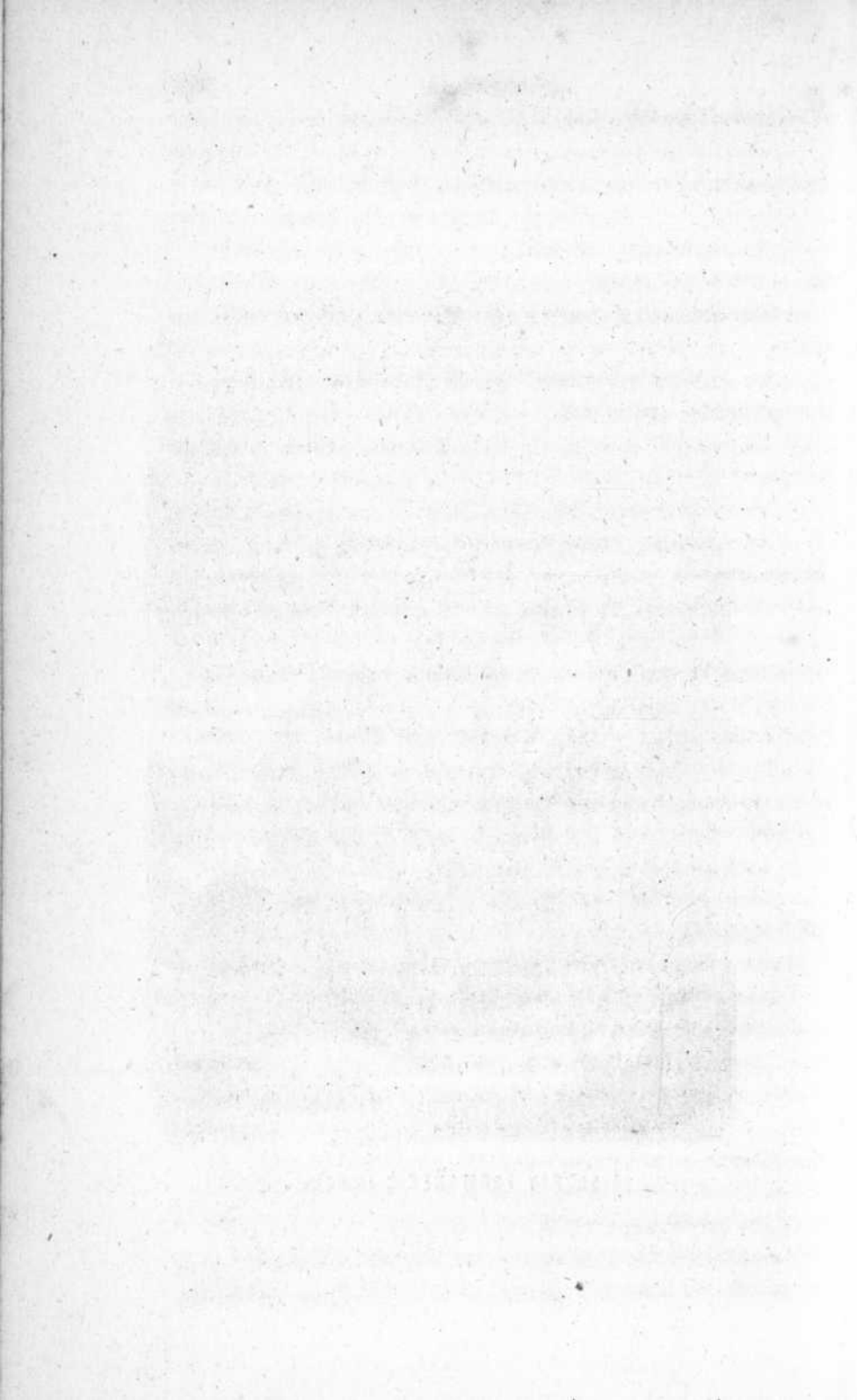
Entonces entraron algunos hombres en la hondonada.

—¿Venís todos? dijo Ali-Kerin.

—Todos.



EL REY PERMANECIÓ INMOVIL.



—Pues al castillo, dijo el rey.

—Poco á poco, exclamó uno de los recién llegados, según se nos ha dicho, tú eres un emir que el sultán de Marruecos envía con autoridad sobre nosotros: haznos ver la verdad: de otro modo no podemos fiarnos de tí.

—¡Ah! ¡desobedeceis! dijo el rey.

—Necesitamos saber quién eres, dijo el mismo que había hablado.

—Sí, sí, dinos quién eres, dijeron todos menos Ali-Kerin, y desenvainaron sus espadas.

—¡Ah! gritó el rey con voz terrible, pues veamos si me conocéis.

Y se arrojó sobre el grupo.

A la investida del rey, verdadera investida de león, cayeron uno tras otro dos árabes.

Oyóse entonces muy cerca un horroroso ahullido de lobo.

De lobo hambriento que acomete á la presa.

Y tras aquel ahullido, que continuó helando de terror á los árabes, el ruido de muchos hombres que se lanzaban en la hondonada.

—¡Firme, firme, señor! gritó una voz conocida junto al rey: no puede escapar uno solo: están cercados.

Y en efecto, seguía oyendose el ruido de hombres que caían desde los bordes al fondo del barranco.

—¡Rendíos al rey de Castilla! gritó Alfonso VI en árabe á los almoravides.

Hubo una ligera lucha, no por lo débil, sino por lo corta.

Cuatro de los almoravides habían caído por tierra.

Los otros seis estaban sujetos y atados con las cuerdas de las ballestas de los hombres de armas del castillo.

—De buena hemos escapado, señor, dijo el conde Peranzules.

—¡Cómo! ¿estás tú aquí? dijo el rey.

—Sí, sí, señor: aquí estoy por milagro.

—¡Ah, ya! tú eras el lobo.

—Sí, sí señor: ya sabe vuestra señoría que yo aprendí á aullar cuando cazábamos con el rey Al-Mamun en los montes de To-

ledo: pero me he encontrado aquí con otro que ahulla mejor que yo.

—Como que me he criado entre lobos, dijo el montero libre, el último de los nueve hermanos del Desierto.

—¿Pero no te habian dejado atado, Peranzules?

—Debieron haberme matado: he roto las tocas con que me ataron: ellos creyeron que yo era una liebre: y sin embargo aquellas malditas tocas de lino retorcidas, eran fuertes como cordelles: en cuanto me ví libre, escapé, llegué al castillo, dí mi nombre, pregunté por vuestra señoría, me abrieron, encontré á... á una reina, señor, y la pregunté por vos: me dijo que estábais fuera á caza de asesinos, y yo la pedí escuderos, salimos, y este honrado montero que no solo ahulla mejor que yo sino mejor que un lobo, nos puso sobre el rastro: ya no para nadie en el castillo, señor; es un misterio doña Isabel, porque al veros en peligro lo ha olvidado todo, y se ha venido tras de nosotros. Debe ser esa que llega.

En efecto, se oía ruido de caballos, y se veían reflejos de antorchas.

Se acercó aquella comitiva y apareció Sayda-Llemal delante de un escuadroncillo de hombres de armas.

Traía el mismo traje que tenia en el castillo, pero se habia quitado la corona.

VI.

Entonces á la luz de las antorchas que traían algunos escuderos á pié, pudo verse perfectamente el lugar de la escena.

Era una especie de barranco poco profundo hundido entre dos colinas.

Los bordes del barranco estaban orlados de brezos, espinos y malezas.

Su lecho se componia de enormes piedras clavadas entre arena gruesa y rogiza.

Al aparecer Sayda-Llemal, vió al rey recogiénose el halda de su hábito de peregrino, con la espada desnuda y ensangrenada, hablando con Peranzules, que se apretaba con las manos

los brazos como quien los tiene doloridos, y que tenia arremangado tambien su hábito de peregrino.

Tales le habian quedado los brazos al bueno del conde, que no habia podido valerse de ellos.

Ferran, Tristan, y algunos otros hombres de armas á pié, tenian sujetos á seis judíos, á juzgar por sus trajes, y en las manos las espadas que los árabes que se ocultaban bajo aquel disfraz, habian desnudado para combatir.

Detrás habia otra multitud de hombres de armas.

Delante del rey y de Peranzules, en un pequeño espacio sangriento, habia otros cuatro árabes con trajes de judío, tendidos, inmóviles, muertos.

Sayda-Llemal á caballo cubriendo el traje con su magnífico albornoz, fijaba una mirada sombría en los cadáveres.

El rey vió que Sayda-Llemal montaba el magnífico caballo blanco en que la habia visto más de una vez en la selva de Arlanza.

Delante de Sayda Llemal habia seis hombres de armas á pié, con antorchas encendidas.

Detrás de ella veinte hombres de armas completamente armados.

Uno de ellos tenia un magnífico caballo del diestro.

VII.

—Recojed esós muertos, dijo el rey á los escuderos de Sayda-Llemal, y llevadlos al castillo de vuestra noble señora.

Entonces el escudero que tenia el caballo sin ginete echó pié á tierra y presentó aquel caballo al rey.

Peranzules, á pesar de lo dolorido de sus brazos, tuvo el estribo al rey que cabalgó.

Despues Peranzules cabalgó á la grupa de Ferran, porque tal estaba, que ni aun podia regir un caballo.

Sin saberse cómo, por casualidad, al romperse la marcha, los caballos del rey y de Sayda-Llemal se unieron, y una de las

espuelas del rey se enredó en los jaeces árabes del caballo de la jóven.

—Tirais de mí, señora, dijo el rey, procurando desasirse, pero sin lograrlo.

—Y tiro fuertemente, ¿no es verdad? dijo Sayda-Llemal inclinándose hácia el rey.

—Me veo precisado á quitarme esta espuela, señora, dijo el rey.

Y deshevilló el porta-espuela.

—Y es la derecha, dijo Sayda-Llemal; y de oro, añadió inclinándose tomando la espuela, y desenredándola con la mano de los largos caireles del jaez.

—Dadme acá, dijo el rey.

—¡Ah no! me quedó con ella.

—Ved, señora, que solo los prisioneros cabalgan sin la espuela derecha.

—Prisionero sois mio.

—¡Ah!

—Y os prohibo que useis otra espuela: sin ella habeis de llevar el pié derecho hasta que yo os devuelva esta, y...

—Ved que voy á entrar en una guerra cruda contra Toledo, y que se cabalga mal con una sola espuela.

—Vos cabalgais bien sin ninguna.

—Sea como vos querais.

Sayda-Llemal se puso en su ceñidor de oro la espuela de oro del rey.

Este diálogo habia pasado, sin que nadie lo oyese, entre el rey y la sultana.

Sin embargo, temiendo ser oídos, se habian tratado de *vos*.

Después de este incidente, siguió la marcha.

Sayda Llemal cabalgaba á la derecha del rey y en la misma línea.

Delante y á los lados iban escuderos con antorchas.

Después el conde don Peranzules á la grupa del caballo de Ferran.

Luego como hasta sesenta hombres de armas á pié y á caballo, y entre ellos presos y atados los cuatro árabes que habian quedado vivos.

Los otros seis que habian perecido á manos del rey y de los hombres de armas de Sayda-Llemal, iban atravesados á la grupa de otros tantos hombres de armas.

VIII.

Se acercaban al castillo.

En su puerta, en su poterna, se veian escuderos con antorchas.

Las trompas del escuadron de Sayda-Llemal, puestas en el puente, tocaban una especie de marcha real.

Un ginete despachado por Sayda Llemal, habia ido á prevenir á los que se habian quedado en el castillo, que era el rey el que llegaria con ella.

—¿Qué tocan esas trompas? dijo Alfonso VI.

—Ya lo veis, señor, dijo Sayda-Llemal; tocan como cuando un rey entra triunfante en una ciudad. ¿Quién sabe si un dia entrareis en Toledo al son de triunfo de vuestras trompas, llevándome á vuestro lado y á la derecha?

—¿Prisionero, mi Isabel?

—No, porque entonces ya os habré devuelto vuestra espuela.

IX.

Al pasar el rey por el puente llevaba la cabeza descubierta.

La luz de las antorchas reflejaba en su ancha y serena frente, en sus cabellos rubios, en sus ojos de mirada altiva, en su boca marcada con un sello de indómita altivez, con su semblante hermoso y terrible al par, del que emanaba una majestad infinita.

—Tenemos por huésped durante algunas horas al señor rey, dijo Sayda-Llemal al pasar por entre sus hombres de armas: ¡Viva el rey!

—¡Viva el rey! gritaron los hombres de armas.

Todos le conocian personalmente.

La mayor parte de ellos habian combatido á la sombra de su estandarte real.

X.

Y precedido de pajes con antorchas, seguido de Sayda-Llemal y el conde Peranzules, que constituía entonces toda su corte, y de Ferran, alcaide del castillo y capitán de armas del escuadrón de Sayda-Llemal, llegaron á la misma cámara donde algunas horas antes había recibido Sayda-Llemal al rey.

Allí quedaron solos.

—Nuestras estrellas se unen cada vez más, Alfonso, dijo la sultana: yo siento mi corazón henchido de esperanza y de amor: una influencia invencible nos arrastra el uno hácia el otro, y todo va siendo común entre nosotros.

—Pues bien: sé mía: únete completamente á mí.

—Aun no: primero voy por el trono de mi padre.

—¡Tú!

—¡Yo!

—Pero yo no puedo ayudarte ahora, Isabel.

—Tú has venido á que yo te ayude, no á ayudarme á mí.

—¡Ah!

—No tienes dinero para mantener la formidable hueste que cada día se aumenta al rededor de tu estandarte: el Cid se mantiene con trabajo al frente de Toledo: cada día le acomete Al-Kadir y cada día se ve obligado á hacer un nuevo esfuerzo de valor. Es necesario que vayas al socorro del Cid: no tienes dinero y yo voy á dártelo.

Sayda-Llemal se levantó, fué á una puertecilla oculta en un ángulo tras de los tapices, y la abrió:

—Dathan, dijo.

Oyéronse á poco tardos pasos subiendo escaleras y apareció al fin Dathan Simuel, el judío de Tordesillas.

XI.

Al ver al rey, adelantó rápidamente y se prosternó á sus piés.

—Dios te guarde y te prospere, invencible señor, exclamó.

En tanto Sayda-Llemal habia desaparecido por otra puertecilla.

—Levántate, judío, dijo el rey.

Dathan se levantó.

—Te he esperado en vano al cumplimiento de un plazo, dijo el rey.

—He estado en Africa, señor, dijo Dathan.

—¿Y á qué has ido á Africa?

—A servir á la luz del cielo, á la hermosa, á la noble, á la prepotente sultana Sayda-Llemal.

—¿Y de qué manera la has servido?

—¡Ah, señor! enviad corredores á Andalucía y vereis lo que allí sucede.

—¿Pues qué sucede por allí?

—Cuarenta mil ginetes berberiscos, á cuya cabeza va un walf de las Andalucías, han pasado del Africa á Algeciras y han entrado en algará la tierra adelante, proclamando al rey Aben-Abed.

—Los berberiscos piden mucho sueldo.

—Para todo hay señor: la sultana Sayda-Llemal es rica como Nembrod.

—¡Cuarenta mil ginetes! no llevo yo tantos sobre Toledo.

—La sultana Sayda-Llemal me ha dicho que me has elegido tu tesoro.

—¿Y de qué tesoro, buen Dathan? He encontrado pobres á mis reinos, cansados de guerras...

—Mientras yo sea tu tesoro, señor, podrás mantener cien mil combatientes.

—¡Tan rico eres!

—No, señor: yo solo apenas podria mantener por algun tiempo un solo escuadron de cincuenta ginetes, y me quedaria miserable. Pero la sultana Sayda-Llemal... ¡oh señor!... es mucho más rica que hermosa... ¡qué diamantes! ¡qué rubies! ¡qué perlas las de su tesoro! Pero ella se acerca: ya verás.

Se oian las fuertes pisadas de Sayda-Llemal que apareció al fin en la cámara.

XII.

Traía en las manos un saco de cuero adobado y bordado.

Se sentó en el divan y abrió el saco, y le vertió en su falda.

El rey se deslumbró con el resplandor de las piedras preciosas.

Sayda-Llemal escogió cincuenta diamantes, en los que estaba fija la codiciosa vista del judío.

Eran de un tamaño y de una hermosura extraordinaria.

—Saca tu peso, judío, dijo Sayda-Llemal.

Dathan Simuel sacó de entre su hopalanda una caja de piel, la abrió, y de ella tomó una pequeña balanza de plata.

—¡Ferran! dijo Sayda-Llemal llamando: un tintero y un pergamino.

Ferran que había aparecido en la puerta, volvió á desaparecer.

Sayda-Llemal siguió escogiendo diamantes en silencio.

Dathan no respiraba; con el corazón agitado y la vista fija en el tesoro que Sayda-Llemal tenía sobre su falda, no sentía lo que le rodeaba.

El mismo rey sentía la influencia terrible de aquella riqueza.

Apareció de nuevo Ferran trayendo un tintero de mármol y un pergamino.

—Ponlos junto al judío, dijo Sayda-Llemal.

Dejólos donde se le había mandado Ferran, y salió.

—Ve pesando estos diamantes y anotando su peso y su valor en ese pergamino, dijo Sayda-Llemal.

El judío empezó la operación, que fué larga por la minuciosidad con que pesaba cada una de las piedras.

El rey estaba con la mirada fija en Sayda-Llemal, que no apartaba la suya de la balanza del judío.

—¿Cuánto valen esos cien diamantes? dijo Sayda-Llemal cuando la operación estuvo concluida.

—Valen quince mil marcos de oro, dijo, pudiendo hablar apenas Dathan Simuel.

—Estiende de tu puño y letra en castellano, en árabe y en hebreo, el recibo de estos cien diamantes, en ese mismo pergamino donde se espresa el peso y el valor de cada uno.

El judío escribió el recibo triplicado en las tres lenguas, y en los tres caracteres de escritura de cada uno.

—Necesito dos testigos, dijo Sayda-Llimal: llamad, señor, al conde don Peranzules.

Llamó el rey al conde, y Sayda-Llimal llamó á Ferran.

Los dos se presentaron.

—Firmad aquí al pié, dijo Sayda-Llimal despues de que ambos se hubieron enterado de lo que se trataba.

Ambos firmaron.

Entonces Sayda-Llimal tomó la pluma, y debajo de todo lo que habia escrito, escribió:

«Yo doña Isabel Aben-Abed, hija del sultan de Andalucía Mohhamed-Aben-Abed, declaro que si antes de un año, contado desde hoy dia de la fecha, no entrego cien mil marcos de oro al hebreo Dathan Simuel, suyos serán los diamantes arriba espresados, sin que tenga valor alguno el recibo que de ellos ha dado dicho hebreo.»

Firmó é hizo firmar á los testigos.

—Idos, dijo Sayda-Llimal á Peranzules y á Ferran.

Quedaron solos el rey, Sayda-Llimal y el judío.

—Tu mantendrás, dijo Sayda-Llimal á Dathan, treinta mil ginetes y diez mil hombres de armas, y á más sesenta mil peones, y las máquinas y pertrechos de guerra y cuanto fuera necesario durante un año, á contar desde hoy, á voluntad del señor rey don Alfonso VI. ¿Lo jurais?

—Lo juro, mediante la entrega de esos cien diamantes, en cuyo resguardo daré esta escritura.

—Hélos ahí, dijo Sayda-Llimal entregándoselos al judío, y guardando en el saco el resto de las piedras, que era mucho mayor número que lo entregado al judío.

—Tomad esta escritura, dijo Dathan.

—Tomad, señor, y guardadla, dijo Sayda-Llimal entregando aquella escritura al rey.

—¡Oh! ¡Isabel, Isabel! dijo Alfonso VI.

—La conquista de Toledo es una empresa de diez años, y yo pongo lo que hoy puedo: mañana pondré más.

—Dentro de un año yo habré rescatado esos diamantes y os habré hecho con ellos una corona, porque dentro de un año Toledo será mio.

—Será de los dos: entretanto, y aunque sea vuestro Toledo, tened siempre preso á Dathan Simuel hasta que haya cumplido lo que se ha obligado á cumplir.

—Tenedme preso en buen hora, señor, dijo Dathan, con tal que me dejéis tratar con otros judíos: yo solo no podré mantener vuestro ejército.

—Mira que tu cabeza, llegado el plazo, ha de responder del tesoro que te he entregado.

—Arda mi espíritu en el fuego eterno, si falto á lo que con vosotros he pactado, mis nobles señores.

El judío se levantó del suelo donde estaba sentado; guardó cuidadosamente la bolsa en que estaban los cien diamantes.

Sayda-Llemal le llevó al mismo ángulo de donde le había traído, le hizo entrar por una puertecilla y la cerró.

Luego fué al lado del rey.

—¡Alfonso! ¡Alfonso mio! dijo; mañana partiremos los dos: tú, sobre Toledo; yo sobre Andalucía: mi padre... enviame á mi padre libre, al mismo tiempo que yo te mando al judío preso. ¡Alfonso, vé por Dios y por Santa María, sobre el reino de Toledo!

—¡Oh, sí, vida de mi vida! exclamó Alfonso VI.

—Yo dedico esa conquista á la Santa Madre de Dios, dijo Sayda-Llemal.

—Yo levantaré en la ciudad, cuando la haya conquistado, una iglesia mayor que se llamará Santa María de Toledo.

—¡Pues á la obra! ¡á la obra en nombre de Dios! dijo con entusiasmo Sayda-Llemal. ¡Déjame ya! ¡Véte!

—¡Ireme! ¡qué hay ya que nos separe!

—¡Inés de Poitiers!

—¡Pero nuestro amor!

—Nuestro amor es imposible mientras sea tu esposa esa mujer.

—¡Oh, Isabel! ¡yo sufro un infierno!... ¡yo muero!

—Yo no seré tu amante hasta que sea tu esposa.

—¡Una prenda! ¡una prenda tuya al menos!

—¡Una prenda! ¡sí, espera!

Sayda-Llemal salió rápidamente y volvió al poco tiempo; traía en la mano un paño de seda que envolvía un objeto abultado.

—¡Oh! ¿Qué esto? dijo el rey desenvolviendo el paño y encontrando dentro de él tres magníficas trenzas negras sujetas por un broche de oro y perlas.

—Son mis cabellos, que me corté para huir de tí, y para buscarte: para ser don Gaston de Ulloa: cuando Toledo sea nuestro, otra cabellera coronará de trenzas mi cabeza.

—Y yo entre esas trenzas pondré mi corona.

—¡Quiéralo Dios! pero véte.

—¿Y esos árabes, esos asesinos? dijo el rey.

—¡Ah! es verdad; con la felicidad de verte, de tomar parte en tu grandeza, me había olvidado de ellos.

—Haz que los traigan aquí.

Sayda-Llemal llamó á Ferran y le mandó que trajese á los árabes.

Mientras venian, Alfonso VI procuró ablandar la fiera pureza de la sultana.

Sayda-Llemal le contestaba siempre:

—Aun es tu esposa Inés de Poitiers.

Al fin entraron los seis árabes.

Sus semblantes pálidos brotaban furor.

—Decid á vuestro señor, al poderoso sultan de Marruecos, dijo Alfonso VI, que es un miserable y un cobarde: para que le digais eso solo os dejo la vida: para que vuestro señor vea cómo tratamos en Castilla á los asesinos, yo le mandaré las cuatro cabezas de esos traidores que han caido delante de mí esta noche. Decid á vuestro señor, que la sultana Sayda-Llemal es cristiana y se llama Doña Isabel: que la amo y me ama: que pues por ella entró en España, para ser vencido por mi amigo el rey Al-Mamun, que entre de nuevo en España con los almoravides para ser vencido por el rey don Alfonso VI: que le desafio y que le desprecio.

—¡Ay de tí, rey cristiano, el día en que mi señor pase las angosturas y caiga como una langosta sobre tus tierras!

—¡Ay de tí, rey, el día en que ponga el pié en ellas!

—Dí al poderoso sultan, dijo Sayda-Llemal, que cuando quiera puede venir á tañer como en otro tiempo á mis piés como un esclavo: pero que yo he elegido señor, y el señor de mi alma es el rey don Alfonso VI. Decidle, que para librarme dél puñal de sus asesinos me basto yo sola, y que por mucho que sea el amor que me tenga, no puede ser tan grande como el desprecio que me inspira. ¡Ferran! sácalos de aquí y enciérralos, hasta que mañana partan presos hasta llegar donde empiezan las tierras de su señor.

Los walíes salieron despues de haber lanzado una mirada de amenaza al rey y á la sultana.

Forzoso le fué á Alfonso VI salir tambien.

La despedida fué penosa.

Sayda-Llemad se quedó llorando.

Se habia separado de Alfonso VI para no volverle á ver en mucho tiempo.

XIII.

Al día siguiente, Aben-Abed, la sultana Sayda-Cubra y los dos infantes hermanos de Say-Llemad, llegaron al castillo del Desierto libres.

Al mismo tiempo llegaba preso al alcázar de Valladolid Dathan Simuel.

Tres días despues Aben-Abed marchaba con su fuerza y el escuadron de lanzas de Sayda-Llemal á la frontera de Andalucía.

Alfonso VI movía un poderoso ejército sobre Toledo.

TERCERA PARTE.

LA CONQUISTA DE TOLEDO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo había en Toledo, cerca de Zocodover, una torre que el vulgo creía encantada.

I.

Había pasado un año desde el día en que Alfonso VI y Sayda-Llemal se habían separado, el uno para ir sobre Toledo, la otra para ir sobre Andalucía.

La fortuna había sido más favorable á Sayda-Llemal que á Alfonso VI.

Ella, al lado de su padre, armada como un caballero, llevando tras sí su terrible escuadron de lanzas, había roto por la frontera occidental, mientras que por la parte de Oriente, cuarenta mil bereberes cabalgaban en batalla, proclamando al sultán Aben-Abed.

Andalucía, que habia sido ocupada por los ejércitos del rey Al-Mamun, á la muerte de este, fué evacuada en gran parte por aquellas fuerzas.

Toledo habia sido amenazado, y el rey Al-Kadir habia ido trayendo tropas de Andalucía para defender su reino del Cid, que habia entrado por él á sangre y fuego.

El héroe castellano se veía obligado cada día á desbaratar un ejército ganando una batalla, y así, de victoria en victoria, habia llegado hasta los muros de Toledo.

Pero las fuerzas del Cid no eran bastantes para cercar completamente la ciudad, y se habia visto reducido á acampar junto á Toledo en el lugar que hoy se llama los Cigarrales.

El Cid habia fortificado su campo, y desde él salia todos los dias y talaba los campos é incendiaba las alquerías y las aldeas inmediatas á la ciudad.

En vano intentó Sidi-Ismaíl en una y otra ruda acometida, hacer que los cristianos se retirasen.

La gente del Cid estaba acostumbrada á matar moros, y Sidi-Ismaíl se volvía sufriendo siempre una dolorosa derrota.

Veíanse desde las torres altas de la ciudad los correos del Cid que fuertemente escoltados iban y venían del campo á las fronteras de Castilla, y se temía un día inmediato en que ayudado Alfonso VI con un formidable ejército, Toledo fuese completamente cercado y privado de toda comunicacion.

Por lo mismo, Sidi-Ismaíl habia hecho venir de Andalucía la mayor parte del ejército que la ocupaba.

Aben-Abed, pues, llegó á Sevilla sin obstáculo y sin combate: se apoderó de la ciudad, cortó la cabeza á algunos de los que le habian hecho traicion, y se levantó de nuevo sobre el trono.

Pero lo de Córdoba le fué más difícil. Antes de llegar á aquella ciudad se habia visto obligado á sitiar y tomar por asalto una y otra villa; uno y otro castillo.

En esto habia invertido cerca de un año. Al fin, Aben-Abed pudo llamarse de nuevo sultan de Andalucía, sin que nadie osase rechazarle.

Y todo esto lo debía á Sayda-Llental.

Sin ella, Alfonso VI no le hubiera dejado volver á su reino.

Ella había sido el ángel de su familia.

Ella inspiró á su padre una conducta de la que nadie hubiera creído capaz al cobarde y rencoroso Aben-Abed.

Sin la influencia de Sayda-Llemal, Aben-Abed hubiera ensangrentado su reino, le hubiera agoviado á contribuciones, hubiera provocado una nueva insurreccion, y acaso menos afortunado que cuando le arrojaron del trono los almorávides, no hubiera podido escapar al furor de sus súbditos sublevados.

Pero Aben-Abed, cediendo á la influencia de Sayda-Llemal, había sido parco y justo en los castigos, había favorecido á sus pueblos aliviándolos de tributos odiosos en vez de despojarlos, había sido blando y afable, había perdonado más que había herido; en una palabra, hizo que su triunfo redundara en bien de sus reinos, y sus reinos dijeron:

—El sultan ha aprendido virtud en la desgracia.

Y al decir esto los andaluces, Andalucía entera aclamó por soberano al noble y poderoso sultan Aben-Abed.

II.

Habían producido tan buenos resultados la afabilidad y la justicia á Aben-Abed, que por egoismo se aficionó á la virtud.

Esto mismo debían hacer todos los reyes.

Los pueblos aman siempre á los reyes justos y virtuosos, y sobre todo á los reyes que gobiernan barato.

Y tan barato quiso gobernar Aben-Abed, que despidió á las tropas bereberes con las cuales había llegado de nuevo al trono.

—Yo no necesito más ejército que el amor de mis vasallos, decía.

Por lo que se ve que Aben-Abed había cambiado radicalmente.

Pero Sayda-Llemal se opuso á aquel licenciamiento.

—Hemos conquistado las Andalucías, dijo á su padre: tú estás sobre tu trono, pero yo no he conquistado aún el mio: mi trono está en Toledo.

—Sobre Toledo está nuestro amigo el rey don Alfonso VI.

—Toledo es muy fuerte, y el rey Ismail Al-Kadir muy bravo, decia Sayda-Llemal: por mucho que hagamos por Alfonso VI, aún no habremos hecho lo bastante para pagarle lo que le debemos: va á cumplirse un año desde que pasó el día en que nos separamos, y es preciso que ese año no se cumpla sin que nos volvamos á ver.

—Alfonso VI nada nos pide, decia el sultan árabe.

—El buen pagador debe pagar antes que le pidan el pago de su deuda: á más de eso, Alfonso es demasiado altivo y no nos pedirá nada; y luego, ¿no han dicho las estrellas que Alfonso VI no conquistará á Toledo hasta que sea mi esposo?

—Tú te olvidas de que los cristianos solo pueden tener una esposa, y de que el rey Alfonso es casado.

—Inés de Poitiers está cada dia más loca: los reyes pueden obtener un divorcio del Papa: además, Alfonso no ha tenido hijos de Inés de Poitiers.

—¿Y cómo sabes tú que la locura de esa mujer crece?

—¡Oh! yo amo á Alfonso VI: yo mantengo espías en su córte, yo lo se todo: yo se que sin mí la conquista de Toledo será para él interminable, y yo que debo ayudarle, porque le amo, yo que quiero ser su esposa, debo llevarle un buen dote, y voy á llevarle en dote un ejército á cuya cabeza irá un rey. Tú serás ese rey, padre.

—¿Y ayudaré á un infiel contra musulmanes?

—Ayudarás á tu hija que es cristiana, á tu hija que será reina y esposa de ese infiel.

Sayda-Llemal tenia demasiado ascendiente sobre su padre, y logró lo que deseaba.

Un dia en el campo de la Tablada de Sevilla, se reunió un formidable ejército.

Al salir el sol aparecieron en la puerta de Adohar el rey y la sultana Sayda-Llemal á caballo y cubiertos de galas.

Al rededor suyo iban una multitud de magnates deslumbrantemente vestidos.

Detrás y sirviendo de escolta un fuerte escuadron de lanzas, cada uno de los cuales llevaba sobre el pecho una cruz roja.

Aquel era un escuadron cristiano.

Era el escuadron de Sayda-Llemal, que habia estado durante un año sirviendo á su señora en Andalucía.

III.

El rey y Sayda-Llemal, con su acompañamiento, se encaminaron á la Tablada, y penetraron en el centro del ejército que en aquel campo habia levantado sus tiendas.

El rey hizo saber á todas las taifas por medio de sus valíes, que era aliado y amigo del rey de Castilla, de Leon, de Asturias, y de Galicia; que estaba obligado á ayudarle, y que iba á unirse á él contra el rey moro de Toledo; pero que como el rey Alfonso era cristiano, no queria llevar en su ayuda más que á aquellos de sus vasallos que voluntariamente quisieran seguirle.

Todo el ejército victoreó.

Se trataba de una nueva guerra, y los soldados de entonces nunca estaban más contentos que cuando estaban en campaña.

Aquel mismo dia el sultan Aben-Abed movia su campo hácia el reino de Toledo, llevando tras de su estandarte cuarenta mil bereberes y veinte mil andaluces.

CAPITULO II.

De cómo había en Toledo, cerca de Zecodover, una torre que el vulgo creía encantada.

Nos vemos obligados á declarar que se acordaba más Sayda-Llemal de Alfonso VI, que Alfonso VI de Sayda-Llemal.

Esto consistía en que Alfonso VI estaba mucho más distraído con el sitio de Toledo, con la locura de la reina, que tenía consigo en la especie de ciudad militar que había levantado delante de la ciudad sitiada, y con otros misteriosos amores que dentro de Toledo tenía.

El rey se encontraba bien en aquella vida de continua actividad, de combates á cada momento, de entrevistas misteriosas con una mujer hermosísima y enamorada.

Libre de la influencia inmediata de Sayda-Llemal, su sed de amores hácia ella estaba amortiguada, y como no necesitaba del divorcio de la reina para su union con la sultana, y la sultana Sayda-Llemal, no le incitaba de cerca, Alfonso VI pensaba poco en la locura de la reina.

Había acabado por fin por creer, que aquello de que, sin la union de Sayda-Llemal no podía entrar en Toledo, seria algo exagerado, y como Dathan Simuel, cumpliendo su compromiso, le daba oro largo, el rey vivía bien, contento, casi casi feliz.

II.

Pero el Cid que tenia poca paciencia, y á quien gustaba decir como César: «Llegué, ví, vencí,» se desesperaba.

En vano acometia la piedra viva sobre que está fundado Toledo.

Sus embestidas eran inútiles.

En vano ejercia y hacia observar en el campo la mayor vigilancia.

La noche en que menos se temia una alarma, los moros salian de repente de la ciudad, daban una ruda embestida á la línea cristiana, la rompian, y antes de que los moros fueran rechazados y encerrados otra vez en la ciudad, habian tenido tiempo de entrar víveres para algunos dias.

Cada vez que esto sucedia, el rey apretaba el cerco y llegaba en persona hasta los muros de la ciudad.

Pero el rey, el Cid, Alvar-Fañez, Diego Ordoñez de Lara, Peranzules y los más bravos caballeros castellanos, leoneses, asturianos y gallegos, con sus escuadrones y sus máquinas de guerra, eran rechazados, sin haber conseguido otra cosa que dejar algunos centenares de hombres tendidos delante de los muros de Toledo.

III.

Muchas veces, el rey Alfonso oia los rebatos nocturnos desde dentro de Toledo, desde lo más alto, desde el centro de la ciudad.

Pero cuando Alfonso VI estaba dentro de Toledo, estaba solo y entre los brazos de una mujer.

Una fuerte torre los ocultaba.

Aquella torre estaba levantada en el centro de una pequeña plazuela, cerca de la plaza de Zocodover é inmediata al alcázar.

IV.

Aquella torre no tenia puerta alguna.

Un muro que en otro tiempo la habia unido al alcázar se habia derruido, y solo habia quedado á la torre la señal de la adherencia de aquel muro, y una puertecilla pequeña á la mitad de la altura de la torre, que en otro tiempo habia sido su entrada por medio del muro destruido, y que faltándole el muro se habia convertido en ventana.

Contaban los viejos acerca de aquella torre, una historia de amores y de encantamentos.

Decian que en aquella torre habia vivido la hija del conde don Julian, Florinda, la Cava, la mala mujer que habia perdido al perder su honra, á su rey y á su pátria; y añadian, que cuando el reino godo se habia hundido en los campos de Guadalete, en el mismo punto en que Tarik-Ben-Ziad cortó la cabeza al rey don Rodrigo, el muro que unia á la torre con el alcázar se habia derrumbado, y que allí se habia quedado Florinda, entregada al hambre y al abandono.

Era fama en Toledo que en aquella torre habitaba el alma de la Cava, que habia muerto allí de hambre, y que cuando debia sobrevenir una desgracia sobre Toledo, las viejas celosías de los labrados agimeces dejaban paso al reflejo de una luz que ardia en el interior.

Entonces, segun la tradicion, Florinda volvia á la vida y era el génio maldito de Toledo.

V.

Afirmaban muchos que la misma noche en que el rey Al-Mamun murió, apareció el reflejo de la luz en los agimeces de la torre encantada.

Que volvió á brillar la noche del dia en que el rey Yayhe fué muerto por el rey Sidi-Ismail Al-Kadir, y aun volvió á aparecer cuando el Cid Campeador se puso sobre Toledo y cuando llegó al campo enemigo el rey Alfonso VI, desde cuya época seguia brillando todas las noches.

Cuando el rey Sidi-Ismaíl oía estas declaraciones del vulgo; acerca de la luz de la torre encantada, se sonreía ferozmente.

Porque el rey Sidi-Ismaíl sabía demasiado quién era la persona que moraba en la torre.

Nosotros lo sabemos también y vamos á decírselo á nuestros lectores.

La persona que vivía en la torre encantada era la sultana Zayda-Sobeydah.

VI.

Cuando Sidi-Ismaíl prendió ya cerca de la frontera cristiana á Zayda-Sobeydah, que huía resguardada por el walí Al-Hahor y sus esclavos, la condujo á Toledo y la encerró secretamente en el alcázar.

Pero Sidi-Ismaíl temía la influencia que Zayda-Sobeydah pudiera tener como sobrina del rey Al-Mamun, y necesitó aislarla de todo punto.

Los tiranos y los usurpadores desconfían de todo.

Sidi-Ismaíl había descubierto en el alcázar un magnífico escondite.

VII.

Había en las habitaciones que particularmente ocupaba, un precioso retrete de madera labrada, que había sido destinado siempre á la sultana favorita.

Las más preciosas maderas componían el ensamblamiento labrado de aquel retrete, y aquellas labores estaban enriquecidas con incrustaciones de nácar, marfil, cobre, plata y oro.

Un día, Sidi-Ismaíl notó que uno de los lugares del ensamblamiento sonaba á hueco.

Reconoció minuciosamente aquel lugar, y se convenció de que en él había una puerta secreta, pero tan bien disimulada, que no era posible á no conocer su construcción dar con ella.

Después de una larga observación, Sidi-Ismael encontró al fin un resorte, y cuando la puerta se abrió, le dejó ver un estrecho pasadizo, al fin del cual había una estrechísima escalera.

Después de aquella escalera, á su pié, recorrió una larga y estrecha mina.

Al fin de la mina encontró otra escalera, y en lo alto de ella otra puerta secreta.

VIII.

Aquella puerta comunicaba con unas magníficas habitaciones, que parecían haber sido destinadas á una sultana favorita.

Pero en tiempos remotos.

Las colgaduras, los divanes, las alfombras, todo se reducía á polvo al tocarlo Sidi-Ismael.

Pero aquellas habitaciones tenían para él la preciosa cualidad de estar absolutamente incomunicadas.

Esto, según creía Sidi-Ismael.

Por sí mismo, empleando en ello algunos días, el rey árabe limpió aquellas habitaciones, trasladó á ellas nuevos muebles, nuevos tapices, nuevos divanes, nuevas alfombras, y al fin una noche llevó á su prisionera á su nuevo encierro.

Allí no debía ser vista ni servida por nadie sino por Sidi-Ismael.

IX.

Sidi-Ismael sentía por Zayda-Sobeydah un amor respetuoso, en fuerza de su misma intensidad.

Quería obligarla por su amor, por su abnegación.

Guardándola de tal modo, y respetándola á pesar de tenerla en su poder, pensaba ablandar su dureza, obligarla á amarle.

El no sabía que Zayda-Sobeydah amaba y esperaba.

Y Sidi-Ismael seguía esperando y amando también.

X.

De modo, que Alfonso VI tenia sitiado á Sidi-Ismail, y Sidi-Ismail tenia sitiada á Zayda-Sobeydah.

Pero estaba escrito, como decian los musulmanes, que los amores de Alfonso VI tuvieran un dia una parte importante y una influencia decisiva en los asuntos de Sidi-Ismail.

En vano Sidi-Ismail habia comunicado á Zayda-Sobeydah.

XI.

Una noche en que la desdichada sultana velaba, porque sus cuidados y sus penas la quitaban el sueño, sintió un ligero rechinamiento en uno de los ángulos del retrete en que se encontraba.

Otras veces, un rechinamiento semejante la hacia estremecer, porque la anunciaba la llegada de Sidi-Ismail.

Pero aquel rechinamiento resonaba en un ángulo del retrete completamente opuesto á aquel donde el nuevo rechinamiento habia resonado.

Esto demostraba que en aquel retrete habia dos puertas secretas.

Debemos advertir, que los árabes eran muy dados á las comunicaciones ocultas, á las minas, á los subterráneos.

No hay ciudad árabe que no esté cruzada de minas, algunas de las cuales tienen su salida por el campo á gran distancia de la ciudad.

En Granada conocemos más de diez de estas salidas, de estos caminos subterráneos.

Generalmente estas minas empezaban en los alcázares, en los castillos, en las mezquitas.

La más estrecha de las que en Granada hemos visto, tiene cabida para un hombre armado: y una hay, que desde debajo de la Alhambra va á salir á dos leguas de la ciudad, por la que puede marchar un hombre á caballo.

Teniendo presente la rudeza de aquellos tiempos, la frecuencia de las rebeliones de los vasallos contra los reyes, lo largo y

lo pesado de los sitios, se comprenderá la construcción de estas minas, destinadas las unas á servir de escape, las otras para surtir de víveres á una población sitiada.

Se comprenderá también que las entradas y las salidas de estas minas fueran secretas y conocidas de pocos, para que sirviesen mejor al objeto que se las había destinado.

XII.

Volvamos á nuestro relato.

Zayda-Sobeydah, al oír el rechinar de una puerta que se abría, en un lugar donde ella ignoraba existiese puerta alguna, palideció y tembló, como á la indicación de un peligro desconocido.

La puerta se abrió.

Era baja y estrecha, y tras ella la sultana vió el resplandor de una lámpara y una forma blanca que se revolvía.

Zayda-Sobeydah se puso en pié, y permaneció inmóvil, dominada, coartada por el miedo.

Al fin apareció saliendo por aquella puerta, un hombre de buena estatura envuelto completamente en un hayke blanco, y con el capúz calado sobre la cabeza, y bajo el cual solo se veía el extremo de su barba negra y rizada.

XIII.

Aquel hombre, al ver á Zayda-Sobeydah hizo una exclamación de sorpresa, y aun podemos decir que de alegría.

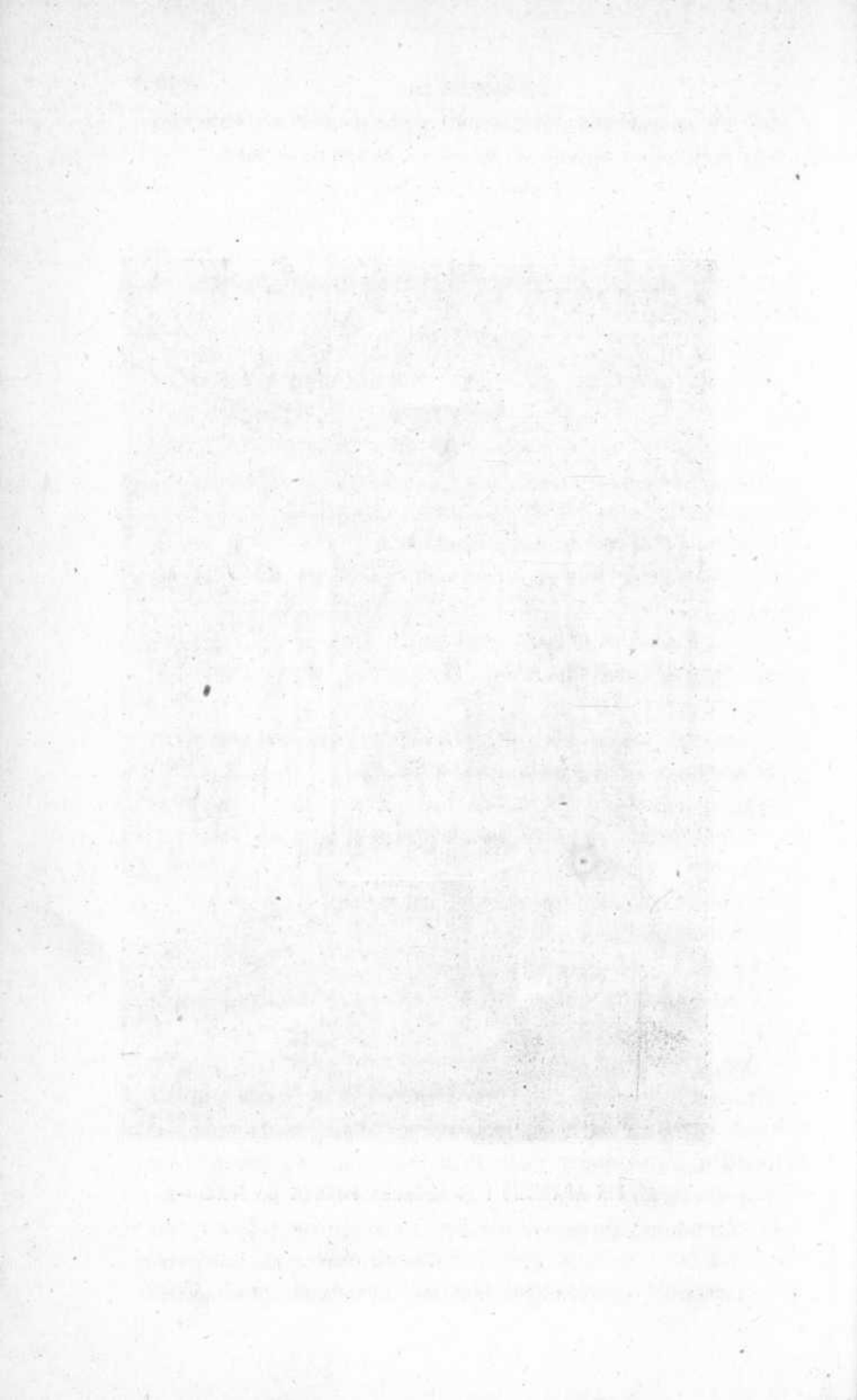
Comprendió en la actitud y en la palidez de la sultana que estaba aterrada, y echó atrás el capúz de su hayke y se iluminó de una manera significativa el semblante con la luz de la lámpara que traía en la mano.

Aquel hombre era el wali Al-Hahor, el favorito del difunto rey Al-Mamun, el que conocía á la jóven sultana desde que nació: él fué el guardador de la pobre jóven antes que fuera víctima de los amores de Alfonso VI.

Hacia cerca de un año que Zayda-Sobeydah no le veía.



AL FIN APARECIÓ POR AQUELLA PUERTA UN MORO...



Un año trascurrido desde el momento en que huyendo Al-Hahor habia sido alcanzado y preso por el rey Sidi-Ismail.

XIV.

Al ver al africano Zayda-Sobeydah, se tranquilizó y adelantó rápidamente hácia él.

Luego le miró con ansia y con expresion de duda.

Al fin su semblante se iluminó con una gran expansion de alegría triste, si se nos permite esta frase.

—¡Eres tú! ¡tú! dijo. ¿No has muerto, Al-Hahor?

—No, noble sultana, vivó aún, gracias á la misericordia de Dios y á los cuidados del rey don Alfonso.

—¡Alfonso! ¡Alfonso! exclamó la sultana.

Y el nombre de Alfonso VI repetido en su lábio era un gemido.

Una expresion dolorosa de su alma.

—¿Y Alfonso? exclamó al fin; ¿dónde está Alfonso? ¿te envia él?

—Pues qué, luz del cielo, dijo Al-Hahor, ¿no sabes que el rey de los cristianos tiene puesto cerco á Toledo?

—¡Ah! ¡yo no sé nada, Al-Hahor! yo estoy presa, cautiva: hace mucho tiempo que á nadie veo, á nadie más que á él.

—¡A él!

—Sí; al asesino, al miserable, al usurpador.

—¡El rey Sidi-Ismail!

—Sí, ¡el rey Sidi-Ismail!

—Pero, ¿quién te asiste?

—Él.

—¡ÉH!

—Sí, todos los dias viene: me trae manjares, ropas, cuanto necesito: cuida de mí y de cuanto me rodea, es decir, estas habitaciones, porque yo solo estoy rodeada de soledad. Esas celosías son dobles y espesas, y no puedo ver lo que pasa fuera: es verdad que algunas veces oigo en el cercano Zocodover, gritos, tumulto, ruido de armas, y son de trompetas: ¿pero qué me importa eso? aquí no vive más que mi cuerpo: mi alma está

muy lejos: está donde está Alfonso, donde está mi hijo: háblame de ellos dos, Al-Hahor.

—Tu hijo, sultana, crece hermoso como un arcángel, y mi madre cuida de él.

—¡Oh, y cuánto tiempo hace que no he visto al hijo de mi dolor! ¡oh, y cuánto he llorado con el alma helada, pensando en él, sin saber si era muerto ó vivo! ¡oh! ¡cuánto, cuánto he sufrido y sufro!

Y la sultana se sentó de nuevo en el divan, inclinó la cabeza sobre su seno y lloró.

XV.

Las lágrimas alivian el dolor, y el leal africano no se atrevió á interrumpir aquella expansion del alma de la sultana.

Permaneció de pié delante de ella contemplándola, y con dos lágrimas temblorosas asomadas á sus bravíos ojos negros.

—¡Quiero ver á mi hijo! exclamó Sayda-Zobeydah levantando su hermoso y pálido semblante, y fijando su mirada á través de un velo de lágrimas en Al-Hahor.

—Sal conmigo: el camino por donde yo he llegado hasta aquí es seguro.

—¿Y á dónde sale este camino?

—Es una antigua mina que solo conocemos el noble rey Al-Mamun (con quien Dios haya sido misericordioso) y yo: esa mina sale á los subterráneos de las ruinas del templo de Hércules.

—¿Y sabias tú que ese camino oculto conducía á este sitio?

—Sí.

—¿Y sabes por donde se sigue ese camino hasta el alcázar?

—Sí: por aquí, dijo Al-Hahor.

Y señaló el camino opuesto á aquel por donde habia entrado.

—Es verdad, dijo Zayda-Sobeydah: allí está la puerta oculta por donde entra Al-Kadir.

—¿Y ha venido ya esta noche?

—Sí; y no volverá hasta dentro de tres dias: así me lo ha dicho, y me ha dejado manjares para algunos dias más.

—Pero si el rey Al-Kadir muere en una de las acometidas que hace sobre el campo cristiano.....

—Entonces yo moriría aquí de sed y de hambre.

—¡Oh! Dios no ha querido que eso sea, y me ha traído aquí: sígueme, sultana.

—¿Está fuera del campo de los cristianos la salida de la mina?

—No, sultana: el campo real de Alfonso VI está sobre las ruinas del templo de Hércules.

—¿De modo que al salir nos encontramos entre los enemigos de Toledo?

—¡Sí! dijo tristemente Al-Hahor.

—Entonces no salgo de aquí.

—¿Y por qué, señora?

—Una sultana de la familia de Dzin-Nunc, la descendiente de una raza de héroes, no abandona su patria cuando está amenazada.

—Los decretos del destino se cumplen, dijo tristemente Al-Hahor: la hora de Toledo ha llegado: tu heroísmo es inútil: todo se vuelve contra nosotros: como si los cristianos no fueran bastantes, el rey de las Andalucías, aliado y amigo de don Alfonso, viene sobre Toledo.

—¿Y vendrá con él Sayda-Llemal?

—Sí.

—¿Y la verá Alfonso?

—Sí.

—¡Oh Señor implacable! ¡oh Señor! ¡y esa mujer sedienta de nuestra sangre, esa mujer hermosa como un arcángel de fuego, ama al padre de mi hijo!

—Pero esa mujer, sultana, no es más hermosa que tú, no es más noble, tú..... puedes luchar con ella.

—¡Ella es cristiana! dijo con desprecio Zayda-Sobeydah: ella podrá ser esposa de Alfonso: yo no puedo serlo: yo no renegaré jamás del Dios de mis padres.

—Al-Hahor no supo qué contestar.

Aborrecía como buen musulmán á los cristianos, y si servía á Alfonso VI era por una razon de agradecimiento.

Le debía la vida.

Por orden de Alfonso VI se le habia asistido con el mayor cuidado.

El rey además, habia ofrecido una gran recompensa á los médicos si le salvaban.

Al-Hahor impresionable como africano, amaba al rey como á su padre, y estaba dispuesto á hacerse matar por él.

Al-Hahor se encontraba dificilmente colocado entre su patria adoptiva, Toledo, el amor á su antigua señora, y su agradecimiento hácia Alfonso VI.

No sabia, pues, qué hacer.

XVI.

—¿Dices que el rey Aben-Abed viene sobre Toledo? preguntó al fin Zayda-Sobeydah á Al-Hahor.

—Sí, noble sultana, y tardará poco en entrar.

—¿Es seguro que con él vendrá su hija?

—Así lo creo.

—Pero Sayda-Llemal aunque es cristiana, no puede ser esposa de Alfonso, porque los cristianos no tienen más que una sultana, y creo que Alfonso está casado.

—Sí.

—¿Y es hermosa la sultana de Alfonso?

—¡Oh! ¡sí! muy hermosa; pero no hay en sus ojos la luz que en los tuyos, ni en su semblante blanco, la hermosura de tus megillas morenas: ¡oh! ¡sí! sultana, ella es muy hermosa; pero comparada contigo la reina Inés de Poitiers.....

—¿Se llama..... Inés de Poitiers?.....

—Sí..... comparada contigo la reina Inés, es como la luna pálida comparada con el sol resplandeciente.

—¡Oh! ¿entonces es tambien más hermosa que ella Sayda-Llemal?

—¡Oh! ¡sí! porque la hija del sultan de Andalucía es otro sol: pero tú, sultana, eres el dulce sol de la primavera, y Sayda-Llemal el sol abrasador del estío.

Zayda-Sobeydah se movió inquieta sobre el divan.

—¿Y está la reina de Alfonso con él? preguntó á A-Hahor.

—Sí, sultana, pero retirada, rodeada de su servidumbre, sin que nadie apenas la vea. ¡Dicen que está loca!

—¡A las sultanas locas se las aparta del rey, se las encierra en lo más retirado del haren! exclamó Zayda-Sobeydah.

—Dicen que el rey Alfonso se separará completamente de la reina.

—¡Y entonces podrá casarse con otra!

—Sí.

—¿Y Sayda-Llemal viene y es cristiana?

—Sí.

—¡Oh! yo quiero ver á Alfonso.

—Ven conmigo.

—No: que venga él aquí.

—¡Aquí! ¡si se encuentra con Sidi-Ismaíl!

—Sidi-Ismaíl no vendrá en tres dias.

—Dime, sultana, ¿viene siempre Sidi-Ismaíl solo?

—Solo.

—Pues bien, dijo Al-Hahor despues de dudar un momento: el rey Alfonso vendrá.

—¡Vendrá! ¿y cuándo? dijo respirando apenas Zayda-Sobeydah.

—¡Vendrá!... ¡oh! llamándole tú, vendrá esta misma noche.

—¡Oh! pues vé, Al-Hahor, vé..... no tardes..... que espero impaciente.

XVII.

Al-Hahor salió y cerró tras sí la puerta secreta.

Zayda-Sobeydah tomó una lámpara y fué á otro aposento.

Estaba sobrecitada, trémula, loca.

Iba á ver á Alfonso VI, y sabia que su hijo vivia, que crecia hermoso.

A Zayda-Sobeydah le pareció entonces aquella soledad encantadora.

Envuelta en su misterio, podia embriagar en sus amores á Alfonso VI, hacerle olvidar á Sayda-Llemal, triunfar acaso de ella.

Por la primera vez de su vida, la dulce, la sencilla, la enamorada Zayda-Sobeydah, se puso delante de un espejo para mirar si su hermosura habia empalidecido, habia perdido su fuerza.

Arrojó la toca que cubria casi completamente su cabeza, agrupó sus ricos cabellos, echó fuera de sí su caftan, dejando descubiertos su cuello y sus hombros.

Su mirada devoraba ardiente la plancha de plata bruñida que la servia de espejo.

La escitacion, el amor, la esperanza, la embellecian de tal modo, daban tal vida á su semblante, tal brillo á sus ojos, tal expresion á su boca, que á pesar de su dulce modestia, Zayda-Sobeydah dejó ver en su boca una sonrisa de triunfo.

Luego meditó que el adorno podia aumentar su hermosura, y abrió un cofre y sacó de él collares, arracadas, ajorcaas; se vistió una túnica de brocado color de escarlata, luego otra de brocado blanco; rodeó á su cabeza una bellísima toca bordada de perlas y con pedrería, se tiñó las uñas y debajo de los ojos con alheña, se inundó de perfumes, hizo, en fin, cuanto una sultana hacia en su tocador cuando esperaba la llegada de un sultan amado, y su espejo la dijo que su hermosura era irresistible.

Luego salió al retrete donde la habia encontrado Al-Hahor, cargó de resinas aromáticas los perfumeros, los encendió, y envuelta en la blanca y ténue nube de aquel humo blanco y aromático, se reclinó en su divan y esperó con el corazon violentamente agitado á Alfonso VI, entregada ya á un sueño de amor.

XVIII.

Al-Hahor entre tanto habia bajado unas profundísimas escaleras, y habia recorrido una larga y tortuosa mina.

Al fin de ella por medio de un resorte, habia hecho girar una piedra, y se habia encontrado en un espacio lóbrego, al fondo del cual se veia un pálido reflejo al través de una alta columnata.

Aquel espacio pertenecia á las ruinas del templo de Hércules, y aquel pálido resplandor provenia de la luna.

Al-Hahor escondió su lámpara en un ángulo de las ruinas, la apagó, y adelantó hácia la salida.

Cuando estuvo fuera, se encontró en un espacio rodeado de tiendas de campaña, en medio de las cuales se alzaba otra tienda infinitamente mayor.

Aquella era la tienda real.

Junto á ella se veían pasearse los guardas atentos y vigilantes con la ballesta, la lanza ó el hacha de armas al hombro, segun que eran ballesteros, ginetes ó harcheros.

Algunos caballos trabados y ensillados se veían dormitando junto á la tienda real.

XIX.

Era la noche serena y clara.

La luna llena y alta, brillaba con suma claridad.

Allá á lo lejos se veía á Toledo silencioso y oscuro, recostado en su altura bajo la luz de la luna.

El silencio era profundo.

Solo de tiempo en tiempo se oían los gritos de vigilancia de las atalayas del ejército sitiador, que se perdían á lo lejos, yendo á provocar otro grito de vigilancia de las atalayas árabes de los torreones de Toledo.

Al-Hahor adelantó sin temor hácia la tienda real.

Todos le conocían, todos sabían que el rey le estimaba en gran manera, y la estimacion del rey daba una gran importancia á Al-Hahor.

El africano se dirigió en derechura á la entrada de la tienda real.

Pero al llegar á ella, un caballero que estaba á la puerta le dijo:

—No puedes pasar, amigo Al-Hahor, el rey reposa.

—Es necesario que yo vea al rey, respondió Al-Hahor.

—Ved allí donde asoma el conde don Peranzules, dijo el guarda.

Peranzules era el servidor inseparable del rey.

No se sabía cuándo comía, cuándo dormía, cuándo holgaba.

En el momento en que cualquiera se acercaba al rey, la pri-

mera persona que se veía á la puerta de la cámara ó de su tienda, era don Peranzules.

Salvo cuando don Peranzules se encontraba fuera de la corte cumpliendo algun encargo del rey.

En estos casos, que no eran frecuentes, el conde Juan Galindo sustituía á Peranzules al lado del rey.

XX.

Peranzules adelantó desperezándose.

—¿Qué eso? dijo al atalaya?

—Es el capitan Al-Hahor que quiere ver al señor rey.

Llamábase al-wali Al-Hahor, capitan en el ejército de Alfonso VI, porque tenia en él cien ginetes moros, de los que era gefe.

Un bravo escuadron de mulatos africanos que hacian muy buenos servicios al rey.

—Importante debe ser el negocio que te traes, walf, dijo Peranzules á Al-Hahor, porque no acostumbras tú ser importuno.

—Tan importante, que tengo la seguridad de que el rey se alegrará de recibir cuanto antes la noticia que le traigo.

—¿Y no puedes tú darme esa noticia para que yo se la dé á su señoría? dijo Peranzules, que era excesivamente curioso.

—Es asunto tan grave, dijo con su seriedad africana Al-Hahor, que solo por mí puede tener noticia de ello el rey.

—¿Y urgente?

—Urgente.

Giró sobre sus talones Peranzules, y entró en la tienda.

Al-Hahor se quedó esperando.

Poco despues apareció de nuevo Peranzules, y dijo á Al-Hahor:

—Entra, walf, el rey te espera.

Al-Hahor entró.

XXI.

La tienda del rey era completamente una tienda de soldado.

Lo único que la distinguía de las demás, era su estandarte y algunos ricos tapices colgados de ella y estendidos por el suelo.

De una cruz de madera estaba colgado en un ángulo el arnés de batalla del rey, fuerte, blanco y sencillo, sin otro distintivo que una sencilla corona de hierro dorado en el yelmo, y una cruz de esmalte rojo, con rayos de oro flameantes en el escudo, y al rededor este mote: *Cum fide et pro fide*.

En un ángulo de la tienda, se veía el estandarte real, blasonado con las armas de los cuatro reinos cuyas coronas ceñía Alfonso VI.

En otro ángulo sobre una tarima ó tabladillo cubierto con un tapiz, se veía el lecho del rey, al que servía de abrigo un paño de púrpura, sembrado de castillas y leones de oro.

En el centro habia una gran mesa, y junto á ella un sillón. La mesa dejaba ver un hermoso tintero de mármol con relieves de plata, una multitud de papeles, un reloj de arena, algunos libros y una lámpara de hierro bellamente cincelada, y el birrete, la espada y el puñal del rey.

Junto al lecho habia un gran cofre de madera labrado con anchas abrazaderas de hierro cincelado, y tres anchas cerraduras.

XXII.

Cuando Al-Hahor entró en la tienda, el rey estaba echado en el lecho y vestido, como duermen en campaña los soldados.

Antes de llegar junto al rey, Al-Hahor hizo tres profundas zalemas ó genuflexiones con las manos cruzadas sobre el pecho, á la usanza árabe.

Peranzules, siempre curioso cuando se trataba de saber algo, estaba á espaldas de Al-Hahor.

—La alabanza á Dios, dijo Al-Hahor en árabe.

—No hay otro Dios que Dios, contestó tambien en árabe el rey, y añadió: Dios uno y trino.

—Dios sabe lo oculto, replicó el wali.

—Indudablemente, Al-Hahor, indudablemente, dijo el rey: no nos metamos en la eterna disputa de los creyentes y de los cris-

tianos, sobre si como decís, es uno y solo ó uno y trino; yo creo en la Trinidad y tú no; yo creo en Jesucristo y tú en Mahoma: harto hemos disputado sobre eso, y espero que no me hayas despertado para continuar conmigo esa disputa á la media noche.

—Ah, no, poderoso é invencible señor: vengo á darte una gran noticia: pero solo tus oídos deben escucharla.

—Déjanos solos, Peranzules, dijo el rey.

Peranzules salió murmurando, porque le contrariaba no coger algo del secreto que llevaba consigo Al-Hahor.

—Siéntate, mi buen amigo, dijo el rey al walí cuando quedaron solos.

Al-Hahor se acercó al lecho del rey y se sentó sobre las piernas cruzadas.

Después sacó de su bolsa un pedazo de ópio y se puso á mascararlo.

El rey estendió la mano hácia Al-Hahor, y este, observando el ademan del rey, sacó una cajita de oro y de ella una partícula de ópio que entregó al rey.

Alfonso VI habia contraído la costumbre de tomar ópio en Toledo, pero le tomaba de vez en cuando, y en muy pequeña cantidad.

Por lo que vamos diciendo se comprende que el rey trataba con suma confianza á Al-Hahor.

—Habla, puesto que ya estamos solos, dijo el rey.

—Voy á hablar; pero como debe ser, voy á empezar por el principio.

—Lo que quiere decir que tu relato va á ser largo.

—Cuanto sea necesario.

—Oye: te advierto que mi buen Peranzules estará con el oído tan largo: me quiere tanto, que pretende saber hasta cómo respiro cuando duermo: si quieres que nada entienda de tu relato, habla, no el árabe de los moros de la banda de acá, sino el de los de la banda de allá: moghrebín puro, que yo le entiendo bien y él no le entiende: para que te entienda menos, habla deprisa y así acabaremos también más pronto.

—Me da contento, señor, de acordarme que tú hables con el lenguaje de mi patria y de mi tribu, y ya sé yo quién te ha en-

señado el lenguaje puro africano: el buen Al-Mamun, á quien Dios haya premiado con su paraíso.

—Es verdad: el padre Al-Mamun me lo enseñó: él me decía: «El saber no pesa, Alfonso: un rey debe ignorar lo menos posible: aprende lo que yo sé, que aunque no sea más que por los años que tengo no es poco.» Y el buen anciano, paseando conmigo por los jardines todas las tardes, me enseñaba, ya cómo se gobiernan los reinos, ya cómo se trata con otros reyes, ya cómo se hace la guerra, ya en fin, me hacia conocer las lenguas y los idiomas que él conocía: era mi padre, y nunca viviendo él hubiera yo venido sobre su reino.

—Dios perdone al infame Sidi-Ismail Al-Kadir, dijo Al-Hahor: ahora escúchame, rey poderoso é invencible.

Al-Hahor se recogió un momento inclinando la cabeza y cerrando los ojos, y luego empezó de esta manera:

XXIII.

—Cuando el noble y esclarecido rey Al-Mamun me favorecía, teniéndome más que á otro alguno cerca de sí, y confiándome los más graves encargos, yo que conocia todos los secretos del rey mi señor, conocia tambien una larga mina que empezaba en su haren, y pasando por una de las torres del muro del alcázar iba á salir al campo.

El rey Al-Mamun acostumbraba á velar por sí mismo el cumplimiento de sus leyes, y con mucha frecuencia salia conmigo disfrazado por aquella mina, á visitar durante la noche las alquerías y las villas comarcanas, y ver el orden que se llevaba en el riego de los campos y en la vigilancia nocturna.

Otras noches las escursiones del rey eran por las calles y plazas de Toledo.

En las visitas del campo, siempre, fingiéndose un caballero á quien la noche habia sorprendido fuera de poblado, pedia hospitalidad en una alquería; preguntaba, inquiría y sabia por este medio las quejas y las alabanzas de que eran objeto los gobernadores, segun que gobernaban bien ó mal á sus vasallos.

El rey Al-Mamun era un gran rey.

Cuando le hablaban de los intereses de su familia, decía :
—Mi familia es muy grande y sus intereses son muchos: mi familia empieza allí, donde están las fronteras de mi reino.

Al-Mamun-Dzin-Nun era un gran rey.
Dios le haya premiado.

Saliamos, pues, del alcázar al campo, por una larga mina.
Esta mina desembocaba en el centro de las ruinas del cercano templo de Hércules.

—¡Y existe esa mina! exclamó el rey con toda el ánsia de un sitiador á quien dicen que hay una entrada oculta y segura por donde penetrar en la ciudad que sitia.

—Sí, noble rey, dijo Al-Hahor: esa mina casi la he encontrado; al fin he encontrado su entrada por la parte de las ruinas.

—¿Por qué tardamos en ir? dijo el rey levantándose completamente del lecho.

—Espera, señor, espera: esa mina no te servirá para penetrar por ella en Toledo con tus ejércitos.

—¿Y por qué no? ¿no eres tú mi amigo? no aborreces á Sidi-Ismail Al-Kadir?

—Te sirvo contra él; pero yo no faltaré al juramento que hice al rey Al-Mamun: él me dijo la primera vez que le acompañé por la mina:

—Júrame ante Dios, no revelar á nadie, nunca, jamás, esta comunicacion oculta de mi alcázar con el campo.

Yo se lo juré.

Yo no faltaré á mi juramento.

—Has faltado ya.

—No: porque vos no sabeis donde está la entrada de la mina.

—La encontraré.

—Cuatro meses hace que volví de Africa, á donde fui á convalecer de mis heridas: cuatro meses hace que todas las noches, provisto de una lámpara, registré las ruinas, las encontré trocadas, se ha sacado piedra de las ruinas para las barreras de tu campo, y yo habia perdido el tino: anoche por fin encontré la entrada.

—¿Y para qué me lo recuerdas, si para nada me ha de servir esa mina? dijo con mal talante el rey.

—Espera, señor: espera á que acabe mi relato.

—Sigue pues.

—Abrí la puerta oculta, pasé por ella y volví á entrar; recorrí la mina, y al abrir la puerta por donde la mina se comunica con la primer torre del alcázar del rey de Toledo, ví sentada en un divan á la sultana Zayda-Sobeydah.

—¡Zayda-Sobeydah! exclamó el rey palideciendo de una manera mortal.

Y el recuerdo de la hermosura y del amor de la sultana, de la madre de su primer hijo, hizo latir violentamente el corazón del rey.

—Sí, Zayda-Sobeydah, que te ama y sufre por tí la tiranía de Sidi-Ismail Al-Kadir.

—¡Oh! ¡esclava de un miserable! exclamó el rey.

Y su exclamacion tenia la fuerza de un rugido.

La rubia melena del rey estaba herizada.

Como en los momentos en que su terrible cólera le dominaba.

—Zayda-Sobeydah está pura de los amores de Sidi-Ismail Al-Kadir, dijo Al-Hahor.

—¡A pesar de todo!

—Sidi-Ismail Al-Kadir es esclavo de la hermosura de la sultana, como la sultana es esclava de tu amor.

—¿Y por qué no te ha seguido, dí?

—Se niega: una princesa de la raza de Dzin-Nune, me ha dicho, no puede deshonrarse apareciendo esclava de un rey cristiano: yo no puedo ser su esposa: yo no renegaré jamás del Dios de mis padres.

—Pero Zayda-Sobeydah no seria, ni mi esclava, ni mi manceba.

—Yo pereceré con Toledo, me ha dicho: yo no saldré de Toledo, de mi pátria, para ir á buscar á su enemigo; pero quiero ver á mi Alfonso, al padre de mi hijo.

El rey se levantó completamente.

—Vamos, dijo, acercándose á la mesa y cogiendo su birrete, su espada y su puñal.

—Un momento, señor.

—¿Qué nueva pretension es la tuya?

—Járame por tú fe real y por tu honor de caballero, que no procurarás descubrir la entrada del camino secreto por donde vas á llegar hasta la sultana: que si por acaso la descubrieres, guardarás el secreto, y que te dejarás vendar los ojos y guiar por mí cuando estuviésemos en las ruinas del templo de Hércules.

—¿Y si no lo juro?

—No verás á Zayda-Sobeydah.

—¡Una rebeldia!

—Mi cabeza es tuya, señor, dijo el moro; pero perderia la cabeza antes que hacer traicion á mi juramento.

—Pues bien, dijo Alfonso VI, juro segun deseas.

—Entonces, señor, vamos.

El rey se envolvió en un manto oscuro y salió con Al-Hahor de su tienda.

—Que nadie me siga, dijo al conde Peranzules que estaba á la puerta de la tienda.

Y se encaminó con Al-Hahor á las ruinas del templo de Hércules que estaban próximas.

XXIV.

De improviso, y antes de que el rey se hubiese separado muchos pasos de su tienda, se oyó hácia la parte del Mediodia un rumor sordo.

El rey se detuvo.

Aquel rumor creció rápidamente y se convirtió en estruendo. Luego se oyeron á lo lejos trompas y atabales que tocaban al arma.

Progresivamente las trompas y los atabales de todo el campo real repitieron con estruendo y con insistencia el aviso.

El rey retrocedió.

—¡A caballo, Peranzules, á caballo! gritó el rey. Toledo prueba á quitarse el cinturon que le hemos puesto, y es preciso apretárselo más.

En aquel momento llegó un caballero á rienda suelta.

—¿El rey, dónde está el señor rey? gritó el ginete.

—Habla, dijo el rey desde la puerta de la tienda: ¿qué sucede?

—El rey moro ha salido con toda su caballería por el Alcántara, y ha caído de repente sobre el campo de los gallegos.

—Pues vélvete, dijo tranquilamente el rey, y di á mis buenos vasallos de Galicia, que aprieten los puños y las lanzas: enviad un correo al Cid y otro á Alvar Fañez.

—Ya estan los dos condes con sus lanzas en batalla, señor.

—Ah, pues entonces, dijo ligeramente el rey, no envidio la diversion al rey de Toledo: decid, añadió al caballero que habia traído la noticia, que vean el modo de cortar al rey la retirada y cogerle: id, id, y buen puño y buena suerte.

—¿Y no os armáis, señor? dijo Peranzules.

—¿Y para qué? respondió el rey: ¿crees tú que he de armar-me yo, siempre que se le ponga en la cabeza al rey Sidi-Ismaíl Al-Kadir salir á tentarnos la fuerza? él se volverá lastimado: cierto es que Toledo nos rechaza, gracias á la piedra viva en que se asienta y al rio Tajo que le cerca; pero tambien es cierto que de Toledo no me ha de salir nadie más que los pájaros y las moscas, y eso porque vuelan; un rebato del rey Sidi-Ismaíl Al-Kadir, un nuevo desengaño para él: vamos, Al-Hahor, vamos, sigamos nuestro camino.

—Pero reparad, señor... si la fortuna, ayuda á Al-Kadir...

—Si él vence á mis capitanes, me venceria á mí: he temido un momento que la alarma fuese causada por el rey árabe de Valencia que se nos viniese encima: esto es distinto: vamos, Al-Hahor: mientras Sidi-Ismaíl-Al-Kadir combate inútilmente al pié de los muros, penetraremos nosotros en su alcázar.

Y el rey siguió hácia las ruinas mientras Peranzules se armaba á toda prisa para poner en orden de batalla, por lo que pudiera sobrevenir, á los hombres que formaban el campo real.

XXV.

Alfonso VI gozaba en aquel momento.

Mientras que Sidi-Ismael Al-Kadir combatia como un desesperado con los gallegos y los castellanos, esponiéndose á ser muerto ó preso, Alfonso VI estaria al lado de Zayda-Sobeydah, de la hermosa que desesperaba á Sidi-Ismael-Al-Kadir, y cuya posesion le era tan difícil, tan imposible como el sostenimiento del sitio de Toledo.

Indudablemente, el gran pecado, el gran vicio, la gran falta, la gran sombra que amenguaba la persona de Alfonso VI, era el amor.

En una necesidad extrema hubiera dejado de ir á buscar á Zayda-Sobeydah.

Su amor ardia en su recuerdo.

En aquel momento la pobre sobrina del rey Al-Mamun era el único amor de Alfonso VI.

XXVI.

El estruendo de la alarma y del combate arreciaba.

Se comprendia que Sidi-Ismael Al-Kadir probaba un esfuerzo supremo.

Sin embargo, Alfonso VI no dejó el camino de las ruinas.

Tal confianza tenia en su ejército y en sus capitanes.

Muy pronto empezaron á descender el rey y Al-Hahor por entre las columnatas abiertas, por entre los muros derruidos.

Al fin llegaron á un punto en que el reflejo de la luz de la luna no bastaba á desvanecer las tinieblas.

Allí no se escuchaba el estruendo del combate.

—Dame tu mano á fin de que te guie, señor, dijo el wali al rey, que le dió la mano, dejándose conducir á través de las tinieblas.

—Ya estamos en la entrada de la mina, dijo Al-Hahor: ya he encontrado mi lámpara: no hay necesidad de que te vende los ojos, señor; cuando estemos dentro de la mina encenderé.

Al-Hahor soltó la mano del rey, que poco despues oyó un áspero rechinamiento.

Era que se abria la piedra que servia de puerta á la mina.

Al-Hahor buscó de nuevo la mano del rey, la asió y tiró de él.

Poco despues, Alfonso VI oyó otra vez aquel rechinamiento áspero.

Era que la mina se cerraba.

Acordóse entonces el rey de la muerte de su hermano don Sancho.

Don Sancho sitiaba á Zamora, cuando fué muerto, como él tenia sitiado á Toledo: un miserable, un traidor, le ofreció meterle en Zamora, y don Sancho halló la muerte en la confianza que hizo de Vellido Dolfos: Al-Hahor era musulman y estaba solo con el rey bajo la tierra, en un lugar tenebroso, donde nadie más que Dios podria ser testigo de su crimen, y el rey receló.

Pero era bastante valiente para demostrar su recelo, y siguió andando guiado por la mano de Al-Hahor.

De improviso el wali se detuvo y soltó la mano del rey.

El rey llevó aquella mano á su puñal, y esperó.

En seguida se oyó un golpe leve como de dos cuerpos duros que se chocan y saltaron algunas chispas.

Luego el rey vió entre las tinieblas un punto rojo, una chispa de fuego, y despues una luz lívida.

Con aquella luz encendió Al-Hahor su lámpara.

Habia hecho luz por el antiguo medio del eslabon, el pederual, la yesca y la mecha de azufre.

El rey vió entonces que el rostro de Al-Hahor estaba tranquilo, y que en él se marcaban la lealtad y el valor.

La vida del rey no corria peligro alguno.

Alfonso VI comprendió por el contrario, que Al-Hahor se haria matar defendiéndole si sobrevenia un peligro.

XXVII.

La mina era estrecha hasta el punto de no poder ir por ella más que un hombre de frente, y alta no más que lo que bastaba para que un hombre de buena estatura no tuviera necesidad de encorbarse.

Sus paredes y su bóveda estaban revestidas de una argamasa gris, fuerte y lustrosa, y su pavimento era de gruesos ladrillos cocidos puestos de canto.

La mina ascendía en una suave pendiente, y de trecho en trecho se torcía en algunas marcadísimas y estrechas ondulaciones.

—¿Es muy larga esta mina? dijo el rey.

—Cuanto hay de distancia desde las ruinas á la entrada de la ciudad, dijo Al-Hahor: pero guardad silencio, señor, porque lo que se habla en esta mina, se oye á los extremos, y esta mina tiene algunas otras salidas á la ciudad.

—Se oirán tambien los pasos.

—No importa, señor: el ruido de los pasos es un rumor sordo que se confunde con otros mil rumores.

El rey guardó silencio y siguió adelante tras Al-Hahor.

Sucesivamente dejaron atrás algunas entradas ó ramificaciones, y al fin llegaron al pié de una escalera.

—Estamos bajo el alcázar, dijo en voz contenida Al-Hahor: cuando hayamos llegado á lo alto de esta escalera, abriré yo una puerta, y te encontrarás en el retrete donde te está esperando la sultana Zayda-Sobeydah.

XXVIII.

Subieron, y el walí abrió aquella puerta.

Al abrirse, dos cosas hicieron latir el corazón de Alfonso VI. Era una Zayda-Sobeydah, que á poca distancia de la puerta, estaba pálida, estremecida.

Era otra, el estruendo del combate, que resonaba hasta allí naciendo de los muros de Toledo, con un fragor tal, que pa-

recia que medio mundo peleaba con el otro medio.

Alfonso VI entró en la torre.

Hacia tres años desde que se habian visto por la última vez el rey y la sultana.

Zayda-Sobeydah dió un paso hácia el rey, vaciló, y hubiera caido desvanecida al suelo, si el rey no la hubiera sostenido en sus brazos.

Alfonso VI la llevó al divan.

La puerta por donde el rey habia entrado se habia cerrado de nuevo.

Zayda-Sobeydah y Alfonso VI estaban completamente solos.

El combate crecia de momento en momento.

—¡Oh! dijo Zayda-Sobeydah, yo no te esperaba ya: he oido empezar la batalla, la he sentido crecer: yo creí que tú estarias con los tuyos, y he rogado á Dios por tu vida.

—¡Oh! vida de mi vida, dijo el rey: por tí he dejado á mis caudillos sin capitán: yo ansiaba verte, yo anhelaba anegar mis ojos en tu hermosura.

—¡Ah! exclamó dando un grito Zayda-Sobeydah, que jugaba distraida con una de las manos del rey, mientras le escuchaba ébria de amor.

Y la niña retiró las manos de las del rey.

—¿Qué te asusta? dijo Alfonso VI.

—¡Tú amas á otra! ¡á Sayda-Llemal, á la hija del sultan de Andalucía! dijo Zayda-Sobeydah.

—¡Ah, no! dijo Alfonso VI, ¡yo á nadie amo más que á tí!

Y no mentia entonces el rey.

Zayda-Sobeydah estaba hermosísima, el rey la contemplaba ansioso, y no pensaba en nada más que en ella.

—¡Sí, tú amas á Sayda-Llemal! dijo Zayda-Sobeydah: tienes en la mano la sortija mágica de la reina de Saba, el carbunco maldito que llevaba ella cuando la conociste en un sarao en el alcázar de mi padre Al-Mamun.

El rey llevaba en el dedo del corazón de su mano izquierda, el carbunco que Sayda-Llemal le habia dado para que fuese invencible, para que huyese de él toda desgracia.

Zayda-Sobeydah miraba transida de pena aquella sortija.

Los musulmanes dan una grande influencia á los amuletos, y la sultana creia que por la influencia de aquella sortija, no podia amarla Alfonso VI.

Y miraba el carbunclo transida de pena y temblando.

—¡Yo te amo! dijo el rey rodeando con sus sus brazos la cintura de la sultana.

Zayda-Sobeydah se estremeció y miró á Alfonso VI, exhalando su alma entera en su mirada.

—¡Oh! yo te amo tambien, aunque tú no me ames: yo te amaré mientras viva, y cuando muera, te veré en el sueño de la muerte y te amaré.

—Yo tengo en tí dos amores, dijo Alfonso VI.

—¡Oh! ¡nuestro hijo! exclamó Zayda-Sobeydah, adivinando al rey: ¡le has visto! ¡oh! ¡es muy hermoso ¿no es verdad? hace un año que yo no le veo: ¡desde que murió el padre Al-Mamun! ¡cuánto he sufrido, cuánto he agonizado, cuánto he llorado por tí y por él! pero ¿le has visto tú? ¿le conoces tú, Alfonso mio?

—Sí, dijo el rey: me le ha llevado el buen Al-Hahor.

—¿Tiene los ojos como tú de color de cielo, y como tú los cabellos de oro, y es como tú blanco y hermoso? ¡oh Alfonso de mi vida! yo te amaba en él, y cuando el alma de mi alma rodeaba mi cuello con sus pequeños brazos y me besaba en la boca, ¡oh! ¡yo te sentia á tí..... yo lloraba por tí! ¡hace un año que no le veo! ¡hace un año que mi corazon se rompe, me matan sin darme con la muerte el nuevo reposo que ya me es posible esperar!

—Héme aquí ya, dijo Alfonso VI, héme aquí que vuelvo enamorado á tus brazos.

—¡Entre la sombra y el misterio! dijo Zayda-Sobeydah.

—Tú saldrás conmigo de aquí: tú vivirás donde yo viva.

—Yo soy sobrina de Al-Mamun, yo no puedo deshonrar su nombre: yo caeré con Toledo: yo no iré á sufrir la vergüenza siendo la manceba de aquel de quien no puedo ser esposa.

—¿Y por qué?

—Yo no me uniré jamás á un cristiano.

—¿Y nuestro hijo?

—Le basta con su madre.

—¿Y nuestro amor?

—Yo soy tu esclava, yo te adoro: una entrada secreta puede traerte hasta mí, prisionera siempre en esta torre: mientras Toledo sea de Sidi-Ismaíl-Al Kadir, llega hasta mí por donde has entrado esta noche: cuando Toledo sea tuyo, que lo será (y la sultana al decir estas palabras miraba el carbunclo que el rey tenía en su dedo): cuando Toledo sea tuyo, llega hasta mí por donde ahora llega Sidi-Ismaíl Al-Kadir.

—Sidi-Ismaíl Al-Kadir entra aquí..... y tú estás sola..... y él te ama.

—Siempre me acompaña mi amor: el amor que por tí me abrasa, y que es solo tuyo... antes que ofender yo á tu amor me dejaría matar: si un dia al abrir esa puerta, me encuentras inmóvil, lívida, helada, será porque Sidi-Ismaíl Al-Kadir habrá dejado de respetarme; será porque en mis venas habrá circulado el tósigo que hay debajo de la piedra de esta sortija.

Y mostró al rey un hermoso diamante que entre otras muchas sortijas tenía en una de sus manos.

—Pero si Sidi-Ismaíl Al-Kadir se vale de un filtro semejante á aquel que nos dieron á los dos.....

—Al volver á la razon moriria.

—Es necesario que me sigas, dijo Alfonso VI: yo no puedo vivir tranquilo estando tú aquí abandonada, sin defensa, á la voluntad de Sidi-Ismaíl Al-Kadir.

—¡Ah! ¡no! ¡no te seguiré! ¡déjame aquí! Oye: segun me ha dicho Sidi-Ismaíl Al-Kadir, esta torre está aislada, no tiene puerta, como no sea por donde tú has entrado, y por la parte del alcázar, se entraba en ella por debajo de la tierra: hacia muchos años que esta torre estaba abandonada y olvidada; pero desde que yo estoy en ella, los toledanos que han visto luz en sus altos agimeces, creen que la torre está encantada: que hay aquí un ser sobrenatural: deja que yo siga siendo la fantasma, el espectro, el duende de esta torre: este será para mí el haren donde tú me enamores: en esta torre, sin vergüenza mia, porque nadie sabrá que yo existo, seré tu amante, tu esclava, lo que tú quieras que yo sea siempre para tí: en esta torre cuando tú hayas ganado á Toledo, viviré con mi hijo..... con

nuestro hijo, que estará á mi lado hasta que ya sea necesario que aprenda lo que debe aprender un buen caballero: entonces te le llevarás tú, y le traerás de tiempo en tiempo para que yo le vea; y cuando hayan pasado muchos años, cuando mi juventud haya desaparecido, cuando ya no exista mi pobre hermosura, cuando ya no encuentre gracia en tus ojos, saldré de aquí para ir á vivir á mi alquería de Guadamar, donde he vivido desde que tú partiste de Toledo, hasta que murió el padre Al-Mamun.

—¡No, no! ¡imposible! ¡tú no puedes permanecer aquí! ¡aquí estás en peligro! ¡no quiero encontrarte sin vida, cuando venga un día á buscarte abrasado de amor!

—Será lo que el Altísimo haya escrito en el libro de mi destino: pero no saldré de aquí... no me deshonraré delante de ojos humanos.

—¡Pero tú te convencerás! ¡tú comprenderás que permanecer aquí es una locura!

—Cuando enamorada de tí, loca por tí, no te sigo, ¿qué más puedes esperar que me convenza?

—¡Oh! entonces... yo creo como tú, que este carbunco mágico protege á quien le lleva: tómale.

Y el rey, que era supersticioso, que creía en la gran virtud del amuleto de la reina de Saba que le habia dado Sayda-Llemal, se lo quitó del dedo y se lo dió á Zayda-Sobeydah.

—¡Oh, sí! ¡sí! me amas cuando me das una prenda que otra mujer te ha dado, dijo la sencilla Zayda-Sobeydah, que no sabia hasta qué punto confundia unos con otros sus amores Alfonso VI.

—¿Crees ahora que eres mi solo, mi único amor? dijo Alfonso VI.

—¡Sí! ¡sí! respondió Zayda-Sobeydah, arrojando toda su alma, todo su amor en aquellos dos *sies*.

Y luego reclinando su bellísima cabeza en el hombro de Alfonso VI, exclamó:

—¡Oh, y qué feliz soy!

El rey tomó entre las palmas de sus manos la cabeza de la sultana, y la miró con éxtasis.

Podía asegurarse que en aquellos instantes no existía nada en el mundo para Alfonso VI, más que Zayda-Sobeydah.

Y sin embargo, retumbaba aun el combate, y cada vez más atronador, cada vez más estendido.

XXIX.

—¡Ah! dijo de repente la sultana, apartando de sí al rey: ¡qué resplandor es ese! ¡Toledo arde!

Alfonso VI despertó de su sueño.

El rey volvía á ser rey.

Se dirigió al agimez por el cual se percibía el resplandor, y miró afuera.

—¡Son las tiendas del campo de mis valientes de Galicia que arden! ¡y yo estoy aquí! ¡y el rebato es ya una batalla! ¡Al-Hahor! ¡Al-Hahor!

Se abrió la puerta secreta por donde había entrado el rey, y Al-Hahor entró.

El rey le llevó al agimez.

—Mira, Al-Hahor, dijo: uno de mis campos arde: allá por el Oriente, lejos, desde los montes más distantes, dejan ver sus continuas llamaradas haciendo señal las atalayas moras: ¿qué pien-
sas de esto?

—Que harás falta delante de los tuyos: que tal vez se acerca el rey de Valencia para socorrer al rey de Toledo: que en una hora de descuido puedes perder tu honra, tu gloria, tu reino; ven, señor, ven, y no pierdas tu honor permaneciendo aquí.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! dijo Zayda-Sobeydah: véte, combate, triunfa, y vuelve... vuelve á contarme tu victoria.

El rey se dirigió á la puerta secreta.

—¡Oh! ¡no te vayas así! dijo Zayda-Sobeydah. ¡Toma!

Y dió al rey el carbunco de la reina de Saba.

—Tú, tú primero, añadió: este amuleto te hará ser invencible.

Y puso el anillo en el dedo del rey.

Alfonso abrazó á la sultana y partió.

Zayda-Sobeydah, apenas el rey hubo desaparecido, se arrojó y oró á Dios por su amante.

CAPITULO III.

De cómo el rey comprendió que no se puede pensar en amores cuando se cerca una ciudad como Toledo.

I.

Cuando el rey entró en el campo real, le encontró revuelto y entregado á un tumulto espantoso.

Los moros habian amagado una salida por la puerta del Sol y la de Visagra, y las infantas doña Urraca y doña Elvira, llevándose á la reina, habian escapado y no se sabia dónde estaban.

Los condes Juan Galindo, Pedro Fernandez, Diego de Cárdenas y otros, andaban ordenando los escuadrones á toda prisa.

Por allá, por el Alcántara, el Cid, Peranzules, Alvar-Fañez, Diego Ordoñez y otros muchos, combatian golpe á golpe, lanza contra lanza, hacha contra hacha, con los moros, revueltos todos, todos confundidos, á la luz del incendio del campo de los de Galicia.

Entretanto, acémilas y más acémilas cargadas de víveres entraban en la ciudad.

Sidi-Ismail Al Kadir, cayendo de súbito y con fuerzas considerables sobre los gallegos, habia logrado romper por un momento aquel cinturón de hierro que aprisionaba á Toledo y que Alfonso VI habia creído que no se podria romper.

II.

La ausencia del rey había producido aquel desórden.

Y ya el desórden era grave cuando el rey volvió.

Armóse rápidamente, montó á caballo, ordenó el campo castellano, dejó grandes guardias delante de los puntos por donde amenazaban nuevas salidas los moros, y corrió con algunos escuadrones al lugar donde la batalla continuaba cada vez más reñida, cada vez más encarnizada.

El Cid era un leon suelto.

Bramaba, votaba, heria; pero por todas partes estaba rodeado de enemigos.

Hubo un momento en que rompiendo el rey por medio en la batalla, se unió con el Cid, y se puso á herir á su lado.

—¡Ah! ¡ya era tiempo! gritó con la voz ronca Rodrigo de Vivar: hace dos horas que estoy haciendo de rey y trabajando como diez reyes: quedaos vos aquí que valeis tanto como yo, y venis descansado, que yo voy á correrme por la otra banda, donde hay una de los diablos. ¡Aho! ¡Aho! ¡Santiago y conmigo los míos! ¡adelante!

Y salió de costado, dejando á Alfonso VI delante de Sidi-Ismaíl Al-Kadir que cargaba en persona con algunos escuadrones de negros africanos.

III.

Al ver Alfonso VI á la luz del incendio á Sidi-Ismaíl Al-Kadir que llevaba sobre su toca la corona, apretó los acicates á su caballo y se fué para él.

Pero una avalancha de ginetes se cruzó entre los dos.

Y constantemente, á pesar de que entrambos reyes se buscaban ansiosos, algun nuevo torbellino los separaba, impidiéndoles llegar á las manos.

El resultado estaba indeciso.

Los diferentes campamentos iban ardiendo uno en pos de otro.

El sitio, es decir, la línea del sitio estaba rota.

Sobre los puntos que esta línea había ocupado, se hallaban revueltos, combatiendo, matando, árabes y cristianos.

Las acémilas cargadas de víveres y flanqueadas por escuadrones, seguían entrando sin interrupción en Toledo.

La mayor parte de la fuerza de Sidi-Ismail Al-Kadir se ocupaba en proteger aquella retirada.

Y todo aquello era horrible.

No se oía otra cosa que el chasquido seco de las ballestas, el zumbido de los venablos, el alarido de las trompetas, el relincho de los caballos, los golpes del hierro contra el hierro, los gemidos de los que yacían por tierra y eran atropellados por los caballos, los gritos de guerra, los lamentos de los heridos.

Todo confuso, todo confundido, todo revuelto, formando un estruendo desacorde, terrible, estridente, formidable.

Todo esto, alumbrado por el incendio de todas las barracas, de todos los tinglados, de todos los carros de los cuatro campos cristianos.

IV.

Llegó un corredor árabe, buscó al rey, y le dijo:

—Señor, el rey de Valencia mantiene batalla con el rey de Andalucía en los campos de Guadamar.

Los campos de Guadamar están á dos leguas de Toledo.

—¿Y quién vence? preguntó el rey.

—Los de Valencia son más que los de Andalucía, dijo el corredor; pero los de Andalucía son mejores que los de Valencia.

—¿Y qué quieres?

—Algunos escuadrones para ayudar á mi señor Aben-Abed.

—Que los saque de debajo de la tierra, dijo el rey: que aquí hasta un dedo de soldado me hace falta.

Y dejando al corredor, el rey que había tenido un momento de descanso, se metió de nuevo en batalla.

El corredor se volvió desalentado.

Porque aunque los de Aben-Abed eran mejores que los de Valencia, al fin eran menos.

Empezaba á alborear, y la batalla duraba con igual encarnizamiento por ambas partes.

La noche habia sido larga, como de invierno, y ya no podia tardar en decidirse la batalla.

Habia sido grande la mortandad por ambas partes, y abundaban los heridos, y los que no estaban heridos desfallecian de cansancio.

El rey, el Cid y los caudillos cristianos probaban el postrer esfuerzo como los árabes.

Aquel amanecer era terriblemente sangriento.

Parecia que la victoria dudaba en elegir al vencedor.

Alfonso VI se embrabecia cada vez más.

Pero su brazo cansado, tenia cada vez menos fuerza.

Su caballo rendido, empezaba á obedecer mal.

El combate empezaba á aflojar por ambas partes.

VI.

De pronto se oyó un nuevo tumulto, una nueva trompetería, una batalla nueva.

Por la parte de Oriente haba caido sobre la batalla un nuevo ejército.

Por el momento no se supo qué ejército era aquel.

Si el de Valencia ó el de Andalucía.

Pero al verle embestir con los escuadrones de Sidi-Ismail Al-Kadir, no pudo haber duda.

Era el ejército de Aben-Abed que habia batido al rey de Valencia, y venia al socorro de su aliado, de su amigo, de su casi pariente, el rey don Alfonso VI.

Esto decidió el triunfo.

Sidi-Ismail Al-Kadir se metió precipitadamente en Toledo, y los que no pudieron entrar con él cuando las puertas se cerraron, fueron muertos ó hechos cautivos.

—Pues á fe, á fe, que si no es por estos moros, decia el con-

de Peranzules mirando los escuadrones berberiscos de Aben-Abed, los árabes nos dan un mal rato.

VII.

Apenas encerrados el rey Sidi-Ismael Al-Kadir y los suyos en Toledo, Alfonso VI ordenó los escuadrones, y se fué á saludar al rey Aben-Abed.

La sultana de Andalucía habia hecho armar ya una magnífica tienda, que por acaso ocupaba el mismo lugar que la tienda del rey, que habia sido reducida á pavesas.

Al entrar en aquella tienda Alfonso VI, se oyó un grito de mujer, que se abalanzó al rey.

—¿Vienes herido, Alfonso? exclamó.

Alfonso VI estaba en efecto cubierto de sangre, pero era sangre enemiga.

La mujer que se habia arrojado á él era Sayda-Llemal.

Enérgica, terrible y hermosa como siempre, y sencillamente vestida con un traje de doncella beduina que realzaba su hermosura.

—¡Oh! no: herido no, cansado sí, respondió Alfonso VI.

—¡Pero esa sangre!

—Sangre del combate.

—¡Oh, gracias á Dios!

Y Sayda-Llemal abrasó con una ardiente mirada el impresionable corazón de Alfonso VI.

Aben-Abed entretanto se habia sentado en unos almohadones, en los cuales fué á sentarse junto á él Alfonso VI.

—Gracias, dijo éste á Aben-Abed: sin tu ayuda me hubiera visto obligado á levantar el cerco.

—No me des las gracias, rey Alfonso: dáselas á..... Isabel.

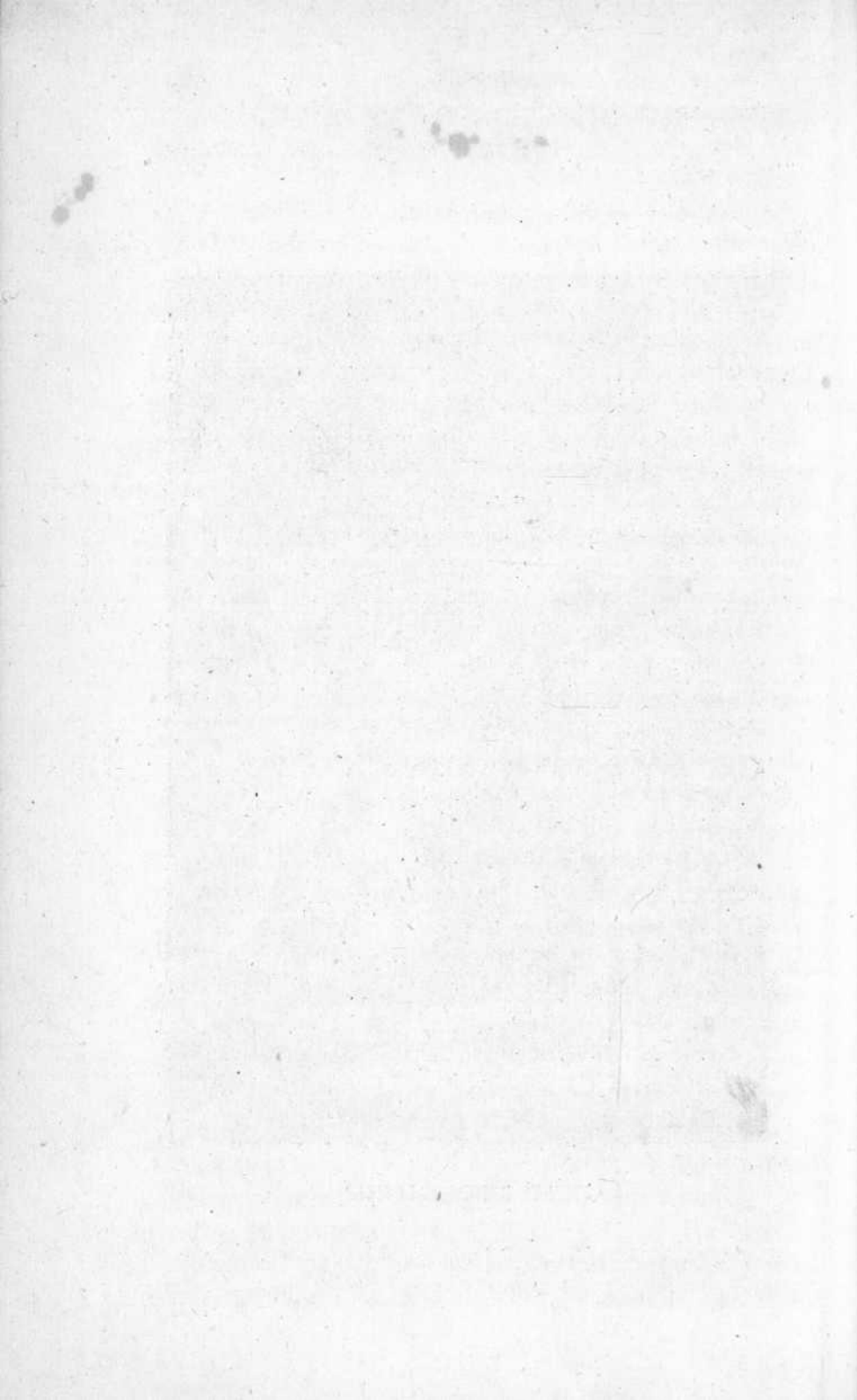
—No permito que me llame de otro modo, dijo la jóven que se habia sentado en el suelo á los piés de su padre y de su amante sobre una piel de pantera.

Y se quitó la toca.

El rey vió desprenderse de su cabeza dos magníficas trenzas negras, tan largas, tan gruesas, tan ricas como las que se ha-



¿VIENES HERIDO, ALFONSO?



bia cortado cuando llegó á Toruésillas con su padre.

Es decir, un año y algunos meses antes.

—¿Son tuyos esos cabellos, Isabel? dijo el rey.

—¡Oh! ¡sí! la naturaleza es muy buena para mí: me devuelve mis cabellos en breve tiempo, y aumenta mi fuerza, y fortalece mi corazón.

—¡Ella, ella! dijo con orgullo Aben-Abed: ella ha sido la que ha vencido al rey de Valencia.

—¡Ella!

—Sí, he caído sobre él como un rayo al frente de mis berberes: los he alentado con mi ejemplo: una tempestad de sangre ha caído sobre ellos: la tienda en que estamos es la tienda real del rey de Valencia: las tiendas que levantan al rededor mis berberiscos, son las tiendas de los soldados del rey Abu-Bekar: nosotros nos hemos venido á la ligera sin nada más que las lanzas y las espadas, y algun oro en las alforjas. Abu-Bekar-Abdel-Malek habia sacado de Valencia sus tesoros, su haren, su córte entera, y todo lo ha perdido: sus soldados, obligados á defender las mujeres, los víveres, las acémilas del rey, han sido cercados, oprimidos, derrotados por mis leones berberiscos: yo sabia que dejándolos pasar y cayendó sobre el haren de Abu-Bekar, los dividiria.

—Y á eso hemos debido nuestro triunfo, dijo Aben-Abed.

—Pero tu campo está incendiado, Alfonso, gran parte de tus guerreros están heridos, no tienes tiendas donde recogerlos y es necesario proveer á todo.

Y Sayda-Llemal se levantó, salió á la puerta de la tienda, tocó una pequeña bocina de oro y marfil, é inmediatamente acudieron una multitud de wadies.

Al volverse Sayda-Llemal para el interior de su tienda, vió junto á sí á Alfonso VI.

—¡Oh, Alfonso mio, yo te amo! dijo Sayda-Llemal.

Estas palabras solo las pudo oír el rey.

Aben-Abed, completamente fatigado, estaba tendido sobre los almohadones.

—Me han dicho, dijo Sayda-Llemal, que tu esposa y tus hermanas estaban contigo. ¿Dónde están, Alfonso?

—Han huido al trabarse la batalla: dijo con acento de disgusto el rey.

—¿Y qué hubiera sido de ellas si yo no las hubiera auxiliado cuando huían con algunos ginetes? dijo Sayda-Llemal.

—¡Ah! ¡tú también!

—Sí: ¿ves aquella gran tienda blanca?

—Sí.

—Allí están: nada les falta; ni esclavas que las sirvan, ni lechos donde reposar, ni esquisitos manjares: todo eso lo hemos encontrado tras el ejército vencido de Abu-Bekar-Abd-el-Malek.

—¡Oh! ¡gracias, Isabel, gracias!

—¡Gracias á las estrellas! ¿No han dicho que solo uniéndonos podremos conquistar á Toledo? pues bien, ya estamos unidos: unidos en alianza como reyes... muy pronto, unidos como esposos.

—¡Como esposos!

—Sí... la reina está completamente loca.

—Es verdad: loca, y loca incurable.

—Ahora, Alfonso, déjame: necesito mudar de traje: el que tengo es demasiado pesado; me fatiga.

Y Sayda-Llemal se abrió su túnica parda de beduino, y debajo de ella dejó ver al rey una coraza fuerte y un camisote de mallas.

—¡Oh! reina mia, reina mia, dijo Alfonso VI.

—¡Sí, tu reina y para que tus vasallos se vayan acostumbrando, voy á vestirme aquel mismo traje con que te recibí una noche en el castillo del Desierto: adios: véte á cuidar de tu ejército, á poner de nuevo las guardias y los escuadrones al rededor de Toledo: no te despidas de mi padre: mi padre duerme: adios.

—¡Hasta la noche!

—Hasta la noche.

Alfonso VI salió asombrado, dominado por Sayda-Llemal.

VIII.

Fuera le esperaban á caballo condes de palacio, algunos de los cuales estaban maltratados por la batalla.

Peranzules casi no podia tenerse en pié.

Juan Galindo tenia entrapajado el rostro y terriblemente hinchado el único ojo que se le veia.

Diego Velazquez tenia ensangrentada y medio deshecha una mano.

Todos, en fin, estaban más que para cabalgar, para tenderse.

Los seis escuadrones que formaban la guardia inmediata del rey, se apoyaban rendidos en las lanzas.

Los caballos lácios y sucios y fatigados, parecia por su languidez necesitaban un largo descanso.

Pero esto no era nada comparado con el cuadro de desolacion, de muerte y de estrago que se veia por todas partes.

Cadáveres de hombres y caballos, en el campo y sobre los escombros de las barracas incendiadas; moribundos que gemian; heridos que eran conducidos por sus compañeros, allí donde por milagro habia quedado una barraca sin incendiar; lagos de sangre; miembros mutilados; armas rotas: hé aqui lo que por todas partes se veia.

Y en medio de esto, los escuadrones cansados estableciendo de nuevo los puestos del sitio; caballeros que corrian de acá para allá llevando órdenes; soldados que á toda prisa levantaban barracas con los restos de las barracas que el fuego habia devorado, y allá por la parte del Oriente algunas grandes y magnificas tiendas árabes, y una inmensa estension de tiendas blancas y cónicas, cada una de las cuales albergaba á diez hereberes, y al rededor de ellas diez caballos atados por una mano á una piqueta clavada en el suelo, enjaezados y comiendo su pienso puesto delante de él sobre la tierra.

—¿Y esos almarestanes son para vuestros heridos? dijo Alfonso VI.

—Nuestros heridos, señor, están socorridos: estos almarestanes son para los tuyos, contestó un walfí.

—¡Oh! ¡Isabel, Isabel! exclamó el rey, saludando al walfí y siguiendo adelante: ¡no te basta haberme enamorado á mí: quieres enamorar tambien á mis reinos!

El rey suspiró, apretó los acicates á su caballo y continuó su visita.

IX.

El rey empezó su escursión al rededor de Toledo para reconocer el estado del ejército.

Al llegar á la extremidad izquierda del campamento de Aben-Abed, vió que un número de africanos que podia calcularse en seis mil, se ocupaban en ir y venir de una grande arboleda, en la cual resonaba un múltiple ruido de hachas, y en traer árboles enteros, con los cuales construian á toda prisa grandes barracas.

Algunos walles dirigian esta construccion.

—¿Qué haceis? preguntó el rey á uno de los walles.

—La sultana Sayda-Isabel nos ha mandado construir almarrestanes (1) para los heridos, y los construimos, mi señor.

—¡La sultana Sayda-Isabel! dijo el rey.

—La hija de nuestro señor es cristiana, contestó el wall, y no quiere que la nombren sino con su nombre cristiano,

(1) Hospitales.

CAPITULO IV.

Cómo doña Isabel Aben-Abed, hija del sultan de Andalucía, supo hacerse querer de los cristianos.

I.

Habia acontecido lo que era natural sobreviniese, después del estrago de aquella noche.

Los almacenes de víveres se habian perdido.

Las drogas y las medicinas de los doctores hebreos que acompañaban al ejército del rey, se habian extraviado.

Los mismos médicos estaban Dios sabe dónde.

No se daba con ellos.

Pero hé aquí que multitud de mulas corpulentas y aparejadas y adornadas á la usanza árabe, cargadas pesadamente, salen del campamento de Aben-Abed, y se fraccionan y van tomando el camino de los diversos campamentos cristianos.

Con cada récua va un árabe anciano y respetable.

Cada una de estas récuas va llegando á los campamentos, y el anciano árabe dice al gefe por quien pregunta:

—Hé aquí que yo traigo para tus caballeros pan y víveres de orden de la sultana doña Isabel Aben-Abed, hija del sultan de Andalucía, amigo y aliado del señor rey don Alfonso.

Las acémilas se descargaban, los víveres se esparcian, se encendian los ranchos, y todos repetian el nombre de doña Isabel

Aben-Abed, como el de la persona que les acertaba un ayuno forzoso durante muchas horas.

Al mismo tiempo, donde quiera habia heridos cristianos, se presentaba un árabe y decia:

—La sultana doña Isabel Aben-Abed me envia á cuidar vuestros heridos.

Y los heridos bendecian el nombre de la sultana.

—¿Y quién es esa sultana? preguntaban los más, y los caballeros que no conocian á doña Isabel.

—Dicen que es una dama hermosísima, decia alguno que habia oido algo: ella ha sido la que ha vencido al rey árabe de Valencia.

Y todos por estas noticias ansiaban conocer á la hija del rey árabe, que era tan valiente, tan caritativa y tan cristiana.

II.

Durante aquel día, no se pensó en la entrevista pública, por decirlo así, de los dos reyes árabe y cristiano.

Era necesario primero ponerlo todo en orden, enterrar los muertos, ordenar los campos, cubrir la sangre de la batalla.

Todo aquel día y toda la noche se trabajó con una actividad pasmosa.

La entrevista debia ser al día siguiente al mediodía.

Pero Sayda-Llemal no quiso esperar al día siguiente para que la conocieran los vasallos de Alfonso VI.

III.

Apenas habia salido de la tienda de Aben-Abed el rey don Alfonso, cuando Sayda-Llemal, dejando dormir á su padre, fué al fondo de la tienda, levantó un tapiz y entró en otro departamento.

En él habia una mujer jóven, blanca y rubia, vestida como las aldeanas ricas de Castilla.

Era María, la molinera de Tordesillas, la mujer de Ferran, jefe del escuadron de lanzas cristianas de Sayda-Llemal.

María era la única sirvienta de la sultana.

Su única dama de honor.

Más que eso: su amiga.

Ella sabia todos los secretos del corazón de Sayda-Llemal.

Ella sola era testigo del silencioso y oculto llanto de la sultana por sus amores.

—¡Oh y qué contenta venís, señora! la dijo.

—Le he visto, María, le he visto, contestó con un ardiente gozo Sayda-Llemal.

—¿A quién? ¿al rey?

—¿Pues á quién otro podría yo ver más que á mi rey, María? y me ama... me ama... mira, María, abre los cofres y saca mis vestidos de reina cristiana, mi corona, mis joyas: aquella misma que traía yo puesta el día que recibí á mi Alfonso en el castillo del Desierto.

—¿Y para qué, señora? primero es descansar.

—No: no: no basta que Alfonso me ame; es necesario que me amen también sus vasallos: que cuando repudie á esa mujer que está loca, no se opongan sus vasallos á que yo sea su mujer: no quiero esperar: ¿no oyes?

María obedeció.

El tocador fué largo, porque Sayda-Llemal quería parecer lo más hermosa posible.

Al fin, allá á la tarde, Sayda-Llemal salió del campamento de su padre, sobre su blanco caballo árabe, acompañada únicamente de Ferran y otros diez hombres de armas, ginetes en magníficos caballos y vestidos de gala.

IV.

Cuando las ataláyas de los nuevos campos mandaban hacer alto á la sultana y á su comitiva, adelantaba Ferran y decía al jefe del punto:

—Es la hija del rey árabe de Andalucía, doña Isabel, que viene á visitar á los heridos del amigo y aliado de su padre.

Y como ya el ejército conocía de nombre á Sayda-Llemal y ansiaba conocerla, corría la voz de que la hija del rey árabe es-

taba allí, y acudían todos y la miraban y se asombraban de su hermosura y de sus galas de reina, y de aquella brillante corona que ceñía su cabeza.

La saludaban, y Sayda-Llemal hablaba ya á este ya al otro en buen castellano, y con la noble afabilidad de un rey que habla con sus buenos soldados.

V.

Luego entraba donde quiera había un herido, le consolaba, le daba dinero, y salía dejando á los heridos el recuerdo de un ángel.

El carácter español es excesivamente expansivo, y para hacerse popular le basta á un rey de España hacer bien y ser afable.

Sayda-Llemal iba derramando oro y consuelos, y esparciendo en torno suyo el resplandor de su magnífica y magestuosa hermosura.

Los heridos y los sanos la miraban con asombro y con respeto.

Sábíase, sí, no sabemos cómo se había estendido la noticia, que era cristiana, aunque hija del rey árabe de Sevilla; que se había batido armada á la cabeza de los escuadrones árabes de su padre, contra los escuadrones moros del rey Abu-Bekar, y todo esto junto con su caridad y su dulzura, la hacían sumamente simpática.

En una palabra, el ejército de Alfonso VI se enamoró de la hermosa y valiente sultana, y como la veía con traje real castellano, con corona en la cabeza, y escoltada por una docena de bravos hombres de armas que llevaban la cruz al pecho, la tuvieron por de la casa, digámoslo así, y la victorearon.

Primero, de una manera indecisa, con frases generales.

Luego las aclamaciones fueron precisándose, hasta que por último ya las aclamaciones decían distintamente:

—¡Viva la infanta doña Isabel!

El ejército adoptaba un término medio.

No podían llamarla reina.

Pero llevaba la corona real en la cabeza, era hija de un rey, y la llamaban á la usanza de Castilla, infanta.

VI.

La alegría rebosaba de los ojos de la sultana.

Sus ojos brillaban.

Su boca sonreía.

Su alto seno se agitaba.

Amaba ya á los vasallos de Alfonso VI.

Y escitada por su alegría, hacia galopar gallardamente á su blanco caballo árabe, y el viento agitaba su velo flotante de seda y oro, y la suelta falda de su túnica de púrpura, dejaba ver á veces su pequeño y mórbido pié, calzado con un borcegui blanco bordado de oro y perlas.

Y detrás de ella con sus anchas dalmáticas rojas, sus birretes con plumas, sus lanzas á la gineta con pendoneillos de brocado azul, pujantes y bravos, galopaban dejando admirar su continente marcial de soldados viejos, Ferran y los diez hombres de armas de la escolta.

—Hoy me aclaman sola, decia para sí Sayda-Llemal: mañana me aclamarán á su lado: hoy me llaman infanta: mañana me llamarán reina.

Y Sayda-Llemal soltaba la brida á su caballo que seguia galopando, enarcando el largo y elegante cuello, mirando con fiereza, y lanzando un espeso aliento, como orgulloso de la preciosa carga que llevaba.

VII.

—¡A quién aclaman! dijo saliendo de su tienda un caballero jóven, pero fuerte y de semblante terrible, con birrete de infanzon en la cabeza y envuelto en una clámide verde que tenia sobre el pecho una cruz de oro: ¿qué dama es esa, que yo no la conozco y parece una reina?

Sayda-Llemal se acercaba.

—Es la hija del rey moro de Sevilla, contestó otro caballero vestido de blanco.

—¡Alto! gritó un atalaya.

Sayda-Llemal se detuvo.

Ferran adelantó hácia el atalaya.

El caballero de lo verde adelantó hácia Ferran.

—¿Qué quieres tú, soldado? dijo.

—Soy vasallo de la noble hija del rey árabe de Sevilla, doña Isabel Aben-Abed, que es esa dama que veis, señor, y vengo á suplicaros, si sois el caudillo de este campo, permitais á mi señora que visite vuestros heridos y los regale.

Ferran tenia su birrete en la mano, estaba inclinado sobre el arzon, sacando fuera del estribo el pié derecho, como en señal de honor, y hablaba con sumo respeto.

Conocia demasiado al caballero de lo verde.

Por el momento, el caballero de lo verde no le conoció; pero le habia llamado la atencion Ferran, y le miraba fijamente.

—Yo te conozco, dijo.

—Me honrais mucho, señor, acordándoos de mí.

—¿Tú has sido de mi escuadron?

—Sí, señor.

—¿De mis trescientos escogidos?

—Sí, señor.

—Lo que quiere decir que eres casi tan buena lanza como yo.

—¡Ah! señor, como vos no hay en el mundo nadie más que...

—¿Que quién? dijo con altivez el de lo verde.

—El rey nuestro señor.

—Dices bien.

—Y... alguien más.

—¿Quién?

—Doña Isabel, mi señora.

—¡Ah! es necesario que me expliques eso, y algo más que no entiendo bien: pero luego... despues... ahora esa dama está esperando... que pase, que visite mi campo: la espero.

Ferran se volvió, se acercó á Sayda-Llemal con el mismo respeto y el mismo acatamiento que se habia acercado al caballero de la clámide verde.

—¿Quién es ese capitan con quien has hablado? le preguntó.

—El Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar el castellano.

—¡Ah! ¡el Cid! ¡ansiaba conocerle! ¿me permite pasar?

—¡Oh! ¡sí señora!

—Pues adelante.

Y lanzó su caballo llegando junto al Cid.

El Cid no estaba solo.

Junto á él se veian sus inseparables Alvar Fañez, Martin Pelaez y Diego Ordoñez de Lara.

Don Rodrigo adelantó, se quitó el birrete y tomó el caballo á Sayda-Llemal, que habia hecho ademan de desmontar.

—Cuidad, buen Cid castellano, dijo sonriendo la sultana, que me acatais casi como á una reina.

—Las damas son siempre reinas para los caballeros, contestó el Cid.

Sayda-Llemal se apoyó en su brazo y saltó en tierra.

Uno de sus escuderos que habia desmontado, tomó su caballo.

—¿Quereis descansar un momento en la tienda de un soldado, señora? dijo el Cid.

—Vuestra tienda, señor, dijo Sayda-Llemal entrando en ella, honra á quien la visita.

Y la sultana se sentó en un sillón de cuero que habia junto á una mesa.

Se sentó como una reina, y conservó una actitud completamente magestuosa.

El Cid que habia entrado solo en la tienda, permanecia de pié.

—Sentaos, don Rodrigo, dijo la sultana.

—Perdonad, señora: ni me siento ante las infantas, ni deo que los que son menos que yo se sienten ante mí.

—Vos sois un rey.

—No quiero serlo, porque tengo por bastante ser lo que soy.

—Es verdad, vos sois un héroe, y un héroe es más que un rey.

—Cumpro con mi obligacion, y no ahorro para ello ni mi hacienda ni mi sangre.

—Sois el honor y el valor.

El Cid se inclinó contrariado.

—Se que las alabanzas, aunque justas, os fatigan, don Rodrigo: perdonad, pero yo necesitaba demostraros que os conozco y os aprecio: conozco tambien de nombre, y aprecio mucho por lo que de ella sé, á una noble dama que os toca muy de cerca: ¿no está con vos doña Gimena vuestra esposa?

Don Rodrigo palideció al escuchar el nombre de su mujer, porque aquel nombre le recordaba una tragedia.

Sayda-Llemal comprendió la palidez instantánea del Cid, que pasó rápidamente.

—Doña Gimena, señora, dijo el Cid, está en Búrgos, cuidando de mi casa: en campaña lo que hacen falta son hombres: las mujeres estorban.

—Segun eso, ¿creeis que yo, acompañando á mi padre cuando ha venido á ayudar en el sitio de Toledo al rey don Alfonso, vengo á servir de estorbo? dijo riendo Sayda-Llemal.

—Ah! ¡vos señora!... ¡vos sois un caudillo!

—¡Yo!....

—Sin la ayu la oportunísima del rey de Andalucía vuestro padre, nos hubiéramos visto obligados á retirarnos á alguna distancia de Toledo: por una desgracia incomprensible, el rey estuvo anoche no se sabe dónde cuando empezó el rebato: yo creia al rey en los reales, y me reduje á resistir al enemigo que habia acometido por mi campo: la ausencia del rey, que yo ignoraba, hizo que faltaran órdenes, que hubiese confusion... cuando el rey acudió, ya el desórden era completo: nuestro campamento ardía: estábamos mezclados con los de Toledo; pero la victoria conseguíla por vos sobre el rey de Valencia, y la llegada vuestra en nuestro socorro.....

—La victoria de mi padre, la llegada de mi padre, don Rodrigo.

—¿Dicen que vos cabalgásteis delante de vuestros ginetes?

—Tenia curiosidad de saber lo que era una batalla.

—Teneis, señora, algo hinchado, algo morado el brazo derecho, dijo el Cid.

—¡Y bien, qué!

—¡Mirad!

Y el Cid se levantó la manga de la túnica y dejó ver su membrudo brazo completamente amoratado.

—Y bien, explicaos, don Rodrigo.

—Cuando durante muchas horas se ha estado hiriendo con lanza, rompiendo una lanza tras otra, el brazo se pone así, y duele durante tres ó cuatro dias. Yo he roto cien lanzas esta noche, y vos no habreis roto muchas menos.

—Tenia curiosidad de saber cómo podia romperse un coselete y herir á través de él.

—¿Y cómo, señora, cómo valiendo vos tanto, no pudisteis evitar que vuestro padre fuese arrojado del trono?

—Estábamos vendidos: nuestros gobernadores, nuestros caudillos, nuestros capitanes, nuestros caballeros, nos habian hecho traicion... fué necesario huir: despues con la ayuda del rey don Alfonso, que nos recibió en su reino, que nos tuvo en su córte...

—¿Os conoce el rey, señora?

—Oh, mucho, mucho! dijo sonriendo Sayda-Llemal: desde Toledo, cuando estaba en él amparado por el rey Al-Mamun: ¡si nos conocemos, don Rodrigo! ¡es más aún!....

—¡Más!...

—¡Nos amamos!

—¿Deciais, señora, dijo el Cid doblando como suele decirse la hoja, que con la ayuda del rey mi señor.....

—Esperad, don Rodrigo: despues vendremos á eso: os he dicho que el rey y yo nos amamos, pero no os he dicho que nos amamos con toda nuestra alma, con frenesí, con locura.

—Seguid, señora, puesto que así lo quereis, dijo frunciendo el entrecejo sin poder disimular su disgusto el Cid.

—Despues de haberos dicho que el rey y yo adoramos despues de Dios, yo al rey, y el rey á mí, es necesario que sepais que yo no tengo por qué avergonzarme del amor que tengo al rey: yo no tengo por qué ocultarlo: que mi amor es digno y puro y legítimo: más aún: que el rey tiene obligacion de amarme.

—¡Obligacion!

—Sí: si como cristiano y caballero, tiene fe y honor.

El Cid estaba violento.

Le parecía algo intempestiva aquella conversacion.

Es más: parecía indigna de sus oídos.

Por lo tanto, aunque Sayda-Llemal, despues de sus últimas palabras guardó silencio, el Cid no dijo una sola palabra.

Tenia los ojos puestos en la alfombra árabe de su tienda, de pié, dando vueltas en una mano á su birrete dorado de infanzon, y afianzándose bien sobre los estribos, porque comprendia que estaba en batalla, si bien en una batalla moral con la sultana, y la sultana iba tomando sobre él una grande ventaja.

—Tenia grandes deseos de conoceros, don Rodrigo: más que deseos, un ánsia mortal: dijo con un ligero tinte de severidad en el acento Sayda-Llemal.

El Cid se sintió provocado, y como su alma enérgica y agresiva, no podia resistir una provocacion por más que fuera indirecta sin contestarla, se estremeció de una manera imperceptible, pero poderosa; se puso pálido, sumamente pálido, y sus ojos levantándose en una sola mirada, dejaron caer á plomo aquella mirada incontrastable sobre el semblante de Sayda-Llemal.

Aquel fué un verdadero choque, un encuentro poderoso, terrible.

La mirada del Cid encontró un semblante pálido y unos ojos negros que resplandecian, que herian, que insistian fijos en los suyos.

La sultana acababa de triunfar del Cid.

El leon habia conocido á la pantera.

La simpatia del valor los habia unido.

El Cid era sumamente franco, y se apresuró á decir:

—Expliquémonos: comprendámonos de una vez, señora.

—Sentaos, dijo Sayda-Llemal.

El Cid se sentó sobre un viejo y enorme cofre de madera, porque en la tienda del Cid, como si hubiera sido la tienda de un rey, solo habia una silla, y aquella silla la ocupaba Sayda-Llemal.

Con su régio traje, con su cabeza erguida, con su semblante pálido, orlado por las largas ondas de sus cabellos negros, con la mirada incontrastable, fija en el Cid, que estaba en guardia, Sayda-Llemal era una verdadera reina.

—¿Qué veis en mí, don Rodrigo? dijo la sultana.

—Veo, dijo sin vacilar el Cid, una mujer que parece un hombre; un hombre que parece una mujer.

—¿Creeis, pues, que Dios ha dado á la mujer un alma diferente de la que ha dado al hombre?

—Yo no digo eso, señora: yo no entiendo de eso: digo únicamente que no os comprendo: ó, más bien, que no creo que pueda haber una mujer tal como vos.

—Pues dicen que doña Gimena amenazó al rey don Sancho, con que si no os castigaba por haber muerto á su padre, ella os castigaria por su mano.

—¡Ah! ¡señora! dijo el Cid, que no estaba preparado para aquel golpe, y le recibió en medio del corazón.

—Vos cumplisteis con vuestro deber y con vuestro honor, en cuanto tiene que cumplir un caballero, matando donde le encontrásteis, al que habia injuriado á vuestro padre anciano.

Los ojos del Cid dejaron ver algo terrible que se revolvía en su fondo.

Una cosa semejante á la cólera de la fiera que no se lanza sobre su presa, para concentrar su cólera, para gozarla, para embravecerse con ella.

La sultana seguía mirando con una fijeza invencible al Cid.

—Doña Gimena, continuó la sultana, cumplió con su deber pidiendo al rey la cabeza del matador de su padre.

La mirada del Cid empezó á extraviarse.

Temblaba todo de una manera violenta.

Sayda-Llemal continuó:

—Entrambos cumplisteis con vuestro amor, uniéndoos á pesar de la injuria de vuestro viejo padre, á pesar de la sangre del conde don Gomez de Gormaz.

El Cid se puso de pié, perdida ya la mirada, pálido, convulso, y dió un paso hácia Sayda-Llemal, que le miraba con el placer del triunfo.

Habia pretendido excitar poderosamente al Cid, y lo habia conseguido.

El Cid retrocedió y volvió á sentarse de nuevo.

Se pasó la mano por la frente, dominó su temblor, y dijo á Sayda-Llemal pálido aún:

—Continuad, señora.

—Sois el caballero de los caballeros, dijo Sayda-Llerna: el valiente de los valientes: habeis sentido penetrar un puñal en vuestro corazon: habeis querido romper la mano que os heria, y habeis retrocedido al encontrar un brazo de mujer.

—¿Y por qué me habeis herido, señora? dijo el Cid, ¿qué daño os he hecho yo?

—¿No lo sabeis?

—Lo ignoro.

—¿No sabeis que yo soy hija del rey árabe de Andalucía?

—Sí.

—¿Y no recordais cuándo me habeis hecho daño?

—No.

—Un día el rey don Alfonso VI reunió á sus nobles y sábios prelados, y les dijo que queria tomarme por esposa: el rey encontró una resistencia invencible: acababa de subir al trono y cedió: se olvidó de mí, de mí, la mujer á quien amaba, de quien era amado, y se casó con una mujer á quien no conocia: con una hija del conde de Poitiers.

—Fué la voluntad de los reinos de don Alfonso VI, dijo severamente el Cid.

—Fué vuestra voluntad.

—¡Mi voluntad, señora!

—Sí: el rey hubiera dominado á los otros nobles, á sus prelados, á sus cuatro reinos juntos, y yo hubiera sido su esposa; pero se acordaba de que vos le habiais pedido juramento por la muerte de su hermano; sabia que vos érais más rey que él, que podiais más que él, y temió y cedió: yo sentí un dolor desesperado: yo creí morir: yo, ahora mismo, tengo celos, y sin embargo seré reina... reina de los reinos de Alfonso VI.

—El rey está casado.

—La reina está loca, y los reinos piden el divorcio al rey: ¿necesitais saber ahora por qué despues de haber puesto á mi padre sobre su trono, he corrido, he volado, he traído mi ejército y mis tesoros para entregarlos al rey? ¿Comprendeis por qué he corrido á la cabeza de mis escuadrones contra el rey de Valencia que venia á ayudar al rey de Toledo? ¿Comprendeis por

qué hace tanto tiempo soy cristiana y me llamo doña Isabel? ¿Comprendeis por qué llevo corona en la cabeza y sobre mí vestiduras reales?

—Sois hija de un rey.

—Pero esta corona es una diadema cristiana: sobre ella, sobre mi frente, se alza la cruz del Redentor.

—¿Es decir, que si el rey pide el divorcio y el Papa lo concede, vos pretendéis.....

—Yo quiero satisfacer mi amor... pero yo no puedo sin deshonrarme ser la amiga del rey, porque yo no sacrifico mi pureza ni mi orgullo á mi felicidad, y por lo mismo no puedo ser feliz sino siendo esposa de Alfonso VI.

—No lo sereis, señora, yo os lo juro, si antes no juráis.

—Sois muy tomador de juramentos, don Rodrigo.

—La reina está loca, y vos confesais que amais al rey y que el rey os ama desde el tiempo en que ambos estábais en Toledo.

—Pues bien: tened mi juramento desde ahora: por mi alma y por mi Redentor, soy pura: por cuanto hay de terrible en la justicia de Dios, yo no he dado ni filtro ni hechizo alguno á la reina para que enloquezca.

—Y yo desde ahora os saludo, señora.

—¿Cómo?

—Me habeis enamorado: sois la reina que yo deseo para el rey.

—¡Oh! bien sabia yo que al cabo habíamos de quedar grandes amigos.

Y tendió la mano al Cid.

El Cid se la besó.

—Habeis combatido duramente, señora: teneis hinchada esta mano: yo os enviaré un unguento que tengo para esto: enviadme para que os lo envíe á un escudero vuestro que tambien lo ha sido mio.

—¡Ah! ¡Ferran, el capitan de mis lanzas!

—Ahora, señora, cuando querais venid á visitar mis heridos, y por sus heridas vereis que los pobres han peleado bien.

Y salió con la sultana de la tienda.

—¡Las trompas! ¡las trompas! Alvar, dijo el Cid: que al entrar la infanta doña Isabel conmigo entre nuestras tiendas, mis trompas la saluden.

Y la sultana y el Cid se entraron por aquellas tiendas de que habian sido provistos por Aben-Abed.

VIII.

Una hora despues de haberse despedido Sayda-Llemal del Cid, llegó á su campo Ferran y preguntó por él.

Le llevaron á su tienda.

—Vengo, señor, dijo Ferran, por cierto bálsamo que habeis ofrecido á mi señora.

—¡Ah! ¡sí! debe tener muy malo el brazo derecho.

—Seis horas de combate, señor...

—Pero parece increíble, Ferran: hermosa, delicada...

—Pero fuerte: rompe mejor que yo, y me atreveré á decir que con tanta facilidad como vos, una lanza en el aire: ¡oh! si la hubiérais visto, señor, con las trenzas sueltas, inclinada sobre su caballo, cubierta con un arnés ligero, y blandiendo una pesada lanza, arrojarse como el huracán, gritando, pálida, trémula de valor, sobre los ginetes del rey de Valencia... yo que la conozco bien, que sé cuanto vale, aguijaba, aguijaba... ya sabeis que soy buen ginete y buena lanza... pues bien... ella, mi señora, me llevaba siempre medio cuerpo de caballo de ventaja.

—¡Ahoé! ¡bravo! dijo el Cid: ¡ya lo creo! ¡como que yo no la he podido vencer la mirada!

—¡Ah! ¡es terrible, señor!

—¿Y es honrada, Ferran?

—¡Señor!.. honrada y pura como el fuego.

—Bien, sí, me alegro; porque estas doncellas de aventuras suelen ser... y oye: ¿es de veras cristiana?

—Oye misa todos los dias, y reza sus horas en latin en un muy rico libro que ha hecho que la traigan de Roma bendecido por el Papa.

—Y... ¿qué tal os trata?

—Con amor... con llaneza: mi mujer que la asiste única-

mente, más que su criada, es su amiga, es su hermana... es muy afable, muy buena y muy caritativa: donde quiera que está, su afán es por los pobres, y como es tan rica...

—¡Es muy rica!

—Los tesoros de su padre son inmensos, y los tesoros de su padre son suyos: ¿no habeis visto su escuadron, señor?

—No.

—Pues todo es de escuderos que han sido vuestros ó del rey, gente endurecida en la guerra, montada en caballos árabes y magníficamente armada y mantenida, á la que se da muy buen sueldo y muy buen trato.

—Esa mujer es un prodigio, murmuró el Cid de manera que no pudo oírlo Ferran.

Luego añadió en voz alta, deteniéndose junto al soldado y mirándole fija y severamente:

—Nada te he preguntado y nada me has dicho acerca de esa señora.

—Descuidad, noble don Rodrigo: nadie sabrá, ni la misma sultana, lo que me habeis preguntado.

—Toma, y vete.

Y el Cid dió á Ferran un botecillo de vidrio que contenia un bálsamo.

Ferran saludó profundamente al Cid y salió de la tienda.

El Cid se sentó en la silla en que habia estado sentada Sayda-Llemal, y se quedó profundamente pensativo.

IX.

En uno de los hospitales de sangre habia encontrado Sayda-Llemal á un antiguo conocido suyo.

Aquel hombre estaba abandonado en un rincon y mirado con desprecio.

Porque aquel hombre era judío.

Era, en fin, Dathan Simuel.

Estaba rebujado en su hopalanda y tendido sobre una alfombra vieja.

El estado físico del judío parecía gravísimo, á juzgar por sus gemidos continuos y dolorosos.

Sayda-Llemal se acercó.

Iba con ella uno de los médicos árabes que habian acompañado al ejército de Aben-Abed.

—¿Quién es ese infeliz que tanto y tan tristemente gime, sábio Abu-Hiram? dijo Sayda-Llemal.

—Es un perro infiel, un miserable judío, respondió con desprecio el árabe.

—Todos los hombres son criaturas de Dios, mi viejo doctor, y todos los que sufren merecen nuestra compasion.

—Menos los judíos, raza maldita, que no son hombres, sino animales, dijo el severo médico.

—Pero al fin sufre mucho.

—¡Miserable! no tiene lesion alguna, y sin embargo se está muriendo.

—¿Pero de qué muere?

—De miedo.

Estaban ya cerca, y el judío oyó la voz de Sayda-Llemal y la reconoció.

Entonces levantó la cabeza, y en un solo y rápido movimiento se puso de rodillas, y estendió los brazos en ademán suplicante hácia Sayda-Llemal.

—¡Ah! exclamó con el semblante más descompuesto y más lacrimoso del mundo: Dios ha hecho que entre estos verdugos, entre estos asesinos, descienda un arcángel glorioso para salvarme.

—¿Pero qué sucede?

—¡Ah, noble señora! me tienen abandonado como á un perro despreciable, y yo me estoy muriendo.

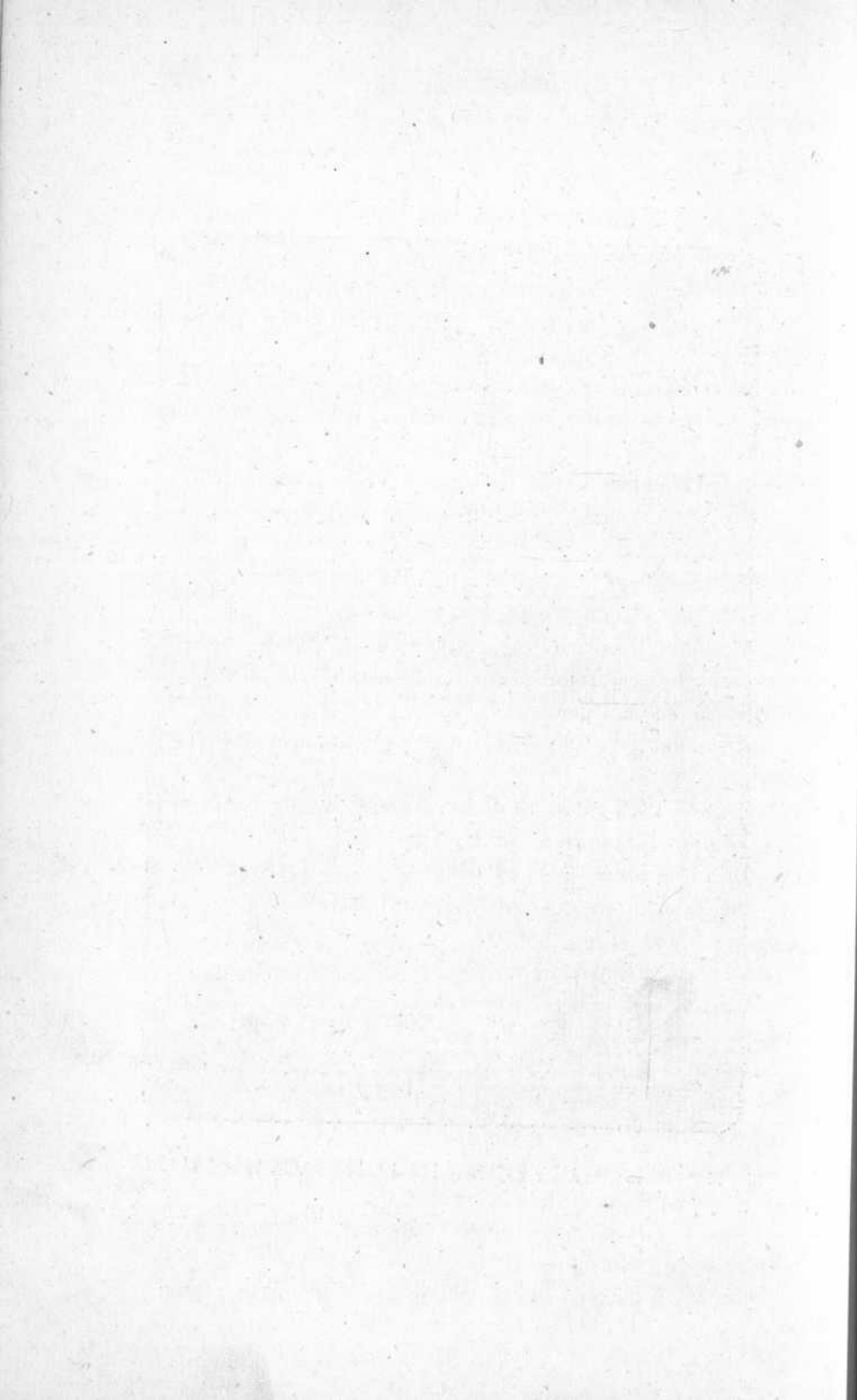
—Levántate y sígueme si puedes, dijo Sayda-Llemal.

El judío se puso en pié de un salto, y se acercó á la sultana.

Esta salió del hospital despues de haber dejado en él dinero y consuelos, y como ya no habia más heridos que visitar, se volvió á la tienda de su padre.



..SE PUSO DE RODILLAS, Y ESTENDIÓ LOS BRAZOS HÁCIA SAYDA-LLENAL.



X.

El judío la había seguido corriendo junto á su caballo sin apartarse de ella, mirándola con ansia.

El judío había tenido constantemente una mano puesta sobre el pecho, como aquel que se comprime un lugar en que le duele.

Cuando Sayda-Llemal entró en la tienda, el judío se quedó acurrucado en la puerta, y siempre con el brazo apretado sobre el pecho.

Sayda-Llemal solo había encontrado en la tienda á María.

El rey Aben-Abed había ido á visitar su campamento.

La sultana mandó al judío que entrase.

—¡Ah, noble señora, exclamó el judío arrojándose á los pies de Sayda-Llemal: amparadme por el amor de Dios!

—¿Pero qué te sucede? dijo Sayda-Llemal viendo la extraña caricatura que producian el dolor, el espanto y la ansiedad, en el rostro de Dathan Simuel.

—¡Ah señora, vos sois feliz, estais alegre, y os burlais de mi dolor!

—¿Pero cuál es en fin tu dolor, Dathan? debe estar en el pecho, porque te le oprimes con la mano.

—En mi pecho, señora, está mi corazón, y le tengo muy herido: he pasado un año infernal: un año en que he estado preso.

—Eso era lo convenido.

—Un año en que he estado soltando un río de oro.

—Eso estaba tambien convenido.

—Un año en que todo ha sido rebatos y batallas: un año con calor, con frio, con malos tratamientos.

—Te enriqueces con estas fatigas, Dathan.

—Es señora, que yo me empobrezco, dijo saliendo de tono de una manera chillona, Dathan Simuel.

—¡Que te empobreces y tienes por prenda del dinero que das un inmenso tesoro!

El judío al oír esto apretó más su brazo contra su pecho.

—Ahí tiene mis cien diamantes, dijo para sí Sayda-Llemal; ese es el corazón que le duele.

—Ha pasado el año, señora: hace tres días que pasó, dijo el judío, y el rey me ha apretado más la prisión, para no dejarme reclamar el dinero que le he prestado.

—Pero ya estás libre.

—¡Libre! ¡es verdad! ¡libre! ¡pero á qué precio, señora, á qué precio!

—¡Ah! dijo profundamente Sayda-Llemal, adivinando á donde iba á ir á parar el judío.

—Estoy en estos momentos más pobre que Job, señora.

—¿Cómo es eso, Simuel!

—Esta noche, esta horrible noche pasada, esta noche de Satanás.....

—Acabemos de una vez, Dathan.

—El rebato me ha dado la libertad: mis guardas habían abandonado mi barraca, la inmunda barraca en que me guardaban, para correr al combate: yo permanecí inmóvil como si los que me guardaban no se hubiesen ido, cuando he aquí que el incendio me hizo salir, correr, buscar un asilo que no encuentro: por todas partes encontraba combate, fuego, estrago: huía de los ballesteros que disparaban sin compasión, y sin mirar que yo estaba delante de ellos, y me veía obligado á escapar de los ginetes que avanzaban corriendo como una tempestad, sin mirar que yo estaba sobre su camino: toda la noche he estado yendo de acá para allá, sin encontrar un refugio, oyendo siempre silbar los venablos, huyendo siempre de los caballos, escuchando siempre el maldito son de las trompetas y los gritos desesperados de los que peleaban y de los que morían: al fin no pude resistir más; caí rendido por el terror, por el cansancio, y me desmayé: cuando volví en mí me encontré todo perdido, tirado en un rincón..... y... ¡robado!

Y aquel *robado* salió como un alarido arrancado del alma del judío.

—¿Y qué te habían robado? dijo severamente Sayda-Llemal.

—Los cien diamantes, los cien riquísimos diamantes que vos me habíais dado en prenda del dinero que yo debía prestar al rey.

—¡Ah! ¡te han robado mi tesoro!

—Sí, sí señora: y espero que me protejais, que ya que me he quedado pobre, arruinado, no me cueste mi desgracia la cabeza.

—Te creía más astuto, Dathan, dijo nublando el semblante la sultana.

Dathan palideció aún más de lo que generalmente estaba pálido, y apretó más el brazo contra su pecho.

—¿Por qué decís eso? exclamó con acento humilde y compungido el judío.

—Porque para robarme has debido poner á salvo el robo.

—¡Qué! noble sultana, poderosa señora, arcangel del paraíso, ¿no creéis que he sido robado?

—No.

—Que el Dios de Abraham y de Jacob me castigue á sangre si miento.

—Pues que te castigue Dios, dijo Sayda-Llemal.

Y levantándose de los almohadones se arrojó sobre el judío, que dió un grito de espanto.

Sayda-Llemal asió el brazo que Dathan oprimía contra su pecho, y hubo una lucha breve, pero repugnante por parte del judío, que cayó al suelo dando gritos.

Pero Sayda-Llemal, cuya fuerza no podía compararse con la debilidad del judío, le sacudió violentamente, y levantó su brazo de sobre su pecho.

Y asida á su mano, sacó una bolsa de cuero de debajo de su hopalanda.

El judío gritaba como un desesperado.

Rugía, blasfemaba, lloraba.

En aquel momento se levantó el tapiz de la puerta de la tienda, y á la dudosa luz del oscurecer, se vió detenerse en aquella puerta una forma gallarda.

Era el rey don Alfonso VI.

Habia quedado citado para aquella noche con Sayda-Llemal, y apenas oscurecía acudía á la cita.

XI.

—¿Qué es eso? dijo Alfonso VI: ¿qué raton es ese que chillá?

—Es nuestro tesorero Dathan, que quería robarnos, rey don Alfonso VI, dijo Sayda-Llemal arrebatando al judío la bolsa de cuero.

Dathan se quedó replegado contra el suelo, anonadado, inmóvil, como si hubiera muerto.

—¡María! ¡luz! gritó Sayda-Llemal.

Poco despues apareció María con una lámpara de plata cuyos dos mecheros estaban encendidos, la puso sobre unos almohadones que habia en el centro de la tienda, y desapareció.

—Es un miserable, dijo Sayda-Llemal al rey: un infame que merece un severo castigo: queria hacerme creer, que durante el combate de esta noche le habian robado los cien diamantes que yo le dejé en prenda del dinero que debia darte: ¿te le ha dado?

—Sí; soy deudor á ese hombre de quinientos mil marcos de oro.

—Y el miserable que sabe que el valor de estos diamantes duplica esa cantidad, queria engañarnos... ¡hola! Ferran.

Apareció Ferran en la puerta de la tienda.

—Siéntate, don Alfonso, dijo Sayda-Llemal; yo vuelvo al momento.

Y entró en la otra division de la tienda.

El rey se sentó en el divan.

Ferran permaneció inmóvil en la puerta.

El judío no se movió.

Parecia un cadáver.

XII.

Al poco espacio apareció Sayda-Llemal.

Traia en la mano dos pergaminos.

Era el uno el recibo que de los cien diamantes habia dado Dathan.

El otro una órden á Ad-el-Kerin, tesorero del sultan de An-

dalucía, para que entregase al momento quinientos mil marcos de oro cendrado al judío Dathan-Simuel, como pago de una deuda y mediante recibo.

Antes de entregar estos dos pergaminos al judío, Sayda-Llemal abrió la bolsa de cuero y la vertió sobre su falda.

Salieron á luz los deslumbrantes diamantes.

Sayda-Llemal los conocia demasiado uno por uno.

Los contó y estaban cabales.

Habia ciento.

Los volvió á poner en la bolsa, puso la bolsa sobre el divan, y levantó al judío.

—Toma, le dijo: este es el recibo que me diste de mi tesoro: esta la orden para que te se pague con sus usuras, el dinero que has prestado al rey don Alfonso.

El judío tomó en silencio aquellos dos pergaminos.

—¡Ferran! dijo Sayda-Llemal: llévale á la tienda de nuestro tesorero Abd-el-Kerin, y que le pague al momento: de paso avisa á nuestro joyero Juzef-Abu-Abdallah para que al momento venga á verme: llevate á ese hombre.

—¡Ferran! dijo el rey.

Ferran se volvió.

—Cuando ese haya cobrado ese dinero, puesto que ha querido robarnos, antes de soltarle, haz que de mi orden uno de tus hacheros ó tus hombres de armas, cualquiera, le den cien azotes con los frenos de los caballos.

Dathan dió un chillido, como si hubiera ya sentido sobre sí los frenos.

—No, dijo Sayda-Llemal, dejadle ir, dejadle ir: bastante castigo es para él no habernos podido robar: llévatelo.

Ferran asió al judío y le sacó de la tienda.

Sayda-Llemal se sentó en el divan junto al rey.

XIII.

Quedaron solos el rey y la sultana.

El rey habia venido sin misterio á la tienda real de su aliado el sultan de Andalucía.

Sus condes, sus caballeros y su escolta, se habían quedado fuera en las tiendas de los walfes que rodeaban la tienda de Aben-Abed.

Alfonso VI, para visitar á su aliado, había vestido su traje real.

Llevaba sobre los hombros y cubriendo un sayo de brocado, un pequeño manto de púrpura, y en la cabeza una sencilla diadema gótica de oro al rededor del birrete.

No había encontrado á Aben-Abed.

Peró había encontrado á Sayda-Llemal.

A Sayda-Llemal con un rico traje de reina.

Ella era á no dudarlo, reina de Andalucía, cuyo gobierno, desde hacia algun tiempo, compartia con su padre.

Peró sus vestiduras reales y su corona, eran de reina cristiana.

Esto podia tomarse como una delicada galantería hácia Alfonso VI, hácia sus reinos.

Peró esto impresionaba fuertemente á don Alfonso.

Le recordaba el pronóstico de los astrólogos que habían declarado que nadie conquistaría á Toledo sino el que se uniese á Sayda-Llemal.

El rey, pues, veía en la hermosísima sultana, no solo su amor, sino su reina en el porvenir.

—¿Qué has hecho, la dijo, que entre mis leales no se habla de otra cosa que de la hija del rey árabe, de la infanta doña Isabel?

—¿Por qué me llaman infanta? dijo Sayda-Llemal.

—Porque eres hija de rey y te has presentado á ellos con corona en la cabeza: ellos no saben lo que es una sultana, pero saben lo que es una infanta. Ahora dime por tu vida, amor mio: ¿qué has hecho para que en tan poco tiempo mis vasallos se enamoren de tí?

—Les he hecho bien: les he tratado con llaneza: he visitado á sus heridos: les he enviado víveres, que sin mí no hubieran tenido tan pronto.

—¡Y saben además que has combatido como un héroe! El Cid me decia hace un momento: «Mirad lo que haceis si un dia en-

viudais ú os divorciais de vuestra esposa, porque doña Isabel rompe una lanza tambien como vos y como yo.» —

—¿Eso ha dicho el Cid?

—Hay en tu mirada, en tu palabra, en tu hermosura, un no sé qué que embriaga á todo el mundo: lo maravilloso es que el Cid que fué el que más fuertemente se opuso en otro tiempo á que fueses mi esposa, me ha dicho ahora: «¡Lástima que sea hija de tal padre! ¡Seria una gran reina!» —

—¡Oh! ¡pues lo seré!

—Dios, si eso sucede, habrá tenido compasion de mí. —

Los ojos de los dos amantes cambiaron sus almas, en una de esas miradas que no se olvidan jamás.

Y siguieron enamorándose y diciéndose ternezas y formando proyectos para el porvenir en uno de esos diálogos en que los amantes repiten siempre una misma cosa, y que son intolerables para los que los escuchan.

Y así pasó una hora.

Ferran apareció en la puerta de la tienda, y dijo: —

—Señora, Juzef-Abu-Abdallah, está ya aquí, obedeciendo vuestras órdenes.

—Que pase mi buen joyero, dijo Sayda-Llemal.

XIV.

Apareció un árabe ya de edad avanzada, de aspecto grave, tranquilo y melancólico, de larga barba blanca, de nariz aguileña, de ojos pardos y hermosos, ceñido el capuz del almaizar con una sencilla toca de hilo blanco, y envuelto con vestiduras tales, blancas tambien.

Se inclinó tres veces profundamente antes de llegar á cierta distancia de la sultana y del rey, y luego se prosternó en silencio.

—Levántate, mi buen Abu-Abdallah, dijo la sultana: levántate y toma.

Y dió al moro cuando se hubo levantado, la bolsa de cuero que contenia los cien diamantes.

—Mira las piedras que hay en esa bolsa, le dijo.

Abu-Abdallah examinó los diamantes.

—Yo conozco estas piedras, sultana: estaban puestas por mí en un ceñidor de la alegría del paraíso, de la hermosa de las hermosas, de tu noble madre, la poderosa sultana Sayda-Cubra.

—Pues bien, haz con esas piedras una corona real.

—¿Como la que tienes ceñida, hada de la hermosura? dijo el árabe.

—Sí, una corona de reina cristiana: la labrarás delicadamente.

—¿Con labores cristianas?

—No, con labores árabes; pero sobre esa corona en la parte de la frente pon una cruz. Quiero una maravilla, una corona que deslumbre como el sol y cuyas labores sean dignas de su brillo: al redor pondrás en letras cristianas esta leyenda que me ha dado el faquí cristiano que fué mi maestro de religion en Sevilla.

—¿Y qué leyenda es esa? dijo Abu-Abdallah.

—*Spes lux fidei.*

—Necesito que lo escriban, sultana.

—Haré que lo escriban y te lo enviaré: ¿y cuándo podré ceñir esa corona?

Y Sayda-Llemal miró con intencion al rey.

Abu-Abdallah dijo:

—Dentro de un año.

—¿Dentro de un año! murmuró Alfonso VI.

—¿Qué! ¿tanto es el trabajo? dijo Sayda-Llemal.

—He de hacerlo yo solo, mi señora, si ha de ser digna de tí la joya, y el trabajo es lento y difícil.

—¿Dentro de un año! repitió Sayda-Llemal.

—Ni es posible menos tiempo para lo que deseas, mi señora.

—Pues bien, cúmplase lo que yo deseo dentro de un año, y estoy satisfecha, dijo Sayda-Llemal, y despidió al joyero.

—Este es un nuevo augurio, Alfonso, dijo la sultana.

—¿Un nuevo augurio! dijo Alfonso VI.

—Sí, antes de un año, dijo con acento reprimido Sayda-Llemal, tu esposa entrará contigo triunfante en Toledo con esa corona ceñida á la cabeza.

XV.

En aquel momento los añafles y los atabales moros hicieron señal de que se acercaba el sultán de Andalucía.

A poco Aben-Abed, cubierto con sus vestiduras reales, entraba en la tienda.

Los dos reyes estuvieron conversando durante una hora, y al cabo de ella, Alfonso VI salió y se trasladó á sus reales.

La entrevista pública habia quedado convenida para el día siguiente.

CAPITULO V.

De cómo el walí Al-Hahor hizo una excursion, lo que de ella trajo, y á dónde lo llevó.

I.

Aquella misma tarde, un poco antes del oscurecer, un ginete árabe, escoltado por cuarenta lanzas castellanas, salió del centro del cuartel real de Alfonso VI, y tomó el camino por la parte de Oriente, hácia el campamento de los gallegos.

Este ginete y su escolta marchaban á alguna distancia de la rivera del Tajo, sobre un terreno talado, cuyos árboles habian caido por tierra bajo el hacha de los sitiadores.

Velase Toledo á la derecha con sus muros rojizos y sus altas torres, con su hacinamiento de casas y calles que se torcían y se retorcían sobre el monte, ó más bien sobre la roca en que está asentada Toledo, ofreciendo á la vista un pintoresco hacinamiento de edificios iluminados por el sol poniente.

Allá en lo alto despedía vivos reflejos lá cúpula dorada de la gran mezquita, mientras que la parte inferior de la ciudad, hundiéndose en el Tajo estaba ya velada por las frias neblinas de la tarde.

Los negros ojos del ginete árabe se fijaron en la parte más alta de Toledo, en una torre almenada, que se levantaba sobre otros edificios más humildes, y el atezado rostro del árabe mos-

traba una expresion triste, sombría, hija al parecer de un profundo disgusto, originado por una causa gravísima.

Porque el ginete árabe era el walí Al-Hahor, y la torre en que Al-Hahor fijaba su sombría mirada, era aquella que servia de prision á la desdichada sultana Zayda-Sobeydah.

Es necesario colocarse en la situacion de Al-Hahor para comprender el estado de su espíritu.

Aquella ciudad que los cristianos cercaban, era su segunda patria.

A ella le habian traido niño sus padres, y en ella estaba su primer recuerdo, en ella su alegría de niño, sus amores de jóven, su ambicion de hombre.

De aquella ciudad habia salido más de una vez cabalgando tras la bandera del rey Al-Mamun, contra los enemigos del reino de Toledo.

Por ella habia vertido su sangre.

Lidiando á la vista de Al-Mamun, habia sido sucesivamente alfaraz, kaid, walí (1).

Habia llegado á formar parte del *mexuar* ó consejo del rey.

Habia alcanzado toda la confianza de Al-Mamun, hasta el punto de ser el jefe de la guardia de palacio, y de la servidumbre de la sobrina querida de Al-Mamun, de la sultana Zayda-Sobeydah.

En aquella ciudad se habia enriquecido.

Allí, á las orillas del Tajo, tenia su pequeño y bello alcázar, su jardin, su baño, su haren.

Toledo era para él sagrado, y sin embargo, servia á su sitiador, ayudaba á su cerco, tomaba parte en los combates que contra ella se daban.

Un tirano, un miserable, un usurpador, un asesino, habia puesto su planta ensangrentada sobre el trono de Al-Mamun, sirviéndole de primera grada para subir á él el cadáver del débil, del desgraciado rey Yayhe.

El habia querido salvar de la tirania y de los insultos del tirano, á la sultana Zayda-Sobeydah, y Sidi-Ismail Al-Kadir se la

(1) Alfaraz, soldado de á caballo: kaid, capitán de cien ginetes: walí, gobernador, general de division, por decirlo así.

habia arrebatado, haciéndole huir á Castilla, donde habia debido su vida al rey Alfonso VI.

Zayda-Sobeydah amaba al rey cristiano, y esto era un motivo más para que el agradecido Al-Hahor le sirviera aún contra su misma patria.

En aquella torre que descollaba en lo alto de Toledo, gemia y esperaba la sultana.

Y hé aquí por qué Al-Hahor fijaba una mirada sombría y triste en Toledo y en aquella torre de su alcázar.

Hé aquí por qué su atezado semblante africano se nublaba, y una lágrima rodaba lentamente por sus megillas.

II.

Habia además otro motivo para que Al-Hahor estuviese profundamente preocupado.

La llegada del rey Aben-Abed con su formidable ejército en ayuda de Alfonso VI contra Toledo.

Con Aben-Abed habia venido la terrible sultana Sayda-Llemal.

Al-Hahor la conocia demasiado; como que durante algunos años la habia guardado en Toledo en los jardines de la infanta Galiana.

Desde que Sayda-Llemal salió de Toledo para volver á Sevilla, es decir, más de dos años antes, Al-Hahor no la habia vuelto á ver hasta aquel mismo dia en que la vió recorriendo con vestiduras reales los diferentes campamentos del rey Alfonso.

Al-Hahor se aterró.

Encontró completamente transformada á Sayda-Llemal.

No era ya la hermosa jóven pálida y enferma, de mirada calenturienta, á través de la cual se veia un alma dura y terrible.

No era ya la hermosa fiera encerrada, que ruge y muerde los hierros que la aprisionan.

Era una mujer de hermosura resplandeciente, en que brillaban la calma, la alegría, la esperanza.

Una doncella de mirada dulce y lánguida, en cuya frente parecia como que se reflejaba una luz divina.

Una hada del quinto cielo descendida sobre la tierra, con cuya hermosura, con cuyo atractivo no encontraba nada comparable Al-Hahor, á pesar de que la aborrecia.

La aborrecia porque ella, segun la prediccion de los astros, era una amenaza muda y terrible contra Toledo y contra la raza de Dzin-Nunc, esto es, contra la familia de Al-Mamun.

El dia que Sayda-Llemal se uniese á Alfonso VI, Toledo caeria en poder de los cristianos.

Y cuando Toledo fuese cristiano, la raza de Dzin-Nunc habria desaparecido.

Así estaba escrito.

Así lo creía Al-Hahor.

Sayda-Llemal le aterraba además por otra razon.

No era solamente Sayda-Llemal la mujer hermosa que embriagaba.

Era el héroe que asombraba.

Abu-Bekar-Abd-el-Malek, rey de Valencia, era un viejo guerrero, antiguo aliado y amigo de Al-Mamun, crecido en los combates y alentado por la victoria.

Su ejército era formidable.

Tal confianza habia tenido Abu-Bekar en sí mismo y en sus soldados, que se habia traído de Valencia al venir en socorro de Toledo, su consejo, sus tesoros, sus mujeres, su corte entera, en fin, y la mitad de su reino armado, y no se habia traído á Valencia con sus jardines, su alcázar y su mezquita, porque no habia podido levantar todo aquello de su asiento.

Abu-Bekar creía poder decir como César:

—*Llegué, ví, vencí.*

Si Aben-Abed hubiera mandado solo el ejército que traía de Andalucía en ayuda de Alfonso VI, al encontrarse con Abu-Bekar hubiera sido vencido, destrozado, sirviendo solo para dar más renombre y hacer más terrible al rey de Valencia.

Pero con Aben-Abed venia Sayda-Llemal, ó mejor dicho: con Sayda-Llemal venia Aben-Abed.

El destino protegía á la sultana.

Ella, al frente del ejército de Andalucía, se lanzó como una tempestad sobre el ejército de Valencia, y aquel ejército fué des-

hecho al choque, como al embate del huracan vuelan las encinas arrancadas de su asiento.

La victoria habia sido completa.

Por la primera vez Abu-Bekar huia aterrado dejando en poder de su enemigo, sus tesoros, su haren y su bandera.

Y esto habia dado un gran realce á Sayda-Llemal.

Los soldados de Alfonso VI no habian visto en ella solamente á la mujer hermosa, sino tambien á la mujer fuerte.

Habian encontrado además en ella la caridad y la nobleza, y la habian aclamado.

El camino del trono de Alfonso VI estaba abierto y franco para Sayda-Llemal.

Porque como si todo hubiera querido ayudarla, la reina Inés de Poitiers estaba cada dia más enferma, cada dia más loca.

III.

Todo esto se revolvia en el pensamiento de Al-Hahor.

Todo esto hacia que su semblante se nublaste, y que al mirar á Toledo y á la torre donde gemia cautiva y enamorada la infeliz sultana Zayda-Sobeydah, sus ojos se llenasen de lágrimas.

¿Qué iba á ser de aquella desdichada, á quien una fatalidad habia hecho madre arrojándola en un momento de delirio en los brazos de Alfonso VI? ¿qué iba á ser de su hijo?

Esta duda ennegrecía más y más el pensamiento de Al-Hahor y hacia que su ódio hácia la hija del sultan de Andalucía creciese.

Hubo un momento en que la terrible alma africana de Al-Hahor, pensó en el crimen como medio de salvar de la influencia de Sayda-Llemal, á Zayda-Sobeydah, y sus sutiles lábios sonrieron de una manera feroz.

IV.

Al-Hahor apretó los acicates á su caballo, y le lanzó al galope.

Tras él lanzaron sus caballos las cuarenta lanzas.

Hubieron de detenerse en la primera línea, en la línea más avanzada de los sitiadores sobre la ciudad.

Al-Hahor hizo ver un pergamino escrito por el rey, y pasó.

Aconteció lo mismo en la segunda y en la tercera línea.

Al fin Al-Hahor y las cuarenta lanzas estuvieron fuera de los reales, y adelantaron contra la corriente del Tajo por su rivera.

V.

Continuaron corriendo por espacio de dos horas.

Era ya muy de noche.

Al fin llegaron á una pequeña aldea.

Su única calle estaba silenciosa, oscura, desierta.

En las casas no se veía luz.

La aldea estaba abandonada, ó sus habitantes dormían.

Al-Hahor mandó esperar en la entrada de la aldea á los hombres de armas de su escolta, y adelantó solo, recorrió la calle, y al otro extremo se detuvo junto al postigo de una casa.

Echó pié á tierra, abrió con una llave el postigo, entró con su caballo en un jardín y cerró otra vez, dejó su caballo atado á un árbol, y adelantó hácia una casa en cuyo piso inferior se veía luz á través de las celosías de una ventana.

Parecióle á Al-Hahor que al acercarse él, una sombra blanca y confusa se deslizaba junto al muro de la casa y se perdía en lo oscuro.

Al-Hahor se lanzó tras aquella sombra.

La sombra perseguida se metió entre los árboles, y tras ella se entró Al-Hahor.

Pero nada vió ya.

La sombra se había perdido.

—Algún ladrón, dijo Al-Hahor, para espantar el cual he llegado á tiempo.

Y se acercó á la casa y miró al interior á través de la ventana baja por donde salía el débil reflejo de una luz.

Todo reposaba.

Una lámpara ardia en un pequeño nicho abierto en una pared cubierta de bellas labores doradas y matizadas.

Aquella habitación pertenecía á uno de los pabellones bajos del pequeño y lindo palacio que tenia en Guadamar la sultana Zayda-Sobeydah.

En aquel palacio habia vivido la pobre niña desde que Alfonso VI habia salido de Sevilla, hasta que Sidi-Ismael Al-Kadir se habia apoderado del trono, y en él, en medio del mayor misterio, habia dado á luz al hijo de sus amores con Alfonso VI.

VI.

—¡Darhaja! ¡Darhaja! dijo Al-Hahor llamando y lanzando su voz dentro del aposento á través de las celosías.

Oyóse un ligero ruido indefinible dentro de la habitación.

—¡Darhaja! repitió con voz más fuerte Al-Hahor.

—¿Quién es? dijo una dulce voz de mujer jóven desde el interior.

—Soy yo: Al-Hahor.

—¡Ah! ¡eres tú, hermano! dijo más cerca la voz femenil.

Y poco despues apareció por la parte de adentro trás de las celosías una mujer esbelta y vestida de blanco.

—¿Duerme nuestra madre? dijo Al-Hahor.

—Sí, contestó Darhaja.

—Despiértala y ábreme.

—¿A qué vienes, Al-Hahor?

—Vengo á llevarme el infante Ismael.

El infante Ismael era el hijo de Zayda-Sobeydah y de Alfonso VI.

—¡Ah! en buena hora sea, que por el infante estábamos en una continua zozobra.

—¿Y por qué?

—Entra, entra y mi madre te lo contará.

Y la jóven, que á juzgar por la voz, Darhaja lo era, se apartó de la celosía.

VII.

Al-Hahor fué á una galería sostenida por columnas de mármol y arcos labrados, entró en ella y se acercó á una puerta.

Aquella puerta se abrió apenas llegó á ella Al-Hahor.

Al abrirse aquella puerta dejó ver á una jóven alta, esbelta, morena y bella, con hermosos ojos negros, y largas trenzas negras.

Aquella jóven era Darhaja, hermana de Al-Hahor y doncella favorita de la sultana Zayda-Sobeydah.

Más que su doncella.

Su hermana de lactancia.

Porque la madre de Al-Hahor y de Darhaja habia sido nodriza de Zayda-Sobeydah.

—He encontrado á la señora, dijo Al-Hahor á su hermana.

—¿Vive? exclamó con alegría Darhaja.

—Sí, vive; pero es muy infeliz.

—¿Y dónde está?

—En Toledo.

Y Al-Hahor contó á Darhaja cómo habia encontrado á la sultana y la situacion en que la sultana se encontraba.

—¡Oh! sí, sí, dijo Darhaja, llévala su hijo cuanto antes, y líbranos de ese cuidado: ¡oh Señor! nos le han querido robar, nos le quieren robar.

—¿Quién? dijo con acento amenazador Al-Hahor: ese debe ser el rey Sidi-Ismael Al-Kadir, porque sabe la historia de los amores de nuestra señora con el rey cristiano.

—¿Pero los sabe alguien? dijo una voz lanzada de lo interior de un alhamí ó alcoba.

Y apareció en el arco de aquel alhamí una mujer alta y pálida, como de cincuenta años.

Era Amina, la madre de los dos hermanos, la nodriza de la sultana.

Al-Hahor se levantó del divan donde se habia sentado, abrazó á su madre y la besó en la boca.

—Ha visto á la sultana, dijo con alegría Darhaja; la ha encontrado, madre mia: está en Toledo.

Al-Hahor se vió obligado á contar otra vez de qué modo habia encontrado á Zayda-Sobeydah.

—Pero si le llevas su hijo, y Sidi-Ismaíl Al-Kadir le vé, dijo Amina, Sidi-Ismaíl Al-Kadir que segun tú dices cree á la sultana pura como un rayo del sol....

—Sidi-Ismaíl Al-Kadir no le verá.

—¿Y por qué en vez de llevarte al infante, no traes contigo á la sultana?

—La sultana no quiere salir de Toledo.

—¿Y dónde estará el infante?

—Con su padre el rey don Alfonso.

—Así estará más seguro que con nosotras: nos le han querido robar.

—Pero teneis esclavos que os guarden.

—Gracias á ellós no han podido hacer el robo; pero rondan continuamente.

—¡Oh! esta noche he perseguido yo á una sombra que rondaba el palacio.

—¿Y le has cogido?

—No: se me ha perdido. ¿Pero cómo saben que el infante es hijo de la sultana?

—No lo sé: pero un dia arrojaron por una ventana este pergamino que siempre tengo conmigo.

Y la anciana sacó un pergamino enrollado.

Al-Hahor le tomó, se acercó á la lámpara, le desarrolló y leyó lo siguiente:

«Se sabe, sin duda ninguna, que tienes en tu poder un niño hijo de la hermosa sultana Zayda-Sobeydah y del maldito rey cristiano Alfonso VI: hemos querido arrebatarte ese niño y le guardas tan bien que nos ha sido imposible: entrégnosle y te daremos cuanto nos pidas: si consientes en ello, pon un lienzo blanco mañana á la tarde en la ventana por donde hemos echado esta carta. Nosotros pondremos mucho dinero á la media noche, en alhajas y piedras preciosas, enterrado junto al postigo de los jardines. Si quieres más riquezas que las que te dejaremos, pon

de nuevo al día siguiente el mismo lienzo blanco en la ventana. Para entregarnos al infante, sal sin compañía alguna hasta allí donde está la fuente del Morabitho: si te quedas con el dinero y no llevas el niño, ó si no quieres el dinero, dentro de dos días incendiaremos el palacio.»

—¿Y cuándo dejaron esta carta? dijo Al-Hahor.

—Dos días hace.

—¿Y por qué no me habeis avisado? ¿No sabeis que estoy con el rey? ¿no conocéis al rey? ¿no sabeis que ama á su hijo?

—Como el rey viene á verle de cuatro en cuatro días...

—Estos negocios no se dejan nunca para mañana: levanta á mi bravo negro Al-Morax.

Darhaja salió y Al-Hahor se quedó paseando mientras su madre habia entrado en el mismo alhami por cuyo arco habia aparecido, y en el cual se escuchaba el llanto de un niño.

—La sultana Sayda-Llemal, decia Al-Hahor, no puede ser la que quiera el robo del infante: ella ha llegado ayer, y no sabe que ese niño existe. ¿Quién puede ser? ¡Oh! ¡los misterios nos cercan, las desgracias nos amenazan! ¡si yo hubiera podido coger á aquel miserable que rondaba! Acércate, Al-Morax, añadió Al-Hahor viendo venir á un magnífico negro vestido de encarnado que entraba á la sazón con Darhaja.

El esclavo adelantó y se prosternó con los brazos cruzados sobre el pecho delante de Al-Hahor.

—Levántate y contéstame, dijo Al-Hahor.

El negro se levantó y se puso en la actitud de la mayor atencion.

—¿Te has convertido en cobarde y torpe, Al-Morax? le dijo Al-Hahor.

—No quiera el profeta que yo haya perdido la gracia de mi señor, dijo el negro.

—¿Pues cómo no, si hay gentes que rondan la casa y ninguno de ellos ha sido muerto ni preso?

—Noble walf, dijo con voz humilde el africano, esos hombres se desvanecen en la sombra, se pierden, es imposible cojerlos: aparecen en un momento en que se vuelve la cabeza á otro lado, y apenas se les ve cuando deja de véseles: yo los he

perseguido, yo ni aún oculto en el bosque, he conseguido nada; pero ellos, señor, no han podido penetrar en la casa... si penetraran serian muertos.

—¿Y para qué guardais tú y los otros las ballestas? dijo severamente Al-Hahor.

—Nunca los hemos tenido á tiro, señor.

—Será necesario creer que esos hombres son duendes.

—Yo no lo sé, señor.

—Por lo mismo me llevo de aquí al infante Ismail que está mal guardado, y vosotros para que sirvais de algo ireis al cerco de Toledo.

Al-Morax miró con pena á Al-Hahor.

No se atrevia á responder y le lastimaba que el walí dudase de su valor y de su astucia.

Inclinó la cabeza y calló.

—Sal, le dijo Al-Hahor, y vete al otro extremo de la aldea; allí encontrarás algunos hombres de armas: dí á su capitán que te siga con ellos y tráelos aquí.

Al-Morax salió.

Sus ojos lucian de una manera particular cuando miró al salir á Al-Hahor.

VIII.

—Madre, dijo Al-Hahor, despierta al infante y vístete; y tú, Darhaja, prepárate tambien: vas á acompañarme: es preciso que lleves contigo todas las ropas del infante: que preparen una litera; y esto al momento: yo voy á rondar entre tanto el palacio.

Y Al-Hahor salió, y de una de las habitaciones de los esclavos tomó una venablera y una ballesta, salió al jardín y llegó, abrió el postigo, salió y se encaminó ocultándose en la penumbra de la cerca, al bosque inmediato.

IX.

Era la noche silenciosa y opaca.

Al-Hahor tomó un sendero y adelantó por él, observando con suma atención.

Nada se oía.

Ni aún el ruido de los pasos de Al-Hahor que se apagaba sobre la yerba.

El bosque estaba ya próximo.

Sus árboles presentaban, envueltos por la noche, formas caprichosas.

Los más avanzados parecían gigantes informes é inmóviles, tras de los cuales los otros árboles dejaban ver una masa pesada y oscura.

Al-Hahor adelantaba con suma rapidez.

Estaba seguro de que en aquel bosque se ocultaban los rondadores del palacio de Guadamar.

De improviso Al-Hahor se detuvo.

El viento había llevado hasta él un ruido seco y áspero.

Un ruido característico.

El del chocar de las espadas de dos ó más hombres que se batían.

Al-Hahor se orientó acerca del lugar de donde provenía aquel ruido de combate, y cuando estuvo seguro de la dirección, partió á la carrera con un venablo armado en la ballesta.

X.

Al-Hahor estuvo muy pronto entre los primeros árboles del bosque.

Entonces vió tres sombras blancas, que se destacaban lentamente entre la penumbra y que combatían con encarnizamiento.

—¡Ah! decía una voz, por la que el wali reconoció á su esclavo Al-Morax: por vosotros, mi señor me ha llamado cobarde y torpe.

Y crecía el estruendo de los aceros.

—¡A mí, Al-Morax! ¡a mí! dijo Al-Hahor: aparta, para que yo pueda disparar.

—¡Ah! no, señor: tengo herido á uno y fatigado á otro: dejadme hacer.

Al-Hahor se plantó de tres saltos en el lugar del combate.

Había arrojado la ballesta y desenvainado el yatagan.

—¡Habla, Al-Morax! habla, á fin de que yo sepa dónde estas, dijo el walí.

—Aquí, señor, aquí, dijo el esclavo.

Y Al-Hahor pudo ya arrojarle sobre los otros, sabiendo donde estaba su leal servidor.

El yatagan del walí cayó como un rayo sobre uno de los dos hombres que peleaban con Al-Morax.

Aquel hombre lanzó un rujido, vaciló y cayó de espaldas.

—Entrégate, ó eres muerto, gritó Al-Hahor al hombre que habia quedado en pié: somos dos contra tí.

—Juradme que me dejareis la vida, y me entrego, contestó aquel hombre.

—Te lo juro por el Dios Altísimo y sumo, y por su enviado Mahhomet.

El hombre que habia exigido aquel juramento, se hizo atrás y arrojó su espada á los piés de Al-Hahor.

—¡Ah miserables! dijo Al-Morax: al fin os he podido haber á las manos: ya no me dirá mi señor que soy cobarde ni torpe.

—Busca una ballesta que yo he arrojado un poco más allá, dijo Al-Hahor al esclavo.

El africano fué á buscar la ballesta.

—Responde, tú: dijo Al-Hahor al que se habia rendido, que estaba inmóvil como una estatua, á dos pasos del walí: ¿quién eres tú? ¿quién es tu compañero?

—Somos dos soldados del rey Sidi-Ismail Al-Kadir, que en el combate de anoche nos encontramos cortados y fuera del campo cristiano: huimos, y nos hemos refugiado en este bosque, donde pensábamos permanecer hasta encontrar una ocasion de volver á Toledo.

—Tú mientes.

—Por el Dios grande, yo digo la verdad.

—Ya he encontrado la ballesta, señor, dijo Al-Morax.

—Pues bien, quítala la cuerda y ata á este con ella los brazos.

—Me has jurado no matarme, dijo el vencido.

—Y no te mato, pero te prendo: átale, Al-Morax.

El africano se acercó á aquel hombre y le ató los brazos á la espalda.

Al-Hahor entretanto examinaba al otro hombre que estaba por tierra.

Habia muerto.

—¡Al palacio! dijo Al-Hahor.

Y se puso en marcha.

Al-Morax le siguió, llevando atado al rendido.

—¿No habrás avisado á los hombres de armas? dijo Al-Hahor.

—No he podido, noble walí: al salir, no salí por el postigo, sino que salté silenciosamente la cerca: iba buscando una aventura, esto es, ver por casualidad á alguno de estos duendes del bosque: los buenos génius me han protegido: á poco que anduve junto á la tapia, ví un bultó blanco: marché hácia él recatadamente, pero me sintió y dió á correr: por fortuna no estaba muy lejos, y yo me lancé tras él y le alcancé á la entrada del bosque y le acometí; entonces aquel hombre silbó y acudió otro hombre: con los dos he estado peleando hasta que has llegado tú.

—¿Qué buscábais al rededor del palacio? dijo Al-Hahor.

—Teníamos hambre, contestó el prisionero, y buscábamos algo con qué satisfacerla.

—En esta estacion los árboles no tienen fruta.

—Pero si hubiéramos encontrado el corral de la casa...

—¡Hubiérais robado!...

—Por necesidad.

—Mejor y más honrado hubiera sido pedir.

—Somos de los de Toledo y temíamos ser conocidos y presos.

—¡Oh! yo sabré quiénes sois y de dónde venís.

Y siguió adelante en silencio.

XI.

Quando llegaron, Al-Hahor se encerró con el prisionero en una habitacion del piso bajo, y mandó á Al-Morax que estuviese cerca para que pudiese acudir en el momento que le llamase.

El preso era un africano.

Un magnífico tipo árabe.

Su semblante prolongado y melancólico, su frente ancha y

altiva, sus grandes ojos negros, su nariz aguileña, sus mejillas pálidas, su boca de labios gruesos, su barba fina, negrísima, corta y lacia, constituían una hermosura especial, varonil, enérgica, semi-salvaje.

Era alto y delgado, pero como es largo y delgado el tigre.

Tenia como treinta y cinco años.

Vestia sencillamente de blanco, y su traje consistía en un caftan sujeto á la cintura por un ceñidor de cuero blanco, y un albornoz cuyo capuz estaba sujeto á la parte superior de su cabeza por una toca retorcida que daba algunas vueltas.

Conservaba la vaina de madera de su yatagan, y su largo puñal, del cual se apoderó Al-Hahor.

XII.

El prisionero permaneció de pié y atado.

Al-Hahor le desató, puso entre su faja la cuerda de ballesta con que el prisionero había sido atado, y se sentó en unos almohadones.

—¡Yo te conozco! dijo Al-Hahor después de haber contemplado algunos momentos fijamente el semblante del árabe.

Este pareció contrariado por la buena memoria de Al-Hahor.

—Sí, sí, por el Dios altísimo y único; tú viniste hace dos años á Toledo.

—Te engañas, dijo el prisionero.

—Tú no eres un cualquiera: tú eres como yo un walí.

—Quisiera Dios que lo fuese.

Ya hemos dicho en una nota, que la categoría de walí era equivalente á la de gobernador de ciudad, ó en el ejército á la de general.

—Tú no vistes tu propio traje, dijo Al-Hahor.

—Mi traje es el de los soldados de rey que estan en Toledo.

—Es verdad, pero ya te he dicho que tú eres walí: además de eso tú eres de la otra banda.

—Nunca he estado en el Moghreb.

—De allí viniste con una embajada de Juzof-Abu-Taxfin.

Pareció más contrariado el árabe.

—No, respondió secamente y con impaciencia.

—Tu albornoz debía ser negro.

—¡Negro! dijo ya más impaciente el árabe.

—Sí: tú eres almorabid, observó gravemente Al-Hahor.

—Tú te engañas.

—Y aún me parece que si me empeño puedo recordar tu nombre.

—No me conoces.

—Sí: tú viniste con una gran comitiva, y con ricos regalos, á traer al noble rey Al-Mamun cartas de tu sultan, en que participaba al rey de Toledo su advenimiento al trono de Marruecos: sí, sí: ahora recuerdo perfectamente tu nombre: tú te llamas Aben-Japhar.

—No: te engañas: me confundes con otro.

—Traias además una extraña peticion de tu señor al mio: le pedias por esposa á la sultana Sayda-Llemal, hija del rey de Andalucía, á quien el de Toledo tenia en rehenes en prenda del cumplimiento de los tratados de paz y alianza que existian entre el sultan de Toledo y el de Sevilla.

—No: no soy yo, dijo con asomos de cólera el árabe.

—Aben-Japhar, un caballero muslime un buen creyente, un walí, que para llegar á serlo ha visto mil veces el rostro á la muerte, no miente jamás, no debe mentir: la mentira es siempre un pecado que Dios aborrece, y en ocasion como ésta, es una cobardía vergonzosa: yo jamás he mentido: yo no mentiré aunque el decir la verdad haya de abrirme la sepultura; pero ¿cómo no has de mentir, si te has envilecido hasta el punto de encubrirte, de acechar como un ladron la casa agena, de rendirte por no morir?

—¡Dios es grande y él sabe lo oculto! exclamó avergonzado el árabe.

—Tú has sido débil, Aben-Japhar: tú, por miedo á tu señor, has tomado un encargo indigno de tí.

—Walí Al-Hahor, exclamó el árabe: tú en mi lugar hubieras hecho lo que yo.

—¡Ah! ¿con que tú tambien me conoces? ¡ya sabia yo que no

me engañaba! Pero tú te engañas pensando como has dicho en mí: yo en tu lugar hubiera desobedecido á mi señor, aunque hubiera tenido á mis espaldas al *mezuar* (1) con el alfange desnudo.

—Tú entras en combate contra tu pátria: tú ayudas contra ella, á los enemigos de tu Dios.

—Yo he sido arrojado de Toledo: yo debo velar por una sultana de la familia de mi señor muerto, por una pariente del rey Yayhe asesinado: Toledo está maldito por las culpas de sus ciudadanos, que ayudaron á un asesino: yo hubiera muerto si la sobrina de mi señor no necesitase de ayuda y de amparo: yo no serviria al rey Alfonso, si no fuese el único protector que queda á la sultana Zayda-Sobeydah.

Brilló un relámpago de inspiracion en los ojos de Aben-Japhar.

—La sultana Zayda-Sobeydah y su hijo el infante Ismail pueden tener un protector poderoso.

—¿Cuál?

—El sultan de Marruecos.

Reconcentróse el alma de Al-Hahor, y se propuso sacar partido de la situacion en que se habia colocado Aben-Japhar.

—Siéntate y habla sin temor, hermano, dijo dulcificando su voz; habla, y habla claro, porque Dios lo sabe: no te comprendo.

—Pues yo haré que me comprendas claramente y que acabemos haciendo juntos lo que yo solo no he podido.

—¡Habla! ¡habla!

—Yo soy el wali más querido del grande Juzef-Abu-Taxfin: para mí no tiene secretos: vas á saber tú los secretos del sultan.

Al-Hahor, que se habia propuesto encubrirse con el más profundo disimulo, se inclinó al nombre del sultan de Marruecos.

—Antes de pasar más allá, déjame que te diga por qué te he confesado al fin quién soy y de dónde vengo, despues te diré á lo que vengo: si me hubieras atormentado el cuerpo; si hubieras despedazado lenta y dolorosamente cada uno de mis miembros; si me hubieras entregado á las mordeduras de perros rabiosos ó

(1) Verdugo.

de serpientes venenosas, nada hubieras sabido; pero me has atormentado el alma, me has avergonzado, y no he podido resistir á la vergüenza.

—¡Así ¡eres, pues, buen creyente y buen caballero!

—Dios me perdone si he pecado. Ahora, óyeme.

Al-Hahor tomó la actitud de la más profunda atención.

Aben-Japhar continuó.

—Mi señor está perdido por Eblís (1), que se le ha metido en el alma oculto, por el amor de una mujer. Mi señor enloquece despierto y sueña dormido por la hija del sultan de Andalucía.

La conoció en el alcázar de su padre, mi señor, cuando aún era príncipe, y por la voluntad de su padre el sultan salió de Africa á peregrinar por España, disfrazado con la apariencia de juglar: le acompañaron algunos buenos capitanes disfrazados de mercaderes, uno de los cuales era yo.

Ver á Sayda-Llemal, y apoderarse Eblís del alma de mi señor, fué todo en un punto, y de tal manera, que se hizo esclavo voluntario de la mujer que amaba, y se quedó á sus piés en el alcázar, cantando amores y gimiendo amor.

Después la sultana fué enviada á Toledo, y á Toledo la siguió mi señor, siempre su esclavo, siempre alentando la esperanza de que algún día el corazón de diamante de Sayda-Llemal apreciara y premiase tanto amor.

Pero la sultana conoció allí al maldito Alfonso de Galicia, y le amó.

Alfonso de Galicia habia conocido tambien por aquel tiempo á la hermosa sobrina del buen rey Al-Mamun, y como que parecia que la amaba: mi señor lo sabia todo: tenia espías en todas partes.

Una noche tuvo medio de hacer que Alfonso penetrase en las habitaciones de la sultana Zayda-Sobeydah, de que la hiciese beber un filtro amatorio, y la sultana fué suya.

—¡Oh! pasa, pasa por cima de ese recuerdo de vergüenza; yo deshice sin saberlo, los planes de tu señor, que sin duda habia pretendido que el rey Al-Mamun encontrase en las habitaciones de su sobrina á don Alfonso, y le matase ó le obligara á casarse

(1) El diablo.

con Zayda-Sobeydah. ¡Ah! maldito sea el amor de tu señor por Sayda-Llemal.

—Lo sabes, pues, todo: mi señor, por aquel tiempo se vió obligado á marchar á Africa: su padre habia muerto, y sus hermanos disputaban una corona que no les correspondia: partió, pero me dejó en Toledo: yo observé, espíe, y supe que Alfonso habia marchado á su tierra para ser rey, que Sayda-Llemal habia sido enviada á su padre por el rey Al-mamun, y que la sultana Zayda-Sobeydah, negándose á casarse con el príncipe Yayhe, su primo, se habia retirado á su alcázar de Guadamar, á este mismo alcázar en donde nos encontramos: yo me disfracé, y supe que en el término preciso desde que Alfonso de Galicia la conoció, habia dado á luz secretamente amparada por su nodriza, al infante Ismail.

—Y bien: no comprendo ahora por qué quieres robar á ese infante, dijo Al-Hahor.

—Sígueme escuchando y lo comprenderás: ya Al-Mamun me habia dicho cuando me presenté con cartas de mi señor pidiéndole la mano de Sayda-Llemal, como su señor que era, que iba á devolver la sultana á su padre, y que solo su padre podria negarla ó concederla.

Sayda-Llemal partió en efecto, fuertemente resguardada á Sevilla, y yo permanecí oculto en Toledo y en sus alrededores; pero todos creian que habia partido á Africa á dar cuenta de mi embajada al sultan mi señor: al cabo de algun tiempo, el poderoso sultan me envió un emisario que me dijo que fuera á Andalucía, donde en un lugar concurrido encontraria la comitiva de una nueva embajada para el sultan de Sevilla, á quien yo pediria su hija por esposa para el sultan de Marruecos: acompañaba la carta del sultan: fui á Sevilla, encontré en el lugar indicado la comitiva, entré en la ciudad con gran pompa, y desempeñé mi encargo.

Sayda-Llemal contestó á ella de una manera indiferente y despreciativa, y yo partí entonces para Africa.

El sultan, cuando oyó el mensaje que yo le llevaba, se enfureció y pregonó la guerra contra Gezira Alandalus (1): cuando

(1) España.

llegó la buena estacion, pasó con un innumerable ejército de almoravides las Angosturas (1), cayó sobre Andalucía que fué abandonada por el cobarde Aben-Abed. Andalucía aclamó por señor al invencible sultan de Marruecos; pero Sayda-Llemal habia desaparecido.

Creyóla el sultan en Toledo, y se arrojó sobre Toledo como una tempestad.

—Tempestad que rebentó y se deshizo en el boquete de Guadel-Roman, exclamó con orgullo Al-Hahor.

—Dios da la victoria y Dios la quita: si Juzef no hubiera llevado la guerra á Toledo por una mujer, sino por la gloria del nombre de Dios, estendiendo sobre la tierra la secta almoravitha, Juzef hubiera vencido.

—Dios sabe lo oculto, dijo Al-Hahor.

—El sultan, perseguido por Al-Mamun á quien Dios favorecia, se vió arrojado de Andalucía; pero no pudo arrojar del mismo modo su corazon el maldito amor de Sayda-Llemal.

Apenas vuelto á Africa, y antes de reponerse de tantos desastres, envió fieles servidores á que buscasen á Sayda-Llemal y se apoderasen de ella; pero fueron muertos: la fortuna protegia á aquella mujer.

Por último, he venido yo por ella.

—Y bien: ¿por qué en vez de robar á Sayda-Llemal procuras apoderarte del infante Ismail, del hijo de mi señora?

—Porque es tambien hijo de Alfonso de Galicia, porque sé que le ama.

—¡Ah!

—Sí..... una vez en Africa el infante Ismail, se propoundria un cambio al rey: su hijo por Sayda-Llemal.

Calló Aben-Japhar, y Al-Hahor guardó por un momento silencio.

—¡Las mujeres! ¡las mujeres! exclamó por fin Al-Hahor, ¡maldígalas Dios! no hay grande desdicha que no haya sido causada por una mujer.

E inclinó la cabeza sobre el pecho.

(1) Estrecho de Gibraltar.

XIII.

—Tú, dijo levantando la cabeza de repente Aben-Japhar, y mirando de una manera profunda á Al-Hahor, ¿vives con los vasallos de Alfonso de Galicia?

—Sí.

—¿Y el rey confía en tí?

—Sí.

—Tu prisionero soy; haz de mí lo que quieras, pero.....

—Habla.

—Nosotros ayudándonos podemos servir á nuestros señores: tú á la sultana Sayda-Llemal; yo al sultan de Marruecos.

—¿Y cómo?

—¿Conoces tú á la sultana Sayda-Llemal?

—La he guardado tres años en Toledo en los jardines de la infanta Galiana.

—¿Puedes, pues, hablarla?

—Sí.

—Revélala los amores del rey con Zayda-Sobeydah.

—Los sabe.

—Mejor: eso te excusa de revelárselos y ganas tiempo: hazla tener celos.

—Los tiene.

—Mejor aún: el trabajo se abrevia.

—No te comprendo.

—Acércate á ella: procura inspirarla confianza.

—Es muy astuta.

—Sélo tú más que ella.

—¿Y para qué?

—Para tenderla un lazo.

—Dime cómo.

—Cuando ella confiara en tí, díla que el rey ha encontrado un medio, á pesar del cerco de Toledo, para ver á la sultana Zayda-Sobeydah: como tú has estado tanto tiempo en Toledo gozando del favor y de la confianza del rey Al-Mamun, puedes decirle que conoces cierta mina por donde se entra no solo en la

ciudad, sino en el alcázar del rey, en los aposentos de Zayda-Sobeydah.

Miró profundamente Al-Hahor á Aben-Japhar.

—¿Conoces tú acaso alguna mina, por la que desde el campo se pueda penetrar en Toledo?

—No: mientras yo estuve en Toledo, no aparecí más que como un mercader de Alepo: esas entradas y salidas secretas solo las conocen los reyes, y cuando más alguno de sus más leales servidores: pero como hay minas secretas en todos los alcázares, y Sayda-Llemal sabe que tú has gozado de todo el favor de Al-Mamun, te creerá.

—Dicen que cuando Juzef-Abu-Taxfin estuvo en Toledo, vivió algun tiempo en los subterráneos de las ruinas del templo de Hércules.

—Es verdad.

—¿Descubrió acaso tu señor alguna mina que empezando en los subterráneos terminase en la ciudad?

—No.

—Seria bueno, que en vez de suponer una mina que sin duda no existe, conociéramos alguna que realmente existiera.

—Basta con suponerlo.

—Acaba de explicarte.

—Un dia, apoderado ya de la confianza de Sayda-Llemal puedes decirle: tú amas, tú te sacrificas por Alfonso de Galicia, y Alfonso te engaña: Alfonso te finje amor porque necesita de tu ejército y de tus tesoros para ganar á Toledo: pero á quien ama, por quien muere, es por Zayda-Sobeydah: todas las noches va á verla por cierta mina.

—¡Ah! ¡sí! Sayda-Llemal querrá sorprender á don Alfonso.

—Indudablemente: los celos hacen perder la prudencia, y Sayda-Llemal se prestará á ir sola contigo.

—Es posible.

—Es seguro: entonces tú la sacas del campamento, y con el pretexto de ir á buscar la entrada de la mina, la alejarás llevándola á un lugar en donde yo esperaré emboscado con algunos hombres: cuando llegues allí con la sultana, yo te acometo, tú finjes una brava resistencia, y entretanto mis ginetes se apo-

derarán de la sultana. Una vez en mi poder, ya encontraré yo medio de trasladarla á Africa.

—¿Y qué gano yo, y sobre todo, qué gana mi señor con que tú te apoderes de la sultana Sayda-Llemal?

—Alfonso de Galicia ama á su hijo: yo le he visto desde fuera por los resquicios de las ventanas del alcázar de Guadamar, cuando ha venido á él, besar llorando al infante Ismail.

—Es el primer hijo del rey; como que la sultana Zayda-Sobeydah ha sido su primer amor.

—Pues bien: cuando Alfonso no esté sujeto á las artes diabólicas de Sayda-Llemal, cuando no la vea, cuando en cambio solo vea á su hijo y á la sultana Zayda-Sobeydah, el corazón de Alfonso será únicamente de ella: la reina esposa de Alfonso está loca: Sayda-Llemal la ha hecho enloquecer: cada día la locura de Inés de Poitiers es más terrible: Alfonso se separará de ella y necesitará tener otra esposa. ¿Qué esposa mejor que la sultana Zayda-Sobeydah?

—Dices bien, dijo, Al-Hahor despues de algun tiempo de reflexion y silencio: y en prueba de ello, te deajo libre.

—Ya sabía yo que acabariamos por comprendernos.

—¿Te conoce la sultana Sayda-Llemal?

—No me ha visto jamás.

—¿Te conoce alguien en el ejército?

—No es posible.

—Entonces, puedes vivir á mi lado y hablar públicamente conmigo.

—¿De qué modo?

—Yo tengo al servicio del rey cien esclavos negros, armados y montados: yo soy su wali á falta de un ejército: ¿quieres ser el kaid de esos cien ginetes bajo mis órdenes?

—Sí.

—¿Qué gente tienes contigo?

—Un solo esclavo, y ha sido muerto por tí esta noche.

—¿De qué gente, pues, hablabas tú cuando has pensado en la posibilidad de que yo lleve engañada á la sultana Sayda-Llemal á una emboscada armada por tí?

—Para eso hay gente en todas partes: tus mismos esclavos.

—Bien: es ya tarde y necesitamos partir. Voy á mandar que te den armas y caballo: ¡Al-Morax!

El esclavo que esperaba fuera acudió.

—Enjaeza uno de mis mejores caballos con armas de guerra, y trae á este kaid un casco, una loriga, una lanza, una espada y unos acicates. Que se ponga al mismo tiempo una litera para Sayda-Darhaja (1): tú vendrás con nosotros.

Al-Morax salió.

—Te ruego que me perdones, dijo Al-Hahor á Aben-Japhar: voy á dejarte algun tiempo solo.

Y salió dejando encerrado al wali del sultan de Marruecos.

XIV.

—Al-Morax, dijo Al-Hahor entrando en las caballerizas donde el esclavo enjaezaba un magnífico caballo: ¿has visto bien al wali?

—¿A ese hombre á quien hemos preso?

—Sí: ¿no le desconocerás nunca?

—Aunque pasaran cien años.

—Vas á venir conmigo, vas á vivir donde viva el wali: no le pierdas jamás de vista.

—Descuida, señor.

—Oye lo que habla, mira lo que toque, adivina lo que piense.

—Descuida, señor, descuida, seré su sombra: mis ojos no se apartarán de su rostro, ni mis oídos de su boca.

—Que él no pueda comprender que tú le observas.

—No lo comprenderá.

—Avísame de sus acciones, de sus palabras; y si un dia le sorprendieras en traicion, sin tener tiempo para avisarme, mata.

—Por el Dios grande, señor, confia en tu siervo.

Al-Hahor salió de las caballerizas y se fué á las habitaciones de su madre y de su hermana.

El infante Ismail estaba despierto y vestido.

(1) Téngase presente que Sayda en árabe no es un nombre, sino un tratamiento que se da no solo á las sultanas sino tambien á las moras nobles, y que significa señora, mi señora, tu señora, segun el caso.

Darhaja pronta para marchar.

Su equipaje y el del infante preparados.

Al-Hahor y Darhaja se despidieron de su madre y salieron al patio del alcázar.

La jóven con el infante entró en una litera, los equipajes se cargaron en las acémilas, y Al-Hahor fué á buscar á Aben Japhar.

—En marcha, dijo: dentro de poco tiempo estaremos en los reales de Alfonso de Galicia.

Y salió con él al patio.

Al-Morax que estaba ya armado, miró á Aben-Japhar, y le presentó despues un magnífico caballo de batalla.

Presentó el suyo á Al-Hahor, montó despues y los dos wallés, la litera, con Darhaja y el infante Ismail, Al-Hahor y las acémilas conducidas por cuatro esclavos salieron del alcázar, atravesaron la aldea y llegaron á donde estaban las cuarenta lanzas castellanas que Al-Hahor habia llevado de escolta.

—¡A los reales! dijo Al-Hahor á los castellanos.

Y los cuarenta ginetes se pusieron en marcha tras el pequeño convoy que habia sacado de Guadamar Al-Hahor.

CAPITULO VI.

De lo que pasó entre el rey y la reina.

I.

Al retirarse Alfonso VI de la tienda de Aben-Abed, completamente dominado por la hermosura y por el talento de Sayda-Llemal, se encaminó gravemente contrariado á su tienda: magnífica tienda árabe que debia al cuidado de Sayda-Llemal, porque su tienda habia sido quemada durante el rebato de la noche anterior.

Alfonso VI hubiera preferido permanecer toda la noche en la tienda del sultan de Andalucía.

Pero esto no podia, no debia ser.

Hubiera escandalizado al ejército tanta amistad con un rey árabe por más que fuese amigo y aliado.

Alfonso VI despidió á los condes, llamó á sus camareros, se hizo despojar de su atavío real, y vestido á la ligera, se echó en el magnífico lecho de pieles de tigre que habia encontrado en la tienda.

Estaba rendido, y sin embargo no pudo dormirse.

Su imaginacion estaba preocupada.

Sufría un tormento que solo comprende el que le ha sufrido; el de tener necesidad de descanso y no poder descansar; el de tener sueño y no poder dormir.

Primero, un solo pensamiento dió pábulo á la imaginacion del rey.

El recuerdo candente de la hermosura y del amor de Isabel Aben-Abed.

Luego, al recuerdo de Isabel se fué mezclando otro recuerdo.

El de Zayda-Sobeydah.

El de su amante.

Despues el de otra.

El de Inés de Poitiers.

El de su esposa.

Los tres amores del rey.

El de Sayda-Llemal representaba una esperanza y un deseo contrariado.

El de Zayda-Sobeydah, el recuerdo del deleite, el penetrante amor que el hombre experimenta por la madre de su hijos.

El de Inés de Poitiers, el de un imposible, porque la locura es la muerte del alma; porque un loco, considerado desde el punto de vista de la razon, es un cadáver viviente.

De modo que en Inés de Poitiers yacia su voluptuosidad en lo pasado.

En Zayda-Sobeydah existia su voluptuosidad en el presente.

En Isabel Aben-Abed la voluptuosidad era una esperanza, una impaciencia, un martirio.

Los tres amores del rey eran para él de igual modo dolorosos, aunque bajo distintas fases.

Alfonso, pues, abismada su imaginacion con esta lucha de sus amores, no podia dormir.

Empezó á latir su cerebro y se vió obligado á levantarse.

Se puso á pasear por la tienda.

Algun tiempo despues de haber dejado el lecho, la atmósfera de la tienda se le hizo insoportable.

Necesitaba respirar el aire libre.

El aire de la noche.

Llamó á sus escuderos y se vistió una loriga y un tabardo.

Y como los reyes necesitan para todo un pretexto, pidió su caballo, y mandó que se llamara á algunos de los condes de su casa y algunos hombres de armas para ir á recorrer las guardias.

II.

En vano habia recurrido el rey al aire fresco de la noche.

Aquel aire se calentaba al tocar su frente.

Se encontraba á caballo y marchando con la cabeza descubierta tan mal como revolviéndose en su lecho, tan mal como paseándose en su tienda.

A la media noche el rey habia recorrido todos los campos.

Se habia detenido algun tiempo en el campo del Cid.

Don Rodrigo velaba, no porque el sueño huyera á impulsos de locuras de sus ojos, sino porque el cuidado de capitán le obligaba á la vela.

Cuando se trataba de moros, despues de un combate, era cuando más se debia temer otro.

Esto tenia su lógica.

El propósito de cansar al enemigo más y más acometiéndole con tropas de refresco.

El Cid habló sériamente con el rey, y le acabó de enloquecer refiriéndole lo que aquel dia habia pasado entre él y la hija del rey árabe de Sevilla.

—Será una gran reina, le habia dicho el Cid; y á elegir entre Francia y Navarra ó cualquier condado como el de Poitiers ó Benavarre, ó Bigorra, es preferible la hija del sultan de Andalucía, dado que es cristiana y está dotada de un gran corazon y de una gran virtud.

—¿Es decir, mi valiente Cid, que vos creéis á doña Isabel digna de mi corona?

—Conociérala yo antes, dijo el Cid: supiera yo que vuestros reinos iban á ganar, y á no perder con otro casamiento, y desde que vos la quisisteis por esposa lo seria.

—Es decir, que si pido mi divorcio.....

—Debeis pedirlo, señor: la desgraciada doña Inés está loca, y no hay esperanzas de que cobre la razon.

—¡Es que la amo! dijo el rey suspirando.

—Amarla debeis que es vuestra esposa, y á más es desdi-

chada; pero debeis amar más á vuestros reinos; y vuestro divorcio, señor, urge: no teneis hijos.

El rey suspiró, porque recordó su hijo Ismail.

—Sois como rey soldado, continuó el Cid? la guerra continua es precisa, y en la guerra lo que más próximo y más seguro se tiene es la muerte: no querais dejar huérfanos de rey á vuestros reinos: eso traeria turbulencias y desdichas.

—Siempre quedaria mi hermano don García.

—Que vale más para monje que para rey: creedme, señor: vuestros reinos necesitan de vos un sucesor, y yo tengo para mí que doña Isabel ha de ser muy matrona.

Esto equivalia á decir que Sayda-Llemal seria muy fecunda.

—Paréceme, mi buen don Rodrigo, que estais enamorado de la hermosa sultana, dijo el rey en tono de broma.

—Todo el amor que tenia, y aún más que Dios me dió, respondió sériamente el Cid, le tiene doña Jimena, y como si ella sola no bastase, han venido á aumentar mi amor mis hijas.

—¡Oh, qué feliz sois, don Rodrigo!

—Sí, muy feliz, porque no soy más desgraciado, dijo suspirando el Cid.

—Pensaré en lo que me habeis dicho, dijo el rey; pero se me hace cosa séria enviar con su padre á doña Inés. ¿Y el conde de Poitiers... qué dirá?...

—Impórtaos poco, señor, lo que diga ese condecillo: y si levantara un poco la voz, yo cargo con el trabajo de hacerle callar como á un muerto.

—El Papa es amigo de la Francia.

—Gobierne el Papa su Iglesia, y deje que los reyes gobiernen sus reinos. Que Dios me perdone, si el Papa se mete en lo que Dios no le manda, iré yo de predicador, con mi estandarte, á convencer al Papa, de que por acá haciendo lo que hacemos, hemos tenido razon, justicia y poder.

—Con vasallos como vos, la corona es ligera, don Rodrigo.

—Y con reyes como vuestra señoría, se puede honradamente ser vasallo.

Y en efecto, Alfonso VI y Rodrigo Diaz de Vivar eran dos Cides.

—Hablemos de otra cosa, que de lo que hemos hablado aún hay tiempo: ¿os han dado mis órdenes para mañana?

—Sí, señor: mañana haremos como que recibimos al rey árabe y á su noble hija, aunque ya los hemos recibido.

—Quiero que cabalguéis á mi derecha, don Rodrigo: quiero que al veros, os vean junto á mí, como mi lugarteniente, como si fuérais otro rey de Castilla.

—Si yo no fuera lo que soy, querría ser lo que vos.

—Teneis razon.

—Dígolo por la corona, que por lo demás, juro á Dios que yo ganaria en el trueque.

—Sois incomprendible, don Rodrigo; siempre van junta en vos la humildad y la soberbia.

—Como San Miguel y el diablo.

—Vendreis galan...

—Me pondré las galas de mi padre.

—Las llevais con vos siempre.

—Es mi obligacion.

—Ya es tarde, don Rodrigo: buenas noches y buen sueño.

—Buenas noches y buen sueño... y buenos pensamientos, señor.

Y el rey y el vasallo se dieron, como dos amigos, un cordialísimo apretón de manos.

Los reyes de entoncees se diferenciaban mucho de los reyes de hoy.

Es verdad que aquellos eran otros tiempos.

III.

El Cid no se separó del rey hasta que le tuvo el estrivo para montar á caballo.

Cuando el rey partió, el Cid no entró en la tienda hasta que se perdieron el rey y su comitiva en las sombras de la noche.

Habia mucho de amor en la lealtad del Cid para con Alfonso VI.

Quedábale todavía un buen espacio de ronda para llegar á su tienda.

Su conversacion con el Cid acerca de la reina, habia hecho que el recuerdo de esta dominase en el corazon del rey.

Las rubias trenzas de doña Inés, su frente pálida y tersa, la grave hermosura de su semblante, sus grandes y febriles ojos azules, su cuello mórvido y nacarado, sus hombros ámplios, curvos, magníficos, todos sus encantos, todos sus atractivos, despertaron un vivísimo y ardiente recuerdo en el corazon del rey.

Un recuerdo de amor y de voluptuosidad, avivado, escitado por los celos más extraños del mundo, por unos celos que llevaban fatalmente al rey al recuerdo de la hermosura de Sayda-Llemal.

Porque la reina estaba loca de amor, y el amor de la reina era por don Gaston de Ulloa.

Ya sabemos que don Gaston de Ulloa era Sayda-Llemal.

De modo, que el rey tenia celos de un sér á quien adoraba.

IV.

Contrariaban al orgullo y la dignidad del rey, una entrevista con doña Inés, en que se veia obligado á escuchar palabras que no podian ser, no ya gratas, sino ni siquiera tolerables.

Como que doña Inés estaba loca y no sabia lo que se decia.

Las dos infantas doña Urraca y doña Elvira, esclavas de la dignidad de este rey, eran las únicas personas que se acercaban á la reina.

De modo, que todo el mundo sabia que la reina estaba loca, pero no por qué, ó cómo estaba loca.

Y el rey visitaba á doña Inés, porque sus cortesanos no murmurasen; así lo decian sus hermanas, y era realmente porque estaba celoso, ya sabemos cómo, y de tiempo en tiempo sus sentidos se escitaban con el recuerdo de la vigorosa hermosura septentrional de la reina.

Por esta razon iba aquella noche á verla.

Le habia hablado el Cid de un divorcio necesario, y á la sola idea de una total separacion de Inés de Poitiers, esta se le habia hecho preciosa.

En una palabra: Alfonso VI hubiera querido tener siempre

al alcance de su mano á aquellas tres princesas, que inspirándole cada una de por sí un amor especial, venian á ser todo el amor del rey dividido por tres.

Por eso hemos puesto por título á este libro *Los amores de Alfonso VI*, y no el *amor*, aunque todo hubiera venido á ser una misma cosa.

V.

Contrariado y ansioso á un tiempo, el rey se encaminó solo y rebozado en su tabardo, á la gran tienda donde moraba la reina que estaba flanqueada por otras en que vivian las hermanas del rey.

Habia salido la luna, pero el cielo no estaba despejado.

Una neblina blanca, fria y espesa, lo envolvía todo.

La noche se habia puesto clara y la luna se veía empañada, transparentándose á través de la niebla.

De esta niebla se desprendian algunas gruesas gotas de agua.

Toledo no se veía, oculto por la niebla, ni se veía tampoco mas que las tiendas más cercanas que parecian ser figuras cónicas formadas por la niebla condensada.

No hay nada que parezca tan fantásticamente infinito como un espacio vago, en que la tierra se confunde, se mezcla con el aire, y no deja ver horizonte ni cirueta alguna.

El rey bastante escitado ya, acabó de colocarse en una extraña situacion de espíritu.

Empezó á verlo todo su imaginacion de una manera vaga y romántica desde un punto de vista falso.

Desde ese punto de vista de los sueños.

Contribuía á esto el silencio profundo é inverosímil en un campamento compuesto de tan numerosas huestes.

Parecía que los atalayas cristianos dormian, y que allá en el muro de Toledo dormian los atalayas moros.

Debía ser la media noche, y esto acabó de impresionar al rey.

Desde muy antiguo existe la idea supersticiosa de que la media noche, esto es, el paso, la union de un dia con otro dia,

es la hora misteriosa de las apariciones, de lo sobrenatural, en que los muertos dejan sus tumbas, y los duendes, esos pequeños demonios del hogar y del campo, dejan su escondrijo entre las tejas, su grieta en las rocas, en la tierra, ó en la concavidad del árbol.

De improviso, en medio de aquel silencio se levantó un sonido lánguido, melancólico, monótono, sentido, débil primero, creciente despues.

Era el sonido de las cuerdas de un laud diéstramente tocado, pero al parecer con abandono, como si el que lo tocaba lo hiciese por una necesidad del espíritu, dominado por una idea fija.

VI.

Por un momento el laud cantó solo, sin que un canto humano le acompañase.

El rey se habia detenido dominado por el encanto de aquella armonía dulce y suspirante.

Aquel sonido provenia de la tienda de la reina.

Luego una voz apenada, triste, suspirante, pero dulce, argentina, armónica, cantó una estancia en dialecto provenzal, y luego otra y otra.

Aquellas tres estancias eran una pequeña balada, un reducido poema que encerraban dentro de sí toda una historia de amores tristes.

Traducidas aquellas tres estancias al castellano y al estilo moderno, expresaban lo siguiente:

¡Ay, qué triste es la vida

cuando se apaga

el astro esplendoroso

de la esperanza,

y los recuerdos

van á buscar amores

entre los muertos!

Anoche ví, soñando,
 su frente pálida
 y entera por mi boca,
 se entró su alma;
 su alma de fuego
 que al pasar por mis labios,
 los dejó secos.

No vuelvas esta noche
 sueño que matas,
 que el corazón me duele
 por la mañana;
 y mis megillas
 como el mármol se tornan
 blancas y frías.

La voz calló y el laud siguió resonando, pero ténue, más lánguido, más triste, más dulce.

El rey sintió un movimiento de despecho.

La reina era la que había cantado.

Lo que había cantado la reina, comprendía en un espacio brevisimo, la historia de sus amores con don Gaston de Ulloa.

Y para que el rey no pudiera dudar, se dejó oír de nuevo la voz de la reina, que cantó la siguiente estrofa:

Por tumba el desdichado
 tiene una charca,
 y en su fondo escondida
 canta una rana;
 ¡Ay! y por eso
 el canto de la rana
 me suena á muerto.

Nuestros lectores recordarán el rebalzo de agua de la gruta del bosque de Arlanza, donde la reina, engañada por una fas-

cinacion, habia creido ver el cadáver del ser á quien habia amado.

En el acento de la reina vibraba la insensatez al cantar esta última estancia.

El rey apresuró el paso.

Le habia aterrado un no sé qué de funesto, de terrible, que se desprendia del canto de la reina.

La reina habia vuelto á cantar:

Es mi sér una tumba
que vive y anda,
que tengo un amor muerto
dentro del alma;
y en mi congoja
vivo y muriendo sufro,
llorando sola.

El rey entonces no anduvo ya, sino que corrió.

Aquel último canto de la reina habia sido un gemido de muerte.

Al llegar á la tienda, un archero se le puso al paso y cruzó delante de él su partesana.

—¡El rey! dijo Alfonso VI descubriéndose.

—¡El rey! gritó el archero, apartándose rápidamente y dando un golpe sobre el escudo con la partesana en saludo de honor.

VII.

Al levantar el rey el tapiz que cubria la puerta de la especie de antecámara ó recibimiento de la tienda de la reina, apareció una figura alta y blanca.

Una figura de mujer.

El rey reconoció en ella á su hermana la infanta doña Urraca.

Ella y doña Elvira partian la fatiga, el cuidado de estar junto á la reina, de asistirle, de no dejar que nadie se aproximase á ella.

Turnaban, se relevaban.

La infanta doña Urraca, pues, estaba llenando su turno.

—¿Qué es esto? dijo al rey: ¿tú á estas horas!

—Pasaba haciendo mi ronda y la he oido cantar de una manera tan triste...

—Todo lo que te rodea es triste, dijo á speramente la infanta, y por mi parte te anuncio que me voy á Zamora.

—¿Que te vas!

—¡Sí; y creo que Elvira se va tambien á su ciudad de Toro.

—¡Me abandonais!

—Y á qué vivir aquí en tus reales expuestas á cada paso á lo que nos sucedió anoche: solas con algunos guardias corrimos despavoridas por esos campos, sin saber á donde ir, temiendo á cada momento ser cautivadas por los moros; y luego, como si nada hubiera sucedido, he aquí que á nuestro buen hermano no se le ocurre venir á buscarnos para ver si se nos habia pasado el susto.

—Ya sabia que nada os habia acontecido: estaba cansado de combatir.

—Y sobre todo, el corazon te llevaba á otra parte.

—¡El corazon!

—Sí por cierto; y es necesario confesar que tienes mucha razon para estar enamorado, porque la infanta doña Isabel...

—¡La infanta!

—Sí, la infanta doña Isabel: ¿no la han saludado así tus ejércitos? ¿no han gritado á grito herido tus soldados y tus caudillos, al ver pasar á esa mora, «viva la infanta doña Isabel?»

—Ha sembrado el bien y el consuelo entre mis soldados heridos.

—Es verdad, esa infanta es muy caritativa: como que Elvira y yo creimos que vendria tambien á visitarnos para informarse de cómo habiamos pasado la noche, y sobre todo, de cómo estaba de su locura la desdichada doña Inés, á quien ella, de una manera villana, ha hecho enloquecer.

—Siempre has sido violenta, dura y envidiosa, Urraca, dijo el rey con disgusto, viendo la tempestad que le levantaba su hermana mayor.

—Yo soy para tí tan sagrada como tu madre, dijo la infanta: si yo no te hubiera sacado de Sahagun, para entregarte al rey de Toledo, ¿sabes tú si serias rey?

—Bien te haces pagar tus beneficios, hermana, obligándome á que sufra tus violencias, tus rarezas.

—Es verdad: se ha tocado á la luz de tus ojos, á la hija del rey moro de Sevilla: á una mujer que debias haber exterminado por el daño que ha hecho en tu familia.

—¡Urraca! dijo el rey pudiendo apenas dominar su cólera: véte: déjame solo: necesito hablar con la reina.

—La reina tambien se va.

—¡Que se va!

—Sí: ha escrito á su padre una carta que rompía el corazón y su padre ha contestado que iba á pedirte como un favor su divorcio.

—¡Es decir, que sin conocimiento mio, tú has hecho lo que mejor te ha parecido! ¡porque tú misma habrás procurado á la reina los medios de que su carta llegue á las manos de su padre!

—Sí: ha llevado esa carta mi secretario el conde Juan Dávila.

—Yo enseñaré al conde Juan Dávila, si es prudente obrar en mi deservicio.

El conde Juan Dávila es vasallo mio.

—Y como tú eres mi vasalla, el conde tu vasallo es por lo tanto vasallo mio.

—Yo soy reina de Zamora.

—Tú tienes su infantazgo mientras yo quiera, y me vas obligando á que envíe sobre tu Zamora unos cuantos archeros.

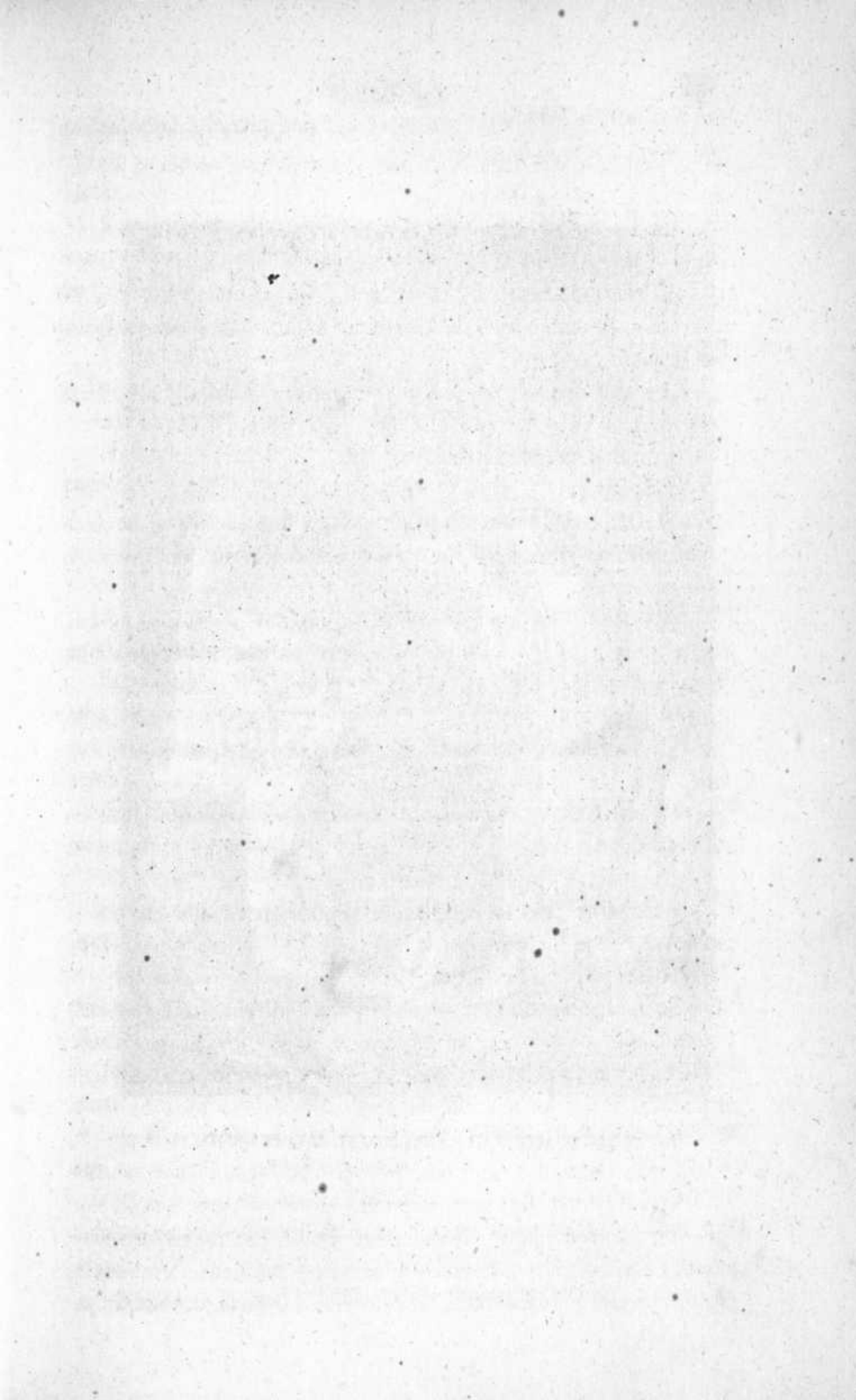
—Sí, sí, la tiranía y la ambicion: ¡como don Sancho! mañana al amanecer nos marchamos las tres.

—¡Las tres!

—Sí, la reina, Elvira y yo.

—Tú estás más loca que la reina.

—¡Permanecer aquí, cuando esa infiel, esa aventurera, se pasea á caballo y con comitiva entre tus soldados, vestida de púrpura y oro y con corona de reina en la cabeza, como dicién-





EL REY SE ACERCO Á LA REINA SIN QUE ESTA LE SINTIESE.

do: saludad á la que ha de ser vuestra reina! ¡No! quédate en paz con ella, pero no nos hagas sufrir tanta avilantez, tanta audacia.

Y la infanta doña Urraca, volviendo en respuesta la espalda al rey, desapareció por una abertura que ponía en comunicacion su tienda con la tienda de la reina.

Alfonso VI se quedó por un momento inmóvil y aturdido.

Luego se pasó la mano en un movimiento de resolucion por la frente, y exclamó con acento trémulo por la cólera:

—¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres! ¡maldígalas Dios, amen!

Y luego entró en el compartimiento de la tienda donde debia encontrar á la reina.

VIII.

Una lámpara encendida puesta sobre una mesa, esparcía en aquel reducido espacio una claridad opaca.

Las figuras de los tapices que formaban los lados y el techo, apenas se percibian.

Sobre un lecho, tendida, inmóvil, abandonada, estaba la reina.

Sobre la alfombra, á los piés del lecho, se veía el laud que se habia desprendido de las manos de doña Inés.

El rey se acercó á la reina sin que esta le sintiese.

Un misterioso poder, una fascinacion invencible le llevaba junto á la reina.

Tenia doña Inés sus ricas trenzas rubias, desordenadas, caídas sobre su lecho, sobre su casi desnudo seno, y velando á medias su semblante.

Su cabeza, abandonada sobre las almohadas, dejaba ver un perfil puro, hermosísimo, embriagador.

Su ojos, velados por sus largas pestañas, parecian acariciar con su mirada á un ser invisible.

El rey contemplando á la reina se habia colocado por casualidad en el foco de su mirada, y aquella mirada le abrasó el alma.

Nunca la reina le habia mirado de aquel modo.

Y el rey sabía que aquella mirada que recibía de sus ojos, que llegaba á través de ellos hasta lo más profundo de su alma, abrasándola, poniendo en una actividad febril todos sus sentidos, no era para él.

Aquella mirada era para el sér amado, que veía de una manera fantástica la reina en medio de su locura.

Y no era solo la mirada, la que hacia tentadora, hermosísima, sobrenatural, á doña Inés.

Era su boca entreabierta que gemía silenciosa.

Era su seno que se dilataba como no pudiendo contener el fuego que se encerraba, que se dilataba en él.

Eran sus brazos que desnudos parecían abrazar á un fantasma, cruzados de una manera particular sobre su pecho.

Era su palidez densa, su palidez mate, que en vez de asemejarse á la palidez de un cadáver, representaba un incomparable exceso de vida.

El rey tembló de los piés á la cabeza, y entonces todo su amor, todo su deseo, toda su alma, fué para su esposa.

—¡Oh! dijo: imposible, imposible de todo punto: yo no puedo separarme de ella: yo no la conocía: yo no sabía que era tan hermosa, que amaba tanto: ¡oh! yo la he tratado con frialdad, la he helado el alma: yo tampoco me he dejado conocer de ella: es necesario que me conozca: yo no he amado más que su cuerpo, y ahora amo su alma; y me parece que la he amado toda mi vida: ¡oh mi reina! ¡oh mi delicia! yo te haré despertar de ese triste sueño de amores por un fantasma: yo te daré tanto amor como tú necesitas, y tú me darás con el amor de tu alma hijos de tus entrañas. ¡Oh! yo he estado loco: ¡Sayda-Llemal! ¡Zayda-Sobeydah! no, ¡ellas no son más hermosas ni más puras que tú! ¡ellas no tienen un alma más amante, más ansiosa, más llena de amor que la tuya! ¡oh alma mía! ¡oh esposa mía!

Y el amor y la conmocion, y la reaccion hácia el deber y hácia la virtud, siempre dulces cuando determinan un impulso espontáneo del alma, transformaron de tal modo el ser, la fisonomía, la mirada de Alfonso VI, que le hicieron hermosísimo.

La mirada de los dos esposos no habia dejado de chocar, de mezclarse en una vibracion continua.

Llegó un momento en que los ojos de la reina se dilataron.

En que su mirada calenturienta que vagaba en una abstracción, por decirlo así, se concretó, abarcó al rey, absorbió su mirada y dejó ver su alma, su pensamiento, su amor.

Y al encontrar la mirada de la reina, al sentir su influencia, su hermosura y su conmoción el rey, doña Inés le dejó ver un poema de amor, una ardiente pasión, un paraíso de delicias que eran para él, para el ser real, no para el recuerdo del amor perdido.

El rey sintió zumbar su cabeza, adormecerse su sér, dilatarse, crecer: que se apoderaba de él un vértigo: y vencido por aquel vértigo, cayó de rodillas, y reclinó su cabeza sobre el seno palpitante de su esposa.

—¡Alfonso! ¡Alfonso mio! dijo un momento despues una voz que lloraba, pero de alegría, de amor.

El rey no contestó.

Lloraba tambien.

—¡Qué ángel ha venido contigo, dijo la reina, estrechando con sus manos temblorosas la cabeza del rey contra su seno, y besándole en los cabellos: yo moria, yo estaba entregada á un sueño del infierno, y tú has venido á traerme la paz, la frescura, el consuelo, la vida, el amor! ¡oh! yo no te conocia; yo no te habia comprendido hasta esta noche! ¡qué demonio nos ha separado, esposo de mi alma!

Y levantó con sus manos la cabeza del rey y miró sus ojos y los vió llenos de lágrimas, y sonrió como deben sonreir los mártires cuando ven la mirada de Dios; y luego dejó caer hácia atrás la cabeza sobre los almohadones, poseida por un delirio dulce, por una fruicion inefable.

Alfonso VI se levantó, se inclinó sobre ella y la miró.

Doña Inés ya no estaba pálida.

Un leve color rosado se estendia sobre sus megillas; no gemia ya, lloraba.

Pero era un llanto dulce y consolador.

Parecia como que el génio terrible que presidia los sentimientos del rey le habia abandonado, y que en su lugar un ángel le atraia al bien, dejándole ver dentro de su alma, bajo el

amparo de la virtud, cuanto había soñado y deseado en la tierra respecto al amor.

IX.

La reina continuó algún tiempo entregada á aquel paraisimo de felicidad.

El rey, anegándose en el irresistible encanto que emanaba de la reina.

Al fin aquella fascinacion que dominaba á entrambos, fué desvaneciéndose y dando lugar á la razon.

La reina se incorporó sobre el lecho.

Se apartó de la frente las anchas ondas de sus cabellos rubios, y miró enamorada al rey.

—¿Qué es esto, señor? dijo: ¿quién os ha cambiado, que os veo como nunca os he visto?

—Yo he encontrado en tí lo que siempre había soñado, lo que siempre había deseado, lo que no creí existiese en tí: he visto amor.

—Mi alma dormia, y un sueño maldito la dominaba: yo había creído encontrar fuera de tí, lo que en tí había buscado en vano.

La reina se ruborizó.

—Todo ha sido un sueño, una fascinacion, un error: don Gaston de Ulloa era una mujer... y esa mujer, no ha muerto, existe.

—¡Oh, no! señor: vos quereis consolarme: vos sois muy bueno y muy amante, y quereis arrancar hasta el último recuerdo triste de la memoria de la pobre loca: vos quereis que yo sea completamente feliz.

—Todo lo que ha sucedido ha venido á suceder para que nos comprendamos, para que nos conozcamos.

—¡Vos debéis estar engañado, señor! dijo la reina fijando en Alfonso VI su hermosa mirada á través de un velo de lágrimas: si no estuviérais engañado, vuestros ojos podrian mirarme con misericordia, pero no con amor... y yo veo en vuestros ojos amor... vuestra alma entera sale por ellos para mí: vos debéis estar engañado, porque vos no podeis amar lo indigno, y yo, desdichada, soy indigna de vos.

El rey sintió una amargura infinita en su alma.

Hubiera preferido verse obligado á romper solo por entre un ejército de gigantes feroces, á la precision en que se veia de desvanecer hasta las últimas dudas de la reina.

—Por lo mismo, Inés, que yo no puedo amar lo indigno, debes comprender que cuando te amo, es porque te creo digna de mi amor.

—¡Oh sí, sí! vos debéis creerlo, ¡pero estais engañado, señor!

La reina se detuvo, como no atreviéndose á continuar.

Despues, haciendo un poderoso esfuerzo, dijo:

—Yo he estado loca: yo he tenido celos, yo me he desesperado, y desesperada y celosa, no encontrando en vos lo que mi alma necesitaba, he caído... he sido impura.

Un remordimiento amargo royó el corazon del rey.

Acontecióle lo que al marido disoluto, que al acusar á su mujer de impureza, encuentra que su desamor, su insensatez, su conducta, son la única causa de la disolucion de su esposa.

—Yo he comprendido, señor, continuó la reina, que no puedo vivir á vuestro lado: yo sé que mi razon enferma me hace caer en largos y horribles delirios... yo he comprendido la necesidad de una separacion, y no os lo quiero ocultar: he escrito á mi padre.

El rey miró con una verdadera agonía á la reina.

—Pero no creais, señor, que yo os he acusado, continuó doña Inés: no creais que he dicho á mi padre que mi desgracia por no haber sido amada de vos, me ha hecho impura y miserable: eso hubiera sido enemistaros con mi padre, y aún amargar su vejez por el conocimiento de mi falta.

—Pero esa falta no existe: no ha podido existir por fortuna para los dos.

—¡La prueba, señor, la prueba!... ¡pero no!... ¡es imposible!

—Don Gaston de Ulloa... ya ves que pronuncio tranquilamente este nombre... don Gaston de Ulloa era una mujer.

—¡Su nombre!...

—Era la hija del rey árabe de Sevilla.

—Los que la conocen, dicen que Sayda-Llemal (la voz de la

reina temblaba al pronunciar este nombre) es blanca como una azucena, y don Gaston tenia el semblante atezado.

—Sayda-Llemal se teñía el rostro, el cuello y las manos.

—Yo he visto á don Gaston montar en un potro indómito, y dominarle: yo le he visto romper una lanza...

—Sayda-Llemal es fuerte como un hombre: tan fuerte como el Cid. Toda esta noche pasada ha estado combatiendo lanza á lanza con los soldados del rey de Valencia.

—Dicen que esa sultana tiene los cabellos más largos que puede tener mujer, y don Gaston...

—Sayda-Llemal se habia cortado los cabellos.

—Yo he visto á don Gaston muerto.

—Tú viste dos piés de un hombre que salian de una charca ensangrentada: te dominaba una fascinacion, y te has engañado.

—¡Oh! ¡si mi engaño fuera cierto!...

—Yo he visto en aquella gruta á Sayda-Llemal viva, junto á tí que estabas desmayada, junto al cadáver de aquel hombre á quien ella habia muerto.

—¡Tú! ¡lo has visto tú mismo! ¡en aquellos momentos! ¡por tus mismos ojos! exclamó con ánsia la reina.

—¡Sí! contestó Alfonso VI.

—¡Oh! ¡tú no mientes, tú no puedes mentir! dijo con alegría la reina: ¡oh! ¡pero yo me vuelvo loco! ¡cómo he podido yo engañarme de tal modo!

—Dios ha permitido esto para que nos conozcamos, para que nos amemos, para que seamos más dichosos de lo que lo hubiéramos sido sin esta prueba.

—Y esa sultana, esa terrible mujer, dijo de repente la reina, ¡está aquí!

—Su padre ha venido con su ejército á ayudarnos en la conquista de Toledo.

—¡Tú amas á esa mujer, Alfonso!

—La amaba... creia amarla... yo no conocia tu amor... pero tú me amas, y tu amor es un amor de mujer: un amor que me alienta dulcemente el alma, y el amor de Sayda-Llemal me la abrasaba, porque es un amor de demonio.

—¡Oh! tú amarás siempre á esa mujer.

—No: tú amor llena mi alma entera.

—¡Y esa mujer vivirá aquí, la veré yo!

—Tú eres mi reina y mi esposa.

—Esa mujer te perseguirá, se empeñará por tí... y me vencerá... porque yo la conozco... á mí me enloqueció bajo su apariencia de hombre... ¿qué no hará contigo con su hermosura y su astucia de mujer?

—Sayda-Llemal no permanecerá junto á nosotros.

—¡No! ¿vas á desdeñar la ayuda del rey de Sevilla?

—No: voy únicamente á hacerte triunfar de ella.

—¿Y cómo?

—Mañana, el rey de Sevilla y yo hemos de saludarnos delante de nuestros ejércitos... con él vendrá su hija: conmigo vendrás tú.

—Hace mucho tiempo que tus vasallos no me ven á tu lado.

—Mañana en una blanca hacanea, engalanada y hermosa como un arcángel, alegre y feliz, porque mi amor te habrá dado la alegría de tu alma, vendrás á mi derecha, amor mio, con toda la magestad, y toda la magestad de una reina cristiana: yo llevaré sobre mi cabeza y sobre mis hombros la corona y la púrpura de mi padre: tú llevarás sobre tus rubios cabellos la corona de mi madre, una magnífica corona, que ni aún has visto: tú irás resplandeciente de galas y de joyas, aunque ya es bastante resplandor el de tu hermosura; y además...

—¡Además qué!

—Oye: por mucho que le pese, Sayda-Llemal, como hija de un rey aliado mio, cuando yo abrace á su padre en señal de amistad, se verá obligada á abrazarte á tí... y entonces verá en tus brazos.....

—¡Qué!

—Sus brazaletes: aquellos magníficos brazaletes que te presenté para que se los comprases el judío Dathan Simuel.

—¡Los brazaletes de Sayda-Llemal! exclamó con alegría la reina.

—Sí, esos brazaletes que ella sabe están en mi poder; y el llevar tú puestos esos brazaletes en una ocasion solemne á que ella debe asistir, es lo mismo que si yo la dijera: ¡Has soñado!

¡yo no te amo! ¡mi amor es todo de mi reina, de mi esposa!

Doña Inés miró con una expresion de amor inmenso, de felicidad suprema al rey, y se arrojó riendo y llorando á un tiempo en sus brazos.

—Ya no partirás, ya no me abandonarás, amor mio, dijo el rey.

—No, no, dijo doña Inés: me quedo aquí contigo, para que los celos, la rabia, la desesperacion de esa mujer se aumenten; pero ¿qué me importa, si por pronto que se cebe en mí su venganza, ya habré gozado siglos de felicidad?

—¡Ay de Sayda-Llemal, dijo el rey, si toca á uno de tus cabellos de oro!

X.

El rey permaneció aún tres horas en la tienda de la reina.

Quando salió una hora antes del dia, sintió que le tiraban del tabardo.

Se volvió y se encontró con la infanta doña Urraca.

—Dáme un abrazo, hermano, le dijo: tu áspera, tu terrible Urraca, te ama cuando obras como buen cristiano, como buen rey, como buen caballero: ¡oh! ¡gracias por esa desdichada, y gracias por mí, y por tí mismo!

—¡Ay hermana, hermana mia! ¡me faltan fuerzas para tanta felicidad!

—Era que tú no la conocias: era que tú buscabas sin lograr encontrarlo fuera de tu casa, el tesoro que tenias en ella y á tu lado: era que tú estabas entregado á Satanás.

—¡Oh, sí!

—Quiera Dios que Satanás no vuelva á apoderarse de tu alma.

—No, no, me defiende, me protege el amor de Inés.

—Quando vengan por ella los enviados de su padre, en vez de llevarle una hija loca, le llevarán la noticia de la felicidad de su hija.

—Y tú, reina de Zamora, y nuestra hermana la reina de Toro, acompañareis, engalanadas, hermosas y magnificas á

vuestra hermana Inés, mañana, cuando el rey de Sevilla haga con su hija la entrada solemne en nuestros reales.

—¡Oh! ¡sí! y me alegro, porque ha llegado el momento de que yo me vengue de esa mujer.

—Pues hasta mañana, hermana.

—¡Hasta mañana, noble rey don Alfonso, querido hermano mio!

Los dos hermanos se abrazaron conmovidos.

Luego se separaron.

Don Alfonso salió de la tienda, y doña Urraca se entró en ella á abrazar á doña Inés.

CAPITULO VII.

De cómo la fatalidad, más que la voluntad y el corazón del rey, fué preparando nuevos y terribles sucesos.

I.

Llegaba apenas á su tienda el rey don Alfonso encubierto en el embozo de su manto, cuando de entre la niebla salió una forma blanca, vaga primero, pero despues insistente, que mostró al rey la alta figura de un moro.

Aquel árabe se encaminó al rey.

—¿Quién va? dijo Alfonso VI antes de que el árabe pudiera acercarse completamente á él.

—¡Ah! ¡sois vos, señor! ¡lo habia presumido, y os buscaba!

—¡Al-Hahor! exclamó el rey, á cuya imaginacion se presentó de repente el recuerdo de Zayda-Sobeydah.

Pero estaba aún tan candente en su alma la imagen del amor y de la voluptuosidad de Inés de Poitiers, se habia propuesto de tal manera el rey corregirse y llenar su alma con los solos goces de un amor legítimo, que el recuerdo de Zayda-Sobeydah se presentó demasiado pálido á su imaginacion.

—Hace cuatro horas que os espero impaciente, señor, dijo el árabe.

—Que me esperas, ¿y para qué? dijo el rey con extrañeza.

—¿Habeis olvidado, señor, que he ido por vuestro hijo á la aldea de Guadamar?

El rey recibió una impresion mucho más fuerte, al escuchar

el nombre de su hijo, que la que habia recibido al escuchar el nombre de Zayda-Sobeydah.

Pero firme en su propósito de consagrarse entero al amor de la reina, hizo callar á su corazon.

—Y bien, contestó el rey con frialdad.

—Mi hermana espera en mi tienda con el infante Ismail, dijo ya con acento contraido Al-Hahor.

—Ven conmigo, dijo el rey despues de un momento de meditacion.

Y se encaminó á su tienda y entró en ella con Al-Hahor.

Sin hablar, sin mirar al wali, que fijaba en él una profunda mirada, Alfonso VI se acercó á la mesa, tomó un pergamino, escribió y le selló con su sello.

Despues enrolló el pergamino y lo dió á Al-Hahor.

—Toma, le dijo: esto es una órden para el alcaide que he puesto en los jardines de Galiana, en que le mando que reciba secretamente en el palacio un niño y una dama árabes, y que te permita la entrada cuando quieras.

—Pero ved, señor, que una madre os espera con su hijo.

—Al-Hahor, dijo el rey, es necesario que medites que ya es tiempo de que yo ponga fin á mis locuras de mancebo.

Al-Hahor que no esperaba tal contestacion, se puso densamente pálido, tardó algun tiempo en contestar, dominado por el asombro, y aún podemos decir, que por la cólera.

—No he comprendido muy bien lo que me habeis dicho, señor, exclamó al fin.

—He dicho que necesito poner fin á mis pasadas locuras.

—¿Y entre vuestras locuras contais vuestros amores con mi señora?

—¡Sí! dijo el rey, pronunciando aquella afirmacion de una manera incisiva y altanera, porque habia oido algo que sonaba á reconvenccion y á amenaza en el acento de Al-Hahor.

—¿Será necesario que yo diga á la sultana que se ha quedado completamente sola en el mundo, y que no puede esperar más compañía que la de su dolor y su desesperacion?

Alfonso VI que tenia el corazon noble y generoso, se conmovió y varió de tono.

—Díla que su dolor me lastima el alma: que nada conseguiremos con vernos, sino que se aumente su desdicha: que mi deber....

—Vuestro deber fué respetar á la noble doncella, que por desgracia os amó: que hubiera dejado de amaros si vos no la hubiéseis enloquecido, que sería vírgen y pura si no la hubiesen envilecido vuestros amores: que no sería ahora una madre infeliz, ni por lo tanto existiría un desdichado príncipe sin padre.

—¡Qué quieres decir! exclamó con una cólera mal contenida el rey.

—Que habeis nacido para ser ingrato.

—Olvidas que como hombre y como rey puedo arrancarte la lengua, exclamó el rey.

—Una lengua que se arranca porque dice la verdad, está siempre hablando en la conciencia del que la ha arrancado.

—Vete, y lleva al infante á los palacios de Galiana, dijo dominándose el rey.

—Adios, señor, dijo Al-Hahor sin amenazar ni suplicar con sus palabras de despedida.

Y salió.

—¡Oh! ¡mi sed de amor! exclamó el rey cuando quedó solo: ¡cuánto me cuesta mi sed de amor!

Pero el recuerdo de doña Inés lo dominó todo en el alma del rey.

—Ello era preciso que alguna vez rompiera yo con mis amores insensatos: ¡Inés me ama, y es mi esposa! ¡es la paz de mi alma! ¡oh! ¡mi corazon entero es para Inés!

Y se arrojó en su lecho y se durmió.

II.

Al-Hahor entretanto devoraba á largos pasos la distancia que le separaba de su tienda, en donde le estaba esperando su hermana Darhaja con el infante Ismail.

Parecia que una fuerza interna y poderosa determinaba la rapidez y la fuerza de la marcha del wali.

Parecia que aquella fuerza revolviéndose en su pecho, pro-

ducia el rugido sordo, ronco, persistente, que salia de su pecho.

—Yo debí matarle, exclamaba, el dia en que mi madre me le mostró aletargado en el aposento de la sultana: debí haberle exterminado cuando le tuve fuera de Toledo: haberle enterrado en aquel bosque, y haber desaparecido: haber pasado á Africa para evitar la cólera de Al-Mamun por la fuga del rey cristiano que me habia mandado guardar: ¡oh! ¡entonces no seria ingrato, no seria miserable!

Y el wali seguia andando cada vez con más rapidez, cada vez con más fuerza.

De repente se detuvo.

Parecia que lo que habia causado su detencion habia sido el choque repentino de una idea.

—Pero él no es miserable, dijo: él amaba á la sultana: él besaba llamando á su hijo cuando iba á visitarle á Guadamar.... Es esa mujer que ha llegado ahora, ese demonio: esa sultana Sayda-Llemal la que le ha cambiado..... ¡oh! ¡sí! la tienda de la sultana esta en la direccion que traia el rey.... ella es ambiciosa, querrá ser su esposa, y le enloquece..... pues bien, yo que habia querido defenderla del sultan de Marruecos: yo que habia querido tener á mi vista á Aben-Japhar: yo le ayudaré para que se cumpla la voluntad de su señor, y vengaré á Zayda-Sobeydah, entregando á Sayda-Llemal como esclava al sultan de Marruecos... tal vez cuando Alfonso no la vea, cuando se haya perdido como se pierde el humo en el viento, cuando se haya visto obligado el rey á divorciarse de su esposa loca, mi señora volverá á hablar á su corazon, y tal vez... con un nuevo sacrificio... si Zayda-Sobeydah se hiciese cristiana.....

Al-Hahor retrocedió al pensamiento de que la sultana renegase.

—Es un sacrificio horrible y completo, exclamó; y todo, porque el rey Al-Mamun abrigó en su seno á una vívora. ¡Ah! ¡si hubiera hecho su esclava á la sultana Sayda-Llemal, si la hubiera escondido en lo más profundo de su haren!....

Al fin siguió andando y dominando su imaginacion que se le embrollaba.

Al fin llegó á su tienda.

En ella, sentada sobre un divan, y teniendo en su regazo dormido al infante Ismail, estaba Darhaja.

—¡Levántate y sígueme! dijo Al-Hahor á su hermana.

—¿Vamos á ver á la señora? dijo con anhelo la jóven: ¡oh! ¡y cuánto va á ser feliz con la vista de su hijo!

—No, Darhaja, no: vamos á llevar al infante á donde me ha mandado su padre que le lleve: el rey don Alfonso está poseido de Satanás. ¡Desdichada Zayda-Sobeydah!

Y Al-Hahor inclinó la cabeza sobre su pecho, y salió de la tienda seguido de su hermana, que llevaba en sus brazos al infante dormido.

Fuera de la tienda Al-Hahor hizo acercar la litera, y Darhaja entró en ella con el infante Ismail.

—¡A caballo! dijo Al-Hahor á los cuarenta ginetes castellanos que aún permanecían allí: ¡á caballo, Japhar! gritó dirigiéndose al walí del sultan de Marruecos.

Al-Hahor montó al mismo tiempo en su caballo que le tenia un esclavo.

A seguida, sirviendo él de guia, rompió la marcha hácia los jardines de Galiana.

Las acémilas con el equipaje del infante y de Darhaja iban detrás.

III.

Muy pronto llegaron á los muros de la Huerta del Rey, cuya entrada estaba defendida por una guardia castellana.

Al-Hahor presentó la orden del rey don Alfonso que llevaba consigo, y la guardia le dejó pasar con Aben-Japhar, con los cuarenta soldados castellanos, con la litera y con las acémilas.

Los palacios de Galiana estaban como ya hemos dicho en la Huerta del Rey y á las orillas del Tajo.

Marcharon algun tiempo entre árboles, y al fin llegaron á las torres del palacio, oscuro y silencioso, envuelto por la nubes y sin dejar conocer ni por un solo rumor que estaba habitado.

Al-Hahor llamó á su puerta.

Al cabo de algun tiempo respondió desde dentro una voz

soñolienta que mandó esperar á Al-Hahor cuando este pidió que le abriesen en nombre del rey.

Al cabo de algun tiempo la puerta se abrió, y acompañado de algunos hombres armados, uno de los cuales llevaba un farol, que en vez de vidrios tenia hojas de asta de buey, por las cuales pasaba empalidecida y debilitada la luz.

IV.

El alcaide era el señor Pedro Fernandez de Castro, conde de la casa del rey.

Leyó trabajosamente la orden del rey que llevaba Al-Hahor, y despues de leerla le dijo:

—Voy á darte las llaves de todas las habitaciones del alcázar, y tú acomodarás á esa dama y á ese niño en donde más te convenga. Sígueme.

Y llevó á Al-Hahor, á Darhaja y al infante, por una cámara de bellisimas galerías y de magníficos aposentos hasta uno en donde sin duda habitaba, y en una de las paredes del cual descolgó de un clavo un gran haz de llaves que entregó á Al-Hahor, dejándole en libertad de buscar con Darhaja y con el infante el aposento que mejor le conviniera.

El conde Fernandez de Castro tenia demasiado sueño, y le tardaba volverse al lecho.

Conocia además á Al-Hahor, sabia que gozaba del favor del rey, y por lo mismo el walí le inspiraba una gran confianza.

Un solo soldado con su farol acompañaba á Al-Hahor y á Darhaja.

Los demás, esto es, Aben-Japhar y los cuarenta ginetes con las acémilas, se habian quedado en ese primer patio que tienen inmediatamente despues de la puerta exterior todos los alcázares y todas las casas árabes.

V.

Al-Hahor conocia palmo á palmo el palacio de Galiana, como quien tanto tiempo habia vivido en él, guardando por encar-

go de Al-Mamun y á un mismo tiempo á Sayda-Llemal y á Alfonso VI, que habian vivido juntos tres años sin saberlo.

Al-Hahor llevó á su hermana á las magníficas habitaciones en que habia vivido Sayda-Llemal, y en las cuales habia más de una salida secreta á la Huerta del Rey escondidas en los muros, y continuando bajo tierra.

Una vez allí, despidió al soldado que le acompañaba.

Tuvo que volverse á oscuras.

Al-Hahor se habia quedado con su farol.

VI.

Las habitaciones conservaban todos sus muebles.

Al retirarse del alcázar de Galiana el alcaide moro por la aproximacion del ejército de Alfonso VI, no habia habido tiempo de llevarse nada.

Además, las habitaciones que habia ocupado Sayda-Llemal habian quedado cerradas, desde el momento en que aquella habia salido de los palacios de Galiana.

En algunos divanes se conocia aún la huella del cuerpo de la sultana.

Su lecho habia quedado intacto como quedó en el dia en que salió del alcázar.

Sobre el tocador se veian los botes de oro y plata en desorden como si acabaran de ser usados, y un peine de oro en que habia aún algunos cabellos negros.

Pero todo estaba empolvado; como que habia permanecido en el abandono más de dos años.

Las lámparas estaban secas.

Pero Al-Hahor encontró aceite en una vasija de la despensa, y llenó algunas lámparas y las encendió.

Aquellas habitaciones volvieron á aparecer resplandecientes.

—¡Oh! ¡qué hermoso alcázar! dijo Darhaja cuando vió aquellas habitaciones á la luz de sus lámparas encendidas.

—El rey Al-Mamun, dijo suspirando Al-Hahor y con amargura, fué demasiado espléndido, demasiado generoso con su dominio.

—¿Con qué demonio, hermano?

—Con la hija del rey de Sevilla, respondió secamente Al-Hahor.

—¿Y vendrá aquí la sultana Zayda-Sobeydah?

—Creo que no, respondió más secamente Al-Hahor.

—¿Y entonces, á qué hemos venido aquí?

—No lo sé, contestó el walí.

—Algo terrible sucede, hermano: yo lo conozco en tu semblante y en tu acento.

—Sí, algo que es muy terrible; pero Dios es grande y vengador, y él proveerá.

—¿Y yo me quedo aquí con el infante?

—Sí: voy á mandar á nuestros esclavos que traigan aquí el equipaje: es necesario que te dediques algunos dias á limpiar todo esto: tiene un sudario de polvo, y hay en esas hermosas cúpulas asquerosas y negras colgaduras de telas de araña: mañana, vendrá de Guadamar nuestra madre y tus doncellas.

Y sin decir más, salió alumbrándose con el opaco farol, y dejando sola á Darhaja, que acostó en un divan al infante, y que curiosa como jóven y como mujer, se puso á examinar las habitaciones y los muebles, y luego se sentó delante del tocador y se puso á contemplarse y á arreglarse sus cabellos delante del gigantesco y brillante espejo de plata, y con el mismo peine de oro con que se habia peinado por la última vez Sayda-Llemal en el palacio de Galiana.

—¡Oh! ¡qué largos, qué negros y qué finos tiene los cabellos esa sultana! dijo la jóven quitando del peine los cabellos de Sayda-Llemal.

VII.

Al-Hahor puso la litera en una habitacion del alcázar, hizo llevar las acémilas á la caballeriza, y con los esclavos cargados con el equipaje, volvió á las habitaciones en que se habia aposentado Darhaja, dejó sirviéndola á los esclavos, se despidió de ella hasta el dia siguiente, y salió del alcázar, llevándose consigo á los ginetes y á Aben-Japhar.

VIII.

Cuando hubieron llegado al campamento y á la tienda de Al-Hahor, este envió á las suyas á los ginetes castellanos y se quedó solo con Aben-Japhar.

Al-Morax, el fiel esclavo de Al-Hahor, cumpliendo su encargo de no perder de vista á Aben-Japhar, se quedó tendido á alguna distancia de la tienda sin perder de vista la puerta, y desde donde no podía oír lo que su señor hablase.

—Obra libremente como puedas y cuanto puedas contra Sayda-Llemal, le dijo Al-Hahor: yo no te descubriré: yo diré que eres un pariente mio que viene de Africa á servirme como kaid de mis cien ginetes negros; pero obra con prudencia, porque esa mujer es muy astuta.

—Si tú me ayudas, no me conocerá sino cuando nadie pueda arrancarla de mi poder.

—Te ayudaré con todas mis fuerzas; y adios: quédate aquí y reposa: yo tengo que hacer aún esta noche.

Y Al-Hahor salió de la tienda.

Al salir miró en torno suyo y nada vió.

Silbó secamente como silba una culebra, y casi de sus mismos piés, de entre la yerba, se levantó un hombre que no habia visto.

Era Al-Morax.

—¡Vela! le dijo Al-Hahor: no te separes del walí de Africa, pero que no pueda verte.

—Velaré, señor: le seguiré, y no me verá aunque esté tendido á sus piés.

Al-Hahor se alejó, y Al-Morax volvió á tenderse, á confundirse entre la yerba.

IX.

Al-Hahor tomó el camino de las ruinas del templo de Hércules.

Al-Hahor no notó que desde que habia salido de su tienda, le habia seguido desde cierta distancia un hombre.

Los pasos de aquel hombre no se sentían.

Parecía que en vez de andar se deslizaba sobre la tierra como una sombra.

Aquel hombre era negro, iba armado, y vestía una túnica, un gorro y unas calzas pardas de beduino.

Cuando Al-Hahor penetró en la parte subterránea de las ruinas, aquel hombre penetró en ellas tras él.

A pesar de que Al-Hahor antes de entrar en las ruinas había mirado en torno suyo, no había visto á quien le seguía.

Aquel hombre, al detenerse Al-Hahor para mirar en torno suyo, se había encorbado, se había achicado, á pesar de su estatura atlética: había desaparecido.

Una vez entre las sombras, el que seguía á Al-Hahor continuó siguiéndole, valiéndose para ello del ruido de los pasos del walí; pero sin dejar oír ruido alguno en su marcha.

Al-Hahor llegó al fin á la puerta secreta.

El que le seguía se metió dentro, y luego oyó un rechinamiento fuertemente áspero.

Era que Al-Hahor había tocado al resorte y la puerta de pizarra se abría.

Poco después volvió á oírse un rechinamiento semejante.

Era que Al-Hahor había pasado y se había cerrado la puerta.

Entonces, el hombre que hasta allí le había seguido, se sentó en el suelo y esperó.

X.

Al-Hahor siguió su camino por la mina, y siempre á oscuras.

Él no necesitaba luz para recorrer con seguridad aquel laberinto.

Cuando abrió la puerta del otro extremo en lo alto de las escaleras, encontró á la sultana Zayda-Sobeydah de pié y anhelante.

—¡Mi hijo! ¿traes á mi hijo, Al-Hahor? dijo con un ardiente afán.

—No: dijo sombríamente Al-Hahor.

—¡No! ¿ni él viene tampoco?

—No: ni vendrá, según me ha dicho, dijo Al-Hahor.

—¡Que no volverá mi Alfonso! exclamó alentando apenas la pobre jóven.

—No: el rey cristiano no te ama, ó por lo menos ama á otra más que á tí.

Zayda-Sobeydah palideció mortalmente, sintió un vértigo frío, y se vió obligada á sentarse en el divan.

La desdichada se había engalanado para recibir á su hijo y á su amante.

Ni su hijo ni su amante habían ido.

Y lo que era más terrible. Al-Hahor, su amigo, su confidente, la decia con una lisura cruel, que Alfonso VI no volveria á verla.

—Es necesario que fortalezcas tu alma, sultana, dijo Al-Hahor: ese hombre es indigno de tí: olvídale.

—No puedo, exclamó llorando Zayda-Sobeydah: es el padre de mi hijo, y le amo, le amo... no sé cómo decirte; pero yo estoy loca por él.

—Es necesario olvidar: no debemos amar á quien no nos ama.

—¡Oh! sí, sí, me ama; cuando me ve, se pone pálido y tiembla.

—Porque eres hermosa, y tus ojos, sultana, le dejan ver tu alma que es más hermosa que tu cuerpo: pero hay otra mujer...

—Sí, sí: cuando esta mañana has venido á verme y me has dicho que Sayda-Llemal había llegado con su ejército á los reales de mi Alfonso, me atemoriqué toda, y sentí en mi corazón el frío de la muerte.

—El rey ha pasado esta noche tres horas al lado de Sayda-Llemal, y cuando ha vuelto á su tienda cerca de la cual estaba yo, cuando le he dicho: «señor, traigo conmigo tu hijo: la sultana mi señora te espera, me ha dicho que no volverá á verte nunca, que te lo diga así, y como por compasión, me ha dado una orden para que su hijo viva en el palacio de Galiana: pero no ha querido verle.

—¿Y por qué no has traído al menos á mi hijo? dijo Zayda-

Sobeydah; él á lo menos me hubiera consolado del desamor de su padre.

—Tú saldrás de aquí, sultana: tú verás á tu hijo, para no volverte á separar de él: para eso es necesario esperar: es necesario luchar.

—Dime, exclamó Zayda-Sobeydah levantando la cabeza con esa energía que da la desesperacion: ¿no me has dicho que la esposa cristiana de Alfonso está loca?

—Sí: contestó con extrañeza Al-Hahor, porque no comprendia la intencion que se ocultaba bajo las palabras de la sultana.

—¿No me has dicho tambien que estando esa mujer loca, el rey la apartaria de sí, no volveria á verla, y podria casarse con otra?

—¡Ah! ¡quieres tú ser esposa del rey!

—¡Por mi hijo! respondió con calorosa energía Zayda-Sobeydah.

—Suponiendo que lograses vencer á Sayda-Llemal, que volvieras á encadenar á tu amor al rey Alfonso, para ser su esposa seria necesario que te hicieras cristiana.

Zayda-Sobeydah se estremeció.

—Pues bien, dijo: antes que todo, mi hijo y mi amor; seré cristiana.

Y luego añadió:

—¿Y por qué no he de serlo, si él es cristiano y esa mujer que me le roba lo es tambien: y luego, ¿los cristianos, no adoran á una Santa Virgen á quien llaman Madre de Dios, y que ampara á los desgraciados?

—¡Oh! ¡malhaya la hora en que has conocido á ese hombre! exclamó con la voz ahogada en llanto Al-Hahor.

—¡Ah! no, no, dijo Zayda-Sobeydah: bendita sea la hora: bendito mil veces el momento en que le ví: oye, Al-Hahor: aunque mi amor me rompa el corazon, aunque me haga padecer las más insoportables amarguras, yo amo á mi amor, yo le amo: si me dijeran: vas á olvidarlo todo; vas á volver á ser pura é inocente; vas á recobrar tus tranquilos sueños de niña, yo responderia: no: yo quiero morir con mi amor; mi alma es de él, y quiero mejor todas sus amarguras, toda su desesperacion, to-

dos sus tormentos, que perderle: ¡ah! ¡no, no! Alfonso puede abandonarme, olvidarme, pero no puede quitarme la dolorosa felicidad de mi amor.

Y la sultana lloraba de tal modo, que parecía que todo su ser se deshacía en lágrimas.

—¡Oh, rey Al-Mamun! exclamó con una desesperación concentrada Al-Hahor: ¿por qué dejaste que la codiciosa é impura mirada del cristiano se fijase en tu tesoro? ¡Oh rey Al-Mamun! si como yo la vieras muriendo de desventura, comprenderías cuán imprudente fuiste: tú á lo menos lograrías vengarla... pero yo.... ¡oh sí! yo también puedo vengarla.

—¡Tú! exclamó la sultana saltando del diván con la bravura de una pantera que teme la roben sus cachorros: ¿te atreverías tú á cometer una traición contra mi Alfonso?

—La muerte de Alfonso te mataría, dijo Al-Hahor; pero te mataría también el ver á Alfonso esposo de Sayda-Llemal; yo te vengaré exterminando á esa mujer.

—¡No! ¡el crimen no! exclamó Zayda-Sobeydah: yo escribiré á Alfonso, yo le suplicaré, yo le dejaré conocer cuánto le amo... y luego... si es ambicioso, yo tengo todos los tesoros de Al-Mamun.

—¡Tú!

—Sí: están aquí: enterrados en la torre: yo lo sabía por el buen padre Al-Mamun; no tenía secretos para mí: los reyes, hija mía, me decía muchas veces, están siempre rodeados de la traición, y por otra parte, la muerte duerme con nosotros, bajo nuestra almohada, y nos sigue á todas partes envuelta en nuestra sombra: el día en que yo cierre los ojos á la luz, un traidor puede arrebatarme el trono á mi hijo, y yo no puedo esconder mi trono, pero puedo esconder mis tesoros: es necesario que tú sepas dónde están.

—¡Y esos tesoros!

—Son inmensos: hay para fundar con ellos un reino.

—Quiero ver el lugar donde se ocultan.

—A los pies de la escalera por donde se baja á la mina, bajo un arabesco que tiene en su centro el sello de Salomón, y en el centro del sello el nombre de Dios.

—¡Oh! yo trasladaré los tesoros al palacio de Galiana... yo me valdré de ellos...

—Dáselos al rey.

—No: eso sería comprar tu amor.

—Alfonso me daría á lo menos el porvenir de mi hijo: pero yo quiero verle.

—Le verás, y muy pronto.

—Quiero tambien ver á mi Alfonso.

—Se niega á verte.

—¡Oh! espera: voy á escribirle.

Y la sultana se levantó y entró por una pequeña puerta.

XI.

Apenas habia quedado solo Al-Hahor, cuando se escuchó un leve ruido como de mucha gente armada, que viniendo de afuera penetraba en la torre por los agimeces.

Al-Hahor se acercó á un agimez y miró.

Desde aquel agimez se veia á Zocodover.

La plaza estaba completamente llena de gente, y de gente armada.

Multitud de antorchas encendidas reflejaban su luz en las armas.

Aquella reunion tenia todas las apariencias de un tumulto popular cuando empieza.

XII.

Al-Hahor vió algunos santones que se descubrían entre la multitud, y en medio de ellos un moro principal magníficamente vestido y completamente armado.

—¡El príncipe Adofar! exclamó: ¿qué hace entre esa multitud armada y rodeado del gran faquí y de los otros faquíes?

Al-Hahor sentia una viva impaciencia por no poder saltar de aquel agimez á la plaza, y escuchar de las bocas de la multitud lo que era aquello.

XIII.

Veía que Aben-Omar el gran faquí de los faquíes, agitaba sus brazos, y hablaba y gesticulaba con energía.

Al-Hahor, porque la torre era muy alta y estaba algo distante, solo oía el eco de la voz del gran faquí que gritaba.

Cuando el gran faquí guardaba por algun corto espacio silencio, se levantaba de entre la multitud un alarido informe pero aterrador.

Aquello era una sublevacion.

Al-Hahor lo comprendió muy pronto.

El pueblo de Toledo se insurreccionaba.

¿Pero por qué?

Al-Hahor no lo sabia.

Al-Hahor sin embargo encontraba extraño que el rey Sidi-Ismaíl Al-Kadir no estuviera entre las turbas, y que en vez de él se viese entre ellas al principe Adofar.

Y de momento en momento crecia la multitud, se multiplicaban las antorchas, crecia el estruendo.

Al fin, este fué tal, que Zayda-Sobeydah acudió y llegó al agitez.

—¡Oh! ¿qué es eso? preguntó á Al-Hahor.

—Una sublevacion, contestó el walí.

—¿Contra quién?

—No puede ser contra otro que contra Sidi-Ismaíl Al-Kadir.

—¡Oh! ¿y si es que pide el pueblo que se entregue la ciudad á los cristianos, exclamó palideciendo Zayda-Sobeydah?

—Ese será un castigo de Dios por los crímenes de Toledo.

Aún no habia acabado Al-Hahor de pronunciar estas palabras, cuando del mismo pié de la torre, donde hasta entonces no habia sonado voz alguna, se levantó un alarido rugiente que dejó oír de una manera clara:

—¡Muera Sidi-Ismaíl Al-Kadir!

—¡Viva el rey Mohanmet-Aben-Adofar!

—¡Trigo y dinerol

—¡Que se abran los silos!

—Pan, pan!

—¡Muera Sidi-Ismail Al-Kadir!

—¡Viva el rey Adofar!

Y las voces y el estruendo, y los alaridos y los vivas, y los rumores crecían de una manera horrible.

XIV.

Era que las turbas armadas, escitadas por los faqués y por los magnates, y capitaneadas por estos y por el príncipe Adofar, se dirigían al alcázar donde se había encerrado Sidi-Ismail Al-Kadir para combatirle.

El espectáculo se había aproximado, y la sultana y el walí, solo con cambiar de agimez, pudieron ver lo que sucedía.

Desde aquel agimez se veía la plaza donde estaba el pórtico del alcázar de una manera completa, porque solo mediaba una calle corta y unas casas muy bajas, entre el alcázar y la torre encantada, como la llamaba el vulgo, y en la cual estaban medio ocultos, testigos de todo aquello, Zayda-Sobeydah y Al-Hahor.

Las turbas arrollaron en su primera acometida y después de un ligero combate, á las guardias de Sidi-Ismail Al-Kadir que defendían las avenidas del alcázar, matando á los pocos guardias que al replegarse á la puerta la habían encontrado cerrada.

Desde aquel momento empezaron á aparecer cabezas negras levantadas en alto en las puntas de las picas de los sublevados.

Eran las cabezas de los guardias vencidos.

Inmediatamente se formalizó el ataque contra el alcázar.

Gruesas vigas, impulsadas cada una por los brazos de cien hombres, empezaron á batir las puertas de hierro, dejando oír un golpe continuo, retumbante, atronador.

La guardia negra del rey defendía los muros y disparaba sus venablos, sus flechas, sus jabalinas, sobre los amotinados, desde las almenas, desde los agimeces, desde las galerías.

A su vez los amotinados enviaban constantemente una nube de armas arrojadas sobre el alcázar, y con una catapulta que

habian colocado en la plaza, arrojaban en el centro del alcázar gruesas piedras.

Esto es; bombardeaban el alcázar, por decirlo así.

A la manera que entonces se podian lanzar grandes moles dentro y por encima de los muros.

La resistencia era heroica; pero á pesar de ella, era imposible prolongar la defensa.

El alcázar estaba sitiado por todas partes, y por todas partes combatido.

Los sitiadores eran infinitamente superiores en número que los sitiados.

La misma bravura en la defensa, irritaba más y más á los que acometian, causando entre ellos numerosas víctimas.

Las oleadas de la multitud furiosa era cada vez mayores. Cada vez más retumbantes, más terribles, los golpes de las vigas lanzadas de pronto contra las puertas.

Al fin la principal crugió y se rompió poco despues con horrible estruendo.

Las otras cedieron casi al mismo tiempo, y la multitud entró furiosa en el alcázar por diez puertas distintas.

Luego no se vió otra cosa que las turbas que empujaban ahullando, rugiendo, procurando penetrar los unos sobre los otros en el alcázar.

Despues en los agimeces, en las galerías, en las almenas, aparecieron cabezas cortadas, negras, sangrientas, puestas en picas.

La multitud lo dominaba todo: se la veia hasta sobre las pizarras de las cúpulas del alcázar.

XV.

Zayda-Sobeydah y Al-Hahor miraban aquello con espanto. Toledo se desangraba en luchas intestinas, cuando necesitaba concentrar todas sus fuerzas para resistir al poderoso conquistador que la cercaba.

Toledo debia caer deshecha, ensangrentada, á los piés de Alfonso, si un génio protector no la socorria.

La sultana y Al-Hahor sufrían la amargura de quien amando á su patria la ve destruirse.

¿Y cómo evitarlo?

Entrambos sufrían el dolor de la impotencia, de la desesperacion.

—¡Estaba escrito! dijo Al-Hahor.

—¡Dios lo quiere! exclamó Zayda-Sobeydah.

XVI.

De repente el ruido de una puerta que se abrió con violencia en la misma cámara, hizo volverse á Zayda-Sobeydah y á Al-Hahor.

Al volverse vieron ante sí á un hombre pálido, descompuesto el albornoz, ensangrentadas las manos.

Era Sidi-Ismael Al-Kadir.

El rey destronado que huía por donde le era posible huir.

Había entrado por la puerta que correspondía á las escaleras de la mina y que ponía en comunicacion la torre encantada con el alcázar.

La otra puerta que ponía en comunicacion á la torre con el campo, pasando por debajo de la ciudad y por donde entraba y salía Al-Hahor, había quedado abierta, y el rey fugitivo la vió.

—He sido vencido, dijo con voz ronca, y espero que me salvareis: que me dejareis salir por allí.....

Y señaló la puerta que había dejado abierta Al-Hahor.

—¿Has cerrado la otra puerta, la que está por la parte del alcázar? dijo Al-Hahor.

—Sí, respondió Sidi-Ismael Al-Kadir.

—¿De modo que no pueden seguirte?

—No: me he retirado á tiempo y nadie me vió abrir la entrada secreta: no la pueden encontrar.

Al-Hahor cerró las dos puertas.

—¿Qué intentas hacer? dijo palideciendo Sidi-Ismael Al-Kadir.

—Nada temas, dijo Zayda-Sobeydah: si yo hubiera podido

impedir el asesinato de Yayhe, no te hubieras teñido las manos en su sangre: ahora puedo impedir el tuyo, y mi valiente, mi leal Al-Hahor no ensangrentará en tí sus manos.

—El que mata á hierro, debe morir á hierro, dijo ferozmente Al-Hahor.

Y sus terribles ojos negros se fijaban candentes, amenazadores, sombríos, en Sidi-Ismaíl Al-Kadir, que temblaba.

Al-Hahor era más fuerte y más bravo que él.

Sidi-Ismaíl Al-Kadir se asió á Zayda Sobeydah.

—¡Ah! dijo Al-Hahor, asido á las ropas de la sultana estaba el desgraciado Yayhe cuando tú le heriste.

Y fuera de sí, Al-Hahor echó al aire, no su puñal, sino su espada.

Sidi-Ismaíl Al-Kadir dió un grito horrible, cayó de rodillas y se cubrió con las ropas y con el cuerpo de Zayda-Sobeydah.

—¿Quieres tú ser tan miserable, tan asesino como él? dijo Zayda-Sobeydah mirando tranquilamente á Al-Hahor.

El walí que habia dado un paso hácia Sidi-Ismaíl Al-Kadir, se detuvo.

—Yo no soy más que el brazo de que se vale la justicia del Altísimo, dijo Al-Hahor.

—Deja obrar á la justicia de Dios: deja que el remordimiento y la desesperacion sean el castigo del asesino, no quieras serlo también: el brazo que hiere al indefenso, al rendido, es un brazo cobarde.

—¡Sultana! ¡tú viste morir á Yayhe!

—Sí.

—Tú escuchaste las súplicas de Yayhe á ese hombre.

—Sí.

—Ese hombre tiene las entrañas de piedra, porque quiso reinar.

—¡La sangre me horroriza!

—La sangre de Yayhe pide venganza: si tú defiendes á ese hombre, es porque le amas.

—¡Yo!... ¡Al Hahor!

—Y si no le amas ¿por qué pretendes arrancarle á un justo castigo?

—La sangre se me hiela de espanto.

—¿Y no te se hiela al pensar que la sombra de Yayhe se aparece á tu alma entre sueños y te diga: tú me viste morir, mi sangre manchó tus vestiduras, y cuando mi asesino ha caído á tus piés no me has vengado?

—¡Oh! exclamó Zayda-Sobeydah palideciendo: no, no.

—Recuerda, sultana, dijo Al-Hahor.

—Tened compasion de mí, exclamó Al-Kadir: salvadme, sacadme de aquí, y yo iré á ver á mis hermanos los reyes de Zamora, de Valencia, de Murcia y los traeré á los tres en socorro de nuestra patria.

—Un cobarde que llora á la vista de la muerte, no sirve para defender á su patria, sino para perecer.

Y Al-Hahor aprovechando el terror, la atonía que dominaban á la sultana, arrojó la espada, fué á un agimez, le abrió, y luego con la rapidez de un tigre volvió sobre el grupo que componian Zayda-Sobeydah y Al-Kadir, y despojó á este con una fuerza hercúlea de la sultana.

Parte del traje de esta quedó entre las manos de Al-Kadir, á quien habia levantado en alto como una pluma Al-Hahor.

La sultana moria de terror.

Veia lo que iba á suceder y no podia impedirlo.

El terror la helaba la sangre, la robaba la voz, la fuerza, el movimientó.

Vió, como hubiera podido verlo en un sueño confuso, que Al-Hahor llevaba en alto á Al-Kadir, se acercaba al agimez, que empujaba por él á Al-Kadir, que Al-Kadir se asía desesperado, con el semblante desencajado y los ojos horribles de espanto, á la columnilla del agimez; que Al-Hahor asía sus mancs, sus brazos y los desasía de la columnilla; que Al-Kadir vacilaba un momento, daba un grito horrible, y desaparecia por la otra parte del agimez; que á poco se oia un ruido sordo, horrible, como el de un cuerpo pesado y blando que cae sobre piedra desde una gran altura, y que Al-Hahor permanecia algun tiempo mirando á la calle inclinado sobre el agimez; que luego Al-Hahor rígido, terrible, cerraba el agimez, se volvia con el semblante pálido é inmóvil, recogia su espada, la ponía en la vaina, y luego se dirigia á la

puerta secreta por donde habia entrado Al-Kadir: esto es, por la puerta de la comunicacion de la torre con el alcázar, la abria, entraba por ella y volvía á cerrarla.

Zayda-Soleydah miró con espanto en torno suyo, y se encontró sola.

Luego su terror fué creciendo hasta que se desmayó.

XVII.

Al-Hahor descendía entretanto rápidamente por unas escaleras, llegaba á su fin, atravesaba otra mina y subía otras escaleras.

Y sin vacilar ni tropezar, apesar de que subía á oscuras.

Cuando llegó á lo alto de aquellas escaleras, vió delante de sí cuatro puntos luminosos.

Tendió las manos y encontró una puerta.

En aquella puerta estaban abiertos los cuatro agujeros por los cuales se veía luz.

Aquellos agujeros eran las miras de la puerta secreta que se abría al dormitorio del rey en el alcázar.

La lámpara del dormitorio estaba encendida, y era la que producía la claridad que pasaba á través de los agujeros.

El lecho real estaba aún revuelto: Al-Hahor lo veía por los agujeros, como en el momento en que, avisado sin duda de la rebelion, le habia dejado Sidi-Ismail Al-Kadir.

En el dormitorio habia tres hombres que hablaban acaloradamente.

Eran el uno el príncipe Adofar, ya rey de Toledo por el triunfo de la rebelion.

El otro Aben-Omar, faquí de los faquíes ó gran faquí; y el tercero Abu-Taleb, wacir de los wacires, ó ministro universal.

—Sidi-Ismail Al-Kadir ha desaparecido, decia con desden Adofar, y estaba en el alcázar: se le ha visto huir por esta puerta: en vano se le ha buscado por los lugares más escondidos: mientras Al-Kadir exista, nada habremos hecho.

—El pueblo desprecia á los reyes que huyen, á los reyes que no saben morir sobre su trono: el pueblo aborrece además

á los tiranos: Sidi-Ismael Al-Kadir ya no es temible, dijo el gran fakí: Dios le ha herido quitándole la victoria, y aquellos á quienes así hiere, no sanan de la herida.

—Dios negó la victoria al sultan de Andalucía, dijo Adofar: el africano le lanzó de su trono pero no le mató: entró el noble rey Al-Mamun, venció al africano, le arrojó de Andalucía, y se sentó en el trono de su eterno enemigo Aben-Abed. Pero Aben-Abed vivia, y llegó un tiempo en que tuvo otra vez un ejército, y pudo ir otra vez contra mi valiente tio. Al-Mamun murió combatiendo, y Aben-Abed fué á la vez sultan de Andalucía, y hoy viene sobre nosotros ayudando al maldito Alfonso de Galicia: no, no: mientras Sidi-Ismael Al-Kadir viva, siempre tendremos un enemigo: es necesario encontrarle, es necesario que muera.

—El peligro que tienes más cerca, dijo el primer wali, no es ciertamente el rey vencido: nuestro peligro es el mismo que antes de ser vencido tenia junto á sí Sidi-Ismael Al-Kadir: la falta de dinero para pagar las tropas: los soldados no pelean bien sin pagas, y están siempre dispuestos á hacer traicion á aquel que toma su sangre al fiado. La falta de dinero obligó á Al-Kadir á dar el último rebato, esperando que llegase á tiempo el rey de Valencia que venia en su socorro; pero solo se logró que entrasen en la ciudad algunos miles de acémilas con trigo, carnes saladas y legumbres secas: pues Abu-Bekar fué vencido, vencido Al-Kadir, y los soldados perdieron la esperanza de la paga. De ello nos hemos valido nosotros, y debes tu corona al ofrecimiento que les hemos hecho de que tú repartirás entre ellos tesoros imaginarios. ¿Qué haremos cuando más pobres que Sidi-Ismael-Al-Kadir no podamos darles un solo zequí?

Lo que Abu-Taleb decia, era triste y amenazador, pues no se podia dudar de ello.

El cerco de Toledo y la ocupacion del reino, impedia que el rey árabe pudiera cobrar los tributos: por otra parte, el tesoro de la familia Dzin-Nunc habia desaparecido con Al-Mamun: no se sabia donde estaba: se creia que habiéndole llevado consigo á Sevilla, hubiera caido en poder de Aben-Abed.

XVIII.

Se trataba de la defensa de Toledo, y ante este sagrado deber, Al-Hahor tuvo impulsos de abrir la puerta de palacio y de revelar al rey donde podía encontrar el tesoro de Al-Mamun.

Mohhanmed-Adofar, primo de Zayda-Sobeydah, era un príncipe del cual nada se podía temer respecto á la sultana; la amaba tiernamente, con un amor de hermano; pero la situación de Zayda-Sobeydah era demasiado complicada, para poder hacerla aparecer de nuevo.

Mohhanmed-Adofar la hubiera recibido con los brazos abiertos, pero hubiera sido imposible que hubiese vuelto á ver la sultana á Alfonso VI ni á su hijo.

Adofar no hubiera transigido con los amores de una sultana de su familia con un rey enemigo, á menos de un casamiento, cuya primera condicion hubiera sido el levantamiento del sitio de Toledo, y un tratado de amistad y union entre el rey toledano y Alfonso VI.

No podía pensarse en tal cosa.

Era una locura el suponer siquiera que aquello podía ser. Al-Hahor pues, renunció á su pensamiento de presentarse ante el mismo rey y sus consejeros, y esperó para escuchar cuanto pudiera de lo que aquellos hablasen.

Su objeto, al llegar hasta allí, solo habia sido saber si el secreto de la comunicacion del alcázar con la torre *Encantada* no se habia descubierto, y ya veia que no.

Esperó, pues.

Pero la conversacion de aquellos tres personajes se habia detenido de repente.

Un árabe respetable habia levantado el tapiz de la puerta y habia pedido licencia para entrar.

Al-Hahor le reconoció.

Era Jacub Abu-Dola, alguacil mayor del reino.

—Tu triunfo es completo, rey vencedor y ensalzado, dijo apenas entró: acaba de encontrarse el cadáver de Sidi-Ismail Al-Kadir.

—El cadáver de Al-Kadir! dijo con una alegría repugnante Adofar.

—Sí, sí, señor; y en las manos del cadáver se ha encontrado parte del vestido de una mujer: hélo aquí.

Y Jacob Abu-Dola mostró un pedazo de flexo de brocado calado de oro y azul, que habia formado uno de los festones del rico vestido de Zayda-Sobeydah.

—Esta tela es muy rica, dijo Adofar.

—Demasiado rica, y se hacen por ello conjeturas.

—Habla.

—El cadáver se ha encontrado al pié de la torre *Encantada*: no tiene ninguna herida: parece que la muerte ha sobrevenido por una caída de lo alto de la torre.

—Lo que demuestra, dijo el alguacil mayor, que habiendo quedado entre las manos de Al-Kadir parte del vestido de una mujer, debe existir esa mujer en la torre.

—Pero esa torre no tiene puerta, dijo el rey.

—Debe existir alguna comunicacion secreta entre el alcázar, esa torre, dijo Abu-Taleb.

—¿Y cómo penetrar en ella, para saber quién habita dentro? dijo Adofar.

—Por escalas, señor, dijo Abu-Dola; pero es conveniente esperar á que haya cerrado la noche, cuando todos los habitantes duerman: ahora bien, señor, ¿no quieres ver el cadáver de tu enemigo vencido?

—Oh! sí, sí: acabemos de una vez, dijo Adofar.

Y él y los magnates que le acompañaban, salieron del dormitorio.

—Oh! dijo Al-Hahor: es necesario obrar y obrar al momento.

Y separándose de la puerta, volvió rápidamente á la torre y al lado de la sultana Zayda-Sobeydah.

XIX.

La sultana acababa de volver en sí.

El día empezaba á transparentarse por las celosías.

A los piés de la torre se oían gritos, tumulto, aclamaciones: un estruendo, en fin, infernal.

Eran las gentes que rodeaban el cadáver de Al-Kadir, y que aclamaban al rey que se acercaba.

Allá, lejos, muy lejos, viniendo de fuera de Toledo, se oían trompetas y atabales, de una manera leve, pero continua en los ligeros intervalos en que cesaba el estruendo, el tumulto que se agitaba al pié de la torre.

Aquellas trompetas y aquellos atabales eran los de los diferentes cuerpos del ejército de Alfonso VI, que se formaban para salir al encuentro del ejército del Aben-Abed, que aunque ya se sabia que estaba en los reales, debía hacer aquel día su entrada pública, siendo recibido por el rey.

XX.

Al-Hahor se acercó á la sultana y la dijo:

—El destino es más poderoso que la voluntad de los hombres: tú no puedes permanecer aquí, señora.

—¿Y por qué? dijo tristemente la sultana: ¿crees tú que apartándome de este alcázar maldito, pierdo el recuerdo de los horrores que he visto, que he apurado en él?

—Tú eres inocente y pura: vengar la muerte de Yayhe con la de Sidi-Ismail Al-Kadir, ha sido una cosa justa: más que justa, necesaria: es forzoso, por esto, que me sigas.

—¿Por qué, pues?

—Escucha.

Y refirió á la sultana todo lo que habia oido detrás de la puerta secreta que correspondia al dormitorio del rey.

Zayda-Sobeydah comprendió que era imposible ya su permanencia en la torre.

—¿Y qué hemos de hacer? dijo.

—Adofar, tu primo, es un bravo caudillo, y un hombre justo: él defenderá á Toledo, pero le falta dinero: se lo daremos.

—Sí: le daremos, es decir, le avisaremos del lugar en donde está enterrado el tesoro de Al-Mamun.

—¿Y tu porvenir, sultana? ¿y el porvenir de tu hijo? ¿tú sa-

bes que acaso con ese tesoro puedes tentar la codicia de Alfonso VI? Dejaremos la mitad de él á Adofar, y la otra mitad la pondremos en salvo; pero es necesario empezar desde el momento: no tenemos más tiempo que desde ahora hasta la noche, y antes de esto necesito volver al palacio de Galiana, y enviar uno de mis esclavos á Guadamar para que vengan mi madre y sus doncellas: nada temas: estarás sola un breve espacio: yo vuelvo al momento.

Y Al-Hahor fué á la puerta de la mina que conducia á las ruinas del templo de Hércules, la abrió y salió de ella.

El conde don Peranzules por desear conseguir á su hijo y á su esposa, se acordó de ir á buscarlos á la mina.

Algun tiempo después de haber salido de la mina, se encontró con un hombre que le dijo: «Mucho antes de que yo me acordara de ir á buscarlos, ya habías salido de la mina. ¿Dónde están?»

— Señor, he ido á voces don Peranzules; deséptame y pones de pie.

El rey despartió violentamente.

— ¿Qué es esto? ¿Dónde están mis hijos? ¿Dónde está mi esposa?

— No, no señor, dijo don Peranzules: pero los arábes están agitando una gran multitud en Toledo, y yo he venido en su ayuda.

El rey se vistió apresuradamente, se resolvió en su caballo y salió á la puerta de su tienda para ir á buscarlos.

Luego fué la mirada en Toledo, y allí se vio un gran ejército de arábes que se venia á la ciudad.

En el templo de Hércules se veían las antorchas que llevaban corriendo por las calles de Toledo los mozalbetes, y allí se veían los arábes que se venian á la ciudad.

El viento de la noche traía el ruido de las espadas, pero cuando se veía el ruido del ejército de arábes, se veía el ruido de las espadas.

No podía darse cuenta de la causa de aquel ruido, y se acordó de ir á buscarlos.

CAPITULO VIII.

De cómo Sayda-Llomal conoció que, en vez de haberse terminado su lucha de amor con Alfonso VI, se hacia á cada momento más terrible.

I.

Mucho antes de que amaneciese, mucho antes de la hora en que el rey acostumbraba á dejar el lecho, volvió á despertarse.

—¡Señor! ¡Señor! decia á voces don Peranzules; despertad y poneos de pié.

El rey despertó violentamente.

—¿Qué es eso? ¿qué sucede? dijo: ¿tenemos otra vez encima á los árabes?

—No, no señor, dijo don Peranzules: pero los árabes están armando una de los diablos en Toledo.

El rey se vistió apresuradamente, se envolvió en su tabardo, y salió á la puerta de su tienda.

Luego fijó la mirada en Toledo.

Allá en lo alto se veia un gran resplandor á través de la niebla.

Era el reflejo de las antorchas que llevaban corriendo por las calles de Toledo los amotinados.

El viento de la noche traia claro y distinto, pero amortiguado, el ruido del tumulto.

No podia dudarse acerca de la causa de aquel ruido.

Él mismo lo decía: aquello era un tumulto popular.

—Buena ocasión para investir los muros, dijo Peranzules.

—Yo no sé, dijo el rey, de qué te sirve tu experiencia de capitán viejo, mi buen amigo: no conoces todavía á los árabes, á pesar de haberlos tratado tanto, y de haber combatido tanto con ellos: ¿no sospechas que ese tumulto, que esa algazara puede ser un lazo que nos tiendan para que les acometamos, para quebrantarnos con una embestida inútil á los muros, protegidos por un ancho río? Déjalos, déjalos que griten y que se despedacen en buen hora, si ese tumulto es verdadero: pero por lo que pueda suceder, manda montar á mis condes á caballo, y que lleven á todos mis campos la orden de ponerse en armas: que se redoblen las guardias y se pongan dobles escuadrones delante de las puertas: vé, Peranzules, vé.

El conde don Peranzules empezó por armarse él mismo y por montar á caballo.

Algun tiempo despues, caballeros armados con pequeñas escoltas de ginetes, partian al galope hácia todos los campamentos, y no tardó mucho en escucharse alrededor de Toledo en todos los puestos del ejército sitiador, las trompas de guerra que tocaban al arma.

II.

El rey entró en su tienda, y no volvió á recogerse.

Abrió el enorme cofre que tenia junto á su lecho, y buscó en él algunos objetos.

De una caja de terciopelo rojo sacó una magnífica corona gótica, y la examinó.

Aquella corona estaba enriquecida con piedras preciosas.

Era la corona que habia ceñido su madre y sus abuelas.

El rey cerró la caja, y puso la corona sobre la mesa.

Despues fué sacando collares, pendientes preciosos, arracadas, todo rico y bello.

Por último sacó un abultado estuche de tafilete, bordado de arabescos con hilo de alambre de oro.

Aquel estuche le habia sacado el rey de entre el aro de su corona real.

Aquel estuche contenía los dos magníficos brazaletes de Sayda-Llemal, que como sabemos, tenía en su poder el rey.—

—Yo estaba entregado á Satanás, dijo Alfonso VI, mirando no sin estremecimiento aquellos dos brazaletes: yo buscaba un amor del infierno, y tenía junto á mí un amor de los cielos: mi Inés es más hermosa, más pura, más dulce que Sayda-Llemal.

Volvió á estremecerse profundamente el rey al pronunciar el nombre de la sultana.

—Es necesario, dijo rehaciéndose, necesario de todo punto, romper ese maldito amor: es necesario que ninguna mujer oscurezca en mi alma el amor de Inés: ¡oh! he dormido y he soñado; pero por fortuna despierto á tiempo.

Al decir esto el rey, y como si su conciencia se sublevara para desmentirle, recordó á su hijo el infante Ismail, al hijo de la desdichada Zayda-Sobeydah.

El rey se estremeció con más fuerza que nunca.

Su conciencia le decía que había despertado tarde.

Quando el sueño de su alma había producido la existencia de un pobre sér destinado á no tener padre.

Y al mismo tiempo su ambicion le decía:

—Tú no ganarás á Toledo mientras no seas esposo de Isabel Aben-Abed, de la doncella musulmana que ha amado á un poderoso rey, á un leon bravo, y ha renegado por él del Dios de sus padres.

III.

Como se vé, Alfonso VI no podia librarse de la influencia que tenían sobre él sus tres amores.

No podia matar ninguno de ellos, sin abrirle una herida incurable.

Y la fatalidad había hecho que aquellas mujeres, antes tan separadas, se reuniesen en un solo punto de tal manera, que el rey pudiese visitar á las tres con muy breve intervalo de tiempo.

Sayda-Llemal y doña Inés estaban junto á él, en el campo sitiador; Zayda-Sobeydah en la ciudad sitiada, y en un punto

donde el rey conocia una comunicacion, por la cual podia, cuando queria, llegar libre y secretamente hasta Zayda-Sobeydah.

Y aquellos tres amores eran altos, nobles, dignos.

Hermosas aquellas mujeres, y las tres princesas.

Las tres enamoradas de él hasta el punto de que su amor fuese un martirio, un infierno.

V.

A pesar de esto, el rey se obstinó.

Le dominaba aún de una manera poderosa, el recuerdo de la noche de amor, de delirio, que habia pasado en la tienda de su esposa, é insistia en su propósito de vivir para ella y solo por ella.

El rey estaba en la posicion de un marido enamorado en la mañana de su primera noche de bodas.

Por lo tanto, quiso parecer más galan y más hermoso que lo que lo era, á su mujer.

Envolvió las joyas que para la reina habia buscado en un paño de seda, las dejó sobre la mesa, y llamó á sus camareros.

Dió al mismo tiempo orden de que su guardia particular y los condes de su casa se armasen y se ataviaran de gala, y que acudieran á su tienda.

Despues él mismo se entregó á sus camareros para que le vistieran.

VI.

Empezaba á alborear cuando el atavío del rey estaba terminado.

Entonces, con la corona ceñida ya, el manto de púrpura sobre los hombros, armado con su arnés dorado, salió fuera de la tienda, montó en su caballo de batalla, y se encaminó con su córte á la tienda de la reina.

El rey no podia ser más galante.

Con alguna anticipacion habia enviado á un page con la corona y las joyas á la tienda de la reina, y doña Inés estaba ya completamente ataviada, cuando entró el rey.

Alfonso VI habia llevado consigo los brazaletes de Sayda-Llemal.

Por lo mismo la reina tenia sus hermosos brazos desnudos de joyas.

El rey la miró con los ojos llenos de amor.

Doña Inés, lánguida, pálida, enamorada, le devoraba con los suyos.

Cuando el rey la tomó las manos y la puso en los brazos los brazaletes de Sayda-Llemal, la reina dejó ver al rey un volcan de amor en su alma con una mirada de sus ojos.

—¡Oh! ; tú y siempre tú! dijo el rey.

Doña Urraca y doña Elvira estaban excesivamente alegres por el cambio de su hermano.

Tratándola habian cobrado un gran cariño á doña Inés, habian sufrido con su sufrimiento y gozaban con su felicidad.

VII.

Llegaron algunos ginetes y avisaron que el rey Aben-Abed, que durante la noche habia levantado su campo, y retirádole á media legua de distancia para hacer su entrada pública, se acababa.

Todo estaba ya dispuesto.

Ordenados los escuadrones que no eran necesarios para montar las guardias del sitio, tendidas las banderas esperando al rey y á la reina, la corte, y entre ella el Cid con el estandarte real, como alferez mayor que era del rey en todos sus reinos.

VIII.

El rey salió de la tienda de la reina, llevándola de la mano y á la derecha.

Cerca de la salida de la tienda, dos pajes tenian de las bridas de oro un magnifico caballo blanco, destinado á doña Inés.

El rey tuvo el estribo á la reina, que montó echándose en los brazos de su esposo, y luego el rey montó, sirviéndole de estribo la rodilla derecha del alcaide de sus escuderos.

Las dos infantas doña Urraca y doña Elvira, estaban ya montadas en hacaneas blancas, teniendo tras sí sus respectivas comitivas.

A seguida todos los de la corte, condes, rico-hombres, dignidades, caballeros, reyes de armas, escuderos, pajes, picadores, correos, archeros y guardias, cabalgaron y se formaron rápidamente con arreglo al ceremonial de entonces.

IX.

A una seña del rey, las trompas tocaron marcha, y se rompió esta sobre el camino de Andalucía.

Iban delante á la carrera, vestidos con rudos coletos de piel curada al sol, con cascos de cuero claveteados de acero, escudos de lo mismo, espada corta, flechas al cinto y el arco á la espalda, cien almogavares de la montaña como descubridores, y á una larga distancia, delante de un escuadron de lanzas negras africanas, que marchaban al paso de sus poderosos caballos.

Notábase que al frente de este magnífico escuadron, que siempre iba á vanguardia del rey, faltaba su wali, el bravo Al-Hahor, y que le reemplazaba uno de los capitanes.

El rey no extrañó esto.

Sabia cuán irritado se habia separado de él Al-Hahor la noche antes.

Detras de este escuadron de cien lanzas iban más de cien músicos, entre trompetas, atabales, clarines y añafles, muy engalanados, y ginetes en caballos blancos, tocando todos á la vez, *con mucho concierto*, como dicen las crónicas de aquel tiempo, que cuentan el recibimiento que hizo Alfonso VI á Aben-Abed.

Tras los músicos iban los trompetas de los reyes de armas de Asturias, Galicia, Leon y Castilla, cuyos reyes de armas seguian ginetes en sendos caballos con arneses y penachos, con sus dalmáticas y sus cotas de armas, y los estoques dorados desnudos, y tras ellos sus farautes y oficiales de armas, formando un bello escuadroncillo.

Seguian luego los trompeteros del Cid, con pendoncillos verdes, con cruces de oro en las trompetas, y tocando marcha.

Luego el Cid, llevando en alto el estandarte real, y seguido de sus continuos, de sus caballeros, de sus escuderos.

Veíanse luego los heraldos de la casa real, y los maceros, y los alguaciles, y los pajes.

Despues el rey magnifico, hermoso, altivo, lleno de majestad.

Porque Alfonso VI, que en amores y respecto á su corazon era débil, fuera de esta debilidad de su alma, era un gran carácter, uno de los reyes más grandes de la época de reconquista de la raza solariega sobre la raza árabe invasora.

Pero estas debilidades del rey estaban ocultas para todos, menos para algunos allegados, y estos eran los servidores más leales del mundo.

Nadie, pues, conocia el flanco débil del rey, y todos le respetaban, todos le amaban, todos le llamaban con orgullo su rey.

Es verdad que Alfonso VI no escatimaba sus sacrificios por sus vasallos: siempre estaba guerreando con el arnés sobre el cuerpo, lidiando personalmente como cualquiera de los soldados, y dándoles ejemplo de valor y de sufrimiento en las fatigas.

Y si se añade á esto que era afable, dadivoso y justiciero, y sobre todo esto gallardo y hermoso, se comprenderá que sus vasallos le adoraban.

A la derecha del rey iba la reina magnificamente ataviada, y con su felicidad y su contento deslumbrante de hermosura.

Una leve palidez realzaba el encanto de su extremada blancura, y la excitacion febril de sus ojos aumentaba de tal modo su fuerza, que los hacia irresistibles.

La reina sabia que iba á encontrarse con su rival, y que llevaba sobre sí misma una prueba de triunfo contra ella en el corazon del rey con los dos magnificos brazaletes que ostentaba en sus brazos desnudos.

La reina lanzaba impaciente su mirada á lo largo del camino, ansiando ver los primeros hombres del ejército de Aben-Abed.

Maravillaba á todos el ver á la reina junto al rey en público, en una solemnidad, y de que el rey fuese tan contento, tan feliz al parecer y tan ufano con su esposa.

Porque se sabia que la reina estaba loca, y que por su locura hacia mucho tiempo que el rey la mantenía relegada, acompañada y servida únicamente por sus hermanas.

Quien más extrañaba esto era el Cid.

Y lo extrañaba con alegría, porque atendiendo al bien de los reinos de Alfonso VI, era preferible que la reina recobrase la razon, y con ella las probabilidades de tener hijos, á un divorcio, que siempre trae inconvenientes, y á un nuevo casamiento que habia de hacer gastar dinero á los reinos, aunque no fuese más que en fiestas por la boda.

Pero lo que no podia comprender el Cid, era que la reina hubiese recobrado la razon de la noche á la mañana, porque el Cid no sabia que la locura de la reina era una locura de amor.

Las infantas hermanas del rey sabian por qué la reina habia cobrado el juicio; pero no sabian si aquello duraría mucho; porque no sabian cuánto tiempo duraria el enamoramiento del rey por la reina.

Y como la reina vivia de amar, y atendido el carácter de Alfonso VI, era muy posible que se desenamorase de ella con la misma facilidad que se habia enamorado, era por lo mismo muy posible que la reina dejando de ser alentada por la ternura, por la pasion del rey, volviese á enloquecer.

Las dos infantas observaban cuidadosamente á los esposos, y todo iba bien.

El rey y la reina parecian dos recién casados de la víspera, que se habian unido despues de un largo sufrimiento de amor.

A la derecha de la reina iba la infanta doña Urraca, como hermana mayor.

A la izquierda del rey, como hermana menor, la infanta doña Elvira.

Estos cuatro personajes marchaban en una misma línea.

Detrás de ellos y cubiertos de gala, iban los camareros, los pages de lanza, los escuderos y los domésticos del rey.

Detrás las doncellas, los pages y los criados de la reina.

Luego los de la infanta doña Urraca.

Despues los de la infanta doña Elvira.

Seguían luego las magnificas literas de la reina y de las

dos infantas, la una detrás de la otra, conducidas por palafreneros, y rodeadas de pages y escuderos.

Luego, llevado cada uno por un escudero, iban once magníficos caballos de batalla del rey, llevando cada uno terciado sobre la silla de acero, un largo y fuerte lanzon de combate.

Cerraba la marcha un escuadron de lanzas reales, delante de las que iba con la lanza afianzada el conde Juan Galindo, y por último, un fuerte y magnífico escuadron de escuderos del Cid, mandado por Albar Fañez de Minaya, á quien servia de segundo Martin Pelaez.

Tras esta brillante comitiva que deslumbraba con sus armas y con sus galas, y que atronaba el espacio con el clamor de sus trompetas y el redoblar de sus atabales, que tocaban marcha, iba la turba multa que acompaña siempre á un ejército en campaña y que nada tenia que hacer en las grandes guardias que habian quedado sosteniendo el cerco; gentecilla á quien conducia la curiosidad, que seguia jadeando el paso de los caballos, y que no solo formaba la retaguardia de la comitiva real, sino que prolongándose á sus costados por el campo, gritaba indistintamente aumentando el estruendo:

—¡Viva el rey!

—¡Viva la reina!

Algunas veces se oia:

—¡Vivan las señoras infantas!

Y con suma frecuencia y de una manera atronadora:

—¡Viva el Cid!

Aquello era magnífico.

Un sol radiante que se levantaba en el despejado firmamento, daba solo vida y alegría á aquel espectáculo.

De tiempo en tiempo la comitiva real pasaba por delante de una de las grandes masas de caballería ó de infantería, que habian salido aquella mañana extendiéndose á lo largo del camino que debian seguir el rey la córte.

Cuando éste pasaba por delante de una de aquellas masas, los instrumentos de guerra de ella, batian ruidosamente marcha, y de las bocas de los capitanes y de los soldados, salia un atronador viva al rey, y los pendones y las banderas, y los

pendoncillos de las lanzas tremolaban en señal de homenaje.

X.

La córte habia dejado atrás á Toledo, al lado de su retaguardia.

El sol con sus primeros rayos inundaba con una luz rojiza, dorada, el apiñamiento de casas, torres y muros de Toledo, haciendo destellar rayos de fuego de las cúpulas del alcázar y de las mezquitas.

Pero ni una persona se veía en los muros de la ciudad, que se mostraba tan silenciosa cuanto ruidosa iba su córte.

Más acá y alrededor de Toledo, se veían las blancas tiendas de los sitiadores, y el humo de los fuegos en que se cocían los ranchos.

Lo demás del campo estaba desierto, con esa soledad triste y pesada que lleva la guerra á una comarca.

XI.

Hacia ya largo rato que la comitiva real adelantaba sobre el camino de Toledo á Andalucía, y sin embargo, aún no se veían señales de aproximacion del ejército de Aben-Abed.

Veíase sí ya en un cercano horizonte, sobre una loma, la gran tienda en la cual debían entenderse los dos reyes aliados, cristiano y árabe.

Un escuadron de lanzas castellanas daba la guardia á aquella tienda que tenia dos grandes puertas: una por la parte por donde avanzaba con la córte el rey don Alfonso, y otra por la parte por donde debía llegar el rey Aben-Abed.

Era muy posible que Aben-Abed estuviese tan cerca de aquella tienda como lo estaba Alfonso VI, y que las dos comitivas no pudiesen verse á causa de lo accidentado del terreno.

XII.

Al fin se oyó al otro lado de la colina, donde estaba alzada

la gran tienda, primero un ruido vago como el zumbido de un enjambre de abejas.

Lentamente aquel zumbido fué creciendo, hasta que al fin se oyó distintamente clamor de añafles, dulzáinas, atabales y atakebiras.

Los exploradores que habian ya llegado á la mitad del suave acceso de la colina donde estaba la tienda, se detuvieron y formaron en masa á la derecha del camino dejándole franco.

Sucesivamente fueron deteniéndose y formando alternativamente, ya á la derecha ya á la izquierda del camino, todos los que precedian al rey, á la reina y á las infantas.

Solo los reyes de armas y sus oficiales, los heraldos y los farautes, y el Cid con el estandarte real y sus escuderos, llegaron hasta la puerta de la tienda, formando á ambos lados de ella.

Como era natural, el rey, la reina y las infantas lanzaron sus caballos con alguna impaciencia, y llegaron al trote á la puerta de la tienda.

Los escuderos los esperaban ya, y tuvieron los estribos de rodillas á los reyes y á las infantas, que desmontaron.

Al mismo tiempo y de igual manera, llegaron y desmontaron en la otra puerta de la tienda dos personas.

Eran el rey Aben-Abed y su hija la sultana Sayda-Llmal.

Detrás de ellos se veia un coro de ángeles, así puede decirse, que habia desmontado tambien de algunas jacas árabes, blancas como la espuma del mar, y enjaezadas con paramentos de brocado.

Aquel coro de ángeles eran las doncellas ó las esclavas de Sayda Llmal.

Detrás de estas niñas hermosísimas, vestidas de brocado blanco, y cubiertas con blancos velos transparentes, se veia una verdadera legion de demonios.

Esto es, un número infinito de atléticos esclavos negros de la guardia particular de Aben-Abed.

Delante de estos demonios, que tal parecian vestidos de rojo con anchas túnicas talaes y apoyados en fuertes picas, se veian algunos personajes graves, de rostro pálido y largas bar

bas, ya blancas, ya grises, ya negras: eran los wacires, los alimes, los walies y los alcaides de la corte de Aben-Abed.

Uno de estos, anciano venerable, pero fuerte aún como un roble, y de fisonomía bravía y terrible, se apoyaba en el asta de un gran estandarte de damasco rojo bordado de oro.

Aquel era el estandarte real de Aben-Abed.

Los dos estandartes, las dos comitivas, no pasaron de las respectivas puertas.

El rey Alfonso llevando de la mano á la reina, y á ambos lados á las dos infantas, adelantó hácia el centro de la tienda, hácia el que adelantaba también el rey Aben-Abed, llevando de la mano á su hija la sultana Sayda-Llemal.

XIV.

Venia el rey Aben-Abed vestido con toda la púrpura, con todo el esplendor del lujo de los reyes árabes.

Para que nuestros lectores comprendan cómo era su traje, nos vemos obligados á decirles, que se parecía mucho al traje pontifical de un arzobispo.

En la cabeza llevaba una especie de sombrero sin ala, alto, cónico, de brocado de oro, cubierto de perlas y piedras preciosas, y en la parte inferior de aquella especie de mitra ceñida sobre la frente, una corona de oro y pedrería de largas y agudas puntas: bajo esta corona caía alrededor de la cabeza y sobre las sienes un capuz ó toquilla de brocado también, y sobre los hombros, sujeto sobre su pecho con tres grandes herretes de diamantes, tenía un manto ancho, tieso, rígido, de grueso brocado, enteramente semejante á una capa pluvial de arzobispo.

Debajo se veía una túnica de seda negra, bordada con grandes arabescos de oro, que dejaba ver los borceguies encarnados de punta aguda que calzaba el rey, y pendiente de un ancho ceñidor bordado y tachonado de diamantes, que sujetaba esta túnica interior, se veía pendiente por delante una espada corta y ancha con magnífica empuñadura y vaina de oro.

Tenía además el rey las manos cuajadas de ricas sortijas.

No podia darse más magestad ni más magnificencia.

Aben-Abed, con su largo rostro pálido, sus grandes ojos negros de expresion melancólica, y su larguísima barba gris, era en aquel traje una hermosa figura.

Era en fin el sultán de las dos Andalucías altas y bajas.

XV.

Sayda-Llemal parecia una ilusion realizada, un ser divino, un angel humanizado, pero un angel terrible.

Venia completamente vestida á la castellana.

En contraposicion de la reina que llevaba todo el traje de brocado rojo, Sayda-Llemal le llevaba de brocado blanco.

Lo rojo estaba muy bien al color blanco, mórvido, á los cabellos rubios, y á los ojos azules de la reina.

Pero el brocado blanco y oro del traje de la sultana sentaba mucho mejor á su color blanco, nítido, y á sus negros cabellos, á sus negras cejas, á sus negros ojos.

Los cabellos de Sayda-Llemal eran tan fuertemente negros, que producian reflejos azules, y los ojos eran un abismo sin fondo, dentro del cual se adivinaba un abismo de pasiones.

Llevaba la sultana los cabellos partidos por mitad á los dos lados de la cabeza, y rizados en largas espirales caian voluminosos, magníficos sobre los hombros y sobre la espalda recogidos en sí mismos, entrelazados los rizos para que la gran longitud, la gran riqueza de los cabellos no ocultara las bellezas del traje.

La larga, mórvida y blanquísima garganta de la sultana, solo estaba adornada con un collar de gruesas perlas negras, que hacian resaltar la nacarada blancura del cuello cubriéndole hasta la mitad, y aumentando su voluptuoso grueso con sus anchas vueltas, cayendo luego sobre el seno, y sosteniendo una magnífica cruz de diamantes y esmeraldas.

Los brazaletes eran tambien de perlas negras, y de diamantes el ancho ceñidor que ajustaba su reducida cintura.

Sobre los cabellos, ocultándose entre el peinado, relevado y bellissimo, se veian las puntas de oro cargadas de perlas negras, de una corona real.

Además, las manos de la sultana estaban llenas de sortijas infinitamente más ricas que las que llevaba su padre.

Y la actitud, la esbeltez, la estatura, la gallardía, la finura y la elegancia del cuerpo de la sultana, hacían que todo palidciera ante ella, de tal modo, que el Cid, que apoyado en el estandarte real estaba á la puerta de la tienda, y que como sabemos, tenia el corazon duro y á prueba de todo, no pudo menos de exclamar:

—¡Oh! ¡y qué gran reina seria ese serafin!

XVI.

Al afrontarse aquellos cinco personajes, pasó por todos ellos algo que podia compararse á un sacudimiento eléctrico.

La reina y Sayda-Llemal se miraban, se devoraban, se confundian en una mirada recíproca, terrible, inexplicable, por todo lo que tenia de violenta, de agresiva, de enemiga, de amenazadora.

La mirada de la reina se extraviaba.

Empezaba á ser otra vez la mirada de la loca.

Habia visto á Gaston de Ulloa.

A Gaston de Ulloa, blanco, excitante, con largos cabellos ondulantes y rizados, con hermosa garganta ceñida por perlas, con un alto y mórvido seno de mujer, con un traje de reina, pero con la misma mirada tentadora, excitante, terrible, activa, con su misma fuerza, con su mismo ser.

La reina tembló.

Su locura mal curada, su pasion ideal, fantástica, poco antes vencida, y sobre todo, el predominio satánico que sobre ella tenia Sayda-Llemal, volvieron á hacer brotar en la reina aquel fuego devorador, pero transformado, concentrado en un odio que la mataba, y que la hacia gozar al sentirle, un placer doloroso, horrible: una excitacion nerviosa insoportable.

Si el rey hubiera podido sentir algo más que la irresistible impresion que en él habia causado Sayda-Llemal, hubiera sentido que la reina temblaba poderosamente, que su mano se

helaba, que á través de su piel corria un sudor abundante y helado.

Pero Alfonso VI no veía, no sentía, no respiraba otra cosa que Sayda-Llemal.

Nunca la había visto tan hermosa, tan tentadora, tan irresistible, tan excitada, tan fiera.

Y era que Sayda-Llemal había visto á la reina asida de la mano del hombre á quien amaba, del único hombre á quien había amado, por quien se había obstinado, por quien lo había sacrificado todo menos su pureza.

Era que en los brazos de aquella mujer que el rey la presentaba asida de la mano, había visto dos magníficos brazaletes, y en ello el triunfo de aquella mujer sobre ella en el corazón del rey.

Era que la reina la había parecido más hermosa de lo que ella era.

Que había envidiado sus cabellos de oro y sus ojos de cielo y su tranquila frente.

Era que había mirado con dolor, con ánsia, con desesperación á Alfonso VI, y Alfonso VI había visto el alma de Sayda-Llemal que se le rendía, que sufría un tormento horrible, que se deshacía en lágrimas.

Era que hasta entonces no había conocido cuánto le amaba Sayda-Llemal.

Que era suya, que su voluntad era para ella una ley, y su amor la vida.

Las infantas miraban con asombro á la princesa árabe.

Aunque doña Elvira la conocía, pareciale que la veía por primera vez.

Sayda-Llemal lo había dominado todo.

En un momento había deshecho lo que en amor había ganado la noche anterior la reina en el corazón del rey.

XVII.

No podía ser de otro modo.

Un árabe, al verla por la primera vez tal como se había

presentado á Alfonso VI, hubiera dicho que Sayda-Llemal era una hada maravillosa, descendida del quinto cielo.

El Cid apoyado en el estandarte real, en una de las puertas de la tienda, no se hartaba de mirar á la sultana.

No veia en ella á una mujer hermosa que le enamoraba, porque esto no podia ser tratándose de un caballero tal como don Rodrigo, que tanto amaba á su doña Gimena, y que tanto habia sufrido y se habia desesperado por ella.

El Cid no veia en Sayda-Llemal á la mujer hermosa, sino á la gran reina: sabia cuánto valia Sayda-Llemal, cuánto era á propósito para mujer de Alfonso VI, y le pesaba que la reina doña Inés, despues de largo tiempo de retiror, apareciese al fin en una situacion tan solemne al lado del rey.

Esto parecia destruir toda idea de divorcio.

Sin el divorcio no podia tener efecto la union de Alfonso VI y de Sayda-Llemal.

Esto contrariaba al Cid, y le hacia tener el entrecejo duramente fruncido.

XVIII.

Alfonso VI y Aben-Abed se acercaron, se abrazaron y se dieron el ósculo de paz en el rostro.

Doña Inés y Sayda-Llemal, obligadas por la situacion, se acercaron la una á la otra.

A medida que se acercaban, la mirada de Sayda-Llemal se hacia más intensa, más abrasadora, fija en los ojos de la reina.

Doña Inés iba hácia Sayda-Llemal como atraida, como absorbida por aquella mirada.

Pareciale que veia á don Gaston de Ulloa, porque la mirada de Sayda-Llemal era la mirada de amor de don Gaston.

Como que era ella misma.

La reina al fin dió un grito, abrió los brazos, y se arrojó en los de Sayda-Llemal.

Entonces la sultana la besó en la boca.

—¡Ah! exclamó la reina, cuya mirada se extravió: ¡eres tú! ¡sí, eres tú! ¡no has muerto! ¡no has muerto!

Y devorando con una mirada de fuego la mirada ardiente de Sayda-Llemal, se estremeció, se dobló, se desmayó en los brazos de la sultana.

—¡Oh! ¡loca otra vez! murmuró Sayda-Llemal, mientras el rey y las infantas corrian al socorro de doña Inés.

Se hizo acercar la litera de la reina, y las infantas entraron con ella.

Esto es, desaparecieron de la escena, porque inmediatamente la reina con su servidumbre y una fuerte escolta fué trasladada al campamento.

Sayda-Llemal habia quedado inmóvil, pálida y sombría, con la mirada tenazmente fija como en un punto imaginario del espacio.

Todo esto habia sucedido instantáneamente.

En el momento en que la reina vió la deslumbrante hermosura de Sayda-Llemal, y esta vió sus brazaletes en los brazos de la reina.

Doña Inés habia visto tambien en Sayda-Llemal á don Gaston de Ulloa, y habia recaído en su locura.

Sayda-Llemal habia visto en aquellos brazaletes llevados por la reina en aquella ocasion, un desprecio frio hácia ella de parte de Alfonso VI, y esto habia escitado toda la terrible actividad de su alma.

Sayda-Llemal estaba dispuesta á obrar enérgicamente.

A llegar á su objeto sin reparar en los medios.

Por esto era sombríamente terrible su mirada inmóvil.

XIX.

—Es muy doloroso para mí, dijo el rey Aben-Abed á Alfonso VI, que al vernos tu noble esposa, haya sido acometida de un accidente.

—La reina está enferma hace mucho tiempo, dijo don Alfonso, cuya mirada no se apartaba de la hermosura de Sayda-Llemal.

—Yo traigo sábios médicos conmigo, dijo Aben-Abed, y sábios astrólogos: ellos.....

—La enfermedad de la reina no tiene remedio, dijo don Alfonso, cuya mirada se extraviaba cada vez más devorando la magnífica hermosura de Sayda-Llemal.

—¡La locura! dijo la sultana.

Y sus negros ojos se volvieron de improviso al rey y le abarcaron de una mirada que hizo estremecer á Alfonso VI.

Sayda-Llemal resplandecía.

Pero con ese resplandor que solo se ve en las mujeres cuando miran enamoradas al hombre amado.

—¡La locura! repitió el rey, como si su voz hubiese sido un eco de la de Sayda-Llemal.

—¡Loca! dijo con sumo respeto Aben-Abed.

Porque es de advertir, que los musulmanes creen que en el alma de los locos reside el espíritu de Dios.

Los locos son venerados por los musulmanes.

La mayor parte de los santones, lo son únicamente porque están locos.

Es decir, que los musulmanes no creen que la locura es una enfermedad, una desgracia, sino un favor de Dios, y en vez de encerrar á los locos, les respetan y les dejan hacer cuanto quieren.

—Concluyamos, dijo Alfonso VI variando el asunto de la conversacion: nada tenemos que decirnos: todo nos lo hemos dicho ya; pero necesitamos entrar juntos en mis reales, para que mis huestes vean que somos amigos y aliados. ¡Mi caballo! añadió el rey, tomando á Sayda-Llemal de la mano y llevándola á la puerta de la tienda que miraba á Toledo.

La mano de Sayda-Llemal quemaba poco menos que un hierro candente.

El calor de la mano de Sayda-Llemal, se trasmitia por el brazo al corazon del rey.

El rey lo habia adivinado todo.

Sayda-Llemal habia vuelto á apoderarse de su alma.

XX.

Cuando salieron de la tienda, encontraron tres magníficos caballos.

Uno de ellos árabe.
Blanco como la espuma de un torrente y hermoso sobre toda ponderacion.

Parecia hijo del huracan y del fuego.
Aquel era el caballo de Sayda-Llemal.

El rey estaba ébrio de hermosura, loco de amor, y dobló la rodilla para que sirviese de estribo á Sayda-Llemal.

La sultana le miró, le inundó de placer el alma con su mirada, puso su pequeño pié izquierdo en la rodilla del rey, y montó á caballo.

En aquel momento un escuadron de lanzas castellanas que estaba cerca y que conocia del dia anterior á Sayda-Llemal, gritó:

—¡Viva el rey! ¡viva la infanta doña Isabel!

Y una voz poderosa que no se supo de donde habia salido, gritó:

—¡Viva la reina!

¿Era que en aquellos momentos habia alguno que recordaba á Inés de Poitiers, ó era que se adivinaba ó se descaba un divorcio, y se aclamaba ya á doña Isabel Aben-Abed?

Fuera esto ó no, á aquel ¡viva la reina! respondió con estruendo todo el escuadron de lanzas, que era la única gente que aparte de la servidumbre estaba cerca del rey.

Aben-Abed habia montado á caballo, y Peranzules habia tenido el estribo del rey.

Inmediatamente se rompió la marcha.

XXI.

Por casualidad sin duda, porque aquello era muy significativo, Sayda-Llemal iba á la izquierda del rey, á su lado, en el lugar donde van las reinas con el rey.

A la derecha de Alfonso VI, como huésped, amigo y aliado, iba el rey Aben-Abed.

Sayda-Llemal llevaba en su riquísima diadema de forma castellana, una cruz sobre el floron que se levantaba sobre su frente.

Su traje era castellano.

Quien de repente, y sin conocer á Inés de Poitiers, la hubiera visto con aquel traje y aquella corona al lado de Alfonso VI, la hubiera creído su esposa.

A medida que la comitiva pasaba por delante de los escuadrones escalonados en el camino, estos gritaban aclamando al rey, á la infanta doña Isabel, á la reina.

Hasta que llegaron al campamento y dentro de su tienda real, donde entraron para reposar, todo fué un triunfo para Sayda-Llemal.

Su hermosura lo habia dominado todo.

Y el dia antes, su caridad, su dulzura, su majestad, su encanto, la habian conquistado el corazon de todo el ejército.

XXII.

Padre é hija estuvieron un momento por ceremonia en la tienda del rey.

Despues, acompañados de este, fueron á sus tiendas.

Al salir de la del rey Aben-Abed, Alfonso VI, trémulo como un adolescente que habla por primera vez á la primera mujer que le ha hecho sentir el amor, dijo á Sayda-Llemal:

—Necesito verte, necesito hablarte esta noche....

—A la media noche, dijo Sayda-Llemal, ven, te espero.

El rey salió de la tienda, y miró al sol con cólera porque faltaba aún mucho tiempo para la media noche.

CAPITULO IX.

De cómo Sayda-Llemal procuraba saberlo todo, y de lo que pasó en la torre encantada, desde que dejamos en ella á Zayda-Sobeydah.

I.

Llegó la noche por fin.

Al principio de ella un hombre con traje de faquí llegó á la tienda de Sayda-Llemal, y pidió hablar con ella, dando su nombre.

Aquel hombre se llamaba Kaid-Abuleyas.

Inmediatamente fué introducido.

Sayda-Llemal estaba reclinada en unos almohadones, prendida completamente como una princesa cristiana, pero de una manera muy sencilla, y teniendo junto á sí en una mesa, donde habia una lámpara de plata con cuatro mecheros encendidos, un libro abierto.

Aquel libro era una magnífica copia manuscrita de la Biblia, sobre pergamino y en latin.

Estaba abierta por el pasage en que Jacob destierra á Agar haciéndole llevarse consigo á su hijo Ismael.

—Cuánto has tardado! dijo Sayda-Llemal: ¿qué traes, Kaid-Abuleyas?

—He seguido á Al-Hahor.

—Cuéntame.

—Al-Hahor ha ido á la aldea de Guadamar: ha entrado en un alcázar: ha salido de él, ha entrado en el bosque y ha preso á un walí del sultan de Marruecos.

—¡Oh!

—Yo he visto y oído; cerca muy cerca, sin que me hayan oído ni visto: tu vida está amenazada, sultana.

Sayda-Llemal hizo con su pequeña y preciosa boca un significativo gesto de desprecio.

—¿Conoces tú al walí africano? dijo.

—Sí: está en el campamento, en las tiendas del escuadrón árabe del walí Al-Hahor.

—Bien: ¿qué hizo Al-Hahor después de prender á ese otro walí?

—Volvió al pequeño alcázar de Guadamar y salió de él con una litera en que iban una mujer y un niño.

—¿Y luego?

—Los trajo al campamento y los llevó al magnífico alcázar de Galiana.

—¿Y luego?

—Cuando salió del alcázar de la infanta Galiana, se encaminó á la tienda del rey; pero el rey no estaba en su tienda.

—¿Dónde estaba, pues?

—En la tienda de su esposa.

—¡Ah! exclamó profundamente Sayda-Llemal.

—Tuvo que esperar mucho tiempo; al fin el rey fué.

—¿Y qué sucedió?

—No pude acercarme; pero ví que el rey recibía con desabrimiento á Al-Hahor, que entraba con él en su tienda, y que poco después Al-Hahor salió colérico.

—¿Le seguiste?

—¡Oh, sí! Al-Hahor tomó el camino de las ruinas encantadas: descendió por una arcada, penetró en un lóbrego subterráneo, y adelantó por él: cuando hubo andado un largo espacio, se detuvo: yo oí entre las tinieblas el ruido de una puerta que se abría, y que inmediatamente se cerraba: yo no pude encontrar aquella puerta, no pude seguir á Al-Hahor, y esperé: esperé hasta el día: al fin oí de nuevo abrirse y cerrarse la puerta, y sentí que

un hombre salia: le seguí, y cuando estuvo fuera, ví que era el walf Al-Hahor.

Le seguí á lo lejos.

El walf fué á su tienda y montó á caballo.

Luego.... yo le seguí á la carrera y á lo lejos.

Pero el caballo corria demasiado y no pude seguirle largo trecho: me oculté en unos jarales y esperé.

Al-Hahor habia tomado de nuevo el camino del alcázar de Guadamar.

Desde donde yo estaba oia el estruendo de las trompetas del campo cristiano, y oia los escuadrones que se acercaban para ir con su rey á recibirte, luz de los cielos, y á tu magnífico, ensalzado y vencedor padre; ví que se ponian en marcha, que se alejaban; y todavía no volvia Al-Hahor.

Al fin, despues de otro largo espacio, le ví volver.

Traia sobre la grupa de su caballo una anciana árabe, y consigo esclavos negros y acémilas cargadas.

Cuando pasaron le seguí.

Entró en el campamento y se fué al alcázar de Galiana, de donde salió á pié, habiendo dejado dentro á la anciana; pero le siguieron tambien á pié veinte esclavos negros africanos.

Al-Hahor tomó con ellos el camino de las ruinas.

Entró en ellas.

Yo entré detrás.

Entonces llevaba ya utensilios con que encender luz.

Al-Hahor los llevaba tambien, porque al llegar al fondo del subterráneo, encendió una linterna.

Entonces ví dónde estaba la puerta por donde habia desaparecido antes Al-Hahor.

Es una gran piedra que sirve de puerta disimulada y que se abre por medio de un resorte.

Yo ví abrir y cerrar ya aquella puerta.

—¿Y á dónde conduce? dijo Sayda-Llemal.

—No lo sé, porque no quise pasar, temeroso de que hubiese gente dentro y me sorprendiesen.

Esperé.

Pasó mucho tiempo, y Al-Hahor salió.

Con él venian los veinte esclavos, pero agoviados con el peso de la carga que llevaban encima.

Aquello debia ser oro, porque las cargas que agoviaban á los negros abultaban poco.

Volví á seguirle.

Al-Hahor se encaminó al alcázar de Galiana, donde entró con los veinte negros, volviendo á salir con ellos, pero llevando los sacos vacíos bajo el brazo.

Volvió Al-Hahor con ellos á las ruinas.

Por último, sultana, y para no cansarte, durante el día los veinte esclavos, acompañados siempre de Al-Hahor, han salido cargados seis veces: el tesoro que han trasladado de los subterráneos á los alcázares de la infanta Galiana debe ser tan considerable, como que los negros son muy fuertes, é iban doblegados bajo el peso de su carga.

—¿Y no ha vuelto Al-Hahor á los subterráneos? dijo Sayda-Llemal.

—Sí: pero ha vuelto solo: ha salido cuando empezaba la noche, llevando asida del brazo y envuelta en un haíke á una dama.

Sin duda para que la dama no tuviera mucho miedo, llevaba encendida una antorcha.

En la confianza de que de nadie podian ser vistos en los subterráneos, la dama llevaba el semblante descubierto.

Yo la he conocido.

—¡Que la has conocido!

—Sí, sultana: en el tiempo que estuve sirviéndote, cuando estuviste en Toledo, yo fui á ver algunas fiestas de toros y cañas, y entre las damas de Toledo ví á la sultana...

—A la sultana...

—Sí: la dama que conducía Al-Hahor era la sultana Zayda-Sobeydah, sobrina del rey de Toledo Al-Mamun.

—¡Ah! exclamó Sayda-Llemal: ¡habla! ¡habla! ¿no sabes más?

—Sí, alegría del paraíso: yo tengo el oído tan perspicaz como la vista, y oí lo que iban hablando la sultana Zayda-Sobeydah y el walf Al-Hahor.

La sultana lloraba.

Por lo que hablaron supe que el niño que la noche antes habia llevado del alcázar de Guadamar al de Galiana el walí Al-Hahor, es hijo del rey Alfonso de Galicia, y de la sultana Zayda-Sobeydah.

—¡Ah! ¿no te has engañado? dijo palideciendo instantáneamente Sayda-Llemal.

—Eso dijo la sultana Zayda-Sobeydah, contestó Kaid-Abuleyas.

—¡Hijo... de Alfonso y de Zayda-Sobeydah! exclamó con la voz trémula Sayda-Llemal.

—Sí, rosa de Hiram, respondió Kaid-Abuleyas.

—¿Y... has podido comprender si el rey Alfonso ama á Zayda-Sobeydah?

—No: porque Zayda-Sobeydah lloraba: porque Al-Hahor la decia que por tí la despreciaba el rey.

—¡Por mí! ¿decia eso Al-Hahor? exclamó con alegría Sayda-Llemal.

—Sí, poderosa sultana.

—Dime, dime...

—Al-Hahor decia: mientras esa mujer viva no puedes ser feliz; tiene hechizado al rey don Alfonso.

—¿Y... qué decia Zayda-Sobeydah?

—Se horrorizaba de tu muerte, preferia que fueses sorprendida, robada y entregada al sultan de Marruecos, para lo que contaban con el walí Aben-Japhar, que es el que prendió Al-Hahor en el bosque cercano á Guadamar.

—¿Y qué mas oiste?

—Nada más, porque ya iban á salir de las ruinas, y la sultana Zayda-Sobeydah se cubrió el rostro, y entrambos guardaron silencio.

—¿Y es muy hermosa, quiero decir, está muy hermosa Zayda-Sobeydah? dijo Sayda-Llemal.

—Más hermosa que nunca, perla de las mujeres, dijo Kaid-Abuleyas: si tú no fueras tan celestialmente hermosa, la sultana Zayda-Sobeydah seria la mujer más hermosa del mundo.

—A los esclavos siempre les parece su señora la mujer más hermosa del mundo, dijo con despecho Sayda-Llemal. Quiero ver á Zayda-Sobeydah: ¿dónde está?

—Sultana, dijo Kaid-Abuleyas: Al-Habor la ha llevado al alcázar de Galiana, la ha dejado en él, y ha ido á su tienda: ha hablado algun tiempo con el wali Aben-Japhar, y luego se ha entregado al descanso.

II.

Guardó por algun tiempo silencio, profundamente pensativa Sayda-Llemal, y luego dijo á Kaid-Abuleyas:

—Espérame fuera.

El wali salió.

—¡María! gritó Sayda-Llemal.

Apareció al momento por uno de los compartimientos de la tienda, María, la esposa de Ferran, la dama de confianza de la sultana.

—Quiero ser otra vez don Gaston de Ulloa, quiero ser hombre, la dijo.

—¿Y será necesario cortar otra vez vuestros hermosos cabellos?

—No: yo me los recojeré de modo que nadie pueda notar su largura: además que van á verme muy pocas personas.

—Y yo que creia que no volverian á servir vuestras ropas de hombre.

—Búscalas y tráelas: yo me teñiré en tanto el rostro, el cuello y las manos.

Y Sayda-Llemal puso manos á la obra.

Poco despues, habiendo traído las ropas María y habiéndolas vestido Sayda-Llemal, ésta volvió á aparecer el hermosísimo, el terrible don Gaston.

—Dame mi laud, dijo la sultana á María.

María dió á Sayda-Llemal un magnifico laud de ébano y marfil con incrustaciones de oro.

—Has entrar al wali Kaid-Abuleyas.

María llamó al árabe.

Al entrar éste se sorprendió viendo la transformacion de Sayda-Llemal.

—¿Me conoces? dijo ésta con su acento natural.

—Sí, poderosa sultana, dijo Kaid-Abuleyas.

—Pues bien, deja de conocerme, dijo Sayda-Llemal con la voz ronca é incisiva: ahora no soy otra cosa que don Gaston de Ulloa.

—No lo olvidaré, sultana.

—¿Dices que conoces la puerta secreta que hay en el fondo de los subterráneos?

—Sí señora.

—Pues bien, vamos á abrir esa puerta, y á ver lo que se oculta tras ella.

Y Sayda-Llemal salió, siguiéndola Kaid-Abuleyas.

III.

Era la noche clara y serena, aunque muy fria.

Dominaba en los reales el más profundo silencio.

Parecian desiertos aquellos lugares donde acampaban cien mil hombres.

No se veía uno solo vagando á la luz de la luna.

Kaid-Abuleyas llevó á la sultana á su tienda, en la que entró para tomar una antorcha.

Inmediatamente salió y se encaminó á las ruinas del templo de Hércules, siguiendo á Sayda-Llemal.

Cuando entraron en los subterráneos, Kaid-Abuleyas encendió la antorcha.

Aparecieron entonces informes, sombrías, alejándose hasta perderse en la oscuridad, las gigantescas arcadas romanas del subterráneo.

El terreno descendia continuamente herizado de escombros, resbaladizo por la humedad causada por las continuas infiltraciones de las bóvedas.

—¡Qué lugar tan tétrico! dijo Sayda-Llemal: parece que por aquí no puede irse más que á buscar la desventura.

—Mal agüero es que pienses así, sultana, dijo Kaid-Abuleyas, que como buen musulman era exajeradamente supersticioso: si creyeras mis consejos, nos volveriamos atrás.

—Guia, y adelante, dijo Sayda-Llemal.

Kaid-Abuleyas tiró adelante en silencio, y no habló una palabra más, hasta que, deteniéndose en el fondo de una galería, dijo señalando un enorme sillar:

—Hé aquí la puerta misteriosa.

—Pues abre si sabes, dijo la sultana.

Kaid-Abuleyas metió su puñal por una juntura en la piedra, apretó, y la piedra giró inmediatamente, dejando descubierta una estrecha y oscura entrada.

—Adelante, dijo Sayda-Llemal penetrando resueltamente por aquella abertura.

El wali penetró tras ella y cerró la puerta.

IV.

Ya conocemos aquella mina.

La sultana y el wali la recorrieron en poco tiempo, y tuvieron la fortuna de no extraviarse en los laberintos.

Al llegar al pié de las escaleras que conducian á una de las puertas secretas de la habitacion superior de la torre encantada, Kaid-Abuleyas tropezó.

—Aquí hay escombros, dijo.

—Veamos de dónde provienen esos escombros, dijo Sayda-Llemal.

En efecto; al pié de las escaleras habia un pequeño monton de tierra, en que se veian envueltas algunas piezas pequeñas de barro cocido vidriado en una de sus caras, con un vivo color ya blanco, ya azul, ya pardo, ya verde, ya violado, ya morado, ya amarillo, ya negro.

Aquellas piezas formaban estrellas, y cuadrados, y rombos, y triángulos.

Eran, en fin, las piezas de un pavimento de mosaico ó alicatado árabe que se habia roto.

Dando la vuelta al pié de las malezas, vieron un pequeño aposento, cuyo suelo roto en el centro, dejando ver un boqueron, mostraba una gran parte de mosaico que no habia sido levantado.

Por el boqueron se veia descubierta una compuertá de madera forrada de hierro.

Algunas de estas planchas de hierro habian sido levantadas, y en una de ellas se veia la punta de un puñal torcida y rota.

La madera que habia dejado descubierta el levantamiento de las planchas, habia sido rota tambien, y violentadas tres fuertes cerraduras.

Todo aquello lo habia hecho Al-Hahor.

V.

Y ya que llegamos á este punto, vamos á relatar, para mayor claridad de nuestra historia, lo que habia hecho Al-Hahor desde el momento en que habiendo levantado el alicatado ó mosaico que cubria la entrada del tesoro de Al Mamun, segun las noticias que le habia dado la sultana Zayda-Sobeydah, rompió las tres cerraduras de la compuerta.

Zayda-Sobeydah le acompañaba.

VI.

Cuando la compuerta fué abierta con gran trabajo por Al-Hahor, apareció una estrecha y pendiente escalera.

Cuando Al-Hahor y Zayda-Sobeydah hubieron llegado al fin de aquella escalera que solo tenia veinte peldaños, encontraron una estrecha y pequenísima puerta, por la cual no podia pasar un hombre de regular estatura sin encorvarse.

Pero aquella puerta estaba tambien forrada de hierro, y cerrada con tres fuertes candados.

Para desembarazar la puerta de aquellos tres candados, era necesario romper la cerradura, y para esto levantar la enchapadura de hierro.

Al-Hahor volvió á subir, y se vió obligado á echar mano de una hacha de armas que á todo evento habia traído de su tienda.

La puerta fué forzada á hachazos.

El hacha de armas estaba templada para romper arneses,

cuyo temple era más duro que las láminas de hierro que forraban aquella puerta.

Pero el hacha de armas producía con cada uno de sus golpes un sonido atronador que retumbaba á lo largo de la mina, y que subiendo por las escaleras, debía escucharse en el alcázar.

Por esto Al-Hahor había preferido invertir más tiempo y emplear más trabajo en la compuerta, forzándola con su puñal.

Pero el puñal aunque fuerte, se había inutilizado al abrir la compuerta, y Al-Hahor se vió obligado á arrostrar las consecuencias del estruendo al forzar la segunda puerta.

Afortunadamente Al-Hahor era en extremo vigoroso, y al cuarto hachazo descargado por él á dos manos, la puerta saltó violentada.

VII.

Entraron la sultana y el walf, y se encontraron en un espacio como de seis varas en cuadro, de bóveda chata y baja.

En cada uno de los lados de este cuadrado, había un gran cofre de madera, con aros de hierro y cerrado con tres cerraduras.

Cada uno de estos cofres fué roto de un solo hachazo.

Entonces encontraron un tesoro inmenso.

Alhajas de oro y pedrería infinitas.

Copas, ánforas, vagillas de plata y oro, y en uno de los cofres en sacos de cuero, una gran cantidad de doblas de oro marroquíes.

VIII.

—Este dinero, dijo Al-Hahor, le subiremos á la torre, y le dejaremos en ella para que le encuentre el rey, á quien avisaremos.

—Y dime, Al-Hahor, dijo Zayda-Sobeydah, que entendía muy poco de dinero, ¿habrá ahí bastante para sacar al rey del apuro en que se encuentra?

—Con este dinero, señora, contestó Al Hahor, hay para mantener cien mil hombres durante tres años, por mucho sueldo que se les pague.

—¡Oh! pues demos esos medios de defensa á nuestra patria, dijo Zayda-Sobeydah.

Y ella misma ayudó á Al-Hahor á subir á la torre todas aquellas bolsas de cuero.

Aquellas bolsas formaban un respetable monton en el centro de la cámara.

Despues de esto Al-Hahor sacó de los cofres las alhajas, los vasos, cuantas preciosidades contenian, y llenando los sacos de los esclavos que habia traído consigo del alcázar de Galiana, trasladó á él aquellos tesoros de la manera que Kaid-Abuleyas habia contado á Sayda-Llemal.

IX.

Cuando volvió solo para llevar el último tesoro al palacio de Galiana, esto es, para conducir á él á la sultana Zayda-Sobeydah, la encontró escribiendo.

—¿Qué escribes, sultana? dijo Al-Hahor.

—Una carta al rey Adofar, contestó Zayda-Sobeydah.

—¿Pero firmas tú, sultana? dijo Al-Hahor.

—No, contestó Zayda-Sobeydah sonriendo tristemente: esta carta la escribe la hada que guardaba el tesoro de la torre encantada.

—Y en verdad que no mientes, sultana: tú sabias por la revelacion de tu tio, el noble y sin ventura rey Al-Mamun, que aquí se guardaba ese tesoro, y en cuanto á hada, eres lo bastante hermosa y buena para que pueda con razon envidiarte la mejor y la más hermosa de las hadas del quinto cielo.

Y Al-Hahor suspiró.

—Escucha lo que escribo á Adofar, dijo la sultana que habia acabado su carta.

Y leyó con voz dulce y pura lo siguiente:

»La hada de los tesoros vela por tí.

Ella quiere que Toledo se defienda, y para que puedas defenderle pagando á tus soldados, te entrega un tesoro.

Ese tesoro está en la torre encantada.

Tú encontrarás abierto el camino que te ha de llevar á ese tesoro.

Valor y constancia, y tú libertarás á Toledo.

La hada de los tesoros vela por tí.

—¿Ha visto alguna vez algun escrito tuyo tu primo Adofar? dijo Al-Hahor.

—No: respondió Zayda-Sobeydah: jamás he escrito á nadie más que al amado de mi alma.

—¡Oh! pues entonces no puede ni aún sospechar Adofar que tú has escrito esta carta; ¿pero cómo haremos para que llegue á sus manos?

—¿No conoces tú una puerta secreta que comunica con el dormitorio del rey?

—Sí.

—Pues bien: si el dormitorio está solo, como es posible, entras en él, pones esa carta sobre el divan del rey, y te vuelves dejando abierta la puerta secreta.

—¡Oh! sí, es verdad, y como nada tenemos que hacer aquí ya, voy á dejar la carta.

Al-Hahor la tomó, se fué al ángulo donde estaba la puerta secreta que ponía en comunicacion la torre con el alcázar, bajó las escaleras, atravesó la pequeña puerta, subió por las otras escaleras, y se encontró por fin junto á la puerta por donde se entraba al dormitorio real, y mirando por sus agujeros.

X.

Nadie habia.

Una lámpara opaca alumbraba la habitacion.

Nada se veia tampoco.

Al-Hahor esperó un momento, y viendo que nada sobrevenia, abrió silenciosamente la puerta.

Pero retrocedió.

En un divan que Al-Hahor no habia podido ver desde los agujeros de la puerta, dormia un hombre, echados los brazos al hermoso cuello de una esclava dormida tambien.

Aquel hombre era el rey Adofar, que reposaba junto á su esclava favorita.

Sobre la alfombra, á los piés de la esclava, habia una guz-

la, especie de instrumento músico de amor, de la familia, por decirlo así, de las guitarras. Al-Hahor, despues de haberse convencido de que el rey y la esclava dormian profundamente, fijó los ojos en la guzla. Luego adelantó tan silenciosamente como hubiera adelantado una sombra, se inclinó, puso la carta de Zayda-Sobeydah entre las cuerdas de la guzla, y con tanto cuidado, que las sonoras cuerdas de alambre de oro, no produjeron la más pequeña vibracion, y cuando esto estuvo hecho, se retiró tan silenciosamente como se habia acercado, ganó la puerta secreta, se hundió por ella desapareciendo en su oscuro fondo, y dejándola abierta.

Luego bajó rápidamente las escaleras, atravesó la mina, subió con igual rapidez las otras escaleras, y se encontró junto á Zayda-Sobeydah que estaba de pié esperándole en medio del retrete.

XI.

—Pronto, sultana, dijo Al-Hahor: es necesario que salgamos, para que el rey Adofar pueda cuanto antes llegar aquí.

—¿Y cómo lo harás?

—Sígueme.

Y Al-Hahor abrió la puerta secreta que ponía en comunicacion la torre con la mina que se prolongaba hasta fuera de Toledo.

Al-Hahor dejó abierta la puerta que comunicaba con el alcázar, pero cerró aquella por donde acababa de seguirle Zayda-Sobeydah.

—Esperemos aquí y observemos por los agujeros, dijo Al-Hahor: el rey Adofar no tardará en venir, porque yo voy á despertarle.

—¿Y cómo desde aquí? dijo Zayda-Sobeydah.

—Golpeando fuertemente en esta puerta, el ruido llegará hasta el rey por las escaleras y por la mina.

Y sacudió algunos terribles golpes con el puño de su espada en la puerta secreta.

Aquellos golpes retumbaron de una manera atronadora.

Zayda-Sobeydah y Al-Hahor esperaron seguros de que aquellos golpes debian haber despertado á Adofar.

XII.

En efecto; al segundo golpe, la esclava despertó desfavorecida.

Al tercero, aumentando su terror, se puso de un salto en pié, despertando á Adofar al desprenderse de sus brazos.

Al-Hahor no habia dado más que aquellos tres golpes, pero tan rendido estaba, tan profundamente dormido Adofar, que no los habia oido, que no hubiera despertado á no ser por el sacudimiento que en él habia causado la esclava al desprenderse violentamente de sus brazos.

Vió á la niña inmóvil, pálida, aterrada, fijando su mirada entumecida por el terror, en el negro hueco que dejaba ver la puerta que habia dejado abierta Al-Hahor.

—¿Qué es eso Aleydah, alma mia, que te aterra? dijo el rey.

—¡Aquella puerta!... ¡ese estruendo! ¿no has oido, señor? contestó con voz trémula la esclava.

—Nada he oido, yo dormia: soñaba que estaba batallando con el cristiano, y el fragor de la pelea era horrible: por eso sin duda, no he podido despertar por ese ruido que te ha despertado á tí.

—Yo soñaba que paseaba contigo en una noche silenciosa á la luz de la luna por unos hermosos jardines: por eso ese estruendo me ha despertado: ¡pero esa puerta abierta! ¡quién ha abierto esa puerta! ¡antes esa puerta no estaba ahí! ¡yo tengo miedo!

—Vete y dejame solo, Aleydah.

—¡Ah! ¡no! si hay algun peligro yo quiero arrostrarle contigo: soy mujer y débil y tengo miedo; pero te amo mucho, señor.

—Esto debe ser alguna vision falsa, causada por los espíritus malignos para aterrarme: cobra valor, Aleydah, toma tu guzla y entona una de esas oraciones que tú sabes y que alejan á los malos génius.

Adofar era musulman y hombre de su tiempo, y era por lo mismo supersticioso.

Aleydah tomó la guzla.

Al tomarla dió un grito y la dejó caer.

—¿Qué es eso, luz de mi vida? dijo Adofar que iba impresionándose, contagiado por el terror de Aleydah.

—¡En la guzla!.... ¡entre las cuerdas hay un pergamino escrito! dijo con la voz trémula Aleydah.

Adofar levantó la guzla, se apoderó del pergamino y le leyó.

—¡Ah! dijo con alegría, ¡no son los malos génius los que nos han despertado! ¡es mi buena hada que me avisa que por esa puerta, que antes nos aterraba, puedo llegar hasta un tesoro. Toma la lámpara, Aleydah, tómala, y vamos á buscar ese tesoro.

—¡Un tesoro! dijo la niña.

Y pareció como que se la quitaba completamente el miedo.

Tomó la lámpara y entró con Adofar por la puerta secreta.

Poco despues, Zayda-Sobeydah y Al-Hahor que acechaban aún por los agujeros de la otra puerta secreta, vieron entrar en el retrete al rey y á la esclava.

Adofar se fué al monton que formaban las bolsas de cuero llenas de oro, abrió una examinando las monedas y exclamó con alegría:

—¡Oh! mis soldados tendrán oro: yo no dejaré de ser rey, y Toledo no se entregará al cristiano.

Y cargando con todas las bolsas que pudo, y haciendo cargar con las que podia á Aleydah, él y ella desaparecieron.

Entonces Al-Hahor y Zayda-Sobeydah viendo que aquel oro estaba ya en poder de Adofar, se separaron de la puerta, bajaron las escaleras, atravesaron la mina, salieron de los subterráneos y se encaminaron á los alcázares de Galiana, donde la dejó con su hermana y con su madre Al-Hahor, y se volvió al campamento.

CAPITULO X.

En que se vé el provecho que sacó Sayda-Llemal de su escursion subterránea.

I.

Volvamos á Sayda-Llemal y al walí Abuleyas, que miraban con asombro los arcones que habia dejado vacíos Al-Hahor.

—Inmenso, inmenso debe ser el tesoro de que es dueña Zayda-Sobeydah, dijo la sultana.

Y su recelo la llevó á temer que aquel tesoro fuese bastante á tentar la avaricia de Alfonso VI, á quien por espléndido y gastador, no habia tesoros que bastasen.

—Es necesario obrar, decia Sayda-Llemal, y obrar de una manera decisiva. Salgamos de aquí, Abuleyas, salgamos: sigamos adelante: subamos por esas escaleras, á cuyo pié hemos encontrado esta escavacion.

Y subió en dos saltos los peldaños de la pequeña escalera del lugar donde habia estado el tesoro.

Torció luego, subió por las escaleras que conducian á la torre, y llegó á la puerta secreta que Al-Hahor habia dejado cerrada.

Kaid-Abuleyas despues de largo espacio, durante el cual se desesperó Sayda-Llemal, encontró al fin el resorte, y la puerta se abrió.

Sayda-Llemal penetró ansiosa en la habitación.

Estaba desierta.

Adofar había cerrado la puerta secreta que comunicaba con el alcázar, y estaba tan disimulada entre los adornos, que no pudieron ni Sayda-Llemal ni Kaid-Abuleyas reparar en ella.

Sayda-Llemal recorrió las tres habitaciones que había en la torre.

Es decir, de la cámara pasó al tocador, y del tocador al dormitorio que tanto tiempo había ocupado Zayda-Sobeydah.

Sayda-Llemal sintió el olor, por decirlo así, de su rival.

Si se quiere, y para usar de una frase más poética, diremos que aspiró el perfume de Zayda-Sobeydah, que aún reinaba allí.

Pero vió también dos cosas que la abrasaron de celos y la helaron de terror el corazón á un tiempo mismo.

Era la una cosa, una de esas bolsas ricamente bordadas que en aquellos tiempos llevaban los grandes señores pendientes de la cintura, y que se llamaban limosneras.

Aquella limosnera estaba puesta sobre una pequeña mesa de muy poca altura, como lo son todas las mesas árabes, y delicadamente labrada en su tablero, con embutidos de nácar, ébano, marfil, oro, plata y cobre.

Aquella limosnera tenía bordadas las armas de Alfonso VI que tanto conocía Sayda-Llemal.

Esto es: una cruz de oro en fondo rojo.

Aquella limosnera era una prueba indudable de que Alfonso VI había estado allí, de que se la había dejado olvidada.

Esta limosnera era lo que había causado los celos de Sayda-Llemal.

Lo que había causado su terror y avivado además aquellos celos, era la carta que la noche anterior había escrito Zayda-Sobeydah para Alfonso VI, y que la sultana había dejado olvidada sobre la misma mesa en que había quedado la limosnera.

Sayda-Llemal había leído con toda su alma aquella carta que contenía lo siguiente:

«La desdichada sultana Zayda-Sobeydah, al amado de su alma, el noble, el hermoso, el bravo, el querido de Dios rey don Alfonso de Galicia.

»Dios te prospere y te dé tus alegrías y tus deseos.

»Yo vivo sin tí como la palma triste á quien han cortado su compañera, y que cuando se inclina, no ve la otra palma amante que inclina hácia ella sus curvas hojas y la envía su aliento de amor.

»¡Oh! ¡amado de mi alma! ¿por qué me dejas en la soledad de mi dolor, en la agonía de mis esperanzas, rodeada el alma de una noche lóbrega y sin fin?

»La luz de mi alma está en tus ojos, y en tu boca el aliento de mi pecho.

»Tus dulces palabras son la armonía del paraíso que me embriaga en puras delicias, y tus amores el fuego dulce, sin el cual mi sangre se hiela, y mi corazón deja de latir.

»¡Oh! ¡amado mío! ¿por qué huyes y te alejas, y no vuelves, cuando mi alma te llama con todo su amor, y con toda su voluntad?

»¿Acaso no te han dado hermoso fruto mis amores?

»¿Soy yo acaso la palmera estéril que brota entre las peñas del desierto, sentenciada á morir bajo los abrasadores rayos del sol, sin que otra palmera joven haya brotado á su pié?

»¿Has visto en mí, impureza ó mentira?

»¿Has visto en mí enojo contigo, ni quejas, ni solicitudes imposibles?

»Acaso porque te amo tanto mi amor te enfada.

»Acaso porque nada encuentras en mí que vencer, tu altivez me deja.

»O acaso me desprecias porque soy hija de una raza que no adora al Dios de tus abuelos.

»¡Oh! si esto es lo que de mí te separa, ven, Alfonso mío, alma de mi alma, fuego de mi vida.

»Ven: ¿por qué no he de adorar yo á tu Dios, si yo te amo? ¿y qué me importa que se levanten contra mí las irritadas sombras de mis padres, si tú eres el padre de mi hijo?

»¡Alfonso! ¡Alfonso! ¡yo seré cristiana por tí!

»¡Alfonso! si mañana como dices, repudias á tu sultana, y quieres ponerme en su lugar á tu lado, yo seré como hasta ahora tu esclava.

»Y escucha, Alfonso: yo puedo ayudarte.

»Tú eres un león bravo, pero necesitas oro para alimentar á los leones que van en pos de tu bandera.

»Yo tengo tesoros, Alfonso, grandes tesoros, que son tuyos como yo lo soy.

»Y si nada de esto bastase para que tus ojos me miren, mátame.

»Un solo golpe, y quedarás libre de esta desdichada, y yo habré encontrado el eterno descanso del sueño de la muerte.»

II.

No decia más la carta, y no sabemos si Zayda-Sobeydah la habia dado por concluida.

Pero decia lo bastante para que Sayda-Llemal se aterrara.

De aquella carta se desprendia que Alfonso VI andaba alejado de Zayda-Sobeydah.

Pero tambien estaba alejado de ella misma por una reaccion en favor de la reina, y sabia demasiado Sayda-Llemal que no se podia fiar mucho de los alejamientos de Alfonso VI, tratándose de mujeres tan hermosas como la sultana Zayda-Sobeydah.

Y luego, Alfonso habia tenido un hijo de la sultana.

La sultana ofrecia hacerse cristiana.

Le ofrecia además grandes tesoros.

Una circunstancia cualquiera podia hacer que Alfonso VI diera un paso decisivo en favor de Zayda-Sobeydah, un paso que no pudiera deshacerse sino por medio de un asesinato.

Sayda-Llemal se propuso impedir que llegasen las cosas á un punto tan extremo, porque la repugnaba la sangre, y su imaginacion harto fecunda, la dijo que podria inutilizar sin verter su sangre, á Zayda-Sobeydah.

III.

Las organizaciones enérgicas, cuando adoptan una resolucion, se quedan tranquilas.

Sayda-Llemal metió la carta de Zayda-Sobeydah en la escarcela ó limosnera del rey, y como iba vestida de hombre, se colgó aquella limosnera en la cintura.

Luego continuó examinando á sangre fria aquellas tres habitaciones.

Nada habia que perteneciese particularmente á la sultana Zayda-Sobeydah, más que algunas ropas y algunos perfumes, que habia abandonado.

Por lo demás, ninguna comunicacion halló, ninguna escalera en aquellas habitaciones, más que la puerta por donde habia entrado.

Esto demostraba que Zayda-Sobeydah habia vivido allí enteramente á disposicion de Alfonso VI, que podia verla por la mina de las ruinas.

Para Sayda-Llemal, aquella torre no habia servido más que para esto á Zayda-Sobeydah.

Pero á ella podia servirle para mucho más.

Sayda-Llemal habia abierto tres celosías de los ajimeces, que correspondian á los cuatro lados de la torre, y al pié de ella solo habia visto una calle estrecha y desierta.

Habia visto tambien que aquella torre estaba en lo más alto y en medio de Toledo.

—Por aquí, por esa mina y por esos ajimeces, no puede entrar en Toledo un ejército; seria resistido, y pocos hombres bastarian para impedir la entrada; pero pueden entrar algunos bravos servidores, y con ellos mi tesoro: á veces el oro puede más que el hierro: mi visita aquí no será infructuosa.

Toledo no tardará en ser mio, pero Alfonso VI habrá de ser mi esposo para ser rey de Toledo.

¡Oh! ¡y lo será! lo juro á Dios y mi trono.

Y acordándose de que á la media noche debia recibir á Alfonso VI, se apresuró á salir de la torre por la mina.

Al salir dejaron la puerta cerrada, y la habitacion que habia ocupado Zayda-Sobeydah, quedó desierta, sombría y oscura.

IV.

Una hora despues, Sayda-Llemal fuera ya de las ruinas, estaba en el campamento á la puerta de la tienda de Inés de Poitiers.

Poco antes habia cantado como un trovador una cancion, acompañándose de su laud.

La reina no dormia.

Para quedarse sola con su pensamiento, para que cesasen de estar á su lado las infantas doña Urraca y doña Elvira, habia fingido que reposaba.

Pero en el momento en que se vió sola se levantó.

Parecia que el lecho la rechazaba.

Habia vuelto la ardorosa vaguedad de su pensamiento.

Su locura en una palabra.

Pero una locura estensa, que solo se demostraba en su profunda melancolia, en el ardor febril de sus ojos, en sus miradas vagas, errantes, como en busca de un objeto que no encontraba.

La reina habia acabado por ver en el fondo de su pensamiento un doble ser.

Un ser á quien amaba, á quien aborrecia, del que pretendia huir sin poder, al que pretendia acercarse sin lograrle nunca.

Aquel ser, por una aberracion hija de la locura de la reina, tenia á un mismo tiempo el rostro, la apariencia, la vida de la hija del sultan de las Andalucias y de don Gaston de Ulloa.

Estos dos seres vivian siempre de una manera fantástica en el corazon y en el pensamiento de la reina.

Los dos tenian para ella una terrible influencia.

Amaba al rey y le odiaba como se ódia á un lazo que no se puede romper.

Amaba á don Gaston y le odiaba á un tiempo, por lo que el alma de don Gaston dominaba la suya, y por la tendencia de aquel amor que sentia sin querer sentirle, y que no podia vencer.

Para Sayda Llemal, sin creer nunca que ella y don Gaston fuesen una misma persona, solo tenia ódio y celos.

Pero un ódio y unos celos á muerte.

Sayda-Llemal la habia hecho volver á su locura aquella mañana, dejándola ver á un tiempo á su enemiga y á su fantasma.

Esto es, al hombre á quien creia muerto para todos y vivo solo para ella.

A don Gaston de Ulloa.

V.

Cuando Sayda-Llemal cantó acompañada de su laud, la reina que velaba, habia reconocido con un estremecimiento producido al par por el terror, el amor y el ódio, á don Gaston de Ulloa.

Se lanzó á la puerta de la tienda.

Sayda-Llemal habia entablado conversacion con la guardia.

—Yo soy, les habia dicho, un trovador que vengo de la Provenza, que paso por esta tierra sin poder detenerme, y que quisiera ver á la señora reina doña Inés: he cantado para que si le gusta y desea oír más, me llame.

—¡Entrad! dijo arrostrando por todo la reina, que al salir á la puerta de la tienda habia oido las últimas palabras de Sayda-Llemal.

Los caballeros que daban la guardia á la puerta de la tienda, no se atrevieron á oponerse ni á hacer la más leve observacion.

Sayda-Llemal entró.

La reina le recibia á solas y á media noche.

Los caballeros de la guardia se quedaron murmurando.

Uno de ellos dijo:

—No hay que hablar de esto: su señoría la reina ha perdido completamente el juicio, y el rey nuestro señor hará muy bien en separarse de ella y en tomar otra mujer, porque la locura de la reina es de las que no tienen cura, ni convienen al marido más pacífico. ¿Pero quién se lo dice al rey?

—Ojos tiene su señoría, dijo otro de los nobles, y pues el rey no obra, es que no ve ó que no quiere ver: dejemos estar lo que no nos importa, y allá se las hayan sus mercedes la reina y el rey: yo por mí, como mi nobleza no me permite estar aquí, me marcho.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo, dijeron todos.

—¿Y quién se queda de guardia?

—Avisad á los camareros, que como gente de cámara gastan mangas anchas y largas.

Y en efecto, todos aquellos hidalgos llamaron á los camareros, les dijeron por qué se iban, y los camareros encojiéndose de hombros dejaron ir á los quisquillosos nobles y se quedaron guardando la tienda.

Con esto, es decir, con el escándalo, habia contado Sayda-Llemal.

VI.

Entretanto estaban frente á frente en el interior de la tienda, la reina y Sayda-Llemal.

Digamos á qué habia ido especialmente la sultana á la tienda de Inés de Poitiers.

Se habia propuesto rescatar sus brazaletes.

Aquellos magníficos brazaletes, que el rey habia dado á su esposa para que se adornase con ellos, pues como esposa de Alfonso VI iba á recibir á la hija del sultan de Andalucía, su amigo y aliado.

Habia sido aquella una de esas ofensas que jamás perdona una mujer, y mucho menos una mujer que valia tanto, y que era tan enérgica como Sayda-Llemal.

La sultana habia sentido una terrible necesidad de venganza, y para vengarse habia empezado por comprometer la honra de la reina, presentándose de noche, tarde ya, á la puerta de su tienda, segura de que, cuando la reina la oyese, loca, desahuciada, ansiosa, la haria entrar sin reparar en nada.

VII.

Sayda-Llemal no se había engañado.

Así había sucedido.

Estaba sola y sin que nadie pudiera inquietarla con Inés de Poitiers.

Y si alguien avisaba al rey, ¿qué la importaba?

Así la escena sería completa, magnífica.

Sayda-Llemal podía decirse que en aquellos momentos estaba tan loca como la reina, y dispuesta á todo lo que sobreviniese, por terrible que pudiera ser.

VIII.

—¿A qué venis aquí? dijo la reina: ¿para qué me buscais?

—Me traeis hácia vos mi destino, dijo roncamente Sayda-Llemal.

—Yo no sé, dijo la reina, quien sois.

—Vuestro amor y vuestro recuerdo, señora, dijo sombríamente Sayda-Llemal.

Y miraba de una manera terrible los brazaletes que aún llevaba sobre sí la reina, de los que, por un instinto de celos no se había dejado despojar.

—Vos sois un demonio, dijo la reina.

—Y sin embargo, temblais de amor delante de mí y os estremecéis, y no sabéis si estais soñando ó despierta, y si yo soy una fantasma ó un sér vivo: ¿os acordais de la gruta de la selva de Arlanza?

—¡Ah! ¡yo no sé quien sois vos! dijo la reina palideciendo mortalmente.

—Tocad y ved, dijo Sayda-Llemal.

Y se acercó á la reina.

La reina retrocedió.

Sayda-Llemal adelantó hácia ella, y la abrazó.

La reina lanzó un grito.

—¡Callad! dijo Sayda-Llemal, callad, porque si acuden cree-

rán que hay aquí con vos á solas un hombre en medio de la noche.

—¡Apartad!

—No: tú me amas.... ¡oh! ¡sí! ¡sí! ¡tú me amas y eres esposa de Alfonso, de mi valiente, de mi noble Alfonso, de mi amor, de mi vida: tú eres una miserable, una mujer impura.

Sayda-Llemal habia pronunciado estas palabras con su voz de mujer.

La reina dió un grito y pretendió desasirse de Sayda-Llemal.

—¡Calla! ¡Calla! ¡las hermanas del rey están cerca, y es necesario que no nos escuchen! ¡debemos entendernos las dos solas!

Y la voz de Sayda-Llemal era concentrada, sorda, opaca, sombría.

—¡Oh! ¡tú no eres don Gaston! dijo la reina mirando con extravío á la sultana.

—No: yo soy Sayda-Llemal, la hija del sultan de Andalucía.

—¡Oh sultana! ¡sultana! exclamó doña Inés pugnando en vano por arrancarse de los brazos de Sayda-Llemal.

—Sí, sí, te soltaré cuando haya cobrado prendas que son mias: prendas que te ha dado Alfonso, y con las que te has presentado á mí esta mañana, cristiana, escitando mis celos y mi venganza.

Y arrancó á la reina los brazaletes.

Cuando los tuvo, lanzó de sí á la reina, que cayó de rodillas por el impulso de Sayda-Llemal.

Pero no se levantó.

Permaneció arrodillada.

—¿Qué te he hecho yo, dijo levantando la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, para que así me hayas destrozado el alma?

—¡Qué me has hecho! ¿pues no eres esposa de Alfonso? dijo Sayda-Llemal, guardando los brazaletes en la limosnera del rey.

—¡Su esposa! dijo con vaguedad doña Inés; y luego, levantándose con energía, como quien despierta de un sueño, dijo con altivez: es verdad: ¡yo soy la reina!

—¡La reina adúltera!

—¡Mentira! tú has sido un fantasma, un sueño.

—Un sueño que has creído verdad: una mentira que has amado, que amas todavía.

—¡Ah! ¡el infierno está contigo!

—No, oye: Alfonso no sabía ni aun siquiera que tú existías, cuando ya me amaba: Alfonso había ya ido conmigo ante el altar del Crucificado: Alfonso es mi esposo.

—¡Tu esposo!

—¡Qué importa que la bendición del sacerdote no cayera sobre nosotros! aquello fué cosa de un momento más.

—Pero un hombre y una mujer no son esposos, sino cuando los une la bendición de un sacerdote: y tú.... tú llamas esposo á Alfonso, tú has sido suya.

—¡No!

—¡No! ¿y por qué le buscas si no te debe tu honra?

—Me debe más que la honra, porque me debe el alma: porque le amo.

—Yo también: ¿qué importa que encubierta con una falsa apariencia, valiéndote de tu astucia de mujer, me hayas hecho creer que yo amaba á esa mentira... esa mentira ha desaparecido, y yo no tengo amor, ni alma, ni deseo, más que para él: tú me has hechizado con esas malditas artes que conocen los árabes; pero tú misma has deshecho el hechizo.

—Tú amas ese sueño: estás oyendo mi voz de mujer: sabes que el oscuro color de mi semblante es efecto de un jugo de yerbas que le tiñe; estás viendo mis largos cabellos de mujer que se han soltado en mi lucha contigo, y aún tus ojos buscan fascinados mis ojos: aún ves en mí á don Gaston, y crece tu locura aumentada por tu desesperación, al ver que don Gaston no existe: ¡Ah! tú estás vencida por mí. Alfonso te repudiará y será mi esposo.

—No, no: Alfonso me ama... anoche...

—Se engañaba y te engañaba... era que yo no estaba á su lado... pero hoy... hoy al verme ha enloquecido... lo ha olvidado todo... vive solo para mí... y le espero esta noche.

—¡Ah! ¡no! ¡yo lo impediré!

—¡Tú! tú te has deshonrado ante los tuyos.

—¡Que yo me he deshonrado!

—Si: tus nobles han visto que un hombre, porque tal me han creído, ha entrado en tu tienda.

—¡Oh Dios mio! ¡pero no! ¡no! yo los llamaré, yo les diré, ese que creéis hombre no lo es... es una mujer, es la hija del sultán de Andalucía, disfrazada de hombre.

Y la reina gritaba.

Sayda-Llemal se dirigió á la puerta de la tienda para salir.

Entonces la reina gritó.

—¡A mí, caballeros! ¡á mí, á la reina!

IX.

Sayda-Llemal rompió entonces por la abertura de la tienda, y luego rompió por medio de los camareros, espada en mano.

Aquellos servidores eran gente blanda que no servía para un combate.

Si hubieran permanecido los nobles dando la guardia á la tienda, Sayda-Llemal hubiera sido presa.

Esto hubiera producido un escándalo.

Pero completamente distinto del que produjo la desaparición de Sayda-Llemal.

La pobre reina estaba loca.

—¡Era ella, decía, ella la miserable! ¡me ha robado! me ha injuriado! es la hija del rey de Andalucía! ¡buscadla! ¡buscadla! ¡llamad al rey mi señor!

Los camareros no entendían una palabra de todo aquello: habían visto salir de la tienda de la reina á un hombre llevando un laud en una mano, en la otra mano una espada desnuda. La reina hablaba de una mujer, y no veían á aquella mujer.

Al cabo, aparecieron las infantas, despidieron á los camareros, y se quedaron solas con la reina loca.

X.

Era ya cerca de la media noche.

Alfonso VI no había olvidado su cita con Sayda-Llemal, y esperaba con impaciencia que llegase la hora.

Llegó en fin.

Alfonso VI se envolvió en un tabardo oscuro, se caló el capuz y se encaminó al campamento de Aben-Abed.

Antes de llegar á él, salió de entre unos árboles un hombre y le dijo:

—¿A dónde vais?

—Al campo del rey Aben-Abed, contestó Alfonso VI.

—¿Os espera una mujer?

—Sí.

—¿Sois el rey?

—¿Quién sois vos?

—El capitán del escuadrón cristiano que sirve á la sultana doña Isabel.

—¡Yo soy el rey!

—Conozco vuestra voz, pero quisiera me dejárais ver el rostro á la luz de la luna.

—Mira, dijo el rey descubriéndose un momento, y volviendo á cubrirse.

—Sígame vuestra señoría, dijo Ferran.

XI.

Y guiando al rey, y dando una seña á los guardas árabes donde quiera que le detenian, le llevó á la tienda de Sayda-Llemal.

La sultana estaba sola, reclinada en un ancho diván.

Se había quitado el traje de hombre, cambiándolo por un sencillo y bellissimo traje de doncella rica beduina.

Se había lavado y había aparecido la nítida blancura de su piel.

Sus ojos poderosos, sus largas pestañas, sus pobladas cejas, sus cabellos ondulantes, partidos en dos anchas y largas trenzas, que caían por delante de su pecho, contrastaban magníficamente su negro é intenso color, con la blancura de su piel y con la túnica de cachemir que vestía.

No tenía sobre sí más joyas que unos sencillos aros de oro macizo en los brazos y en los piés.

Y sin embargo, Sayda-Llemal resplandecía, pero con ese resplandor de la hermosura, que hace que en algunas situaciones veamos á una mujer como transfigurada, como divinizada.

Una hermosa y brillante lámpara, pendiente del centro de la tienda, que era magnífica, de cachemir blanca y bordada de oro y sedas de colores, iluminaba á Sayda-Llemal y dejaba ver junto al divan donde la jóven estaba reclinada, una mesa redonda en la que habia apilada en columnas unidas las unas á las otras, una gran cantidad de monedas de oro.

Habia además en aquella mesa una limosnera abultada, sobre la cual se veia bordada una cruz de oro sobre fondo rojo.

—Te esperaba con impaciencia, Alfonso, dijo Sayda-Llemal con voz breve y acentuada, de una manera seca.

—Y yo me he desesperado, porque tardaba la hora de venir á verte, Isabel.

—Eres un amator muy afortunado, dijo Sayda-Llemal.

—¡Oh, sí! tu amor es mi gloria, dijo el rey.

—Y el de Zayda-Sobeydah tu paraíso, y el de Inés de Poitiers tu infierno, dijo rápidamente Sayda-Llemal.

—¿A qué nombrar esas dos mujeres cuando vengo á verte enamorado?

—Díme, Alfonso: ¿cuántos amores te caben en el corazón? Ya veo, que en vez de hacerme yo cristiana, has debido hacerme tú musulman: así podrias tener sin escándalo y sin remordimiento, cuatro esposas y un número infinito de hermosas esclavas; pero, ¿por qué siendo cristiano tienes tres amores, cuando debias tener uno solo?

El rey frunció el entrecejo.

La manera fria y sarcástica con que le hablaba Sayda-Llemal, le contrariaba.

—¿A qué me has llamado si pensabas hablarme así?

—Observo que no has contestado á mi pregunta: ¿por qué tienes tres amores, Alfonso?

—¡Devaneos!

—¿Devaneo es amar á tu esposa, devaneo tu amor á Zayda-Sobeydah, que te ha dado un hijo?

—¡Fatalidad!

—¿Y qué puedo yo esperar de tí, que no soy tu esposa ni te he dado hijos?

—¡Tú, Isabel, eres mi alma!

—¿Y por qué no te quedas solo con tu alma?

—La reina está apartada de mí: hace mucho tiempo que no veo á Zayda-Sobeydah.

—Sin embargo, tu reina está loca, y tu sultana Zayda-Sobeydah desesperada.

—Con Inés de Poitiers me enlazó contra mi voluntad, mi condicion de rey: mis amores con la sobrina de Al-Mamun, han sido obra del destino.

—¡Pero las amas!

—No: lo que siento por ellas no es lo que siento por tí.

—¿Conoces esa prenda? dijo la sultana señalando la escarcela que estaba sobre la mesa.

—¡Ah! dijo el rey reconociendo la escarcela y recordando que la habia dejado olvidada en las habitaciones de Zayda-Sobeydah: ¿cómo ha venido á tu poder esa prenda?

—Yo tengo algo de maga, de hechicera, dijo sonriendo con amargura Sayda-Llemal. Pero toma esa escarcela, tómala, Alfonso, y mira lo que hay dentro de ella.

El rey, trémulo y dominado por la situacion tomó la escarcela y la abrió.

—¡Tus brazaletes! exclamó el rey sacándolos de la escarcela.

—Sí: mis brazaletes que llevaba puestos esta mañana tu reina, dijo Sayda-Llemal: los he rescatado, Alfonso.

—¡Has visto á Inés!

—Sí: y allá la he dejado loca: loca de amor y de despecho, porque sabe, sin que la pueda quedar duda, que su don Gaston soy yo.

—¡Ah! eres mi enemiga, Isabel.

—No: soy una mujer que te ama, que tiene interés por tí, que te conquista con la misma tenacidad con que tú conquistas á Toledo, y que aparta de su paso los obstáculos de la manera que puede.

—Pero eso empeño tuyo manchá tu honra.

—Repudia á una mujer que no te ama; envíala con su padre: quédate libre; en el punto á que han llegado las cosas, no puedes ni debes obrar de otro modo.

—Y bien, ¿y si mi divorcio de nada te sirve? ¿y si cuando yo pueda libremente tomar otra esposa, no eres tú la que yo elija?

—¡Oh! estás demasiado empeñado, Alfonso: te amo yo demasiado para que no seas mio: acuérdate además de tu horóscopo: tú no serás rey de Toledo hasta que seas mi esposo.

—Juegas á tu voluntad conmigo, como el viento juega con una pluma, Isabel, dijo rindiéndose á discrecion el rey.

—¡Oh! pero me lastimo, me veo obligada á hacer cosas muy terribles, y yo no tengo mal corazon, Alfonso: tú me obligas á hacer lo malo que hago: lee, lee una carta que encontrarás dentro de la escarcela, y extremécete.

El rey metió de nuevo la mano en la escarcela, encontró la carta de Zayda-Sobeydah, y la sacó.

La acercó á la lámpara y se puso á leerla.

XII.

Sayda-Llemal observaba el semblante del rey mientras leía, de una manera intensa.

Sus negros ojos abarcaban en una mirada penetrante, la mirada del rey.

Vió que á medida que Alfonso VI leía, se conocía que en sus ojos aparecían lágrimas, que sufría, que gozaba, sin poder disimular ni su placer ni su sufrimiento.

—¡La ama! murmuró sombríamente Sayda-Llemal: ¡no, no hay hombre que no ame á la madre de sus hijos!

Y el pensamiento de Sayda-Llemal se ennegreció.

—¿Qué has hecho de esa desdichada? dijo el rey demudado el semblante.

—¡Yo! yo no la he visto.

—¿Cómo tienes en tu poder esta escarcela y esta carta?

—Las he encontrado en las habitaciones de esa mujer, dentro de Toledo: pero ella no estaba allí: ¿quizás sabes dónde está?

—Me haces temblar.

—¡Ah! ¡no! ¡no tiembles! mi amor por tí no derramará una sola gota de sangre: la sobrina del rey Al-Mamun está muy cerca de tí, bajo tu amparo, en los alcázares de la infanta Galiana.

—¿Y cómo has sabido?...

—Yo tengo buenos servidores, yo sé todo lo que pasa alrededor mio.

—¿Y has penetrado en Toledo?

—Sí, por una mina que tú conoces muy bien.

—¡Oh! te tengo miedo, Isabel: tú has turbado la paz de mi familia, y no he podido aborrecerte: te has apoderado de mis secretos, y en vano quiero irritarme contigo: en vano pretendo librarme de la tiranía de tu amor.

—No te comprendo, Alfonso: yo creí que no podía amarse más que á un solo sér.

—Y yo no tengo más que un amor.

—¿Y cómo he de llamar á lo que sientes por esas otras dos mujeres?

—No lo sé; pero si ellas me hubieran suscitado las dificultades tuyas, si ellas como tú me hubieran combatido, yo las aborrecería, y á tí no puedo aborrecerte: nunca el pensamiento de tu amor, el recuerdo de tu sér entero, se aparta de mí, y nunca, nunca deja de parecerme un imposible.

—¡Ah! lo que sientes por mí es empeño.

—No: es amor: te veo y lo olvido todo: mi alma abrasada se refresca con la dulce armonía de tu hermosura: veo mi alma, mi vida, mi esperanza en tu mirada: gozo un placer divino contemplándote, y soy todo tuyo: ¿no es esto amar?

—¿Y por qué, dime, yo solo á tí te amo, solo en tí pienso, y tú amas á otras, Alfonso?

—Envuélveme en tú magia, defiéndeme de mi enemigo, satisface con tu amor y con tu hermosura, la sed de mi corazón y de mi alma; hazme olvidar entre el delirio de mi pasión, mis remordimientos; sé mia.

—Cuando Inés de Poitiers haya dejado de ser tu esposa; cuando Zayda-Sobeydah haya dejado de ser tu manceba.

—¡Siempre la desesperacion! ¡siempre la lucha!

—Has nacido para luchar y para desesperarte: eres rey: yo he nacido para envilecerme, Alfonso: yo me he hecho cristiana para poder ser tu esposa: yo he sufrido por tí cuanto puede sufrirse: yo he estado á punto de caer deshonrada en tus brazos sin voluntad ni defensa, por una traicion tuya. Acuérdate de aquella agua con beleño que encontré en aquel retrete de Tordesillas: acuérdate de aquella puerta secreta por donde apareciste de repente ante mí: la providencia de Dios me salvó por aquel momento; pero tuve miedo de tí: mi padre estaba en tu poder, no tenia quien me defendiese: huí, y me ví obligada á disfrazarme: ví que mi disfraz era perfecto, y celosa, enamorada y ofendida, quise estar á tu lado, y fui: tan bueno era mi disfraz, que tú mismo no me conociste: conocí á la reina, y la reina ofendida de tí no pudo resistir á mi seduccion: yo la aborrecía y la aborrezco, porque aunque sin culpa, ocupa á tu lado, un lugar, que si me hubieras amado más ó hubieras sido menos débil con tus vasallos, ocuparia yo: la reina se engañó, me creyó hombre como tú, y no pudo resistir á mi seduccion: amó á un fantasma, y este amor la ha vuelto loca y ha arrojado sobre tí una deshonra falsa, pero cuya falsedad no puede descubrirse. Inés de Poitiers no puede continuar siendo tu esposa: en cuanto á Zayda-Sobeydah, yo haré que no continúe siendo tu manecba: yo haré que no sea tu esposa: llegará un dia en que cuando mires en derredor tuyo solo me veas á mí. Esto es amar, Alfonso: esto es sacrificarlo todo por un hombre: religion, padres, familia, dignidad, hasta la conciencia. Y si apesar de todo, no me amases tanto que me hicieses tu esposa, ¡oh! yo no se lo que haria, pero pediria á Dios que trocara el amor que te tengo en aborrecimiento para vengarme de tí, para pedirte una terrible cuenta de mi desesperacion, y de todo lo que por tí he perdido. ¡Alfonso! ¡Alfonso! el destino nos ha unido al nacer, y en vano es cuanto los sucesos hagan para separarnos: nuestro destino lo romperá todo.

—Y entonces, ¿por qué no estrechar la distancia que nos separa?

--Lo que nos separa son esas dos mujeres; apártalas de tí.

—¡La reina!... la desdichada está separada ya de mí por su locura. No tardarán en llegar los enviados de su padre... y el divorcio... no puede tardar mucho. Pero mi hijo...

—Un hijo bastardo á quien se tiene lejos.

—Zayda-Sobeydah ha sido mia contra su voluntad, y mi conciencia....

—Esa ha sido una desgracia para ella.

—Si tú tuvieses compasion de mí, si envolvieses en mi felicidad mis remordimientos....

—Pártelos conmigo y sufre como sufro yo.

—Eres incontrastable.

—Soy lo que debo ser, y seguiré siéndolo: por tí todo, todo menos mi dignidad: no quiero avergonzarme de mí misma, ni que tú mañana te avergüences del pasado de tu esposa: es mi resolucion irrevocable: para manifestártela te he llamado: ya lo sabes: déjame sola: devuélveme esos brazaletes, esas prendas mias que no quiero ver en poder de otra, y llévate ese oro para pagar al judío Dathan Simuel que compró esos brazaletes.

—¡Isabel! ¿por qué ese desprecio continuo? ¿por qué esa equivocacion eterna acerca de mis intereses? Ese judío está completamente satisfecho: toma, y guarda tu oro.

Y Alfonso VI puso sobre la mesa los brazaletes.

—Guarda tambien en memoria mia mi escarcela, añadió el rey poniéndola sobre la mesa.

—¿Y la carta de Zayda-Sobeydah? dijo con voz trémula Sayda-Llemal.

—Mira, dijo el rey.

Y se acercó á la lámpara en ademan de quemar la carta.

—¡Ah! ¡no! dijo Sayda-Llemal saltando del divan y arrebatando la carta al rey: séparate de ella, pero no quemes su corazon.

Y guardó la carta de Zayda-Sobeydah en su seno.

—Déjame sola, dijo al rey: necesito de la soledad y del silencio.

—¿Y no volveremos á vernos?

—Sí, delante de todo el mundo, á la luz del sol, como amigos y aliados: ¡Ferran! ¡Ferran!

Ferran apareció en la puerta de la tienda.

—Guia á su señoría hasta su campo, le dijo la sultana.

El rey se acercó á Sayda-Llemal, la tomó una mano y se la besó.

Luego salió.

Cuando se hubieron perdido en silencio los pasos del rey, Sayda-Llemal se puso la mano sobre el corazon y exclamó:

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡cuánto me cuesta mi amor!

CAPITULO XI.

En que se relatan varios y curiosos sucesos de esta verídica historia.

I.

Al día siguiente la infanta doña Urraca tuvo una seria entrevista con su hermano.

Convino en que la locura de la reina era cosa sin remedio, y se determinó que para quitar á la reina de la publicidad de un campamento, se trasladase con las dos infantas á Tordesillas, en cuyo alcázar viviria oculta.

Doña Urraca comprendió que su hermano no tenia parte alguna en la dolencia de la reina, y se separaron amistosamente.

Aquella tarde, la reina sin separarse del rey partió con sus dos cuñadas y un fuerte acompañamiento de hombres de armas á Tordesillas.

El rey no volvió á ver más á la pobre Inés de Poitiers.

II.

El rey escribió inmediatamente á Sayda-Llemal, dándole parte de la marcha de la reina.

Sayda-Llemal le respondió lacónicamente, que sentia mucho la desgracia de aquella señora.

El rey no logró ver á solas, por más que lo solicitó, á Sayda-Llemal.

III.

Pero continuamente la enviaba cartas desesperadas que Zayda-Sobeydah le escribía desde el alcázar de Galiana.

Cinco fueron aquellas en cinco días consecutivos.

Pero al sexto día, aunque el rey recibió una carta de Zayda-Sobeydah, no la envió á Sayda-Llemal.

Esto consistió en que aquella carta solo contenía la siguiente terrible línea:

«Alfonso, ven: me han robado nuestro hijo.»

Esta brevísima carta la había recibido el rey muy tarde: quien se la había llevado no era Al-Hahor, sino un esclavo negro y terrible.

Aquel esclavo era Al-Morax.

El africano que en el bosque de Guadamar había preso al walf del sultan de Marruecos Al-Japhar:

—Señor, dijo al entregar la carta de Zayda-Sobeydah á Alfonso VI: el alcázar de Galiana acaba de ser acometido.

El rey que había leído de una sola ojeada la carta de Zayda-Sobeydah, miró terrible y profundamente á Al-Morax.

—¿Qué dices de haber sido acometido el alcázar de Galiana?

—Dormíamos, señor, cuando los guardas del jardín por la parte del rio, dieron la señal de alarma: el infortunado walf Al-Hahor acudió el primero, y ha sido muerto.

—¡Muerto!

—Sí.

—¿Y tú no has visto á los acometedores?

—Sí señor, dijo Al-Morax: tanto los he visto, que he sido herido por ellos.

Y levantándose el esclavo la ancha manga de su blanco caftan interior, dejó ver al rey su membrudo brazo derecho envuelto por un paño sangriento.

—¿Pero quiénes eran? ¿quiénes? dijo el rey: tú los has visto y debes haberlos conocido, ó saber por lo menos si eran árabes ó cristianos.

—Solo puedo decirte, señor, que eran hombres.

—¡Pero su traje!

—Un traje extraño que no era de árabe ni de cristiano: iban envueltos en mantos pardos con los capuces calados: solo se les veía el brazo en que tenían la espada ó la pica.

—¿Y no ha muerto ninguno de esos hombres?

—No señor: eran muchos, y los que habíamos á la defensa pocos: de los nuestros, que acudieron todos, acometidos por fuerzas infinitamente mayores, han sido muertos ó heridos: los enemigos han escapado, pero se han llevado consigo al infante Ismail.

—¡Dios de Dios! exclamó el rey: ¿y por dónde se han ido esos villanos?

—Por el rio, señor.

—¡Peranzules! ¡Galindo! ¡Perez! gritó el rey á la puerta de la tienda.

Peranzules que mandaba aquella noche la guardia de la tienda del rey, acudió al momento.

—¡A caballo, Peranzules, á caballo! dijo el rey: que la mitad de mis escuadrones cabalguen, y á la carrera vadeen el rio por arriba y por abajo, que lleve cada caballero un infante á la grupa, que se corra, que se registre todo hácia el otro lado del rio, por arriba y por abajo, hasta encontrar unos hombres que lleven ropones pardos, y arrastran consigo un niño árabe: al momento, Peranzules.

Y Peranzules para no perder ni un segundo, salió á escape de la tienda sin responder una sola palabra.

Instantáneamente se oyeron las trompas del campo del rey, como si dijéramos del cuartel general, que tocaban á cabalgar.

Entretanto, el rey se vestía apresuradamente.

Al-Morax permanecía inmóvil y sombrío.

Los condes Juan Galindo y Diego Perez, y algun otro, acudieron soñolientos.

—Mi arnés y mi caballo, y mis hombres de armas y mis ballesteros conmigo: aprisa, aprisa.

Juan Galindo armó en un momento al rey.

Cuando estuvo armado, Alfonso VI salió de la tienda, dejan-

do en ella como olvidado á Al-Morax, saltó en su caballo, que le tenia fuera un escudero, y picó.

Siguióle un escuadron que acababa de cabalgar, y que haciendo crugir sus armas con la carrera de los caballos, adelantó atravesando el campamento, hácia la Huerta del Rey y los jardines de Galiana, con el estruendo de la tempestad.

Al-Morax salió, cabalgó de un salto en un caballo negro, le soltó la brida, y partió como un rayo, en direccion tambien á los alcázares de Galiana.

IV.

El esclavo no se detenia ni ante las guardias ni ante las zanjas de los campamentos, ni ante las estacadas.

Los guardias del campo veian pasar como una exhalacion un ginete blanco sobre un caballo negro, y cuando pensaban en detenerle, ya el corcel habia salvado zanjas, estacadas, parapetos, y habia desaparecido.

Al-Morax, pues, llegó mucho antes que el rey á los jardines de Galiana.

Saltó del caballo, entró, y recorrió las habitaciones de la parte del palacio que ocupaba Zayda-Sobeydah.

La halló desesperada, loca.

—¡Mi hijo! exclamó al verle: ¿me traes á mi hijo?

—El señor rey don Alfonso viene tras mí.

—¡Pero lo que yo quiero es mi hijo!

—El rey le buscará: ¿no oyes?

La sullana escuchó con esa atencion maquinal de los locos durante un momento.

Sonaba allá á lo lejos gran estruendo de trompetas y de atabales.

Todos los campamentos cristianos que sitiaban á Toledo, habian tocado á cabalgar, repitiendo aquel toque que se habia oido por el campo real.

El Cid y todos los capitanes, no sabiendo lo que era aquello y viendo á Toledo tranquilo sin señal alguna de rebato, acudieron á la tienda del rey.

Pero no le encontraron.

Vieron, sí, que uno y otro escuadron del campo del rey marchaban hácia la parte del rio.

—Debe ser, decian algunos, el rey de Valencia, que repuesto de su última derrota, viene contra nosotros.

—No, porque el rey no ha dado orden alguna, replicaban.

—¿Qué será, pues?

—Sobre las armas, dijo el Cid, y á caballo; y sea lo que fuere, ello sonará.

Las taifas de Aben-Abed habian cabalgado tambien, y el sultan de Andalucía habia saltado de su lecho.

Solo Sayda-Llemal no se movió del suyo, sino un solo momento en que se incorporó para recibir á un árabe que entraba.

—Y bien, ¿qué hay, Abuleyas? preguntó á aquel hombre.

—Por más que haga el rey Alfonso, contestó Kaid-Abuleyas, no encontrará ya al infante Ismail. Además, el walí Al-Habor ha muerto.

—Dios haya tenido misericordia de él; ¿y el walí Al-Japhar?

—Preso y á buen recaudo.

—Bien, dijo Sayda-Llemal arrojando á Kaid-Abuleyas un bolsillo lleno de oro: toma y vete.

V.

Cuando Alfonso VI llegó á los jardines de Galiana y penetró en el alcázar, le encontró en el mayor desórden.

En el jardin, por la parte del rio, habia algunos hombres muertos, y en las habitaciones inmediatas, los que estaban menos heridos, socorrian á los que lo estaban más gravemente.

Por lo demás, ningun otro trastorno se notaba en el alcázar: los muebles estaban en su lugar: nada habia sido roto, nada habia sido robado, á pesar de que en las habitaciones principales habia objetos preciosos.

Al entrar en la habitacion donde estaba Zayda-Sobeydah, la desdichada se arrojó á él.

—¡Dame mi hijo! exclamó.

—Mis soldados le buscan, contestó el rey; le buscan y le encontrarán.

—¡Pero no le han encontrado todavía y mi hijo puede haber sido muerto: vé, búscale tú!...

—Es inútil; mis soldados me llevan una gran delantera: pero ¿cómo ha sucedido esto?

—¡Han entrado de repente... unos hombres... me le han arrebatado de entre mis brazos, y yo... gritaba... gritaba... pero no despertaban mis esclavos... se llevaban mi hijo, y á mí, á mí... en vez de llevarme consigo, me sujetaron, me encerraron... luego oí ruido de armas, despues nada... más tarde golpes terribles á la puerta del aposento en que estaba encerrada, hasta que la puerta cedió y se abrió. Era el fiel Al-Morax que habia oído mis gritos y acudia... herido, ensangrentado... Al-Hahor, mi valiente y buen Al-Hahor ha sido muerto... muertos gran parte de mis leales servidores... yo... te escribí... y envié á Al-Morax con la carta... no sé nada más, no sé más sino que estoy loca, desesperada!

—Recóbrate, ten valor, dijo el rey: tu hijo parecerá.

—¡Que tenga valor y le han arrancado de mis brazos!... y tú no te desesperas como yo... y no vuelas á buscarle... ¡Ah! ¡sí! ¡insensata, que no lo habia sospechado!...

Y la sultana, dejando por la primera vez de ser dulce y tímida, miró á Alfonso VI con la fiera de una pantera hambrienta.

—¿Qué dices? exclamó el rey: ¿qué es lo que te atreves á pensar?

—¡Oh! ¡sí! dijo Zayda Sobeydah: te he escrito cien veces dejándote ver mi alma desgarrada... y no has tenido compasion de mí... no me amas... no has venido...

El rey no supo qué contestar, y vaciló.

—Mis deberes de rey... mis cuidados... dijo.

—Tus deberes y tus cuidados de rey no han debido hacerte olvidar tus deberes y tus cuidados de hombre... yo soy una víctima tuya, una mártir... te he amado, te amo sin embargo, y tu desamor es mi martirio... yo no puedo vivir sin tu amor... pero te soy enojosa... amas á otra, á esa maldita hija del infame

sultan de Andalucía, que te ayuda contra tus hermanos de Toledo... ¡oh! ¡sí! quieres apartarme de tí... para que Sayda-Llemal no tenga celos; pero no quieres apartarte de tu hijo, y me lo has robado.

—¡Yo! exclamó empezando á sentir su cólera Alfonso VI: ¡que te he robado yo tu hijo!

—Sí, tú: ¿quién otro pudiera ser?

—¡El infierno! contestó el rey.

—No, no: si hubiera sido ella... ella, Sayda-Llemal, no me hubiera robado mi hijo: ¿qué la importaba? ¿qué la estorbaba ese pobre niño? me hubiera hecho arrebatár á mí, ó me hubiera muerto... y los hombres que han estado aquí me han respetado: y es que tú has tenido miedo de matarme, pero me has herido el alma robándome mi hijo.

—¡Sobeydah! gritó Alfonso VI.

—¡Oh! no te irrites por Dios, exclamó la sultana cayendo de rodillas y mirando al rey, juntas las manos y los ojos llenos de lágrimas: ¡oye, Alfonso mio! ¡yo te amo! pero si no quieres que te lo diga no te lo diré: mira, si no quieres verme ni que yo te vea, no te veré: si no quieres que viva cerca de tí, viviré cuanto lejos quieras: si me aborreces, si quieres mi vida, tómala; pero dame mi hijo, dámelo por el amor de tu Dios, y de la santa Virgen su madre.

Alfonso VI se conmovió.

Además de que tenia el corazón noble y grande, su terrible propension á la mujer, á la hermesura, ayudaba á Zayda-Sobeydah: estaba entonces bajo su influencia, la veía hermosa, hermosísima, idealizada por el dolor, por la ansiedad, por el amor, y de repente como una luz que se enciende dentro de la bomba de una lámpara, se encendió su mirada.

Zayda-Sobeydah vió en aquella mirada amor, y lanzó un grito de alegría, se levantó de un salto y se colgó al cuello del rey.

—Ah! ¡sí! dijo riendo y llorando, ¡tú me amas, Alfonso! ¡sí! ¡tú me amas! ¡tu pecho late! ¡le siento latir! ¡tus ojos resplandecen de amor! ¡oh! ¡sí! ¡ya se! ¡Has oído en mi boca el dulce nombre de la virgen María! ¡tú querías que yo fuese cristiana,

y acaso porque creias que yo, por la memoria de mis padres me negaria á serlo, me apartabas de tí... apartabas de mí á nuestro hijo! ¡sí, sí! ¡Alfonso mio! ¡yo soy cristiana, yo quiero ser cristiana, llama á uno de tus faquíes para que me bautice, y trae á nuestro hijo para que le bautice tambien!

—¡Cristiana tú! dijo el rey con asombro y con alegría.

—Sí: ¿no te lo habia yo dicho en una otra carta? pero tú sin duda no me creerias... y dicen... oye... que tu esposa está loca... que te ves obligado á repudiarla... que cuando seas libre te casarás con Sayda-Llemal, que es cristiana, y te ayuda con los tesoros y los ejércitos de su padre.

—¡Oh! ¿y quién te ha dicho eso? exclamó el rey.

—¡Oh! sí, sí; lo dicen... el pobre Al-Hahor me decia, ya lo puedo decir, porque ha muerto:—Matemos á la hija del sultan de Andalucía.—Pero yo no he consentido en ello: ¡oh! ¡qué horror! ¡yo no quiero tener sangre sobre mi alma!

—Todo eso es falso: te han engañado, Sobeydah.

—¡Oh! ¡no, no! pero no me llares Sobeydah, Alfonso: llámame María: este nombre será más grato para tí, me amarás más cuando me llares de ese modo.

—¡Oh! pues qué, ¿no te amo?

Y al pronunciar el rey estas palabras, se espantó, porque protestando de ellas se habian presentado á sus recuerdos, vivas, casi tangibles, Inés de Poitiers y Sayda-Llemal.

Esto es: sus otros dos amores.

—¡Oye! dijo Sobeydah, ¿Sayda-Llemal, no te ha dado un hijo de su amor?

—¡Oh! exclamó el rey.

—No debes, pues, amarme: sin duda te parece hermosa, y necesitas de su ayuda.

—¡Yo!

—¡Oh! ¡sí! ¡no te ofendas! tú has encontrado pobres tus reinos, pero mira, Alfonso: yo soy rica, poderosa, muy poderosa: yo he encontrado el tesoro de mi tío Al-Mamun: ven, ven.

Y Zayda-Sobeydah tiraba con ansia de Alfonso, que asombrado se dejaba conducir.

La sultana le llevó á un retrete inmediato, y abrió su puerta.

Dentro, sobre las mesas, sobre los divanes, brillaban una inmensa multitud de joyas: en el centro, sobre la alfombra, habia un enorme monton de vasos de oro.

—Mira, dijo Zayda-Sobeydah, todo esto es tuyo.

VI.

Alfonso VI era espléndido, más que espléndido, gastador, derrochador de oro.

Por esta cualidad, le llamaron los de su tiempo á don Alfonso, el de la *Mano horadada*.

Dicen algunas viejas crónicas, que este sobrenombre del de la *Mano horadada*, le vino de tener una mano agujereada por haber mandado echar en ella plomo derretido el rey Al-Mamun, para probar si efectivamente dormia, cuando le encontró tendido bajo una enramada en la Huerta del Rey, en Toledo, segun dijimos al principio de esta historia.

Pero para probar si un hombre que parece dormido lo está en efecto, no es necesario tanto como echarle en una mano metal fundido, ni esta era operacion pronta, ni por absurda y extraña podia ocurrirse á nadie.

No tenia, pues, don Alfonso, horadada ninguna mano: este apodo era una figura, que queria significar que tanta prisa se daba á gastar el dinero que cogia, que no parecia sino que tenia la mano horadada, y por el agujero se le iba el oro.

Parece, pues, que el rey don Alfonso debia hacer poco aprecio del dinero, y en efecto le apreciaba en poco, puesto que tanta prisa se daba para gastarlo: pero por lo mismo, como se quedaba pronto sin él, y tenia costumbre de gastar, ansiaba el oro y le buscaba como un avaro, lo que no impedia que le diese una salida poderosamente rápida.

En esto se parecia Alfonso VI á don Pedro el Cruel, que reinó doscientos años despues.

En aquellos momentos en que Zayda-Sobeydah presentaba al rey y se las ofrecia, tan grandes riquezas, Alfonso VI estaba pobre: Sayda-Llemal le habia dado mucho oro: pero comen demasiado cien mil hombres y sesenta mil caballos, que no era menor el número que don Alfonso tenia sobre Toledo.

Tentóle, pues, la codicia aquel tesoro.
Tentóle el corazón, la hermosura y el amor de Zayda-Sobeydah.

Era aquel amor el que tenía más cerca de sí de sus tres amores, y Alfonso VI vaciló, miró con codicia el tesoro, con amor á Zayda-Sobeydah, y siendo tan rica y tan hermosa como Sayda-Llemal, valia la primera, menos la novedad, lo mismo que la segunda.

Por último, nada debia en cuanto al honor á Sayda-Llemal, y de Zayda-Sobeydah tenia un hijo.

Por aquellos momentos, el rey se decidió.

—Cierra, cierra aquí, dijo saliendo del aposento: yo voy á buscar á nuestro hijo.

—¡Oh! gracias, Alfonso, gracias, exclamó Zayda-Sobeydah: vé, vé y vuelve pronto, porque yo no vivo hasta que tenga á mi hijo.

VII.

Alfonso VI salió de los alcázares de Galiana, montó á caballo, y con su escolta se puso en demanda de las gentes que habia enviado antes por la parte del rio á buscar al infante Ismail.

Pero el infante no pareció.
Se corrieron cerros y valles, se preguntó á los pastores, á los campesinos.

Nadie habia visto gente alguna ni con niños ni sin ellos.
El rey se vió obligado á decir á Zayda-Sobeydah que su hijo no parecia, y la sultana desesperada, rompió terriblemente con el rey, y hasta tal punto, que cuentan las crónicas que le maldijo.

CAPITULO XI.

De cómo Sayda-Llemal continuó llevando adelante su empresa.

I.

Indudablemente el rey estaba por aquellos dias desgraciado en todo.

Como rey, Toledo se le resistia de una manera tenaz.

Sus mejores capitanes, excluyendo uno solo, el Cid, se desalentaban.

La estacion era dura, y las tropas sufrían acampadas y murmuraban.

Por Toledo tenia desatendidos sus otros reinos, que empezaban á quejarse de la continua exaccion de hombres y de dinero.

Este empezaba á escasearle.

Los tesoros de Sayda-Llemal no bastaban.

O si bastaban, el rey no los veia.

Habia algo de tiesura y de displicencia en el trato del rey Aben-Abed para con él.

Por otra parte, y como los árabes y los cristianos se toleraban mal, y cuando mejor se veían era cuando se encontraban en combate los unos contra los otros; las reyertas entre los soldados del rey y los de Aben-Abed eran frecuentes y casi continuas, haciendo necesarios duros castigos para cortar los efectos

de aquel doble antagonismo de raza y de religion que existía entre los dos ejércitos.

El orgullo de Alfonso VI como rey, estaba mortificado.

Toledo, encaramado en su roca, rodeado de su triple muralla, y protegido por el Tajo, que por ser la estacion de las grandes lluvias iba crecido, Toledo, repetimos, era una especie de tortuga metida en su concha, á la que no podia hincarse el diente.

En aquellos tiempos, la falta de la artillería que aún no se habia inventado, aunque ya se conocia la pólvora, inventada por los árabes, hacia los sitios de una duracion infinita.

Los castillos y las ciudades no se rendian sino cuando se las asaltaba con fortuna, á escala franca, y con una mortandad horrible, ó cuando les faltaban el agua ó los víveres.

Por lo demás, muy pocos hombres, encastillados en altos y torreados muros bastaban para defender una poblacion sitiada contra todo un ejército durante años y años.

Ha habido reyes en la edad media que han empezado á reinar sitiando una ciudad, y han muerto sin que la ciudad se rindiese, habiendo reinado algunos años.

Además, éstos sitios no eran siempre verdaderos sitios.

Un acontecimiento cualquiera, la necesidad de distraer tropas para otras empresas, rompian la línea de circunvalacion, y hacian que el cerco se convirtiera en bloqueo.

Durante estos períodos, los bloqueados se abastecian de agua y víveres, y cuando volvía á sitiárseles, se les encontraba repuestos y prevenidos.

El arte militar estaba entonces muy imperfecto, pero suplían esta imperfeccion la constancia y el valor.

II.

Pero á pesar de la constancia y del valor de Alfonso VI, del Cid, de los capitanes y de los soldados, el sitio de Toledo se eternizaba.

Los rebatos de los sitiados se multiplicaban, se hacian más

sangrientos y más duros, se dejaba conocer que Adofar era más hombre y más rey que Sidi-Ismaíl Al-Kadir.

Cada uno de estos rebatos no dejaba de producir una carnicería en el ejército sitiador, que cumplía harto bien, no dejándose romper, y daba ocasión á que la ciudad se abasteciese de víveres que venían de las poblaciones inmediatas que no habían sido sometidas.

Tenemos que explicar esto último.

Parece que estando sitiada la capital de un reino, el resto del reino debía estar sometido ó por lo menos ocupado.

No era esto sin embargo así.

Entonces, donde estaba el rey estaba la corte, y donde estaba la corte estaba el reino.

Vencido el rey, el reino estaba vencido.

Como se mata á un hombre cuando se le hiere en el corazón.

Entonces, pues, allí se llevaba la guerra, donde estaba el rey.

Se rompía á punta de lanza por la frontera, se adelantaba á fuerza de puños y de sangre, se barrenaba, por decirlo así, un reino, se llegaba al punto donde se encontraba el rey del reino acometido, y se le daba una batalla que generalmente era decisiva, y en que dos reyes habían sido los generales de los ejércitos, ó se mantenía un sitio que duraba por lo menos muchos meses, cuando no muchos años.

Los sitiadores, pues, estando á su vez sitiados por un reino entero, al par que combatían sobre el centro de su círculo, esto es, sobre el punto sitiado, tenían que resistir los ataques que de otra circunferencia mayor venían sobre ellos.

Así es, que cuando una ciudad sitiada lograba un triunfo de verdaderas consecuencias sobre los sitiadores, estos, eran exterminados antes de que pudiesen salir del reino enemigo.

Por esto duraban tanto los sitios.

Todo combate serio entre sitiados y sitiadores, daba lugar á que la plaza sitiada fuese abastecida.

Aquello era perder la paciencia.

Con la gente, con el dinero y con el tiempo que se perdía para tomar una ciudad en la edad media, había bastante para fundar otra mayor y poblarla.

III.

El sitio de Toledo se hacia cada dia más duro y más pesado.

Hacia ya año y medio que los ejércitos de Alfonso VI estaban sobre la ciudad, y más de un año desde que el rey habia dirigido el sitio en persona.

Alfonso VI habia marchado sobre Toledo lleno de confianza.

Su corazon le habia engañado.

Habia creido cosa de pocos dias lo que iba tomando apariencias de ser interminable.

Aquel sitio le desesperaba.

Tenia demasiados reinos para poder desatenderlos por un reino solo.

Alfonso VI empezó á creer.

Empezó á creer que Toledo, por sus condiciones de defensa, era inexpugnable, y su valiente corazon empezó á vacilar.

Solo el Cid seguia haciendo de una manera tranquila su vida de campamento, como si no hubiera nacido para otra cosa, y como si le hubiera sido completamente igual que aquello durase cien años ó no.

El Cid era un militar completo, no podia serlo más.

Como mejor se encontraba era en campaña.

Su mejor dia era aquel en que más habia andado, apretando los puños, y matando infieles.

IV.

Si como rey estaba aburrido Alfonso VI, como hombre estaba desesperado.

Sus tres amores se le habian desvanecido.

Su corazon latía en medio de un vacío horroroso.

Un dia se le presentaron dos viejos caballeros franceses, noblemente acompañados de gentiles hombres, escuderos y servidores, que venian de parte del conde de Poitiers, á recojer, por decirlo así, á la pobre doña Inés, que no habia dado hijos al rey, que estaba loca, y que por lo tanto no servia.

El divorcio, de comun acuerdo por ambas partes, mejor dicho, la anulacion del matrimonio, estaba en Roma, y andaba en términos de conclusion.

Gracias al poder de Alfonso VI, la embajada del conde de Poitiers, fué seria, triste, pero respetuosa.

El conde de Poitiers no tenia fuerzas bastantes para poder levantar la voz delante de Alfonso VI y pedirle cuenta de las desgracias de su hija.

Alfonso VI era más fuerte, y el conde de Poitiers se doblegaba y tenia paciencia.

Alfonso VI, pues, mandó que la reina fuese entregada en Tordesillas á los embajadores de su padre, para que se la llevasen á su país natal, y los embajadores partieron.

Todo estaba concluido.
Solo faltaba la anulacion del matrimonio, y esta no tardó en llegar.

Cuando el rey tuvo en sus manos aquellas letras del Papa, que declaraban roto su consorcio con Inés de Poitiers, que le dejaba libre para contraer otro matrimonio, su corazon se comprimíó.

Perdia una de las partes del sér que amaba.

Se le quedaba incompleto.

Porque ya hemos dicho, que Alfonso VI habia hecho en su corazon un solo amor de los tres amores; de Inés de Poitiers, de Sayda-Llemal y de Zayda-Sobeydah.

Su sér amado se quedaba manco ó cojo.

Imperfecto, en una palabra.

De su corazon habia quedado vacía y dolorida por lo menos, la tercera parte.

Y nunca como entonces, cuando ya ni aún esperanza le quedaba de que Inés de Poitiers volviese á ser suya, la recordó tan hermosa, ni la amó tanto.

Alfonso VI se ahogaba.

Era como un sultan que hubiera perdido una de sus sultanas favoritas.

Tanto tiempo habia vivido en Toledo y tan á lo árabe Alfonso VI, que habia contraído, no solo las costumbres, sino la manera de sentir de los musulmanes.

Don Alfonso es, á no dudarlo, el rey más mozárabe de nuestra historia.

Esto es: el rey que más ha determinado la mezcla de lo árabe y de lo cristiano.

V.

Enfadándole todo y durante muchos días, se aisló permaneciendo solo en su tienda.

Solo entraban en ella Peranzules, que le conocía demasiado y no le hablaba una palabra, por temor á un desabrimiento ú otra cosa peor, y el Cid, que no se abstenia de hablar, porque el Cid decía siempre, fuese quien fuese el que debía contestarle, lo que tenía sobre el corazón, y lo que se debía decir.

La eterna cantinela del Cid, era que el rey debía casarse cuanto antes, para tener cuanto antes un sucesor, que en caso que el rey faltara, evitase á los reinos las perturbaciones que trae siempre una nueva elección de rey.

El Cid insistía en esto con una tenacidad infinita, y el rey estaba cansado de decirle sin fruto:

—Aún no es tiempo: déjame llorar mi viudez.

—No conviene al reino que esteis mucho tiempo viudo, insistía el Cid.

—Pues que tenga paciencia el reino, como la tengo yo, decía Alfonso VI.

Y todos los días se daba una batalla empeñada entre el rey y el Cid.

Y por mucho que el rey resistía, el Cid no dejaba de insistir.

El buen don Rodrigo de Vivar tenía sitiado al rey, y como era enérgico y guerrador, menudeaba los combates.

VI.

Un día en que el Cid dijo al rey por la millonésima vez:— Es de todo punto necesario que en este año tomeis esposa,—el rey, cansado ya de aquella continua amonestación, le dijo:

—Y bien, don Rodrigo, ¿con quién me he de casar? ¿me habeis buscado ya mujer?

—Sí señor: y desde hace mucho tiempo, contestó con su voz siempre firme y reposada el solariego de Vivar.

—¿Y quién es?

—La hija del rey de Sevilla.

—¿Y sabeis vos dónde está esa señora? Hace un siglo que no la veo; desde antes de mi separacion de la hija del conde de Poitiers.

—Debe estar como vos, recogida en su tienda, porque no se la vé.

—¿Y creéis vos, don Rodrigo, que mis nobles, y mis preladados, y mis villas y mis ciudades, no se opondrán como en otro tiempo, y vos el primero, á ese casamiento?

—Entonces, señor, no se conocia á doña Isabel: hoy se la conoce: es más, se la ama: más aún, se la llora.

—¿Decís que se la conoce?

—Sí, sí señor, será una gran reina.

—Pues la conoceis más que yo, que hace tres años ando enamorándola: por mi parte, no la conozco todavía.

—Pero la teneis aficion.

—Yo debo mirar antes que á mi aficion, al bien de mis reinos.

—Vuestros reinos, señor, se alegrarán de este casamiento.

Hay que advertir que lo que entonces se llamaba reino, para determinar graves negocios de Estado, eran el alto clero, la alta nobleza, y los procuradores de las ciudades y villas.

En estando de acuerdo los *tres brazos*, como entonces se llamaban, lo demás, esto es, el resto del reino, daba por bien hecho lo hecho.

VII.

—Pues bien, don Rodrigo, dijo el rey: puesto que lo que yo quiero, lo que yo amo, lo que yo deseo, lo desean tambien mis reinos, y por no oiros más, y para que me dejéis quieto, id y poneos galas, como sabeis hacerlo cuando lo requiere el caso;

id con mis condes y mis prelados que asisten junto á mí, y con un lucido acompañamiento de servidores vuestros y míos, á pedir en mi nombre su hija por esposa al sultán de Andalucía.

—¿Cuándo, señor? dijo vivamente el Cid sin mostrar alegría por haber vencido al fin al rey.

—Ahora mismo.

Y el Cid sin contestar una sola palabra, giró sobre sus talones, y salió gravemente de la tienda real.

VIII.

En el primer momento, el corazón del rey se ensanchó, se dilató, ardió en el recuerdo de Sayda-Llemal.

Hacia ya mucho tiempo que el rey tenía el amor contrariado y necesitaba darle expansión.

Lo de Inés de Poitiers no tenía remedio, y era necesario vivir de la vida del amor, que en Alfonso VI era poderosísima.

Sayda-Llemal, aquella divinidad humana, aquella semidiosa, aquel sér tan amado, estaba próxima á ser suya: y el alma del rey sintió un placer punzante, un placer insoportable.

Estaba seguro de que el rey Aben-Abéd recibiría con júbilo la petición, y que Sayda-Llemal experimentaría al escucharla una sensación igual á la que él mismo experimentaba en aquellos momentos.

Pero á la sensación de contento, de placer, de felicidad que embriagaba al rey, sucedió una sensación insoportable de amargura.

En el fondo de su conciencia, surgió otra mujer.

Otra mujer tan hermosa y tan enamorada como Sayda-Llemal, y tan pura como ella, á pesar de que al presentarse aquella mujer de una manera tan viva y tan dolorosa al pensamiento del rey, llevaba un niño asido de la mano.

Un hijo de Alfonso VI.

Porque aquella mujer que su conciencia presentaba al rey, cuando el Cid iba á pedir en su nombre la mano de otra mujer, era la sultana Zayda-Sobeydah.

IX.

El alma del rey se sintió como sumergida en un océano de amargura, al recuerdo candente de Zayda-Sobeydah.

Al terrible recuerdo de su hijo perdido, acaso muerto.

Al recuerdo de los sufrimientos de aquella pobre inocente, que todo lo había perdido por su amor.

Es muy malo estar mal con la conciencia; porque la conciencia es muy valiente y muy severa, y nos acomete con su acusación muda y fría en los grandes momentos de placer y de dolor.

La conciencia del rey estaba demasiado irritada, demasiado turbia, demasiado amenazadora.

Alfonso VI estaba sentenciado á no ser feliz.

Sus instintos, su temperamento, sus necesidades, estaban en inarmonía con las costumbres, con las creencias, con las leyes del pueblo, de quien era gefe, pero en medio del cual estaba enclavado, y á cuyas influencias estaba sujeto.

Y no se puede practicar nada contra las creencias, contra las costumbres, contra las leyes, contra nuestra propia manera de ver y de sentir las cosas, sin que se produzca el mal, sin que nos coloquemos en una situación difícil, en una de esas situaciones que no tienen solución, porque para ello era necesario que la sociedad que nos rodea se subordinase entera á nuestro egoísmo, y lo convirtiese todo, lo moral, lo conveniente, lo justo, en provecho nuestro.

El rey hubiera necesitado de amor, y el amor era el flaco más vulnerable del corazón del rey, que aquellas tres mujeres que le habían dominado, que le habían hecho sentir de una manera profunda, le hubiesen pertenecido, sin contradicción, sin violencia, sin inconveniencia alguna.

Alfonso VI hubiera podido ser feliz con su amor si no hubiera sido cristiano, y casi casi estamos por sospechar que debería ser muy fuerte la fé religiosa de Alfonso VI, cuando siendo un gran capitán, un gran conquistador, no se hizo gefe de un reino musulmán para poder vivir á sus anchas, para dar rienda

á su grande propension á la voluptuosidad, sin lastimar su conciencia.

X.

En aquellos momentos gozaba el rey con la esperanza próxima de poseer por completo á su tan descada Isabel, cuanto sufría considerando el inmenso abismo de desventura en que su union con otra iba á sepultar á Zayda-Sobeydah.

Y habia además algo que era repugnante y gravemente reprehensible en la amargura del rey, por verse obligado á renunciar á Zayda-Sobeydah: recordaba el inmenso tesoro que la sobrina de Al-Mamun le habia dejado ver: consideraba cuántos ejércitos podian mantenerse con aquellos tesoros, y cuántos reinos, y cuántos otros inmensos tesoros podian ganarse con aquellos ejércitos.

Y tanto fué y vino la imaginacion del rey en estos contradictorios pensamientos, que acabó por no saber lo que queria, y por desesperarse, porque no podia querer únicamente, lo que únicamente le era posible tener.

XI.

Aun no habia acabado el rey de dar vueltas á sus imaginaciones, que cuantas más daba más se envolvía, y veia menos claro, cuando se le presentó el Cid, que volvia de su comision.

Nada podia figurarse del resultado de esta en lo que dejaba ver el semblante del Cid, porque el semblante del Cid era siempre grave, reposado, incomprensible, menos cuando batallaba, que entonces tenia toda la franqueza de la ferocidad del leon hambriento que cae sobre una presa.

—Y bien, dijo el rey: sepamos lo que os ha respondido el rey Aben-Abed.

—Que os dá con grande alegría su hija, pero que para dáros-la es preciso que os la pueda dar.

—¡Cómo! ¡condiciones!

—Sí por cierto, y condiciones muy justas.

—Veamos.

—El rey árabe os dará á su hija, cuando su hija declare que quiere ser vuestra.

—¿Y por qué no lo ha declarado?

—Lo ignoro, señor: solo sé deciros que el sultan de Andalucía me ha suplicado os ruegue que esperéis una visita suya que va á haceros al momento.

—¿Y qué opinais vos de esto, don Rodrigo?

—Nada, señor.

—Sin embargo, algo habreis podido comprender.

—He comprendido que el rey Aben-Abed se alegraba mucho de que querais ser su yerno.

—Pues entonces, es inexplicable el que no haya dado una respuesta terminante.

—Cuando hay de por medio mujeres....

—Teneis razon, don Rodrigo: las mujeres son como las plumas, y como el humo, y como las nubes: van á donde el viento las lleva.

Oyóse entonces son de trompetas que se acercaba, y una voz de la guardia del rey, que decia:

—¡El rey de Sevilla!

—Pues no tarda en venir á verme Aben-Abed, dijo el rey: dejadme solo, don Rodrigo.

—Dios guarde á vuestra señoría, dijo el Cid, y salió.

XII.

Poco despues Aben-Abed solo, habiendo dejado á alguna distancia su comitiva, entraba en la tienda de Alfonso VI.

Abrazáronse entrambos reyes, árabe y cristiano, como dos grandes amigos, despues de lo cual, Alfonso VI llevó á un divan que le servia de lecho, á Aben-Abed y le hizo sentar, sentándose despues junto á él.

—Vengo á verte, dijo el rey de Andalucía, porque te debo una esplicacion acerca de la respuesta que he dado á la demanda que en nombre tuyo me ha hecho el Cid.

—Tú has dicho que me darás tu hija cuando puedas darme.

la, dijo secamente Alfonso VI: ¿qué has querido decir?

—Ni más ni menos que lo que he dicho: yo no te puedo dar ahora mi hija.

—¿Y por qué?

—Porque no sé donde está.

—¿Que no sabes donde está?

—No.

—¡Se ha ausentado de tí!

—Ya se apartó de mí en Tordesillas, dejándome una carta, como ha hecho ahora: hé aquí la carta que se me ha entregado de parte de mi hija.

Y Aben-Abed sacó de entre sus ropas un pergamino enrollado.

Alfonso VI tomó aquel pergamino, le desenrolló y le leyó.

Estaba escrito en árabe con tinta encarnada, y decía así:

Padre: me veo obligada, como en otro tiempo, á separarme de ti: nada temas: oculta mi ausencia: tu hija volverá á abrazarte cuando pueda ser feliz: cuando haya terminado su lucha: cuando haya vencido.

—¿Y no has procurado averiguar el paradero de tu hija? dijo con extrañeza el rey devolviendo la carta á Aben-Abed.

—No: dijo con la mayor tranquilidad el rey árabe.

—¿Y nada temes, Aben-Abed?

—Nada: lo que ha de suceder está escrito.

—Pues aunque esté escrito lo que haya de suceder, yo buscaré á Isabel.

—No la encontrarás: con ella va un génio poderoso que la protege.

—¿No saben los tuyos que Isabel no está contigo?

—Sí; pero creen que mi hija está en el alcázar de Córdoba.

—¿De modo, que será necesario esperar á que Isabel parezca?

—Sí.

—¿Y si tardara mucho y mis reinos me obligasen á tomar otra esposa?

—Si la tomas, estará escrito que Sayda-Llemal no sea tuya.

- Allá lo veremos: ¿tú dices que Isabel no está en Córdoba?
 —Debe estar cerca de nosotros, porque yo la siento.
 —Tú me engañas, Aben-Abed: tú sabes donde está tu hija.
 —Por el grande Allah, te juro que lo ignoro.

Los dos reyes estuvieron hablando algun tiempo, y al fin se separaron disgustados: Alfonso VI porque no creia las protestas de Aben-Abed: Aben-Abed porque no creia las palabras de Alfonso VI.

—Pues bien, como yo te he asegurado, yo te aseguro que yo la siento.

—Tú me engañas, Aben-Abed: tú sabes donde está tu hija.

—Por el grande Allah, te juro que lo ignoro.

Los dos reyes estuvieron hablando algun tiempo, y al fin se separaron disgustados: Alfonso VI porque no creia las protestas de Aben-Abed: Aben-Abed porque no creia las palabras de Alfonso VI.

—Pues bien, como yo te he asegurado, yo te aseguro que yo la siento.

—Tú me engañas, Aben-Abed: tú sabes donde está tu hija.

—Por el grande Allah, te juro que lo ignoro.

Los dos reyes estuvieron hablando algun tiempo, y al fin se separaron disgustados: Alfonso VI porque no creia las protestas de Aben-Abed: Aben-Abed porque no creia las palabras de Alfonso VI.

—Pues bien, como yo te he asegurado, yo te aseguro que yo la siento.

—Tú me engañas, Aben-Abed: tú sabes donde está tu hija.

—Por el grande Allah, te juro que lo ignoro.

Los dos reyes estuvieron hablando algun tiempo, y al fin se separaron disgustados: Alfonso VI porque no creia las protestas de Aben-Abed: Aben-Abed porque no creia las palabras de Alfonso VI.

—Pues bien, como yo te he asegurado, yo te aseguro que yo la siento.

—Tú me engañas, Aben-Abed: tú sabes donde está tu hija.

—Por el grande Allah, te juro que lo ignoro.

—Allá la veremos; tú dices que Isabel no está en Córdoba?
 —Fóbe estas cosas de nosotros, porque yo la siento.
 —Tú me engañas, Aben-Abed: tú sabes donde está tu hija.
 —Por el grande Allah, te juro que lo ignoro.
 Los dos reyes estuvieron hablando algún tiempo, y al fin se separaron disgustados: Alfonso VI porque no creía las pro-
 testas de Aben-Abed: Alfonso VII porque no creía las palabras
 de Alfonso VI.

En que el autor dice dónde estaba Sayda-Llemal.

I.

Sayda-Llemal estaba en alguna parte.

Esto no tenía duda.

Las personas no se disipan como la niebla ó como el humo.

Pero es el caso, que Sayda-Llemal habia desaparecido tan por completo, y tan sin dejar huella de sí, que Aben-Abed no menta al decir que no sabia donde estaba.

Pero un novelista no puede decir á sus lectores que no sabe donde estuvo uno de sus personajes.

El novelista lo sabe ó debe saberlo.

Nosotros sabemos lo que habia sido de Sayda-Llemal, y porque queremos que tambien lo sepan nuestros lectores, vamos á decirlo.

II.

Al dia siguiente de haber sido asaltado por unos hombres, que no se pudo saber quiénes eran, el palacio de Galiana, y robado el hijo de Zayda-Sobeydah y de Alfonso VI, Sayda-Llemal dejó á su padre.

—Me fastidio aquí, le dijo: esta vida de campamento me aburre, y me voy.

—¿Y á dónde, hija mia? respondió Aben-Abed.

—A Córdoba.

—¿Y qué vas á hacer en Córdoba?

—Encerrarme en el alcázar, y esperar á que esto se acabe.

—Pero segun dicen los astrólogos, el sitio de Toledo no puede acabarse, esto es, Toledo no puede ser conquistado por nadie, sino por quien sea tu esposo.

—Pues bien, eso quiere decir que esperaré en Córdoba encerrada, hasta que sea posible que yo me una á Alfonso VI.

En la mirada, en la languidez, en el acento de Sayda-Llemal, se comprendia que estaba ciegamente enamorada de Alfonso VI, y que ser su esposa era para ella toda la felicidad que esperaba sobre la tierra.

Por más que Aben-Abed hizo para disuadirla de su marcha, todo fué inútil: Sayda-Llemal partió aquella noche del campamento, llevándose consigo á Ferran, á María, á su escuadron de lanzas cristianas, y algunos escuadrones más para servirle de guarda, puesto que hasta llegar á la cercana frontera de Andalucía, tenia que atravesar terreno enemigo.

Sayda-Llemal se llevó consigo en oro, una inmensa cantidad de dinero.

Aben-Abed veia, como suele decirse, por los ojos de Sayda-Llemal, y esta le dominaba hasta tal punto, que no se oponia, ni aún se atrevia á pensar en oponerse á su voluntad.

Sayda-Llemal, pues, partió á la media noche.

Andando sin parar, llegaron al mediar la noche siguiente, al castillo andaluz fronterizo de Guad-el-Roman.

III.

Sayda-Llemal entró en él.

Allí la esperaba ya su fiel servidor Kaid-Abuleyas.

Sin descansar, Sayda-Llemal se encerró con él.

—¿Cómo está el infante Ismail? le preguntó.

—Triste y asombrado, como lo están todos los niños cuando no conocen á las personas que los rodean.

—¿Pero tiene buena salud?

—Excelente, y es hermoso como un arcángel.

—¡Oh! ¡Se parecerá á Alfonso! murmuró Sayda-Llemal de modo que no pudo entender sus palabras Kaid-Abuleyas.

Y luego añadió:

—Quiero ver al infante: no le conozco.

—Duerme en esa cámara inmediata.

—Pues entremos, Kaid.

Y Sayda-Llemal tomó por sí misma una lámpara de hierro, que puesta sobre un mueble, alumbraba la estancia.

Kaid-Abuleyas abrió una puerta, y se encontraron en un pequeño retrete.

Sobre un ancho divan dormía una hermosa esclava como de veinte y ocho años, y á su lado un hermosísimo niño.

—Despierta á esa esclava y hazla salir, dijo Sayda-Llemal.

La esclava fué despertada, y Kaid salió con ella, dejando á Sayda-Llemal sola con el hijo de Alfonso VI y de Zayda-Sobeydah.

El niño continuaba durmiendo.

IV.

Sabemos ya, pues, quien habia hecho robar al infante Ismail.

La razon que Sayda-Llemal habia tenido para mandarle robar, la sabremos más adelante.

V.

La sultana miró con ánsia, con codicia, al infante dormido. Era hermosísimo.

Tenia los cabellos rubios, y la tez blanca y sonrosada como su padre.

Pero era más rubio, más blanco, más delicado.

Se parecía completamente á Alfonso VI, pero era más hermoso que él.

Con la forma y la hermosura de su padre, había heredado la vigorosa pureza de la hermosura árabe de su madre.

Era un pequeño Alfonso VI corregido, embellecido.

El inocente dormía: soñaba sin duda que estaba entre los brazos de su madre, acariciado por ella.

Sin duda en aquellos momentos Zayda-Sobeydah soñaba que tenía á su hijo entre sus brazos, y le acariciaba.

VI.

Sayda-Llemaal fijaba una mirada candente, inflamada por no sabemos qué despecho, qué desesperacion, en el dormido semblante del niño.

Veía en él unidos de una manera misteriosa á Alfonso VI y á Zayda-Sobeydah.

A pesar del perfecto parecido del niño á su padre, tenía todo el espíritu de la fisonomía de su madre.

Eso que se llama aire de familia, y que debía llamarse signo de raza.

El infante Ismail juntaba en sí mismo á sus padres.

Aquel era el resultado de la alianza de la naturaleza.

De la union de dos amores en un solo amor.

Triángulo misterioso que se encuentra en todo cuanto existe.

VII.

La mirada de Sayda-Llemaal despertó al niño.

¿Y por qué eso?

La mirada de Sayda-Llemaal era tal, que bien podia decirse que el niño la habia sentido á través de su sueño.

Abrió sus ojos.

Unos grandes y hermosos ojos azules, con las pupilas negras.

Y en aquellos ojos, en aquella mirada pura é infantil, en que se habia marcado el asombro, la sorpresa y aún el miedo

al ver á Sayda-Llemal, esta vió más determinada, más comprensible la union de los seres de Alfonso VI y de Zayda-Sobeydah.

Se comprendia en la forma y en la expresion de aquellos ojos, en lo que tenian del espíritu, de los que les habian dado vida, que un amor igual habia sido el origen de su existencia.

Sayda-Llemal sufría un infierno de celos.

Infierno que debió asomar á su semblante, porque el niño se estremeció, cerró los ojos y se volvió, como pretendiendo libertarse de Sayda-Llemal.

Esta pretendió tomarle entre sus brazos, pero al sentir las manos de Sayda-Llemal que le asian, el niño gritó y rompió á llorar.

—¡Yo soy tu madre! dijo Sayda-Llemal.

El pequeño Ismail se volvió entonces, y miró profundamente á la sultana.

En los ojos del niño habia un odio instintivo.

Estaba pálido y colérico.

—¡Yo soy tu madre! repitió Sayda-Llemal.

—¡No! ¡no! gritó el niño, y volvió á ocultar el rostro, y siguió temblando recogido en sí mismo, como pretendiendo desaparecer apartándose de Sayda-Llemal.

Inútilmente la sultana quiso acariciarlo.

Ismail seguía gritando, llorando y temblando.

Parecia que una voz misteriosa le habia dicho:

—Esa mujer te ha apartado de tu madre: esa mujer es enemiga de tu madre.

Sayda-Llemal se vió obligada á renunciar á que Ismail transigiera con ella.

Al dia siguiente, Sayda-Llemal, llevando consigo al niño, partió para Córdoba, entró en ella de noche y se aposentó en el alcázar de la Axarquía.

VIII.

Los escuadrones de la guardia negra africana, que la habian ido acompañando, recibieron orden de volver al sitio de Toledo.

Ferran, con su escuadron cristiano y con María, fué á estacionarse en el castillo fronterizo de Guad-el-Roman.

Sayda-Llemal se quedó sola en el alcázar de la Axarquia de Córdoba, con el infante Ismail y con Kaid-Abuleyas.

IX.

Ni el tiempo ni los halagos fueron bastante para que el infante Ismail dejara de estremecerse de temor y de ódio, al ver á Sayda-Llemal.

Esta al fin dejó de verle, abandonándole al cuidado de las esclavas que habia puesto á su servicio.

Entre tanto, Kaid-Abuleyas, siguiendo las instrucciones de la sultana, aumentaba su dinero, vendiendo ricas alhajas á los joyeros de Córdoba.

Por otra parte, los recaudadores de impuestos, obedeciendo á la sultana, que como ya hemos dicho, ó si no lo hemos dicho, lo decimos ahora, compartia el gobierno con su padre, la traian todos los dias gruesas sumas de dinero, procedentes de poderosas derramas que se hacian en el reino.

Con estas derramas, con el producto de las alhajas vendidas, y con el dinero, que desde el campamento se habia llevado Sayda-Llemal, acabó por reunir una cantidad monstruosa, que habia sido guardada en fuertes cajones, ó más bien pequeños cofres, forrados de acero y rodeados de fajas de hierro.

X.

Un dia Kaid-Abuleyas se la presentó y dijo:

—Todo está dispuesto: podemos partir cuando quieras.

—¿Has encontrado hombres á propósito?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Quinientos.

—¿Son valientes?

—Como leones.

—¿Astutos?

- Como zorras.
- ¿Leales?
- Como perros.
- ¿Saben cuál es mi pensamiento?
- Sí, y están llenos de entusiasmo: es una manera de tomar á Toledo propia de tu sabiduría.
- Es necesario que antes de seis meses, Toledo, con su rey y su ejército, se haya entregado á Alfonso de Galicia.
- Se entregará.
- ¿Tienen esos hombres armas y caballos?
- Sí: irán contigo y conmigo, como si nos hubiéramos aprovechado de su ida al sitio de Toledo para ir resguardados.
- ¿Has pensado en el disfraz que hemos de llevar, para que quien nos pueda encontrar que sea conocido nuestro, no nos conozca?
- Sí, sultana: mi barbero me ha hecho una barba blanca y venerable, con la cual, y tiñéndome las cejas, pareceré un verdadero mercader de sedas.
- ¿Y yo qué he de parecer?
- Mi esclava, á quien yo taparé mucho, porque los viejos son muy celosos.
- Me parece bien, Kaid: ve á preparar un ginete que vaya á llevar á mi padre una carta que voy á escribir.
- Kaid-Abuleyas salió, y Sayda-Llemal escribió la carta que Aben-Abed mostró despues á Alfonso VI, cuando éste le pidió á Sayda-Llemal por esposa.
- Esta carta fué enviada, y pocos dias despues, Kaid-Abuleyas, completamente transformado, en cuanto á las apariencias de viejo, merced á la enorme barba blanca que le habia fabricado su barbero, envuelto en un ancho albornoz, cubierta la cabeza con el ancho capuz, y sujeto este por un turbante, salió de Córdoba una mañana temprano, montó en un asno, llevando tras sí otro asno, cuyo ronzal estaba atado en el aparejo del que Abuleyas montaba.
- En este asno de reata, cuyos aparejos iban muy adornados de kaireles de seda encarnada, sobre unas ricas y cómodas jamugas, iba una mujer completamente envuelta en un haike

listado á rayas blancas, negras y rojas, y sin dejar ver de su semblante más que los ojos que eran hermosísimos.

Esta mujer era Sayda-Llemal.

Detrás del asno que conducia á Sayda-Llemal, iba un asno gigantesco, muy empenachado, de cuyo cuello pendia un enorme cencerro.

Este asno, capitan general de una recua de otros veinte asnos poco menos fuertes y corpulentos que él, pero menos engalanados, llevaba sobre sí como cada uno de los otros, una gran carga.

Aquellas cargas parecian de géneros de seda; pero dentro de cada uno de aquellos tres fardos, iba un cajon ó pequeño cofre lleno de doblas de oro.

Diez esclavos entre arrieros y soldados, porque llevaban látigos para castigar á los asnos, y yataganes, ballestas y venablos, eran la servidumbre del fingido mercader.

XI.

Aun no se habian separado un cuarto de legua de Córdoba, cuando se vió por la parte de atrás y á larga distancia una gran nube de polvo, que se acercaba, dejando ver al fin un escuadron de ginetes árabes completamente armados.

Al fin llegaron, y el que iba á la cabeza, dijo á Kaid-Abuleyas.

—Alabado sea Dios.

—No hay otro Dios que él, contestó Abuleyas.

—Dios te dé salud, buen mercader, dijo el capitan de aquellos ginetes.

—Y á tí salud y buena suerte, arraez: ¿á dónde vas?

—Los que ves que vienen conmigo, dijo el capitan ó arraez, son gente brava y buena: viendo que el sitio de Toledo dura, y que allí está nuestro muy poderoso y vencedor sultan Mohhamet-Aben-Abed á quien Dios prospere, hemos creído que tomando sueldo del noble sultan, estaríamos mejor que ociosos en Córdoba, y allá vamos.

—He aquí que esto me conviene, porque si no pensais hacer

muy violenta la marcha, podré acompañarme de vosotros y llevar seguras mis mercancías, porque yo voy tambien al sitio de Toledo, donde vendiendo á árabes y á cristianos, pienso hacer buena ganancia.

—Pues por eso no quede, porque nosotros iremos por jornadas cortas á Toledo.

—¡Y que me place! dijo Abuleyas.

XII.

Inútil es decir que Kaid-Abuleyas y el capitán de aquel escuadrón se conocían, que sabían demasiado quiénes eran.

Pero el capitán no sabía quién era Sayda-Llemal, teniéndola de buena fe por esclava del walí disfrazado, ni los esclavos de Kaid-Abuleyas sabían que aquel capitán era conocido de su amor.

XIII.

Caminaron á jornadas cortas diez días, y al fin entrando en el décimo, llegaron á los primeros puntos exteriores del campamento de Aben-Abed, sin que Aben-Abed pudiese sospechar que tenía tan cerca á su hija.

—Aben-Athar, que así se llamaba el arraez ó capitán de los cien ginetes cordobeses, dijo al walí en el primer punto en donde se detuvieron, que venía á ponerse al servicio del sultán contra Toledo, y como nunca en la guerra sobra gente, sus servicios fueron admitidos, y destinado su escuadrón al campamento de los aventureros ó allegadizos.

XIV.

Por su parte, Abuleyas, el fingido mercader, pidió licencia para abrir entre los campamentos árabe y cristiano una tienda de telas ricas de sedas; y como el sitio llevaba ya larga fecha, y los rico-hombres, los magnates y los caballeros, tenían los trajes ya harto traídos y llevados, y no había una sola calza que

no estuviere zurcida, ni una sola gala que no estuviere por lo menos ajada ó sucia, túvose por buena suerte el que un comerciante cordobés hubiera venido al campamento, y se concedió á Abuleyas por ambos reyes cristiano y árabe, no tan solo la licencia de colocarse entre los dos campamentos, y vender, sino tambien un buen espacio de terreno, materiales, esto es, madera para construir su tienda, y un número de hombres de armas que debian relevarse alternando cristianos y árabes, para que guardasen la tienda.

XV.

Abuleyas trazó en el terreno el plano de su tienda, dividiéndole en cinco compartimientos.

El primero era el sitio destinado á la venta: el segundo un espacio que debia servir de almacén: el tercero un aposento destinado á Sayda-Llemal, el cuarto otro aposento destinado para él, y el quinto un dormitorio para los esclavos.

En derredor marcó una cerca, y unida á esta cerca puso la cocina, y un establo para sus veinte y un pollinos.

Los esclavos levantaron paredes de estacas y tablas sobre las líneas que habia trazado Kaid-Abuleyas, cubrieron el techo con tejas, y Abuleyas entapizó con ricas telas y ricas alfombras las paredes, el techo y el suelo de la tienda, y del aposento destinado á Sayda-Llemal.

XVI.

Esta construccion se hizo con una gran rapidez.

A los seis dias de concedido el terreno á Abuleyas, ya estaba abierta la tienda, y puestas en esposicion magnificas mercaderías, y escrito en un lienzo colgado á un lado de la tienda, el siguiente anuncio en árabe y en castellano:

«Venga aquí quien quisiere telas de oro y plata, púrpura, y seda, y perfumes.»

Dos magnificos esclavos negros estaban ocupados en la venta.

Kaid-Abuleyas estaba sentado en un rincon de la tienda so-

bre unos almohadones, reposado y grave, pasando continuamente las cuentas de un largo rosario de zándalo, y rezando oraciones del Koram.

La concurrencia era infinita.

Los géneros de Kaid-Abuleyas eran buenos, bellos y baratos.

Como que un hidalgo aunque fuese pobre, podía por poco dinero, vestirse de los pies á la cabeza con ricas telas de lana y hermosas calzas de seda.

Los brocados eran admirables.

Pero por baratos que fuesen, solo podían meterles el diente los reyes, los prelados, los magnates.

Nada había que pedir á los damascos ni á los terciopelos; las telas de hilo eran blancas y finas como la mejor batista.

Los perfumes, legítimos perfumes de Oriente, y los dátiles, que también de ellos se había provisto Abuleyas, eran un riquísimo confite cada uno.

XVII.

La venta era escesiva.

Si Abuleyas solo se hubiera propuesto realizar una gran ganancia, hubiera quedado completamente satisfecho.

Pero no era este el objeto que había llevado al campamento á Sayda-Llemal, y por consecuencia á Abuleyas.

Aquella tienda, aquellas mercancías, solo eran un pretexto para poder estar sin ser conocidos en el campamento.

Esto lo habían conseguido.

Ni los walfes de Aben-Abed habían reconocido bajo su disfraz á su compañero Kaid-Abuleyas, ni nadie sospechaba que aquella esclava que algunas veces se veía encubierta allá en el fondo oscuro de la tienda, fuese Sayda-Llemal.

Pero el pretexto se acababa, ó por lo menos amenazaba acabar pronto.

Las mercancías se disminuían.

Abuleyas subió los precios de los brocados y de las sedas, pero aun así se vendían.

Era preciso obrar.

Una noche, al oscurecer, cuando Abuleyas acababa de cerrar su tienda, Sayda-Llemal encerrada en su departamento, le dijo:

—¿Cuántos días podemos ser mercaderes, wali?

—Cuando más quince, noble sultana: los walies árabes en particular, están haciendo un verdadero destrozo en nuestros brocados y en nuestros perfumes.

—Y dime, ¿aún no has descubierto un medio de que yo entre en el alcázar de Galiana, de que yo vea á Zayda-Sobeydah?

—El rey Alfonso, sultana, guarda á Zayda-Sobeydah como guardaría su corona: los guardas están espesos al rededor del palacio, como los dedos de las manos, y son vigilantes y cuidadosos: ni aún por la fuerza se podría entrar: cuando yo robé al infante Ismail, estaban descuidados y desde entonces la vigilancia es continua y excesiva.

—Y dime, ¿entra el rey Alfonso en el palacio?

—Alguna vez; pero Zayda-Sobeydah se esconde, se niega á verle.

—¿Cómo lo sabes?

—Por uno de los esclavos que es amigo de otro de mis esclavos.

—Pero Zayda-Sobeydah ama á Alfonso VI, y es necesario evitar de todo punto que el amor del rey la venza: Alfonso puede demostrarla que él no ha sido el raptor de su hijo, y todo lo hemos perdido, ó nos veríamos obligados á cometer un crimen: no se si me atrevería á ello, porque no quiero arrojar sangre sobre mi conciencia.

—No te comprendo, sultana.

—Comprende un amor infinito, un deseo del alma comprimido, celoso, incierto de si será ó no satisfecho: un largo martirio de tres años en que luché por reconquistar lo que es mio, en que me violento, en que gasto mi alma y mi cuerpo: un empeño tenaz contrariado siempre, una fascinación por un hombre que no han podido desvanecer ni la ausencia, ni las dificult-

tades, ni los imposibles, y me habrás comprendido: he vencido á su esposa, á quien defendía de mí su amor á Alfonso, un amor semejante al que yo siento por él: pero no pude vencer del mismo modo á Zayda-Sobeydah: por eso en vez de acometer á la mujer, he acometido á la madre: por eso deseo ardientemente verla.

—Pero tú puedes ser esposa del rey Alfonso: él te ha pedido á tu padre.

—No quiero tener celos: yo esposa del rey no podría hacer lo que ahora puedo, porque ahora soy libre, soy dueña de mi voluntad, y cuando sea su esposa no lo seré: Zayda-Sobeydah le ama tanto que consentiría en ser su manceba... y yo lo sabría, y yo no podría evitarlo: ¡ah! ¡no! es necesario alejar á Zayda-Sobeydah del rey, y la alejaré: lo espero; pero es necesario buscar el medio de que yo la vea.

—Confieso que no lo encuentro, sultana.

—¿No somos mercaderes? dijo con una fria sonrisa de sarcasmo Sayda-Llemal.

—Sí.

—¿No soy yo tu esclava?

—Eso creen.

—Pues bien: ofrece ricas telas, ricos perfumes á Zayda-Sobeydah.

—Si está triste no querrá galas.

—Y si su tristeza la vence, si su tristeza tal vez en estos momentos la reduce á recibir al fin á Alfonso: si su amor puede más que su prevencion hácia el rey, porque le atribuye el robo de su hijo: si, como es más posible, por amor á su hijo apela á la seducción, á los encantos de su hermosura, para arrancar al rey el secreto del paradero de su hijo, porque ella cree que el rey lo sabe, es muy posible que desee tener galas: los trajes de Zayda Sobeydah deben ser muy pocos: nada se pierde con probar: mañana envia á un esclavo con algunas muestras de telas ricas al alcázar de Galiana, y si Zayda-Sobeydah las desea, querrá verlas más por entero y tratar: entonces, como tú no puedes penetrar en los retretes de una sultana, será necesario que vaya tu esclava: es posible que este artificio nos salga bien.

—Le pondremos en práctica, sultana.

—Mañana mismo.

—Mañana.

—Pues bien, no hablemos más de esto; pero tú tenias que decirme algo importante: lo he conocido en tu mirada, en la gravedad con que has entrado.

—Es verdad, sultana: te traigo una buena noticia.

—¿Cuál?

—Están sobornados los guardas de los subterráneos del templo de Hércules.

—¡Ah! dijo con alegría Sayda-Llemal: ya era tiempo.

—Diez de los hombres de Aben-Athar, que nos hemos traído de Córdoba, están dispuestos: hay que hablarles y que probarles con oro.

—Pues bien, saca dos de las cajas, Abuleyas.

Abuleyas levantó por un ángulo la alfombra y dejó entrever algunas tablas.

Levantó después dos de aquellas, y sacó con gran trabajo dos pesados cofres, aunque pequeños.

Volvió á poner las tablas en su lugar, y sobre las tablas la alfombra.

Sayda-Llemal sacó de su seno una llave y la dió al walí, que abrió con ella los dos cofres.

Estaban completamente llenos de grandes y relucientes monedas de oro.

—¿Están cerca esos diez hombres? dijo Sayda-Llemal.

—Sí, sultana, contestó Kaid-Abuleyas.

—¿Pueden llegar sin ser notados?

—Sí, sultana.

—Que entren pues.

Kaid-Abuleyas salió al espacio cercado que rodeaba la baraca por un lado de la cerca, y por encima de ella, arrojó una piedra afuera.

XIX.

La noche era oscura.

Poco despues de haber tirado Abuleyas la piedra, se vió asomar sobre la cerca un bulto, que saltó silenciosamente dentro.

Luego otro, y otro y otro, hasta diez.

Aquellos diez hombres rodearon á Kaid-Abuleyas.

—Venid conmigo, les dijo éste, y cuidad al pasar por delante del dormitorio de mis esclavos no despertarlos.

Aquellos diez hombres que habian escalado la cerca de la barraca de Abuleyas, burlando la vigilancia de los que la guardaban, adelantaron sin causar el más leve ruido.

Parecian sombras que se deslizaban sin andar sobre la tierra.

Y así, silenciosamente, sin causar el más leve ruido, penetraron en el departamento donde estaba Sayda-Llemal.

La sultana tenia el semblante descubierto, y estaba vestida con un rico y sencillo traje de doncella beduina, que segun le usaba, parecia ser su traje favorito.

Aquellos diez hombres se prosternaron.

—¿Sabeis quién soy? les preguntó Sayda-Llemal.

—Sabemos, dijo el de más edad de ellos, que eres la rosa de hermosura del paraiso, la incomparable, la magnífica, la excelente sultana Sayda-Llemal, que gobiernas la Andalucía en union con el magnífico y vencedor sultan Aben-Abed, tu exclamado padre.

—¿Sabeis que debéis guardar un profundo secreto acerca de esto?

—Hemos jurado guardarlo, noble sultana, por las alas negras del arcángel Azrael (1).

—¿Sois todos andaluces?

—Sí: de Córdoba, de Sevilla y de Granada, los mil que venimos con el valiente walí Aben-Athar.

—¿Todos sois caballeros y ricos?

—Sí, sultana.

—¿Todos habeis estado alguna vez en Toledo?

—Sí, noble señora, y aquel que de nosotros no tiene en Toledo pariente, tiene amigo.

(1) Arcángel de la muerte.

—¿Sabeis que vosotros vais á entrar en Toledo para conquistarlo?

—Sí, poderosa sultana: el reino de Toledo es enemigo de la Andalucía: los toledanos han entrado demasiadas veces por nuestras fronteras, y nos han causado desgracias y agravios que aún no están suficientemente vengados. Nosotros haremos en daño de Toledo cuanto podamos.

—Pero hacedlo cautelosamente como el tigre cuando acecha la presa: Toledo fundado sobre una roca, defendido por fuertísimas murallas, á cuyos piés corre un rio profundo, y guardado por gente brava, dura y acostumbrada á la guerra, es casi invencible: he oido decir á mi padre y á otros famosos capitanes, que solo puede tomarse á Toledo, talando siete años seguidos sus campos, combatiéndole durante siete años, y perdiendo en su cerco, siete capitanes, siete ejércitos y siete tesoros. Esto es, poco menos que imposible, porque no hay rey que pueda tanto, y yo me propongo tener á Toledo en pocos días, ó cuando más en pocos meses, por medio del engaño.

—¿Y cómo habremos de engañar á los toledanos, que son astutos como serpientes?

—Dentro de Toledo hay un gentío innumerable: mil hombres más ó menos, no pueden ser notados: entrareis además en la ciudad de la manera más oculta y secreta, por un lugar al que os conducirá mi buen servidor Kaid-Abuleyas: oid ahora lo que habeis de hacer cuando entreis dentro de Toledo: cada uno de vosotros llevará sobre sí quinientas doblas de oro marroquíes, os ireis á buscar á vuestros parientes, y procurareis con la persuasion ó con el oro, que sirvan al sultan de Andalucía mi poderoso padre, y al noble y vencedor rey don Alfonso VI que ha de ser mi esposo.

—¿Y cómo te han de servir, exclarecida sultana?

—Haciendo crecer en Toledo el descontento contra el rey Adofar: haciendo que de la manera más rápida posible, este descontento llegue hasta el punto de que los más principales de Toledo, pidan la rendicion de la ciudad al rey don Alfonso.

—Querrán saber con qué condiciones han de rendirse.

—Es muy justo: se respetan su religion, sus leyes, sus usos

y sus costumbres: seguirán siendo en todo musulmanes, pero vasallos del rey don Alfonso, que los gobernará en justicia y que los protegerá con su incontrastable poder: tendrán sus mezquitas, sus escuelas, sus almarestanes, sus baños, sus mercados: la casa y las mujeres de los musulmanes serán respetadas, y no pagarán al rey Alfonso más tributos que los que han pagado al rey árabe: conservarán sus haciendas y sus cargos en el gobierno de la ciudad, pero servirán al rey Alfonso en la guerra, como han servido á sus antiguos reyes: en una palabra, no harán más que cambiar de señor, y ganarán en ello, porque el rey don Alfonso es un rey poderoso, muy temido y muy vencedor.

—Buenas condiciones son esas, pero duras: ellos tal vez se opondrán á tener un señor de otra ley que pueda muy bien constituirse en tirano, y faltar á lo pactado.

—Yo os juro el cumplimiento de los pactos, por mi parte y por parte del rey mi esposo.

—Nosotros no dudamos de ello, poderosa y noble sultana; pero podrán dudar los toledanos.

—Al que dude compradle: para eso llevais oro; y si el que llevais no basta, tendreis más, y más; cuanto fuere necesario.

—¡Ah! ¿de ese modo!

—Además, si me servís bien, todos vosotros sereis caballeros de mi guardia árabe de walfes; sereis honrados y favorecidos por mi esposo y por mí, y heredados grandemente en tierras de nuestras conquistas.

—Haremos cuanto podamos por tí, sultana, hasta perder la vida.

—Pues bien, salid: llevaos con vosotros esos dos cofres, repartid por partes iguales el dinero que en ellos hay, y obedeced desde ahora ciegameamente cuanto os mande mi walí Kaid-Abuleyas.

Los diez árabes se prosternaron de nuevo, y salieron llevándose los cofres.

Kaid-Abuleyas repartió entre ellos el dinero, y luego saltaron todos silenciosamente la cerca, incluso Abuleyas.

XX.

Ya hemos dicho que la noche era sumamente oscura.

Abuleyas y los diez árabes se deslizaron entre la oscuridad, y se encaminaron á los subterráneos de las ruinas.

El jefe de la guardia que estaba sobornado, los dejó pasar.

Kaid-Abuleyas llegó hasta el tenebroso fondo de las ruinas, hizo luz, llegó á la puerta secreta de la mina, la abrió, hizo entrar á los diez árabes, cerró la puerta y adelantó por la mina.

Cuando llegó á la parte superior de las escaleras, á la puerta que correspondia al aposento que habia ocupado en la torre encantada Zayda-Sobeydah, miró por los agujeros.

Nadie habia en el aposento.

Entonces apagó la luz y abrió la puerta, haciendo entrar á los diez hombres.

XXI.

Una vez dentro, llevó á los diez hombres hácia un agimez.

—¿Habeis traído las escalas? les preguntó.

—Sí; cada uno traemos diez varas de escala fuerte de seda.

—Pues unidlas, y oid: estamos en el centro de Toledo.

—¡En el centro de Toledo! dijeron algunos.

—Sí: ¿no decís que todos habeis estado en diferentes ocasiones mucho tiempo en la ciudad?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Pues bien, habreis visto una torre aislada que hay junto al alcázar, que no tiene puerta, y que algunas noches deja ver, pero muy de tarde en tarde, el reflejo de una luz.

—Esa es la torre encantada, dijo uno de los diez árabes: una torre fabricada por el diablo, y en la que se vé una luz rojiza é infernal, cuando el diablo se asoma por sus agimeces para mirar á Toledo: dicen que esa luz es el fuego maldito de los ojos de carbunco del diablo: dicen tambien, que cuando el diablo se

pasa una noche entera mirando á Toledo desde las celosías de la torre encantada, viene sobre Toledo una desgracia: ya es la peste que trae una terrible mortandad en los habitantes, ya la muerte de un rey, ya la pérdida de las mieses ó de los ganados, ya, en fin, una entrada de enemigos por la frontera: muchas veces han querido derribar la torre, pero no se han atrevido, temerosos de que el diablo se vengue terriblemente de la destruccion de su mirador. Y sin embargo, dicen los astrólogos y los doctores, que por la torre encantada vendrá la destruccion de Toledo.

—Y dicen bien, replicó Abuleyas, porque vosotros que entráis en Toledo para hacer que se rinda al que será esposo de la sultana mi señora, vais á entrar en Toledo por la torre encantada.

—¡Por la torre encantada! dijeron algunos en cuya voz se sentia el temblor del miedo.

—Si entráramos en la torre encantada, el diablo nos devoraría, nos abrasaría en el fuego de sus ojos malditos.

—Sin embargo, dijo Abuleyas, estamos en la torre encantada y el diablo permanece tranquilo.

Sucedió un momento de silencio.

De un silencio de espanto.

—Anudad, anudad cuanto antes las escalas, y bajad sin temor; ni de dia ni de noche se atreve nadie á pasar junto á la torre: al pié de los muros, en el terreno que la rodea, crecen la áspera ortiga y el cardo salvaje: nadie os sentirá.

Los diez árabes, por el deseo de verse pronto fuera de la torre, temerosos de que si permanecian mucho tiempo apareciese el diablo, anudaron la escala cuanto antes les fué posible.

Kaid-Abuleyas abrió entonces la celosía, y sujetó el extremo de la escala á la columnilla del agimez.

Antes de que ninguno descendiese les recordó la conducta que debian tener en Toledo; les mandó que todas las noches velasen algunos de ellos al pié de la torre para recibir órdenes, les dió la seña, por la que podian notar si se les llamaba desde arriba, y les prometió que á la noche siguiente entrarían en Toledo otros cien de sus compañeros, y así sin interrupcion, hasta que estuviésen los mil, y con ellos el walí Áben-Athar.

Entonces uno de los diez se descolgó por la escala.

Luego otro y otro, hasta el último.

Kaid-Abuleyas recogió entonces la escala, la guardó al pie de las escaleras de la mina, y por ella y por los subterráneos, se volvió al lado de Sayda-Llemal y la dió parte de todo.

XXII.

En las otras nueve noches siguientes y antes de la salida de la luna, fueron introducidos diez á diez en Toledo por la torre encantada, los mil hombres del escuadron de Aben-Athar.

Por último Aben-Athar se quedó solo.

Sucesivamente habia dado parte al walí, bajo cuyas órdenes habia sido puesto, de la desaparicion de sus hombres.

El walí se encogia de hombros y enviaba cien árabes desmontados de los de Aben-Abed, para los caballos que habian quedado sin ginetes.

Al fin cuando Aben-Athar le dió parte de la desaparicion de los últimos diez hombres, el walí le dijo:

—Pues no falta más, sino que desaparezcás tú tambien, para que del escuadron que nos has traído no queden más que las lanzas y los caballos.

En efecto, Aben-Athar desapareció al dia siguiente.

Dentro de Toledo habia un escuadron de Sayda-Llemal compuesto de mil hombres y un kaid.

Pero nadie lo sabia; ni los sitiadores, ni los sitiados.

XXIII.

Una noche Sayda-Llemal se vistió de hombre con un traje de pajecillo árabe, y acompañada de Kaid-Abuleyas, llegó por la mina hasta la torre encantada.

Cuando estuvieron en el aposento superior, Abuleyas abrió un agimez y arrojó una piedra al pie del muro.

Inmediatamente sonó un leve silbido.

Abuleyas, viendo por aquella señal, que estaban al pie de la torre vigilando, segun se habia mandado, algunos hombres,

arrojó fuera la escala, que se atirantó al momento, como si los que estaban abajo la hubiesen sujetado.

—¿Podrás bajar tú sola, sultana? dijo Kaid-Abuleyas.

—Sí, contestó Sayda-Llemal.

—¡La torre es muy alta!

—No importa.

Y Sayda-Llemal, demostrando con el hecho que no la causaba miedo aquel descenso peligroso, cabalgó sobre la balastrada del agimez, ganó la escala y se deslizó por ella con rapidez, llegando abajo en muy poco tiempo.

Encontró cuatro hombres, que la recibieron con las muestras del mayor respeto.

Kaid-Abuleyas recogió la escala y se quedó esperando en la torre.

XXIV.

Alrededor de esta, y por temor al diablo, que se decía habitaba en su parte superior, todas las casas estaban vacías.

La torre se levantaba sobre ellas, como un gigante maldito.

La calle, ó mejor dicho, el espacio que rodeaba á la torre, estaba lleno de malas yerbas, que crecían viciosas sin ser pisadas por nadie.

—He venido, dijo Sayda-Llemal á los cuatro hombres, entre los cuales se encontraba Aben-Athar jefe de los mil, para saber por mí misma lo que habeis hecho, cómo me habeis servido.

—Nuestros parientes y nuestros amigos nos han recibido bien, dijo Aben-Athar: se ha notado nuestra llegada á Toledo, porque aunque aquí hay mucha gente, no pueden enebrirse bien mil andaluces: se nos conoce en la manera de hablar y de obrar, pero nada han sospechado: hemos dicho que hemos penetrado en la ciudad burlando la vigilancia de las guardias enemigas, y no se han metido en más: somos, pues, habitantes de Toledo, y soldados del rey Adofar.

—¿Pero qué habeis conseguido?

—Los vecinos están ansiosos de que el cerco de la ciudad

se levante á cualquier costa, y como no pueden conseguirlo por fuerza, están dispuestos á pedir la entrega, pero tienen miedo á Adofar.

—¿Habeis acabado el dinero?

—No, noble sultana.

—¿Saben vuestros amigos las promesas que yo os he mandado les hagais?

—Sí, poderosa sultana: pero el rey Adofar paga bien á su guardia, que le sirve lealmente, y los de Toledo tienen miedo á la guardia del rey: Adofar es bravo y terrible, y si los sublevados fuesen vencidos, no dejaria uno solo con cabeza.

—Entonces nada habeis hecho.

—Sí, sí hemos hecho, sultana: tenemos gente dispuesta á toda hora para tomar las armas y sublevarse.

—¿Y cuánta gente teneis?

—Diez mil hombres.

—¿Diez mil hombres y no os atreveis?

—No todos esos diez mil hombres son bravos.

—Pero pueden alborotar.

—¡Oh! eso á las mil maravillas.

—¿Podeis reunirme dos mil hombres valientes á toda prueba?

—¡Oh! eso sí.

—Pues esos dos mil que peleen y ocho mil que alboroten, son gente sobrada.

—Nosotros estamos dispuestos, sultana.

—¿Para en el momento?

—Para en el momento.

—Me ha dicho Abuleyas, que el faquí de los faquíes (1) Abu-Abdallah conoce que ha llegado la hora en que el reino de Toledo sea conquistado y quiere que esta hora sea lo menos amarga posible: desde que murió desgraciadamente el gran rey Al-Mamun, todos los principales del reino han puesto los ojos en la corona: no puede haber fuerza para resistir, cuando los principales miembros de un reino están divididos, y cada cual obra de por sí: además, á medida que Toledo pierde

(1) Como gran sacerdote, jefe de los sacerdotes, y jefe de la religion despues del rey.

fuerzas, las gana Alfonso de Galicia: su ejército es innumerable y bravo, expertos y sábios sus capitanes, y tiene tesoros, puesto que en su campo nada falta.

—Sí, Alfonso de Galicia tiene tesoros inagotables, y su ejército es invencible.

—Toledo, puede sin embargo, resistir muchos años, porque es muy fuerte; pero desangrándose, debilitándose en la defensa: el comercio padece con tan largo sitio, las vejaciones crecen, la tiranía de Adofar se hace insoportable, todos los días aparecen algunas cabezas cortadas en las almenas de su palacio, cabezas de descontentos ó de magnates que le causan temor: dentro de los muros no se descansa un momento: se teme siempre una acometida de los cristianos: por eso Abu-Abdallah quiere la entrega del reino á Alfonso VI, con tal de que se hagan buenos pactos y se pueda tener confianza que serán cumplidos.

—¿Podemos ver ahora mismo al faquí de los faquies?

—Sí, y su casa no está lejos: como que está unida al alcázar la gran mezquita.

—Pues vamos en su busca, dijo Sayda-Llemal.

—Sígueme, sultana.

Y Aben-Athar se puso en marcha.

XXV.

Toledo estaba oscuro y sombrío.

Nada se veía por sus estrechas y altísimas calles, que se retorcian y se enmarañaban como un laberinto.

Ni una sola persona andaba por ellas, á excepcion de Sayda-Llemal y de sus cuatro parciales: no se veía una sola luz en los agimeces.

Todo estaba entregado al sueño ó al silencio.

Recorrió Aben-Athar un buen espacio por aquel laberinto de callejuelas, y al fin se detuvo en el fondo de una de ellas, que no tenia salida.

Llamó á una puerta por tres veces con poco ruido, y dejando pasar un buen intervalo de golpe á golpe.

Poco despues de haber sonado el tercero, se oyó por la parte de adentro un solo golpe.

Aben-Athar dió en contestacion siete golpes con gran rapidez, y luego cinco.

Aquellos cinco golpes despues de los siete que eran una seña, querian decir que el número de personas que habia á la puerta era de cinco, incluso Aben-Athar.

La puerta se abrió silenciosamente.

Detrás de la puerta solo se veia una densa oscuridad.

Entró Aben-Athar sirviendo de guia á la sultana, y tras ellos los otros tres árabes.

La puerta se cerró inmediatamente.

Siguieron andando.

Al fin, al fondo de las tinieblas se vió dibujarse el claro de una pequeña puerta de herradura, tras la cual se veia el reflejo de una luz.

—Quedaos aquí, dijo Aben-Athar á los tres árabes que iban detrás.

Y siguió adelante, en pos de un hombre completamente vestido de blanco y encubierto.

La sultana iba asida de la mano por Aben-Athar.

Pasaron el guia, la sultana y Aben-Athar la pequeña puerta de herradura, y entraron en un largo corredor estrecho y bajo de bóveda, iluminado únicamente por una lámpara.

A su fin habia una puerta bellamente labrada y cincelada, á la que llegó el hombre vestido de blanco, y la abrió sin llave.

Pasaron, y el hombre blanco volvió á cerrar.

Sayda-Llemal se encontró en un pequeño aposento circular, bellamente ornamentado, de cuya cúpula pendia una lámpara.

El pavimento estaba cubierto por una alfombra sencilla, y alrededor habia un divan corrido de damasco amarillo.

Frente á la puerta por donde habian entrado, habia otra puerta cerrada tambien.

El hombre blanco fué á aquella puerta y la abrió.

—¡Entrá! dijo á Aben-Athar: tú, mancebo, espera aquí, dijo á Sayda-Llemal.

Pasaron Aben-Athar y el hombre blanco, y la puerta volvió á cerrarse.

La sultana se quedó esperando, no sin algun recelo.

Las grandes empresas no se llevan jamás á cabo sin encontrar peligros, y por esto es necesario ser audaz y valiente, para ser emprendedor y tener fortuna en las empresas.

El cuidado de la sultana se aumentó al ver que la empresa se prolongaba.

Oyóse al fin ruido por la parte de afuera, y poco despues la puerta por donde habian desaparecido el hombre blanco y Aben-Athar, se abrió.

Tras ella apareció un anciano.

Su semblante prolongado y pálido, sus pobladas cejas canas, sus grandes ojos negros, su nariz aguileña, su larga barba blanca, su elevada estatura, su continente magestuoso, imponian respeto.

Estaba además magníficamente vestido, con un traje muy semejante, aunque con algunas variaciones esenciales, al de los arzobispos cuando están revestidos de pontifical.

Su capa ó manto era de brocado.

La cobertura de su cabeza, que era una especie de bonete cónico, era tambien de brocado con piedras preciosas: bajo aquella capa ó manto pluvial, tenia una túnica encarnada bordada de oro, y en las manos un largo rosario de ambar.

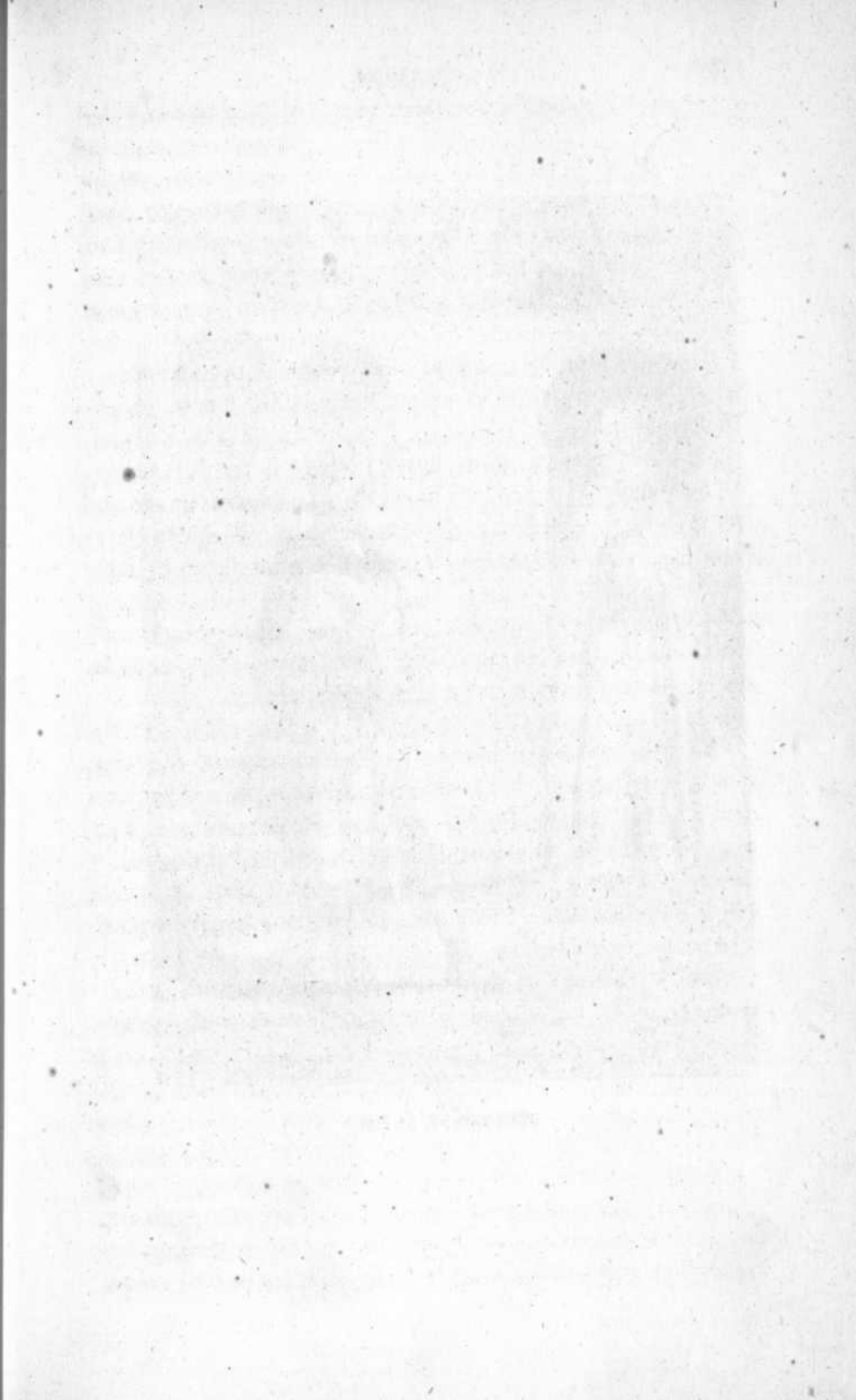
Aquel anciano era Yuzuf-Abu-Abdallah, gran faquí, ó jefe de todos los faquies, santones, mezquitas y hermitas ó mirabs del reino de Toledo.

En una palabra, un vice-pontifice, porque entre los musulmanes el jefe de la religion, el pontifice lo es el califa, el sultan, el rey.

XXVI.

Sayda-Llemal iba tambien magníficamente vestida.

Llevaba sobre la cabeza ceñido por un pequeño turbante, un capuz de seda azul bordado de plata, que se prolongaba sobre los hombros y hasta la mitad del brazo como una esclavina:





— QUIEN ERES TU, LA DIJO ?

bajo este capuz que la servia para ocultar sus cabellos, llevaba un pequeño manto de grana con orla de oro, que la llegaba hasta medio muslo: debajo de este manto una túnica de brocado, larga hasta más abajo de las rodillas, ceñida por un cinturón del que pendían, de un lado una espada corta, y del otro una venablero de cuero marroquí, llena de flechas: sus calzas eran de punto de seda fuerte, á listas estrechas blancas y encarnadas, y sus borceguíes de tafíete rojo, bordados de alambre de oro.

Sayda-Llemal se apoyaba en un fuerte arco de acebo, más alto que ella, y estaba hermosísima, porque no se había teñido el semblante, y dejaba ver el magnífico contraste de la intensa y nacarada blancura de su tez, con lo negro de sus cejas y de sus ojos, y lo puramente rojo y fresco de sus labios.

El gran faquí miró de alto á bajo á Sayda-Llemal.

—¿Quién eres? la dijo.

—¿No te han dicho quién soy? respondió Sayda-Llemal.

—Solo me han dicho que vienes del campo del sultán de Andalucía, y de parte de su hija la sultana Sayda-Llemal.

—Doña Isabel Abed-Abed, querrás decir.

—Me repugna que una hija de árabes haya renegado de su ley.

—Así lo ha querido el destino.

—¿Pero quién eres?

—Soy un paje de la sultana doña Isabel.

—Pajes demasiado hermosos tiene la sultana.

—La sultana es prenda de un rey.

—De un rey enemigo de los creyentes.

—Los creyentes son los peores enemigos de sí mismos.

—Tienes razón, mancebo: los ambiciosos y los malvados han debilitado, dividiéndole, el imperio, y le han entregado pedazo á pedazo sangriento, á los cristianos: pero pasa... no es este el lugar donde debe estar un enviado de la noble Sayda-Llemal; sígueme.

XXVII.

Abu-Abdallah erguido, magestuoso, arrastrando la larga cola de su magnífica vestidura, llevó á Sayda-Llemal por algunas ricas habitaciones á un magnífico aposento, lleno de un ambiente producido por el blanco humo de los perfumeros que se veían en los ángulos.

Todo era allí rico: las paredes labradas, doradas y matizadas; el techo de sándalo, ébano, marfil y nácar: los tapices de las puertas y la alfombra, de la India; el ancho divan en que se sentó Abu-Abdallah, y la gran lámpara de alabastro pendiente de la cúpula.

XXVIII.

Sayda-Llemal permaneció de pié apoyada en el arco, fijando una mirada incontrastable en el anciano faquí, que la miraba á su vez de hito en hito, y con asombro.

—Ante todo, dijo Sayda-Llemal, debo advertirte en nombre de mi señora, faquí de los faquíes, que una traicion te seria muy funesta, y por el contrario, un comportamiento leal, grandemente recompensado: despues de esto, hablemos.

—No me guia otro interés que el amor á mi patria, dijo el gran faquí: prefiero que sea tributaria y vasalla de los cristianos, que esclava de los almoravides.

—¡Los almoravides! dijo con desprecio Sayda-Llemal.

—En Africa, el imperio de los árabes ha caido durante la conquista de los moros morabithas: allí como aquí, los árabes se habian dividido, se habian hecho la guerra, todos habian querido ser reyes, y cuando el leon ha bajado de los breñales de las montañas de Daren, los ha encontrado débiles y los ha devorado. El moro es el enemigo más terrible del árabe: el moro sanguinario y feroz no se harta jamás de matanza, y su dominio es una tiranía insoportable: los árabes, bajo el gobierno de los cristianos, serán vasallos; bajo el mando de los mo-

ros, esclavos miserables que el tirano vencedor irá devorando uno á uno y lentamente, para gozarse en su martirio antes de extinguirlos.

—Los almoravides no volverán á pisar el suelo de Gezira Alandalus; han salido escarmentados de ella.

—Y sin embargo, durante un año el padre de tu señora, de tu sultana, el rey Aben-Abed, ha estado fugitivo entre cristianos, sin reino, sin fuerzas: casi sin esperanza.

—Entonces fuimos sorprendidos: despues, y con la ayuda de Dios, vencimos al rey Al-Mamun que habia vencido á Juzef-Abu-Taxfin, y le quitamos nuestro reino con la vida.

—Hé aquí el mal: que los reyes árabes se devoran los unos á los otros: ¿ahora mismo no está el sultan de Andalucía ayudando á Alfonso de Galicia contra Toledo?

—El reino de Toledo, es el dote que lleva á su matrimonio con el rey Alfonso doña Isabel Aben-Abed.

—Así lo han dicho las estrellas, dijo solemnemente el gran faquí, así lo dicen todavía: «El reino de Toledo se perderá y será conquistado por los cristianos, cuando una doncella de sangre real, renegada de su ley, se case con un noble rey, con un leon bravo.»

—Las estrellas indican casi claramente, que esa doncella real, esa sultana renegada, es tu señora: que el noble rey, que el leon bravo, es Alfonso de Galicia: el decreto del destino es incontrastable, y por eso, en nombre de mi patria, hablo yo por medio de tí, con la sultana Sayda-Llemal.

—La sultana te escucha, dijo la jóven.

—¿Ama mucho tu señora á Alfonso de Galicia?

—Como á su esperanza, como á su felicidad.

—¿Y la ama mucho el rey cristiano?

—Sí, dijo tristemente Sayda-Llemal; pero en su amor hay nubes oscuras: el rey Alfonso ama á otras dos mujeres.

—El decreto del destino es incontrastable.

—Pero se dilata su cumplimiento, y la sultana sufre, la sultana muere..... la sultana apura el dolor de los celos.

—La sultana vencerá.

—Pero quiere vencer pronto, dijo con impaciencia Sayda-

Llemal, y para eso te busca, para eso te dá sus tesoros; para que la ayudes dentro y fuera.

—Hablando estoy contigo: yo inclino al rey Adofar á un vencimiento: yo predico entre mis amigos la conviccion de entregarnos al cristiano antes de que venga sobre nosotros una inundacion de feroces almoravides, á la que no podremos resistir..... ¿qué más puedo hacer?

—¡Obrar!

—No tengo fuerzas ni dinero bastantes.

—La sultana doña Isabel te las dará.

—Es inútil: las estrellas lo han dicho: el rey que conquiste á Toledo, ha de ser esposo de la doncella real renegada de su ley.

—Pero la sultana encuentra dificultades que no puede vencer: necesita que la ayudeis.

—¿Y cómo?

—Enviando un mensaje al rey Alfonso con las firmas de gran número de habitantes de Toledo.

—¿Y qué le diremos en ese mensaje?

—Hélo aquí, dijo Sayda-Llemal sacando de entre sus ropas un largo pergamino enrollado, que entregó al faquí.

Abu-Abdallah desenrolló aquel pergamino y le leyó.

En él se proponia á Alfonso VI la entrega de la ciudad y del reino de Toledo, bajo las condiciones siguientes:

• Que serian respetadas, la religion, las leyes, los usos y las costumbres de los ciudadanos.

Que se respetaría la propiedad.

Que los árabes serian gobernados y juzgados por sus kadies.

Que no se les obligaria á nada de aquello que no puede hacer un buen musulman.

Que no pagarian más tributos que los que habian pagado á sus reyes.

Que ayudarian al rey en la guerra, porque tambien serian ayudados si eran acometidos, por los ejércitos del rey.

Que al árabe á quien no conviniesen estos capítulos, se le permitiria pasar á otra parte, vendiendo sus bienes y llevándose consigo lo que le perteneciera.

Que se castigaria severamente á los cristianos que cometiesen excesos contra los árabes.

Que se protegerian las casas musulmanas, y que no se obligaria á las mujeres á llevar el rostro descubierto.

Que no se consentirian casamientos entre cristianos ó musulmanes, sino cuando el cristiano se hiciese musulman para casar con doncella ú hombre árabe, ó cuando el hombre ó la doncella árabe se hiciesen cristianos para casar con mujer ú hombre cristiano.

Pero que nada de esto tendria lugar si el rey Alfonso no se unia en uno por medio del matrimonio, con la doncella sultana Sayda-Llemal, hija del sultan de Andalucía Sidi-Mohhamed Aben-Abed.

Porque de este modo, continuaba diciendo el pergamino, los reducidos á la obediencia del noble rey Sidy Alfonso de Galicia, puedan esperar con casi seguridad, que siendo la reina de origen árabe, é hija de rey árabe, cuide y haga en lo que pudiese, juntamente con su esposo el rey, que se cumplan con fidelidad las capitulaciones, y además, que siendo la dicha sultana Sayda-Llemal, hija del sultan de Andalucía, haya una durable amistad y fuerte alianza entre ambos reyes, lo que servirá de mucho para resistir las irrupciones, que desde el Africa amenazan los almoravides, á quienes su próspera fortuna ensoberbece y la ambicion ciega.

Si el rey Sidy Alfonso quiere ser señor de Toledo bajo las condiciones expresadas, tome por esposa á la sultana Sayda-Llemal, y los que firman, obligarán por fuerza de armas si necesario fuese, al rey Adofar, á que entregue la ciudad y el reino.

Pero á nada se obligan si no se efectua su casamiento, dejando que el Dios de las batallas decida el triunfo entre Toledo y Sidy Alfonso.

—¿Y si el rey no se aviene á esto, señora? dijo Abu-Abdallah.

—Entonces el sultan de Andalucía ayudará á los de Toledo contra el rey Alfonso.

—El rey Alfonso se unirá á Sayda-Llemal; y entonces el decreto de las estrellas se cumplirá, dijo el gran faqui.

—Ayudad á la sultana, y la sultana os promete protegeros.

—Llevaremos este mensaje á Sidy Alfonso, dijo Abu-Abdallah; pero si el rey cristiano toma por esposa á tu señora y la entrega de Toledo se dilata, que no se nos culpe, porque no tenemos fuerza bastante: el rey Adofar es muy temido.

—¿Si la sultana metiese en Toledo diez mil andaluces de los mejores del ejército de su padre, con bravos capitanes?....

—¡Ah! entonces, el rey Adofar seria muerto.

—Enviad ese mensaje al rey: hágase el casamiento de la sultana y de Alfonso de Galicia, y tendreis cuanto hayais menester, y el favor y el agradecimiento de la sultana.

—Dios es grande y él solo sabe lo oculto.

—¿Cuándo verá el rey ese mensaje?

—Mañana.

—Pues adios, Abu-Abdallah; pero antes, en nombre de la sultana, toma esta memoria de su afecto hácia tí.

Y dió á Abu-Abdallah un rosario, cada una de cuyas cuentas era una gruesa perla.

—Sayda-Llemal será sultana de Toledo, dijo el gran faquí besando en señal de respeto el rosario que le habia dado la jóven.

Despues, guiada por Abu-Abdallah, llegó hasta la habitacion donde la esperaban Aben-Athar, y el encubierto vestido de blanco.

Desde allí se retiró el gran faquí.

Al entrar en el retrete donde habia estado hablando con Sayda-Llemal, se levantó el tapiz de la puerta, y apareció otro anciano árabe sencillamente vestido de blanco.

Aquel anciano era el kadí de los kadíes, ó justicia mayor del reino.

—¿Era en fin ella? preguntó aquel anciano á Abu-Abdallah.

—Sí, ella era: ella ignora que hace tres años el rey Al-Mamun me la hizo ver para que pudiera consultar su horóscopo: mas ella no ha creído que yo pudiera conocerla.

—¿Y qué juzgas de su atrevimiento de meterse en Toledo?

—Que es valiente: que ama: que si la podemos servir, no lo olvidará nunca y nos protegerá.

—El rey Adofar nos hubiera recompensado magníficamente si se la hubiéramos entregado.

—El rey Adofar nos hubiera tal vez cortado la cabeza en recompensa de ese servicio. Bien hecho está lo hecho: Toledo se pierde: si no cae en poder de los cristianos ahora, caerá dentro de poco en poder de los almoravides: prefiero el yugo de los cristianos, al yugo de los almoravides.

Y Abu-Abdallah asido del brazo del kadí de los kadíes, salió con él del aposento, llevando en la mano el pergamino que le había dejado Sayda-Llemal.

CAPITULO XIII.

De cómo el rey Alfonso VI encontraba por todas partes obstáculos y contrariedades.

I.

El rey éntretanto se aburría.

Por más que acometía á Toledo, por más que le combatía, no lograba otra cosa que perder tiempo, gente y paciencia.

El Cid se había puesto díscolo y uraño, porque acostumbrado á vencer, la resistencia de Toledo le irritaba.

Los soldados estaban descontentos, porque empezaban á no andar muy puntuales las pagas.

El dinero que Sayda-Llemal había dado al rey se había gastado, y los judíos acudían tarde con escasos préstamos y exigiendo grandes sumas.

Empezaba á murmurarse que se iba á levantar el cerco, porque el rey no tenía dineros.

Lo mismo sobre poco más ó menos acontecía al rey Aben-Abed.

Los soldados empezaban á estar mal pagados, y las disensiones tanto en uno como en otro ejército eran continuas, y cada día más numerosas.

Nada había que alentase al soldado y le hiciese sufrir con paciencia las incomodidades y los continuos combates del cerco ni

la buena paga, ni la buena racion, ni la esperanza de un saqueo en la ciudad sitiada.

Alfonso VI, pues, se aburría, se desesperaba.

Todo le era contrario.

Hasta el amor.

Inés de Poitiers había partido para no volver más.

El divorcio estaba concluido.

No había que pensar en Inés de Poitiers.

Sayda-Llemal había desaparecido.

Ni aun su padre sabía dónde estaba.

Ninguna noticia tenía de ella.

Zayda-Sobeydah estaba en los palacios de Galiana: era el único de sus amores que el rey tenía cerca.

Pero Zayda-Sobeydah se negaba á ver al rey: le maldecía, porque le creía el robador de su hijo.

En vano el rey iba al alcázar de Galiana.

Zayda-Sobeydah no quería recibirle; se ocultaba.

Llegó un dia en que el rey tuvo un inmenso empeño en ver á Zayda-Sobeydah.

Le irritaba la vanidad; el ser continuamente rechazado, y el amor, la tenacidad de Zayda-Sobeydah en negarse á él.

Un dia el rey llamó á Darhaja, que estaba de luto por la muerte de su hermano el walí Al-Hahor, y le dijo:

—Es necesario que yo vea á tu señora.

—Mi señora os acusa de la pérdida de su hijo el infante Ismail, y está irritada contra vos.

—Pero yo no he hecho eso.

—La sultana cree que os habéis llevado al infante para hacerle cristiano, para criarle en otras costumbres, para que no sepa jamás que ha sido hijo de una princesa árabe.

—¿Y si yo hiciera mi esposa á Zayda-Sobeydah?

—¡Ah! ella no lo creería.

—Si yo la jurase por mi Dios y por mi fé hacerla mi esposa...

—¡Ah! ¡yo no sé, señor! para responderos necesito hablar con la sultana.

—¿Y cuándo podré saber?...

—Yo os avisaré.

Alfonso VI se separó de Darhaja, y salió del alcázar de Galiana enamorado y lleno de esperanzas.

Las esperanzas de Alfonso VI no eran solo esperanzas de amor, esperanzas de hombre: eran también esperanzas de ambicioso, esperanzas de rey.

Con Zayda-Sobeydah obtenía, no solo á uno de sus tres amores, sino que también un inmenso tesoro.

El tesoro que Zayda-Sobeydah le había mostrado un día en una de las cámaras del palacio de Galiana.

Un tesoro inmenso con el que podía pagar durante otros seis años un ejército doblemente numeroso que el que entonces tenía sobre Toledo.

Pero al tomar el rey esta resolución, sufría porque se veía obligado á renunciar á otro de sus amores: á Sayda-Llemal.

Y digase lo que se quiera, ya fuese porque Sayda-Llemal le dominase, ya porque era para él un amor embellecido por el misterio de la pureza, ya en fin, por el gran carácter de la hija de Aben-Abed, el más querido de sus tres amores para el rey don Alfonso, era el de Sayda-Llemal.

¿Pero qué hacer?

El sultán de Andalucía juraba y volvía á jurar, poniendo por testigos de su veracidad, á Dios, y al profeta, y á su madre, y á los arcángeles del sétimo cielo, y á las hadas del quinto, y á todos los escogidos del Paraíso y á todos los condenados al fuego eterno, que no sabía dónde estaba Sayda-Llemal, y más que por sus juramentos había que creerle, porque Aben-Abed estaba desesperado, se quejaba de que su hija se había llevado sus tesoros, de que sus soldados se le revolvían, de que pronto se iba á ver obligado á separarse del rey su amigo, y volverse á Andalucía, dejando á don Alfonso que se las entendiese solo con los de Toledo.

¿Qué hacer pues?

Volverse á Zayda-Sobeydah, y buscar en ella lo que Sayda-Llemal se había llevado: esto es, amor y dinero.

El rey, obligado por el apuro en que se encontraba, se decidió á arrostrar por todo.

Aún, si era necesario, casándose con Zayda-Sobeydah mu-

sulmana ó cristiana, consintiéndolo ó no sus reinos, y aunque fuera necesario cortar algunas cabezas de magnates, empezando por la del Cid.

Alfonso VI sabia que en cuanto la hablase de casamiento, Zayda-Sobeydah cederia, y se acostó en su tienda más tranquilo que otras veces, despues de haber tomado la resolución de hacer su esposa á la sobrina de Al-Mamun.

II.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

El mismo dia, ó por mejor decir la misma noche en que Alfonso VI habia tomado esta resolución, habia vuelto de Toledo Sayda-Llemal.

Se habia metido de nuevo en la tienda de mercader de Kaid-Abuleyas, se habia quitado sus vestidos de paje, y habia recobrado su traje de esclava de un mercader.

Despues de esto se habia acostado tan tranquila como Alfonso VI.

III.

Entretanto Darhaja habia dado á su señora la noticia de que Alfonso VI queria tomarla por esposa.

La pobre jóven palideció, se puso mala, tembló.

—Pero si Alfonso quiere ser mi esposo, dijo, me ama: si me ama, no puede ser él el que me ha separado tan crudamente de mi hijo: ¿qué piensas de esto, Darhaja?

—Creo que el rey no tiene parte en el robo del infante, y en cuanto á amaros, no se puede dudar de ello: temblaba, estaba pálido, como vos lo estais ahora, cuando insistia en veros: yo creo que le debeis escuchar.

—Pero no mañana: mañana no: despues de lo que he resistido, oírle mañana seria ceder demasiado pronto: ¡y yo daría por verle al momento diez años de mi vida! pero es necesario ser prudente: tardar... tres dias... dos á lo menos: ademas, Darhaja, vo quisiera dejarme ver de él deslumbrante de riqueza, y

mis ropas están ajadas, como que me sirven continuamente: como que hace dos años que las llevo puestas: además las ha visto ya el rey, y yo quisiera algo nuevo: ¡pero esto es imposible! ¿cómo comprar aquí brocados, púrpura, sedas?

Darhaja se sonrió.

—Pues ved si teneis buena fortuna, señora, dijo; los esclavos que entran y salen me han contado que hay en el campamento de los de Andalucía, un mercader que tiene riquísimas telas, perfumes y alhajas: ¿por qué no llamáis á ese mercader, que traiga consigo algunas piezas de sus mejores telas?

—¡Ah! ¡no tendrá lo que yo deseo!

—Quién sabe: los esclavos dicen que las telas que están tendidas dentro de la tienda, deslumbran.

—Penetrar un hombre hasta aquí que sea desconocido, nunca: ¡como si yo fuera una cristiana! cuando lo sea, bien; pero ahora se pensaría mal de mí.

—Yo recibiré las telas, señora.

—Pues bien; que se avise mañana á ese mercader.

—Iré yo misma.

Después de esto, Zayda-Sobeydah se acostó con una tranquilidad semejante á la con que se habian acostado Sayda-Llemal y Alfonso VI.

IV.

Amaneció Dios, como decimos los españoles, y poco después de la salida del sol, se presentaron casi al mismo tiempo, cuatro árabes ricamente vestidos, que decían venir de Toledo, en la puerta de la tienda de Alfonso VI, y dos esclavos negros y una dama árabe que habia salido de una litera completamente envuelta en un haïke, en la tienda de Kaid-Abuleyas.

Los cuatro árabes que buscaban al rey, llevaban consigo una larga carta, que según los embajadores decían, escribía la ciudad de Toledo al noble rey Alfonso VI: —

La dama que con los dos esclavos se habia presentado en la tienda de Abuleyas, iba en busca de telas ricas y perfumes.

Sigamos por ahora á los cuatro embajadores de la ciudad de Toledo.

V.

El rey don Alfonso se levantaba con el día.

Así es que pudo recibir inmediatamente á los cuatro embajadores.

Eran dos de ellos de edad provecta.

El uno alcaide de los mercados de Toledo.

El otro alguacil de uno de los distritos de la ciudad.

Los dos jóvenes que los acompañaban, parecían sus hijos.

—A tí venimos, noble y poderoso rey, dijo el alcaide, y de tu ejército no podemos ya apartarnos, porque hemos podido salir de Toledo descolgándonos por el muro; pero no podemos volver á entrar en él: esperamos que nos recibas benignamente, y que desde ahora nos tengas por vasallos.

—¿Y á qué venis?

—Te traemos una carta de la ciudad de Toledo, firmada por los principales ciudadanos, cansados de la tiranía del rey Adofar: en tus manos pongo, señor, esta carta, y te ruego que la leas con misericordia y buena voluntad.

Nuestros lectores conocen aquella carta.

Eran las condiciones de rendicion de la ciudad de Toledo, que Sayda-Llemal habia dado la noche antes al faqui de los faquíes.

El rey leyó aquellas condiciones.

Eran las mismas que él habia propuesto al rey Adofar cuando le habia intimado la rendicion de la ciudad algunos meses antes.

Alfonso VI, pues, estaba conforme con aquellas condiciones.

Pero cuando llegó á la condicion principal, á la condicion sin la cual no habia avenencia posible, esto es, á la del casamiento con Sayda-Llemal, Alfonso VI se desesperó, se impacientó.

—Aquí me piden, dijo el rey, lo que yo no puedo cumplir: me piden mi casamiento con la hija del sultan de Andalucia:

me piden lo mismo que yo he pedido á Sidi-Aben-Abed, y que Sidi-Aben-Abed no ha podido concederme porque... su hija ha desaparecido.

—La noble sultana Sayda-Llemal, respondió el alcaide de los mercados de Toledo, ha estado anoche en la ciudad.

—¡Que ha estado Sayda-Llemal en Toledo!

—Sí, en casa del faquí de los faquíes Sidi-Mohammed-Abu-Abdallah: él me lo ha afirmado, y Abu-Abdallah no miente.

—¡Imposible! ¿Por dónde ha podido entrar en Toledo la sultana?

—Por la torre encantada.

—¡Ah! dijo el rey recordando la torre y la mina.

—Y disfrazada con vestidos de paje, finjiéndose paje de sí misma.

—Pero ¿por qué se oculta la sultana del faquí de los faquíes, por qué se disfraza si el faquí la conoce?

—Ella lo ignora: el rey Al-Mamun se la hizo ver desde un lugar oculto á Abu-Abdallah, cuando quiso que se consultase el horóscopo de la sultana, y Abu-Abdallah no ha olvidado su hermosura.

—El horóscopo de Sayda-Llemal, dijo el rey, decia que las estrellas han declarado que solo conquistará á Toledo quien sea esposo de la sultana.

—Por lo mismo, señor, debes unirte á ella.

—Ella no parece; si está cerca de nosotros, se oculta de una manera impenetrable.

—¿Por qué no la buscas en la tienda de cierto mercader andaluz que vino hace un mes al campamento de Sidi-Aben-Abed?

—¡Ah! ¿segun eso, el viejo zorro Aben-Abed sabe que su hija está en el campamento y me lo oculta?

—No lo sabe: Sayda-Llemal vive encubierta, retirada, escondida.

—Pues bien, la buscaré; y si Sayda-Llemal está en la tienda de ese mercader, será mi esposa.

—Pues bien: danos esa respuesta por escrito.

—¿Y cómo la vais á llevar si no podeis entrar en Toledo?

—La entrada por la torre encantada está franca: nosotros

nos quedamos contigo para suplicarte constantemente, si es necesario; pero otros llevarán tu respuesta.

Alfonso VI escribió aceptando las condiciones de los de Toledo, entregó la carta á los embajadores de los de la ciudad, y los despidió.

Después de esto mandó que trajesen á su presencia al mercader árabe que estaba en el campamento de Sidi-Aben-Abed.

VI.

Los que fueron con este encargo volvieron al momento, pero solos.

Kaid-Abuleyas había declarado que no era vasallo del rey don Alfonso, que no reconocía á otro señor que al sultan de Andalucía, Sidi-Aben-Abed, y que mientras él no le mandase presentarse á Alfonso VI, no se presentaría.

Alfonso VI se mordió los labios de cólera, pero como nada podía hacer sin ofender á su aliado, á su amigo, casi á su pariente, montó á caballo, y con algunos de sus servidores se fué á la ostentosa tienda real de Aben-Abed.

Este salió á su encuentro, y le recibió con los brazos abiertos, pero triste y sombrío.

—Vengo á reñir contigo, Aben-Abed, dijo Alfonso VI cuando se hubieron sentado en el divan: tú me engañas.

—El engañado soy yo, dijo Aben-Abed: tus amores con mi hija, amores que se han dilatado demasiado, me tienen á mal traer: ella se ha llevado mi dinero, diciéndome que era para una gran empresa, y ni ella ni mi dinero han parecido todavía.

—¡Mientes! dijo Alfonso VI.

Aben-Abed se puso pálido, y miró foscamente á Alfonso VI.

—¿Por qué me insultas? dijo: ¿pretendes acaso tener un pretexto para volverte contra mí? ¿te estorbo ya?

—No busco pretextos cuando te digo la verdad: tú sabes dónde está tu hija.

—¿Eso es decir, según lo afirmas, que tú has descubierto su paradero?

—Sí; y para que veas que todo lo sé, voy á decirte: tu hija está encubierta, en tu mismo campamento, bajo la apariencia de esclava de un mercader que ha venido hace un mes de Andalucía.

—¿Estás seguro?

—De todo punto.

—¡Ah! ¡Sayda-Llemal en la tienda del mercader cordobés! ¡Pues vamos á verlo al momento! ¡A mí, Abul' Abbas, katib Dharax, Abu-Alí!

Al momento se presentaron cuatro árabes á su puerta.

—Id, dijo: tomad los soldados que necesitáreis, cercad la tienda del mercader cordobés, y no dejéis entrar ni salir á nadie.

Los cuatro servidores partieron.

—Ahora, Alfonso, ven conmigo, vamos á sacar en claro tu verdad ó la mía.

Sidi-Aben-Abed se vistió rápidamente con ropas exteriores, se rodeó de altos funcionarios de su córte y de esclavos, y asido del brazo del Alfonso, se fué á la tienda de Kaid-Abuleyas, que estaba ya completamente cercada.

VII.

Kaid-Abuleyas se había alarmado verdaderamente.

No sabia hasta qué punto podia contrariar aquello á su señora.

Temia sobre todo que Sayda-Llemal creyese que la habia hecho traicion.

Aben-Abed se presentó en la tienda.

Kaid se prosternó.

—Levántate, dijo Sidi-Aben-Abed, y contéstame la verdad: sé que tienes una hermosa esclava.

—No tengo esclava alguna, señor.

—Contigo vive una mujer.

—Ahora, señor, no vive conmigo mujer alguna.

Kaid-Abuleyas no mentia.